

CLARO DE LUNA

NORA ROBERTS

Sipnosis.

Torri Bodeen creció en un hogar pobre del sur de los Estados Unidos, donde el padre ejercía la autoridad látigo en mano, y los sueños y talentos de la niña no tenían espacio para desarrollarse. Para escapar del trato abusivo al que era sometida, Tory se refugiaba en la amistad de Hope Lavelle, la hija de los dueños de la plantación.

Por eso, su vida se derrumbó después del brutal asesinato de Hope.

Durante dieciocho años las imágenes del crimen sin resolver la persiguieron día y noche, Pero

ahora Tory está decidida a liberarse de las inquietantes visiones de esa noche terrible. Para ello, regresa al pueblo de su infancia donde forja un nuevo vínculo con Cade Lavelle – hermano mayor de Hope y heredero de la fortuna de la familia-, sin saber si la trágica pérdida que comparten los unirá o los alejará definitivamente.

Pero, por primera vez en la vida, a pesar del dolor, Tory está dispuesta a abrir su corazón e intartarlo.

Aunque vivir tan cerca de los desdichados recuerdos será más difícil y aterrador de lo que imagina.

Porque el asesino de Hope no se da por vencido.

Tory

Para mí, bella amiga, nunca serás vieja,

porque así como eras cuando mis ojos vieron tus ojos, así resplandece tu belleza ahora.

~ - WILLIAM SHAKESPEARE.

Despertó dentro del cuerpo de una amiga muerta. Tenía ocho años, era alta para su edad, de huesos frágiles y facciones delicadas. Su pelo sedoso era del color del trigo y le caía por la estrecha espalda. A la madre le gustaba cepillárselo todas las noches, pasarle cien veces el cepillo de mango de plata que tenía sobre la elegante cómoda de cerezo.

El cuerpo de la niña recordó eso, sintió eso, cada paso largo y sostenido del cepillo que la hacía imaginar que era un gato a quien estaban acariciando. Recordó cómo se reflejaba la luz sobre las cajas de hebillas y caía sobre el mango de plata del cepillo a medida que este se deslizaba por su pelo.

Recordaba el perfume del cuarto, aún ahora le parecía percibirlo. Gardenias.

-Siempre gardenias para mamá.

Y en el espejo, a la luz de la lámpara, alcanzaba a ver el pálido óvalo de su rostro, tan joven, tan bonito, con esos ojos azules pensativos y la piel suave. Tan viva.

Se llamaba Hope.

Las ventanas y los ventanales estaban cerrados porque era pleno verano.

-El calor apretaba sus dedos húmedos contra el vidrio, pero dentro de la casa el aire era fresco y su camión de algodón estaba tan seco que crujía con cada uno de sus movimientos.

Lo que ella quería era ese calor, y la aventura, pero no lo mencionó mientras le daba el beso de buenas noches a su madre.

Un beso delicado contra la mejilla perfumada.

La madre había hecho retirar la alfombra de escalera que todos los años, a partir de junio, guardaba enrollada en el ático. Ahora los suelos de pino, encerados, eran lisos y suaves bajo los pies descalzos de la jovencita que cruzaba el vestíbulo de paredes recubiertas de madera de ciprés de las que colgaban cuadros de gruesos marcos dorados.

-Y que subía la escalera curva que llevaba al despacho de su padre.

Allí encontraba el perfume de su padre. Humo, cuero, Old Spice y whisky.

Le encantaba ese cuarto de paredes redondeadas, sillones grandes y pesados, tapizados en cuero del color de ese oporto que a veces él bebía después de la comida.

-Allí los estantes de las bibliotecas estaban llenos de libros y tesoros. Ella quería a ese hombre que la esperaba sentado detrás del enorme escritorio, con su cigarro, su copa y sus libros de contabilidad.

El amor era un dolor en el corazón de la mujer que habitaba dentro de la niña, un hueco de deseo y de envidia por ese amor perfecto y sin complicaciones.

La voz del hombre resonaba, sus brazos eran fuertes y su estómago suave cuando la envolvía en un abrazo que era tan distinto del beso sutil y contenido de su madre.

«Aquí está mi princesa, que se dirige al reino de los sueños.» «¿Con qué soñaré, papá?»

«Con caballeros y blancos corceles y con aventuras más allá del mar.»

Ella lanzó una risita, pero permaneció más de lo habitual con la cabeza apoyada en el hombro de su padre, roncando como un gatito.

¿Lo sabía? ¿Sabía de alguna manera que ya nunca volvería a estar sentada y a salvo en las rodillas de su padre?

Volvió a bajar la escalera y pasó frente al dormitorio de Cade. Todavía no había llegado la hora de que él se acostara, todavía no, porque Cade tenía cuatro años más que ella y era varón y durante las noches de verano podía quedarse levantado hasta más tarde, viendo televisión o leyendo, siempre que por la mañana se levantara y estuviera listo para cumplir con sus obligaciones.

Un día Cade sería el dueño de Beaux Réves y se sentaría ante el gran escritorio del despacho de la torre, con los libros de contabilidad.

-Se encargaría de contratar y de despedir gente, vigilaría la siembra y la cosecha, fumaría cigarros durante las reuniones y se quejaría del gobierno y del precio del algodón.

Porque era el hijo varón. Eso no era problema para Hope. Ella no quería tener que sentarse ante el escritorio y hacer cuentas interminables.

Se detuvo frente a la puerta del dormitorio de su hermana y vaciló. En cambio para Faith sí era un problema. A Faith nada le parecía bien. Lilah, el ama de llaves, decía que la señorita Faith era capaz de discutir con Dios todopoderoso sólo para irritarlo.

Hope suponía que debía de ser cierto y, aun cuando Faith era su melliza, no comprendía por qué estaba siempre tan irritada. Esa misma noche la habían mandado a la cama por insolente. Y ahora la puerta de su dormitorio estaba cerrada y no había luz debajo de ella. Hope supuso que Faith estaba mirando fijamente el techo con su habitual expresión de mal humor y con los puños apretados como si quisiera pelearse con las sombras.

Hope tocó el tirador. Casi siempre lograba que Faith depusiera su mal humor.

-Se arropaba con su hermana en la oscuridad y le contaba historias que inventaba hasta que Faith se reía y se le pasaba la rabietta.

Pero esa noche estaba destinada a otras cosas. Esa noche estaba destinada a la aventura. Hope lo tenía todo planeado, pero no se dejó llevar por el entusiasmo hasta que estuvo en su dormitorio y con la puerta cerrada. Sin encender la luz, se movió en silencio en la oscuridad plateada por la luz de la luna. Se sacó el camión de algodón y se puso unos shorts y una camiseta. El corazón le latía acompasadamente mientras arreglaba las

almohadas sobre la cama para darles una forma que, a su manera tan cándida de ver, se pareciese a una persona dormida.

Buscó debajo de la cama su equipo de aventuras. La vieja caja de picnic contenía una botella de coca-cola, una bolsa llena de galletitas cuidadosamente birladas de la cocina, un pequeño cortaplumas oxidado, fósforos, una brújula, una pistola de agua cargada y una linterna de plástico colorada.

Permaneció un instante sentada en el suelo. Alcanzaba a oler los lápices de colores y el talco con que después del baño se espolvoreó. Alcanzaba a oír apenas la música que surgía de la sala de estar de su madre.

Sonreía cuando abrió la ventana y sacó el marco de la tela metálica.

Joven, ágil y llena de esperanzas, pasó una pierna sobre el que sostenía la enredadera.

El aire era como miel y, mientras bajaba, su fragancia cálida y dulce le llenaba los pulmones. Se clavó una espina en el dedo y tuvo que respirar hondo. Pero siguió bajando, sin apartar la vista

de la ventana iluminada de la planta baja. Soy una sombra, pensó, y nadie me verá.

Era Hope Lavelle, espía gitana, y debía reunirse con su contacto y amiga exactamente a las diez y media.

Cuando llegó al suelo tuvo que sofocar la risa, y el esfuerzo que hizo por contener una carcajada la dejó sin aliento.

Para aumentar su entusiasmo, fue corriendo de árbol en árbol, ocultándose detrás de sus viejos troncos, y luego se volvió para mirar la leve luz azul que titilaba en la ventana del dormitorio, donde su hermano Cade miraba la televisión. Enseguida contempló el reflejo amarillo de la luz de las ventanas de los cuartos donde estaban sus padres.

Si me descubriesen en este momento sería un desastre para la misión, pensó al agacharse para cruzar el jardín a la carrera mientras percibía el perfume dulzón de las rosas y los jazmines. Debía evitar a toda costa que la capturasen, como si el destino del mundo descansara sobre sus hombros y los de su compañera de aventuras.

La mujer que había dentro de la criatura gritó: «¡Vuelve, por favor vuelve!» Pero la criatura no la escuchó.

Sacó su bicicleta rosa que estaba donde la había ocultado esa tarde, detrás de las camelias, colocó su equipo de aventuras en el cesto y empujó la bicicleta por el pasto, al lado del camino de grava, hasta que la casa y las luces se perdieron en la distancia.

Entonces montó y avanzó con el viento, imaginando que esa pequeña y bonita bicicleta era una potente motocicleta.

Volaba por el aire espeso y el coro de ranas y cigarras se convirtió en el rugido de su moto que avanzaba a toda velocidad.

Al llegar al punto donde el camino se bifurcaba, dobló a la izquierda y luego desmontó para sacar la bicicleta del camino, hacia el angosto barranco donde quedaría oculta por los arbustos. A pesar de que la luna iluminaba la noche, sacó la linterna de su caja de aventuras. La sonriente princesa Leila de su reloj de pulsera le indicó que llegaba quince minutos antes de lo acordado. Sin miedo, sin pensarlo, dobló por el angosto sendero y se internó en el pantano.

Allí el mundo estaba vivo y lleno de sonidos, agua, insectos y pequeñas criaturas de la noche. La luz penetraba a través del dosel de cipreses con sus musgos colgantes. Allí las flores de las

magnolias eran grandes y despedían un perfume fuerte y dulzón. El camino hacia el claro era para ella una segunda naturaleza. Ese lugar de encuentro, ese lugar secreto estaba bien cuidado, custodiado y amado.

Como era la primera en llegar, juntó algunas ramas y se ocupó de prender el fuego. El humo desalentaba a los mosquitos, pero ella se rascaba las picaduras que ya llenaban sus piernas y brazos.

Se instaló a esperar con una galleta y la coca-cola. A medida que pasaba el tiempo se le cerraban los ojos, adormecida por la música del pantano. El fuego devoró las ramas finas y luego se

convirtió en una pila de brasas. Apoyando la mejilla contra las rodillas, Hope se dejó llevar por sus pensamientos.

Al principio el crujido no fue más que parte de su sueño, en el que corría por las calles de París para eludir al malvado espía ruso. Pero el ruido de una rama al quebrarse le hizo levantar la cabeza con rapidez y le aclaró la mente adormilada. Lo primero que hizo fue sonreír, pero enseguida adoptó la expresión profesional y severa de un importante agente secreto.

-¡Santo y seña!

Lo único que quebró el silencio del pantano fue el monótono zumbido de los insectos y el leve crepitar del fuego que se apagaba.

Se puso de pie de un salto, empuñando la linterna como un arma.

-¡Santo y seña! -volvió a gritar, y apuntó el haz de su linterna.

En ese momento los crujidos resonaron a su espalda. Se volvió, con el corazón latiéndole aceleradamente, la luz bailoteando en saltos nerviosos. El miedo, algo casi nunca experimentado en sus ocho cortos años de vida, se le deslizaba, ardiente, por la garganta.

-¡Vamos! Termina con eso de una vez. No me asustas.

Un sonido a su izquierda, deliberado, burlón. Y cuando la siguiente víbora de miedo se le enroscó en las entrañas, retrocedió un paso.

Y oyó la risa, suave, jadeante, cercana.

Ahora corre, corre a través de las sombras espesas y los charcos de luz. El terror es tan agudo en su garganta que ahoga sus gritos antes de que pueda emitirlos. Pasos pesados a sus espaldas. Veloces, demasiado veloces y demasiado cercanos. Algo la golpea desde atrás. Un dolor tremendo en la espalda que vibra hasta la suela de sus zapatos. La sacudida de huesos y de aliento cuando cae con fuerza. El aire se escapa de sus pulmones en un sollozo cuando el peso de él la inmoviliza en el suelo. Percibe olor a transpiración y a whisky.

Ahora grita, un largo aullido de desesperación, y llama a su amiga.

-¡Tory! ¡Tory! ¡Ayúdame!

Y la mujer atrapada dentro de la criatura muerta llora.

Cuando volvió en sí, Tory estaba tendida en las lajas de su patio, cubierta sólo por un camisón ya empapado por la leve lluvia de primavera. Tenía la cara mojada y percibió el gusto de la sal de sus propias lágrimas. Los gritos retumbaban dentro de su cabeza, pero no sabía si eran suyos o de la criatura a quien no podía olvidar.

Temblando, rodó hasta quedar de espaldas, para que la lluvia le refrescara las mejillas y lavara las lágrimas. Los episodios -hechizos, los llamaba su madre- a menudo la dejaban débil y temblorosa. Hubo un tiempo en que había logrado luchar y desprenderse de ellos antes de que la abrumaran. Porque debía elegir entre eso y el doloroso contacto del cinturón de su padre.

Te sacaré el demonio del cuerpo a latigazos, muchacha.» Para Hannibal Bodeen, el demonio estaba en todas partes; en todos los miedos y tentaciones acechaba la mano de Satanás. Y él había hecho todo lo humanamente posible por alejar esa maldad del cuerpo de su única hija.

En ese momento, sintiendo náuseas, Tory deseó que lo hubiera logrado.

Le sorprendía recordar que durante unos años había logrado valerse de lo que llevaba en su interior: lo explotó, lo utilizó, hasta lo celebró. Un legado, le había explicado su abuela. La visión. El brillo. El regalo de la sangre a través de la sangre.

Pero estaba Hope. Hope estaba cada vez más y más, y esos relámpagos de recuerdos de su amiga de la infancia le herían el corazón. Y la atemorizaban.

Nada de lo que había experimentado, fuera aceptando o bloqueando ese don, la había poseído de esa manera. La hacía sentir indefensa aunque se había prometido que nunca más volvería a ser vulnerable.

Sin embargo allí estaba, tendida en su propio patio, bajo la lluvia, sin recordar siquiera haber salido. Estaba en la cocina, preparando té, de pie frente a la encimes, con las luces encendidas y la música sonando, y leía una carta de su abuela.

Ese fue el disparador, comprendió Tory mientras se ponía de pie con lentitud. Su abuela era el eslabón que la unía a la infancia. A Hope. Al interior de Hope, pensó mientras cerraba la puerta del patio. Al interior del miedo, el dolor y el horror de aquella noche terrible. Sin embargo, todavía ignoraba quién y por qué.

Todavía temblorosa, Tory entró en el cuarto de baño y después de desvestirse abrió el grifo del agua caliente de la ducha y se metió debajo.

-No puedo ayudarte -murmuró, cerrando los ojos-. No pude ayudarte entonces y no puedo ayudarte ahora.

Su mejor amiga, la hermana de su corazón, murió aquella noche en el pantano mientras ella permanecía encerrada en su cuarto llorando por el dolor de la última paliza.

Y lo supo. Lo vio. Pero era impotente.

La recorrió la culpa, tan real como dieciocho años antes. -No puedo ayudarte -repitió-. Pero volveré.

Ese verano teníamos ocho años. Ese verano lejano, cuando teníamos la sensación de que los días calurosos y espesos durarían para siempre. Fue un verano de inocencia, tontería y amistad, la clase de verano que crea un bonito globo de cristal alrededor de tu mundo. Pero una sola noche lo modificó todo. Desde entonces, nada b.a sido igual para mí. ¿Cómo va a ser igual?

Durante toda mi vida he tratado de no hablar del asunto. Eso no contuvo los recuerdos, ni las imágenes. Pero durante un tiempo traté de enterrarlo, como estaba enterrada Hope. Enfrentar esto ahora, registrarlo en voz alta, aunque sea ante mí misma, es un alivio. Como arrancarse una espina del corazón. El dolor permanecerá latente.

Era mi mejor amiga.

Nuestro lazo era profundo y tenía la intensidad inmediata que sólo los chicos son capaces de forjar. Supongo que formábamos una pareja extraña; la inteligente y privilegiada Hope Lavelle y la morena y tímida Tory Bodeen. Mi papá alquilaba un pequeño trozo de tierra, un rincón de la gran plantación que era propiedad de los padres de Hope. A veces, cuando su madre ofrecía una gran comida para personas de la sociedad, la mía ayudaba con la limpieza y el servicio.

Pero esos abismos sociales y de clase nunca rozaron nuestra amistad. En realidad, nunca se nos ocurrió que pudiera suceder algo semejante.

Ella vivía en una casa grandiosa, una que un antepasado excéntrico edificó imitando un castillo, en lugar de seguir el estilo georgiano tan popular en su tiempo. Era una casa de piedra,

con torres y cúpulas y lo que, supongo, se podrían llamar almenas. Pero Hope no se parecía en nada a una princesa.

Vivía para las aventuras. Y, cuando estaba con ella, yo también. Con ella escapaba de las miserias y los desórdenes de mi propia casa, de mi propia vida, y me convertía en su camarada.

Éramos espías, detectives, Amazonas embarcadas en una búsqueda, piratas o exploradoras del espacio. Éramos valientes y honestas, audaces y desafiantes.

Durante la primavera anterior a ese verano utilizamos el cortaplumas de Hope para hacernos un pequeño tajo en las muñecas. Con solemnidad, mezclamos nuestra sangre. Supongo que

tuvimos suerte de no terminar con tétanos. En cambio nos convertimos en hermanas de sangre.

Ella tenía una hermana. Una melliza. Pero Faith pocas veces se unía a nuestros juegos. Para ella eran demasiado tontos, o demasiado rudos o demasiado sucios. Para Faith siempre éramos

demasiado algo. No extrañábamos su mal humor ni sus quejas. Ese verano, Hope y yo éramos mellizas.

Si alguien me hubiera preguntado si la quería, me habría sentido avergonzada. No lo habría entendido. Pero desde aquella terrible noche de agosto, todos los días he extrañado esa parte de mí que murió con ella.

Debíamos encontrarnos en el pantano, en nuestro lugar secreto. Supongo que no era demasiado secreto, pero era nuestro. A menudo jugábamos allí, en ese aire verde y húmedo, y vivíamos nuestras aventuras entre el canto de los pájaros, el musgo y las azaleas silvestres.

Nos estaba prohibido ir allí después de la caída del sol, pero a los ocho años resulta excitante violar las prohibiciones.

Yo debía llevar dulces y limonada, en parte por una cuestión de orgullo. Mis padres eran pobres y yo era aún más pobre, pero sentía la necesidad de contribuir y había contado el dinero que había en el bote que ocultaba bajo la cama. Esa noche de fines de agosto tenía dos dólares y ochenta y seis centavos, y después de haber comprado en lo de Hanson, todo mi capital, que descansaba en el bote, era de algunos peniques y de monedas de veinticinco centavos ganadas a fuerza de grandes trabajos.

Esa noche en casa comimos pollo con arroz. La casa estaba tan caliente que, aun con los ventiladores de techo funcionando al máximo, costaba comer. Pero si quedaba un grano de arroz en el plato, papá esperaba que uno lo comiera y lo agradeciera. Rezaba antes de la comida. Según su estado de ánimo, esa oración podía durar cinco minutos o veinte, mientras se enfriaba la comida, los estómagos se quejaban y el sudor nos corría por la espalda.

Mi abuela solía decir que cuando Hannibal Bodeen encontraba a Dios, hasta el mismo Dios trataba de encontrar un lugar donde ocultarse.

Mi padre era un hombre grandote y con el tiempo adquirió pecho y brazos gruesos. He oído decir que en un tiempo se lo consideraba buen mozo. Los años cincelan a los hombres de distinta manera, y a mi padre lo cincelaron con amargura. Era amargo, severo y mezquino. Se peinaba hacia atrás el pelo oscuro y su rostro parecía surgir de esa bóveda oscura como surgen las rocas afiladas de una montaña. Rocas que, ante cualquier paso en falso, a uno le desgarrarían la piel dejando al aire los huesos. Sus ojos también eran oscuros, de esa tonalidad ardiente que reconozco ahora en los ojos de algunos predicadores de televisión o en cierta gente de la calle.

Mi madre le temía. Trato de perdonarle que por temerle tanto nunca saliera en mi defensa cuando él usaba el cinturón para meter en mi interior a su Dios vengativo.

Esa noche, guardé silencio durante la comida. Tal vez él no fijara sus ojos en mí si permanecía en silencio y comía todo lo que tenía en el plato. En mi interior, las expectativas de esa noche eran como algo viva, jubiloso. Mantuve los ojos bajos y comí cuidando de que no pudiera acusarme de devorar la comida ni de remolonear antes de comerla. Era siempre un equilibrio que uno debía mantener con papá.

Recuerdo el sonido de los ventiladores y de los cubiertos raspando los platos. Recuerdo el silencio, el silencio de las almas que vivían en la casa de mi padre y se ocultaban atemorizadas. Cuando mi madre le ofreció más pollo, él se lo agradeció con amabilidad y volvió a servirse. La atmósfera pareció distenderse. Era una buena señal. Alentada por ello, mi madre mencionó que los tomates y el maíz maduraban bien y que durante las semanas siguientes ella se dedicaría a preparar conservas. También en Beaux Réves se hacían conservas y preguntó si a él le parecía una buena idea que ella los ayudara como le habían pedido.

No mencionó la suma que ganaría. Aun cuando papá estaba de buen humor, no convenía sacar el tema del dinero con que los Lavelle pagarían un servicio. Él era quien llevaba el pan a su casa, y no se nos permitía olvidar ese punto crucial.

La tensión volvió. A veces, la sola mención del apellido Lavelle ponía truenos en los ojos oscuros de papá. Pero esa noche opinó que le parecía sensato que mamá hiciera el trabajo. Siempre y

cuando no olvidara ninguna de sus obligaciones bajo el techo que él le proporcionaba.

Esa respuesta la obligó a sonreír. Recuerdo que su rostro se suavizó y que la noté casi bonita. De vez en cuando, si me empeño mucho, logro recordarla como una mujer casi bonita.

«Han», lo llamaba cuando sonreía. «No te preocupes, Tory y yo mantendremos las cosas en marcha aquí. Mañana iré a conversar con la señorita Lilah y arreglaré todos los detalles. Y como están por madurar las bayas, también me ocuparé de hacer jalea. Sé que tengo parafina en alguna parte, pero no sé dónde la he puesto.»

Y eso, sólo ese comentario casual acerca de jalea y cera y olvidos lo cambió todo. Supongo que me distraje durante la conversación de mis padres, que estaba pensando en las aventuras que

me esperaban. Hablé sin pensar, sin prever las consecuencias. Y así pronuncié las palabras que me condenaron.

La caja de parafina en el estante superior del armario de la cocina, en lo alto, detrás de la melaza y la harina de maíz. Simplemente dije lo que veía dentro de mi cabeza, la caja cuadrada de cera detrás de una botella oscura, y tomé mi taza de té dulce y frío para bajar los granos de arroz.

Pero antes de que pudiera beber el primer sorbo volvió a reinar el silencio, la muda oleada que ahogó hasta el monótono zumbido de los ventiladores. Mi corazón comenzó a golpear dentro de ese vacío, un fuerte latido después del siguiente, con un sonido que sólo existía en mi cabeza y que era el repentino y agitado pulso de la sangre. El pulso del miedo.

Entonces él habló con suavidad, como lo hacía siempre, antes de la furia. «¿Cómo sabes donde está la cera, Victoria? ¿Cómo sabes que está allí arriba, donde no alcanzas a verla, donde no puedes alcanzarla?»

Mentí. Fue una tontería porque ya estaba condenada, pero la mentira surgió como una defensa desesperada. Le dije que suponía que había visto a mamá ponerla allí. Que sólo recordaba haberla visto poniéndola allí. Eso era todo.

Él hizo añicos mi mentira. Tenía una manera de ver a través de las mentiras y de rasgarlas hasta convertirlas en trozos pegajosos. ¿Cuándo la vi? ¿Por qué no me iba mejor en el colegio, si mi memoria era tan buena que podía recordar dónde estaba la parafina un año después? ¿Y cómo sabía que estaba detrás de la melaza y la harina de trigo y no delante de ellas, o a un lado?

¡Ah! Mi padre era un hombre inteligente y nunca se le escapaba el menor detalle.

Mamá no dijo nada mientras él me hablaba con esa voz tan suave, puntualizando las palabras como puños envueltos en seda. Mi madre entrelazó las manos temblorosas. ¿Temblaría por mí? Supongo que quiero creer que era así. Pero no dijo nada a medida que mi padre alzaba la voz, nada cuando mi padre apartó su silla de la mesa.

Nada cuando el vaso se me resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo. Un trozo de vidrio me lastimó el tobillo y, en medio de un terror creciente, sentí ese dolor.

Por supuesto que ante todo él lo verificó. Sin duda debía de decirse que era lo justo, lo que debía hacer. Cuando abrió el armario, hizo a un lado las botellas y sacó con lentitud la lata azul y cuadrada de cera que estaba detrás de las botellas, yo lloré. Entonces todavía tenía lágrimas en mi interior, todavía tenía esperanzas. Aun cuando me obligó a ponerme de pie, abrigué la esperanza de que el castigo sólo consistiera en oraciones, en horas de oración hasta que se me durmieran las rodillas. A veces, por lo menos a veces durante ese verano, eso le bastaba.

¿No me había advertido que no debía dejar entrar al demonio en mi interior? Pero a pesar de todo yo llevaba maldad a su casa, lo avergonzaba ante Dios.

Dije que lo sentía, que no había sido esa mi intención. «¡Por favor, papá, por favor! No lo volveré a hacer. Seré buena.»

Le supliqué. Él mencionó pasajes de las escrituras y con sus manos grandes y fuertes me arrastró hasta mi cuarto, pero yo le seguía suplicando. Fue la última vez que lo hice.

No tenía posibilidades de defenderme. Era peor tratar de defenderse. El cuarto mandamiento era sagrado y yo debía honrar a mi padre en su casa, aunque él me castigara hasta que me brotara la sangre.

Su cara estaba roja por la ira, grande y enceguecedora como el sol. Sólo me dio una bofetada. Fue todo lo que hizo falta para que yo dejara de suplicar y presentar excusas.

-Y para matar mis esperanzas.

Me tendí boca abajo sobre la cama, ahora pasiva como un cordero de sacrificio. El sonido que hizo el cinturón cuando se lo sacó fue el de una víbora siseante, luego provocó un sonido agudo cuando lo blandió.

Siempre me daba tres latigazos. Una sagrada trinidad de crueldad.

El primer golpe es siempre el peor. Por muchas que hayan sido las palizas y los golpes, la sorpresa y el dolor son pasmosos y hacen aullar. El cuerpo se estremece en una protesta. No; en la incredulidad. Después muerde el segundo golpe, y luego el tercero.

Pronto los gritos que uno profiere son más animales que humanos. La humanidad ha sido comprometida, enterrada bajo una avalancha de dolor y humillación.

Predicaba mientras me golpeaba y su voz se convertía en un fuerte rugido.

-Y tras ese rugido había una odiosa excitación, una vil clase de placer que yo no comprendía ni reconocía. Ninguna criatura debería conocer ese resbaloso sentimiento oculto, y de eso, durante un tiempo, se me dispensó.

La primera vez que me golpeó yo tenía cinco años. Mi madre intentó detenerlo y terminó con un ojo a la funerala. Nunca volvió a intentarlo. No sé lo que ella hizo esa noche mientras él me castigaba, mientras azotaba al demonio que me proporcionaba visiones. Yo no alcanzaba a ver con los ojos ni con la mente más que una niebla sanguinolenta.

Esa niebla era odio, pero tampoco lo reconocí.

Me dejó sollozando y cerró la puerta con llave. Después de un rato, el dolor me durmió.

Cuando desperté había oscurecido y un fuego parecía arder en mi interior. No puedo decir que el dolor fuese insoportable, porque uno lo soporta.

¿Qué alternativa hay? También recé pidiendo que lo que fuera que tenía en mi interior me hubiera abandonado por fin. No quería ser mala.

Pero, aun mientras rezaba, la presión creció en mi vientre y comenzó el hormigueo, como pequeños dedos agudos que bailoteaban sobre mi nuca. Fue la primera vez que se me presentó de esa manera y yo creí que estaba enferma, afiebrada.

Entonces vi a Hope tan vívidamente como si estuviera sentada a su lado en nuestro claro del pantano. Olí la noche, el agua, oí el gemido de los mosquitos, el zumbido de los insectos. Y, lo mismo que Hope, oí el crujido en la maleza.

Igual que Hope, sentí miedo. Efusiones frescas y calientes de miedo. Cuando ella corrió, yo también corrí y el aliento me surgió sollozando, doloroso, del pecho. La vi caer bajo el peso de lo

que fuera que saltaba sobre ella. Una sombra, una forma que no alcancé a distinguir, a pesar de que podía verla a ella.

Me llamó. Me llamó a gritos.

Luego lo vi todo negro. Cuando desperté, el sol estaba alto y yo estaba en el suelo. Y Hope se había ido

Había decidido perderse en Charleston, y durante casi cuatro años lo había logrado. La ciudad fue para ella como una mujer hermosa y generosa, más que dispuesta a acogerla en su pecho

suave y calmar los nervios destrozados por las impías calles de Nueva York.

En Charleston las voces eran más lentas y en su ritmo cálido y fluido ella podía mezclarse. Se podía ocultar, como en un tiempo creyó poder hacerlo entre las multitudes apresuradas del Norte.

El dinero no era problema. Sabía vivir de un modo frugal y estaba dispuesta a trabajar. Cuidaba sus ahorros como un halcón y cuando comenzaron a crecer se permitió soñar con tener su propio negocio, trabajar para sí misma y vivir esa existencia tranquila que siempre la había esquivado.

Se mantenía apartada. Las verdaderas amistades significaban verdaderas conexiones. No quiso o no fue lo bastante fuerte como para volver a abrirse a esos sentimientos. La gente hacía preguntas. Querían saber cosas, o simulaban quererlo.

Tory no tenía respuestas que ofrecer, y nada que contar. Encontró la casita, vieja, derruida, perfecta, y regateó con ferocidad para poder comprarla.

La gente a menudo subestimaba a Victoria Bodeen.

-Veían a una mujer joven, de cuerpo pequeño y delgado. Veían la piel suave y las facciones delicadas, la boca seria y los ojos gris claro y muchas veces confundían todo eso con candidez. Una nariz pequeña, apenas un poco torcida, agregaba un toque de dulzura a ese rostro enmarcado por el pelo castaño. Veían fragilidad, la oían en su suave acento sureño. Y nunca alcanzaban a ver el acero interior, acero forjado por innumerables golpes de cinturón.

Ella trabajaba para conseguir lo que quería, luchaba por conseguirlo con toda la decisión del soldado de avanzada que debe tomar una playa.

-Quiso tener esa vieja casa con su jardín delantero, la hierba crecida y descuidada, la pintura desconchada. Y regateó, negoció, se esforzó hasta que fue suya. Los apartamentos le recordaban a Nueva York y al desastre en que terminó su vida allí. No habría más apartamentos para Tory.

Nutrió también esa inversión, utilizando su tiempo, su trabajo y su habilidad para redecorar la casa, un cuarto por vez. Le llevó tres años completos y ahora, la venta de la casa, agregada a sus ahorros, le permitirían convertir sus sueños en realidad.

Lo único que tenía que hacer era volver a Progress.

Frente a la mesa de la cocina, Tory leyó por tercera vez el contrato de alquiler de la tienda en la calle Market. Se preguntó si el señor Harlow, de la inmobiliaria, la recordaría.

Apenas tenía diez años cuando se mudaron de Progress a Raleigh para que su padre pudiera encontrar un trabajo permanente. Un trabajo mejor -declaraba su padre- que rascar el sustento en un trozo de terreno alquilado por los todopoderosos Lavelle. Por supuesto que en Raleigh fueron tan pobres como en Progress. Sólo que vivían más hacinados.

No tiene importancia, se recordó Tory. No regresaba pobre. Ya no era la muchacha temerosa y flacucha que fue, sino una mujer de negocios que iniciaba una nueva empresa en su pueblo natal.

«Entonces ¿por qué te tiemblan las manos?», le hubiera preguntado su psicoanalista. De excitación, decidió Tory. Y de nervios. De acuerdo, estaba nerviosa. Los nervios eran humanos. Tenía derecho a estar nerviosa. Era una mujer normal. Era lo que quería ser.

Apretó los dientes, cogió un bolígrafo y firmó el contrato. No era más que un contrato por un año. Un año. Si no le daba resultado, podría seguir su camino. Ya había seguido su camino antes. Tenía la sensación de que siempre estaba siguiendo su camino.

Pero esa vez, antes de seguir su camino, tenía mucho que hacer.

- El contrato de alquiler era sólo un papel de la montaña de papeles que debía atender. La mayoría de ellos, las licencias y

permisos para la tienda que pensaba inaugurar, ya estaban firmados y sellados. Consideraba que el estado de Carolina del Sur era poco menos que un atracador, pero había pagado sus derechos. Lo que le faltaba era escriturar la venta de la casa y pagar a los abogados, que, había decidido, eran peores que atracadores.

Al terminar ese día tendría el cheque en sus manos y emprendería su camino.

Ya casi había terminado de preparar las maletas.

-No tuve mucho que guardar, pensó en ese momento, ya que he vendido casi todo lo que compré desde que me instalé en Charleston. Viajar ligera de equipaje simplificaba las cosas, y hacía tiempo que había aprendido que nunca debía encariñarse con algo que luego pudieran quitarle.

Se levantó, lavó su taza, la secó y luego la envolvió en papel de diario para embalarla en la pequeña caja de utensilios de cocina que se llevaba por considerarlos prácticos y necesarios. Por la ventana que había sobre el fregadero, miró su pequeño patio trasero. Ese patio estaba lavado y barrido. Le dejaría al nuevo dueño los tiestos con verbenas y petunias blancas. Esperaba que cuidaran el jardín pero si no lo hacían, bueno, al fin y al cabo era de ellos y podían hacer lo que quisieran.

Había dejado allí su marca. Tal vez los nuevos propietarios pintaran y empapelaran, colocaran nuevos alfombrados y cambiaran los azulejos, pero lo hecho por ella venía primero. Siempre estaría debajo del resto.

No era posible borrar el pasado, ni matarlo, ni desear que no existiera. Tampoco se podía desear que el presente fuera distinto o modificar el futuro. Todos estábamos atrapados en

ese ciclo de tiempo, y girábamos alrededor del centro de los días anteriores. A veces ese ayer era suficientemente fuerte, suficientemente deliberado para absorbernos hacia atrás, por más que lucháramos por no aceptarlo.

¿Y cuánto más depresiva podría ser yo?, se preguntó Tory con un suspiro.

Cerró la caja, la alzó y salió de la cocina sin mirar atrás.

Tres horas después había depositado el cheque de la venta de la casa. Estrechó las manos de los nuevos compradores, oyó con amabilidad el entusiasmo que expresaban por haber comprado su primera casa y salió.

La casa y la gente que ahora viviría en ella ya no formaban parte de su mundo.

-¡Espera un minuto, Tory!

Tory se volvió, con una mano en la puerta de la camioneta y la mente ya en el camino. Pero esperó a que su abogada cruzara el aparcamiento del banco. Más bien debería decir que «recorrió»

el aparcamiento, se corrigió Tory. Abigail Lawrence nunca apresuraba nada, sobre todo cuando se trataba de sí misma. Lo cual posiblemente explicara por qué siempre parecía recién salida de las páginas de Vogue.

Para asistir a la firma de esa escritura se había puesto un traje celeste, un collar de perlas que posiblemente había heredado de su bisabuela y zapatos de tacones de aguja que lograban que a Tory se le acalambraran los pies de sólo mirarlos.

-¡Uf! -Abigail se pasó una mano por la cara, como si acabara de correr tres kilómetros en lugar de recorrer veinte metros-. Demasiado calor para abril. -Miró el coche lleno de cajas--.

~ Así que te vas ?

-Así parece. Gracias, Abigail, por haberte encargado de todos mis asuntos.

-Tú te encargaste de casi todo. No recuerdo haber tenido ningún cliente que siempre comprendiera todo lo que yo decía, y mucho menos que pudiera llegar a darme lecciones.

Observó la parte trasera del coche, vagamente sorprendida de que toda la vida de una persona pudiera ocupar tan poco espacio. -No creí que hablabas en serio cuando dijiste que te irías esta misma tarde. Debí haberlo sabido. -Volvió a mirar a Tory-. Eres una mujer de palabra, Victoria.

-No tengo motivos para quedarme.

Abigail abrió la boca y luego meneó la cabeza.

-Iba a decir que te envidio. Poder empacar lo que te quepa en la parte trasera del coche e ir a un lugar nuevo, a una nueva vida, a un nuevo comienzo. Pero la verdad es que no te envidio.

Ni un poquito. ¡Dios mío! Lo que haces requiere mucha energía y hay que tener valor. Pero eres lo bastante joven como para que te sobren energía y valor.

-Tal vez sea un nuevo comienzo, pero también es volver a mis orígenes. Todavía tengo familiares en Progress.

-Creo que es necesario tener más valor para volver a los orígenes que a ninguna otra parte.

- Espero que seas feliz, Tory. -Note preocupes, estaré bien.

-Estar bien es una cosa. -Para sorpresa de Tory, Abigail le tomó una mano y se inclinó para besarle la mejilla con suavidad-- Ser feliz es otra. Espero que seas feliz.

o-Lo intentaré. -Tory se apartó. Había algo en el contacto de las manos de Abigail, algo en la expresión preocupada de sus ojos-. Tú lo sabías -murmuró. .

--¡Por supuesto que lo sabía! -Abigail le apretó con suavidad los dedos antes de soltarlos-.

-Las noticias de Nueva York llegan hasta aquí y algunos de vez en cuando les prestamos atención. Cambiaste el color de tu pelo y tu nombre, pero te reconocí. Siempre recuerdo las caras.

-¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no me hiciste preguntas?

-Me contrataste para que atendiera tus asuntos comerciales, no para que me entrometiera en tu vida. Supuse que si querías que se supiera que eras Victoria Bodeen, la que hace unos años fue noticia en Nueva York, lo habrías dicho.

-Gracias.

La formalidad y la cautela de Tory hicieron sonreír a Abigail. -¡Por amor de Dios, querida! ¿Crees que te voy a preguntar si mi hijo se casará alguna vez o dónde demonios perdí el anillo de compromiso de mi madre? Lo único que te digo es que sé que has vivido momentos muy duros y que espero que vivas una vida mejor. Si tienes algún problema allí, en Progress, telefonéame. La simple bondad nunca dejaba de aturdira. Tory manoseó el picaporte del coche.

-Gracias. En serio, será mejor que me ponga en marcha. Tengo que detenerme en varios lugares. -Pero le tendió la mano una vez más-. Te agradezco todo lo que has hecho.

-Que tengas un buen viaje.

Tory subió al auto, vaciló y abrió la ventanilla en el momento de poner en marcha el motor.

-En la oficina de tu casa. En medio del cajón donde archivas las carpetas. Entre la D y la E.

-¿Qué es eso?

-El lugar donde está el anillo de tu madre. Te queda un poco grande y se te cayó del dedo. Debiste hacerlo achicar. -Tory puso marcha atrás y arrancó con rapidez mientras Abigail se quedaba mirándola estupefacta.

Salió de Charleston en dirección al oeste, luego dobló hacia el sur para iniciar su peregrinaje por el estado antes de aterrizar en Progress. La lista de artistas y artesanos que pensaba visitar estaba prolijamente escrita a máquina en su nuevo portafolios. En ella figuraba la dirección de cada uno de ellos, y visitarlos significaba tomar una serie de caminos laterales. Eso le haría perder mucho tiempo, pero era necesario.

Ya había acordado con varios artistas sureños que exhibieran y vendieran sus trabajos en la tienda que pensaba inaugurar en la calle Market.

-Pero le hacían falta más. Aunque empezar con pocos no significaba no empezar bien.

Los costes de iniciación del negocio, la compra de mercadería y encontrar un lugar aceptable donde vivir eran asuntos que consumirían prácticamente hasta el último centavo ~ le había ahorrado. Pero tenía intenciones de que valiera la pena y de ganar más dinero.

En el término de una semana, si todo salía como lo planeaba, comenzaría a instalar el negocio. A fines de mayo lo inauguraría. Y entonces ellos verían.

En cuanto al resto, se encargaría de lo que pasara cuando pasase. Y cuando llegara el momento, recorrería en el coche el largo y sombreado camino que llevaba a Beaux Réves y se enfrentaría a los Lavelle.

Se enfrentaría a Hope.

Una semana después, Tory estaba extenuada, era varios cientos de dólares más pobre debido a un radiador roto, y estaba dispuesta a poner fin a sus viajes. El reemplazo del radiador la obligó a postergar su llegada a Florence hasta la mañana siguiente y a pasar una noche en la dudosa comodidad de un motel cercano a la carretera 9, en las afueras de Chester.

La habitación olía a humo rancio y sus lujos consistían en un trozo de jabón y algunas películas como de pago. La alfombra estaba llena de manchas cuyo origen era mejor ni siquiera imaginar.

Había pagado una noche de estancia en efectivo, porque no le gustaba la idea de poner su tarjeta de crédito en manos de un empleado de expresión astuta que apestaba a la ginebra que disimulaba en una taza de café.

La habitación era tan poco atractiva como la posibilidad de volver a pasar otra hora al volante del coche, pero estaba allí. Tory arrastró la única silla hasta la puerta y la enganchó con el pi

caporte. Decidió que era una medida de seguridad tan poco segura como la cadenilla débil y oxidada que tenía la puerta. Sin embargo~ combinar ambas cosas le proporcionó una ilusoria sensación de seguridad.

Sabía que era un error permitir que la agobiara el cansancio. j~isminuía la resistencia. Pero todo había conspirado en su contra. El alfarero a quien visitó en Greenville resultó un hombre

temperamental y le costó convencerlo de que le diera la exclusividad de sus trabajos. Si no hubiese sido tan brillante, Tory habría salido de su estudio a los veinte minutos de llegar, en lugar de dedicar dos horas a alabarlo, aplacar y persuadirlo.

El coche le había tomado otras cuatro horas entre que lo remolcaron, consiguió un radiador reacondicionado y convenció al mecánico de que lo reparara enseguida.

Y a eso había que agregar que su propia estupidez la hizo aterrizar en el motel By the Way. Si hubiera reservado un cuarto en Greenville o se hubiera detenido en uno de los alojamientos perfectamente respetables de la interestatal, ahora no estaría extenuada en un cuarto maloliente.

Sólo es por una noche, se recordó mientras observaba el sucio cubrecamas verde. Por sólo unas monedas allí se ofrecían los dudosos encantos de Magic Fingers.

Sólo unas horas de sueño y estaría de camino a Florence, donde su abuela le tenía preparado un cuarto de huéspedes, sábanas limpias y un baño caliente. Sólo tenía que soportar esa noche.

Sin sacarse siquiera los zapatos, se tendió en la cama y cerró los ojos.

Cuerpos en movimiento, empapados de sudor. «¡Sí, cariño, sí! ¡Dámelo! ¡Con más fuerza!»

Una mujer que sollozaba, el dolor la recorría como lava hirviendo.

«¡Oh Dios, Dios! ¿Qué voy a hacer? ¿Adónde puedo ir? A cualquier parte, menos regresar. ¡Por favor, no permitas que me encuentre!»

Pensamientos incongruentes, manos de movimientos torpes, una excitación llena de pánico y una culpa rabiosa.

«¿Y si quedo embarazada? Mi madre me matará. ¿Me dolerá? ¿Él realmente me amará?»

Imágenes, pensamientos, voces que rompían sobre ella en oleadas de formas y sonidos.

«Déjenme en paz», pidió Tory. Con los ojos todavía cerrados,

imaginó un muro, grueso, alto y blanco. Lo fue edificando, ladrillo por ladrillo, hasta que se irguió entre ella y todos los recuerdos que pendían en el cuarto, como humo. Detrás de ese muro todo era de un azul fresco y claro. Agua en la que flotaba, en la que se hundía. Y por fin, en la que podía dormir.

Y en lo alto, sobre ese estanque celeste, el sol era blanco y cálido. Oía el canto de los pájaros y el chapoteo del agua con cada brazada que daba. Allí su cuerpo no tenía peso, su mente estaba en silencio. En las orillas del estanque alcanzaba a ver los grandes robles con su encaje de musgo, y un sauce llorón que se inclinaba como cortesano para hundir sus ramas en la superficie ~~

~ lustrosa.

Sonrió, cerró los ojos y se dejó llevar.

El sonido de risas era alto y agudo, el júbilo despreocupado ~ de una chica. Con pereza, Tory abrió los ojos.

Allí, junto al sauce llorón estaba Hope, y la saludaba con las manos.

«¡Eh, Tory, eh! Te estaba buscando.» El júbilo se le hundió en el cuerpo, como una flecha brillante. Tory se volvió en el agua y le devolvió el saludo con la mano. «¡Ven! El agua está magnífica.» «Si nos llegan a descubrir bañándonos desnudas, nos darán nuestro merecido.» Pero con una risita Hope se sacó los zapatos, los shorts y por último la camiseta. «Creí que te habías ido.» «¡No seas tonta! ¿Adónde voy a ir?» «Hace mucho que te busco.» Con lentitud, Hope se metió en el agua. Delgada como un sauce y blanca como el mármol. El pelo se le extendió sobre la superficie del agua. Oro contra azul. Para siempre jamás. El agua se oscureció, comenzó a agitarse. Las ramas llenas de gracia del sauce se irguieron como látigos. Y el agua estaba fría, repentinamente tan fría que Tory comenzó a temblar. «Se está levantando una tormenta. Será mejor que entremos.»

«¡Está sobre mi cabeza! ¡No puedo hacer pie! ¡Ayúdame!» A medida que el agua se embravecía, Hope luchaba por no hundirse, y con sus brazos delgados y juveniles levantaba cortinas de un agua que se había puesto turbia y marrón como la de los pantanos.

Tory comenzó a nadar, con brazadas largas, a una velocidad frenética, pero cada brazada la alejaba de su amiga. El agua le quemaba los pulmones, le tironeaba los pies. Sintió que se hundía, sintió que se ahogaba con la voz de Hope dentro de la cabeza. « ¡Date prisa! ¡Ayúdame! »

Despertó en la oscuridad, con el gusto del pantano en la boca. Sin la energía necesaria para volver a edificar su muro, Tory se levantó. Una vez en el baño, se echó agua herrumbrosa en la cara y se miró en el espejo.

Un par de ojos ensombrecidos y todavía teñidos por el sueño la miraron. Es demasiado tarde para retroceder, pensó. Siempre es demasiado tarde.

Tomó su bolso y la pequeña maleta de viaje que había llevado consigo a la habitación.

Fuera, la oscuridad le resultó tranquilizados y los dulces y la bebida sin alcohol que había comprado en la máquina ubicada junto a la puerta de su cuarto la mantuvieron en marcha.

Encen

dió la radio para distraerse. No quería pensar en nada que no fuera el camino.

Cuando llegó al corazón del estado, el sol estaba alto y el tráfico era denso. Se detuvo para reponer combustible antes de encaminarse al este. Al llegar a la salida de la autopista que conducía al lugar adonde se habían mudado una vez más sus padres, se le cerró el estómago y no se distendió hasta cuarenta y cinco kilómetros después.

Pensó en su abuela, en la mercadería que llevaba en la parte de atrás del coche y en la que le enviarían a Progress. Pensó en su presupuesto de los siguientes seis meses y en el trabajo que significaría tener su tienda lista y en condiciones de inaugurarla para el día del Soldado Desconocido.

Pensó en cualquier cosa menos en el verdadero motivo que la llevaba de regreso a Progress.

En las afueras de Florence se volvió a detener y utilizó el aseo de una estación de servicio para cepillarse el pelo y maquillarse un poco. El artificio no engañaría a su abuela, pero por lo menos lo habría intentado.

Obedeciendo un impulso, se volvió a detener frente a una floristería. El jardín de su abuela siempre parecía un lugar de exhibición, pero una docena de tulipanes rosa significaban otra clase de

esfuerzo. He vivido hasta ahora, se recordó Tory, a menos de dos horas de la casa de mi abuela y desde Navidad nunca he hecho el viaje, el esfuerzo de ir hasta allí a verla.

Desde que había doblado por la bonita calle con sus ciruelos silvestres florecidos se preguntó por qué. Era un buen lugar, el tipo de barrio donde los chicos jugaban en los patios y los perros

dormitaban a la sombra. Un lugar donde las mujeres intercambiaban comentarios y chismes por sobre el cerco del jardín trasero, uno de esos lugares donde la gente notaba la presencia de automóviles desconocidos y mantenía vigilada la casa del vecino, tanto por consideración como por comodidad.

La casa de Iris Mooney se alzaba en el centro de la manzana, prolija como una caja de sombreros, con antiguas y enormes azaleas que custodiaban sus cimientos. Las flores ya habían pasado su momento ideal, pero los rosa y púrpuras desteñidos agregaban un toque delicado a la pintura azul elegida por su abuela. Tal como Tory esperaba, el jardín delantero estaba exuberante y hermoso, el césped bien cortado y el camino de entrada limpio y barrido.

Una camioneta con el rótulo «Fontanería las 24 h.» estaba estacionada detrás del viejo coche de su abuela. Tory aparcó junto al bordillo. La tensión del viaje comenzó a desaparecer a medida que se acercaba a la casa.

No llamó. Nunca tuvo necesidad de llamar a esa puerta y siempre supo que se abriría, dándole la bienvenida. Hubo momentos en que sólo eso evitó que se derrumbara.

Le sorprendió que en la casa reinara el silencio. Eran casi las diez. Esperaba encontrar a su abuela en el jardín o trajinando dentro de la casa.

Como siempre, la sala estaba atestada de muebles, chucherías, libros. Y, notó Tory, un florero con una docena de rosas rojas que hacían que sus tulipanes pareciesen parientes pobres.

-Depositó la maleta y el bolso en el suelo y se volvió hacia el vestíbulo.

-¿Abuela? ¿Estás en casa? -llamó. Con las flores en la mano, se encaminó hacia los dormitorios, luego alzó las cejas al oír movimientos detrás de la puerta cerrada del cuarto de su abuela.

-¿Tory? Enseguida salgo, querida. Ve a la cocina y sírvete un poco de té frío.

Tory se encogió de hombros y siguió hacia la cocina, pero se detuvo y se volvió al oír lo que le pareció una risita ahogada. Dejó las flores sobre la encimes y abrió la nevera. Allí esperaba la jarra de té, preparado como a ella más le gustaba, con tajadas de limón y menta. Abuela nunca se olvida de nada, pensó, y sintió que lágrimas de cariño y cansancio le ardían en los ojos. Parpadeó para contenerlas al oír los pasos rápidos de su abuela.

-¡Santo Dios! ¡Qué temprano has llegado! No te esperaba hasta después de mediodía o más tarde aún. -Pequeña, delgad~ y ágil, Iris Mooney entró en la cocina y abrazó a Tory.

-Salí temprano y casi no me detuve. ¿Te he despertado? ¿No te sientes bien?

- Qué >

-Todavía vas en bata.

-¡Ah! ¡Ja! -Después de estrechar a su nieta por última vez, Iris se apartó-. Me siento tan bien como un día de primavera. Déjame mirarte. ¡Ah, cariño, estás extenuada!

-Un poco cansada. Pero tú estás maravillosa.

Era cierto. Sesenta y siete años de vida le habían arrugado la cara, pero no apagado la piel de magnolia ni enturbiado el gris profundo de sus ojos. En su juventud había sido pelirroja, y se encargaba de que su pelo siguiera teniendo el mismo color. A Iris le gustaba decir que si Dios tenía intenciones de que una mujer fuese gris, no habría inventado el tinte.

- Ella se cuidaba y mimaba su aspecto físico.

Que, pensó en ese momento, era más de lo que se podía decir de su nieta.

-Siéntate. Te prepararé un buen desayuno. -No quiero darte trabajo, abuela.

-Ya deberías saber que no vale la pena discutir conmigo. Bien, siéntate. -Señaló una silla junto a la pequeña mesa de la cocina-. ¡Oh, mira estas flores! ¡Son una belleza! -Tomó los tulipanes y la alegría que le provocaban se le reflejó en los ojos-. Eres muy dulce, mi Tory.

-Te he echado de menos, abuela. Y siento no haber venido antes a visitarte.

-Tienes tu propia vida, que es lo que siempre he querido para ti. Ahora relájate, y cuando puedas sostenerte sobre tus pies me hablarás de tu viaje.

-Te aseguro que ha valido la pena. Encontré algunas piezas magníficas.

-Has heredado mi gusto por las cosas bonitas. -Entonces vio que su nieta se quedaba mirando boquiabierta al hombre que acababa de entrar en la cocina.

Era alto como un roble y de pecho ancho. Su pelo canoso era del color y la textura de la lana acerada. Sus ojos eran del castaño brillante de las bellotas y caídos como los de los perros basset

hound. Su rostro, curtido, lucía un bronceado que hacía juego. Se aclaró la garganta con un fleteo exagerado e inclinó la cabeza en dirección a Tory.

-Buenos días -dijo arrastrando las palabras como los campesinos-. Eh... señora Mooney, ya he terminado de arreglarle ese desagüe.

-No seas tonto, Cecil. Ni siquiera tienes tu caja de herramientas. -Iris apartó un cartón de huevos-.

- No es necesario que te ruborices -agregó-. Mi nieta no se desmayará al enterarse de que su abuela tiene novio. Tory, este es Cecil Axton, el motivo por el que no estoy vestida a las diez de la mañana. -¡Iris! -El hombre se ruborizó-. Me alegra conocerte, Tory. Tu abuela no veía la hora de que llegaras.

-Mucho gusto -contestó Tory, a falta de algo más inteligente que decir. Le tendió una mano, y como todavía seguía aturdida y los sentimientos de Cecil eran tan evidentes, tuvo una visión clara e inmediata de lo que había provocado la risa de su abuela en su dormitorio.

- Pero desechó la imagen en cuanto su mirada se encontró con la de Cecil, tan mortificado como ella.

-¿Usted es... usted es fontanero, señor Axton?

-Vino a arreglar la caldera -intervino Iris-, y desde entonces me ha mantenido calentita.

-¡Iris! -Cecil bajó la cabeza y agachó la montaña que eran sus hombros, pero no logró ocultar del todo su sonrisa-. Debo marcharme. Espero que disfrutes de tu visita, Tory.

-No pensarás irte sin darme un beso de despedida, ¿verdad? Iris cruzó la cocina, tomó entre sus manos la cara curtida de Cecil para bajarla y lo besó con firmeza en la boca.

-Bueno, como verás no hay relámpagos, ni truenos, ni la criatura ha tenido un colapso. - Volvió a besarla y luego le palmeó la mejilla-. Vete, buen mozo, y que tengas un buen día. - Supongo que... eh... te veré más tarde.

-Te aseguro que es lo que te conviene. Y ahora vete. Yo hablaré con Tory.

-Sí, ya me voy. -Se volvió hacia Tory con una sonrisa vacilante-.

-Cuando uno discute con esta mujer, lo único que gana es un dolor de cabeza.

-Recogió del perchero una desteñida gorra azul, se la puso y salió presuroso.

-¿No te parece una maravilla? Aquí tengo un poco de beicon. ¿Cómo quieres que te prepare los huevos?

-Como quieras, abuela. -Tory respiró hondo y se puso de pie-. No es asunto mío, pero...

-Por supuesto que no es asunto tuyo, a menos que yo pregunte tu opinión, cosa que he hecho. -Iris puso el beicon sobre la plancha para que se cocinara-. Me desilusionarás mucho,

Tory, si te escandaliza o te espanta enterarte de que tu abuela tiene una vida sexual.

Tory se encogió pero logró recuperarse antes de que Iris se volviera hacia ella.

-No estoy escandalizada ni espantada, pero sí un poco desconcertada. La idea de llegar aquí esta mañana y de estar a punto de entrar en el dormitorio y encontrarme con... humm.

-Bueno, llegaste muy temprano, querida. Ahora freiré esos huevos y nos daremos el gusto de tomar un agradable y grasoso desayuno a media mañana.

-Supongo que tus actividades te han dado hambre.

Iris parpadeó, echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada. -¡Así me gusta! Cuando no sonríes, me preocupas, pequeña. -¿Y de qué quieres que sonría? La que disfruta del sexo eres tú.

Divertida, Iris ladeó la cabeza. -¿Y de quién es la culpa?

-Tuya. Tú viste primero a Cecil. -Tory bajó dos vasos del armario y sirvió el té. Ignoraba si debía sentirse orgullosa o divertida y decidió que la situación merecía una combinación de ambas cosas-. Parece un hombre muy agradable.

-Lo es. Mejor aún, es un buen hombre. -Iris pinchó el beicon y decidió coger el toro por los cuernos-. Tory, Cecil está viviendo aquí.

-¿Viviendo? ¿Estás viviendo con él?

-Quiere que nos casemos, pero yo no estoy segura. Así que lo he aceptado por lo que se podría llamar un período de prueba. -Creo que, después de todo, conviene que me siente. ¡Dios mío, abuela! ¿Se lo has dicho a mamá?

-No, y no pienso hacerlo porque prefiero pasar sin que me sermoneen por vivir en pecado y exponerme a la perdición por apartarme del plan del Todopoderoso.

-Tu madre se ha convertido en la peor de las mojigatas, desde el invento de las estaciones de servicio en que uno se sirve solo. No puedo creer que una hija mía haya llegado a ser una especie de ratón.

-Lo es por una cuestión de supervivencia -murmuró Tory, pero Iris sólo lanzó un gruñido.

-Habría sobrevivido perfectamente si hubiera abandonado ese hijo de puta con quien se casó hace veinticinco años. Esa fue su elección, Tory. Si tuviera sentido común, su elección habría sido otra. Fue lo que hiciste tú.

-¿Eso crees? No sé qué elecciones hice yo o cuáles fueron hechas por otros. Tampoco sé cuáles fueron acertadas y cuáles equivocadas. Y aquí estoy, abuela, cerrando el círculo y volviendo al lugar donde empecé. Me digo que ahora soy la que mando. Que la decisión es mía. Pero en el fondo sé que no puedo evitarlo.

-¿Quisieras evitarlo? -Desconozco la respuesta.

-Entonces seguirás adelante hasta encontrarla. Tienes una luz muy fuerte en tu interior, Tory. Encontrarás tu camino. -Es lo que siempre has dicho. Pero lo que siempre me ha provocado más terror es estar perdida.

-Debí haberte ayudado más. Debí estar contigo cuando me necesitabas.

-¡Abuela! -Tory se puso de pie y cruzó la cocina para rodear la cintura de Iris mientras el beicon crepitaba-. Abuela, en mi vida siempre has sido la mano que no temblaba. Sin ti, yo no estaría aquí.

-Sí, por supuesto que estarías. -Iris palmeó la mano de Tory y levantó el beicon para que perdiera el aceite-. Eres más fuerte que todos nosotros juntos. Y si me lo preguntas, te diré que eso fue lo que aterrizó a Hannibal Bodeen. Quiso quebrantarte por su propio miedo. Pero en definitiva te forjó, ¿no es así? ¡Bastardo ignorante! -Rompió un huevo y lo dejó caer en la grasa burbujeante-.

- Prepara unas tostadas, querida.

-Mamá no se parece a ti -dijo Tory mientras metía rebanadas de pan en la tostadora-. No se te parece en nada.

-Ya no sé cómo es Sarabeth. La perdí hace años. Supongo que al mismo tiempo que perdí a tu abuelo. Tu madre sólo tenía doce años cuando él murió. ¡Diablos! Yo apenas tenía algo más de treinta y de repente me encontré viuda y con dos hijos para criar sola. Ese fue el peor año de mi vida. Nada se le ha parecido. ¡Dios Santo, cómo quería a ese hombre!

Lanzó un suspiro y sirvió los huevos en los platos.

-Mi Jimmy era toda mi vida. Un minuto el mundo era perfecto, y al siguiente todo había desaparecido. Y allí estaba Sarabeth de doce años y J.R. de apenas dieciséis. Y ella se puso como loca. Tal vez pude haberla refrenado. Dios sabe que debí hacerlo.

-No puedes culparte.

-No me culpo. Pero cuando una mira atrás, logra ver las cosas con claridad. Comprende que si hubiera actuado de otra manera, toda la vida habría cambiado. Si en ese momento me hubiera ido de Progress y utilizado el dinero del seguro de Jimmy en lugar de aceptar un empleo en el banco. Si no hubiese estado tan emperrada en ahorrar para que mis hijos pudieran asistir a la universidad.

-Quisiste lo mejor para ellos.

-Es cierto. -Iris depositó los platos sobre la mesa, se volvió para sacar la mantequilla y la mermelada de la nevera-. J.R. ingresó en la universidad y utilizó su educación. Sarabeth consiguió a Hannibal Bodeen. Así debía ser. Y por eso mi nieta y yo vamos a sentarnos a comer un par de infartos servidos en un plato. Si pudiera retroceder en el tiempo, no cambiaría nada. Porque no te tendría a ti.

-Y yo, abuela, vuelvo convencida de que no puedo hacer otra cosa. -Tory colocó las tostadas en un plato pequeño y lo llevó a la mesa-. Me asusta tener tanta necesidad de volver.

Ya no conozco a toda esa gente. Y temo que, una vez esté allí, tampoco me reconoceré a mí misma.

-No lograrás tener paz hasta hacerlo, Tory. Hasta que te enfrentes al asunto no podrás superarlo. Desde que abandonaste Progress has recorrido el camino de regreso.

-Lo sé. -Y la ayudaba que alguien lo comprendiera. Sonriendo apenas, Tory ensartó un poco de beicon en su tenedor-. Bueno, háblame de tu fontanero.

-¡Ah! ¡Es un primor! -Encantada con el tema, Iris atacó su desayuno-. Parece un oso enorme y viejo, ¿no? A1 mirarlo nadie imaginaría lo inteligente que es. Él solo fundó esa empresa hace

más de cuarenta años. Perdió a su mujer hace cinco años. Yo la conocía apenas. Ahora prácticamente está jubilado. Dos de sus hijos se encargan de la dirección del negocio.

Tiene seis nietos. -¿Seis?

-Sí, seis. Uno de ellos es médico, un muchacho buen mozo. Estaba pensando que...

-Te aconsejo que no sigas. -Con los ojos entrecerrados, Tory cubrió una tostada con mermelada-. No tengo interés. -¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo conoces.

-No me interesan los muchachos. Ni los hombres.

-Tory, no has estado relacionada con un hombre desde...

Jack -terminó Tory-. Es cierto, y no tengo intenciones de volver a relacionarme con nadie. Una vez me bastó. -Como todavía le dejaba un gusto amargo en la boca, levantó su taza de té-. No todos estamos hechos para ser la mitad de una pareja, abuela. Yo soy feliz sola.

Al ver que Iris alzaba las cejas, Tory se encogió de hombros y agregó:

-Muy bien. Digamos que pienso ser feliz por mi cuenta. Y que pienso matarme trabajando para lograrlo.

Ha pasado demasiado tiempo, pensó Tory, desde que estuve sentada en la hamaca de un porche, mirando salir las estrellas y escuchando el canto de los grillos. Demasiado tiempo desde que pude relajarme lo suficiente para quedarme sentada sin hacer nada y aspirar la fragancia de la brisa.

Y mientras lo pensaba, se dio cuenta de que era probable que transcurriera mucho tiempo más antes de que pudiera volver a hacerlo.

Al día siguiente recorrería los últimos kilómetros que la separaban de Progress.

Una vez allí, recogería los trozos dispersos de su vida y por fin enterraría a una amiga para que descansara en paz.

Pero esa noche era para las brisas suaves y los pensamientos tranquilos.

Levantó la mirada al oír el crujido de la puerta mosquitera y le sonrió a Cecil. Decidió que su abuela tenía razón. En realidad Cecil parecía un gran oso viejo. Y en ese momento, un oso muy nervioso.

-Iris me ha echado de la cocina. -Tenía una botella de cerveza en una mano y pasaba nervioso el peso del cuerpo de un pie al otro-. Me dijo que saliese al porche un rato a hacerte compañía.

-Quiere que seamos amigos. ¿Por qué no se sienta un rato? Me gustaría estar acompañada.

-Me siento un poco raro. -Dejó caer el peso de su cuerpo sobre la hamaca y miró a Tory con el rabillo del ojo-. Ya sé lo que pensáis vosotros los jóvenes.

Un viejo como yo, cortejando a una mujer como Iris.

Todavía olía al jabón que había usado para lavarse antes de la comida. Era un agradable olor masculino.

-¿Su familia no está de acuerdo?

-No es eso. Ahora ya no se oponen. Iris fascinó a mis chicos. Es ese modo de ser que tiene. Jerry, uno de mis hijos, se indignó con el asunto, pero ella lo hizo cambiar de idea. El problema es que...

Dejó que la frase se perdiera y se aclaró la garganta. Tory enlazó las manos y sofocó una sonrisa mientras él se lanzaba a lo que, sin duda, era un discurso muy ensayado.

-Tú eres muy importante para ella, Tory. Creo que eres lo más importante que tiene en el mundo. Está orgullosa de ti, se preocupa por ti y se jacta de ti. Sé que hay un abismo entre ella y tu madre. Supongo que se podría decir que eso te convierte en alguien aún más especial para ella.

-El sentimiento es mutuo.

-Lo sé. Lo he comprobado durante la comida. El asunto es que... -Levantó la botella de cerveza y bebió un sorbo-. ¡Oh, diablos! Estoy enamorado de ella. -Lo dijo atropelladamente y se ruborizó-. Supongo que eso te parecerá extraño viniendo de un hombre que no volverá a tener sesenta y cinco años, pero... -¿Por qué me va a parecer extraño? -A ella no le resultaba cómodo el contacto físico con la gente, pero le palmeó la rodilla porque tuvo la sensación de que Cecil lo necesitaba-.

-¿Y qué tiene que ver la edad con el asunto? Abuela lo quiere. Y eso me basta.

Cecil sintió una oleada de alivio. Tory lo percibió en su suspiro.

-Nunca creí que volvería a sentir esto. Estuve casado durante cuarenta y seis años con una mujer maravillosa. Crecimos juntos, juntos formamos una familia, creamos una empresa. Cuando la perdí, supuse que esa parte de mi vida había llegado a su fin. Entonces conocí a Iris y...

-¡Dios mío! Es como si volviera a tener veinte años.

-Usted puso estrellas en sus ojos.

Cecil se puso aún más colorado y sus labios temblaron en una sonrisa tímida y fascinada.

--Sí? Sé usar mis manos. -Ante la carcajada incontrolable

de Tory, él abrió mucho los ojos-. Lo que quiero decir es que soy útil en la casa. Arreglo cosas.

-Lo sé.

-Supongo que Stella, mi mujer, me entrenó bien. Sé que no debo entrar en una habitación con el suelo limpio con los zapatos embarrados. Cocino pasablemente y gano bien.

Tory decidió que su abuela tenía razón. Ese hombre era un encanto.

-Cecil, ¿me está pidiendo que le dé mi bendición? Él suspiró.

-Pienso casarme con ella. Por ahora Iris no quiere ni oír hablar del asunto. ¡Es terca como una mula! Pero yo también soy cabeza dura. Sólo quería que supieras que no me estoy aprovechando de ella, que mis intenciones...

-¿Son honorables? -acabó la frase Tory, emocionada-. Yo apoyaré sus intenciones.

-¿Sí? -Se volvió a echar atrás haciendo crujir la hamaca-. Eso me alivia, Tory. ¡Vaya si me alivia! ¡Dios todopoderoso, me alegra tanto que haya pasado este momento! -Bebió otro trago de cerveza-. A1 hablar de estas cosas se me traba la lengua.

-Lo ha hecho muy bien. Cecil, siga haciéndola feliz.

-Es lo que pretendo. -Ya tranquilo, apoyó un brazo en el respaldo de la hamaca y contempló el jardín trasero de Iris-. Es una noche agradable.

-Sí. Una noche muy agradable.

-Ojalá pudieras quedarte un par de días más. -Tengo que empezar a trabajar.

Iris asintió y luchó por no protestar cuando Tory llevó su maleta al auto.

-¿Me llamarás en cuanto estés instalada? -Por supuesto.

-Y prométeme que irás a ver enseguida a J.R., para que él y Boots te ayuden en todo lo que necesites.

-Iré a verlo, y también a la tía Boots y a Wade. -Besó a su abuela en ambas mejillas-. Y ahora, ¡basta de preocuparte! -Lo que pasa es que ya te estoy echando de menos. Dame tus manos.

-Tory vaciló, e Iris las tomó-. Te pido que me hagas el gusto, querida.

-Las sostuvo con firmeza y sus ojos se empañaron un poco.

Ella no poseía la luz brillante que le había sido concedida a su nieta. Sólo veía en colores y en formas. El gris de las preocupaciones, el rosado de la excitación, el azul apagado del dolor.

Y a través de todo, percibió el rojo oscuro y profundo del amor.

-Estarás bien. -Apretó por última vez las manos de su nieta-. Y yo estaré aquí si me necesitas.

-Siempre lo he sabido. -Tory subió al coche y respiró hondo-. No les digas dónde estoy, abuela.

Iris meneó la cabeza. Sabía que Tory se refería a sus padres. -No lo haré.

-Te quiero.

Cuando se alejó, mantenía los ojos fijos al frente.

Los campos comenzaron a quebrarse, suaves colinas cubiertas con el verde de pastos tiernos. Reconoció algunas siembras. Soja, tabaco, algodón, cuyos retoños delicados cubrían la tierra. Añoraba las épocas de siembra.

La tierra nunca la atrajo tanto como a otros. De vez en cuando le gustaba trabajar en el jardín, pero no tenía esa necesidad imperiosa de sentir la tierra en sus manos, de cuidar y cultivar, de guardar lo que cosechaba.

Sin embargo, apreciaba el ciclo, la continuidad. Disfrutaba mirando el campo, que los hombres araban y nutrían; vivían lado a lado con la exuberancia de los cedros y con el musgo, con el

zumaque ubicuo, con las cintas de agua oscura que nunca podrían ser ni serían realmente domesticadas.

El olor de todo eso era rico y también oscuro. Era más el perfume del Sur que el de la magnolia. Después de todo, ese era el verdadero corazón del Sur. Más allá de los jardines formales y de los parques perfectos, el Sur se apoyaba en cosechas, en sudor y en las sombras secretas de sus ríos.

En busca de soledad, Tory había viajado por caminos secundarios, y con cada kilómetro que recorría se sentía más atraída por ese corazón.

En el límite oeste de Progress, algunas de las granjas y chacras habían dado lugar a hogares. Pequeños barrios con jardines que surtidores subterráneos mantenían verdes y exuberantes.

-En los senderos de entrada había automóviles y camionetas último modelo y las aceras eran anchas y parejas. Aquí deben de vivir los recién casados, pensó Tory, casi todos con dos ingresos y en

busca de una casa agradable en los suburbios para formar una familia.

Esos eran sus clientes ideales y el motivo principal que justificaba su mudanza. Los dueños de casa exitosos con buenos ingresos disfrutaban decorando sus hogares. Con una adecuada publicidad e inteligentes escaparates, los atraería a su tienda.

Y comprarían.

¿Habría alguien en esas casas silenciosas que hubiese conocido en su infancia? ¿Alguien que tal vez recordara a la delgada chiquilla que siempre llegaba al colegio llena de moretones?

¿Recordarían que algunas veces ella sabía cosas que se suponía no debía saber?

La memoria es breve, se recordó Tory. Y aun en el caso de que algunos la recordaran, ella encontraría la manera de utilizar esos recuerdos en beneficio de su tienda.

A medida que se aproximaba al centro, las calles se encontraban cada vez más cerca unas de otras, como ansiosas de tener compañía. En la mente de Tory relampagueó la imagen del otro extremo del pueblo, donde el angosto río era el límite de Progress.

-En su infancia, las casas allí eran pequeñas y oscuras, con techos llenos de goteras y camiones oxidados casi siempre apoyados sobre bloques de cemento. Un lugar donde los perros gruñían y tironeaban con maldad los extremos de sus cadenas.

-Donde las mujeres colgaban ropa lavada deslucida, mientras los chicos permanecían sentados en cuadrados de hierba que más que hierba era tierra.

Algunos de los hombres trabajaban la tierra para ganar su sustento y otros simplemente vivían a base de cerveza y maldad. De pequeña ella estuvo a un paso tembloroso de ese destino. Y aún entonces temía perder el equilibrio y caer en el mundo de los aullidos, donde el pan de cada día se servía con extenuación. Lo primero que vio fue la aguja de la iglesia. El pueblo alardeaba de tener cuatro, o por lo menos de eso alardeaba antes. Sin embargo, casi todos los que Tory conocía pertenecían a la Iglesia bautista. La iglesia donde ella permanecía sentada durante horas interminables en un banco duro, escuchando el sermón con desesperación, porque por la noche, antes de la comida, su padre la interrogaría sobre su contenido. Si no contestaba bien, el castigo era duro e inmediato.

Hacía ocho años que no entraba en ninguna iglesia.

No pienses en eso, se ordenó. Piensa en el presente. Pero notó que el presente era muy parecido al pasado. Tenía la impresión de que había cambiado muy poco en las afueras de Progress. Dobló por Live Oak Drive para recorrer las antiguas zonas residenciales. Allí las casas eran grandes y elegantes, los árboles viejos y frondosos. Su tío se había mudado a ese barrio pocos años antes de que ella abandonara Progress. Gracias al dinero de su mujer, comentaba entonces con amargura el padre de Tory. A Tory no se le permitía visitarlos y ahora sintió una mezcla de pánico y de culpa por el solo hecho de pasar frente a la hermosa casa blanca de ladrillos, con sus arbustos florecidos y sus ventanas relucientes. A esa hora su tío estaría trabajando, como gerente del banco, puesto que tenía casi desde que ella podía recordar. Y a pesar de tenerle mucho afecto a su tía, Tory no estaba con ánimo para soportar las manos aleteantes y la voz susurrante de Boots Mooney. Recorrió las calles, pasó frente a casas más pequeñas y edificios de apartamentos que dieciséis años antes no existían. Alzó las cejas ante la tienda que vio en una esquina, un edificio pintado de amarillo y rojo donde antes había un antiguo almacén.

El edificio del colegio secundario tenía un anexo y vio un parquecito encantador donde antes se levantaba una hilera de casas destartalladas. Había árboles nuevos plantados entre los viejos y de los tiestos pendían flores hermosas. Todo parecía más bonito, más limpio, más fresco que lo que ella recordaba. Se preguntó qué parte de todo eso sería lo mismo de antes sólo cubierto por una nueva capa de pintura.

Al torcer por Market sintió un placer ridículo al ver que Hanson's todavía seguía en pie, que todavía lucía el mismo cartel ahora gastado por el tiempo, y que su escaparate principal seguía lleno de carteleras y avisos.

El dulce sabor infantil la embargó y la obligó a sonreír.

Notó que la peluquería había cambiado de manos. El Salón de Belleza Lou ahora se llamaba Hair Today. Pero el casino de la calle Market todavía estaba en pie y tuvo la impresión de que eran los mismos hombres con los mismos monos los que se reunían delante para intercambiar chismes y comentarios.

A media manzana, entre la ferretería Rolling y The Flower Basket se encontraba la antigua tienda. Allí, pensó Tory mientras acercaba el coche al bordillo, era el lugar donde ella cambiaría su vida.

Bajó al espeso calor del mediodía. El frente del edificio era tal como lo recordaba. Viejos ladrillos unidos con mezcla de color

gris como el humo. El escaparate era alto y ancho y en ese momento estaba cubierto de polvo. Pero ella arreglaría eso. La puerta también era de vidrio, y estaba rajado. El propietario, decidió Tory sacando su libreta, tendría que hacerlo arreglar. Fuera ella colocaría el banco angosto con respaldo de hierro forjado que le enviarían. Y junto al banco, tiestos de petunias rojas y blancas. Flores amistosas.

En lo alto del escaparate, encima del banco, haría pintar el nombre de la tienda: «Confort Sureño.»

Eso era lo que ofrecería a su clientela. Un lugar confortable, con mercadería exhibida con elegancia y a precios discretos. En su imaginación, ella ya estaba adentro, llenando estantes, arreglando mesas y lámparas. No oyó que pronunciaban su nombre hasta que sintió que alguien la abrazaba.

La sangre se le subió a la cabeza y el pulso se le disparó. -¡Tory! Me pareció que eras tú. Hace un par de días que espero que aparezcas.

-¡Wade! -Pronunció el nombre con un jadeo.

-Te he asustado -Compungido, él se apartó-. Perdón. Pero me alegró muchísimo verte.

-Déjame recuperar el aliento.

-Recupéralo mientras te miro. ¡Maldita sea! tRealmente han pasado dos años? ¡Estás maravillosa!

-¿En serio? -Era agradable que se lo dijeran, aunque no lo creyera.

-Se apartó el pelo mientras su pulso recuperaba el ritmo normal.

A pesar de que él medía poco menos de un metro ochenta, ella tuvo que echar atrás la cabeza para estudiarle el rostro. Recordó que siempre había sido buen mozo, pero supuso que a él debía de alegrarle que la cara angelical que tenía en su infancia se hubiera curtido un poco. Tenía ojos de un castaño profundo. El rostro se le había afinado, pero todavía conservaba los hoyuelos.

-El pelo, más claro que el de ella, estaba bien cortado para domar la tendencia a rizarse.

Vestía tejanos y una sencilla camisa de color azul desteñido. Sonrió al ver que ella lo estudiaba.

Tory decidió que parecía joven, buen mozo y muy próspero. -Si te parece que yo estoy maravillosa, no tengo palabras para describir lo que me pareces tú.

-Has heredado los mejores rasgos de la familia, primo Wade.

Él esbozó una sonrisa rápida y juvenil, pero se abstuvo de volver a abrazarla. Sabía que no le gustaban las caricias ni los abrazos. Se conformó con tirarle del pelo con suavidad.

-Me alegra que hayas vuelto.

-No pude haber elegido un mejor comité de bienvenida. -Hizo un gesto amplio con los brazos-. El pueblo está muy bonito. Igual en muchos sentidos, pero mejor. Más pulcro, su-pongo.

-Progreso en Progress -dijo él-. Se lo debemos en gran parte a los Lavelle, al Consejo Municipal y sobre todo al alcalde de los últimos cinco años. ¿Te acuerdas de Dwight? ¿Dwight Frazier?

-Dwight, el Dweeb, uno de los Tres Todopoderosos, tú, él y Cade Lavelle.

-El Dweeb marcó el paso en el instituto, se convirtió en una estrella de las pistas, se casó con la reina de la belleza del pueblo, ingresó en la empresa constructora de su padre y ayudó a trans

formar Progress. Hoy en día los tres somos unos malditos ciudadanos sólidos.

De pie allí, con el escaso tráfico que pasaba por la calle a sus espaldas, escuchando el ritmo familiar de la manera de hablar de Wade, Tory recordó el motivo por el que siempre le tuvo afecto.

-Debes de añorar tu vida de muchacho travieso, ¿verdad, Wade?

-Escucha, estoy en medio de dos compromisos. Debo volver y convencer a un gran danés llamado Igor que debe recibir su vacuna antirrábica.

-Es una suerte que te toque hacerlo a ti y no a mí, doctor Mooney.

-Tengo el consultorio en la acera de enfrente, casi al llegar a la esquina. Acompáñame hasta allí y te invito a un té frío.

-Me gustaría mucho, pero debo pasar por la inmobiliaria y ver qué me tienen reservado.

-Al percibir un brillo en los ojos de su primo, ladeó la cabeza y preguntó:- ¿Qué?

-No sé lo que sentirás al respecto, pero ¿sabes que tu antigua casa está en alquiler?

--La casa? -Instintivamente cruzó los brazos. El destino tiene un alcance tan largo y retorcido, pensó-. Tampoco sé lo que siento con respecto a eso. Creo que debería averiguarlo.

En un pueblo de menos de seis mil habitantes, era difícil caminar dos manzanas sin toparse con un conocido. No importaba que uno hubiera estado fuera dieciséis años o sesenta. Cuando Tory entró en la inmobiliaria, sólo había una persona detrás del escritorio.

La mujer era bonita, de baja estatura y muy arreglada. Su largo pelo rubio y peinado hacia atrás enmarcaba un rostro en forma de corazón dominado por enormes ojos celestes.

-Buenas tardes. -La mujer hizo aletear las pestañas y dejó la novela que leía, con un pirata de pecho desnudo en la portada-. ¿En qué puedo serle útil?

Tory tuvo una imagen inmediata del patio de juegos del colegio de Progress. Un grupo de pequeñas que gritaban aterrorizadas y se alejaban corriendo. Y vio la expresión presumida y satisfecha de los ojos celestes de la chiquilla que las capitaneaba, que les sonreía con desprecio por sobre el hombro mientras su largo pelo rubio revoloteaba a sus espaldas.

-¿Lissy Harlowe? Lissy ladeó la cabeza.

-¿La conozco? Lo lamento pero no... -Abrió muy grandes sus ojos azules-. ¿Tory? ¿Tory Bodeen? ¡Por amor de Dios! -Lanzó un grito y se puso de pie. Por el bulto que se le notaba bajo la camisa rosada, parecía embarazada de seis meses-. Papá dijo que pasarías por aquí en algún momento de esta semana.

A pesar del automático paso atrás de Tory, Lissy rodeó el escritorio para abrazarla como si se tratara de una amiga largo tiempo perdida.

-¡Esto es increíble! -Se echó atrás para sonreírle en señal de bienvenida-. ¡Tory Bodeen ha vuelto a Progress después de un siglo! ¡y qué bonita estás!

-Gracias. -Tory notó que Lissy la estudiaba detalle por detalle y que luego sonreía satisfecha. No había duda con respecto a cuál de ellas había madurado mejor-.

-Sigues siendo la misma de siempre. Y siempre fuiste la chica más bonita de Progress.

-¡Qué tontería! -Lissy descartó el comentario con un movimiento de la mano, pero no pudo menos que pavonearse un poco-, y ahora siéntate y deja que te sirva algo fresco.

-No te molestes. Estoy bien. ¿Tu padre tiene preparado el contrato de alquiler?

-Creo que sí. Todo el pueblo habla de tu negocio. No veo la hora de que lo inaugures. En Progress no se encuentran cosas bonitas. -Mientras hablaba volvió a rodear el escritorio-. Dios es testigo de que una no puede viajar hasta Charleston cada vez que quiere comprar algo con un poco de estilo.

-Me alegra saberlo. -Tory se sentó y se encontró frente al rótulo que identificaba a Lissy Frazier-. ¿Frazier? ¿Dwight? ¿Te casaste con Dwight?

-Hace cuatro años felices. Tenemos un hijo. Mi Luke es la cosa más bonita que puedas imaginarte. -Volvió una fotografía enmarcada de un pequeño de ojos brillantes-. Y para fin del verano esperamos a su hermano o hermana.

Le propinó a su vientre una palmada satisfecha y movió la mano para que la alianza y el anillo de compromiso destellaran a la luz. --Y tú nunca te casaste?

Por el tono de la pregunta, Tory supo que a Lissy todavía le gustaba ser la mejor.

-No.

-Yo admiro más de lo que puedo expresar a las mujeres empresarias. Sois todas tan valientes e inteligentes... Nos avergonzáis a nosotras, las amas de casa. -Cuando Tory alzó una

ceja mientras miraba el escritorio y la placa con el nombre de Lissy, esta rió y volvió a hacer revolotear una mano-. Bueno, sólo vengo un par de veces por semana a ayudar a papá. Una vez nazca el bebé, no tendré tiempo ni energía para seguir viniendo.

Y enloquecerás con rapidez, y no precisamente en silencio, en tu casa con dos chicos, pensó Tory. Pero cuando llegara el momento, Lissy ya se encargaría de eso y de Dwight.

-Y ahora quiero que me cuentes todo lo que has hecho. -Me encantaría quedarme a conversar un rato, Lissy. -Siempre que me arrancarás la lengua y me la envolvieras alrededor del cuello, pensó-. Pero tengo que instalarme cuanto antes.

-¡Ah, qué tonta soy! Debes de estar extenuada. -Una pequeña sonrisa le indicó a Tory que si no lo estaba, sin duda lo parecía-. Cuando hayas descansado nos pondremos al día.

-Me encantará -contestó Tory. No olvides, se dijo, que Lissy es justamente el tipo de cliente que necesitas-. Hace unos minutos me topé con Wade. Mencionó que la casa, la vieja casa, tal vez estuviera en alquiler.

-¡Sí, por supuesto! Los inquilinos de los Lavelle se mudaron hace un par de semanas. Pero querida, imagino que no querrás vivir allá afuera, ¿verdad? Tenemos unos bonitos apartamentos

aquí en la ciudad. River Terrace tiene todo lo que una muchacha soltera puede necesitar, incluyendo a hombres solteros -agregó con un guiño-. Instalaciones modernas, moquetas de pared a pared. Y hay un apartamento disponible con jardín que es una belleza.

-No me interesan los apartamentos. Me gusta estar en el campo ¿Cuánto cuesta el alquiler de la casa?

-Me fijaré. -Lo sabía, por supuesto. Lissy era mucho más inteligente de lo que la gente suponía. Pero prefería hacer las cosas de esa manera. Movié la silla y se enfrascó en el teclado del ordenador. Todo para aumentar su lucimiento-. Juro que nunca comprenderé estas cosas. Como bien sabes, esa casa tiene dos dormitorios y un solo baño.

-Sí, lo sé.

Con la mirada fija en el monitor, Lissy mencionó el alquiler. -Pero no olvides que la casa queda a unos buenos quince o veinte minutos en coche del pueblo. En cambio para llegar a ese precioso apartamentito del que te hablaba sólo tendrías que caminar diez minutos.

-Me quedaré con la casa. Lissy parpadeó.

-¿Te quedas con ella? ¿No preferirías verla primero?

-Ya la he visto. Te extenderé un cheque. ¿El primero y el último mes de alquiler?

-Sí -contestó Lissy, encogiéndose de hombros-. Imprimiré el contrato.

Menos de un minuto después de haber firmado y sellado el contrato, mientras Tory salía de la inmobiliaria con las llaves de la casa, Lissy ya estaba colgada del teléfono haciendo correr la noticia.

Eso también ha'nía cambiado. La casa se erguía como siempre, detrás de un angosto sendero de tierra, cerca del pantano. Al oeste se extendían los campos donde ya surgían de la tierra tiernos brotes de algodón en cuidadas hileras, dóciles como alumnos de una escuela. Pero alguien había plantado azaleas rosadas y blancas y una joven magnolia cerca de la ventana del dormitorio.

Tory recordaba que la puerta mosquitera estaba oxidada y la pintura blanca ya tenía un tono grisáceo. Pero alguien se había encargado de solucionarlo. Las ventanas resplandecían y la casa estaba pintada de un azul claro. Además se le había agregado un porche delantero, suficientemente ancho para que cupiera la mecedora que había junto a la puerta.

Era casi acogedora.

El pulso de Tory latía con fuerza cuando se acercó a la casa, Allí habría fantasmas, pero los fantasmas eran el motivo de su regreso. ¿No era mejor enfrentarse a todos?

Las llaves tintineaban en su mano.

La puerta mosquitera chirrió. Tory recordó que era un sonido familiar. Una puerta mosquitera amistosa debía crujir y cerrarse ruidosamente.

La abrió, metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Respiró hondo antes de entrar.

Vio el sillón destartalado con sus rosas desteñidas, el viejo televisor, la alfombra gastada.

Paredes amarillentas sin fotografías que alegraran el ambiente. Olor a verduras recocidas y a Lysol.

¡Tory! Entra y límpiate enseguida. ¿No te dije que quería que pusieras la mesa para la comida antes de que llegara tu padre?» La imagen se borró y se encontró de pie en una habitación vacía.

-Las paredes estaban pintadas de un tono crema. Los suelos estaban desnudos pero limpios. En el aire había un leve olor a pintura y cera.

Pasó a la cocina.

Las encimeras habían sido rehechas en un gris piedra y los armarios pintados de blanco. La cocina era nueva, por lo menos más nueva que la anterior, sobre la que sudaba su madre.

La ventana sobre la piletta de lavar miraba al pantano, lo mismo que siempre. Un lugar exuberante, verde y secreto.

Reunió todo su coraje, se volvió y se encaminó a su antiguo dormitorio.

¿Siempre habrá sido tan pequeño?, se preguntó. Tiene apenas el tamaño necesario para un gato, pensó, aunque en una época fue suficientemente grande para sus necesidades. Antes su cama estaba cerca de la ventana. Le gustaba contemplar la noche, o la mañana. También tenía una cómoda pequeña cuyos cajones se hinchaban y atrancaban todos los veranos. En el cajón de abajo solía esconder libros, porque a su padre no le gustaba que leyera nada que no fuera la Biblia.

En ese cuarto había mezclados buenos y malos recuerdos. Recuerdos de leer hasta tarde en secreto por la noche, de soñar sueños privados, de planear aventuras con Hope. Y, por supuesto, el recuerdo de las palizas.

Nadie volvería jamás a ponerle una mano encima.

Decidió que podría convertir ese cuarto en un despacho. Un escritorio, un pequeño archivo, tal vez un sillón para leer y una buena lámpara. Con eso bastaría.

Ella dormiría en el antiguo dormitorio de sus padres. Sí, dormiría allí, y lo convertiría en propio.

Comenzó a salir pero no se pudo resistir. En silencio, abrió la puerta del armario empotrado.

-Allí su propio fantasma se ocultaba hecho un ovillo en la oscuridad, el rostro surcado de lágrimas.

Antes de cumplir ocho años ya había derramado las lágrimas de toda una vida.

Se puso en cuclillas, pasó los dedos por la madera de la base del mueble y sus dedos temblaron sobre una talla apenas perceptible. Con los ojos cerrados, igual que los ciegos leen Braille, ella leyó las letras con la punta de los dedos: «Yo soy Tory.»

-Es cierto. Es cierto. Soy Tory. No pudiste quitarme eso. No pudiste quitármelo a golpes. Soy Tory. Y he regresado.

Se puso de pie temblorosa.

Aire, pensó. Necesitaba aire. Nunca había aire dentro de aquel armario, ni luz. Al retroceder, notó que tenía las manos empapadas de sudor.

Se volvió para salir corriendo del cuarto -hubiera salido corriendo de la casa-, pero vio una sombra del otro lado de la puerta mosquitera. El sol de la tarde delineaba la forma de un hombre.

Cuando la puerta se abrió con un chirrido, ella volvió a tener ocho años. Sola, indefensa. Aterrorizada.

La sombra pronunció su nombre. Su nombre completo, Victoria, de manera que fluyó como algo servido de una botella caliente.

Pudo haber corrido, y la avergonzó y sorprendió descubrir que había tanto de conejo en su interior que ante el ruido de una rama al quebrarse tuvo ganas de huir y meterse en -una cueva. Los fantasmas de la casa giraban a su alrededor, susurrándole burlas al oído.

Ya había corrido antes. Más de una vez. En vano. Permaneció como petrificada.

-El pánico le subió a la garganta cuando la puerta se abrió crujiendo.

-Te he asustado. Lo siento. -Lo dijo con voz suave, con el tono del hombre acostumbrado a tranquilizar a los heridos o a completar una seducción-. Pasé para ver si necesitabas algo.

Estaba de pie justo en la puerta, de manera que el sol brillaba a sus espaldas, desdibujando sus facciones. En la mente de Tory, los pensamientos tropezaban y caían unos sobre otros.

-¿Cómo supo que estaba aquí?

-¿Has estado lejos tanto tiempo que olvidaste la rapidez con que corren las noticias en Progress? -Había una sonrisa en su voz, una sonrisa calculada para tranquilizarla, supuso ella. Significaba que el miedo era evidente y que la convertía en un blanco demasiado fácil.

Eso por lo menos era algo que podía evitar. Cruzó las manos.

-No, no he olvidado nada. ¿Quién es usted?

-Me decepcionas. Aun después de tantos años, yo te habría reconocido en una multitud. Soy Cade -agregó acercándose Kincade Lavelle.

Se apartó de la luz hasta que esta cayó detrás de él convertida en sol y sombras. Lo peor de su miedo se borró junto con el deslumbramiento y Tory alcanzó a verlo con claridad.

Kincade Lavelle, el hermano de Hope. ¿Lo habría reconocido? No, no lo creía. El chico a quien recordaba era delgado y de rostro suave. Ese hombre era ancho, de brazos musculosos que se

le notaban bajo su camisa de trabajo. Y aunque sonreía con facilidad, no había nada suave en los ángulos de su cara.

Tenía el pelo más oscuro que antes, del color de la nuez, y las puntas rizadas desteñidas por el sol. Siempre le había gustado estar al aire libre. Eso ella lo recordaba. Recordaba haberlo visto a veces caminando por el campo en compañía de su padre con el andar del que se pavonea porque es dueño de la tierra que pisa. Los ojos, pensó. Tal vez lo hubiera reconocido por los ojos. Ese azul de verano profundo, como el de los ojos de Hope. El sol también había dejado allí su marca de pequeñas arrugas a los costados. Esa clase de arrugas, pensó Tory, que dan carácter a los hombres y desesperan a las mujeres.

Esos ojos la observaban en ese momento con una especie de perezosa paciencia que podía haberla avergonzado si su pulso hubiera sido normal.

-Ha transcurrido mucho tiempo -fue lo único que se le ocurrió decir.

-Casi la mitad de mi vida. -Cade no le tendió la mano. El instinto le indicó que si lo hacía sólo lograría sobresaltarla y avergonzarlos a ambos. Ella parecía a punto de saltar o de derrumbarse. Prefería evitar las dos cosas. Así que, con aire indiferente, metió los pulgares en los bolsillos delanteros de sus tejanos.

-¿Por qué no salimos al porche y nos sentamos? Veo que, por ahora, esa vieja mecedora es la única silla con que contamos. -Estoy bien. Estoy muy bien.

Lo que estaba era pálida como una muerta, con aquellos suaves ojos grises que siempre lo habían fascinado todavía grandes y brillantes. Crecer en una casa en gran parte dominada por muje

res a Cade le había enseñado a superar el orgullo y los malos humores femeninos con un mínimo de jaleo y energía. Simplemente se volvió y abrió la puerta mosquitera.

-La casa no está ventilada -dijo y salió, manteniendo la puerta abierta y confiando en que sus buenos modales la harían seguirlo. .

Sm otra alternatma, ella cruzó la habitación y salió al porche. Él percibió apenas su perfume y pensó en los jazmines del jardín de su madre, que preferían florecer de noche, casi en secreto.

-Debe de ser toda una experiencia. -En ese momento la tocó con suavidad para guiarla hasta la mecedora-. Me refiero a esto de volver.

Ella se apartó con un leve movimiento.

-Necesitaba un lugar donde vivir y quería instalarme lo más rápido posible. -Su estómago se negaba a aflojarse. No le gustaba conversar así con los hombres. Una nunca sabía con seguridad lo que ocultaban bajo palabras y sonrisas fáciles.

-Has estado viviendo en Charleston. Aquí la vida es mucho más tranquila.

-Necesito tranquilidad.

Él se apoyó contra la barandilla del porche. Allí hay algo, pensó. Por delicada que ella pareciera, había algo, como un nervio en carne viva, listo para gritar. Lo extraño era que eso fuera lo que más recordaba de ella.

Su delicadeza, que era como la punta de un escalpelo. -Todos hablan sobre tu tienda.

-Eso me alegra. -Sonrió levemente pero los ojos siguieron serios y observadores-.

-El hecho de que hablen significa curiosidad y la curiosidad los hará entrar en mi negocio.

-¿En Charleston tenías un negocio?

-Dirigía un negocio. Pero ser dueña es distinto.

-Ya. -Beaux Réves ahora era suyo y ser dueño sin duda era distinto. Miró hacia atrás, los campos donde los brotes se alzaban hacia el sol-. ¿Qué te parece todo, Tory?

¿Después de tanto tiempo y de tanta distancia?

-Igual. -No miró el campo sino a él-. Y muy distinto. -Yo estaba pensando en eso con respecto a ti. Has crecido. -Volvió a mirarla, observó los dedos que aferraban los brazos de la mecedora como para afirmarse-. Creciste hasta el nivel de tus ojos. Siempre tuviste ojos de mujer. Cuando yo tenía doce años, me espantaban.

Tory debió apelar a su fuerza de voluntad y al orgullo que había forjado en su interior para sostenerle la mirada.

-A los doce años, tú, mi primo Wade y Dwight Frazier estabais demasiado ocupados haciendo locuras como para notar mi presencia.

-En eso te equivocas. A los doce años -agregó con lentitud- hubo un tiempo en que notaba todo lo que se refería a ti. Todavía llevo esa imagen en mi cabeza. ¿Por qué no dejamos de simular que ella no está aquí, de pie entre los dos?

Tory se puso de pie y caminó hasta el otro extremo del porche. Con los brazos cruzados miró el campo.

-Los dos la queríamos -dijo Cade-. Los dos la perdimos. Y ninguno de los dos la ha olvidado.

El peso descendió sobre su pecho, como manos que la empujaban.

-No puedo ayudarte.

-No te estoy pidiendo ayuda. -Entonces, ¿qué me pides?

Él se movió intrigado, luego volvió a quedarse quieto para estudiar el perfil de Tory. Comprendió que ella se acababa de ensimismar. Cualquier pequeña abertura que hubiera habido ya estaba de nuevo cerrada.

-No te estoy pidiendo nada, Tory. Es eso lo que esperas que haga todo el mundo?

De pie, ella se sentía más fuerte y se volvió para mirarlo. -Sí.

Un pájaro cruzó detrás de Cade, un relámpago gris y veloz que voló por allí y encontró un lugar donde posarse en las ramas de uno de los árboles que bordeaban el pantano.

Y una vez allí,

ella tuvo la sensación de que el ave cantó durante horas, hasta quedarse ronca, antes de que Cade volviera a hablar.

¿Habré olvidado esto?, se preguntó. Las pausas largas y fáciles, el ritmo paciente de las conversaciones del campo?

-Es una pena -dijo, cuando la sangre de Tory comenzaba a palpar en medio del silencio-. Pero yo no quiero nada de ti, salvo, tal vez, una palabra amistosa de vez en cuando. El hecho es que Hope significaba algo para arribos. Perderla afectó mi vida. No me gusta llamar mentirosa a una señora, pero si te pararas allí, frente a mí y me dijeras que no afectó la tuya, es lo que tendría que hacer.

-¿Qué diferencia supone para ti lo que yo sienta? -Tenía ganas de restregarse los brazos para quitarse el frío, pero se contuvo-. No nos conocemos. En realidad, nunca nos conocimos.

-La conocíamos a ella. Tal vez tu regreso haga surgir cosas a la superficie. No por tu culpa, sólo porque es así.

_Has venido a visitarme para darme la bienvenida o para advertirme que me mantenga a distancia?

Él permaneció un momento en silencio y meneó la cabeza. Volvió a brillar el humor en sus ojos, un centelleo más veloz que

su voz.. -No hay duda de que te enfadas con facilidad. En primer lugar no tengo la costumbre de pedirles a las mujeres hermosas que se mantengan a distancia. En ese caso, el que sufriría sería yo, ¿no crees?

Ella no sonrió pero él sí, y con deliberación se acercó un paso. Tal vez el movimiento, tal vez el sonido de las botas sobre el entarimado, hicieron que el pájaro volara hacia el pantano y dejara de cantar.

-Tú siempre podrías pedirme que mantuviera la distancia, pero no es probable que te haga caso. Vine para darte la bienvenida, Tory, y para echarte un vistazo.

- Tengo derecho a satisfacer mi propia curiosidad. Y, al verte, reviví parte de ese verano.
- Es algo natural. Les provocará lo mismo a otros, también. Debiste saberlo cuando decidiste volver.

-Vine por mí misma.

¿Será por eso que pareces tan enferma, cansada y asustada?, se preguntó Cade.

-Entonces, bienvenida a casa.

Le tendió la mano. Ella vaciló, pero el gesto de Cade era tanto un desafío como un ofrecimiento. Cuando ella le estrechó la mano, la encontró cálida y más dura que lo esperado. Y también sintió la conexión, una especie de clic interior, silencioso e inesperado. E inoportuno.

-Lamento si no te parezco amistosa -liberó su mano-, pero tengo mucho que hacer y debo empezar de una vez. -Avisame si puedo hacer algo por ti.

-Te lo agradezco. ¡Ah! Le hiciste un bonito arreglo a la casa. -Es una buena casa.

-Pero la miró a ella al decir-. Es un buen lugar. Te dejaré empezar con tu trabajo -agregó, bajando los escalones. Se detuvo junto a su camioneta, un vehículo de aspecto duro que necesitaba un lavado con urgencia-. ¿Tory? ~ Sabes de esa imagen tuya que yo llevaba en el corazón? -Abrió la puerta de la camioneta y una brisa le despeinó el pelo desteñido por el sol-. Ahora tengo una imagen mejor.

Se alejó en el vehículo sin dejar de mirarla por el retrovisor hasta que abandonó el sendero de tierra y dobló al asfalto.

No tenía intenciones de sacar el tema de Hope, por lo menos no todavía. Como dueño de Beaux Réves, como dueño de la casa que ella alquilaba, como amigo de la infancia, se dijo que era su

deber pasar a saludarla. Pero no se engañaba y era evidente que tampoco consiguió engañar a Tory.

La curiosidad lo llevó directamente al lugar que la gente de los alrededores todavía llamaba la Casa del Pantano, cuando tenía una docena de asuntos urgentes que debía atender. Había sido

criado para dirigir la plantación, pero la dirigía a su manera. Y eso no agradaba a todo el mundo.

Aprendió a jugar al político y al diplomático. Aprendió a interpretar cualquier papel necesario para conseguir lo que quería. Se preguntó qué papel tendría que interpretar con Tory.

Quisiera ella o no admitirlo, su regreso cambiaba el equilibrio de las cosas.

-Tory era un guijarro que caía al estanque y las ondas del agua serían largas y anchas.

No sabía con seguridad qué hacer con ella, qué quería hacer con respecto a ella. Pero era un hombre de campo, y los hombres que se ganaban la vida con la tierra, las semillas y el tiempo sabían esperar.

Siguiendo un impulso, detuvo la camioneta en el arcén, pese a que todas sus responsabilidades se encontraban en Beaux Réves. Los nuevos sembrados crecían, y

cuando crecían las semillas también crecía la cizaña. Debía vigilar los cultivos. Ese era un año crucial para los planes que se había trazado. Quería estar muy presente en todos los pasos y en todas las etapas.

A pesar de todo, bajó de la camioneta, cruzó un pequeño puente de madera y se internó en el pantano.

Allí el mundo estaba vivo y era rico y verde. Se habían trazado senderos a cuyos lados, con la pulcritud de un parque, crecían azaleas que florecían de manera casi permanente. Entre las magnolias y las rosas había manchones de flores silvestres y de siempreverdes. Ya no era el mundo excitante y levemente peligroso de su infancia.

Ahora se había convertido en el santuario de una criatura perdida.

Era obra de su padre. En el dolor, el orgullo y tal vez hasta la furia que él nunca demostró. Cade sabía que vivían en su interior, como un cáncer. Tumores de furia y de desesperación que crecían y se expandían en secreto.

En el interior de Beaux Réves trataron el dolor como se

trata una enfermedad. Y aquí, pensó Cade, lo han convertido en flores.

En verano bailaban los lirios en un colorido desfile, y los delicados iris amarillos, a quienes les gustaba tener los pies mojados, ya comenzaban a florecer como pequeños rayos de sol en las sombras de la primavera. Para ellos limpiaron la maleza. Y aunque esta crecía con rapidez, mientras su padre vivió hubo manos para que la combatieran. Ahora eso también era responsabilidad de Cade.

Había un banco de madera en el claro donde Hope encendió el fuego durante la última noche de su vida. Había otro puente en forma de arco sobre el agua amarronada, rodeada por cipreses, helechos rizados y rododendros que florecían en capullos muy blancos. Las camelias y los pensamientos llegarían con sus flores y su perfume durante el invierno.

Y entre el banco y el puente, entre capullos rosas y azules, se erguía la estatua de mármol de una niña que reía y que tendría ocho años para siempre.

La habían enterrado dieciocho años antes en la colina, a plena luz del sol. Pero allí, en medio de las sombras verdes y los perfumes silvestres, era donde yacía el espíritu de Hope. Cade se sentó en el banco y dejó caer sus manos entre las piernas. No iba allí a menudo. Desde la muerte de su padre, ocurrida ocho años antes, nadie lo hacía, por lo menos nadie de la familia.

En lo que a su madre se refería, ese lugar dejó de existir desde el momento en que encontraron a Hope. Violada, estrangulada y tirada como una muñeca usada.

Cade se preguntó, como se había preguntado innumerables veces durante esos largos años, ¿en qué medida estaría en su cabeza lo que se le había hecho a su hermana?

Se echó atrás y cerró los ojos. En ese momento admitió que le había mentado a Tory. Quería algo de ella. Quería respuestas. Respuestas que buscaba hacía muchos años.

Dedicó cinco preciosos minutos a recuperar su equilibrio interior. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto lo desconcertaba volver a ver a Tory. Ella tenía razón al decir que él nunca le prestó mucha atención cuando eran pequeños.

-Ella era la pequeña Bodeen con quien jugaba su hermana y no era digna de la atención de un chico de doce años. Hasta aquella mañana; aquella terrible mañana de agosto en que llegó a la puerta de Beaux Réves, con las mejillas llenas de moretones y los ojos aterrorizados. A partir de ese momento, no hubo ningún detalle en ella que él no notara. No hubo nada en ella que él olvidara.

Se hizo la obligación de saberlo todo con respecto al lugar donde estaba, lo que hacía y lo que fue después de abandonar Progress.

Supo, casi al instante, que ella hacía planes para volver. Sin embargo no estaba preparado para verla de pie en esa habitación vacía, con el rostro tan pálido que los ojos le destacaban como lagos de humo.

Ambos nos tomaremos el tiempo necesario para tranquilizarnos, decidió mientras se ponía de pie. Y entonces podrían ocuparse uno del otro. Y podrían enfrentarse a Hope.

Se encaminó a la camioneta y la puso en marcha para inspeccionar sus sembrados y su personal.

Estaba acalorado, sudado y sucio cuando pasó por los pilares de piedra que custodiaban el camino largo y sombreado que conducía a Beaux Réves. Veinte robles, diez a cada lado, flanqueaban el camino y se arqueaban sobre él para formar un túnel verde y dorado. Entre sus gruesos troncos, Cade alcanzaba a ver los arbustos florecidos, el parque amplio y el camino de ladrillos que llevaba al jardín y a los edificios exteriores.

Cuando estaba cansado, como ahora, ese trecho del camino nunca dejaba de emocionarlo, de acariciar su fatiga con una mano cariñosa. A través de la sequía y la guerra, a través de la caída de una forma de vida y la construcción de otra, Beaux Réves seguía en pie.

Hacía más de doscientos años que las tierras pertenecían a los Lavelle. Ellos la atendieron, la nutrieron, se aprovecharon de ella y la maldijeron, pero sobrevivió. Los había enterrado y los había visto nacer.

Y ahora era de él.

Tal vez la casa en sí fuese de una enorme excentricidad. Era más una fortaleza que una casa, y más desafiante que bonita. La piedra reflejaba chispas del sol poniente y resplandecía. Las torres se erguían arrogantes hacia un cielo del color de una herida recién abierta.

Un enorme cantero de flores formaba el centro ovalado del camino de entrada. Cade siempre pensó que debía de ser el intento de algún antiguo antepasado de suavizar las líneas masculinas

Y arrogaa bufos contrastaba con la ~ uert s de roble talladordel flores y frente y con las ventanas que parecían espadas.

Dejó la camioneta en una curva del camino y subió los escalones de piedra. Su bisabuelo había agregado la galería a la casa. Una prueba de civilización, pensó Cade, con el techo que proporcionaba sombra y las enredaderas de clematis.

Si lo deseaba, se podía sentar, como lo habían hecho durante generaciones los de su sangre, y contemplar la hierba y los árboles y las flores sin que los trabajos sudorosos y duros del campo arruinaran el paisaje.

Que era el motivo por el que él pocas veces se sentaba allí.

Se limpió los zapatos en un felpudo para sacarles la tierra. Una vez transpusiera esas puertas, entraría en los dominios de su madre y, aunque ella no diría nada, su silencio de desaprobación, ~u mirada fría ante cualquier rastro del campo sobre sus suelos, le resultarían más dolorosos que cualquier sermón.

La primavera era bondadosa, de manera que las ventanas estaban abiertas a la tarde. Los perfumes del jardín entraban y se mezclaban con el de las flores seleccionadas y arregladas en floreros.

El vestíbulo de entrada era enorme, el suelo era de mármol verde mar, de manera que él sentía que sus pies se hundían con agua fresca.

Pensó en una ducha, una cerveza y una buena comida caliente antes de enfrentarse al trabajo administrativo de la noche. Avanzó en silencio, escuchando, y no se sintió culpable por abrigar la esperanza de poder evitar cualquier contacto con su familia antes de sentirse limpio y con las pilas recargadas.

Llegó hasta el bar de la sala principal y alcanzó a descorchar una cerveza antes de oír tacones femeninos. Se encogió, pero su rostro estaba compuesto y relajado cuando Faith entró en la habitación.

-Sírveme una copa de vino blanco, querido. Debo suavizar algunas durezas de la vida.

Se tendió en el sofá con un suspiro y se mesó el pelo rubio y corto. Era rubia una vez más. Había quienes decían que Faith Lavelle cambiaba el color de su pelo casi con tanta frecuencia como cambiaba de hombres.

Y algunos disfrutaban diciéndolo.

Se había divorciado dos veces en sus veintiséis años, y reunió y descartó tantos amantes que ya nadie quería llevar la cuenta. Sobre todo ella misma. Pero a pesar de todo, Faith lograba proyectar la imagen de una delicada flor sureña de piel blanca como las camelias y con los ojos azules de los Lavelle. Ojos azules de humor variable que la dueña podía llenar de lágrimas a su antojo y que eran hábiles para hacer promesas que ella tenía o no finten_ ciones de mantener.

Su primer marido fue un joven alocado y apuesto de dieciocho años con quien Faith huyó dos meses antes de graduarse en la escuela secundaria y a quien amó con toda la pasión y el capricho

de la juventud, pero quedó destrozada cuando él la abandonó, dejándola sin un centavo, menos de un año después.

Aunque Faith no permitió que nadie se enterara de eso. En lo que al mundo se refería, ella fue quien abandonó a Bobby Lee Matthews y volvió a Beaux Réves proclamando que estaba cansada de ser ama de casa.

Tres años después se casó con un cantante de música country a quien conoció en un bar. Esa vez se casó por aburrimiento, pero lo soportó durante dos años, hasta descubrir que Clide también aspiraba a vivir las letras de sus canciones de traición y castigo que escribía en medio de una niebla de Budweiser y Marlboro.

Y una vez más estaba de regreso en Beaux Réves, nerviosa, insatisfecha y disgustada consigo misma.

Cuando Cade le alcanzó la copa de vino, ella le dirigió una dulce sonrisa.

-Querido, pareces extenuado. ¿Por qué no te sientas un rato con los pies en alto? -Le tomó la mano-. Trabajas demasiado. -Cuando quieras ayudarme...

La sonrisa de Faith se agudizó, como la hoja de un cuchillo afilado.

-Beaux Réves es tuyo. Papá se encargó de aclararlo durante toda nuestra vida.

-Papá ya no está aquí.

Faith se encogió de hombros.

-Eso no modifica los hechos. -Levantó la copa y bebió un sorbo. Era una mujer hermosa que se tomaba mucho trabajo para explotar su belleza. Aun en ese momento, para pasar la velada en su casa, se había agregado un toque de color en las mejillas y pintado de rosa su boca ancha y sensual, y vestía una blusa de seda y pantalones rosa.

-Uno puede modificar todo lo que quiera cambiar.

.A mí me criaron para ser un objeto decorativo e inútil. -Alzó la cabeza y se desperezó como un gato-. ¡Y lo hago muy bien! .Me irritas, Faith.

-También soy buena para eso. -Divertida, le tocó una pierna con el pie descalzo-. ¡No te enojés, Cade! Discutir me arruinará el sabor de este vino. Hoy ya tuve una discusión con mamá.

-No pasa un día sin que discutáis.

o-No discutiría con ella si no criticara cada maldita cosa que hago. Ha estado casi todo el día de mal humor. -Le brillaron los ojos-. Por lo menos desde que llamó Lissy.

-No gana nada con enojarse. Sabía que Tory iba a volver. -Volver es distinto a estar aquí. No creo que le guste la idea de haberle alquilado la Casa del Pantano.

-Si Tory no vive allí, vivirá en otra parte. -Corno estaba cansado, echó atrás la cabeza y se esforzó por aliviar la tensión del día en el cuello y los hombros-. Ha vuelto y por lo visto piensa quedarse.

-Así que fuiste a verla. -Faith hizo tamborilear los dedos sobre su muslo-. Supuse que lo harías. Para nuestro Cade, el deber es lo primero. Bueno... ¿cómo es ahora?

-Amable, reservada. Nerviosa, creo, por haber vuelto. -Bebió un sorbo de cerveza-. Atractiva.

-¿Atractiva? Recuerdo que tenía el pelo castaño y opaco y que vivía con las rodillas siempre sucias y lastimadas. Era flacucha y horrible.

Él lo dejó pasar. Faith se ponía de mal humor si un hombre, aunque fuera su hermano, ponderaba el aspecto físico de otra mujer. Y no estaba con ánimo para soportar el mal humor de su hermana.

-Podrías esforzarte por ser amable con ella, Faith. Tory no tuvo la culpa de lo que le sucedió a Hope. ¿De qué sirve hacerla sentir culpable?

-¿He dicho que no iba a ser amable con ella? -Faith pasó los dedos por el borde de su copa. No parecía poder dejarlos quietos. -Supongo que le vendría bien una amiga.

Faith dejó caer la mano y su voz sedosa adquirió un tono duro.

-Fue amiga de Hope. Nunca amiga mía.

-Tal vez, pero Hope ya no está aquí. Y a ti no te vendría mal una amiga.

-Querido, tengo amigos de sobra. Pero da la casualidad que ninguno de ellos es mujer. En realidad, aquí las cosas están tan aburridas que después de todo, tal vez esta noche vaya al pueblo, Para ver si puedo encontrar algún amigo por unas horas.

-Como quieras. -Apartó el pie de su hermana y se puso de pie-. Voy a darme una ducha.

-Cade -dijo ella antes de que él llegara a la puerta.

-Acababa de percibir el brillo burlón de sus ojos y le dolía-. Tengo derecho a vivir mi vida como me dé la gana.

-Tienes derecho a desperdiciar tu vida como te dé la gana, es verdad.

-Muy bien -contestó ella con tranquilidad-. Y tú también. Pero te estoy diciendo que tal vez por una vez en la vida esté de acuerdo en algo con mamá. Todos estaríamos mejor si Victoria Bodeen volviera a Charleston y se quedara allí. Y tú estarías mucho mejor si te mantuvieras apartado de cualquier problema que ella traiga consigo.

-¿Qué temas, Faith?

Todo, pensó ella, mientras él se alejaba. Todo.

Inquieta, se levantó y se acercó a la alta ventana. En ese momento dejó de existir la lánguida belleza sureña. Sus movimientos eran veloces, llenos de energía nerviosa.

Tal vez vaya al pueblo, pensó. Tal vez abandone esta casa para siempre. Pero ¿para ir adónde?

Cuando abandonaba Beaux Réves, nada era como ella creía que sería. Nadie era como creía que sería. Incluyéndose ella misma. Cada vez que se iba se decía que sería para siempre. Pero siempre volvía. Cada vez que se iba se decía que sería distinto. Que ella sería distinta. Pero nunca lo era. ¿Cómo esperar que alguien comprendiera que todo lo sucedido antes, que todo lo sucedido desde entonces dependía de aquella noche cuando ella, cuando Hope, tenía ocho años? Y ahora acababa de regresar la persona que conectaba esa noche con todas las demás.

De pie, observando el parque y los jardines que se coloreaban de plateado con el anochecer, Faith deseó que Tory Bodeen se fuera al infierno.

Eran casi las ocho cuando Wade terminó de atender a su último paciente, un viejo perro al que le fallaban los riñones y tenía un murmullo en el corazón que no presagiaba nada bueno. La dueña igualmente anciana, no se decidía a sacrificar al animal, de manera que una vez más Wade tuvo que medicarlo y a su vez tranquilizar a su propietaria.

Estaba demasiado cansado para salir a comer y decidió conformarse con un sándwich o abrir alguna lata.

El pequeño apartamento ubicado sobre su consultorio le convenía. Era cómodo y barato. Sus padres le insistían en que estaba en condiciones de vivir en un lugar mejor, pero él prefería una existencia sencilla y reinvertir las ganancias de su profesión en equipar mejor su consultorio.

De momento no tenía animales propios, a pesar de que cuando niño los tenía a montones. Perros y gatos, por supuesto, así como pájaros, sapos, tortugas y conejos, y en una oportunidad hasta tuvo un cerdo enano, a quien bautizó Buster. Su indulgente madre no se opuso a que los tuviera, hasta que pretendió llevar a su casa una víbora negra que acababa de encontrar tendida en un camino.

-Wade estaba seguro de que lograría convencer a su madre, pero cuando se paró en la puerta de la cocina, con una súplica en los ojos y un metro veinte de víbora movediza en los brazos, la madre lanzó un grito tan fuerte que el vecino, el señor Pritchett, acudió en su auxilio saltando el cerco que dividía los jardines.

Pritchett se luxó un tendón, la madre de Wade dejó caer al suelo su querida jarra de leche y la víbora fue desterrada a la orilla del río, fuera del pueblo.

-Pero bendita seas, mamá, pensó Wade, porque toleraste todos los demás animales que llevé a casa y no te quejaste jamás.

Con el tiempo tendría una casa propia con jardín y se daría el gusto de tener mascotas.

-Pero hasta que pudiera permitirse contratar a más empleados, casi todos sus días de trabajo eran de diez

horas como mínimo y eso sin contar las emergencias. La gente que no tenía tiempo para dedicar a sus animales, no debería tenerlos. Y pensaba lo mismo con respecto a los niños.

Se encaminó primero a la cocina y cogió una manzana. La comida tendría que esperar hasta que se hubiera lavado, quitándose el olor a perro.

Mientras mordía la manzana y subía al dormitorio, revisó la correspondencia que había llevado consigo.

La olió antes de verla. La caliente oleada de mujer golpeó sus sentidos y colapsó sus pensamientos. Ella se movió en la cama, un susurro de piel sedosa contra las sábanas.

-No tenía nada puesto, aparte de una sonrisa invitante.

-¡Hola, mi amor! Has trabajado hasta tarde. -Dijiste que esta noche estarías ocupada.

- Faith lo señaló con un dedo.

-Tengo intenciones de estarlo. ¿Por qué no te acercas ocupas? . Wade dejó a un lado la manzana y la correspondencia. -¿Por qué no?

y me, Era algo penoso, supuso Wade, que un hombre estuviera su vida entera colgado de una misma mujer. Y más penoso todavía si esa mujer insistía en salir y entrar flirteando de su vida como una mariposa descuidada, y el hombre se lo permitía.

Cada vez que ella volvía, él se decía que se negaría a seguirle el juego. Y cada vez ella lograba enredarlo.

Fue el primer hombre que la tuvo. Pero no tenía esperanza de ser el último.

No tenía ahora más posibilidades de resistirse a ella que las que tuvo diez años antes. Aquella noche de verano cuando ella trepó por la ventana y se le metió en la cama mientras él dormía. Wade todavía recordaba lo que fue despertar con ese cuerpo delgado y cálido que se deslizaba sobre el suyo, esa boca ávida que lo ahogaba, lo devoraba, que se prendía a él hasta excitarlo y provocarle una enorme erección.

Ella tenía quince años, pensó Wade, y me tomó con la eficiencia veloz y desalmada de una prostituta de cincuenta dólares. Y era virgen.

Ese era el asunto, le explicó ella. No quería ser virgen y había decidido liberarse de esa carga con el menor trabajo posible y con alguien a quien conociera, alguien que le gustara y en quien confiara.

Tan simple como eso.

Para Faith siempre fue simple. Pero para Wade, esa noche de verano semanas antes de su regreso a la universidad, constituyó el primer peldaño de los muchos y complicados que componían su relación con Faith Lavelle.

Aquel verano hicieron el amor tan seguido como pudieron. En el asiento trasero del coche de él, por la noche tarde, cuando los padres de Wade dormían en el otro extremo de la casa, en pleno día,

cuando la madre de Wade permanecía sentada e intercambiando chismes en la galería.

Faith siempre estaba dispuesta, ansiosa, lista. Era el sueño de todo hombre hecho realidad.

Y se convirtió en la obsesión de Wade. Él estaba seguro de que ella lo esperaba.

~~ lenos de dos años después, mientras Wade estudiaba con desesperación y planeaba su futuro, el futuro de ambos, ella huyó con Bobby Lee. Wade permaneció borracho durante una semana.

Faith volvió, por supuesto. Volvió a Progress y, con el tiempo, a él. Sin disculpas ni súplicas temerosas y sin pedirle que la perdonara.

Así era la relación entre ambos. Él la detestaba por ello, casi tanto como se detestaba a sí mismo.

-Así que... -Faith se puso a horcajadas sobre él, tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesilla de noche y, mientras lo montaba, lo encendió-. Háblame de Tory. -¿Cuándo empezaste a fumar?

-Hoy. -Sonrió y se inclinó para besarle el mentón-. ¡No me sermonees por eso, Waffle! Todo el mundo tiene derecho a un pequeño vicio.

-¿Hay alguno que no practiques?

Faith rió, pero había tensión en su risa y en la expresión de sus ojos.

-Si uno no los prueba, ¿cómo va a saber si le gustan? Y ahora, vamos, háblame de Tory.

¡Me muero por saberlo todo!

-No hay nada que saber. Tory ha vuelto. Faith resopló.

-Los hombres son criaturas demasiado irritantes. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo se comporta? ¿A qué ha venido?

-Es una mujer adulta y muy parecida a la que era. Ha venido a inaugurar una tienda en la calle Market. -Al ver la mirada gélida de Faith, se encogió de hombros-.

-Cansada. Parece cansada. Tal vez esté demasiado delgada, como alguien que últimamente no ha estado del todo bien. Pero tiene el brillo de la gente que ha vivido en una ciudad. Y en cuanto a lo que se propone, no lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas?

Ella le pasó una mano por el hombro. Wade tenía unos hombros maravillosos.

-No es probable que me lo diga. Nunca le gusté. -Eso no es cierto, Faith.

-Yo debería saberlo. -Rodó sobre sí misma con impaciencia, se levantó de la cama con la gracia de un gato y dio profundas caladas mientras se paseaba por el cuarto. La luz de la luna iluminaba su piel muy blanca y le proporcionaba un exótico reflejo azulado. Él alcanzó a ver que tenía moretones, las sombras de golpes.

Le gustaba el sexo rudo.

-Siempre me miraba fijamente con esos ojos saltones y casi nunca decía ni mu, salvo cuando le hablaba a Hope. Siempre tenía mucho que decirle a Hope. Las dos se pasaban la vida susurrando. ~ Para qué quiso volver a instalarse en la vieja Casa del Pantano? ¿Qué está tramando?

-Supongo que le resulta agradable tener un techo familiar sobre la cabeza. -Wafle se puso de pie y cerró las cortinas antes de que algún vecino viera desnuda a Faith.

-Tú sabes tanto como yo acerca de lo que sucedía bajo ese techo. -Faith se volvió y sus ojos relampaguearon cuando Wafle bajó la intensidad de la lámpara-. ¿Qué clase de persona

vuelve a un lugar donde estuvo atrapada? Tal vez esté tan loca como se rumoreaba.

-No está loca. -Cansado, Wafle se puso los tejanos-. Está sola. A veces la gente solitaria vuelve a su casa, porque no tiene otro lugar adonde ir.

Esa frase la golpeó demasiado cerca del corazón. Apartó su mirada de la de él y apagó el cigarrillo.

-A veces el hogar de uno es el lugar más solitario de todos. Él le tocó el pelo, sólo una pequeña caricia. Logró que ella tuviera ganas de aferrarse a él. En un gesto deliberado, alzó la cabeza con una sonrisa radiante.

-De todos modos, ¿por qué estamos hablando de Tory Bodeen?

- Te propongo que nos preparemos algo Y que comamos en la cama. -Con lentitud, sin apartar su mirada de él, le bajó el

cierre de los tejanos-. Cuando estoy contigo siempre tengo un apetito terrible.

Más tarde, Wafle despertó en la oscuridad. Ella ya no estaba. Nunca se quedaba, nunca dormía con él. Había momentos en que Wade se preguntaba si alguna vez dormiría, o si su motor interior estaría siempre en marcha, impulsado por nervios y por necesidades nunca del todo saciadas.

Supuso que amar a una mujer incapaz de retribuir sentimientos genuinos debía de ser su maldición. Debería cortar de cuajo la relación y sacarla de una vez de su vida. Era lo único cuerdo que

podía hacer. Pero Faith sólo volvería a herirlo, y cada vez que lo hacía, la herida tardaba más en cicatrizar. Tarde o temprano ya no quedaría nada de su corazón, sólo cicatrices, y no podría culpar de ello a nadie más que a sí mismo.

Sintió que el enojo crecía y burbujeaba como un calor negro en su sangre. Se vistió en la oscuridad, sin encender la luz. Necesitaba un blanco para su furia, antes de que ésta se volviera hacia adentro y explotara.

Habría sido más inteligente, más cómodo y Dios sabía que más sensato, pasar la noche en el cuarto de un hotel. También habría sido simple aceptar la hospitalidad de su tío y dormir en uno de los hermosos dormitorios decorados que Boots siempre tenía listos en la casa grande.

De niña soñaba con dormir en esa casa perfecta, ubicada en la calle perfecta donde imaginaba que todo debía oler a perfume cera.

Pero en lugar de dormir allí, Tory tendió una manta sobre el suelo desnudo y permaneció despierta en la oscuridad. Orgullo, tozudez, necesidad de ponerse a prueba?

No estaba segura de conocer los motivos que la llevaron a pasar su primera noche en Progress en la casa vacía de su infancia. Pero había hecho su cama, por así decirlo, y estaba decidida a acostarse en ella.

Por la mañana tendría mucho que hacer. Esa noche ya había revisado sus listas y hecho varias más. Debía comprar una cama y pedir un teléfono. Toallas nuevas, una cortina de baño. Necesitaba una lámpara y una mesa donde apoyarla.

Acampar ya no era la aventura que solía ser, y el hecho de que tuviera gustos y necesidades sencillos no significaba que no requiriera un mínimo de confort.

Acostada allí, en la oscuridad, cada asunto que recordaba mentalmente era otro ladrillo que ponía en su lugar para bloquear imágenes y mantenerse en el presente. Y

Iría al mercado y aprovisionaría la cocina. Si demoraba en hacerlo, retomaría su costumbre de saltarse algunas comidas. Cuando descuidaba su cuerpo le resultaba más difícil controlar la mente.

Iría al banco, abriría una cuenta personal y otra para el negocio. También era importante que fuera al Progress Weekly. Ya había diseñado el aviso que quería publicar.

Pero lo más importante era que, durante las semanas siguientes, mientras preparaba la inauguración del negocio, se hiciera visible. Se esforzaría por mostrarse amistosa y sociable. Demoraría

un tiempo en superar las previsibles murmuraciones, las preguntas, las miradas. Estaba preparada para ello. Cuando inaugurara la tienda, la gente se habría acostumbrado a verla de nuevo. Más aún, y mucho más importante, se habrían acostumbrado a verla como ella quería ser vista. Poco a poco se convertiría en un personaje del pueblo. Y entonces comenzaría a explorar. Sería ella quien comenzaría a hacer preguntas, a buscar las respuestas. Cuando las tuviera, podría despedirse de Hope.

Cerró los ojos y escuchó los sonidos de la noche, el coro de ranas, tan alegremente monótono, el chillido de una lechuza que cazaba, el suave crujido de la madera vieja que se acomodaba, los ruidos ocasionales de los ratones que forjaban su hogar detrás de las paredes de la casa.

Tendré que poner trampas, pensó, adormilada. Lo lamentaba, pero no tenía interés en compartir su casa con roedores. Además colocaría naftalina en el porche para espantar a las víboras. Era naftalina lo que se ponía, ¿verdad?

¡Hacía tanto tiempo que no vivía en el campo! Se ponía naftalina para ahuyentar a las víboras, se colgaba jabón para los ciervos y uno protegía lo que era de uno, aunque antes hubiera sido de ellos. Y si los conejos mordisqueaban la verdura de la huerta, se ponían trozos de manguera para que creyeran que eran las víboras que uno espantaba con la naftalina. En caso contrario, cuando papá volvía a casa, los mataba con su 22. Y una tenía que comerlos para la cena, aunque después se descompusiera porque recordaba lo bonitos que eran cuando movían sus largas orejas. Una debía comer lo que Dios proporcionaba, o pagar el precio. Descomponerse era mejor que soportar una paliza.

No, no pienses en eso, se ordenó, volviéndose sobre el suelo duro. Ya nadie volvería a obligarla a comer lo que no quería. Y nadie le levantaría la mano ni la amenazaría con un cinturón de cuero. Ahora ella se había hecho cargo de sí misma.

Soñó que estaba sentada en el suelo, junto a un fuego humeante que crepitaba y quemaba los marshmallows que ella acercaba a las llamas, ensartados en un palo. Le gustaban quemados, para que por fuera estuvieran negros y crujientes sobre el centro blanco.

Lo sacó del fuego y lo sopló para apagar las llamas que salían con él.

Se quemó el paladar, pero todo eso formaba parte del ritual. El dolor agudo y luego el contraste del azúcar dulce.

-Para eso por qué no comes carbón -dijo Hope, moviendo su propio marshmallow para que burbujeara, dorado-. En cambio este está perfectamente tostado.

-A mí me gustan así. -Para demostrarlo, Tory sacó otro de la bolsa y lo ensartó en el palo.

-Como dice Lilah: «A cada uno con su gusto, dijo la señora mientras besaba la vaca.» - Sonriente, Hope mordisqueó con delicadeza su marshmallow-. Me alegra que hayas vuelto, Tory,

-Siempre quise volver. Supongo que tenía miedo. Supongo que todavía lo tengo.

-Pero estás aquí. Viniste, como se suponía que debías venir. -Pero no vine aquella noche. - Tory apartó la vista del fuego para clavarla en los ojos de la infancia.

-Tal vez porque no se suponía que debías venir.

-Te prometí que vendría. A las diez y treinta y cinco. Y no vine. Ni siquiera lo intenté.

-Debes intentarlo ahora, porque hubo más. Y seguirá habiendo más hasta que lo impidas.

El peso seguía aplastando su pecho de niña de ocho años. -¿Qué quieres decir con que hubo más?

-Más como yo. Exactamente igual que yo. -Un par de solemnes ojos azules, profundos como lagos, se clavaron en los de Tory a través del fuego-. Debes hacer lo que se supone que harás, Tory. Debes tener cuidado y ser inteligente. Victoria Bodeen, la chica espía.

-Ya no soy una chica, Hope.

-Por eso mismo ha llegado la hora. -El fuego creció. Las llamas eran cada vez más altas, más brillantes. Los ojos de un azul profundo reflejaban el centelleo de las llamas, motas de luz salvaje-. Debes ponerle fin.

-¿Cómo?

Pero Hope meneó la cabeza y susurró: -Hay algo en la oscuridad.

Tory abrió los ojos de repente. El corazón le latía como desaforado dentro del pecho y en la boca tenía gusto a miedo y a marshmallows quemados.

«Hay algo en la oscuridad.» Volvió a oír el eco de la voz de Hope y un susurro, como la cola del viento a través de las hojas, justo fuera de su ventana. Notó el leve cambio de la luz cuando alguien pasó por delante de la luna.

La niña que llevaba dentro tuvo ganas de enroscarse sobre sí misma, de cubrirse la cara con las manos y de volverse invisible. Estaba sola. Indefensa.

Quienquiera que estuviese fuera, observaba, esperaba. Aun a través de su miedo lo sentía. Luchó por poner la mente en blanco, por ver la cara, la forma, el nombre que tenía. Pero sólo encontró

el muro de vidrio de su terror. No todo el terror era suyo. Ellos también tienen miedo, comprendió. Me temen a mí. ¿Por qué? Le temblaba la mano cuando la estiró con lentitud para tomar la linterna que tenía junto a la manta. El peso de la linterna la ayudó a vencer lo peor de su miedo. No se quedaría tendida e indefensa. Se defendería, se enfrentaría a ellos.

La niña fue una víctima. La mujer no lo sería.

Se arrodilló, apretó el botón y casi gritó cuando surgió el haz de luz. Lo apuntó hacia la ventana, como si se tratara de un arma. Y no había nada más que sombras y luna.

Jadeaba, pero se puso de pie. Corrió a la puerta y encendió las luces del techo. Ahora quienquiera que estuviese fuera podría verla. ¡Que miren!, pensó. Que vieran que ella no se iba a ocultar en la oscuridad.

El haz de luz saltaba mientras ella se dirigía del dormitorio a la cocina. Una vez más encendió las luces. Que miren, volvió a pensar y cogió el cuchillo que estaba sobre la tabla de picar carne que

había desembalado. Que miren y vean que no estoy indefensa. Había cerrado la puerta con llave, una costumbre adquirida en la ciudad, pero tenía plena conciencia de lo inútil que era esa precaución. Un buen puntapié haría saltar la cerradura.

Se apartó de la luz y se refugió en las sombras de la sala. De espaldas a la pared, se obligó a regular su respiración hasta lograr que fuera lenta y silenciosa. Si sus pensamientos se arremolinaban no podía ver, no se podía concentrar si su sangre aullaba.

Por primera vez en más de cuatro años se preparó para abrirse al don con que había sido maldecida al nacer.

Pero la luz de unos faros penetró por la ventana del frente y bañó la habitación. Sus pensamientos se diseminaron como pétalos al viento al oír que un coche avanzaba a toda velocidad por el sendero de entrada.

Los neumáticos escupían grava, un sonido impaciente, exigente. Al acercarse a la puerta, Tory volvía a respirar con dificultad. Se metió la linterna dentro del bolsillo del pantalón de chándal con que había dormido, aferró el cuchillo en una mano y quitó la llave de la puerta. Los faros del coche se apagaron cuando el conductor abrió la portezuela.

-¿Qué quiere? -Tory volvió a empuñar la linterna y la encendió-. ¿Qué hace aquí?

-Sólo he venido a visitar a una vieja amiga.

Tory dirigió la linterna a la figura que bajaba del auto. Se le aflojaron las rodillas, comenzó a sudar.

-¡Hope! -El nombre se le ahogó en los labios y el cuchillo se le deslizó de las manos y cayó al suelo-. ¡Oh, Dios!

Otro sueño. Otro episodio. O tal vez sólo fuese locura. Tal vez siempre hubiera sido locura. Ella subió al porche. La luna se reflejaba trémula en su pelo, en sus ojos. La puerta mosquitera crujió cuando la abrió. -Tienes cara de haber visto un fantasma o de estar esperando uno. -Se inclinó y recogió el cuchillo. Palmeó la hoja con un dedo elegante-. Pero yo soy muy real. -Al decirlo levantó el dedo en el que brillaba una pequeña gota de sangre-. Soy Faith -agregó, y simplemente entró en la casa-. Al pasar vi que tenías la luz encendida. -¿Faith? -Dentro de su cabeza había un oleaje parecido al del mar. El júbilo que contenía, ese júbilo frenético, fluyó cuando volvió a pronunciar el nombre-. ¿Faith?

-Así es. ¿Tienes algo de beber por aquí? -preguntó encaminándose a la cocina.

Como si fuera la dueña de casa, pensó Tory, pero enseguida se recordó que en realidad la casa era de los Lavelle. Se pasó una mano por la cara y por el pelo. Luego reunió todas sus fuerzas y siguió a Faith a la cocina.

-Tengo té frío.

-Me refería a algo más fuerte.

-No, lo siento pero no tengo nada. Todavía no estoy instalada como para recibir visitas.

-Ya lo veo. -Intrigada, Faith dio una vuelta por la cocina y dejó el cuchillo sobre la encimera-.

-Esto es más espartano de lo que me esperaba. Aun tratándose de ti.

Así sería Hope si viviera. Tory no podía quitarse ese pensamiento de la cabeza. Habría sido exactamente así, con ojos de un azul profundo contra una piel muy blanca, el pelo sedoso del color del trigo. Delgada y hermosa. Y viva.

-No necesito mucho.

-Esa fue siempre la diferencia entre nosotras, por lo menos una de las diferencias. Tú no necesitabas mucho. Yo lo necesitaba todo. -¿Y alguna vez lo conseguiste?

Faith arqueó una ceja, sonrió y se apoyó contra la encimera. -Bueno, todavía sigo coleccionando. ¿Qué se siente al regresar?

-Todavía no he estado aquí lo suficiente para saberlo. -Has estado lo suficiente para acercarte a la puerta con un cuchillo en la mano cuando alguien viene a visitarte.

-No estoy acostumbrada a recibir visitas a las tres de la mañana. -Tuve una cita que duró hasta tarde. En este momento estoy entre un marido y otro. Tú nunca te casaste, ¿verdad?

-No.

-Oí decir que en cierta época estuviste comprometida. Supongo que no resultó.

Estaba por embargarla una sensación de fracaso, de desesperanza y traición.

-No, no resultó. Y deduzco que tus casamientos (¿fueron dos o tres?) tampoco resultaron.

Faith sonrió y esta vez su sonrisa fue auténtica. -Veo que te han crecido los dientes.

-Pero no quiero morderte, Faith. Y me parece tonto que quieras morderme a mí después de tanto tiempo. Yo también la perdí. -Era mi hermana. Es algo que nunca recordaste.

-Era tu hermana y mi única amiga.

Algo trató de agitarse en su interior, pero Faith lo bloqueó. -Podrías haber hecho nuevos amigos.

-Tienes razón. No puedo hacer nada para compensarlo, para modificarlo, para traerla de vuelta. No puedo decir ni hacer nada. -¿Entonces por qué has vuelto?

-Nunca me dejaron despedirme.

-Ya es tarde para las despedidas. ¿Crees en nuevos comienzos y en segundas oportunidades, Tory?

-Sí.

-Yo no. Y te diré por qué. -Sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió. Después de dar una calada movió la mano en que lo tenía-. Nadie quiere volver a empezar. Los que dicen que les gustaría son mentirosos o ilusos, pero en su mayoría mentirosos. La gente sólo quiere retomar las cosas donde las dejó, donde comenzaron a andar mal para avanzar en una nueva dirección, pero sin ninguna carga. Los que lo logran son los afortunados porque, de alguna manera, se sacan de encima todos esos pesos como la culpa y las consecuencias. Volvió a dar una calada y dirigió una mirada contemplativa a Tory.

-Y a mí no me pareces demasiado afortunada. -Tú a mí tampoco. Y esa es una sorpresa. La boca de Faith se abrió, temblorosa, y sonrió apenas. -¡Ah! Yo viajo con poco equipaje y viajo mucho. Pregúntaselo a cualquiera.

-Y parece que hemos venido a parar al mismo lugar. ¿Por qué no lo disfrutamos todo lo posible?

-Siempre que recuerdes quién llegó primero, no tendremos problemas.

-Tú nunca permitirás que lo olvide. Pero en este momento, esta es mi casa y estoy cansada.

-Entonces ya nos veremos. -Comenzó a salir dejando una estela de humo tras de sí-. Que duermas bien, Tory. ¡Ah! Y si dormir sola aquí afuera te asusta, te cambio ese cuchillo por una pistola. -Se detuvo, abrió el bolso y sacó una pistola de mango de nácar-. Una mujer nunca es demasiado cuidadosa, ¿no crees? -Lanzando una risita, dejó caer la pistola en el bolso, y luego la puerta mosquitera se cerró con fuerza a sus espaldas.

Tory se obligó a permanecer en la puerta, a pesar de que los faros la deslumbraban. Se quedó allí hasta que el coche retrocedió, salió del camino de entrada y tomó la carretera.

Cerró la puerta con llave y volvió a la cocina en busca de la linterna y el cuchillo. Parte de su ser quería subir al coche, dirigirse al pueblo y llamar a la puerta de la casa de su tío. Pero si no lograba pasar esa primera noche en la casa, tampoco le resultaría fácil hacerlo la siguiente y luego la otra.

Se sentó con la espalda apoyada contra la pared y la mirada clavada en la ventana hasta que la oscuridad se suavizó y despertaron las primeras aves de la mañana.

Tuvo miedo. Cuando se deslizó en silencio hasta la ventana, sintió algo muy poco habitual en él: un puño de miedo que le apretaba las entrañas.

Tory Bodeen de regreso donde todo había comenzado. Dormía en el suelo, como una gitana, y a la luz de la luna él alcanzó a ver la curva de sus mejillas, la forma de sus labios. Habría que hacer algo. Él lo supo, había comenzado a planearlo a su manera silenciosa y tranquila. ¡Pero qué conmoción le provocaba verla allí, recordándolo tan vívidamente sólo por verla allí!

Se sobresaltó cuando ella despertó y salió del sueño con la velocidad de una flecha. Aun en medio de la oscuridad alcanzó a ver visiones en los ojos de Tory. Pero había muchas sombras, muchos lugares donde refugiarse.

Se ocultó y observó la llegada de Faith. El pelo brillante que resplandecía a la luz de la luna en un contraste interesante con el pelo oscuro de Tory. Tory, que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla.

Por supuesto que en el instante en que las vio juntas, cuando las voces de ambas se mezclaban, supo adonde lo llevarían. Adonde las llevaría él.

Sería igual que la primera vez, tanto tiempo antes. Sería lo que él siempre trató de volver a sentir durante dieciocho largos años. Sería perfecto.

Pensaba levantarse temprano. Cuando unos golpecitos a la puerta del frente la despertaron a las ocho, Tory no supo si estaba más irritada consigo misma o con el nuevo visitante. Restregándose el sueño de los ojos salió a los tropezones del dormitorio, parpadeó a la luz del sol y abrió la puerta.

Con la vista nublada por el sueño, miró a Cade a través de la puerta mosquitera.

-Tal vez no debería pagar alquiler si los Lavelle han decidido convertir esta en su casa.

-¿Perdón?

-Nada. -Empujó la puerta mosquitera sin mucho entusiasmo, en un gesto que no era precisamente una invitación. Luego se volvió-. Necesito café.

-Te he despertado. -La siguió a la cocina-. Los granjeros solemos creer que todo el mundo se levanta al amanecer. Yo..

-Se detuvo ante la puerta abierta del dormitorio y exclamó ¡Por amor de Dios, Tory, ni siquiera tienes una cama! -Hoy voy a comprar una.

-¿Y por qué no te quedaste en lo de J.R. y Boots? -Porque no tenía ganas.

-¿Prefieres dormir en el suelo? ¿Qué es esto? -Entró en el dormitorio y lo estudió. Lo mismo que había hecho anoche su hermana, pensó Tory. Luego salió con el cuchillo en la mano.

-Es mi aguja de punto. Estoy tejiendo una manta maravillosa. -Al ver que él sólo la miraba, respiró hondo y entró en la cocina-. Me dormí tarde y estoy de mal humor, así que ten cuidado con lo que dices.

Sin pronunciar una palabra, Cade colocó el cuchillo en su lugar. Mientras ella medía el café y el agua, él depositó sobre la encimes la fuente que llevaba.

-¿Qué es eso?

-Te lo manda Lilah. Ella sabía que esta mañana andaría por aquí. -Cade levantó un extremo del papel-. Tarta de café. Dijo que de pequeña te gustaba esta tarta.

Tory se quedó mirándola y ambos se sobresaltaron cuando a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Antes de que él pudiera reaccionar, Tory alzó una mano y la mantuvo como un escudo

delante de su rostro mientras se volvía. Él le pasó una mano por el pelo, pero la dejó caer al ver que ella se apartaba.

-Dile que se lo agradezco mucho. Lilah está bien, ¿verdad? -¿Por qué no pasas por casa y lo compruebas tú misma? -No, de momento no. Creo que por un tiempo no pasaré por allí. -Ya más tranquila, abrió un armario y bajó una taza. -¿No me vas a ofrecer un café? Ella lo miró por encima del hombro. Ya tenía los ojos secos y claros. Cade no tiene el aspecto de un maldito granjero, pensó. Sí, estaba delgado, tenía la piel tostada y el pelo desteñido por el sol.

Sus tejanos eran viejos y la camisa celeste estaba desteñida. En el bolsillo de la camisa tenía las gafas oscuras.

Es la imagen de la idea que puede tener un director de Hollywood de un joven y próspero granjero sureño que rezuma encanto y atractivo con su sonrisa fácil.

Ella no confiaba en las imágenes. -Supongo que debo ser amable.

-También podrías ser grosera y glotona -contestó Cade-, pero después te sentirías muy mal.

Tory tenía cuatro tazas y cuatro platillos, todos de un sólido color blanco. También tenía una cafetera automática, pero no tenía cama. Los estantes ya estaban llenos y ordenados, también con objetos blancos. En la casa no había una sola silla.

Se preguntó qué diría todo eso acerca de Tory Bodeen.

Ella sacó otro cuchillo, cogió la tarta y lo miró alzando las cejas. Cade le hizo señas hasta que ella midió una tajada más grande.

-Veo que esta mañana estás hambriento -comentó mientras se la servía.

-He estado oliendo esa tarta durante todo el viaje hasta aquí. -Tomó los platos-. ¿Por qué no la comemos en el porche? Yo tomo café solo -agregó antes de salir.

Tory suspiró y sirvió dos tazas.

Cuando salió, Cade estaba sentado en los escalones, con la espalda apoyada contra la barandilla. Ella se sentó a su lado y bebió el café con lentitud mientras miraba el campo.

Había echado de menos eso. Comprenderlo la sorprendió. Había añorado las mañanas en ese lugar, cuando el calor del día todavía no abrumaba el aire, cuando las aves cantaban como milagros y los campos estaban verdes y los sembrados crecían.

Cuando era niña vivió mañanas preciosas como esa, cuando se sentaba en lo que en aquel tiempo era un suelo rajado de cemento, contemplaba el día que acababa de empezar y tenía ensoñaciones tontas.

-Veo una sonrisa preciosa -comentó él-. ¿Es por la tarta o la compañía?

La sonrisa desapareció.

-¿Por qué has venido esta mañana, Cade?

-Tengo campos que cuidar, obreros que vigilar. -Troceó su tajada de tarta-. Y quería echarte otro vistazo.

-¿Por qué?

-Para ver si eras tan bonita como me pareciste ayer.

Ella meneó la cabeza y mordió la tarta, que la llevó directamente de regreso a la maravillosa cocina de la señorita Lilah. Eso la alegró tanto que volvió a sonreír y mordió otro trozo.

-Te lo pregunto en serio. ¿Por qué?

-Ayer se te veía mejor -aclaró él-. Pero hay que tomar en cuenta que no debes de haber dormido muy bien sobre el suelo. Preparas un café excelente, señorita Bodeen.

-No tienes por qué sentirte obligado a asegurarte de que estoy bien. Aquí me siento perfectamente bien. Sólo necesito un par de días para instalarme. De todos modos estaré muy poco en la casa. Instalar la tienda me tomará casi todo el tiempo de que dispongo.

-Lo supongo. ~ Quieres cenar conmigo esta noche? -¿Para qué? -Al ver que él no contestaba se volvió a mirarlo. Tenía una expresión divertida en los ojos y una leve sonrisa en los labios. Y en esa expresión apacible y amistosa, Tory vio algo que durante años había conseguido evitar exitosamente. Un decidido interés masculino.

-No, gracias. -Bebió un sorbo de café. -Entonces, ¿mañana por la noche?

-No. Cade, estoy segura de que tu invitación debería halagarme, pero no tengo tiempo ni ganas para ninguna de esas... cosas.

Él estiró sus largas piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

-En esta etapa no podemos saber qué tiene en mente ninguno de los dos. En lo que a mí se refiere, me gusta salir a cenar de vez en cuando y disfruto más si estoy en buena compañía.

-No me gustan las citas.

-¿Por una obligación religiosa o por una preferencia social? -Es una elección personal. Ahora... -Como él parecía muy instalado y cómodo, ella se puso de pie-. Lo siento pero tengo que comenzar mi día. Ya voy atrasada.

Cade se puso de pie y notó que sus ojos se agrandaban y adquirirían una expresión vigilante cuando él se le acercó. -Alguien te ha tratado muy mal, ¿verdad?

-¡No lo hagas!

-De esa se trata, Tory. -Como no quería que ella se alejara, se apartó él-. Yo no lo haría. Gracias por el café.

Fue hasta la camioneta y se volvió antes de abrir la puerta, La miró fijamente durante un momento, pensando que a los dos les vendría bien acostumbrarse a ello.

-Estaba equivocado -gritó mientras subía al vehículo-. Hoy estás tan bonita como ayer.

Ella sonrió sin poder evitarlo y vio que él también sonreía cuando retrocedió para salir del camino de entrada.

Tory se volvió a sentar.

-¡Oh, diablos! -murmuró y se llevó otro trozo de tarta a la boca.

Los bancos independientes de pueblos pequeños eran una especie en extinción. Tory lo sabía porque su tío, quien desde hacía doce años dirigía el Progress Bank and Trust, pocas veces dejaba

de mencionarlo. Aun si no hubiera existido la conexión familiar, ella habría elegido ese banco para su tienda.

Estaba ubicado en el lado este de la calle Market, a dos manzanas de la tienda. Esa era otra ventaja. El antiguo edificio de ladrillos había sido preservado con cuidado y amor. Cosa que le agregaba encanto. Los Lavelle lo fundaron en 1853 y les interesaba que se mantuviera decoroso.

Esto que voy a hacer, pensó Tory mientras se encaminaba al banco, es un acto de buena política. Si uno quería que su negocio prosperase en Progress, Carolina del Sur, hacía negocios con los Lavelle. Era difícil no encontrar un lugar con el que ellos no estuvieran relacionados.

El interior del banco estaba cambiado. Tory recordaba haber ido allí a ver a su abuela y salir con la impresión de que los cajeros trabajaban encerrados en jaulas, como animales exóticos de un zoológico.

Ahora el vestíbulo era abierto, casi ventilado, y cuatro cajeros atendían al público ubicados detrás de un mostrador alto. Habían agregado un enorme ventanal en la parte trasera y, detrás de una barandilla de unos setenta centímetros de altura con una puerta, trabajaban dos empleados frente a hermosos escritorios antiguos con modernos ordenadores. Pinturas excelentes del territorio de Carolina del Sur y algunas marinas adornaban las paredes.

Tory supuso que alguien había encontrado la manera de modernizar el banco sin modificar su espíritu. Se preguntó si lograría convencer a su tío de que comprara uno de los cuadros o tapices que muy pronto tendría en venta.

-¿Eres tú, Tory Bodeen?

Algo sobresaltada, Tory se volvió hacia la mujer que se hallaba detrás de la barandilla. Se esforzó por sonreír mientras trataba de ubicarla, pero no lo logró.

-Sí. ¡Hola!

-Bueno, me encanta volver a verte y tan madura, además. -La mujer era de corta estatura, apenas un metro y medio. Salió al vestíbulo y extendió ambas manos-. Siempre supe que serías bonita. Pero tú no debes de recordarme.

Ante una alegría tan sincera, Tory sintió que sería una verdadera grosería no recordar quién era esa persona y se sintió tentada de utilizar su don para obtener un nombre. Pero no era posible que quebrantara una promesa por un asunto tan trivial.

-Lo siento.

-No tienes por qué sentirlo. La última vez que te vi eras apenas una niñita. Soy Betsy Gluck. Tu abuela me entrenó cuando acababa de regresar del instituto. Recuerdo que de vez en cuando venías al banco y te quedabas sentada en silencio, como un ratoncito.

-Usted me invitaba a helados. -Era un alivio recordarlo, sentir el sabor de los helados en la lengua.

-Es increíble que lo recuerdes después de tanto tiempo. Los ojos de Betsy resplandecían cuando apretó las manos de Tory-. Supongo que has venido a ver a J.R.

-Si está ocupado puedo...

-¡No seas tonta! Me ha dado instrucciones de que te lleve conseguida a su despacho. -Enlazó la cintura de Tory con un brazo y la condujo hacia adentro.

Tendré que acostumbrarme a esto, se recordó Tory. Acosumbrarme a que me toquen, me manoseen. Aquí no puedo ser una desconocida.

-Debe de ser muy excitante abrir una tienda propia. No veo la hora de ir allí de compras. Apuesto a que la señorita Mooney está henchida de orgullo. -Betsy llamó a una puerta ubicada en el extremo de un corto pasillo-. Ha venido a verlo su sobrina, J.R.

La puerta se abrió y apareció el corpachón de J.R. Mooney. El tamaño de su tío siempre sorprendía a Tory. Uno de los misterios de la vida era que ese hombre enorme fuera hijo de su abuela.

-¡Aquí estás! -Su voz era tan resonante como grande su cuerpo.

J.R. la abrazó.

Tory estaba preparada para eso, pero aun así se quedó sin aliento cuando él la levantó del suelo y no pudo menos que reír ante el abrazo de oso con que la recibía su tío.

-¡Tío Jimmy! -Tory apretó el rostro contra el cuello de toro de J.R. y por fin se sintió en su casa.

-Vas a quebrar a esa chica como si fuera una rama -advirtió Betsy.

-Es pequeña -contestó J.R. guiñándole un ojo a Betsy pero resistente como un alambre. Asegúrate de que tengamos unos minutos tranquilos, ¿quieres, Betsy?

-No te preocupes. Bienvenida a casa, Tory -agregó Betsy antes de cerrar la puerta.

-Bueno, siéntate. ¿Quieres algo? ¿Una coca-cola?

-No, nada. Estoy bien. -No se sentó sino que levantó las manos y las dejó caer-. Debí haber venido a verte ayer. -Note preocupes por eso. -Se apoyó contra el escritorio, un hombre musculoso y de un metro ochenta y cinco de estatura. Su pelo rojizo se había desteñido con los años y lo surcaban hilos de plata. El bigote, que siempre agregó una pizca de encanto a su cara redonda, ahora estaba completamente canoso, lo mismo que sus cejas abundantes.

Tenía ojos más azules que grises. Tory siempre lo había considerada un hombre muy bondadoso.

De repente esbozó una ancha sonrisa.

-Muchacha, tienes aspecto urbano. Eres tan bonita y elegante como una estrella de televisión. A Boots le encantará exhibirte. -Rió al ver que Tory se encogía-. ¡Bueno! Le darás un poco el gusto, ¿verdad? Recuerda que nunca tuvo la hija que deseaba y Wade se niega a cooperar y casarse para darle nietos a quienes vestir.

-Si trata de ponerme un delantal de puntillas, tendremos problemas. Iré a verla, tío Jimmy. Pero antes necesito instalarme, entrar en la tienda y trabajar duro. En los próximos días recibiré mucha mercadería.

-Así que estás dispuesta a trabajar?

-Estoy ansiosa. Hace mucho tiempo que espero dar este paso y confío que en el Progress Bank and Trust haya lugar para otra cuenta.

-Siempre tenemos lugar para recibir más dinero. Yo mismo me encargaré de abrirte una cuenta y lo haremos dentro de un minuto. Querida, me he enterado de que alquilaste la vieja casa.

-Dime, ¿ahora Lissy Frazier es la campeona de las cotillas de Progress?

-Corre hocico a hocico con otras. No quiero majaderearte, ni nada que se le parezca, pero Cade Lavelle no te obligaría a cumplir el contrato si cambiaras de idea. A Boots y a mí nos gus

taría que vivieras con nosotros. Dios sabe que nos sobra espacio. -Te lo agradezco, tío Jimmy...

-No, espera. Todavía no digas «pero». Eres una mujer adulta. Tengo ojos y lo veo. Hace años que vives sola. Pero no puedo decir que me gusta la idea de que vivas allá fuera ni en esa casa. No me parece que sea bueno para ti.

-Bueno o no, es lo que necesito hacer. Él me sacó a golpes de esa casa. -Cuando J.R. cerró los ojos, Tory se le acercó-. No lo digo para herirte, tío Jimmy.

-Yo debí haber hecho algo al respecto. Debí alejarte de él. Debí sacarlos a los dos.

-Mamá no se hubiera ido. -Lo dijo con suavidad, porque tuvo la sensación de que él necesitaba que le hablara así-. Y lo sabes.

-Yo no sabía lo grave que era la situación, por lo menos lo ignoraba en ese momento. Pero lo sé ahora y no me gusta que vivas allí y lo recuerdes.

-No puedo dejar de recordarlo, cualquiera que sea el lugar donde esté. Y vivir allí, bueno, me demuestra que soy capaz de enfrentarlo. Que puedo vivir con eso. Ya no le tengo miedo. Y no permitiré que me atemorice.

-Entonces, por qué no te quedas en casa por lo menos unos días? ¿Hasta que estés instalada? -Suspiró al ver que ella meneaba la cabeza-. Mi destino es vivir rodeado de mujeres tozudas.

Bueno, siéntate para que pueda rellenar el papeleo y aceptar tu dinero.

A mediodía, el campanario de la iglesia bautista dio la hora. Tory dio un paso atrás y se enjugó el sudor de la frente. El escaparate

resplandecía como un diamante. Acababa de entrar cajas para colocarlas en la trastienda. Tomó las medidas para los estantes, para el mostrador, e hizo una lista de los requerimientos y exigencias que pensaba presentarle a la inmobiliaria.

Estaba trabajando en la segunda lista, la que llevaría a la ferretería, cuando alguien llamó al vidrio rajado de la puerta. Mientras se acercaba a abrir, Tory estudió al hombre delgado en ropa de trabajo. Pelo oscuro, bien cortado, apuesto y sonriente. Unas gafas oscuras le ocultaban los ojos.

-Lo siento, pero todavía no he abierto al público -dijo ella. -Tengo la impresión de que te vendría bien un carpintero. -Volvió a golpear el vidrio con un dedo-. Y un cristallero. ¿Cómo te va, Tory? -Se quitó las gafas dejando al descubierto unos ojos oscuros e intensos y una pequeña cicatriz debajo del derecho-. Soy Dwight Frazier.

-Oh, Dwight. Note he reconocido.

-Estoy un poco más alto y más delgado que la última vez que me viste. Pensé que en mi calidad de alcalde del pueblo debía pasar a darte la bienvenida. Y además averiguar si hay algo que Frazier Construcciones pueda hacer por ti. ¿Te molestaría que entrara un minuto?

-No, pasa. -Dio un paso atrás-. Por ahora no hay mucho que ver.

-El local es amplio.

Tory notó que se movía bien. No se parecía en nada al chico regordete y torpe a quien ella había conocido. Habían desaparecido los aparatos de ortodoncia y también el absurdo corte de pelo que su padre se empeñaba en que usara.

Parecía en buenas condiciones físicas y próspero. No, pensó Tory, nunca lo habría reconocido.

-Este es un edificio sólido -continuó diciendo Dwight-, con buenos cimientos. Y el techo no tiene goteras. -Se volvió y esbozó la sonrisa que había ayudado a su dentista a comprar un yate-. Lo sé porque lo colocamos hace un par de años.

-Entonces sabré a quien quejarme si aparece una gotera. Él rió y se colgó las gafas oscuras del cuello del polo.

-Lo que Frazier edifica, dura. Necesitarás mostradores, estantes, exhibidores.

-Sí, justamente estaba tomando medidas.

-Te puedo mandar un buen carpintero que te cobrará el precio justo.

Era inteligente y, una vez más, de buena política usar mano de obra local. Siempre que se ajustara a su presupuesto.

-Bueno, tu idea y la mía de lo que es un precio justo pueden no coincidir.

La sonrisa de Dwight se iluminó.

-Te diré lo que haremos. Tú puedes decirme lo que tienes en mente y yo te daré un precio estimativo. Veremos si nuestros presupuestos coinciden.

Mientras medía las paredes, Dwight tenía conciencia de que ella lo estaba observando. Estaba acostumbrado a ello. De niño su padre lo observaba a cada rato, como si siempre lo encontrara por debajo de sus expectativas.

Dwight Frazier, ex marino, ávido cazador, integrante del Consejo Municipal y fundador de Frazier Construcciones, tenía altas expectativas para su hijo. Su desilusión fue enorme cuando el chico resultó bajo, gordo y de carácter flojo.

Nunca permitió que el joven Dwight junior lo olvidara.

Lo cierto es, pensaba Dwight mientras anotaba números en su libreta, que de alguna manera su padre tuvo razón. Bajo, gordo, torpe, era siempre el candidato para las bromas y las burlas, para la profunda desilusión de su padre.

Para peor, era inteligente. Para un chico, no podía haber una combinación peor que un cuerpo regordete, un par de pies torpes y una inteligencia aguda.

-Siempre fue el alumno más querido de sus maestras, lo cual significaba que bien podía haberse pintado en la espalda un cartel que rezara «Patéenme el trasero».

Su madre luchó por compensar la situación lo mejor que pudo. Tentándolo con comida. Según su madre, no había nada como una caja de bombones para aliviar los males del mundo.

Su salvación fueron Cade y Wade. En realidad, Dwight nunca comprendió por qué se hicieron amigos suyos. Ellos descendían de tres de las familias más prominentes del pueblo. Y esa amistad

que le otorgaron era algo que siempre agradeció y que continuaba agradeciendo.

Tal vez todavía conservara una pequeña espina de resentimiento en las entrañas por los caprichos del destino que convirtió a sus dos amigos en muchachos altos, apuestos y ágiles, mientras

que él era gordo, poco interesante y desmañado. Pero logró superarlo. Y de la mejor manera.

-Comencé a correr cuando tenía catorce años -dijo con tono indiferente, mientras volvía a sacar el metro.

-¿Perdón?

-Estás intrigada, ¿verdad? -Se inclinó y volvió a hacer una anotación-. Me harté de ser gordo y decidí hacer algo al respecto. Perdí seis kilos en dos meses. Las pocas veces que corría, lo hacía de noche para que nadie me viera. Terminé enfermo como un perro. Dejé de comer los dulces y las patatas fritas que mi madre me preparaba todos los días. Creí que moriría de hambre. Se puso de pie y volvió a sonreírle.

-Durante mi primer año de instituto, comencé a ir a la pista por la noche para correr. Todavía estaba pesado y era lento, pero ya no vomitaba la cena. Parece que el entrenador Heister también

iba a la pista por la noche en su Chevy y en compañía de la mujer de otro hombre. Note diré de quién se trata, porque la señora sigue casada y es ahora abuela orgullosa de tres nietos. ¿Quieres sostenerme esta punta del metro, por favor?

Fascinada, Tory cogió la punta del metro mientras Dwight retrocedía para medir el espacio que ocuparía el mostrador.

-Y sucede que durante una de nuestras mutuas visitas a la pista del instituto alcance a ver al entrenador y a la futura abuela. Como supondrás, fue un momento muy incómodo para todos-. Cuanto

menos se dijera del asunto, mejor, me dijo el entrenador rodeándome el cuello con las manos. No pude menos que mostrarme de acuerdo. Sin embargo, como era un hombre justo, o tal vez sólo desconfiado, me ofreció algo a cambio.

-Si continuaba entrenándome y bajaba otros cinco kilos, durante la siguiente primavera me incluiría en el equipo de carreras del colegio. Ese fue nuestro acuerdo tácito: que yo olvidaría el incidente y que él no me mataría.

-Por lo visto resultó conveniente para todos.

-¡Para mí por supuesto que sí! Rebajé los cinco kilos y sorprendí a todo el mundo, incluyéndome a mí mismo, porque no sólo integré el equipo de carreras del colegio, sino que gané la competencia de los cincuenta y cien metros. Resulté un magnífico corredor. Gané el trofeo All Star tres años seguidos y también el amor de la bonita Lissy Harlowe.

A Tory le emocionó aquella historia. -Es una bonita historia.

-Y con final feliz. Creo que puedo ayudarte a obtener tu final feliz aquí, en la tienda.

-¿Qué te parece si comemos juntos y conversamos sobre el asunto?

-Yo no... -Se interrumpió cuando la puerta se abrió a sus espaldas.

-¡No me digas que estás por contratar a este inútil! -Wade entró en la tienda y rodeó los hombros de Tory con un brazo-, ¡Gracias a Dios llego a tiempo!

-Ese cachorro de médico no sabe un pimiento acerca de edificaciones. Ve a hacerle un enema a algún caniche, Wade. Yo estoy por llevar a almorzar a tu bonita prima y potencial cliente.

-Entonces tendré que acompañaron para proteger sus intereses.

-Me hacen más falta unos estantes que un sándwich.

-Me encargaré de que tengas ambas cosas. -Dwight le guiñó un ojo-. ¡Vamos, dulzura, y trae contigo a ese peso muerto! Ella se tomó media hora de descanso y se divirtió más de lo esperado. Le resultó un placer ver la amistad adulta que había entre Dwight y Wade, una amistad que tenía sus raíces en los chicos a quienes ella recordaba tan bien.

Y eso hizo que echara de menos a Hope.

Considerando que era una mujer que pocas veces se sentía relajada en compañía de hombres, le resultó fácil porque uno de sus acompañantes era su primo y el otro estaba felizmente casado. Antes de que les sirvieran los sándwiches, Dwight ya le estaba mostrando fotografías de su hijo. Tory habría lanzado las exclamaciones esperadas, pero la verdad era que el niño era adorable; había heredado la belleza de Lissy y los ojos de Dwight.

El almuerzo fue constructivo. Dwight no sólo comprendió lo que ella quería, sino que hasta mejoró sus ideas y el presupuesto estimado estaba a su alcance. O lo estuvo después de que ella re

gateó y cuestionó. Y mientras se enjugaba un sudor imaginario de la frente, Dwight le prometió que los trabajos estarían terminados para mediados de mayo.

Satisfecha, Tory se despidió y fue a comprar una cama. En realidad lo que pensaba era comprar un colchón y un somier. Años de vida frugal nunca le permitieron comprar siguiendo un

impulso. Y era poco común, muy poco común, que experimentara un deseo profundo de ser propietaria de algo. Pero en cuanto vio la cama, le encantó.

Se alejó de ella dos veces, pero volvió. El precio no estaba fuera de su alcance, pero en realidad no le hacía falta una cama de hierro forjado, hermosa, clásica, con postes delgados tanto a los

pies como a la cabecera. Sí, la cama era práctica pero no necesaria.

Lo único que necesitaba era una parrilla sólida y un buen chón. ¡Por amor de Dios! Lo único que haría en esa cama sedormir. Siguió discutiendo consigo misma mientras la pagaba u su tarjeta de crédito, mientras se la ponían en el coche y dunte el trayecto hacia su casa.

- Luego estuvo demasiado ocupada Mando de llevarla dentro y maldiciendo por perder tiempo disseticndo consigo misma.

J ~ pie en medio de hileras de algodón recién cultivado, Cade la ~servó luchar durante diez minutos. Luego él también lanzó ua maldición, se encaminó a la camioneta y se dirigió a la Casa >i Pantano.

No pegó un portazo al bajar del vehículo, pero tuvo ganas de ~?acerlo.

-Olvidaste tus brazaletes mágicos.

Tory estaba sin aliento, algunos mechones se escapaban de su taenza y se le pegaban a la cara, pero había logrado llevar la pesada cama hasta los escalones del porche. Se irguió y trató de no jadear.

-< ¿Qué?

-Sin tus brazaletes mágicos no puedes ser la Mujer Maravi1a. Yo levantaré un extremo.

-No necesito ayuda.

--¡No seas cabezota y coge el otro extremo de una vez! Ella abrió la puerta de la casa.

-¿Siempre andas por aquí?

Cade se sacó las gafas oscuras y las dejó a un lado. Era una c~~stumbre que le costaba un promedio de dos pares por mes. -¿Ves aquel campo? Es mío. Y ahora, vamos allá. ¿Qué der u~nios de cama es esta?

-De hierro -contestó ella con cierta satisfacción al ver que a cl también le costaba sostenerla.

-¡Caray ! Tenemos que inclinarla para que pase por la puerta. -Ya lo sé. -Plantó los pies con firmeza, se inclinó y le-antó el peso de su extremo de la cama. Hubo murmullos y maldiciones, y Tory se lastimó un nudillo, pero consiguieron hacerla pasar.

Ella siguió caminando hacia atrás, y se vio obli;ada a confiar en las órdenes que Cade le daba de doblar a la izquierda, a la derecha, hasta que por fin la cama estuvo en el dormitorio.

-Gracias. -Sus brazos parecían de goma-. A partir de este momento puedo arreglármelas sola.

-Tienes herramientas? -¡Por supuesto que sí!

-Muy bien. Ve a buscarlas. Me ahorrará el trabajo de ir por las mías. Conviene que instalemos esto antes de entrar el colchón, Con un gesto de irritación, ella se echó atrás el pelo sudado. -Puedo hacerlo yo.

-Y eres tan cabeza dura que estoy casi tentado de dejar que lo hagas. Pero me siento obligado por mi educación. -Le tomó la mano, examinó unos rasguños y se la besó con suavidad antes

de que ella atinara a apartarla de un tirón-. Mientras yo me encargo de esto, tú podrías desinfectarte la mano.

Tory consideró la posibilidad de pedirle que se fuera y hasta de sacarlo de allí a patadas, pero decidió que cada una de esas opciones era una pérdida de tiempo. Fue en busca de las herramientas.

Él admiró la caja de herramientas negra. -Veo que estás bien preparada.

-Es probable que tú no sepas diferenciar unos alicates de una llave.

Divertido, él sacó unos alicates. -Esto es una tijera, ¿verdad?

Cuando el bufido que ella lanzó terminó en una carcajada, él puso manos a la obra.

-Ve a desinfectarte esos rasguños. -No tiene importancia.

Cade no se molestó en mirarla ni en modificar su tono, pero su orden sonó firme como el acero:

-Te he dicho que te pongas desinfectante en ese ñudillo. Y después prepara algo fresco para beber.

-Mira, Cade, no soy una mujercita.

Él levantó la vista y la midió con frialdad.

-Eres pequeña y eres mujer. Y los alicates los empuño yo. -Supongo que si te sugiero dónde meterte esos alicates, se te borraría esa sonrisa.

-Y yo no creo que si te digo que eres atractiva cuando estás exhausta, aceptarías bautizar esta cama conmigo una vez esté armada.

-¡Joder! -fue todo lo que ella dijo mientras salía del dormitorio.

Lo dejó solo. Alcanzó a oír el estrépito y de vez en cuando una maldición mientras ella entraba los comestibles, los guardaba y preparaba té. Cade tiene manos largas, pensó. Dedos elegantes de pianista que contrastan con las palmas encallecidas. Estaba segura de que sabía plantar, cuidar y cosechar. Lo habían criado para ello. ¿Pero los trabajos diarios? No, eso era un asunto distinto.

Como suponía que, en su vida privilegiada, Cade nunca habría tenido que armar una cama, Tory imaginó que no lo conseguiría. Y estaba decidida a darle tiempo más que suficiente para que naufragara solo.

Enchufó el nuevo teléfono de cocina, guardó los paños de cocina nuevos y cortó limones para el té. Convencida de que ya le había concedido a Cade bastante tiempo para mortificarlo, sirvió té en dos vasos con hielo y se encaminó al dormitorio.

Él estaba ajustando el último tornillo.

A Tory se le iluminaron los ojos y la pequeña exclamación que lanzó fue de verdadera fascinación femenina.

-¡Ah! ¡Es maravillosa! ¡Realmente maravillosa! ¡Yo sabía que lo sería! -Sin pensarlo, entregó los vasos a Cade para acariciar el hierro de la cama.

La primera reacción de Cade fue de diversión, luego experimentó una fría satisfacción. En el momento en que comenzaba a beber el té, ella se introdujo dentro del marco de la cama para pasar los dedos por los tirantes de hierro.

Y entonces la reacción de Cade se convirtió en una lujuria tan básica, tan fuerte, que con toda deliberación retrocedió un paso. La imaginó aferrando esos postes mientras él la penetraba. Una embestida tras otra mientras los ojos de largas pestañas de Tory se extraviaban.

-Es fuerte. -Tory sacudió la cabecera de la cama y a Cade se le anudó la boca del estómago.

-Será mejor que lo sea.

-Has hecho un buen trabajo y yo he sido grosera contigo. Gracias y lo siento.

-De nada y olvídale. -Le entregó el vaso de té y luego se estiró para encender el ventilador de techo-. Hace calor aquí dentro. -Se moría de ganas de morder ese punto, justo debajo de

la oreja izquierda de Tory, donde empezaba la curva del mentón. Como él acababa de hablarle en tono cortante, ella sufrió otro acceso de culpa.

-En serio que fui una grosera, Cade. Nunca sé tratar a la gente.

-¿Así que no sabes tratar a la gente? ¿Y vas a abrir una tienda donde tendrás que tratar todos los días con gente?

-Esos serán clientes. Sé tratar a los clientes. Con ellos soy verdaderamente encantadora.

-Así que... -se acercó hasta quedar del otro lado del marco de la cama- ¿si yo te compro algo serás encantadora conmigo?

- Ella no tuvo necesidad de leerle el pensamiento porque le bastó con ver la expresión de sus ojos.

-No tan encantadora. -Lo esquivó y salió del dormitorio. -Yo podría ser un excelente cliente.

-Estás tratando de descolorarme de nuevo.

-Te estoy descolorando de nuevo, Tory. -Rodeó la cama y apoyó una mano en su hombro. Percibió que ella se ponía tensa. Apoyó el vaso en el suelo y la volvió hacia él-. Bueno, eso no ha dolido, ¿verdad?

Cade tenía manos suaves. Hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo que ella no sentía el contacto suave de un hombre. -No tengo interés en flirtear.

-Yo sí. Pero por ahora podemos hacer un pacto. Tratemos de ser amigos.

-No soy una buena amiga.

-Yo sí. Y ahora, ¿por qué no entramos el resto de tu cama para que esta noche puedas dormir como Dios manda?

Ella dejó que él llegara casi hasta la puerta. Se había dicho que no hablaría del asunto. Por lo menos con él. Ni con nadie hasta que estuviera lista. Hasta que se sintiera fuerte y segura. Pero burbujeaba en su interior.

-Cade. Nunca me lo preguntaste, ni entonces ni ahora. Jamás me preguntaste cómo lo supe. -Al volverse se le humedecieron las palmas de las manos y se sujetó los codos-.

-Nunca me preguntaste cómo supe dónde encontrarla. Cómo supe lo sucedido.

-No fue necesario preguntarlo.

En ese momento las palabras de Tory brotaron en un torrente. -Algunos creen que yo estaba con ella, a pesar de que dije que no era así. Creen que corrí y la abandoné. Que simplemente la dejé...

-Eso no es lo que creo.

-Y los que creyeron mi versión, se alejaron de mí, mantuvieron a sus hijos apartados de mí. Dejaron de mirarme a los ojos.

-Yo te miré siempre a los ojos, Tory. Entonces y ahora. Ella tuvo que respirar hondo para tranquilizarse.

-¿Por qué? ¿Por qué no te alejaste si crees que tengo algo así en mi interior? ¿Por qué vienes ahora por aquí? ¿Esperas que te prediga el futuro? Porque te advierto que no puedo hacerlo.

no quieres que te dé datos sobre la Bolsa? Porque te advierto que no lo haré.

Cade notó que tenía el rostro arbolado, los ojos oscuros y llenos de emociones.

-Y una de esas emociones, la que más destacaba en la superficie, era el enojo.

Se negó a entrar en el juego y tampoco a aceptar las que supuso eran las expectativas de Tory.

-Prefiero vivir cada día tal como se presenta, pero gracias de todos modos. Y tengo un corredor de Bolsa que se encarga de mis : ~ acciones. ¿Nunca se te ha ocurrido que vengo porque me gustas? -No.

-Entonces eres la primera mujer sin vanidad que conozco. No; te haría mal ser un poco vanidosa. Y ahora... -ladeó la cabeza- ¿quieres que entremos ese colchón o prefieres sorprenderme diciéndome que comí a la hora del almuerzo?

Con esas palabras Cade salió, dejándola boquiabierta. ¿Sería posible que le hubiera hecho una broma con respecto a ese asunto?

-La gente se burlaba de ella o levantaba los ojos al cielo. O se alejaba con cautela. Algunos se le acercaban y le pedían que resolviera sus problemas y sus infelicidades. Pero hasta entonces nadie le había hecho una broma despreocupada.

Movió los hombros para aliviar la tensión y luego salió a ayudarlo a entrar el colchón.

Trabajaron en silencio, ella pensativa y él distraído. Cuando co Tocarón el colchón en su lugar, Cade bebió su té, llevó el vaso a la cocina y salió.

-A partir de ahora creo que no tendrás problemas. Yo voy un poco retrasada.

¡Ah, no! ¡Eso sí que no!, pensó ella mientras iba tras él.

-Te agradezco la ayuda. Te lo digo en serio. -Siguiendo un impulso, o por enojo, lo cogió del brazo. Cade se detuvo y la ~: giró.

-Bueno, entonces te pido que esta noche pienses en mí cuando te deslices al mundo de los sueños.

-Ya sé que perdiste tiempo. ¡Ah! ¿Dijiste algo acerca del almuerzo?

Él meneó la cabeza, confuso. -¿Almuerzo?

Era justo lo que Tory necesitaba.

-Sí, sobre tu almuerzo de hoy. Medio sándwich de jamón con queso y mayonesa. Le diste la otra mitad al perro flaco que se acerca a pedirte comida cuando te ve en el campo. -Sonrió y luego se alejó-. Muy pronto estarás en condiciones de cenar.

Cade lo pensó un instante y decidió seguir su instinto. -Tory, ¿por qué no me dices qué estoy pensando en este momento?

Ella sintió algo parecido a una carcajada dentro del pecho.

-Creo que permitiré que conserves el secreto de tus pensamientos.

Dejó que la puerta mosquitera se cerrara a sus espaldas.

Margaret siempre consideró que las flores la ayudaban a conservar la cordura. Cuando cuidaba sus flores, ellas nunca le contestaban, nunca le decían que no las comprendía, nunca arrancaban sus raíces de la tierra y se alejaban malhumoradas.

Podía podarlas, eliminando las ramas que crecían a su antojo, hasta que la planta adquiría la forma que ella buscaba.

Habría sido mucho más feliz, pensó, si me hubiera quedado soltera y hubiera criado peonías en lugar de hijos. Los chicos le rompían a una el corazón sólo por ser chicos.

Pero se esperaba que ella se casara. Desde que tuvo uso de razón, Margaret siempre había hecho lo que se esperaba de ella. De vez en cuando hacía un poco más, pero en muy pocas oportunidades hacía menos.

Y amó a su marido, porque sin duda eso también se esperaba de ella. Cuando comenzó a cortejarla, Jasper Lavelle era joven y buen mozo. Además era encantador, y tenía esa sonrisa lenta y astuta que algunas veces cruzaba el rostro del hijo que hicieron juntos. Su marido era malhumorado, pero eso le resultó excitante cuando era lo bastante joven como para que esas cosas fueran excitantes. Reconocía ese mismo estado de ánimo, ese rápido mal humor, en su hija. En la hija que sobrevivió.

Jasper Lavelle era corpulento y fuerte, uno de esos hombres de risa estentórea y manos duras. Tal vez por eso Margaret veía tanto de él y tan poco de sí misma en los hijos que les quedaban. Cuando lo pensaba, le enfadaba que fuese tan vaga y borrosa su impresión sobre la arcilla de esas vidas que ella ayudó a moldear. Estaba convencida de que, con gran sensatez, había optado por dejar su huella en Beaux Réves.

Allí su buen gusto y su visión eran tan profundos como las raíces de los viejos robles que se alineaban en la avenida de entrada. Y eso, más que su hijo o su hija, era su orgullo.

Si Hope hubiera vivido, todo sería distinto. Podó el extremo de la rama de un clavel sin experimentar pena por la pérdida de la flor, en un tiempo fragante. Si Hope hubiera vivido, habría re-

flejado y concretado Todas las esperanzas y los sueños que una madre deposita en su hija. Ella hubiera proporcionado un nuevo lustre al apellido Lavelle.

Jasper habría seguido siendo fuerte y constante y jamás se habría deshonrado con mujeres casquivanas ni con escándalos fáciles. Jamás se habría apartado del sendero de su vida matrimonial, ni hubiera dejado en manos de su mujer la tarea de lavar la mancha que ensuciaba el apellido que ambos compartían.

Pero al final de su vida, Jasper cambió radicalmente y, cuando no se estrellaba con estrépito, se emborrachaba. Margaret suponía que la vida con él se había convertido en una serie de desgracias.

Y la última fue que tuvo el mal gusto de sufrir un infarto fatal en la cama de su amante. Y el hecho de que la mujer hubiera tenido la sensatez y la dignidad de hacerse a un lado mientras el incidente se acallaba, a Margaret le dolía como duele un hueso reto. Sin embargo, después de todo, resultaba más fácil ser la viuda de Jasper Lavelle que su esposa.

No se explicaba por qué estaba pensando tanto en él en esa mañana fresca y llena de felicidad, cuando el rocío besaba sus flores y el cielo era azul, suave y primaveral.

Cuando se cumplió el primer aniversario del matrimonio, la pasión entre ellos ya se había calmado. Pero, en una vida, la pasión era un elemento difícil y un objeto de distracción, una emoción muy exigente y poco estable.

No porque ella alguna vez hubiera rechazado a su marido, por supuesto. Jamás, desde la noche de su casamiento, le dio la espalda en la cama.

Margaret estaba orgullosa de eso, orgullosa de haber sido una buena esposa, una esposa que cumplía con sus deberes. Y hasta cuando la idea del sexo la enfermaba, ano se mostró siempre complaciente y permitió que él se aliviara?

Cortó otras flores marchitas y las colocó en la canasta.

Fue él quien se alejó, él quien cambió. Desde aquella mañana

terrible, caliente y pegajosa de agosto cuando encontraron a su Hope en el pantano, nada fue igual en su matrimonio, en la vida de ambos, en su hogar.

Hope, aquella niñita dulce y de exquisita naturaleza, pensó con un dolor que a lo largo de los años se había convertido en algo más apagado y más pesado. Hope, su resplandeciente angeli

ta, el único de sus hijos que parecía realmente conectada con su madre, realmente suya.

Después de todos esos años, todavía a veces se preguntaba si esa pérdida no fue una especie de castigo. Porque le quitaron a la criatura a quien más quería.

¿Pero qué crimen, qué pecado había cometido que pudiera merecer un castigo así?

- El de indulgencia, tal vez. Indulgencia con esa niña, cuando tal vez habría sido más sabio aunque siempre era fácil ser más sabio cuando mediaba la distancia haber desalentado y hasta prohibido a su dulce e inocente Hope que fuera amiga de la chica Bodeen. Ese fue un error, pero sin duda no un pecado.

Y si fue un pecado, era más culpable Jasper que ella.

-Porque cuando expresó su preocupación, él no le dio importancia y hasta se rió. La chica Bodeen era inofensiva. Eso fue lo que él dijo. Inofensiva. Jasper pagó ese error, esa equivocación, ese pecado, durante el resto de su vida. Y sin embargo, ni aún eso era suficiente. Nunca lo sería.

La chica Bodeen había dado muerte a Hope con tanta seguridad como si ella misma le hubiera arrancado la vida con sus sucias manos.

Y ahora estaba de regreso. De regreso en Progress, de regreso en la Casa del Pantano, de regreso en sus vidas. Como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

Margaret arrancó algunas malas hierbas y las arrojó a la canasta. Su abuela solía decir que las malezas no eran más que flores silvestres que florecían en un lugar equivocado. Pero no era así. Eran invasoras y debían ser arrancadas, cortadas, destruidas.

No era posible permitir que Victoria Bodeen echara raíces y floreciera en Progress.

Mi madre, esa mujer admirable e inalcanzable, es muy bonita, pensó Cade. Se vestía para hacer jardinería, lo mismo que se vestía para todo.

-Con cuidado, perfección y precisión.

Lucía un sombrero de paja de ala ancha para protegerse del sol, la cinta que rodeaba el sombrero era celeste, para que hiciera juego con la pollera larga de algodón y con la blusa fresca que protegía con un delantal gris de jardinería.

Usaba aros de perlas, lunas redondas de un blanco tan luminoso como el de las gardenias que tanto atesoraba.

También se daba el lujo de lucir el pelo blanco, a pesar de que sólo tenía cincuenta y tres años. Era como si quisiera hacer alarde de ese símbolo de edad y de dignidad. Su piel era tersa. Las preocupaciones nunca se reflejaban en ella. El contraste de ese rostro bonito y juvenil con el pelo blanco era impactante.

También mantenía su excelente figura. La esculpía con regímenes y ejercicios. No toleraba kilos de más, así como no toleraba malezas en su jardín.

Ya hacía ocho años que era viuda y se había adaptado tanto a ese estado que resultaba difícil imaginarla en otro.

Cade sabía que estaba disgustada con él, pero eso no era nada nuevo. Margaret por lo general expresaba su desagrado de la misma manera en que expresaba su agrado: con pocas palabras. No recordaba la última vez que ella lo había tocado con cariño o calidez. Tampoco recordaba si alguna vez él esperó que lo hiciera.

-

-Pero a pesar de todo era su madre, y él haría todo lo posible por no ahondar el abismo que los separaba. Sabía demasiado bien que, con el silencio, una desavenencia podía ensancharse hasta convertirse en un mar.

Una pequeña mariposa amarilla revoloteaba alrededor de la cabeza de su madre, quien la ignoraba. Ella sabía que estaba allí, lo mismo que sabía que él se acercaba con largos pasos por el sendero. Pero no acusaba recibo de la presencia de su hijo ni de la mariposa.

-Es una mañana muy agradable para estar fuera -comenzó Cade-. La primavera ha sido beneficiosa para tus flores. -Nos vendría bien un poco de lluvia.

-Anuncian que lloverá esta noche, y por cierto que no será demasiado pronto. Abril ha sido un mes muy seco. -Se acucilló, dejando cierta distancia entre ambos. Cerca, las abejas zumbaban sobre una serie de azaleas-.

-Ya hemos terminado con casi todos los primeros cultivos. Debo comprobar el estado de la hacienda. Tenemos algunos terneros listos para castrar.

-Debo hacer algunos recados aquí y allá. ¿Necesitas algo?

-Me vendría bien un poco de matamalezas. -Entonces alzó la cabeza. Los ojos de su madre eran más celestes que los suyos.

Pero su mirada era igualmente directa-. A menos que tengas alguna objeción moral que impida que lo emplee en mi jardín. -Es tu jardín, mamá.

-Y el campo es tuyo, como te has ocupado de recordarme. Lo manejarás como quieras, así como las propiedades. Las alquilarás a quien te parezca.

-Así es. -Cuando lo deseaba, podía ser tan frío como ella-. Y los beneficios que produzcan los campos y las propiedades mantendrán a Beaux Réves sin deudas. Mientras estén en mis manos.

Ella arrancó un pensamiento con dedos rápidos y despiadados. -Los beneficios económicos no son los valores morales ni el patrón que ha de regir nuestra vida.

-Pero sin duda hacen que la vida sea más fácil. -No tienes por qué hablarme en ese tono.

-Te pido disculpas. Creí tener motivo. -Apoyó las manos en las rodillas y esperó hasta relajarse-. Modifiqué la manera de dirigir el campo, comencé a hacerlo hace más de cinco años. Y da resultado. Sin embargo, tú te niegas a aceptar o reconocer que lo he logrado. No puedo hacer nada con respecto a eso. Y en cuanto a las propiedades, también las manejo a mi manera. Y mi manera de manejarlas no es la de papá.

-¿Y crees que él permitiría que la chica Bodeen pusiera sus pies en algo que es nuestro?

-No lo sé.

-Ni te importa-agregó ella, y volvió a enfrascarse en la jardinería.

-Tal vez no. -Apartó la mirada-. No puedo vivir preguntándome qué hubiera hecho, querido o esperado mi padre. Pero en cambio sé que Tory Bodeen no es responsable de lo que sucedió hace dieciocho años.

-Estás equivocado.

-Bueno, uno de los dos lo está. -Se puso de pie-. De todas maneras, Tory está aquí. Tiene derecho a estar aquí. No se puede hacer nada con respecto a eso.

Ya lo veremos, pensó Margaret mientras su hijo se alejaba. Ya verían lo que ella podía hacer al respecto.

Cade siguió de mal humor todo el día. A pesar de que eran innumerables las veces que había tratado de acercarse a su madre y fracasó en el intento, el rechazo seguía doliéndole tanto como la primera vez.

Había dejado de tratar de explicar y justificar sus cambios en la explotación de las tierras. Todavía recordaba la noche en que le mostró a su madre cuadros, gráficos y diapositivas; todavía recordaba que ella se quedó mirándolo y, antes de alejarse, le informó con frialdad que Beaux Réves no era algo que se pudiera poner sobre papel o analizar.

Cade supuso que le dolió más porque era cierto.

-No se podía volcar al papel. Así como tampoco se podía volcar al papel la tierra misma que él estaba tan decidido a proteger, preservar y pasar a manos de la siguiente generación de Lavelles.

El orgullo que le producían esas tierras, su sentido del deber hacia ellas, no eran menores que los de su madre. Pero para Cade siempre fue algo vivo que respiraba y crecía y cambiaba con las estaciones. En cambio para ella era algo estático, como un monumento muy cuidado.

O una tumba.

Toleraba la falta de confianza que su madre le tenía, lo mismo que toleraba que sus vecinos se rieran de él o se resintieran con él. Durante los primeros tres años en que estuvo a cargo de la plantación, debió enfrentar innumerables noches de insomnio. Tenía miedo y la preocupación de la posibilidad de estar equivocado, de fracasar. De que, de alguna manera, a causa de su ansiedad, de su tozudez por hacer las cosas a su manera, se le escurriera entre los dedos el legado que había recibido.

Pero no se equivocó, por lo menos en lo que a la finca se refería. Sí, cosechar algodón orgánico requería más tiempo, esfuerzo y dinero. Pero la tierra... ¡ah, la tierra prosperaba! La veía parir en verano, descansar en invierno y en primavera mostrarse sedienta por lo que él sembraría en ella.

Se negaba a envenenarla con abonos químicos, a pesar de la cantidad de personas que le aseguraban que con esa negativa estaba condenando al fracaso a la tierra y los cultivos. Lo habían llamado tozudo, cabeza dura, tonto y cosas peores.

Y el primer año alcanzó el nivel marcado por el gobierno para algodón orgánico; cosechó y vendió su algodón y luego lo celebró emborrachándose solo, en el despacho de la torre que antes fue de su padre.

Compró más hacienda porque creía en la diversificación. Aumentó el número de caballos porque los quería. Y porque tanto los caballos como la hacienda producían abono.

Creía en la fuerza y el valor del algodón verde. Estudiaba, experimentaba. Aprendía. Se mantenía fiel a sus convicciones hasta el punto de arrancar malezas a mano cuando era necesario, y luego curaba sus ampollas sin quejarse. Estudiaba con igual atención el cielo y los informes de la Bolsa, y volvía a verter las ganancias en la tierra.

Había otros aspectos necesarios en la operación; los arriendos, alquileres y fábricas. Los usaba, trabajaba, hacía malabaris~s con ellos. Pero no eran dueños de su corazón.

En cambio la tierra sí.

No lo podía explicar, y nunca intentó hacerlo, pero amaba a ~xeaux Réves como algunos hombres aman a una mujer. De una manera absoluta, obsesiva, celosa.

Y todos los años se emocionaba cuando esa tierra daba a luz para él.

La mañana fresca se había convertido en una tarde empañada y terminó con sus recados y trabajos. Llevaba la lista en la cabeza e iba tachando lo ya realizado.

Se detuvo en la semillería, a dos manzanas de la plaza del pueblo, para comprar el matamalezas para su madre. Los parterres de flores lo distrajeron. Siguiendo un impulso, eligió una bandeja de plantas llenas de pimpollos rosados y la llevó adentro.

Hacía diez años que la familia Clampett era dueña de la semillería, negocio que comenzaron como un operativo que realizaban al borde del camino para complementar sus cultivos de soja. A lo largo de una década ganaron más con las flores que con las cosechas. Cuanto más exitosa la semillería, mayor la ganancia que entraba en los bolsillos de los hombres de la familia Clampett.

-Elige otro y tendrás el veinte por ciento de descuento -Billy Clampett fumaba un Camel directamente debajo del cartel de < No fumar» colocado por su madre.

-Entonces cóbrame dos. Elegiré el otro al salir.

-Cade colocó las flores sobre el mostrador. Aunque nunca fueron muy amigos, había ido al colegio con Billy-. ¿Cómo va todo?.

-Lento pero seguro. -Billy entrecerró los ojos a través del humo. Eran ojos oscuros y descontentos. Su pelo no era de ningún color especial y lo llevaba tan corto que daba la impresión de que tenía la cabeza cubierta de agujas. Había aumentado de peso desde sus épocas de instituto, o más bien había perdido los músculos que lo habían convertido en una estrella del rugby.

-¿Piensas utilizar esas flores como protección para tus cosechas?

-No. -Como no quería entrar en un torneo de frases punzantes, Cade se dirigió a estudiar una serie de tiestos. Eligió dos de color verdigris y las colocó sobre el mostrador-.

Necesito un poco de Roundup.

Billy se sacó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer en la botella que guardaba bajo el mostrador. Sabía que no era prudente dejar pruebas de su desobediencia porque le acarrearían una discusión con su madre.

-¡Bueno! No creí que aprobaras esas cosas. ¿Cuándo dejaste de abrazar a los árboles?

-Y una bolsa de tierra fértil para las flores -dijo Cade con indiferencia.

-Podría conseguirte algo más fuerte, si andas buscando insecticidas.

-No, gracias.

-No, claro. -Billy lanzó una carcajada-. A ti no te gustan los insecticidas, ni los pesticidas ni los fertilizantes químicos. Tus cultivos son virginales y puros. Gracias a eso te mencionan en una revista.

-¿Cuándo aprendiste a leer? -preguntó Cade con sarcasmo-. ¿O sólo miraste las fotografías?

-Aquí las revistas elegantes y los discursos no significan que uno se pase la vida sentado. Todo el mundo sabe que tú sólo te sientas y aprovechas los beneficios de lo que gastan tus vecinos en la tierra.

-¿Ah, sí?

-Así es. -Billy se lanzó al ataque-. Has tenido un par de buenos años. Pura suerte, si me lo preguntas.

-No recuerdo habértelo preguntado, Billy. ¿Estás decidido a atacarme?

-Tarde o temprano, tú mismo te hundirás. Lo único que haces es invitar a las pestes y enfermedades. -Había sido un día largo y aburrido y Cade Lavelle era uno de los blancos preferidos de Billy. El muy imbécil nunca se defendía-. Cuando tus cultivos se infecten, se infectarán también otros.

Entonces lo pagarás muy caro.

-Lo recordaré. -Cade sacó unos billetes del bolsillo y los arrojó sobre el mostrador-. Llevaré estas cosas a la camioneta mientras tú me haces la cuenta.

Mantenía encadenado su mal genio, lo mismo que haría con un perro peligroso. Si lo dejaba en libertad, era frío y salvaje. Billy Clampett no valía el tiempo ni el esfuerzo que le exigiría volver a encadenarlo.

Eso fue lo que se dijo mientras cargaba los tiestos y las flores en la camioneta.

Cuando volvió a la semillería, sobre el mostrador estaban el Roundup y diez kilos de tierra fértil.

-Te debo tres dólares y siete centavos, -Billy contó el cambio con deliberada lentitud-. Vi a tu hermana un par de veces en el pueblo. Está muy bonita.

-Levantó los ojos al techo-. ¡Realmente bonita!

Cade se metió el cambio en el bolsillo y mantuvo allí el puño que quería estrellar contra esa boca que le sonreía con ironía. -¿Cómo está tu mujer, Billy?

-Darlène está muy bien, Embarazada de nuevo y por tercera vez. Espero haber plantado otro hijo fuerte en su interior. Cuando yo aro un campo o una mujer, lo hago bien. -Le brillaron los ojos y su sonrisa fue más amplia-. Pregúntaselo a tu hermana.

Instantáneamente, Cade sacó la mano del bolsillo y cogió a Billy por el cuello.

-Sólo te recuerdo una cosa-dijo con gélida suavidad-. No olvides quién tiene la escritura de la casa en que vives. No debes olvidarlo, Billy. Y no te acerques a mi hermana.

-Tú amenazas con tu dinero, pero no tienes pelotas para usar los puños como un hombre.

-Note acerques a mi hermana -repitió Cade-, o descubrirás exactamente para qué tengo pelotas.

Cade lo soltó, tomó el resto de sus compras y salió. Subió al coche y no se detuvo hasta el primer semáforo. Una vez allí sencillamente permaneció sentado, con los ojos cerrados hasta que remitió la furia que lo inundaba.

No sabía qué era peor, si liarse a puñetazos con Clampett en medio de aquellas flores, o permitir que echara raíces en su mente la idea de que su hermana había permitido que un mierda como Clampett la tocara.

Dobló y se encaminó hacia la calle Market. Encontró lugar a media manzana de la tienda, justo detrás de la camioneta de Dwight. Haciendo lo posible por sofocar su mal humor, cargó los maceteros y los depositó junto a la puerta de la tienda. Antes de entrar, oyó el chirrido de una sierra.

La base de los mostradores estaba en su lugar y la prűnera fila de estantes colocada.

Tory había elegido madera de pino barnizada.

Una elecci3n. inteligente, pens3 Cade. Sencillos y limpios, exhibirían la mercadería en lugar de atraer la atenci3n. El suelo estaba lleno de herramientas y el aire olía a serrín y sudor. - ¡Hola, Cade! -Dwight se le acerc3 esquivando herramientas.

Cade palme3 la corbata a rayas azules y doradas de Dwight. -¡Qu3 bonito estás!

-Tuve que asistir a una reuni3n. Con un grupo de banqueros. -Como si acabase de darse cuenta de que la reuni3n había acabado, Dwight se afloj3 la corbata-. S3lo he pasado por aquí para ver c3mo va la obra antes de ir a la oficina.

-La cliente tiene ideas definidas acerca de lo que quiere y cu3ndo lo quiere.

-Dwight levant3 los ojos al techo-. Estamos aquí para darle el gusto y deja que te diga que no cede ni un milímetro. Aquella chiquilla flacucha se ha convertido en una dura empresaria.

-¿D3nde est3?

-En el cuarto trasero. -Dwight seńal3 con la cabeza una puerta cerrada-. Reconozco que no se inmiscuye, una vez consigue lo que quiere.

Cade se tom3 otro instante para estudiar la obra. -Lo que quiere parece bueno -decidi3.

-Admito que sí. Escucha, Cade... -Dwight movió los pies, inquieto-.

Lissy tiene una amiga...

-¡No!

-S3lo te pido que me escuches...

-No necesito escucharte. Lissy tiene una amiga, una amiga soltera, que sería perfecta para mí. ¿Por qu3 no llamo por tel3fono a esa amiga soltera de tu mujer, o paso por tu casa a comer con esa amiga soltera y con vosotros, o por lo menos me dejo caer por allí para conocerla y tomar una copa?

-Bueno, ¿por qu3 no? Hasta que lo hagas, Lissy no me dejar3 en paz.

-Tu mujer, tu paz, tu problema. Dile a Lissy que acabas de descubrir que soy gay o algo por el estilo.

-Sí, eso daría resultado. -La idea divirti3 tanto a Dwight que lanz3 una carcajada-.

Esa sería la soluci3n. Pero tal como est3n las cosas, lo 3nico que conseguiríamos sería que empezara a presentarte hombres.

-¡Dios bendito! -Cade comprendió que no era imposible que sucediera-. Entonces dile que estoy viviendo una aventura secreta con alguien.

-¿Con qui3n?

-Elige tú -dijo Cade alej3ndose rumbo al cuarto trasero. Llam3 a la puerta y entr3 sin esperar respuesta.

Tory estaba de pie sobre una escalera, colocando un tubo fluorescente en el techo.

-Déjame a mí.

-Ya casi lo he logrado. Esta es una obligaci3n del inquilino, no del propietario.

-Todavía le molestaba un poco recordar que él era el dueńo del edificio.

-Veo que han reemplazado el vidrio de la puerta de calle. -Sí. Gracias.

-Y tengo la sensaci3n de que tambi3n han arreglado el aire acondicionado.

-Así es.

-Si estás enojada conmigo, hoy tendrás que ponerte en la cola.

Cade se volvi3 con las manos en los bolsillos. Not3 que allí Tory había hecho colocar estantes de metal. Grises, feos, fuertes y prácticos. Ya estaban llenos de cajas de cart3n cuidadosamente numeradas.

Tambi3n había comprado un escritorio, sólido y práctico. Sobre él ya había un ordenador, un tel3fono y una pila de papeles. En diez días se había organizado muy bien.

Y nunca le había pedido ayuda, ni aceptado que él se la diera. Cade dese3 que eso no le fastidiara.

Tory lucía shorts negros, un polo gris y zapatillas grises.

Él dese3 que no le resultaran tan atractivos.

Se volvi3 mientras ella bajaba la escalera y la cogió para plegarla en el momento en que ella tambi3n lo hacía.

-Te la guardar3. -Yo puedo hacerlo.

Él tironeó, ella también. -¡Maldita sea, Tory!

El repentino siseo de enojo, el peligroso brillo de los ojos de Cade la hicieron retroceder y entrelazar las manos. Él cerró la escalera con un golpe y la guardó en un pequeño armario. Al verlo de pie allí, de espaldas a ella, Tory sintió una repentina oleada de culpa y compasión. Le resultaba extraño comprobar que Cade no le inspiraba temor ni inquietud, cosa que siempre le ocurría con los hombres malhumorados.

-Siéntate, Cade. -Por qué?

-Porque me parece que lo necesitas. -Se acercó a una pequeña nevera, saco una botella de coca-cola y la abrió-. Toma, enfríate.

-Gracias. -Se dejó caer en la silla junto al escritorio y bebió un sorbo.

-¿Has tenido un mal día? -Los he tenido mejores.

Ella abrió el bolso y sacó unas aspirinas. Cuando le ofreció dos a Cade, él alzó las cejas.

Ella sintió que de pronto se ruborizaba.

-Yo no... Por tu aspecto me pareció que las necesitabas. -Te lo agradezco. -Tomó las aspirinas, lanzó un suspiro y movió los hombros-. Supongo que no querrás hacerme sentir mejor sentándote sobre mis rodillas.

-No, gracias.

-Y qué me dices de una comida y una película? No contestes que no sin siquiera considerarlo -agregó antes de que ella tuviera tiempo de hablar. -Sólo una comida y una película.

¡Diablos! Una pizza, una hamburguesa, algo amistoso. Te prometo que no te pediré que te cases conmigo.

-Eso es un alivio, pero no un gran incentivo.

-Sólo pido que lo pienses durante cinco minutos. -Dejó la botella sobre el escritorio y se puso de pie-. Acompáñame. Tengo algo para ti.

-Todavía no he terminado aquí dentro.

-Mujer, ¿es necesario que discutas cada maldita cosa que digo? Me cansas. -Para resolver el problema, la tomó de la mano y la tironeó hacia fuera.

Ella pudo haberse mantenido en sus trece, aunque sólo fuera por principio. Pero había dos carpinteros en la tienda, lo cual equivalía a dos pares de ojos y de oídos. Tendrían menos motivos para hablar si salía en silencio con Cade.

-Me gustaron estos tinajones -dijo él señalándolos, mientras tiraba de ella por la acera hacia su camioneta-. Si no te gustan puedes cambiarlos en lo de Clampett. Y supongo que lo mismo puedes hacer con estas -se detuvo y sacó las plantas de flores del vehículo-, pero creo que quedarán bien.

-¿Bien dónde?

-Contigo, con tu tienda. Considera que es una especie de regalo para desearte buena suerte, aunque tendrás que tomarte el trabajo de plantarlas tú misma. -Le puso en las manos la primera bandeja de flores, luego tomó la segunda y la bolsa de tierra fértil.

Tory se sintió desconcertada y conmovida. Recordó que pensaba comprar flores, tiestos con flores para colocar en el frente de la tienda. Pensaba comprar petunias, pero esas plantas eran más bonitas e igualmente agradables.

-Es una bondad de tu parte. Te lo agradezco.

-¿Podrías mirarme? -Esperó hasta que ella lo hizo-. De nada. ¿Dónde quieres que las ponga?

-Déjalas en la acera, delante de la tienda. Yo me encargaré de arreglarlas.

Mientras caminaban juntos, ella lo miró de reojo.

-¡Qué diablos! Podrías pasar a buscarme alrededor de las seis. No me molestaría comer una pizza. Y si eso va bien, hablaremos de la película.

-De acuerdo. -Depositó las plantas y la tierra frente al escaparate-. Volveré.

-Lo sé -murmuró Tory mientras él se alejaba.

Tal vez en realidad la gente no se muera de aburrimiento, consideró Faith, pero tampoco sabía cómo diablos se las arreglaban para vivir con el aburrimiento.

Cuando de niña se quejaba de que no tenía nada que hacer, sus palabras caían en oídos adultos poco comprensivos y se le asignaban tareas. Y ella odiaba esas tareas casi tanto

como el aburrimiento. Pero algunas lecciones resultan difíciles de aprender. -Aquí no hay nada que hacer-se quejó, sentándose ante la mesa de la cocina y mordisqueando una galletita. Ya eran más de las once pero no se había molestado en vestirse. Llevaba la bata de cama de seda comprada durante el viaje que hizo a Savannah en abril. Y esa bata ya la aburría también.

-Aquí todo es igual, día tras día, mes tras mes. Juro que es sorprendente que cada uno de nosotros no huya corriendo. -Tienes un ataque de aburrimiento, ¿verdad, señorita Faith? - La voz ronca como la lija de Lilah resonó con fuerza. Hablaba así en parte porque era nieta de una criolla, pero sobre todo porque le divertía.

-Es que aquí nunca sucede nada. Cada mañana es idéntica a la anterior, y el resto del día se estira en una delgada línea de nada. Lilah siguió limpiando la encimes. La verdad es que hacía más de una hora que tenía la cocina limpia, pero estaba segura de que Faith pasaría por allí. Y la estaba esperando.

-Supongo que te hace falta un poco de actividad. -Dirigió a Faith una mirada suave con sus ojos castaños y sin astucia. Como la astucia era algo que a Lilah le sobraba, esa mirada le había exigido cierta práctica.

Pero conocía a su interlocutora. Había cuidado a la señorita Faith desde el día de su nacimiento, cuando la niña se enfrentó por primera vez al mundo aullando y amenazándolo con sus puños cerrados. Lilah formaba parte de la casa de los Lavelle desde sus veinte años, edad en que la contrataron para ayudar con la limpieza, cuando la señora Lavelle estaba embarazada del señor Cade.

En esa época su pelo era negro, no del color de sal y pimienta que tenía ahora. Entonces sus caderas eran un poco más angostas, pero de todos modos ella nunca se dejó vencer por la gordura. Le gustaba pensar que había madurado con una excelente figura de mujer.

Su piel era tono caramelo oscuro, ese que siempre preparaba para cubrir las manzanas por Todos los Santos. A Lilah le gustaba destacar su piel con un pintalabios rojo fuerte, y siempre llevaba un lápiz de labios en el bolsillo del delantal.

Nunca se había casado. No porque no hubiera tenido oportunidades. En su época, Lilah Jackson tuvo muchos galanes. Y como faltaba mucho para que sus días terminaran, le seguía encantando vestirse para ir al pueblo acompañada por un hombre apuesto.

tPero casarse con alguno de ellos? Eso era harina de otro costal.

Prefería las cosas tal como eran, y eso significaba que hubiera un hombre que viniera a buscarla y la escoltara a todos los lugares.

-Y si ese individuo tenía esperanzas de volver a escoltarla, nunca debía olvidarse de traerle una caja de chocolates o algunas flores, ni de abrirlle las puertas como un caballero.

Pero si la mujer se casaba, después se pasaba la vida siguiendo al marido, viéndolo tirarse pedos y rascarse y sólo Dios sabía qué más, mientras ella sudaba para ganarse el pan de cada día y poder comprarse algunas cosas bonitas.

En cambio, ahora tenía una casa espléndida, porque, a decir verdad y para vergüenza del demonio, Beaux Réves era tan suya como de todos los demás, había criado a tres pequeños y derramado amargas lágrimas por la que se perdió y, desde su punto de vista, gozaba de todos los beneficios de la compañía masculina sin ninguno de sus problemas.

De vez en cuando tampoco le importaba echar un polvo.

Si el buen Señor no quisiera que sus hijos hicieran el amor, no habría puesto esa necesidad en su interior. Y bueno, pensó, la señorita Faith ha nacido llena de necesidades y todavía debía encontrar la manera de satisfacerlas sin provocarse dolor. Eso significaba que la chica estaba también llena de problemas. Casi todos creados por ella misma. Algunos pollitos, pensó Lilah, demoran más en encontrar su camino por el gallinero.

-Tal vez podrías dar una agradable vuelta en coche -sugirió Lilah.

-¿Para ir adónde? -Faith bebió sin interés un sorbo de café-. Vaya uno adonde vaya, todo es igual.

Lilah sacó su lápiz labial y se retocó los labios que se reflejaban en la tostadora cromada.

-Cuando estoy deprimida me levanta el ánimo una buena excursión de compras.

-Supongo que tienes razón. -Faith suspiró y analizó la posibilidad de ir hasta Charleston-. No tengo nada mejor que hacer.

-¡Así me gusta! Sales de compras y eso te levanta el espíritu. Aquí tienes la lista.

Faith parpadeó y miró la lista de compras que Lilah hacía flamear ante su rostro.

-¿Provisiones? No pienso ir a comprar provisiones.

-No tienes nada mejor que hacer, tú misma acabas de decirlo. Y óyeme, debes asegurarte de que los tomates estén bien maduros, ¿de acuerdo? Y no dejes de comprar el fregasuelos que te anoté. La publicidad que hacen por televisión me hizo reír y por eso creo que vale la pena probarlo. -Se volvió hacia el fregadero para enjuagar el trapo y tuvo que contener una carcajada al ver que su pequeña acababa de quedar boquiabierta-. Después pasas por la farmacia y me compras aceite de Olay, no el que viene en botella sino en bote. Y el gel de baño, el de leche y miel. En el camino de regreso te detienes en la tintorería y recoges todo lo que dejé allí la semana pasada, que es casi todo tuyo. Sólo Dios sabe para qué necesitas cincuenta blusas de seda.

Faith entrecerró los ojos.

-¿Algo más? -preguntó con dulzura.

-Ahí lo tienes todo escrito, claro como el agua. Te dará algo que hacer para matar el aburrimiento durante un par de horas. Y ahora ve a vestirme, es casi mediodía. Es pecaminoso que te pases el maldito día holgazaneando en bata. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí!

Lilah simuló echarla y luego recogió la taza y el plato de Faith.

-Todavía no he terminado de desayunar.

-No te he visto comer. Picoteabas la comida y estabas de morros, eso era lo que estabas haciendo. Y ahora ¡fuera de mi cocina! Y decídate a ser útil por una vez en la vida.

Lilah cruzó los brazos, ladeó la cabeza y la miró fijamente. Tenía una manera de mirar fijo que marchitaba hasta el alma más valiente. Faith se apartó de la mesa y salió.

-Volveré cuando termine.

Después de menear la cabeza y lanzar una risita, Lilah terminó el café de Faith.

-Algunas polluelas nunca aprenden quién manda en el gallinero.

Wade demoró tres años y dieciocho cachorros para convencer a Dottie Betrum de que hiciera castrar a su hembra labrador. Acababan de destetar a la última camada de seis cachorros y mientras la madre dormía bajo los efectos de la anestesia, él le dio la vacuna indicada a cada uno de los alegres cachorros.

-No soporto mirar las agujas, Wade. Me hace sentir la cabeza vacía.

-No es necesario que mire, señora Betrum. ¿Por qué no aguarda en la sala de espera? Dentro de pocos minutos terminaré con todo.

-¡Oh! -La mujer se llevó las manos a la cara y sus ojos miopes brillaron angustiados detrás de sus gruesos anteojos-. Me siento en la obligación de quedarme. No me parece bien...

-Dejó la frase inconclusa cuando Wade hundió la aguja en un cachorro.

-Maxime, lleva a la señora Betrum a la sala de espera. -Le guiñó con rapidez a su asistente-. Yo puedo encargarme solo de esto.

Mientras Maxime ayudaba a la vacilante mujer a salir a la sala de espera, Wade pensó que se manejaría mejor sin la presencia de pequeñas ancianas que corrían el riesgo de desmayarse.

-Allá vamos, pequeño.

-Wade acarició la panza del cachorro para tranquilizarlo y terminó de vacunarlos. Pesó cachorros, rascó orejas, buscó parásitos y rellenó fichas mientras los gruñidos y los ladridos resonaban en el consultorio.

Sadie, la perra de la señora Betrum, dormía pacíficamente el sueño del pos-operatorio y Sylvester, el gato del viejo señor Klinge, maullaba y arañaba su jaula, mientras Speedy Peter, la mascota

hámster del tercer curso del colegio de Progress, corría por su rueda, demostrando que se reponía de una pequeña inflamación en la vejiga.

Para el doctor Wade Mooney ese era su pequeño paraíso. Terminó con el último cachorro mientras los demás jugueteaban, le tironeaban las tiras de los zapatos o hacían pis en el suelo. La señora Betrum acababa de asegurarle que ya había encontrado buenos hogares para cinco de ellos. Él, como siempre, rechazó con suavidad el ofrecimiento de la mujer de que se quedara con uno.

Pero se le acababa de ocurrir dónde encontraría su hogar ese último cachorro.

-¿Doc Wade? -preguntó Maxime, asomándose. -Aquí acabo de terminar. Reunamos a la familia.

-¡Son tan monos! -Los ojos oscuros de la muchacha resplandecieron-. Creí que esta vez usted cedería y se quedaría con un cachorro.

-Una vez que empiezas, nunca terminas. -Pero sus hoyuelos se destacaron cuando un cachorro se retorció en sus manos. -Ojalá yo pudiera quedarme alguno. -Maxime alzó un cachorro y lo acunó, mientras el animalito le lamía la cara con amor desesperado.

Adoraba a los animales, por lo que la oportunidad de trabajar como asistente del doctor Wade le parecía un regalo del cielo.

Ya tenía dos perros y sabía que sus padres no le permitirían adoptar un tercero. Había nacido en la pobreza y sus padres se mataron a trabajar para salir a flote junto con Maxime y sus dos hermanos menores. En casa, el dinero todavía no alcanza, se recordó la muchacha mientras acariciaba el cachorro. Y por un tiempo más seguiremos teniendo problemas, pensó con un suspiro.

Ella era la primera de la familia que ingresaría en la universidad y debían ahorrar hasta el último centavo-. ¡Son tan dulces, doctor Wade! Pero entre el trabajo y el estudio no me quedaría tiempo para atender bien a un cachorro.

-Volvió a depositar el perrito en el suelo-. Además, mi padre me mataría.

Wade sonrió. El padre de Maxime la adoraba. -¿Cómo van tus estudios?

Ella alzó los ojos al techo. Cursaba su segundo año de preuniversitario y tenía tanta escasez de tiempo como de dinero. Si no fuera porque el doctor Wade le daba los horarios más flexibles y le permitía estudiar en la consulta cuando había poco trabajo nunca habría logrado llegar tan lejos.

Wade era su héroe y en un tiempo sufrió un enamoramiento maravillosamente doloroso hacia él. Ahora sólo esperaba que llegara el día en que ella fuera una veterinaria tan buena e inteligente como él.

-Se acercan los exámenes finales. Tengo tantas cosas en la cabeza que siento que me va a explotar. Sacaré de aquí a estos bebés, doctor Wade. -Alzó el cesto lleno de cachorros-.

¿Qué debo decirle a la señora Betrum acerca de Sadie?

-Que esta tarde se la podrá llevar. Dile que venga a buscarla alrededor de las cuatro. ¡Ah! Y pídele que todavía no regale el último cachorro. Se me ha ocurrido alguien que puede quererlo.

-Lo haré. ¿Le parece bien si almuerzo ahora? Durante una hora no tendremos pacientes y pensé que tal vez podría estudiar un rato en el parque.

-Adelante. -Se acercó a la pila para lavarse las manos-. Tómame la hora completa, Maxime. Veamos cuánto más cabe en tu cerebro.

-Gracias.

Lamentaría perderla. Cosa que Wade sabía que sucedería en cuanto ella se licenciara. No le iba a resultar fácil encontrar otra asistente tan competente, tan dispuesta ni tan buena con los ani

males. Y mucho menos a una persona que además supiera mecanografía, manejarse con impacientes dueños de mascotas y atender el teléfono.

Pero la vida seguía su curso.

Se encaminaba al cuarto trasero para examinar a Sadie en el momento en que por esa misma puerta entró Faith.

-¡Doctor Mooney! ¡Justo la persona a quien estaba buscando!

-Es fácil encontrarme a esta hora del día. -Bueno, simplemente pasaba por aquí. Wade alzó una ceja.

-Ese vestido es demasiado elegante para que estés simplemente pasando por aquí.

-¡Ah! -Se pasó un dedo por la suave tela del vestido de angostos óreteles y de un audaz color rojo-. ¿Te gusta? Hoy estoy en un estado de ánimo rojo vivo. -Sacudió el pelo, lan

zando seductoras nubes de perfume. Se adelantó, se pasó las

manos por la cara y por los hombros-. ¿A que no adivinas qué ?!evo debajo?

Como siempre, pensó él, con la rapidez de un rayo y una sola ; mirada Faith me tiene listo para suplicar.

-¿Por qué no me das una pista?

-¡Eres un hombre tan inteligente! Has obtenido un título universitario. -Le tomó una mano, la cubrió con las suyas y la `deslizó a lo largo de su muslo-. Apuesto a que podrías descu_v~~irlo con mucha rapidez.

-¡Dios! -La sangre de Wade se encendió-. ¿Andas por el pueblo semidesnuda?

-Pero tú y yo somos los únicos que lo sabemos. -Se inclinó los ojos brillantes fijos en los de él y le mordisqueó el labio ~inferior-. ¿Qué piensas hacer al respecto, Wade?

-Vamos arriba.

-Demasiado lejos. -Lanzando una carcajada ronca, Faith crió la puerta que había detrás de ellos-. Te deseo ahora. Te aseo ya.

La perra dormía en silencio, respirando con regularidad. El aarto olía a perros y antiséptico. El viejo sillón donde él pasaba voras observando a sus pacientes estaba tapizado de pelos de in~_amables perros y gatos.

-No he cerrado la puerta de la consulta.

-Vivamos peligrosamente. -Le abrió el botón de los teja~~os y le bajó la cremallera-. ¡Vaya! ¡Mira lo que acabo de encontrar! -Le cogió el miembro y observó que los ojos color chocolate de Wade se nublaban antes de que la besara en la boca.

La excitación que ella sintió mientras se vestía, mientras recorría el trayecto hasta el pueblo, sabiendo que iría a verlo, que lo seduciría, se convirtió en algo retorcido y necesario.

Casi ~~ oloroso.

-Llévame a alguna parte. -Arqueó la espalda mientras la poca de Wade le besaba el cuello-. Llévame a un lugar oscuro, caliente y salvaje. Necesito ir. Date prisa y llévame.

El tono desesperado de Faith se le clavó a Wade en la sangre y lo dejó en carne viva. No había mansedumbre entre ellos cuando se unían de esa manera, nada suave, nada dulce. Cuando ella pronunciabajadeante su nombre y sus manos estaban sobre él, Wade olvidaba que quería suavidad y dulzura.

Lo único que quería era a Faith.

Le levantó la falda roja y le sujetó las caderas. Ella estaba catiente y húmeda y, cuando la penetró, pareció succionarlo corno una ávida mandíbula.

Faith rodeó con una pierna la cintura de Wade y emitió un quejido largo y profundo. Él llenaba los lugares vacíos; no tenía importancia si era sólo por un momento, si el vacío volvía. Wade

mataba ese vacío y ningún otro había logrado hacerlo jamás. Jadeos guturales, el ritmo sostenido de las embestidas y la intensa sensación de que él estaba en su interior. Faith se dejó ir y lanzó un pequeño gemido ahogado cuando alcanzó el orgasmo. Con Wade srempre terminaba con rapidez, era una sorpresa, un espasmo hermoso.

Entonces volvía a empezar, con más lentitud, más hondo, un desgarramiento largo y gradual que abría en su interior algo para Wade.

Y, como se trataba de Wade, podía pegarse a él, podía rendirse a sus sensaciones.

-Podía aferrarse a él, sabiendo que estaría allí con ella cuando cayera.

Sonaba el teléfono. O tal vez fueran sus oídos. Con cada respiración, Wade se ahogaba en ella. Faith se movía con él, embate con embate, y nunca se detenía, nunca aflojaba.

Había momentos en que él podía pensar en ella con cordura, y otros en que se preguntaba por que ambos sencillamente no se habían devorado hasta que no quedara nada de ellos.

Faith pronunciaba su nombre una y otra vez, y puntualizaba la palabra con jadeos y sollozos. Y justo antes de vaciarse en slz interior, él notó que cerraba los ojos, como si estuviera orando.

-¡Dios! -Se estremeció una vez, apoyó la cabeza contra la puertaY mantuvo los ojos cerrados-. ¡Dios! Me siento maravillosamente bien. Como si estuviera hecha de oro por dentro y por fuera. -Abrió los ojos y se estiró, perezosa-. ¿Y tú?

Él sabía lo que Faith esperaba, así que se resistió a hundir el rostro en su pelo y a murmurar palabras que ella no creería. Palabras que a ella no le importaron años antes, cuando él fue lo suficientemente tonto para pronunciarlas.

-Esto ha sido mucho más delicioso de lo que pensaba comer de almuerzo.

La respuesta hizo reír a Faith, quien le rodeó el cuello con los brazos de una manera que era a la vez amistosa e íntima. -Todavía me quedan algunos lugares que no has mordisqueado, de manera que si...

-¿Wade? Querido Wade, ¿estás arriba?

-¡Dios Santo! -La parte de Wade que todavía seguía cómodamente anidada dentro de Faith, se crispó-. Es mi madre. -Menudo aprieto. -Faith estuvo por lanzar una carcajada, pero Wade le tapó la boca con una mano.

-¡Cállate! ¡Por amor de Dios, esto es lo último que me hacía falta!

Faith murmuraba contra la mano de él, mientras se estremecía de risa.

-No es gracioso -siseó él, pero también tuvo que contener una carcajada. Oía que su madre recorría el lugar mientras lo llamaba con alegría y con el mismo tono cantarín con que solía llamarlo a comer cuando tenía diez años.

-Quieta -le ordenó a Faith en un susurro-. Y no te muevas de aquí. No salgas de este cuarto y que no se te escape un solo sonido.

Se apartó con lentitud mientras Faith se mordía los labios, estremecida de risa.

-Wade, querido -dijo cuando él se encaminaba a la puerta, pero él se volvió a gruñirle:

-¡Ni un sonido!

-Está bien, pero sólo pensé que tal vez quisieras guardar eso. Él bajó la mirada, lanzó una maldición y apresuradamente subió la cremallera de los tejanos.

-¿Mamá? -dijo tras dirigirle otra mirada de advertencia a Faith. Luego salió y cerró la puerta a sus espaldas-. Estoy aquí abajo. Estaba examinando a mis pacientes.

Subió la escalera con agilidad, agradecido de que su madre hubiera ido a buscarlo al primer piso.

-¡Aquí estás, mi pequeño! Pensaba dejarte una nota llena de cariño.

Boots Mooney era un mar de contradicciones. Era una mujer alta, pero todo el mundo la consideraba pequeña. Tenía la voz de un ratoncito de dibujos animados y una voluntad de hierro. Durante su último año en el instituto fue la Reina del Algodón y avanzó hasta reinar como Miss Condado de Georgetown.

Su aspecto sano, rozagante y bonito le sirvió bien. Lo preservaba escrupulosamente, no por vanidad sino por espíritu de obligación. Su marido era un hombre importante y jamás permitiría que lo vieran con una esposa que no diese la talla.

Boots disfrutaba de las cosas bonitas. Incluyéndose a sí misma.

Le abrió los brazos a Wade, como si hubieran transcurrido dos años en lugar de dos días sin verse. Cuando él se inclinó hacia ella, le besó ambas mejillas y luego se apartó apresurada.

-Te noto enrojecido, querido. ¿Tienes fiebre?

-No. -Él no retrocedió cuando ella apoyó el dorso de la mano sobre su frente-. No; estoy bien. Estaba en... un proceso postoperatorio. Y allí dentro hace mucho calor. -Era imperioso que la distrajera, y Wade conocía la manera de hacerlo-. ¡Vaya! -Le tomó las manos, le extendió los brazos y le dirigió una larga mirada de aprobación-. Hoy estás muy bonita.

-¡No exageres! -Rió, pero se sonrojó de placer-. Sucede que vengo de la peluquería, eso es todo. Debiste verme antes de que Lori se encargara de mí. Parecía una pordiosera. - ¡Imposible!

-Eres muy parcial. Tuve que hacer varios recados, pero no podía volver a casa sin haber visto a mi bebé. -Palmeó la mejilla de Wade y se volvió hacia la cocina-. Apuesto a que ni siquiera has almorzado. Te prepararé algo.

-Debo atender a un paciente, mamá. Es Sadie, la perra de la señorita Dottie.

-¡Dios mío! ¿Qué le pasa? Dottie debe sentirse perdida sin su mascota.

-No le pasa nada. Acabo de operarla.

-Y si no le pasa nada, ¿qué necesidad tenías de operarla? Wade se mesó el pelo mientras su madre revisaba el contenido de la nevera.

-La castré para que dejara de tener cachorros todos los años. -¡Ahi Wade, en esta casa no tienes bastante comida para mantenerte vivo. Iré a buscar algunas cosas al mercado. - Mamá...

-Shhh. Desde que te fuiste de casa no comes como es debido y no lo puedes negar. Ojalá vinieras a casa a comer más seguido. Mañana te traeré un rico plato de atún. Es tu comida predilecta.

Wade aborrecía el atún. Pero nunca logró convencer de ello a su madre.

-Te lo agradeceré.

-Tal vez también le lleve un plato a Tory. Acabo de verla. ¡Está tan adulta! -Boots puso a hervir tres huevos-. Las obras de su tienda avanzan a pasos agigantados. No sé de dónde saca

esa chica la energía necesaria. Dios es testigo de que nunca noté que su madre tuviera energía y su padre... bueno, mejor no hablar de alguien si no es posible hablar bien de él.

Boots apretó los labios y buscó una lata de encurtidos. -Siempre le tuve un cariño muy especial a esa chica, a pesar de que por un motivo u otro nunca pude acercarme mucho a ella. ¡Pobre ovejita! Yo siempre quise protegerla y traérmela a casa. El amor, pensó Wade, lo convierte a uno en un ser indefenso. Viniera de donde viniese y en cualquier forma que llegara. Se acercó a su madre, la estrechó entre sus brazos y apoyó la cabeza sobre su pelo recién peinado.

-Te quiero, mamá.

-Bueno, querido, yo también te quiero. Justamente por eso te voy a preparar una nutritiva ensalada de huevo, así no tendré que verme obligada a presenciar la muerte por inanición de mi único hijo. Estás adelgazando demasiado.

-No he perdido un solo gramo.

-Entonces siempre has estado demasiado delgado. Wade no pudo menos que reír.

-¿Por qué no agregas otro huevo para que haya suficiente para los dos, mamá? Yo bajaré un momento a ver como está Sadie y luego podremos almorzar juntos.

-Me encantaría. Tómate tu tiempo.

Introdujo otro huevo en el agua y miró por encima del hombro cuando él salía.

Boots tenía plena conciencia de que su hijo era un hombre hecho y derecho, pero seguía siendo su bebé. Y una madre nunca dejaba de preocuparse por sus hijos ni de cuidar de ellos. Los

hombres, pensó suspirando, son criaturas tan ingenuas, tan insensatas... Y las mujeres... bueno, ciertas mujeres, se aprovechan de eso.

Las puertas del viejo edificio no eran tan gruesas como su hijo creía. Y una mujer no llegaba a los cincuenta y tres años sin reconocer ciertos sonidos. Además Boots tenía una idea bastante clara de la identidad de la persona que estaba con su hijo. No emitiré juicio sobre ese asunto, se dijo mientras cortaba los encurtidos.

Pero vigilaría a Faith Lavelle como un halcón.

Faith ya no estaba. Wade debió suponer que no se quedaría allí. Había pegado un papel en la puerta con un corazón dibujado.

sobre el que luego apretó los labios, dejándole un beso muy rojo.

Wade arrancó el papel y, a pesar de decirse que era un idiota, lo guardó en un cajón para conservarlo. Faith volvería cuando su estado de ánimo se lo pidiera. Y él se lo permitiría. Se lo seguiría

permitiendo hasta desprenderse profundamente o, si tenía suerte, hasta que su corazón estuviera de nuevo entero y fuera suyo, y Faith se hubiera convertido sólo en un pasatiempo.

Acarició la cabeza de Sadie, luego comprobó sus signos vitales, la incisión y los puntos. La alzó con cuidado porque ya estaba despierta, con sus grandes ojos marrones vidriosos y confusos. La llevaría arriba consigo, para que no estuviera sola.

El sexo le daba sed. En un estado de ánimo mucho más alegre, Faith decidió pasar por lo de Hanson y comprar algo frío y dulce para beber en el camino al mercado.

Miró la clínica veterinaria y luego las ventanas del apartamento de Wade. Mentalmente le sopló un beso. Tal vez lo llamaría después para averiguar si esa tarde tendría ganas de dar una vuel

ta en coche. Tal vez podrían ir a Georgetown a buscar algún lugar agradable cerca del mar.

Le gustaba estar con Wade; le resultaba tan cómodo como excitante. Era tan fiable como la salida del sol, siempre estaba allí cuando ella lo necesitaba.

El recuerdo de un día de verano, cuando hacía muchos años él le habló con tanta facilidad de amor y de casamiento, de hogar y de hijos, trató de surgir en su mente, en su corazón. Pero lo descartó y decidió que prefería la emoción del sexo fácil y secreto.

-Eso era lo que ella quería, y por suerte también él. Y ambos se darían el gusto esa tarde. Le pediría prestado el descapotable a Cade, luego darían ese paseo hacia la costa. Estacionarían en alguna parte y se dedicarían a los arrumacos, como adolescentes. Había estacionado su coche a varias manzanas de la clínica de Wade. No quería dar motivos a las malas lenguas, aunque sabía que, de todos modos, estas siempre se agitaban y la gente hablaba sobre todo, sobre cualquier cosa y sobre nada. Estaba por subir al coche cuando advirtió que Tory salía de su tienda, se paraba en la acera y miraba el escaparate.

Un pajarraco raro que nunca cambió las plumas, pensó Faith. Pero la curiosidad la obligó a cruzar la calle.

-¿Estás en uno de tus trances?

Tory dio un respingo, sorprendida, luego relajó deliberadamente los hombros.

-Estaba viendo cómo ha quedado. Hace un rato el pintor terminó con el rótulo.

-Hmm. -Faith puso las manos en jarras y miró también el escaparate. Las letras negras le parecieron frescas y elegantes-. Confort Sureño. ¿Es eso lo que vas a vender?

-Sí. -Dado que la presencia de Faith acababa de quitarle el placer que sentía, Tory se encaminó a la puerta para entrar a la tienda.

-Noto que no eres muy amistosa con una cliente potencial. Tory miró hacia atrás. Faith está preciosa, pensó. Elegante, presumida y satisfecha. Y ella no estaba de humor para eso. - Todavía no he abierto al público.

Faith sostuvo la puerta antes de que Tory se la pudiera cerrar en la cara y entró en la tienda.

-No parece que estés preparada-comentó, mirando los estantes casi vacíos.

-Estoy más preparada de lo que parece. Tengo trabajo, Faith. -No te preocupes por mí. Sigue haciendo lo que tengas que hacer. -Faith hizo un gesto con la mano y, tanto por tozudez como por interés, comenzó a recorrer el lugar.

Debía admitir que todo estaba reluciente. Los vidrios resplandecían sobre los mostradores contruidos por los obreros de Dwight, las maderas brillaban, enceradas. Hasta las cajas de em

balaje ocupaban prolijamente su lugar, y grandes bolsas de plástico contenían los embalajes de la mercadería. Sobre el mostrador había un ordenador y una tablilla con sujetapapeles.

-¿Tienes bastante mercadería para llenar todo este espacio? -La tendré. -Resignada a la intromisión, Tory siguió desembalando mercadería. Conocía bastante a Faith Lavelle como para saber que pronto se aburriría y se iría-. Si te interesa, la inauguración será el sábado que viene. Por ese día habrá un diez por ciento de rebaja en todos los precios.

Faith se encogió de hombros.

-Por lo general estoy ocupada los fines de semana. -Se paseó a lo largo del mostrador de cristal. Adentro, sobre satén blanco, había muestras de alhajas hechas a mano: plata y cuentas y

pedras de colores artísticamente engarzadas y diseñadas para llamar la atención y despertar la imaginación.

Distraída, intentó levantar la tapa del mostrador, pero estaba cerrada con llave. Lanzó una maldición en voz baja y miró a Tory con cautela, alegrándose de que no hubiera notado lo sucedido.

-Aquí dentro tienes chucherías bastante bonitas. -Quería el par de aros de plata con los pequeños detalles de lapislázuli, y los quería ya-. No creí que te dedicarías a vender bisutería. Tú casi nunca usas.

-En este momento tengo tres artesanos que se dedican a hacer bisutería -contestó Tory con sequedad-. La que más me gusta es el broche que hay en el centro del mostrador. El alambre es de plata y las pedras son granates, citrinos y carniolas.

I -Ya lo veo. Están esparcidas por el alambre como estrellas, como esos fuegos artificiales de estrellitas que los chicos encienden el Cuatro de Julio.

-Sí, se parecen a eso.

-Supongo que es bastante lindo, aunque yo no soy muy dada a ponerme broches y prendedores. -Se mordió el labio, pero su codicia pudo más que el orgullo-. Me gustan esos aros. -Vuelve el sábado.

-Tal vez esté ocupada. -Quería tenerlos ya-. ¿Por qué no me los vendes y haces un negocio antes de tiempo? Para eso has venido, ¿verdad? A vender.

Tory colocó una lámpara de aceite de cerámica sobre un estante. Se cuidó de no sonreír cuando se volvió.

-Todavía no he inaugurado la tienda, pero... -Se acercó al exhibidor-. En recuerdo de los viejos tiempos.

-Nosotras nunca compartimos viejos tiempos.

-Supongo que tienes razón. -Tomó el llavero que colgaba de su cinturón-. ¿Cuáles son esos aros?

-Esos -contestó Faith señalando-. Los de plata y lapislázuli.

-Sí, son preciosos. Te quedarán bien. -Tory los alzó a la luz antes de pasárselos a Faith-. Si quieres probártelos puedes usar uno de los espejos. La artesana que los hizo vive en las afueras de Charleston. Su trabajo es maravilloso.

Mientras Faith se acercaba a un trío de espejos enmarcados en bronce y cobre, Tory sacó un largo colgante del exhibidor. ¿Por qué hacer una sola venta si se podían hacer dos?

-Esta es una de sus cosas que más me gusta. Te quedaría bien con los aros.

Faith hizo un esfuerzo por no demostrar demasiado interés. El colgante era un grueso tonel de lapislázuli sostenido por dos manos de plata.

-Es muy original. -Se sacó los aros para ponerse los nuevos y luego cedió y se puso también el colgante-. Ninguna otra mujer lucirá nada parecido.

-No. -Tory se permitió una sonrisa-. Pienso ofrecer piezas únicas.

-Supongo que debo quedarme los aros y el colgante. Hace años que no me doy un gusto. Porque todo lo que uno ve en Progress se parece a lo que usan las demás.

En silencio, Tory cerró la tapa del mostrador. -Ya no será así.

Faith apretó los labios, hizo oscilar el colgante y miró el precio.

-Algunos dirán que lo que vendes es muy caro. -Pasó los dedos por la cadena mientras miraba a Tory-. Se equivocarían. El precio me parece justo. De hecho, si estuvieras en Charleston podrías cobrarlos más.

-Pero no estoy en Charleston. Iré a buscar las cajas. -Note molestes. Me los llevo puestos. -Abrió el bolso y, con descuido, dejó caer dentro sus aros antiguos-. Quítales el precio y cóbrate.

-Todavía no me han instalado la caja registradora.

-No importa. -Se sacó el colgante y los aros-. Te haré un cheque. -Faith alzó una ceja cuando Tory extendió una mano-. No puedo extender el cheque hasta que me digas el precio total.

-No, lo que te estoy pidiendo son los otros aros. Esa no es manera de tratarlos. Te daré una caja.

Faith los sacó del bolso con una carcajada. -Está bien, madrecita.

Sexo y compras, pensó Faith mientras volvía a recorrer el local. No existía mejor manera de pasar el día. Y, por lo visto, podría pasar muchos momentos agradables en la tienda de Tory.

¿Quién hubiera creído que la pequeña Tory Bodeen llegaría a ser una mujer de tan buen gusto? Y que además supiera sacarle partido. Debió de darle mucho trabajo montar aquel negocio.

y probablemente sabrá llevar libros de contabilidad y todas esas cosas desagradables, pensó.

Se dio cuenta de que la impresionaba y hasta le daba un poco de envidia que Tory pudiera tener los conocimientos y la habilidad necesarios para crear un negocio de la nada. No porque

ella quisiera tener nada que ver con algo de esa naturaleza y con las responsabilidades que acarrearaba. Una tienda como esa debía atarte con más fuerza que una soga de cáñamo. Pero ¿no era agradable que la tienda estuviera tan cerca de la clínica de Wade? Tal vez la vida en Progress estuviera por mejorar un poco.

--Deberías inclinar un poco este bol sobre el estante. -Se detuvo y ella misma inclinó el bol-. De esta manera la gente podrá ver el diseño interior desde el otro extremo de la tienda.

Tory tenía intenciones de hacerlo una vez terminara de desembalar la mercadería. Pero como en ese momento estaba sumando cifras, apenas levantó la vista.

-¿Quieres trabajar aquí? Aquí tienes el total de tu compra, incluyendo impuestos. Compruébalo.

-Siempre sacabas mejores notas que yo en matemáticas. -Comenzaba á acercarse al mostrador cuando se abrió la puerta. Faith podría haber jurado que oyó a Tory lanzar un gemido.

Para Tory, las exclamaciones de Lissy eran sólo una de sus costumbres desagradables. Entre las demás estaba su tendencia a bañarse literalmente en un perfume de lirios que entraba en una

habitación antes de que lo hiciera ella, y que permanecía allí hasta mucho después de que Lissy se hubiera ido.

Cuando tanto el perfume como el grito entraron en su tienda, Tory apretó los dientes en un gesto que esperaba fuera interpretado como una sonrisa.

-¡Ah, pero qué divertido! Acabo de hacerme peinar y me dirigía a la oficina cuando os he visto aquí adentro.

Mientras Lissy unía las manos y giraba sobre sí misma, Tory le dirigió una mirada a Faith. Su mirada fue respondida por una sonrisa de perfecta comprensión y por un aleteo de pestañas.

-Yo pasaba por aquí justo cuando terminaban de pintar el rótulo del escaparate.

-Que me parece muy bonito. Todo está resultando perfecto, ¿verdad? -Con una mano apoyada sobre su abultado vientre, Lissy se volvió para mirar los estantes-. ¡Es todo muy bonito, Tory! Debes de haber trabajado como seis mulas para lograr hacer tanto en tan poco tiempo. Y debo decir que mi Dwight hizo un trabajo fantástico.

-Sí, no podría estar más satisfecha con el trabajo de tu marido.

-¡Por supuesto! Dwight es lo mejor que hay en este, pueblo. ¡Ah! ¡Qué bonito!

Tomó la lámpara de aceite que Tory acababa de colocar sobre el estante.

-¡Me encanta todo lo que adorna una casa! Dwight dice que sólo sirven para juntar polvo, pero son los detalles que convierten una casa en un hogar, ¿verdad?

Tory respiró hondo. Lissy convertía cada frase en una exclamación.

-Sí, estoy de acuerdo. Y si el polvo no tiene dónde apoyarse, sólo caería sobre una mesa vacía.

-¡Ah! ¡Qué gran verdad! -Con discreción, Lissy observó la etiqueta del precio y luego convirtió su boca en una O de sorpresa-. ¡Dios! Es cara, ¿verdad?

-Está hecha a mano y firmada... -empezó Tory, pero Faith la interrumpió.

-Uno obtiene lo que paga, ano es así, Lissy? Y Dwight gana bastante como para darte los gustos, sobre todo ahora que estás por tener otro hijo. Te juro que si alguna vez tuviera que llevar un

peso así durante nueve meses, el hombre que lo hubiese plantado aquí dentro tendría que comprarme la luna y las estrellas.

Sin saber si la estaban alabando o insultando, Lissy frunció el entrecejo.

-Dwight me malcría tanto que es una vergüenza.

-¡Por supuesto que te malcría! Yo acabo de comprar este par de aros. -Golpeó con la punta de un dedo el que todavía llevaba puesto en la oreja-. Y además un colgante. Tory me ha permitido adelantarme a la fecha de inauguración de su tienda.

-¿En serio? -Los ojos de Lissy destellaron.

Como Faith bien sabía, ella nunca estaría dispuesta a permitir que alguien se le adelantara. En un gesto de codicia, se llevó la lámpara al pecho.

-Tory, es imprescindible que permitas que te compre ya mismo esta lámpara. Me he enamorado de ella. Y como no sé si podré estar aquí el sábado a primera hora, corro el riesgo de que alguien se me adelante. ¡Te ruego que seas buena y me permitas comprarla hoy mismo!

Tory subrayó la suma gastada por Faith para que pudiera revisarla.

-Tendrás que comprarla en efectivo o en cheque, Lissy. Todavía no he terminado los trámites necesarios para aceptar tarjetas de crédito. Pero no tengo problema en apartar la lámpara para ti si...

-¡No, no! Te puedo extender un cheque. Y ya que estoy aquí, ¿no podría mirar un poco más? Me encanta.

-Sí, claro -contestó Tory, tomando la lámpara y apoyándola sobre el mostrador.

Después de todo, era como si ya hubiera inaugurado su tienda.

-¡Ah! ¿Estos espejos están en venta?

-Todo está en venta. -Tory sacó una cajita azul que tenía debajo del mostrador y colocó en ella los antiguos aros de Faith-. Guardaré la tarjeta del artesano en esta cajita, con tus antiguos aros.

-Bueno. Y no es necesario que me lo agradezcas -agregó Faith en voz baja.

-No sé si lo has hecho para ayudarme o para irritarme -dijo Tory, también en un susurro-. O para irritar a Lissy. Pero... -Anotó el precio de la lámpara-. Como una venta es una venta, te lo agradezco. Supiste exactamente qué botón pulsar. -¿Para impulsar a Lissy? -Faith miró a Lissy, que se deshacía en exclamaciones-. Es la mujer más simple del mundo.

-Si llega a comprar uno de esos espejos, puede convertirse en mi nueva amiga íntima.

-Bueno, ¿esa si será una injusticia! -Más divertida de lo que imaginaba, Faith sacó su talonario de cheques-. Me haces a un lado después de que he hecho tu primera venta.

-¡No puedo menos que tener este espejo, Tory! El ovalado, con las lilas al costado. Jamás he visto nada igual. Quedará fantástico en mi pequeña sala de estar.

La mirada de Tory se encontró con la de Faith. Los ojos de ambas relampagueaban.

-Lo siento pero Lissy acaba de convertirse en una compradora más importante que tú. -Y dirigiéndose a la mujer de Dwight, dijo:-Iré a buscar la caja al depósito.

-Te lo agradezco. Juro que hay muchísimo para elegir y supongo que todavía no has ubicado la mitad de la mercadería. Justamente la otra noche le estaba diciendo a Dwight que no sé de

dónde sacas el tiempo para hacer tantas cosas. Entre mudarte a la casa, arreglar el local, encargarte de las entregas y pasar las noches con Cade debes permanecer despierta durante veintiséis horas al día.

-¿Cade? -repitieron al unísono Tory y Faith.

-Ese muchacho se movió con más rapidez de la que lo creía capaz -dijo Lissy, acercándose a ellas-. Debo admitir que nunca os imaginé juntos, como pareja. Pero ya sabéis lo que se dice de las aguas quietas.

-No sé de qué estás hablando -repuso Tory, patidifusa-. Cade y yo no estamos juntos.

-¡Entre amigas no es necesario que seas tímida! Dwight me lo contó todo y me dijo que es probable que queráis mantenerlo en secreto durante un tiempo. Note preocupes, no se lo he dicho a nadie.

-¡No hay nada que decir! ¡Absolutamente nada que decir! Nosotros sólo... -Vio que dos pares de ojos se agudizaban y sintió que la lengua se le ponía pastosa-. Nada. Dwight está equivocado. Iré a buscar esa caja.

-No sé por qué está tan decidida a mantener el secreto -comentó Lissy cuando Tory salió apresurada-. Después de todo, no es como si alguno de ellos estuviera casado, o algo así. Por supuesto -agregó con una sonrisa falsa-, supongo que la idea de que esté revolcándose con Cade cuando apenas hace un mes que ha llegado, no coincide con esa imagen tranquila, decente y de señora que trata de dar.

-¿Ah, no? -Los asuntos de Cade son asuntos de Cade, se dijo Faith. ¡Pero maldita sea si estaba dispuesta a permitir que esa buscona le clavara las zarpas a su hermano!-. ¿Y te parece que

las señoras tranquilas y decentes no hacen el amor? -Con una sonrisa maliciosa palmeó el vientre de Lissy-. Supongo que esa hinchazón se debe a que comes demasiado chocolate.

-Soy una mujer casada.

-No lo eras cuando tú y Dwight os achuchabais en el asiento trasero del Camaro de segunda mano que tu suegro le compró cuando comenzó a destacar en las pistas.

-¡Por amor de Dios, Faith! En esa época tú también andabas a los achuchones.

-¡Por supuesto! Justamente por eso me cuido mucho en arrojar la prunera piedra. -Firmó el cheque con un floreo y luego tomó el aro nuevo que todavía no se había puesto.

-Lo único que digo es que, considerando que se trata de alguien que acaba de regresar a Progress y que durante todos estos años ha estado haciendo sólo Dios sabe qué, no cabe duda de que no ha perdido el tiempo para cazar a un Lavelle.

-Nadie caza a un Lavelle, a menos que nosotros tengamos ganas de ser cazados. -Pero pensaría acerca del asunto. Lo pensaría muy a fondo.

En cuanto consiguió que sus dos nuevas cuentas se fueran, Tory tuvo ganas de cerrar la tienda. Pero eso significaría perder mucho tiempo y darle demasiada importancia a los chismes tontos de Lissy.

Trabajó durante tres horas más, poniendo precios y arreglando estantes y exhibidores. El trabajo manual y el tedio del papeleo evitaron que se dejara obsesionar por el tema.

Pero el trayecto hasta su casa le dio la oportunidad de hacerlo. Esa no era la manera en que pensaba volver a establecerse en Progress. Ni por un instante pensaba tolerar que la convirtieran en el centro de los chismorreos del pueblo. La manera de evitarlo, se dijo, es ignorarlos, elevarse por encima.

Y mantenerse a distancia de Cade.

Nada de eso le provocaría el menor problema. Estaba acostumbrada a ignorar la maledicencia y en asuntos más importantes y vitales que un romance inventado. No cabía duda de

que no tenía necesidad de frecuentar a Cade Lavelle. De todos modos, apenas lo había hecho. Un par de comidas, una película o dos, tal vez un paseo en coche. Todas salidas inofensivas. Pero en adelante saldría sola. Y con eso, asunto concluido, pensó.

Podría haber sido así, si no hubiera visto la camioneta de Cade junto a una alambrada.

Se dijo que debía seguir su camino. No tenía sentido que se detuviera, no tenía sentido hablar sobre el asunto. Sería más sensato seguir hasta su casa y dejar que esa habladuría muriera de inanición.

Pero seguía viendo el brillo hambriento y depredador de los ojos de Lissy.

Frenó a un lado del camino donde el pasto era espeso. Sólo mencionaría el asunto, eso era todo. Sólo le diría a Cade que se callara la boca y que dejara de mencionarla cuando conversaba

con los idiotas de sus amigos. ¡Maldita sea! Ya eran hombres maduros, pero actuaban como adolescentes idiotas.

Piney Cobb aspiró una larga y contemplativa calada del último Marlboro que le quedaba. Acababa de ver que la camioneta se detenía en el arcén, que la mujer (y que lo colgaran si no era la chica Bodeen toda crecida) iniciaba la marcha hacia la alambrada. Y siguió observando que ella se les acercaba entre los surcos.

A su lado, Cade estudiaba el trabajo del día y los adelantos del sembrado. Si se lo preguntaban, tendría que reconocer que ese muchacho tenía ideas raras, pero no cabía duda de que esas ideas raras daban resultado. De todos modos, no era asunto suyo. De todos modos, le pagaban tanto si le ordenaban rociar el sembrado con herbicida como si debía atenderlo como a un bebé, rociándolo con bosta de vaca y bacilos.

-Nos vendría bien una lluvia como la de la otra noche -dijo Cade, pensativo.

-Podría ser. -Piney se rascó el mentón y apretó los labios-. Lo que usted tiene aquí es un sembrado siete centímetros más crecido que los tradicionales.

-El algodón orgánico crece con más rapidez -contestó Cade, distraído-. Los productos químicos retrasan el crecimiento.

-Sí, eso me ha dicho. -Y así era, a pesar de las dudas de Piney. Lo cual lo llevaba a creer que tal vez, en definitiva, eso de la educación universitaria no fuese una completa tontería.

Aunque no estuviera dispuesto a admitirlo en voz alta, era algo que valía la pena considerar-. ¿Jefe? -Piney dio la última calada al cigarrillo y luego lo aplastó-. ¿Usted tiene problemas de faldas?

Como estaba pensando en el trabajo, Cade demoró un minuto en contestar.

-¿Perdón?

-Verá, yo me he mantenido bastante apartado de las mujeres, pero he visto lo suficiente para reconocer a una mujer furiosa. -Cambió la dirección de su mirada, entrecerró los ojos para protegerlos del sol y saludó con la cabeza a Tory, quien se acercaba por entre los surcos de algodón-. Tengo la impresión de que se dirige hacia usted.

-Yo no tengo problemas...

-Creo que en eso se equivoca -murmuró Piney, retrocediendo para darle paso a Tory.

-¡Cade!

Era un placer verla, un placer sencillo, fácil. -¡Tory! ¡Qué agradable sorpresa!

. -¿En serio? Ya lo veremos. Tengo que hablar contigo. -Está bien.

-A solas. -De acuerdo. Tory respiró hondo y recordó sus buenos modales. -Le pido disculpas, señor Cobb.

-No es necesario. Creí que no me recordaría.

En realidad no lo había reconocido, por lo menos conscientemente. Pronunció el nombre sin pensarlo. Y por un instante una antigua imagen cubrió su mal humor: la de un hombre huesudo,

de pecho hundido y pelo del color del trigo que por lo general olía a alcohol y le regalaba caramelos.

Notó que seguía siendo huesudo y de pecho hundido, pero la edad y el alcohol habían hecho estragos en su rostro. Lo tenía gastado y flojo y el pelo color de trigo, si es que todavía lo conservaba, era suficientemente escaso como para quedar completamente cubierto por una vieja gorra gris.

-Recuerdo que usted me daba caramelos y que trabajaba un sembrado ubicado al lado del de mi padre.

-Así es. -Estiró los labios en una sonrisa, revelando dientes torcidos y cariados-. Ahora trabajo para este muchacho universitario. Me cunde más. Debo irme. Lo veré por la mañana, jefe.

Se tocó la gorra y luego sacó una pastilla de menta del bolsillo y se la ofreció a Tory.

-Si mal no recuerdo, a usted le gustaban estas. -Y todavía son mis preferidas. Gracias.

-Le ha gustado que lo recordaras -dijo Cade cuando Piney se alejó hacia el camino.

-Mi padre solía gritarle y le decía lo funesto que era el whisky y luego, una vez por mes, se emborrachaban juntos. Al día siguiente Piney estaba en el campo, trabajando como siempre. Y mi padre volvía a gritarle.

Tory meneó la cabeza y se volvió hacia Cade.

-No me he detenido para que nos dedicáramos a los recuerdos. ¿Por qué diablos le dijiste a tu amigo Dwight que estamos saliendo?

-No estoy seguro de... -Nosotros no estamos saliendo.

Cade arqueó una ceja, se sacó las gafas de sol y las enganchó en su camisa.

-Bueno, Tory, sí salimos. En este momento estoy aquí mirándote.

-Sabes muy bien a qué me refiero. No salimos juntos como pareja.

Él no sonrió, aunque tuvo ganas de hacerlo. Se conformó con rascarse la cabeza y poner cara de aturdido.

-Yo creo que estamos haciendo algo que se le parece mucho. Hemos salido más o menos cuatro veces en los últimos diez días. Desde mi punto de vista, cuando un hombre y una mujer salen a comer y esas cosas, están saliendo.

-Te equivocas. Nosotros no estamos saliendo y te pido que lo comprendas.

-Sí, señora.

-¡Note burles! -Un trío de cuervos pasó volando, lustrosos y brillantes-. Y aun en caso de que tuvieras esa idea en la cabeza, no tenías por qué decirle nada a Dwight. Él fue corriendo

a contárselo a Lissy y ahora a ella se le ha metido en su cerebro de pajarito que estamos viviendo una aventura. Y no quiero que la gente de por aquí suponga que soy tu última conquista.

-¿Mi última? -Enganchó los pulgares en los bolsillos, se meció sobre los tacones gastados de sus botas de trabajo. En lo que a entretenimientos se refería, consideraba que ese era el pun

to máximo del día-. Exactamente, ¿cuántas aventuras crees que he tenido?

-No me interesa saberlo.

-Fuiste tú quien sacó el tema -señaló él, sólo por el placer de verla enfurecerse.

-El asunto es que le dijiste a Dwight que estábamos saliendo.

-No, no es así. Pero no comprendo por qué... -Entonces recordó-. ¡Ah, sí! Hmmm.

-¡Ahí tienes! -Con sensación de triunfo, ella lo amenazó con un dedo-. Eres un adulto, ya deberías haber superado los chismes de vestuario.

-Fue un malentendido. -Y un malentendido fascinante, en su opinión-. Lissy no hace más que tratar de conseguirme una novia. Por lo visto no soporta que haya un solo hombre suelto. Se

ha convertido en una verdadera tortura. La última vez que trató de presentarme a una amiga suya, le dije a Dwight que me la sacara de encima, que le dijera que en este momento estaba viviendo una ardiente aventura o algo así.

-¿Conmigo? -Le sorprendió que no le saliera humo por las orejas-. ¡Por todos los...!

-No le dije que fuera contigo -interrumpió Cade-. Supongo que Dwight te eligió porque estábamos en tu tienda cuando hablamos del asunto. Si quieres culpar a alguien, échale la culpa a él. Pero personalmente no sé por qué te enfadas tanto. Los dos somos solteros, salimos juntos... y eso es cierto, Tory -agregó antes de que ella pudiera discutirlo-. Y si Lissy quiere creer que las cosas entre nosotros han progresado hacia lo que sería un estado natural, ¿qué tiene de malo?

Tory no estaba segura de poder hablar. Cade estaba divirtiéndose. Lo veía en sus ojos, lo oía en su tono.

-¿Te parece muy gracioso?

-No sé si tan gracioso, pero es una verdadera anécdota-decidió él-. Es una pequeña anécdota divertida.

-¿Anécdota? ¡Un cuerno! Lissy desparramará esto por todo el condado, si no lo ha hecho ya.

Los cuervos volvieron, los sobrevolaron.

-Bueno, ¿y eso es una tragedia? Tal vez deberíamos redactar un comunicado de prensa negándolo todo.

Ella lanzó un sonido, algo peligrosamente parecido a un gruñido. Cuando se dio la vuelta para alejarse, Cade la retuvo por un brazo.

-Cálmate, Victoria.

-¡No me digas que me calme! Estoy tratando de establecer un negocio, de tener un hogar aquí y no quiero ser objeto de chismorreos.

-Los chismorreos son el combustible que moviliza a los pueblos pequeños. Lo has olvidado porque has vivido demasiado tiempo en la ciudad. Y si la gente habla, entrará en tu tienda para mirarte de cerca. ¿Qué mal hay en eso?

En boca de Cade, sonaba razonable.

-No me gusta que me miren ni que me juzguen. Ya me ha sucedido bastante.

-Sabías que eso te sucedería. Y si la gente quiere mirar boquiabierta a la mujer que ha llamado la atención de Cade Lavelle, lo único que tienen que hacer es contemplarte y comprender por qué.

-Estás dando la vuelta al asunto. -No sabía por qué, pero intuía que ya no pisaba terreno sólido-. Faith estaba en la tienda cuando Lissy hizo el anuncio. -Cade no pudo menos que sobre

saltarse al oírlo, cosa que a ella le provocó cierta satisfacción-. Bueno, ahora ya no te alegras tanto, ¿verdad?

-Si Faith piensa entrometerse, cosa que no dudo que hará, ya es tiempo de que yo me beneficie de ello. -Le apretó el brazo y la acercó hacia sí. En los oídos de Tory resonó una alarma y apoyó un brazo contra el pecho de Cade para mantenerlo a distancia.

-¿Qué estás haciendo?

-No es necesario que te espantes. -Le tomó la nuca con la mano libre y las gafas cayeron al suelo-. Sólo voy a saborearte. -¡No lo hagas! -Pero los labios de Cade ya se apoyaban sobre los suyos.

-Te prometo que no te dolerá.

Cumplió su palabra. No le dolió. La tranquilizó y excitó, alivió y a la vez agitó esas necesidades que ella había encerrado con tanto cuidado. Pero no le dolió.

La boca de Cade era suave, dulce y la alentaba a paladear. Como lo estaba haciendo él. Y a pesar de que se puso muy tensa, sintió una extraña calidez en el estómago. Y cuando esa mezcla de sensaciones le llegaba al corazón, él se apartó.

-Tuve una sensación muy fuerte -murmuró, mientras continuaba acariciándole la nuca-. La tuve la primera vez que te volví a ver.

A ella le daba vueltas la cabeza. No era una sensación que le gustara.

-Esto es un error. Yo no... -Retrocedió un paso y sintió que algo crujía bajo sus pies.

-¡Maldición! Es el segundo par de esta semana. -Cade sólo meneó la cabeza al ver sus gafas de sol convertidas en añicos-. La vida está llena de errores -añadió mientras volvía a besarla con suavidad-. A mí no me parece que este sea uno de ellos, pero tendremos que seguir adelante para averiguarlo.

-Cade, yo no sirvo para esta clase de cosas. -¿Qué clase de cosas? ¿Los besos?

-No. -Su propia carcajada la sorprendió. ¿Cómo lograba él hacerla reír cuando estaba aterrorizada?- Me refiero a la relación hombre-mujer.

-Bueno, entonces no te quedará más remedio que practicar.

-¡No quiero practicar! -Pero sólo pudo suspirar cuando él apretó los labios contra su frente-. Cade, ¡hay tantas cosas que ignoras de mí!

-Eso vale tanto para ti como para mí. Así que las averiguaremos. Es una tarde muy agradable. -Le tendió una mano-. ¿Por qué no damos un paseo en coche?

-Eso no es afrontar el problema.

-Cuando tengamos ganas, podemos detenernos y comer algo. -La hizo girar y se inclinó con cierta elegancia a recoger las estropeadas gafas. Comenzó a caminar entre los surcos de algodón recién brotado-. Un paso a la vez, Tory -dijo en voz baja-. Soy un hombre paciente. Si miras alrededor y prestas atención, comprobarás hasta qué punto soy paciente. Tardé tres años en modificar este campo hasta que fuera como yo quería. Hasta convertirlo en lo que yo creía que debía ser, y lo hice contra la tradición de un par de generaciones. Hay gente que todavía me señala y se ríe disimuladamente de mí, o que se queja y me maldice. Y todo porque no sigo el camino que a ellos les resulta más cómodo, el que más comprenden. Y a la gente por lo general le asusta lo que no entiende.

Ella lo miró. Ese hombre encantador y descuidado era de acero. No sería inteligente que lo olvidara, pensó Tory.

-Lo sé. Vivo con ese miedo.

-Entonces ¿por qué no nos consideramos sencillamente dos inadaptados y vemos a dónde nos conduce eso?

-No sé de qué hablas. En Progresia ningún Lavelle es un inadaptado.

-Lo crees porque todavía no te he aburrido a muerte con las maravillas de los cultivos orgánicos y con la belleza del algodón verde. -Con aire despreocupado, levantó la mano de Tory y la

besó-. Pero lo haré, porque hace meses que no encuentro una nueva víctima. Te diré lo que haremos. Vuelve a tu casa. Yo tengo que asearme un poco. Pasaré a buscarte dentro de una hora. -Tengo mucho que hacer.

-Dios es testigo de que no pasa un sólo día sin que uno tenga muchas cosas que hacer. -Abrió la puerta del coche-. Estaré allí dentro de una hora -repitió mientras ella se sentaba al vo

lante-. Y, Tory, sólo para que no haya más confusiones: esta es una cita.

Entonces cerró la portezuela y luego, metiéndose las manos en los bolsillos, se alejó rumbo a su camioneta.

-¡No seas malo, Cade! Sólo te estoy pidiendo un pequeño favor. -Faith se tendió sobre la cama de su hermano, apoyó el mentón sobre un puño y le dirigió su mirada más conquistadora.

Después de la muerte de Hope, cuando la soledad se le hacía intolerable, se había habituado a entrar en el cuarto de su hermano en busca de compañía. Pero en la actualidad casi siempre entraba porque quería algo.

Ambos lo sabían y a él no parecía importarle.

-Estás desperdiciando esa mirada conmigo. -Con el pecho desnudo, el pelo todavía húmedo por la ducha, Cade sacó una camisa limpia del armario-. Esta noche pienso usar el coche.

-Tú puedes usarlo cuando te venga en gana. -Faith ensayó un puchero.

-Así es, puedo usarlo cuando me venga en gana. Y lo usaré esta noche. -Le dirigió la sonrisa presumida que reservaba para hermanas irritantes.

-Fui yo quien compró las provisiones para la comida que has devorado. -Se arrodilló sobre la cama-. Y además fui a la tintorería a recoger tu ropa, imbécil, y lo único que pido es que me prestes tu maldito coche por una noche. Pero eres un egoísta. Cade se puso la camisa y comenzó a abotonársela con la mismasonrisa en el rostro.

-Y entonces, ¿adónde quieres llegar?

-¡Te odio! -Faith le lanzó una almohada y falló por medio metro. Nunca había tenido buena puntería-. ¡Espero que abolles tu maldito coche! -La almohada siguiente pasó por sobre la cabeza de Cade, quien ni siquiera se molestó en tratar de esquivarla-. Espero que te quedes ciego, así me reiré cuando atropelle_ lles paredes.

Cade se volvió para darle la espalda, un insulto deliberado y calculado.

-Bueno, entonces supongo que no querrás que mañana te preste los restos del coche.

-¡Quiero que me lo prestes ahora!

-Faith, cariño... -Se metió la camisa dentro del pantalón y tomó el reloj de pulsera que estaba sobre la cómoda-. Siempre quieres todo ya. -Tomó las llaves del auto y las sacudió-. Pero hoy no podrás tener mi coche.

Ella lanzó un grito de guerra y se tiró desde la cama. Él podría haberla esquivado, pero le resultó más divertido tomarla por los brazos antes de que pudiera utilizar sus bonitas y letales uñas.

Además, si la hubiera esquivado, Faith se habría golpeado contra la cómoda.

-Te vas a lastimar -advirtió mientras bailoteaba con ella sosteniéndole las manos en alto.

-No; te voy a matar. ¡Te arrancaré los ojos!

-Esta noche te obsesiona la posibilidad de que me quede ciego. Si me arrancaras los ojos, ¿cómo podría ver lo bonita que eres? -¡Suéltame, cretino! ¡Pelea como un hombre!

-Si peleara como un hombre, terminaría enseguida contigo. -Para enfurecerla más, se inclinó y le dio un rápido beso-. Gastaría menos energía.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, vencida. -Bueno, suéltame. De todos modos no quiero ese coche viejo y feo.

-Eso tampoco te dará resultado. Las lágrimas te surgen con demasiada facilidad. -Pero le besó la mejilla-. Si quieres, mañana puedes tener el coche durante todo el día y mitad de la noche. -Le apretó los brazos con afecto y comenzó a retroceder.

Y vio las estrellas cuando ella le propinó un puntapié en la espinilla.

-¡Maldita sea! ¡Pero qué...! -La hizo a un lado y trató de caminar para aliviar su dolor-. ¡Eres una maldita perra! -Alégrate de que no haya seguido mi primer impulso que fue usar la rodilla. Casi lo hice. -Cuando Cade se inclinó para frotarse el lugar dolorido, ella se lanzó hacia las llaves que él con

servaba en la mano. Casi las tenía cuando de repente Cade giró sobre sí mismo y el impulso hizo que Faith aterrizara en el suelo con un golpe sordo.

-¡Kincade! ¡Faith Ellen! -La voz sonó como un latigazo. En la puerta estaba Margaret, pálida y con el cuerpo rígido. De inmediato todo el jaleo cesó.

-Mamá. -Cade se aclaró la garganta.

-Desde abajo oí los gritos y las maldiciones. Y también las oyó el juez Purcell, quien ha venido a visitarme. Y también Lilah y la criada por horas y hasta el jovencito que ha venido a buscarla para llevarla a su casa.

Esperó un instante para que sobre los hombros de sus hijos cayera todo el peso de un comportamiento tan impropio.

-Tal vez consideréis que esta clase de comportamiento es aceptable, pero yo no lo creo, y no quiero que mis invitados, los sirvientes y los desconocidos crean que he criado a dos hienas en esta casa.

-Me disculpo.

-Oblígalo a pedirme disculpas a mí -exigió Faith, malhumorada y frotándose el codo dolorido-. Cade me empujó. -Por supuesto que no te empujé. Te enredaste con tus propios pies.

-Cade fue cruel y poco razonable. -Faith calculó que le quedaba un solo as en la manga, y decidió utilizarlo-. Lo único que hice fue pedirle con amabilidad que esta noche me prestara el coche, y él comenzó a insultarme y a empujarme. -Se tocó el brazo e hizo un gesto de dolor-. Estoy llena de moretones.

-Sospecho que Faith te provocó, pero ese no es motivo para que le levantes la mano a tu hermana.

-Tienes razón. -Cade asintió, muy tieso, y lamentó que una situación tonta pudiera tener un final tan frío e implacable-. Lo lamento.

-Muy bien. -Margaret miró a Faith-. Los objetos que son propiedad de Cade le pertenecen, y puede usarlos o prestarlos según su conveniencia. Y que así se acabe este asunto.

-Lo único que quiero es salir de casa durante unas horas. -La furia le brotaba por la boca-. Él podría muy bien usar la camioneta. Pero lo único que quiere es encontrar un lugar oscuro y silencioso donde toquetear a Tory Bodeen.

-¡Qué bonita manera de hablar, Faith! -murmuró Cade-. ¡Muy bonita!

-Bueno, es verdad. En el pueblo todo el mundo sabe que salís.

Antes de que pudiera controlarse, Margaret dio dos pasos hacia adelante.

-¿Estás por... piensas ver a Victoria Bodeen esta noche? -Sí.

-¿Es posible que ignores lo que siento por ella? -No, mamá. No desconozco tus sentimientos.

-Es evidente que mis sentimientos no te importan. El hecho de que esa mujer haya participado en la muerte de tu hermana, el hecho de que ella sea un constante recuerdo de esa pérdida, no significan nada para ti.

-Yo no la culpo por la muerte de Hope. Lamento que tú lo hagas y lamento aún más que mi amistad con ella te provoque dolor o angustia.

-Ahórrate tus lamentos -dijo Margaret con frialdad-. Los lamentos no son más que una excusa para el mal comportamiento. Si quieres que esa mujer entre en tu vida, la mantendrás fuera de la mía. ¿Me has comprendido?

-Sí. -La voz de Cade era tan gélida como la mirada de su madre-. Lo he comprendido perfectamente.

Sin pronunciar otra palabra, Margaret se volvió y se alejó con pasos lentos y pesados.

Cade se quedó mirándola y deseó no haber visto ese rápido relámpago de dolor en sus ojos. Deseó no sentirse responsable de ese dolor. Para no sentirse culpable, dirigió una mirada furibunda a Faith.

-Como siempre, has hecho un buen trabajo. No dejes de disfrutar tu noche.

Ella cerró los ojos con fuerza mientras él salía. Tenía un vacío en el estómago, causado por su propia falta de consideración. Durante un instante se quedó sentada, luego se levantó de un

brinco y corrió hacia la escalera. Y oyó que la puerta de calle se cerraba de un portazo.

-Lo siento -murmuró mientras se sentaba en el rellano-. Lo hice sin pensar. No tuve mala intención. ¡No me odies! -Dejó caer la cabeza sobre las rodillas-. Yo ya me estoy odiando a mí misma.

-Espero que disculpes el comportamiento de mis hijos, Gerald -dijo Margaret entrando en el salón, donde la esperaba su viejo amigo.

En mi casa nunca hubo escenas así mientras mis hijos vivían bajo mi mismo techo, pensó él. Pero a mis hijas se les enseñó a comportarse siempre como damas. A pesar de todo, le dirigió a Margaret una sonrisa afectuosa y comprensiva.

-¡Margaret, por favor, no es necesario que te disculpes! No ha sido más que un pequeño entredicho entre jovencitos de genio rápido. -Tomó la copa de jerez que ella había abandonado antes de subir, y se la volvió a ofrecer.

Tenían un fondo musical: Bach, el compositor favorito de ambos. Él le había llevado rosas, como siempre, y Lilah ya las había colocado en el jarrón de Baccarat que apoyó sobre el piano.

El salón, con sus sillones azules oscuros y su vieja madera lustrada, era perfecto, apacible y ordenado, tal como Margaret exigía. Pocas veces tocaba el piano, pero se ocupaba de que estu-

viera afinado. Margaret siempre deseó que sus hijas fuesen virtuosas de ese instrumento, pero en ese sentido la vida la había desilusionado.

En la habitación no había fotografías de familia. Cada detalle había sido cuidadosamente seleccionado para que los objetos heredados combinaran a la perfección con los elegidos por ella.

No era un lugar donde un hombre pudiera apoyar las botas en una mesa, o donde un niño pudiera desparramar juguetes por la alfombra.

-Genio rápido -repitió Margaret-. Eres bondadoso al decirlo así. -Se acercó a la ventana y vio que el coche de Cade se alejaba rugiendo. La insatisfacción le ardía en la piel, como si fue-

se lana-. Me temo que es algo más serio que una cuestión de genio rápido.

-Nuestros hijos crecen, Margaret. -Algunos sí.

Él no dijo nada. Sabía que el tema de Hope nunca era fácil para Margaret. Y él prefería que las cosas fueran fáciles.

Hacía treinta y cinco años que conocía a Margaret y en una oportunidad, durante un tiempo muy breve, hasta la cortejó. Pero ella eligió a Jasper Lavelle, que era más rico y tenía sangre más

azul que la suya. Pero ese fracaso no detuvo el paso de Gerald, o por lo menos eso era lo que él prefería creer. Ya en aquella época era un joven abogado ambicioso. Y él también se casó bien, crió dos hijos y desde hacía cinco años disfrutaba de la cómoda situación de un viudo adinerado. Igual que su vieja amiga, prefería ser viudo que casado. Era un estado que exigía menos tiempo y energías.

Era un hombre alto y fornido, de sesenta años y con gruesas y llamativas cejas negras que se alzaban como plumas en su rostro digno y cuadrado. Dedicó su vida a la ley, con todos sus

resbalosos vericuetos. Prosperó y se forjó un lugar respetado dentro de la comunidad.

Disfrutaba de la compañía de Margaret, de las conversaciones que mantenían sobre arte y literatura y era su acompañante habitual en eventos y festividades. Jamás habían intercambiado más que un beso frío y formal en las mejillas.

Cuando andaba en busca de sexo, disfrutaba de los favores de jóvenes prostitutas que le proporcionaban fantasías a cambio de dinero y permanecían en el anonimato. Era un republicano

incondicional y un devoto bautista. Consideraba que sus aventuras sexuales eran una especie de hobby. Después de todo, él no jugaba al golf.

-Creo que esta noche no soy buena compañía, Gerald.

Él también era un animal de hábitos. Era la noche en que se reunían para disfrutar de una tranquila comida en Beaux Réves, una comida seguida por café y treinta agradables minutos en el jardín.

-Hace demasiado tiempo que somos amigos para que eso te preocupe.

-Supongo que hoy me hace falta un amigo. Estoy preocupada, Gerald. Se trata de Victoria Bodeen. Tenía esperanzas de llegar a aceptar su regreso a Progress. Pero acabo de enterarme de que Cade está saliendo con ella.

-Cade es un hombre adulto, Margaret.

-Es mi hijo. -En ese momento se volvió, con el rostro duro como la piedra-. ¡No lo toleraré! Él estuvo a punto de suspirar.

-Creo que si insistes en hablar de este asunto con Cade, convertirás el tema y la convertirás a ella en algo demasiado importante. -No tengo intención de volver a hablar con él del asunto. -No; sabía lo que debía hacer y estaba decidida a hacerlo-. Cade debió casarse con tu Deborah, Gerald.

Era una pena mutua, pero débil por parte de Gerald, que sonrió con melancolía.

-Podríamos haber compartido nietos.

-¡Qué cosas dices! -exclamó Margaret, y decidió que le hacía falta otro jerez.

Tory lo estaba esperando. Lo tenía todo pensado. Siempre le hacía falta un poco de tiempo y distancia para comprender que Cade la había manipulado. Lo hacía con mucha suavidad, y habilidad. Pero de todos modos la manipulaba.

Ya hacía mucho tiempo que estaba a cargo de su propia vida y no pensaba permitir que otro tomara el timón.

Cade era un buen hombre y no podía negar que disfrutaba de su compañía. Le enorgullecía lo tranquila y madura que sonaba esa frase cuando la practicaba frente al espejo. Y también le gusta

ba el resto del pequeño discurso que pensaba dirigirle: Simplemente estaba demasiado ocupada en la tarea de iniciar su nueva empresa, volver a establecerse en el pueblo y readaptarse a la zona, y no podía perder tiempo y esfuerzo en una relación con él ni con ningún otro. Por supuesto que la halagaba que Cade se interesara por ella, pero sería mucho mejor que no siguiesen adelante. Esperaba que continuaran siendo amigos, pero eso era todo lo que podrían ser. Ahora y siempre.

Se mordió el labio inferior y volvió a percibir el sabor de Cade. Sabía volver a percibir los sabores, aunque habría preferido no saberlo.

eEl sabor cálido y dulce de los melocotones caídos del viejo árbol retorcido que se alzaba junto al río, en las afueras del pueblo. Las abejas, ebrias del jugo fermentado, zumbaban alegres en un njambre sobre las frutas caídas.

No esperaba que el sabor de Cade fuera tan cálido, m tan dulce, ni tan potente. No esperaba estar tan perfectamente unida a él en ese momento, como si Cade fuera una de las piezas perdidas del rompecabezas de su vida.

Eso es teñir lo casual de romántico, se recordó. Era una tontería simular que no había imaginado cómo sería besarlo. Después de todo, era humana. Era normal.

Pero cuando lo imaginó, todo era apacible, agradable y sencillo. En realidad, lo que Cade le dio no fue un beso, sino sólo una muestra. Y sin duda lo hizo a propósito, sólo para despertarle el

deseo. Una actitud inteligente, decidió Tory. Porque Cade era un hombre inteligente. Pero no le daría resultado.

Estaba preparada para recibirlo y había tomado una resolución. No había enojo ni azoramiento que la entorpecieran. Saldría de la casa en cuanto él detuviera el coche. De esa manera impediría que Cade entrara y volviera a confundirla. Pronunciaría su inapelable discurso, le desearía buena suerte, entraría en la casa y cerraría la puerta.

Y permanecería en un lugar seguro.

Volvió a tranquilizarse, convencida de que volvía a ejercer el control sobre su vida. Así que cuando lo oyó llegar, lanzó un pequeño suspiro de alivio. Todo estaba por volver a su cauce correcto. Entonces salió y le vio.

Estaba sentado en el bonito descapotable, el pelo ya despeinado por el viento, las manos aferrando el volante. Le dirigió una sonrisa fácil, pero tras ella Tory vio enojo y frustración. Y sobre todo vio una amarga infelicidad.

Ninguna maniobra que Cade pudiera haber inventado, ningún plan que pudiera haber forjado, habría golpeado con más eficacia la debilidad de Tory.

-Esa es una de las cosas que más me gustan de ti, Tory: eres puntual. -Bajó del coche y comenzó a rodearlo para abrir la puerta del pasajero.

Ella no lo tocó. Con el contacto físico, la conexión entre ambos tendía a convertirse en algo demasiado fuerte.

-Dime qué te sucede.

-¿Sucederme? -Bajó la vista, trató de quitarle importancia al asunto y abrió la portezuela. Mientras ella subía, volvió a su lado del coche-. ¿Sueles abrir las cabezas para echar un vistazo dentro?

Ella dio un respingo y cruzó las manos sobre el regazo. Era mejor así. Se recordó que de todos modos en algún momento habría sucedido. Era mejor sacarse el asunto de encima lo más rápido posible.

-No. Sería una grosería.

Cade rió y se dejó caer detrás del volante.

-¡Ah! Comprendo. Hay una etiqueta en eso de leer los pensamientos.

-Yo no leo los pensamientos. -Se aferró los dedos tensos como alambres. Respiró hondo para aliviar la presión en el pecho y miró al frente-. Más bien leo los sentimientos. He aprendido a bloquearlo para que no suceda. Pero aunque no lo creas, no es agradable que te golpeen las emociones ajenas. Me resulta bastante

fácil filtrarlas, pero de vez en cuando, si estoy distraída, se me desliza algo, sobre todo una emoción fuerte. Me disculpo por haberme entrometido en tu intimidad.

Por un momento él no dijo nada, permaneció sentado con la cabeza echada atrás y los ojos cerrados.

-Lo siento. Lo que te dije fue muy desagradable. Y como has visto, lo que siento es desagradable. Supongo que tenía necesidad de agredir a alguien, y te elegí a ti.

-Comprendo que es incómodo estar con alguien en quien uno no puede confiar. Alguien que sientes que puede aprovecharse de ti y que lo hará.

Que conocerá tus pensamientos o sentimientos y que los usará para controlarte, para herirte o para dirigir tu vida. Ese es uno de los motivos por los que traté de explicarte que no soy buena para las relaciones y por los que no quiero verme involucrada en una relación. Es perfectamente comprensible que tengas preguntas y dudas y que esas preguntas y dudas te provoquen resentimiento y falta de confianza.

-Tory inspiró y se preparó para el resto.

-Ese -dijo Cade con tranquilidad- es un sorprendente montón de mentiras. ¿Te importa que te pregunte de quién son las palabras que acabas de poner en mi boca?

-Fueron tus propias palabras.

-Cambió de posición y se apoyó sobre su propia muleta de amargura para enfrentarlo-. Soy lo que soy y no lo puedo modificar. Sé cómo manejarlo y cómo seguir adelante. No quiero ni pretendo que nadie esté a mi lado. No necesito que nadie lo esté. He aprendido a aceptar mi vida tal cual es, y me importa un bledo que tú o cualquier otro no lo comprenda.

-Te aconsejo que te cuides de los lobos, Tory. Te has montado en un caballo demasiado alto. -Cuando ella estiró la mano para abrir la puerta, él sólo la miró alzando una ceja-. ¡Cobarde! Tory apretó los dedos sobre el tirador de la puerta.

-¡Cretino!

-Es cierto. Fue una cretinada que haya desahogado en ti mi mal humor. Esta noche me dijeron que los lamentos no son excusas para un mal comportamiento, pero de todas maneras

lo siento. Sin embargo tú me estás atribuyendo opiniones que no he expresado y que no comparto. Todavía no puedo adelantar mi opinión, porque no he terminado de formarla. Cuando me sucede algo importante, me gusta tomarme el tiempo necesario para estudiarlo. Y me parece que tú lo eres.

Se inclinó hacia ella. Instintivamente, Tory se hundió contra el respaldo.

-¿Sabes? Eso es algo que me irrita hasta los huesos. -Con toda tranquilidad tomó el cinturón de seguridad y se lo puso-. Y al mismo tiempo es un desafío.

Verás: me siento obligado y decidido a seguir tocándote, a seguir acercándome a ti, hasta que dejes de espantarte.

Puso en marcha el motor, pasó un brazo por el respaldo y la miró antes de retroceder hacia el camino.

-Si quieres puedes atribuirlo a orgullo y amor propio. No me importa.

Enfiló el camino y aceleró.

-Nunca le he pegado a una mujer. -Lo dijo con tono ligero, pero ella percibió la furia apenas controlada que había detrás de sus palabras-. Y no empezaré contigo. Me gustaría poner mis manos en ti. Y te prevengo que, con el tiempo, intentaré ponerlas. Pero no para lastimarte.

-Nunca he creído que los hombres peguen a las mujeres sistemáticamente.

-Miró por la ventanilla y reunió su compostura de la misma manera que iba juntando ladrillos para edificar su pared-. En terapia analicé ese tema y varios otros.

-Me alegro -dijo él con sencillez-. Entonces no tendré que preocuparme pensando que cada uno de mis movimientos puede resultarte una amenaza. No me importa ponerte nerviosa, pero me preocuparía asustarte.

-Si te temiera no estaría aquí. -El viento le azotaba la cara y el pelo-. Yo no soy una tirada, Cade, y tampoco el felpudo de nadie. Ya no.

Él esperó un instante antes de contestar. -Si lo fueras, no te querría aquí.

Ella movió apenas la cabeza y lo estudió de reojo.

-Acabas de decir algo muy inteligente. Tal vez lo mejor que podrías haber dicho. Y aún mejor, creo que lo has dicho en serio. -Soy una de esas raras criaturas que tratan de decir lo que sienten.

-Eso también lo creo. -Respiró hondo-. Esta noche no pensaba salir contigo. Te iba a recibir en el jardín para decirte que no saldría y para explicarte cómo tendrían que ser las cosas.

Y ya ves, aquí estoy.

-Te insiré lástima. -La miró-. Ese ha sido tu primer error,

Tory rió.

-Supongo que sí. ¿Adónde vamos? -A ningún lugar en especial.

-Muy bien. -Se apoyó contra el respaldo, sorprendida por la rapidez y la facilidad con que lograba relajarse-. Es un lugar que me encanta.

Cade se alejó más de lo que pensaba, eligiendo caminos secundarios al azar, pero siempre hacia el este. Hacia el mar. El sol se ponía detrás de ellos, fileteando de rojo el cielo que parecía sangrar sobre el campo, fluir a través de los árboles y que se zambullía en las curvas zigzagueantes del río.

Permitió que Tory eligiera la música y, aunque sonaba Mozart en lugar del rock que él hubiera preferido, tuvo la sensación de que la música estaba en consonancia con el anochecer.

Encontró un pequeño restaurante junto al mar, bien al sur de las multitudes que llenaban Myrtle Beach. Hacía bastante calor como para sentarse fuera, en una mesita iluminada por una vela blanca colocada dentro de un globo de vidrio y donde las conversaciones de los que los rodeaban eran acalladas por el rumor de las olas.

En la playa, los niños perseguían cangrejos hasta sus escondrijos o arrojaban migas de pan a las gaviotas. Un grupo de jóvenes barrenaba en las olas lanzando gritos. En el cielo, todavía de un azul profundo con el último suspiro del día, guiñaba la primera estrella con el brillo de un único diamante.

La tensión y el mal humor del día se disolvieron en la mente de Tory.

No creía tener hambre. Nunca tenía demasiado apetito. Pero comenzó a comer su ensalada mientras él le hablaba de su trabajo. -Cuando sientas que se te empiezan a cerrar los ojos, sólo tienes que pedirme que me calle.

-No me aburro con tanta facilidad. Y sé algo acerca del algodón orgánico. La tienda donde trabajaba en Charleston vendía camisas de algodón orgánico. Las comprábamos en California. Eran caras pero se vendían bien.

-Me gustaría que me dieras el nombre de la tienda. El año pasado la algodонера Lavelle comenzó a manufacturar algodón orgánico. Te garantizo que podremos competir con el precio del

de California. Eso es parte de lo que todavía no he podido lograr.

Una vez que uno se ha establecido, la siembra orgánica compite con los métodos químicos. Y el producto es muy buscado en el mercado.

-Lo cual significa más ganancia.

-Exactamente. -Le puso mantequilla a un pan y se lo pasó-. A la gente le preocupan más las ganancias que la preservación del medio ambiente. Te podría hablar durante horas sobre herbicidas, sobre el efecto que tienen sobre la fauna y las diferentes especies animales...

-¿Las diferentes especies?

-Las codornices y otras aves que anidan en los pastos. Los cazadores matan las codornices, las comen y consumen el herbicida. Después están los insecticidas. Por supuesto que matan las plagas,

pero también terminan con los insectos beneficiosos, infectan las aves, reducen la cadena alimenticia. Un pollo come un insecto que ha sido infectado y el pollo queda infectado. Es un ciclo imposible de quebrar hasta que decidamos ensayar otros métodos.

Es extraño comprender, pensó Tory, que yo siempre he pensado como mi padre: que la naturaleza es el enemigo contra el que hay que luchar día tras día, con todo el apoyo del gobierno.

-A ti te encanta trabajar la tierra. -Sí. ¿Por qué no me va a encantar? Ella meneó la cabeza.

-Muchas personas se ganan la vida haciendo cosas que no les gusta hacer y para las que no tienen talento. Después de la escuela secundaria, se suponía que yo debía entrar a trabajar en una fábrica.

En lugar de discutir, tomé cursos de dirección de empresas en secreto. Así que supongo que sé lo que significa luchar por hacer lo que uno quiere en la vida.

-¿Y cómo supiste lo que querías hacer?

-Sólo quería ser inteligente. -Para escapar, pensó, pero volvió a llevar la conversación al tema de Cade-. El método orgánico es sin duda sensato y moderno, pero si no se desinfecta la tierra, el campo se llena de maleza, de enfermedades y plagas. Y se obtiene una cosecha enferma.

-Hace más de cuatro mil años que se cultiva el algodón. ¿Qué crees que hacía la gente hasta hace sesenta o setenta años, antes de comenzar a usar Aldicarb, Methil Parathion y Trifluralin?

Le fascinaba verlo entusiasmarse. Sentir que en él vibraba la pasión por su trabajo.

-Ellos tenían esclavos. Y después de eso, los peones trabajaban horas increíbles para recibir un sueldo de esclavos. Y, por si te lo estás preguntando, ese es uno de los motivos por los que el Sur perdió la guerra de Secesión. Otro día podremos hablar de historia. -Cade se inclinó, decidido a aclarar su punto de vista-. El algodón que se cosecha orgánicamente requiere más mano de obra, pero también utiliza recursos naturales. Bosta del ganado en lugar de fertilizantes químicos que pueden producir contaminación en las napas de agua. Sembrados de protección para ayudar a controlar las malezas y las enfermedades, para aumentar las ganancias y lograr la conservación de la tierra mediante la rotación. Conservar también los insectos beneficiosos como mariquitas, abejas y demás, para que se alimenten de las plagas del algodón, en lugar de exponer a los peones, a los vecinos y a los niños a los peligros de los pesticidas. Dejamos que las plantas se mueran naturalmente, en lugar de usar defoliantes.

Se reclinó cuando les trajeron el primer plato y sirvió vino en las copas de ambos, pero no cambió de tema.

-Mantenemos el proceso despepitando. Limpiamos las pepitas de los residuos del algodón convencional: eso es una ordenanza federal. Así que cuando se vende, es puro, está libre de productos químicos. Nadie considera que es demasiado importante para una camisa o para unos calzoncillos, pero además de fibra, el algodón tiene semilla. Y las semillas de algodón figuran en cantidad de comidas que se venden preparadas. ¿Cuántos pesticidas crees que incorporas a tu organismo cada vez que comes una bolsa de papas fritas?

-No lo quiero saber. -Pero recordaba a su padre volviendo a casa y maldiciendo la tierra. Recordaba haber observado que cuando las fumigadoras dejaban caer sus nubes, los filamentos permanecían en el aire y volaban hacia la casa. Recordaba el olor de la fumigación. Y el escozor del aire-. ¿Cómo te interesaste en el método orgánico del cultivo?

-En el primer año de la universidad. Empecé a leer sobre el asunto y bueno... estaba esa chica.

-¡Ah! -Divertida, Tory cortó su trucha-. Ahora comprendo cómo se va formando la imagen.

-Se llamaba Lorilinda Dorset, procedía de Mill Valey, California. La primera vez que la vi me quedé fascinado. Una morena alta y delgada, enfundada en unos tejanos apretados. - Suspiró

ante el recuerdo que el tiempo endulzaba-. Era miembro de Greenpeace, Conservación de la Naturaleza y sólo Dios sabe qué más. Así que, por supuesto, para impresionarla, leí un montón de libros sobre los derechos del animal, cultivos naturales y demás. Hasta renuncié a la carne durante dos meses.

Tory alzó una ceja al mirar el bistec del plato de Cade. -Debías de estar muy enamorado.

-Lo estuve, durante unas pocas y resplandecientes semanas. Permití que Lorilinda me arrastrara a un seminario sobre cultivos orgánicos y ella permitió que yo le sacara sus tejanos ajustados. -Su sonrisa era lenta y maliciosa-. Por supuesto que con el tiempo mi desesperación por comer una hamburguesa pudo más que mi devoción y Lorilinda se alejó disgustada del carnívoro.

-¿Y qué pretendías que hiciera?

-Por supuesto. Pero yo seguí pensando en lo que había oído en ese seminario y en lo que había leído y el asunto cada vez me parecía más sensato. Comprendí cómo se podía hacer y por qué se debía hacer. Así que cuando Beaux Réves llegó a mis manos, comencé el largo proceso que estuvo acompañado de muchos conflictos.

-Lorilinda estaría orgullosa de ti.

-No, jamás me perdonará que haya comido aquella hamburguesa con queso. Fue una grave falta contra la fe. Durante meses me sentí tan culpable que apenas podía tragar un bocado de carne.

-Los hombres sois unos cretinos.

-Ya lo sé. -También sabía que Tory era capaz de comer una comida completa si él la mantenía distraída con su conversación-. Pero, perdonando ese pecado contra la genética, ¿te gustaría tener la exclusividad de la venta de los productos del Algodón Verde de Lavelle?

-¿Quieres que venda tus camisas en mi tienda? -preguntó ella, sorprendida.

-No necesariamente camisas si eso no cae dentro de tu línea. Pero ~ y ropa blanca? Manteles, servilletas y esa clase de cosas. -Bueno -pillada con la guardia baja, se enfrascó en el tema de los negocios-, por supuesto que me gustaría ver algunas muestras. Como serían productos fabricados aquí, dentro del estado, deberían tener cabida en mi tienda. Por supuesto que tendríamos que hablar de precios, de calidad y de estilo. No me interesan los productos masivos. Pienso vender lo exclusivo y promocionar a la gran cantidad de artistas y artesanos que vienen de Carolina del Sur.

Hizo una pausa para beber un trago de vino y pensar. -Telas de algodón orgánico -murmuró-. De los campos a la tienda y de allí a la mesa, todo dentro del condado de Georgetown. Podría resultar muy atractivo.

-Me alegro. -Levantó su copa y la entrecrocó con la de ella-. Encontraremos la manera de que nos resulte beneficioso a los dos. Y que dé resultado -agregó.

La velada sin duda estaba terminando en un tono más agradable que el del comienzo, con la luna llena sobre sus cabezas y una ligera niebla mental producida por el vino. Tory no había tenido intenciones de beber, pocas veces lo hacía, pero le resultó muy agradable estar sentada al borde del mar y beber un poco de vino.

Tan agradable que bebió tres copas en lugar de una y ahora estaba muerta de sueño.

- El automóvil avanzaba con suavidad y gran velocidad y el viento olía al verano que se aproximaba.

Le hacía pensar en madreselvas y en pétalos de rosas, en el olor de la brea que se derretía al sol y en el perezoso zumbido de las abejas que cortejaban las magnolias del pantano.

Le rogaba a Dios que refrescara un poco, ahora que acababa de bajar el sol. Si alguien no la levantaba pronto, terminaría caminando hasta la maldita playa. Por supuesto que todo era culpa de Marcie, la zorra que la dejó colgada por ir a acostarse con ese imbécil de Tim.

Bueno, Marcie le importaba un bledo, haría autostop para que alguien la llevara a Myrtle Beach y se divertiría en grande.

Lo único que necesitaba era un maldito viaje en coche. ¡Vamos muchacho! ¡Detén ese trasto! ¡Vamos allá! Subió al coche, y arrojó atrás la mochila.

Tory se irguió en el asiento, los ojos muy grandes y aspiró el aire como una bañista que vuelve a la superficie después de una larga zambullida.

-¿Tory? -Cade estacionó en el arcén y se volvió para sujetarla por los hombros-. Está bien. Sólo te has quedado dormida un momento.

-¡No! -Lo empujó, confusa y desesperada, y se quitó de un tirón el cinturón de seguridad. Había manos que le apretaban el corazón, que le latía descompasadamente-. No.

-Abrió la puerta de un manotazo y salió corriendo a los tumbos por el arcén-. Había hecho dedo para llegar a la playa. Él la había recogido allá atrás, en algún lugar de allá.

-¡Espera! -Le dio alcance y tuvo que obligarla a volverse-, Estás temblando, cariño.

-Él se la llevó. -Le estaban acudiendo a la cabeza imágenes y formas, sonidos y olores. Le ardía la garganta, el ardor del fumador-. Salió del camino y metió el coche entre los árboles. Y la golpeó con algo. Ella no ve lo que es, sólo siente el dolor y está mareada.

Ella se revuelve, pero él la está arrastrando para sacarla del coche.

-< Quién?

Tory meneó la cabeza, luchando por encontrarse a sí misma en medio de la confusión, del dolor. Del terror.

-Por allí. Justo por allí. -Tory tenía los ojos desorbitados y su piel sudaba.

-¿Quieres caminar un poco hacia allí? -Debo hacerlo. ¡Déjame en paz!

-¡No! -La aferró con firmeza con un brazo-. No haré eso. Caminaremos juntos. Estoy aquí. Puedes sentirme a tu lado. -¡No quiero esto! ¡No lo quiero! -Pero empezó a caminar. Se abrió, venciendo su instinto de conservación. No se resistió cuando las imágenes cambiaron y se hicieron más nítidas.

Sobre sus cabezas las estrellas eran muy brillantes, enceguedoramente brillantes. El calor se cerraba alrededor de Tory como un puño.

-Ella quería ir a la playa. No conseguía que nadie la recogiera. Estaba furiosa con su amiga. Marcie. Una amiga llamada Marcie, se suponía que iban juntas a pasar el fin de semana en la playa. Y ahora está decidida a hacer autostop, porque no permitirá que esa zorra le arruine el viaje. Él detiene su coche y ella se siente feliz. Está cansada y tiene sed y él le dice que va hasta Myrtle. Queda a menos de una hora en coche.

Tory se detuvo con los ojos abiertos. Muy abiertos.

-Él te da una botella. Blackjack. Blackjack. Bebes un trago, un trago largo. Para calmar la sed y porque es una maravilla ir viajando en coche y bebiendo whisky.

Debió de golpearte con la botella. Sí, con la botella, porque se la devolviste y estabas riendo cuando algo se estrelló contra tu cabeza. ¡Dios! ¡Cómo duele!

Se tambaleó y se llevó una mano a la mejilla. La boca se le llenó de gusto a sangre.

-No. ¡No sigas! -Cade la estrechó contra su cuerpo, sorprendido de que ella no se disolviera como humo entre sus brazos.

-No puedo verlo. ¡No puedo! Es un blanco. ¡Espera! ¡Espera! -Se revolvió con las manos cerradas en puños, jadeante. Se sentía enferma, pero consiguió pasar y vio-. La llevó allí dentro. -Comenzó a mecerse-. ¡No puedo! ¡Realmente no puedo! -No tienes por qué hacerlo. Ya está bien. Regresemos al coche.

-La llevó allí dentro. -La pena y el dolor pudieron más en su interior-. La viola. -Cerró los ojos y permitió que le llegara, que la quemara-. Tú te defiendes durante un rato.

Te está lastimando y estás muy asustada, así que te defiendes. Él te vuelve a pegar en la cara, con fuerza. ¡Oh, cómo duele! ¡Duele! ¡Duele! No quieres estar allí. Quieres a tu madre. Lloras mientras él gruñe, jadea y termina. Hueles su sudor y su sexo y tu propia sangre y ya no puedes seguir luchando.

Tory se pasó las manos por la cara. Tenía necesidad de palpar sus propias mejillas, su nariz, su boca. Tenía necesidad de recordar quién era.

-No puedo verlo. Está oscuro y él no es más que una cosa. No hay nada en él que me haga sentir que es real. Ella tampoco lo ve, en realidad no lo ve. Ni siquiera cuando él la

estrangula. No le toma mucho tiempo porque ella apenas está consciente y casi no lucha. No ha estado con él más de media hora y ya está muerta. Tendida desnuda a la sombra de los árboles. Allí es donde él la deja. Él... él silbaba al caminar de regreso al coche.

Entonces ella dio un paso atrás y se alejó de Cade. Lo único que él alcanzaba a ver era su rostro, pálido como la luna, con unos ojos que se arremolinaban como el humo.

-Sólo tenía dieciséis años. Una chica bonita, de pelo rubio y piernas largas. Se llamaba Alice, pero como no le gustaba su nombre, todo el mundo la llamaba Ally.

-La devoraban la tensión y la pena.

Cade la alzó. El cuerpo de Tory estaba flojo, inerte. Estremecido tanto por su inmovilidad como por la historia que acababa de contarle, la alejó de allí con rapidez. Esperaba que si la aleja

ba de ese lugar, Tory mejoraría. Cuando se inclinó para meterla en el coche, ella se movió y abrió los ojos, oscuros y vidriosos. -No estás bien. Te llevaré a tu casa.

-Sólo necesito un minuto. -Volvió a tener náuseas y frío.

Pero pasarían. El horror demoraría más en desaparecer-. Lo siento. -Se encogió de hombros con aire indefenso-. Lo siento. -¿Por qué te disculpas? -Cade rodeó el capó y se sentó al volante-. No sé qué hacer por ti. Debería poder hacer algo. Voy a llevarte a tu casa, luego volveré y... la encontraré.

Tory lo miró, confusa.

-Ahora no está allí. Sucedió hace mucho tiempo. Hace años. Él fue a hablar, pero se contuvo. Alice, había dicho Tory. Una jovencita llamada Alice. Le agitaba la memoria y le producía un malestar en la boca del estómago.

-Siempre te sucede así? tComo surgido de la nada? -Aveces.

--Te duele?

-No. Desgasta y produce malestar. Pero no duele.

-Te duele -repitió Cade y bajó la mano para poner en marcha el motor.

-Cade. -Ella le tocó la mano-. Fue... siento recordarte esto, pero debes saberlo. Fue lo mismo que le sucedió a Hope. Por eso lo sentí con tanta fuerza. Fue igual que lo de Hope. - Lo sé.

-No, no comprendes. El hombre que mató a esa pobre chica y que la dejó entre los árboles, fue el mismo hombre que mató a Hope.

No quiero creerlo. Hay docenas de motivos racionales y lógicos que indican que Tory está equivocada. Detalles pequeños y detalles de importancia que hacen imposible su historia de la adolescente asesinada en la carretera. Esa chica no pudo ser asesinada por el mismo monstruo que mató a mi hermana.

La pequeña Hope, con su pelo al viento y sus ojos llenos de alegría y secretos.

Puedo hacer aquí una lista completa de esos motivos, pero por lo visto anoche no pude ayudar a Tory. Sé que le fallé. Lo sé por su manera de mirarme, por su manera de refugiarse detrás de un muro de silencio. Sé que la herí al dejar a un lado su desesperación, por la manera en que le insistí que no siguiera con eso.

Pero lo que me dijo, lo que me permitió ver a través de sus ojos, el horror que ella volvió a vivir delante de mí, y más tarde, la forma tan contenida en que me habló en voz baja, me lo trajo todo a la cabeza. Me llevó de regreso a ese verano largo tiempo atrás, cuando el mundo cambió para siempre.

Tal vez ayude más que escriba acerca de Hope que sobre esa jovencita condenada a quien no conocí.

Mientras estoy aquí sentado ante el escritorio de mi padre, porque siempre será el escritorio de mi padre para todo el mundo, incluyéndome a mí, puedo retroceder días, meses y años, hasta que vuelvo a tener doce, todavía lo bastante inocente como para ser descuidado con la gente que quiero, todavía creyendo que mis amigos son superiores en todo sentido a mi familia, todavía soñando con el día en que seré bastante adulto para conducir el coche, beber o hacer cualquiera de las cosas mágicas del codiciado mundo de los adultos.

Esa mañana había hecho mis tareas, como siempre. Mi padre era muy severo en lo que se refería a responsabilidades y no cesaba de repetirme lo que se esperaba de mí. Por lo menos era así antes de que perdiéramos a Hope. Yo había salido con él a media mañana a

recorrer el campo. Recuerdo haber estado contemplando ese mar de algodón. Mi padre se dedicaba sobre todo al cultivo del algodón, a pesar de que muchos de sus vecinos en los últimos tiempos preferían sembrar soja, o tomates o tabaco. Beaux Réves era sinónimo de algodón y yo no debía olvidarlo jamás.

Nunca lo olvidé.

Y ese día me resultó sencillo comprender el porqué, mientras contemplaba ese vasto espacio, veía la magia de las vainas que se abrían por la fuerza del algodón, los tallos que se inclinaban por el peso, algunos soportando quinientas vainas, todas rajadas y abiertas como huevos. Y a esa altura del año, con los campos tan cubiertos de algodón, hasta el aire olía a algodón. Era el olor caliente del verano que moría.

Ese año la cosecha sería buena. El algodón se derramaría sobre el campo, sería recogido, embolsado y procesado. Beaux Réves seguiría su camino, hasta con aquellos que vivían en él como poco más que fantasmas.

Poco después de mediodía me dejaron en libertad. Pese a que mi padre esperaba que yo trabajara, aprendiera, sudara, también quería que fuese un chico. Era un buen hombre, un buen padre y durante los primeros doce años de mi vida fue todo lo sólido, cálido y hermoso de la existencia.

Lo añoré mucho tiempo antes de que muriera.

Pero ese día, cuando me dejó en libertad, monté en mi bicicleta, la que me habían regalado por Navidad, y a través del aire espeso y caliente avancé hasta la casa de Wade. En el jardín trasero

teníamos una casa en un árbol. Dwight y Wade ya estaban allí, bebiendo limonada y leyendo revistas de historietas. Hacía demasiado maldito calor para hacer otra cosa, aunque tuviéramos doce años.

Pero la madre de Wade no nos dejaba en paz. Siempre salía de la casa y nos llamaba para preguntarnos si queríamos esto o aquello, o por qué no entrábamos a beber algo fresco y a comer un

sándwich de atún. La señorita Boots siempre tuvo un corazón

muy tierno pero ese verano nunca nos dejaba en paz. Estábamos a punto de convertirnos en hombres, o por lo menos eso pensábamos, y resultaba mortificante que una madre de delantal almidonado y sonrisa indulgente nos volviera a la condición de niños al ofrecernos sándwiches de atún y Pepsi.

Huimos y nos encaminamos a nadar al río. Creo que en la convicción de que cumplíamos con nuestro deber, hicimos comentarios groseros que para nosotros eran insultos brillantes e inteligentes con respecto al trasero gordo y blanco de Dwight. Él, a su vez, se vengó comparando nuestras partes viriles con varios vegetales poco atractivos. Como es natural, esas actividades nos mantuvieron histéricos durante una hora.

Era muy fácil tener doce años. Hablábamos de asuntos importantes: ¿La Alianza Rebelde regresaría y vencería a Dart Vader y al Imperio Malvado? ¿Quién era mejor, Superman o Batman? ¿Cómo lograríamos convencer a nuestros padres para que nos llevaran a ver Viernes 13? Nunca podríamos hacer frente a nuestros compañeros de escuela si no veíamos al loco Jason asesinando su cuota anual de adolescentes. Por entonces esas eran las cuestiones vitales de nuestra vida.

Supongo que en algún momento después de las cuatro, cuando estábamos casi enfermos de comer tantos melocotones picados por las avispas y peras verdes, Dwight tuvo que volver a su casa. Su tía Charlotte iría a visitarlos desde Lexington, y se suponía que a la hora de comer él debía estar limpio y presentable. Los padres de Dwight eran estrictos y no le convenía llegar tarde.

Sabíamos que lo obligarían a ponerse pantalones cortos muy planchados y, con la generosidad de los amigos, esperamos hasta que estuvo lejos para burlarnos.

Poco después nos fuimos Wade y yo, y nos despedimos en el camino. Él se dirigía al pueblo y yo a Beaux Réves.

En el trayecto, me crucé con Tory. Ella no tenía bicicleta. Caminaba hacia su casa, hacia donde yo estaba. Supongo que debía de haber estado jugando con Hope. Estaba descalza y con los

pies cubiertos de tierra y la blusa le quedaba pequeña. En realidad, en ese momento no noté nada de eso, pero ahora recuerdo exactamente su aspecto, aquel denso pelo castaño peinado hacia atrás, aquellos grandes ojos grises que se clavaron en los míos mientras yo pasaba veloz por su lado sin pronunciar palabra.

En realidad no podría haberme entereado a hablar con una chica sin perder mi dignidad masculina. Pero recuerdo haber mirado atrás y haberla visto alejarse caminando sobre piernas fuertes y tostadas por el sol del verano.

La siguiente vez que vi esas piernas estaban cubiertas de lastimaduras y de moretones.

Cuando llegué, Hope jugaba a las canicas en la galería.

Me pregunto si las chicas seguirán jugando a las canicas. Hope era una campeona y las ganaba a todas. Trató de convencerme de

que jugara, hasta me dio ventaja. Lo cual, por supuesto, me resultó insultante. Creo que le dije que las canicas eran para bebés y que yo tenía cosas más importantes que hacer. Su risa y el sonido de las canicas que se entrechocaban me siguieron hasta dentro.

Daría un año de mi vida por regresar a ese momento y sentarme en la galería, dejando que me ganara.

La tarde pasó igual que todas las demás. Lilah me obligó a subir a bañarme, diciendo que olía a podredumbre de río.

Mamá estaba en la sala de estar del frente, lo sé porque allí resonaba la música que le gustaba. Yo no entré porque sabía por experiencia que no le gustaba que chicos malolientes y sudorosos entraran en la sala.

Es gracioso, pero pensándolo en retrospectiva, comprendo hasta qué punto Wade, Dwight y yo éramos dirigidos por nuestras madres. La de Wade, con sus manos revoloteantes y su mirada cálida; la de Dwight con sus bolsas de caramelos y masas, y la mía con sus rígidas nociones de lo tolerable y lo no tolerable. Nunca comprendí eso antes, y supongo que a estas alturas ya no tiene importancia. Podría habernos importado entonces, si lo hubiéramos captado. Esa tarde, lo único importante era evitar la desaprobación de mi madre, de manera que subí directamente la escalera. Faith estaba en su cuarto, vistiendo a una de sus muñecas Barbie con un traje extravagante. Lo sé porque me tomé el trabajo de detenerme junto a su puerta y sonreírle con desprecio. Me duché, porque poco antes había llegado a la conclusión de que los baños de inmersión eran para chicas y para viejos arrugados. Estoy seguro de que arrojé mi ropa sucia en el cesto, porque de no ser así Lilah me habría dado un tirón de orejas. Me puse ropa limpia, me peiné, me tomé unos minutos para flexionar los bíceps y estudiar los resultados en el espejo. Luego bajé.

Esa noche comimos pollo. Pollo asado con puré de patatas y guisantes frescos de la huerta. A Faith no le gustaban los guisantes y se negó a comerlos, lo cual podría haber pasado, pero, como siempre, Faith dramatizó la situación y terminó siendo insolente con mamá. La mandaron a la cama castigada.

Creo que Chauncy, el viejo y fiel perro de caza de papá que murió el invierno siguiente, recibió lo que quedaba en el plato de mi hermana.

Después de comer, anduve dando vueltas fuera, buscando la manera de convencer a papá de que me permitiera construir un fuerte. Hasta entonces, mis esfuerzos en ese sentido habían sido un completo fracaso. Pero yo creía que tendría éxito si conseguía localizar el lugar ideal, uno donde la estructura quedara oculta para que no fuera tan desagradable como papá suponía.

Durante ese reconocimiento encontré la bicicleta de Hope, que ella había escondido detrás de las camelias.

Nunca se me ocurrió chivarme. Sencillamente no era la manera en que nos comportábamos entre hermanos, a menos que el mal humor o algún asunto del propio interés pudiera más que la lealtad. Por otra parte era algo que no me concernía, aunque supuse que esa noche planeaba huir de casa para encontrarse con Tory, porque durante todo ese verano eran inseparables. Además, sabía que mi hermana ya lo había hecho antes, y no la culpaba. Mamá era mucho más estricta con sus hijas que con su hijo varón. De manera que no dije nada con respecto a la bicicleta y seguí pensando en el fuerte. Una sola palabra mía habría

desbaratado los planes de Hope. Ella me habría dirigido una de sus miradas furibundas y posiblemente se habría negado a hablarme durante un par de días.

Y estaría viva.

En cambio, al anochecer volví a la casa y me instalé delante del televisor, como era mi derecho durante las largas noches de verano. Como sólo tenía doce años, mi apetito era voraz, así que salí en busca de provisiones. Comí patatas fritas, vi un serial de televisión y me pregunté si de mayor me gustaría ser policía. Cuando me acosté, con el estómago lleno y los ojos cansados, mi hermana ya estaba muerta.

Creyó que podría escribir más, pero no fue así. Tenía intenciones de escribir todo lo que sabía acerca de los asesinatos de su hermana y el de una jovencita llamada Alice, pero su mente se alejó de los hechos y de la lógica y lo dejó sumido en los recuerdos y el dolor.

Nunca supuso que Hope volvería tan completamente a la vida si escribía acerca de ella. Tampoco imaginó que los recuerdos de esa noche y las imágenes horribles de la mañana siguiente le resultarían tan claros como una película.

¿Será así, se preguntó, lo que le sucede a Tory? ¿Una especie de película que se desarrolla en su mente ininterrumpidamente? No, era más que eso. ¿Sabría Tory que la noche anterior, cuando la atrapó la visión, le hablaba a Alice, en lugar de hablar acerca de ella? Tal vez Alice hubiera hablado por medio de Tory. ¿Qué clase de fuerza sería necesaria para poder enfrentar algo así, para superarlo y forjarse una vida?

Tomó los papeles que acababa de escribir y su primera intención fue guardarlos en un cajón del escritorio. Pero prefirió meterlos en un sobre sellado.

Tenía necesidad de volver a ver a Tory. Necesidad de hablar de nuevo con ella. Él no se equivocaba cuando ese primer día le dijo que el fantasma de su hermana se interponía entre ellos. No

podrían avanzar ni retroceder hasta que cada uno de ellos lograra adaptarse a las circunstancias.

Oyó a un viejo reloj de pie marcar la hora con dos campanadas solitarias. Cuatro horas después se estaría levantando de nuevo, se vestiría a la pálida luz del amanecer, tomaría el desayuno que Lilah insistía en prepararle y luego recorrería los campos, vigilando los sembrados con la fe y el fatalismo de todos los granjeros que lo llevaría a buscar plagas y estudiar el cielo.

A pesar, o tal vez a causa, de toda la ciencia que estudió y que implementó, el Beaux Réves de Cade se parecía más a una plantación que la que tenía su padre. Contrataba más peones, utilizaba

más mano de obra que la generación anterior. Volcaba más esfuerzo y mayor cantidad de beneficios de la tierra en la cosecha, la compresión, el almacenaje y el proceso del algodón de los que su padre o su abuelo estaban dispuestos a dedicarle. Lo cual convertía a Beaux Réves en una plantación autosuficiente, como las anteriores a la guerra civil, y al mismo tiempo en una especie de fábrica diversificada. Y a pesar de todo, con sus gráficos, su ciencia y sus cuidadosos planes de inversión, de pie, Cade estudiaba el cielo con la esperanza de que la naturaleza cooperara.

En definitiva, pensó mientras cogía el sobre, todo dependía del destino.

Apagó la lámpara del escritorio y, guiándose por la luz de la luna, bajó las escaleras curvas y salió del despacho de la torre. Se dijo que necesitaba esas cuatro horas de sueño porque después

de los trabajos de la mañana, por la tarde tendría reuniones en la planta. Se recordó que debía recoger algunas muestras para dárselas a Tory y redactar la propuesta que le haría. Si lograba hacer todo eso, podría verla la noche siguiente. Al entrar en el dormitorio, sopesó el sobre que tenía en la mano, encendió la luz y lo guardó en el maletín que tenía junto a las botas de trabajo.

Se estaba desabrochando la camisa cuando el humo que Llevaba la leve brisa nocturna lo obligó a mirar hacia las puertas que daban a la terraza. Se acercó, notó que estaban un poco abiertas y, a través del vidrio, vio el fulgor de un cigarrillo encendido.

-Me preguntaba si alguna vez bajarías. -Faith se volvió. Lucía su bata preferida y, con los brazos extendidos sobre la piedra, se encontraba en una especie de pose.

-¿Por qué no fumas delante de tu propia ventana?

-No tengo una terraza tan preciosa como la del amo de la casa. -Ese era otro de los temas de discusión. Y aunque Cade estaba de acuerdo en que ella le habría sacado más provecho que él

a la suite principal, no le valió la pena discutir con su madre cuando, después de la muerte del padre, ella insistió en que él debía instalarse allí.

Faith dio una calada.

-Todavía estás furioso conmigo. No me sorprende. Lo que dije fue una estupidez. Pero cuando estoy de mal humor, sencillamente no puedo pensar.

-Si eso es una disculpa, me parece bien. Y ahora vete y deja que me acueste.

-Yo me estoy acostando con Wade.

-¡Dios! ¡Pero...! ¿Y te parece que es algo que yo debo saber? -Yo descubrí uno de tus secretos, así que te cuento uno de los míos. Así estamos a mano.

-Tomaré nota para publicarlo en el diario, Wade. -Se dejó caer en una silla de la terraza. ¡Maldita sea!

-Note pongas así. Nos llevamos muy bien. -Hasta que tú termines de masticarlo y lo escupas.

-No es lo que pienso hacer. -Lanzó una breve carcajada carente de humor-. Nunca lo planifico, sólo sucede. -Arrojó la colilla al jardín, sin pensar que su madre la encontraría y se enojaría--. Made me hace sentir bien. ¿Qué tiene eso de malo?.

-Nada. Es asunto tuyo.

-Así como lo que hay entre tú y Tory es asunto tuyo. -Se acercó hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura-.

Lo siento, Cade. Fui mezquina y rencorosa al decir lo que dije, ojalá pudiera borrarlo.

-Siempre dices lo mismo.

-No. Tal vez diga que me arrepiento, pero muchas veces no lo digo en serio. En cambio, esta vez sí.

Ya que veía más cansancio que enojo en los ojos de su hermano, se levantó para pasarle los dedos por el pelo. Siempre le había envidiado ese pelo denso y ondulado.

-Pero no le hagas caso a mamá. Ella no tiene derecho a decirte lo que debes hacer. A pesar de que es probable que tenga razón.

Él percibió el perfume de los jazmines de su madre, los que florecían de noche.

-Mamá no tiene razón.

-Bueno, soy la menos indicada para dar consejos sobre enredos románticos...

-¡Por supuesto! Faith arqueó una ceja.

-¡Ay! Esa ha sido una puñalada muy veloz. Pero, como te iba a decir antes de empezar a sangrar, esta familia ya está bastante complicada sin necesidad de agregar a la mezcla un elemento extraño como Tory Bodeen.

-Ella forma parte de lo que sucedió aquella noche. -¡Joder, Cade! Nuestra familia ya era un fracaso antes de la muerte de Hope.

Él pareció tan frustrado y cansado ante esas palabras que Faith estuvo por cambiar de tema haciendo una broma. Pero Faith había estado pensando mucho desde el regreso de Tory al pueblo. Era hora de que lo dijera.

-Piénsalo. -El enojo que le provocaba Cade y un poco de odio hacia sí misma hicieron que hablara con voz aguda-. Fuimos hechos en cuanto nacimos, y me refiero a los tres. Y papá y

mamá antes que nosotros. ¿Crees que el matrimonio de ellos fue una unión por amor? Tal vez te guste mirar el lado bonito de las cosas, pero te consta que no fue así.

-Tuvieron un buen matrimonio, Faith, hasta que...

-¿Un buen matrimonio? -Con un gruñido, se puso de pie y sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la bata-. ¿Qué coño significa eso? ¿Un buen matrimonio? ¿Que habían sido hechos el uno para el otro, que era inteligente y conveniente que el heredero de la plantación más grande y rica del estado se casara con un buen partido? De acuerdo, fue un buen matrimonio. Tal vez hasta hayan sentido algo el uno por el otro, por lo menos por un tiempo.

Cumplieron con su deber -agregó con amargura y encendió un cigarrillo-. Nos hicieron a nosotros.

-Hicieron todo lo que pudieron -dijo Cade con cansancio-

- Es algo que nunca has querido comprender.

-Tal vez lo mejor que pudieron nunca fue suficiente, por lo menos para mí. Y no comprendo por qué fue suficiente para ti. ¿Qué posibilidades de elección te dieron, Cade? Durante toda tu vida te prepararon para ser el amo de Beaux Réves. ~ Y si hubieras preferido ser fontanero, por amor de Dios?

-Esa fue siempre mi secreta ambición. Muchas veces arreglo un grifo que gotea sólo por la excitación que me produce.

Ella lanzó una carcajada y lo peor de su furia desapareció. -Sabes muy bien a qué me refiero. Hubieras podido querer ser ingeniero, o escritor, o médico u otra cosa, pero no te concedieron opción. Eras el hijo mayor, el único varón, y tu camino estaba signado.

-Tienes razón. Y no sé lo que habría sucedido si hubiera querido ser otra cosa. Pero la verdad es que no lo quise, Faith. -¿Pero cómo ibas a querer ser otra cosa si creciste oyéndolos decir «Cuando Cade dirija Beaux Réves» y «Cuando Cade se haga cargo de todo»? Nunca te dieron la oportunidad de ser otra cosa, nunca pudiste decir «Voy a tocar la guitarra en un grupo de rock and roll.»

Esa vez fue él quien rió. Ella suspiró y volvió a apoyarse contra la balaustrada. Y recordó por qué buscaba tan seguido la presencia de Cade, por qué iba tan seguido a su habitación. A Cade siempre le podía decir lo que quería decir. Él se lo permitía.

Y la escuchaba.

-Debes comprender, Cade, que ellos nos hicieron lo que somos y que, en definitiva, tal vez tú hayas conseguido lo que querías. Me alegro de que sea así, y lo digo en serio.

-Sé que lo dices de corazón.

-Pero aun así no está bien. Se esperaba que fueras inteligente, que supieras cosas, que fueras metódico y consecuente. Y mientras tú estabas lejos aprendiendo lo que sería el trabajo de

toda tu vida, yo estaba aquí, oyendo que me decían que me portara bien, que hablara en voz baja, que no corriera por la casa. -Tal vez te resulte un consuelo pensar que muy pocas veces les hacías caso.

-Podría haber obedecido -murmuró ella-. Lo habría hecho si no hubiera comprendido que esta casa era un campo de entrenamiento para buenas esposas, para lograr un buen casamiento, como lo hizo mamá antes que yo. Nadie me preguntó si yo quería algo más, algo distinto, y cuando hacía preguntas me hacían callar.

- Deja que tu padre o tu hermano se preocupen por eso. Practica el piano, Faith. Lee un buen libro para poder discutirlo con inteligencia. Pero no con demasiada inteligencia. Supongo que no querrás que algún hombre considere que eres más inteligente que él. Cuando te cases, tu trabajo será crear un hogar agradable. -Miró la brasa de su cigarrillo-. Un hogar agradable. De acuerdo a las reglas de los Lavelle, esa debía ser mi máxima ambición.

Así que, por supuesto, tratándose de mí, lo lógico era que decidiera hacer todo lo contrario. No quería llegar a ser una mujer seca y reprimida a los treinta años. ¡Por supuesto que no!

- Me aseguré de que eso no me sucediera. Huí con el primer muchacho de hablar suave y ojos salvajes que me lo pidió, un muchacho que era todo lo que se suponía que yo no debía querer. Así que me casé y me divorcié antes de cumplir los veinte.

-Yeso les dio una lección, ¿verdad?

-Por supuesto. Lo mismo que mi siguiente incursión en el matrimonio y el divorcio. Después de todo, para lo único que había sido entrenada era para el matrimonio. Pero yo trastoqué ese

concepto y, al hacerlo, firmé mi sentencia. Y aquí estoy, a los veintiséis años y con dos matrimonios fallidos. Y sin otro lugar adonde ir que no sea Beaux Réves.

-Y aquí estás -repitió Cade-. A los veintiséis años, hermosa, inteligente y con bastante experiencia como para no volver a cometer los mismos errores. Nunca pediste una parte de la plantación ni de la fábrica. Si quieres aprender, si quieres trabajo...

La mirada que ella le dirigió lo obligó a enmudecer. Era de una silenciosa indulgencia.

-Eres demasiado bueno para nosotros. ¡Por Dios que no sé cómo lo logras! Ya es demasiado tarde para que trabaje, Cade. Soy el producto de la manera en que me criaron y de mi propia

rebelión contra ella. Soy perezosa y me gusta. Uno de estos días encontraré un viejo rico y tambaleante y lo fascinaré para que se case conmigo. Lo cuidaré bien, por supuesto, y su dinero se me escurrirá entre las manos como si fuera agua. Tal vez hasta le sea fiel. Lo fui con los otros. ¡Para lo que me sirvió! Y después, con un poco de suerte y tiempo, llegaré a ser una viuda rica. Creo que eso será lo que me convendrá.

Como le conviene a mamá, pensó con amargura. Con mucha amargura.

-Eres mejor de lo que crees, Faith. Mucho mejor.

-No, querido, más bien es probable que sea peor. Tal vez todos hubiéramos terminado siendo distintos, sólo un poco distintos, si Hope hubiera vivido. Ella ni siquiera tuvo la posibilidad de vivir.

-La culpa de eso sólo la tiene el bastardo que la asesinó. -¿Eso crees? -contestó Faith en voz baja-. Me pregunto si Hope hubiera salido esa noche, si hubiera salido a vivir su aventura con Tory, de no haberse sentido tan ahogada como yo. ¿Crees que se habría descolgado por esa ventana de haber sabido que al día siguiente sería libre de hacer lo que quisiera y con quien quisiera? Yo la conocía mejor que nadie. Así somos las mellizas. Hope habría logrado hacer algo con su vida, Cade, habría ido cortando los barrotes en silencio. Pero nunca tuvo la oportunidad. Y cuando murió, la ilusión de equilibrio de esta casa se fue con ella. Porque Hope era la que ellos más querían, ¿sabes? -Faith apretó los labios y arrojó el cigarrillo sobre la balaustrada-. La querían más que a ti y a mí. No sabes las veces en que, después de su muerte, uno de ellos se quedaba mirándome, a mí que compartía la cara de Hope. Y yo veía en sus ojos lo que pensaban. ¡Por qué no fui yo la que se internó esa noche en el pantano en lugar de Hope?

-¡No sigas! -Cade se puso de pie-. ¡Eso no es cierto! Nadie ha pensado eso jamás.

-Lo he pensado yo. Y es lo que recibí de ellos. Yo era un recordatorio constante de que ella había muerto. Y es algo que no se me pudo perdonar.

-No -cedió él, y vio a la mujer que era y a la niña que había sido-. Les recordabas que ella había existido.

-Pero yo no podía ser ella, Cade. -Las lágrimas de Faith brillaban en la penumbra, brutalmente vivas-. Hope fue alguien a quien ellos compartieron, y no pudieron compartir ninguna

otra cosa ni a nadie más. Y tampoco pudieron compartir la pérdida de esa hija.

-No; tienes razón.

-Así que papá le construyó ese santuario y encontró solaz en la cama de otra mujer. Y mamá se puso cada vez más fría y dura. Tú y yo sólo seguimos el camino que se nos había trazado. Y aquí estamos, en plena noche, sin nadie a quien podamos considerar propio. Y todavía no tenemos a nadie que nos quiera más que a nada en el mundo.

Dolía oírlo y saber que era cierto. -No tenemos por qué seguir así.

-Somos así, Cade. -Cuando él la abrazó. Faith apoyó la cabeza en su hombro-. Ninguno de los dos ha amado a nadie, por lo menos no lo suficiente para restablecer ese equilibrio. Tal vez

hayamos querido mucho a Hope, quizá sabiendo que ella era la que nos mantenía unidos a todos.

-No podemos cambiar lo sucedido. Sólo lo que haremos ahora al respecto.

-Así es. Yo no quiero hacer nada acerca de nada. Odio a Tory Bodeen por haber vuelto, por haberme obligado a recordar a Hope, a añorarla, a volver a llorarla.

-Ella no tiene la culpa de nada, Faith.

-Tal vez no. -Cerró los ojos-. Pero necesito culpar a alguien.

Era necesario enfrentarse al asunto, y con la mayor rapidez y eficacia posible. Margaret sabía que el dinero hablaba a cierta clase de gente. Compraba su silencio, su lealtad y lo que ellos suponían que era el honor.

Se vistió con cuidado para la reunión, pero claro, siempre se vestía con cuidado. Se puso un vestido azul marino muy digno y el collar de perlas de su abuela. Como todas las mañanas, se había sentado frente al espejo no tanto para disfrazar las señales de la edad, puesto que consideraba que la edad era una ventaja, sino para utilizarla demostrando con ella su carácter y su posición social.

El carácter y la posición social eran a la vez espada y escudo. Salió de la casa a las nueve menos diez en punto. Le dijo a Lilah que tenía una entrevista y que luego asistiría a un almuerzo en Charleston. Estaría de regreso a las tres y media.

Y, por supuesto, sería puntual.

Calculaba que el asunto que debía atender antes de viajar al Sur no le llevaría más de media hora, pero le agregó quince minutos más, con lo cual todavía le quedaría tiempo para cumplir con su corta lista de recados antes de asistir al almuerzo.

Podría haber contratado un chófer y hasta hubiera podido tener uno permanente. Podría haberle encargado a uno de sus sirvientes que le hiciera los recados. Pero esas eran indulgencias

Y, por lo tanto, debilidades que ella no se permitiría. Desde su punto de vista, era necesario que a la señora de Beaux Réves se

la viera en el pueblo, que fuera cliente de determinados negocios y mantuviera las relaciones apropiadas con los comerciantes y los funcionarios adecuados.

Por una cuestión de conveniencia, jamás debía dejar de lado esas responsabilidades cívicas.

Margaret no sólo extendía generosos cheques a nombre de las obras de caridad que elegía. Ocupaba cargos directivos en comisiones.

-La comisión de arte local y la sociedad histórica tal vez le resultaran personalmente interesantes, pero aunque no fuera así ella les habría dedicado tiempo, energía y dinero.

En las treinta y dos años que hacía que era la señora de Beaux Réves, ni una sola vez faltó a sus deberes. Y no pensaba hacerlo ahora.

No se sobresaltó al pasar frente a la cortina de árboles cubiertos de moho que marcaban la entrada en el pantano, y tampoco aumentó ni disminuyó la velocidad del automóvil. No notó que los tabloncillos de madera del pequeño puente habían sido cambiados, ni que hubieran podado el zumaque. Pasó sin inmutarse por el lugar de la muerte de su hija.

-Si sintió alguna impresión, su rostro no lo demostró.

Tampoco lo demostró el día del entierro de Hope, aunque entonces su corazón estaba destrozado y se desangraba.

Su rostro permanecía firme y compuesto cuando dobló al sendero que conducía a la Casa del Pantano. Estacionó detrás de la camioneta de Tory y cogió su bolso.

No se miró por última vez

en el retrovisor. Hacerlo habría sido vanidad y una muestra de debilidad.

Bajó del coche y cerró la puerta con llave.

Hacía dieciséis años que no iba a la Casa del Pantano. Sabía que se le habían hecho mejoras, mejoras que Cade dispuso y pagó a pesar de su tácita desaprobación. En cuanto a ella se refería, una

mano de pintura y una serie de arbustos florales no modificaban lo que era esa casa: una casucha apesadumbrada. Un lugar que habría que derribar en lugar de vivir en él. Hubo un tiempo, cuando su dolor de madre era más agudo, que deseó quemar esa casa, incendiar el pantano entero, verlo todo envuelto en llamas y mandarlo al infierno. Pero eso, por supuesto, era una tontería. Y ella no era una mujer tonta.

La casa pertenecía a los Lavelle y, pese a todo, era necesario mantenerla y pasarla a la generación siguiente. Subió los escalones de entrada, ignorando el encanto de un tiesto cubierto de flores, y llamó a la puerta mosquitera.

Adentro, Tory se detuvo en el momento en que iba a coger una taza. Iba atrasada y le importaba un rábano. Exhausta, había dormido hasta tarde y todavía debía vestirse. Se

estaba preparando para recitarse una serie de conceptos sobre la responsabilidad, para regañarse por autoindulgente. Esperaba que el café la ayudara a volver a la vida y recuperar el entusiasmo para regresar a la tienda y terminar con los preparativos para la inauguración.

La interrupción no le resultó sólo molesta. No tenía ganas de ver a nadie ni quería hablar de nada. Lo que más hubiera deseado en el mundo era volver a la cama y lograr dormir sin sueños, cosa que durante toda la noche le resultó imposible. Pero acudió a la puerta.

A1 ver a la madre de Hope, Tory se sintió culpable, agotada y avergonzada.

-Señora Lavelle.

-Victoria. -Margaret recorrió con mirada gélida los pies descalzos de Tory, su bata arrugada y su pelo despeinado. Esa mujer, pensó con fría satisfacción, no era más ni menos que lo que esperaba de una Bodeen.

-Supuse que a las nueve estarías levantada y preparándote para el día.

-Sí. Sí, es lo que debía haber hecho. -Tory se tironeó con timidez el cinturón de la bata-. Estaba... me temo que me dormí. -Necesito que hablemos un momento. Si me permites entrar.

-Sí. Por supuesto. -Todas sus capas de compostura cuidadosamente adquiridas acababan de derrumbarse. Abrió con torpeza la puerta mosquitera-. Lo siento, pero la casa no está más presentable que yo.

Había encontrado un sillón que le gustó, tapizado en azul claro. Eso y la pequeña mesa de centro que pensaba terminar de lustrar, constituían todo el mobiliario de su sala.

No había alfombras, ni cortinas ni lámparas. Tampoco había polvo ni suciedad, pero Tory retrocedió con la sensación de estar recibiendo a una reina en una choza.

Su voz reverberó incómodamente en la habitación casi vacía, mientras Margaret permanecía estudiándola en silencio.

-He dedicado todos mis esfuerzos a instalar la tienda y no he tenida... -Se interrumpió y enlazó las manos. ¡Maldición! Ya no tenía ocho años, ni era una niña a quien pudiera mortificar y

llenar de temor religioso la regia desaprobación de la madre de una amiga.

-Acabo de preparar café -dijo con formal amabilidad-. ~ ¿Le apetece una taza?

-¿Hay dónde sentarse?

-Sí. Por lo visto vivo principalmente en la cocina y el dormitorio y lo seguiré haciendo hasta que mi negocio esté inaugurado. -Estás balbuceando, se dijo mientras abría la marcha hacia la cocina. ¡Basta de balbuceos! No tienes por qué disculparte de nada. Debes disculparte por todo-. Siéntese, por favor.

Por lo menos he comprado una buena mesa de cocina y cuatro sillas, pensó. Y la cocina estaba limpia y se veía casi alegre con los tiestos de hierbas que colocó sobre el alféizar de la ventana y gracias al bonito centro de mesa, un bol de su propia mercadería. Sirvió el café y colocó el azucarero sobre la mesa, pero al abrir la nevera la esperaba una nueva mortificación que le coloreó las mejillas.

-Me temo que no tengo crema. Ni leche.

-Note preocupes. -Margaret apartó su taza. Una bofetada deliberada y sutil-. Quieres sentarte, por favor? -Margaret permitió que el silencio pendiera entre ellas durante un instante. Conocía el valor de los silencios y de tomarse su tiempo.

Cuando Tory se hubo sentado, cruzó las manos sobre el borde de la mesa y, con mirada apacible, comenzó a hablar.

-Me he enterado de que te estás viendo con mi hijo. -Otro silencio mientras observaba la expresión de sorpresa de Tory-.

-Los chismes de pueblo pequeño son tan poco atractivos como inevitables.

-Señora Lavelle...

-¡Por favor! -La interrumpió Margaret levantando un dedo-. Has estado fuera durante varios años. A pesar de tener relaciones familiares en Progresá, eres, prácticamente una recién llegada. Una extraña, prácticamente -repitió-. Pero no por completo. Por ciertos motivos has decidido regresar y abrir aquí una tienda.

-¿Ha venido a interrogarme con respecto a mis motivos, señora Lavelle?

-Tus motivos no pueden interesarme menos. Seré sincera y te diré que no estuve de acuerdo con que mi hijo te alquilara el local para la tienda ni que te alquilara esta casa. Sin embargo,

Cade es el cabeza de la familia y, como tal, las decisiones de negocios son tuyas. Pero cuando esas decisiones y sus resultados afectan a la familia, el asunto cambia.

Cuanto más hablara Margaret con ese tono suave e implacable, más fácil le resultaba a Tory recobrar la compostura. Seguía teniendo un nudo en el estómago, pero cuando habló su tono fue igualmente suave e implacable.

-¿Y en qué sentido afectan mi tienda y mi lugar de residencia a su familia, señora Lavelle?

-Eso ya habría sido bastante difícil de tolerar. Como supongo que comprenderás, las circunstancias son poco convenientes. Pero este ingrediente personal es, en todo sentido, inaceptable.

-¿De manera que aunque tolerará mi relación económica con su familia, me está pidiendo que no vea a Cade en un sentido personal? ¿Es así?

-Sí. -¿Quién es esta mujer de mirada fría que permanece tan quieta, tan compuesta?, se preguntó Margaret. ¿Dónde está aquella chiquilla tímida que se ocultaba y me miraba desde las sombras?

-Me parece problemático, considerando que es el dueño tanto de la casa en que vivo como de mi negocio y que por lo visto toma esas responsabilidades con seriedad.

-Estoy dispuesta a compensar el tiempo y el esfuerzo que te exija mudarte de Progress. Tal vez para volver a Charleston o Florence, donde también tienes familiares.

-¿Compensarme...? Comprendo. -Con serenidad, Tory alzó su taza de café-.

¿Puedo preguntarle qué clase de compensación tiene en mente? -Sonrió apenas y notó que Margaret apretaba la mandíbula-. Después de todo, soy una empresaria. -Todo este asunto me resulta deplorable. No me queda más remedio que rebajarme a tu nivel a fin de preservar mi familia y su reputación. -Abrió el bolso-. Estoy dispuesta a extenderte un cheque por cincuenta mil dólares a cambio de tu compromiso de cortar todo lazo con Cade y con Progres. Te entregaré hoy mismo la mitad de esa cantidad y enviaré el resto a tu nuevo domicilio. Te daré dos semanas para mudarte.

Tory permaneció en silencio. Ella también sabía que el silencio era un arma.

-Esa suma -continuó Margaret en voz cada vez más aguda- te permitirá vivir con comodidad durante la transición. -Sin duda -Tory volvió a beber un sorbo de café y luego depositó la taza en el platillo-. Debo hacerle una pregunta, señora Lavelle. ¿Qué le ha hecho pensar que yo podría mostrarme receptiva ante un insultante soborno?

-No simules una sensibilidad que no posees. Te conozco -replicó Margaret, inclinándose hacia adelante-. Sé de dónde y de quiénes procedes. Quizá creas que puedes ocultarte detrás de

modales tranquilos, de una fachada de respetabilidad. Pero yo te conozco.

-Cree conocerme. Pero puedo asegurarle que ahora no me siento ni tranquila ni respetable. La compostura de Margaret fue la que corrió peligro.

-Tus padres eran una basura y permitieron que te criaras salvaje como una gata y que te deslizaras por el camino para imponerle tu amistad a mi hija. Para alejarla de su familia y por fin para conducirla a la muerte. Ya me costaste una hija, pero no me costarás un hijo. Aceptarás mi dinero, Victoria. Como hizo tu padre. En ese momento Tory se sintió sacudida hasta el alma, pero se mantuvo fuerte.

-¿Qué quiere decir con que mi padre aceptó su dinero?

-A ellos les bastaron cinco mil. Cinco mil para que te alejaran de mi vista. Mi marido se negó a desalojarlos, aunque yo le supliqué que lo hiciera. -Le temblaron los labios, pero los cerró con fuerza. Fue la primera y última vez que ella le suplicó a Jasper que hiciera algo. Que le suplicó a cualquiera que hiciera algo-. Al final tuve que encargarme yo del asunto. Lo mismo que ahora. Te irás, te llevarás esa vida que debiste perder aquella noche en lugar de la de mi hija, y la vivirás en otra parte. Y te mantendrás lejos de mi hijo.

-¿Usted le pagó para que se fuera? ¿Cinco mil? -murmuró Tory-. Eso debió de ser mucho dinero para nosotros. Me pregunto por qué nunca lo vimos. Me pregunto qué hizo mi padre con él. Bueno, no importa. Lamento desilusionarla, señora Lavelle, pero yo no soy mi padre.

Él nunca hizo nada para que yo le tuviera cariño y es algo que su dinero no modificará. Me quedaré porque quiero quedarme. Me resultaría más fácil irme. Usted no lo comprenderá, pero sería más fácil. En cuanto a Cade... -En ese momento recordó lo distante que él se había mostrado después del episodio de la noche anterior-.

Entre nosotros no hay tanto como usted parece creer. Cade ha sido muy bueno conmigo, eso es todo, porque es un buen hombre. Y no pienso pagar su bondad rompiendo una amistad ni contándole esta conversación.

-Si actúas contra mis deseos, te arruinaré. Lo perderás todo, como ya te sucedió una vez. Cuando mataste a esa criatura en Nueva York.

Tory palideció y por primera vez le temblaron las manos. -Yo no maté a Jonah Mansfield. -Inspiró hondo y lanzó un suspiro entrecortado-. Sencillamente no pude salvarlo.

Allí había una brecha. Margaret clavó sus uñas en ella.

-La familia te hizo responsable y también la policía.

Y la prensa. Una segunda criatura que moría por tu causa. Si te quedas aquí, se hablará sobre eso. Se hablará sobre la parte que tú tuviste. Se dirán cosas desagradables.

¡Qué tontería fue creer que nadie me relacionaría con la mujer que fui en Nueva York!, pensó Tory. Con la vida que construí y destruí allí. No podía hacer nada por cambiarlo, sólo enfrentarlo.

-Señora Lavelle, durante toda la vida he sido objeto de chismorreos desagradables. Pero he aprendido a no tolerarlos en mi propia casa. -Se puso de pie-. Y ahora le ruego que se vaya. -No volveré a hacerte este ofrecimiento.

-No, no creo que lo repita. Le acompañaré hasta la puerta. Con los labios apretados, Margaret se puso de pie y tomó su bolso.

-Conozco el camino.

Tory esperó hasta que estuvieron separadas por el largo de la habitación.

-Señora Lavelle-dijo entonces en voz baja-, Cade es mucho más de lo que usted cree que es. Y lo mismo sucedía con Hope.

Rígida de dolor y furia, Margaret cogió el picaporte. -¿Cómo te atreves a hablarme de mis hijos?

-Sí -murmuró Tory cuando la puerta se cerró y quedó a solas-. Me atrevo.

Cerró la puerta con llave. El clic de la cerradura fue todo un símbolo. No volvería a entrar nadie a quien ella no se lo permitiera. Y nada de lo que ya está dentro, se dijo, volverá a causarme

dolor. Se encaminó al baño y se desnudó. Hizo correr el agua caliente de la ducha, casi demasiado caliente, y se metió bajo la lluvia y el vapor.

Allí se permitió llorar. Se dijo que no era autoindulgencia. Pero mientras el agua le golpeaba la piel y volvía a sentirse físicamente limpia, las lágrimas lavaban la amargura que había en su interior.

Los recuerdos de otra criatura y de su indefensión.

Lloró hasta sentirse vacía y hasta que el agua se enfrió. Luego alzó la cara hacia la lluvia helada y dejó que la tranquilizara.

-Cuando estuvo seca, quitó con la toalla el vapor que cubría el espejo. Se estudió el rostro sin compasión, sin excusas. Miedo, evasión, negativa. Admitió que todo eso estaba allí, que siempre había estado. Había vuelto a Progress pero se había ocultado en el trabajo y en la rutina.

Ni una sola vez se había abierto a Hope. Ni una sola vez fue más allá de los árboles para visitar el lugar que forjaron juntas. Ni una vez acudió a la tumba de su única amiga verdadera. Ni una vez se enfrentó al verdadero motivo por el que se encontraba allí.

¿Esto es distinto a huir?, se preguntó. ¿Es distinto a aceptar el dinero que me han ofrecido y marcharme presurosa a otro lugar? Cobarde. Cade la había llamado cobarde. Y tenía razón.

Se volvió a poner la bata y regresó a la cocina para buscar el número. Marcó y esperó.

-¡Buenos días! Biddle, Lawrence y Wheeler.

-Soy Victoria Bodeen. ¿La señorita Lawrence está ocupada? -Un momento, señorita Bodeen.

Abigail no demoró en atenderla.

-¡Tory! ¡Cuánto me alegra tener noticias tuyas! ¿Cómo estás? ¿Ya muy instalada?

-Sí, gracias. Pienso inaugurar la tienda el sábado que viene. -¿Tan pronto? Debes haber trabajado día y noche. Bueno, en cuanto pueda iré a hacerte una visita.

-Espero que lo hagas. Abigail, tengo que pedirte un favor. -Lo que quieras. Te debo mucho por haber encontrado el anillo de mi madre.

-¿Qué? ¡Ah! Lo había olvidado.

-Creo que hubiera tardado años en encontrarlo... si alguna vez lo encontraba. Casi nunca utilizo esos viejos archivos. ¿Qué puedo hacer por ti, Tory?

-Yo... espero que tengas algún contacto con la policía. Con alguien que pueda proporcionarte información sobre un viejo caso. No quiero... creo que comprenderás que no me gustaría acudir personalmente a la policía.

-Conozco a algunas personas. Haré todo lo que pueda. -Fue un homicidio de móvil sexual. - Sin darse cuenta de lo que hacía, Tory comenzó a apretar y a masajear su sien derecha.

Una jovencita. De dieciséis años. Se llamaba Alice. El apellido...

-Se apretó la sien con más fuerza-. No estoy segura... creo que Lowell o Powell. Estaba haciendo autostop en la carretera 513 y se encaminaba hacia el este, a Myrtle Beach.

La sacaron del camino, la metieron entre los árboles, la violaron y la estrangularon.

-Lanzó una larga exhalación para aliviar la presión de su pecho.

-No he oído nada de eso en los noticieros...

-No, no se trata de un caso reciente. No sé con exactitud cuándo sucedió. Lo lamento. Hace diez años, más o menos. Fue en verano. Hacía mucho calor. Hasta por la noche hacía mucho calor. Note estoy dando demasiados datos.

-No; me has dicho suficiente. Deja que vea lo que puedo averiguar.

-Gracias. ¡Muchas gracias! Sólo estaré en casa un rato más. Te daré mi número y el de la tienda. Cualquier cosa que puedas averiguar, absolutamente cualquier cosa, me ayudaría. Se mantuvo ocupada, pero después de casi cinco horas, Abigail todavía no la había llamado.

Durante todo el día, la gente que pasaba frente al escaparate se detenía a admirar la decoración hecha con cajas de embalar, telas hiladas a mano y piezas muy bien elegidas de cerámica, vidrio y

hierro forjado. Tory llenó los estantes y los cajones, colgó acuarelas y carrillones chinos.

Le resultó casi un alivio que alguien llamara a la puerta. Hasta que vio a Faith al otro lado.

¿No podían los Lavelle dejarla en paz durante un maldito día?

-Necesito comprar un regalo -dijo Faith en cuanto ella abrió la puerta. Habría entrado directamente si Tory no se lo hubiera impedido.

-La tienda todavía no está abierta.

-¡Diablos! Ayer tampoco lo estaba, ¿recuerdas? Sólo necesito hacer una compra y que me concedas diez minutos de tu tiempo. Olvidé que es el cumpleaños de mi tía Rosie y ella acaba de llamar para avisar que viene a visitarnos. Y no puedo desairarla, ¿no crees? - Faith esbozó una sonrisa suplicante-. De todos modos está medio loca y una actitud así podría hacerla caer en la locura total.

-Cómprale algo el sábado.

-Pero Rosie llegará mañana. Y si le gusta mi regalo, ella misma vendrá el sábado.

-La tía Rosie tiene mucho dinero. Le compraré un regalo muy caro.

-Espero que así sea. -A regañadientes, Tory la dejó pasar. -Está bien. Ahora ayúdame

-dijo Faith recorriendo la tienda con la mirada.

-¿Qué cosas le gustan a tu tía?

-¡Ah! Le gusta todo. Le podría hacer un sombrero de papel y se sentiría feliz. ¡Dios! Aquí tienes mucho más de lo que imaginé. -Faith levantó una mano e hizo sonar un carrillón chino-. Nada práctico. Quiero decir que no quiero regalarle un juego de boles para ensaladas ni esa clase de cosas.

-Tengo unos joyeros muy bonitos.

-¿Joyeros? Ese es el segundo nombre de mi tía Rosie. -Entonces deberías comprarle un joyero grande. -Con tal de sacarse a Faith de encima y terminar de una vez con el asunto,

Tory cruzó la tienda y eligió una caja de cristal biselado. Los costados habían sido tallados como diamantes y tenían pequeñas violetas y rosas rosadas pintadas a mano.

-¿Es una cajita de música o algo así?

-No.

-Mejor. La haría sonar todo el día y la mitad de la noche y nos volvería locos a todos. Es probable que la llene de botones viejos o de tornillos oxidados, pero le encantará.

Faith miró el precio y lanzó un silbido. -Bueno, veo que cumpliré con mi palabra.

-Los lados están tallados y pintados a mano. Es una pieza única. -Satisfecha, Tory la llevó al mostrador-. Tela pondré en una caja y la envolveré para regalo.

-¡Qué amable! -Faith sacó la chequera-. Por lo visto ya estás lista para hacer negocios.

¿Para qué esperar hasta el sábado? -Todavía me faltan algunos detalles. Y pasado mañana es sábado.

-¡Cómo vuela el tiempo! -Miró el precio de su compra y extendió el cheque mientras Tory la envolvía.

-Elige una tarjeta de regalo de ese exhibidor y escribe en ella lo que quieras. La sujetaré con la cinta.

-Hmm. -Faith cogió una tarjeta con una rosa en el centro, escribió una felicitación de cumpleaños-. ¡Perfecto! A partir de ahora, durante unos meses encabezaré la lista de los preferidos de mi tía. -Miró a Tory atar la caja con una cinta blanca en la que puso la tarjeta antes de hacer un lazo elegante.

-Espero que le guste. -Le pasó la caja a Faith cuando sonó el teléfono.

Algo en la expresión de Tory despertó la curiosidad de Faith y le impidió salir de la tienda.

-Sólo te pido que me permitas anotar esa suma en la chequera. Siempre olvido hacerlo.

-El teléfono sonó por segunda vez-. Atiende. En un instante me iré.

Atrapada, Tory levantó el auricular. -Buenas tardes. Confort Sureño. -Tory. Lamento haber demorado tanto en llamarte.

-No, está bien. Te agradezco que lo hayas hecho. ¿Has conseguido la información?

-Sí, creo que tengo lo que buscas.

-¿Puedes esperar un momento? Te acompañaré hasta la puerta, Faith.

Faith se encogió de hombros y cogió la caja del regalo. Pero mientras salía se preguntó quién llamaría a Tory y por qué le habían temblado las manos.

-Lo siento, había una persona en la tienda -explicó Tory, volviendo a coger el auricular.

-Note preocupes. Bien, la víctima se llamaba Alice Barbara Powell, blanca.

-Descubrieron su cadáver cinco días después del crimen. Durante tres días nadie informó que faltaba, porque los padres creían que estaba acampando en la playa con sus amigos. Los restos... bueno, Tory, para entonces los animales ya se habían ensañado con ellos. Me dicen que no fue un espectáculo demasiado agradable.

-¿Detuvieron al asesino? -Ya conocía la respuesta, pero tuvo que preguntarlo.

-No. El caso sigue abierto, pero archivado. Ya han pasado diez años.

-¿En qué fecha se produjo? Me refiero a la fecha exacta del asesinato.

-Espera un minuto. Aquí lo tengo. Fue el 23 de agosto de 1990.

-¡Dios! -La recorrió un profundo escalofrío. -¿Qué pasa, Tory? ¿Puedo hacer algo por ti?

-En este momento no te lo puedo explicar. Abigail, ¿puedes volver a utilizar a tu contacto? Me interesa saber si hubo algún otro crimen parecido en los seis años anteriores y los diez posteriores. Me gustaría que averiguaras si en esa fecha hubo otros asesinatos similares. O en las proximidades de esa fecha de agosto.

-Está bien, Tory, lo preguntaré. Pero cuando lo averigüe, tendrás que contarme por qué quieres saberlo.

-Primero necesito las respuestas. Lo siento, Abigail. Y ahora debo colgar. Adiós.

Colgó con rapidez y enseguida se sentó en el suelo.

El 23 de agosto de 1990 se cumplían ocho años de la muerte de Hope. Ese verano, Hope habría tenido dieciséis años.

Los vivos llevaban flores a los muertos, azucenas elegantes o simples margaritas. Pero las flores morían con rapidez cuando se las tendía sobre la tierra. Tory nunca logró comprender el simbolismo de dejar sobre la tumba de los seres queridos algo que se marchitaría.

Suponía que consolaba a los que quedaban atrás.

Ella no le llevó flores a Hope. En cambio le llevó uno de los pocos recuerdos que se había permitido conservar. Dentro de una pequeña esfera de vidrio flotaba un caballo alado y, cuando la sacudía, resplandecían estrellas plateadas.

Era un regalo, el último regalo que le había hecho una amiga perdida.

Lo llevó consigo a través del largo camposanto donde descansaban generaciones de Lavelles, generaciones de habitantes de Progress. Había nombres grabados con sencillez sobre una lápi

da, o con figuras elaboradas, como un caballo encabritado con su jinete, esculpidos en bronce.

Hope llamaba tío Clyde al jinete, y sin duda era la escultura de uno de sus antepasados, un oficial de caballería, muerto en la guerra de la Agresión del Norte.

En una oportunidad, Hope la desafió a trepar detrás del tío Clyde y montar su brioso semental. Tory recordaba haber trepado, haberse deslizado sobre el metal caldeado por el sol que le

dejó la piel enrojecida, mientras se preguntaba si Dios castigaría su blasfemia matándola con un rayo.

No lo hizo y, durante unos instantes, mientras se aferraba al semental de bronce, el mundo se extendió a sus pies en verdes y marrones, el sol le castigó la cabeza como un martillo y ella se sintió invencible. Las torres de Beaux Réves le parecieron más cercanas, accesibles.

Le gritó a Hope que ella y el caballo volarían hasta allí y que aterrizarían sobre la torre superior.

Al bajar casi se rompió la nuca, y tuvo la suerte de aterrizar sobre el trasero en lugar de hacerlo sobre la cabeza. Pero los huesos doloridos no tuvieron importancia, comparados con ese momento glorioso sobre el caballo encabritado.

Para su siguiente cumpleaños, el octavo, Hope le regaló el globo. Fue lo único que Tory conservó de todos esos años de su vida.

En ese momento, como entonces, los robles y las fragantes magnolias custodiaban piedras y huesos y ofrecían luces y sombras. También proporcionaban un biombo entre ese testamento de mortalidad y la casa regia que sobrevivía a sus numerosos dueños ocupantes.

El trayecto entre el cementerio y la casa de la familia era agradable. Ella y Hope lo recorrieron innumerables veces, en medio del calor sofocante del verano y en días lluviosos de invierno.

A Hope le gustaba estudiar los nombres grabados en piedra y los pronunciaba en voz alta, decía que para que le dieran suerte.

En ese momento Tory caminó hacia la tumba y el ángel de mármol que la alegraba con la música de su arpa. Y pronunció en voz alta el nombre de su amiga.

-Hope Angelica Lavelle. ¡Hola, Hope!

Se arrodilló sobre la suave hierba y se sentó sobre sus talones. La brisa era suave y cálida y transportaba el dulce perfume de los arbustos de rosas que flanqueaban al ángel.

-Lamento no haber venido antes. Lo dejaba constantemente para después, pero he pensado mucho en ti durante estos años. Nunca he tenido otra amiga como tú, alguien a quien le podía contar todo. Fui muy afortunada al tenerte.

Cuando cerró los ojos y se sumió en los recuerdos, alguien la observaba desde el abrigo de los árboles. Alguien que tenía los puños cerrados con fuerza. Alguien que sabía lo que era anhelar lo inconfesable. Vivir año a año con ese deseo oculto en el corazón que en ese momento latía aceleradamente, movido por ese anhelo y por la seguridad de poderlo llevar a la práctica.

Después de dieciséis años, Tory estaba de regreso. Él observó, se mantuvo siempre vigilante, convencido de que, a pesar de todo, existía la posibilidad de que algún día ella regresara al lugar donde todo comenzó.

¡Qué cuadro bonito formaban! Hope y Tory. Tory y Hope. La oscura y la resplandeciente; la castigada y la mimada. Nada de lo que había hecho antes, nada de lo que hizo después de aquella noche de agosto, le proporcionó la misma excitación. En muchas oportunidades trató de revivirla; cuando la presión crecía en su interior, reconstruía esa noche y su gloria absoluta, indescriptible.

Nada fue igual.

Y ahora la amenaza era Tory. Podía encargarse de ella con rapidez y facilidad. Pero si lo hacía perdería la fascinación de vivir en el límite, peligrosamente. Tal vez eso era lo que él había estado esperando todos esos años. Que ella regresara para que él pudiera volver a tenerla en su lugar.

Tendría que esperar hasta agosto, siempre que pudiera. Hasta una noche calurosa de ese mes, cuando todo fuese como dieciocho años antes.

A lo largo de los años podría haberse encargado de Tory en cualquier momento. Podría haber acabado con ella. Pero era un hombre que creía en los símbolos, en los grandes cuadros. Debía

ser allí. Donde empezó, pensó, y mientras la observaba, se masturbó como había hecho tantas veces en secreto observando a Tory. A Hope y a Tory. A Tory y a Hope.

Donde todo comenzó, volvió a pensar. Donde terminaría.

La recorrió un escalofrío, un dedo helado desde la nuca hasta la base de la espina dorsal. A pesar de mirar inquieta por encima del hombro, Tory pensó que era el producto de la atmósfera y de sus propios pensamientos.

Después de todo, había entrado allí sin permiso, era una intrusa entre los muertos y los seres queridos. La luz desaparecía, grandes nubarrones avanzaban desde el este y ahogaban al sol.

-Esa noche llovería para alegría de los granjeros.

Ella no permanecería allí mucho más.

-Lamento tanto no haber estado allí aquella noche -le dijo a la tumba de su amiga-. Debí haber ido, aún después de la paliza que me dieron. A mi padre jamás se le habría ocurrido que pudiera desafiarlo saliendo de la casa. Nadie habría ido a mi cuarto a asegurarse de que yo seguía allí. Pero en esa época, nunca logré explicarte lo que me sucedía cuando él me pegaba con el cinturón. Con cada golpe desaparecía mi coraje, yo misma desaparecía hasta que no quedaba nada más que miedo y humillación. Si hubiera encontrado el coraje necesario para salir por la ventana, tal vez nos habríamos salvado las dos. Nunca lo sabré.

Los pájaros cantaban a coro.

- Era un sonido alegre e insistente que debería estar fuera de lugar allí, y en cambio era perfecto. Pájaros, el zumbido de las abejas que rodeaban con pereza los rosales y el perfume fuerte y vivo de las rosas mismas.

En lo alto, el cielo se cernía sobre ella, cargado de nubes de tormenta que, impulsadas por el viento, permanecían altas, demasiado altas para refrescar el aire. Cuando Tory respiraba, era como respirar dentro del agua. Tenía la sensación de que se ahogaba.

-Volió a levantar el globo, que se llenó de estrellitas plateadas.

-Pero he vuelto. Para lo que pueda servir, estoy de regreso. Y haré todo lo posible por compensar lo pasado. Nunca te dije lo que significabas para mí, que sólo por ser mi amiga abrí algo en mi interior, algo que, cuando te perdí, sentí que se volvía a cerrar. Durante demasiado tiempo.

-Trataré de quitarle la cerradura, de volver a ser lo que fui cuando tú estabas aquí.

Volió a mirar el biombo de árboles y las torres de Beaux Réves que se alzaban detrás. ¿Alcanzarían a verla desde allí, desde la torre de piedra? ¿Habría alguien de pie, muy cerca del vidrio, observándola? Era lo que sentía, como si ojos, mente y corazón la observaran encerrados tras un vidrio. Esperando.

Que me observen, pensó. ¡Que esperen! Volvió a mirar el ángel y luego la lápida.

-Nunca lo encontraron. Nunca encontraron al hombre que te hizo esto. Si puedo, yo lo haré. Movi6 el globo y luego lo coloc6 debajo del 6ngel, para que el caballo pudiera volar y las estrellas resplandecieran. Y se alej6.

Llovía con fuerza cuando Cade sali6 del pueblo y tom6 el camino que lo conduciría a su casa.

- Era una buena lluvia que empaparía los sembrados y los haría crecer.
- Con un poco de suerte, duraría toda la noche y el campo quedaría mojado y satisfecho.

Quería sacar muestras de la tierra de casi todos sus campos y comparar el éxito de sus distintos sembrados de protección. El

año anterior había sembrado garbanzos porque agregaban el nitr6geno que tanto necesitaba su algod6n.

Sacaría esas muestras al día siguiente, después de la lluvia, y luego compararía y estudiaría los resultados de los últimos cuatro años. La cosecha de garbanzos fue razonablemente buena, pero

no le produjo una ganancia sólida. Si decidía volver a sembrarlos, debía estar en condiciones de justificarlo.

Ante mí mismo, pens6. Nadie más prestaba atención a sus cuadros comparativos. Hasta Piney, que por lo menos simulaba cierto interés, miraba por encima cada vez que él le presentaba sus gráficos.

No importa, decidi6 Cade. Aparte de mí, nadie tiene por qué entender esos gráficos.

Y para ser franco, debía admitir que por el momento él tampoco estaba demasiado interesado en sus gráficos. Los estaba utilizando para no pensar en Tory y en lo sucedido la noche anterior.

Así que sería mejor que se enfrentara a ella y tratara de aclarar el asunto. Que esclareciese las cosas antes de volver a su casa. Cade frunci6 el entrecejo cuando el Mustang descapotable rojo que lo precedía tom6 el sendero que llevaba a la casa de Tory.

- Dobló detrás de él y alzó las cejas al ver que del Mustang se apeaba J.R.

-Bueno, ¿qué te parece? -Al ver que Cade se le acercaba, él sonrió de oreja a oreja y palme6 su automóvil.

-¿Es suyo?

-Acaban de entregármelo. Boots afirma que estoy atravesando la crisis de la mediana edad. Si me lo preguntas, te diré que esa mujer ve demasiada televisión. Y yo digo: si a uno le da placer y lo puede pagar, ¿qué tiene de malo?

-No cabe duda de que es una belleza. -Bajo la lluvia torrencial, ambos se acercaron al capó y J.R. lo levant6. Y allí permanecieron, con los brazos en jarras, admirando el motor. Cade asintió, admirado.

-tBuen motor?

-Entre tú, yo y el poste de entrada, esta mañana lo llevé hasta ciento cincuenta como si nada. Y es muy estable en las curvas. Ayer fui hasta Broderick's. Era hora de que cambiara mi sedán. Pensaba comprar otro igual, pero cuando vi a este bebé... -J.R. sonrió y se pasó un dedo por el grueso bigote plateado-. Fue amor a primera vista.

Más allá de lo que en realidad haya sucedido, la cuestión es que han detenido a Han. Ha estado bebiendo de nuevo. Es algo que Sarabeth no me quería decir, pero se lo sonsaqué. Lo dejaron en libertad condicional y con la obligación de iniciar un tratamiento de rehabilitación. Supongo que no debe de haberlo tomado bien, pero no le quedaba alternativa.

Bebi6 otro sorbo de té para humedecer su garganta seca. -Y después de dos semanas, se larg6.

-¿Se larg6?

-No ha vuelto a su casa. Sarabeth me dijo que hace más de dos semanas que no lo ve y que Han ha violado la condicional. Cuando lo encuentren... lo encerrarán.

-Ya. -De un modo frío y distante, siempre le había sorprendido que hasta entonces su padre nunca hubiera estado del otro lado de los barrotes. ¡Gracias a Dios!, pens6.

-Sarabeth está frenética. -Sin pensar en lo que hacía, J.R. metió la galleta en el té, una costumbre que desesperaba a su mujer-. Tiene poco dinero y está enferma de preocupación. Pienso ir a verla mañana, para conocer exactamente la situación.

-Y crees que yo debería ir contigo.

-Bueno, querida, eso depende de ti. Yo puedo manejar solo este asunto.

-Iré contigo.

-De acuerdo. Pensaba salir bien temprano. ¿Podrías estar lista alrededor de las siete?

-Sí, por supuesto.

-Muy bien. Perfecto. -Incómodo, se puso de pie-. Ya verás que lograremos aclarar todo esto. Pasaré a buscarte por la mañana. No, no te levantes. Termina tu té. -Antes de que Tory pudiera ponerse de pie, le palmeó la cabeza-. No es necesario que me acompañes a la puerta.

-Está avergonzado -murmuró Tory cuando lo oyó salir-. Por él mismo, por mí, por mi madre. Me lo dijo en tu presencia porque debe de haber oído los chismorreos de Lissy Frazier y consideró mejor que no estuviese sola.

Cade no apartó la mirada de su rostro. -¿Y tenía razón?

-No sé. Estoy acostumbrada a estar sola. ¿Te estás preguntando por qué no me preocupo mucho por mi padre o por mi madre?

-No. Me pregunto qué puede haber sucedido entre vosotros para que tú no te preocupes por ellos. O por qué has decidido no estar preocupada por lo que dijo J.R. o no demostrarlo.

-Qué sentido tiene que me inquiete? Lo hecho, hecho está. Mamá ha decidido no creer que mi padre hizo aquello por lo que lo arrestaron. Pero por supuesto que lo hizo. Si había estado

bebiendo, sin duda no se cuidó por mantener su violencia oculta en su casa.

-¿Maltrataba a tu madre?

Tory esbozó la parodia de una sonrisa.

-Mientras yo estuve por ahí, no. No tenía necesidad de hacerlo.

Cade asintió. Lo sabía. Una parte de su ser lo sabía desde esa mañana en que ella llegó a su puerta para decirles lo que le había sucedido a Hope.

-Porque tú eras el blanco más fácil.

-Pero hace tiempo que no puede utilizarme. Me he asegurado de ello.

-¿Y por qué te culpas?

-No me culpo. -Como Cade la miraba con tranquilidad, ella cerró los ojos-. Costumbre. Sé que después de mi marcha, mi padre la usó a ella como punching bol. Nunca hice nada por tratar de impedirlo. No creo que ninguno de ellos me lo hubiera permitido, pero nunca lo intenté. Sólo he visto a mi padre dos veces desde que cumplí dieciocho años. Una vez cuando vivía en Nueva York. Entonces era feliz y creía que se podían remendar las cosas que estaban rotas, o por lo menos algunas. En esa época ellos vivían en una casa rodante, cerca de la frontera de Georgia. Se mudaron muchas veces desde que salimos de Progress. -Permanecía con los ojos cerrados, en medio del silencio, mientras la lluvia golpeteaba contra el techo-. Papá no lograba mantener mucho tiempo un mismo trabajo. Siempre decía que alguien le tenía ojeriza. O que había un trabajo mejor en otra parte.

Perdí la cuenta de la cantidad de lugares que conocí... distintos colegios, distintas habitaciones, distintas caras. Nunca me hice realmente amiga de nadie, así que en el fondo no importaba tanto. Sólo estaba haciendo tiempo, hasta que llegara el momento en que pudiera irme de casa. Si me hubiera ido antes, él me habría obligado a volver y me lo habría hecho pagar.

-¿No podrías haber pedido ayuda? to tu abuela, por ejemplo?

-Él la habría lastimado. -Tory abrió los ojos y miró a Cade-.

-Le tenía miedo a mi abuela, lo mismo que a mí, y le hubiera hecho algo. Y mi madre habría tomado partido por él. Siempre lo hacía.

Por eso cuando me fui de casa no acudí a ella. Si él se hubiera enterado, no le habría gustado. No te puedo explicar, nunca he logrado explicarle a nadie, cómo puede instalarse

el miedo dentro de uno. Cómo ese miedo llega a dictar lo que debes pensar, cómo debes actuar, lo que dices y lo que no te atreves a decir.

-Acabas de hacerlo.

Ella abrió la boca pero volvió a cerrarla para que no se le escapara una palabra que luego lamentase.

-- Quieres más té?

-Note levantes. Yo me lo serviré. -Se puso de pie antes de que ella lo hiciera y volvió a poner la tetera sobre el fuego-. Cuéntame el resto.

-No les dije que me iba de casa, aunque había planeado cada paso que daría y adonde iría. Hice el equipaje y huí en medio de la noche, caminé hasta la ciudad, hasta la terminal de autobuses y compré un billete a Nueva York. Cuando salió el sol, estaba a kilómetros de distancia y sin intenciones de volver jamás. Pero...

Abrió los dedos enlazados y volvió a cerrarlos, como si rezara.

-Pero una vez fui a verlos -dijo con cautela-. Acababa de cumplir veinte años. Tenía trabajo en una tienda del centro. Una tienda que vendía cosas preciosas. Ganaba un buen sueldo y tenía mi propio apartamento. No era mucho más grande que un armario, pero era mío. Como ya llegaban mis vacaciones, tomé el autobús hasta la frontera de Georgia para verlos, bueno, en parte tal vez fuera para demostrarles que había logrado algo por mí misma. Hacía dos años que faltaba y a los dos minutos era como si nunca me hubiese ido.

Cade asintió. Él se había ido para ingresar en la universidad, y suponía que durante esos cuatro años se convirtió en un hombre. Y cuando volvió, el ritmo era el mismo.

-Pero para él era el ritmo correcto, el que tanto añoraba.

-Nada de lo que hacía, había hecho o podía hacer estaba bien. Suponía que me había convertido en una puta despreciable. Él sabía la clase de vida que vivía en el Norte. Suponía que había

vuelto a casa porque estaba embarazada de alguno de los hombres que permití que me poseyeran. Yo todavía era virgen pero para él era una prostituta. Pero durante esos dos años había ad

quirido cierta confianza en mí misma, justo la necesaria para plantarle cara. Fue la primera vez en mi vida que me atreví a hacerle frente. Tuve que dedicar el resto de mi semana de vacaciones a lograr que los moretones y lastimaduras que tenía en la cara cicatrizaran bastante como para disimularlos con maquillaje y volver a trabajar.

-¡Dios mío, Tory!

-Sólo me golpeó una vez. ¡Pero tenía manos grandes! Manos grandes y duras y puños muy sólidos. -Distraída, se llevó una mano a la cara y resiguó la línea de su nariz-. Me levantó por el aire y me arrojó contra la encimes de la cocina. No me di cuenta de que me había roto la nariz. Porque, ¿sabes?, el dolor me resultaba muy familiar.

Debajo de la mesa, Cade apretó unos puños que le parecieron inútiles y tardíos.

-Cuando volvió a atacarme, cogí la cuchilla que había en el fregadero, grande, y de mango negro. Ni siquiera tuve que pensarlo -agregó con voz tranquila y pensativa-. De repente me di cuenta de que la tenía en la mano. El debió de notar en mi expresión que estaba decidida a usarla. Que me habría encantado usarla. Salió hecho una tromba de la casa rodante, con mi madre corriendo tras él y suplicándole que se detuviera. Papá la apartó como si se tratara de un mosquito y la hizo caer al suelo y ella todavía lo siguió llamando. ¡Dios! Se arrastró detrás de él sobre sus malditas manos y rodillas. Jamás lo olvidaré. Jamás.

Cade se volvió a acercar a la cocina, a la tetera, para darle tiempo a reponerse. En silencio, vertió el té en el agua caliente. Volvió a sentarse y esperó.

-Tienes el don de escuchar.

-Termina de sacártelo. Libérate de eso.

-Está bien. -Ya tranquila, Tory abrió los ojos. Si hubiera visto lástima en los de Cade, tal vez no habría podido proseguir. Pero lo que vio fue paciencia-. La compadecía. Estaba disgustada con ella. Y la odiaba. Creo que en ese momento la odié más a ella que a él. Solté la cuchilla y cogí mi maleta. Ni siquiera había desempacado, no hacía una hora que estaba allí. Cuando salí, ella todavía seguía sentada en el suelo y llorando.

Pero me miró con una terrible expresión de enojo en los ojos: «¿Por qué tuviste que enfurecerlo? Lo único que nos has causado siempre son problemas.» Le sangraban los labios, no sé si porque él le había pegado o porque se los había mordido al caer. Yo seguí caminando sin decirle una sola palabra. Desde entonces no he vuelto a hablar con ella. Es mi madre y desde los veinte años no hablo con ella. -No es culpa tuya.

-No, no lo es. He hecho terapia durante años, así que puedo decirlo con seguridad. No tuve ninguna culpa. Pero seguía siendo la causa. Creo que él se solazaba castigándome por haber nacido. Por haber nacido distinta. Yo era problema de mi madre y él pocas veces se tomaba la molestia de darme algo que no fuera un bofetón distraído. Pero cuando supo que era distinta, creo que nunca pasaba una semana sin que abusara de mí. ¡No!

-No me refiero a abuso sexual -aclaró al ver la expresión de Cade-. Nunca me puso las manos encima en ese sentido. Pero se moría por hacerlo. ¡Dios, qué ganas tenía de hacerlo! Y eso lo asustaba más, de manera que me castigaba más. Y hacerlo le producía un placer retorcido. El sexo y la violencia están unidos en su interior.

-Sin duda es cierto lo que dicen que le hizo a esa mujer. Seguramente no la violó en el sentido estricto de la palabra, porque en ese caso no le habrían concedido con tanta facilidad la libertad condicional. Pero la violación es sólo una de las maneras en que un hombre puede herir y humillar a una mujer.

-Lo sé. -Se levantó a buscar la tetera y le sirvió té-. Dijiste que los habías visto dos veces.

-No a ellos, a él. Hace tres años fue a Charleston. Llegó a mi casa. Me siguió hasta allí desde el trabajo. Había averiguado dónde trabajaba y me siguió hasta casa. Se acercó cuando yo bajaba

del coche. Casi me muero de miedo. Ya no me quedaba mucho de ese acero que había forjado en Nueva York. Me dijo que mi madre estaba enferma y que necesitaban dinero. No le creí. Había estado bebiendo. Apestaba a alcohol. -Levantó la taza y aspiró el aroma del té-.

-Me aferró el brazo. Me di cuenta de lo que quería hacer. Retorcerme el brazo, quebrarme el hueso. Y lo excitaban las imágenes que tenía en su cabeza. Le extendí un cheque por quinientos dólares. Se lo extendí en el acto. No lo hice entrar en la casa. Le dije que si me lastimaba, o trataba de entrar en la casa, o si iba al lugar donde yo trabajaba, si hacía cualquiera de esas cosas, daría orden de que no le pagaran el cheque y nunca más recibiría un centavo. Pero que si tomaba el cheque, se iba y no volvía, les enviaría cien dólares por mes. -Lanzó una corta carcajada-.

- Le sorprendió tanto esa posibilidad que me soltó. Siempre le gustó el dinero. Sólo por el hecho de tenerlo.

- Le gustaba sermonearnos acerca de los hombres ricos y los ojos de las agujas, pero le fascinaba tener dinero. Entré en la casa y cerré la puerta con llave. Me quedé toda la noche levantada, cerca del teléfono y con el atizador en la mano. Pero él no volvió nunca más. Esos cien dólares mensuales me compraron una especie de paz de espíritu. No era un precio demasiado caro. .

Bebió un largo sorbo de té, caliente y fuerte, que la aromó. Incapaz de seguir sentada, se puso de pie para mirar la lluvia por la ventana.

-Así pues, ya conoces algunos de los desagradables secretos de la familia Bodeen.

-Los Lavelle también tienen sus secretos desagradables.

-Se levantó para acercarse y le pasó la mano por la pulcra trenza que le caía por la espalda-. Todavía conservabas tu acero, Tory.

Tenías lo que necesitabas. Y él no lo pudo quebrar. Ni siquiera logró torcerlo.

Apoyó los labios en el pelo de Tory, feliz de que ella no se apartara como por lo general hacía.

-¿Has comido algo? -dijo de repente. -¿Qué?-repuso ella, desconcertada.

-Es probable que no. Siéntate. Prepararé unos huevos revueltos.

-¿De qué estás hablando?

-Estoy hambriento y si tú no lo estás, deberías estarlo. Comeremos unos huevos.

Ella se volvió y de pronto él la rodeó con sus brazos. Se le llenaron los ojos de lágrimas, que hizo desaparecer parpadeando con rapidez.

-Esto no puede llevar a ninguna parte, Cade. Lo tuyo y lo mío.

-Tory. -Le rodeó con la mano la nuca hasta que ella apoyó la cabeza contra su hombro-. Ya ha llegado a alguna parte. ¿Por qué no nos quedamos y vemos si nos gusta?

Era agradable, tranquilizador que a una la sostuvieran así, de esa manera tan fácil y familiar.

-No hay huevos. -Se echó atrás y lo miró a los ojos-. Prepararé una sopa.

A veces la comida no era más que un apoyo. Ella lo está utilizando en este momento, pensó Cade. Tal vez lo estuvieran utilizando los dos, mientras Tory revolvía una sopa de lata sobre el fuego y él reunía lo necesario para preparar sándwiches calientes de queso. Una comida agradable y casera para una noche de lluvia.

La clase de comida que una pareja podía compartir con conversaciones ligeras y con una buena botella de vino.

A mí me habría encantado pasar una velada así, pensó Cade mientras extendía la mantequilla sobre el pan, como Lilah le había enseñado, y trataba de encontrar la manera de atravesar el delgado y espinoso escudo de Tory.

-En Beaux Réves hubieras comido algo mejor que sopa y un sándwich.

-Tal vez. -Colocó el tostador sobre el fuego y permaneció de pie junto a Tory. Cerca pero no lo suficiente como para que los cuerpos se tocaran-. Pero me gusta estar aquí contigo. - Entonces hay algo que no anda bien en ti.

Lo dijo con tanta sequedad que él tardó un instante en reaccionar. Con una risita, puso los dos sándwiches sobre el tostador. -Es posible que en eso tengas razón. Después de todo, debes saber que soy un estupendo partido. Saludable, no demasiado feo, con una casa grande, tierras excelentes y dinero suficiente para no pasar hambre. Y además de eso y de un sutil encanto, preparo maravillosos sándwiches de queso.

-Y si es así, ¿por qué no te ha pescado alguna mujer inteligente?

-Lo han intentado cientos. -¿Así que eres escurridizo?

-Ágil. -Volvió los sándwiches-. Me gusta pensar que soy ágil. Una vez estuve comprometido.

-¿De veras? -Lo dijo con aire indiferente mientras buscaba los boles para la sopa, pero le dirigió una mirada aguda.

-Ajá. -Conocía bastante la naturaleza humana como para saber que si lo dejaba así aumentaría la curiosidad de Tory y por fin ella explotaría o se rendiría.

Ella resistió hasta que terminaron de colocar los platos y los boles y se sentaron a la mesa.

-Te crees muy listo, ¿verdad?

-Querida, un hombre de mi posición debe serlo. Aquí dentro se está muy bien, con la lluvia fuera, ¿no es así?

-Está bien. ¡Maldita sea! ¿Qué sucedió?

-¿A qué te refieres? -Le encantó la manera en que ella entrecerró los ojos-. ¡Ah! ¿Te refieres a Deborah? ¿La mujer a quien estuve a punto de jurar que amaría, honraría y cuidaría has

ta la muerte y todo eso? La hija del juez Purcell. Es posible que recuerdes al juez, aunque no creo que todavía lo fuera cuando tú te marchaste.

-No, no lo recuerdo.

Dudo que los Purcell y los Bodeen se hayan movido en el mismo círculo social.

-De todos modos, él tenía una hija muy bonita que durante un tiempo estuvo enamorada de mí pero finalmente decidió que no quería ser la mujer de un granjero. Por lo menos no de un granjero que trabajara como tal.

-Lo siento.

-No fue una tragedia. Yo no la amaba, aunque me gustaba mucho. -Cade se quedó pensativo mientras probaba la sopa-. Era muy bonita, tenía una conversación muy interesante y... digamos que éramos compatibles en ciertas cosas íntimas. En todas menos una. No queríamos la misma cosa. Y para nuestra mutua desdicha, lo descubrimos unos meses después de comprometernos.

Rompimos bastante amigablemente, lo cual demuestra que fue un alivio para los dos, y ella se fue a vivir a Londres durante unos meses.

-¿Cómo pudiste...? -Se interrumpió y se llenó la boca con sándwich.

-Sigue. Puedes preguntar.

-¿Cómo pudiste pedirle a una mujer que se casara contigo y luego la dejaste ir sin más.

Él lo consideró y masticó el sándwich como si también estuviera masticando sus pensamientos.

-Analizándolo retrospectivamente, la realidad era que tenía veinticinco años y nuestras familias nos presionaron para que nos comprometiéramos. Mi madre y el juez son buenos amigos, y él también era amigo de mi padre. La idea era que yo debía sentar cabeza y tener un par de herederos.

-Eso me parece de una frialdad espantosa.

-No del todo. Yo me sentía atraído por ella y conocíamos mucha gente en común. Su padre había sido el abogado del mío durante años. Nos resultó fácil deslizarnos a un arreglo que satis

facía a ambas familias. Pero a medida que se acercaba el momento de casarnos, yo empecé a sentir que tenía la corbata demasiado apretada. Hasta el punto de no poder respirar bien. Entonces me pregunté cómo sería mi vida sin ella. Y cómo sería mi vida con ella, cinco años después.

Comió otro bocado de sándwich y se encogió de hombros.

-Resulta que me gustó más la respuesta a la primera pregunta que a la segunda. Y por suerte, a ella también. Los únicos que sufrieron una verdadera desilusión fueron nuestros familiares. -Hizo una pausa y la miró comer-. Pero no podemos vivir según lo que quieran o no quieran nuestros padres, ¿no es así, Tory?

-No, pero de todos modos vivimos llevando con nosotros ese peso. Mis padres nunca me aceptaron por lo que era. Durante mucho tiempo me esforcé por ser distinta. -Levantó la vista-. En vano.

-A mí me gustas tal como eres.

-Anoche tuviste problemas con cómo soy.

-Algunos -admitió Cade-. Me preocupaste. Estabas frenética -agregó apoyando una mano en la de ella antes de que Tory pudiera retirarla-. Después te vi frágil. Me hizo sentir torpe. No sabía qué hacer, y estoy acostumbrado a saberlo.

-No me creíste.

-No dudo de lo que viste, o sentiste. Creo que en parte se debe a que hayas vuelto, a que recuerdes lo que le sucedió a Hope.

Tory pensó en la llamada de Abigail, en las fechas de ambos asesinatos. Pero no dijo nada. Ya antes había confiado, había compartido. Y lo perdió todo.

-Sí, está todo mezclado con mi vuelta a Progress. Y con Hope. Si no fuera por Hope, tú no estarías sentado aquí en este momento.

Ya en terreno más seguro, él siguió comiendo.

-Si te hubiera visto por primera vez hace cuatro o cinco semanas, si no nos hubiéramos conocido antes y no hubiera habido nada entre nosotros hasta entonces, te aseguro que habría encon

trado la manera de estar sentado aquí ahora. De hecho, si todo hubiera empezado hace semanas en lugar de años, creo que ya te tendría en esa cama tan bonita.

Cuando ella depositó la cuchara de golpe sobre el plato, Cade esbozó una pícaro sonrisa.

-Creo que ha llegado la hora de que hablemos de eso, para que puedas pensar en ello.

El viaje fue agradable y le recordó todo lo que había perdido por no permanecer cerca de J.R. Todo era grande en él, su voz, su risa, sus gestos. En dos oportunidades Tory se vio obligada a esquivar su brazo cuando él lo extendió hacia ella para señalar algo en el camino.

Era como si devorara a su interlocutor con su sencilla alegría de vivir.

Iba sentado en el pequeño coche con las rodillas casi a la altura del mentón, una manaza aferrando la palanca de cambios como si fuese de juguete.

Era como si se encaminaran a toda velocidad hacia un picnic divertido en lugar de hacia un penoso deber familiar. Su don consiste en vivir en el presente, pensó Tory, y esa es una habilidad que durante toda mi vida he luchado por adquirir.

A su tío le producía un placer enorme viajar en su coche nuevo, rugiendo por la interestatal con sus discos compactos de Clint Black y Garth Brooks y con el pelo rojizo cubierto por una gorra.

Perdió la gorra justo después de la salida a Sumter, cuando se la arrancó una ráfaga de viento y fue a parar debajo de las ruedas de un Dodge. J.R. Ni siquiera redujo la velocidad y rió como loco.

Con la capota baja y la música alta, tenían que conversar a gritos, a pesar de lo cual él no se callaba y sus temas de interés saltaban, como una pelota de tenis, de la tienda de Tory a la política,

a los helados de bajas calorías, y a las cotizaciones de la Bolsa.

195

Cuando se acercaban a la salida hacia Florence, dijo que esperaba que tuvieran un poco de tiempo para pasar a visitar a su madre. Fue la primera vez que mencionó a la familia.

Tory le gritó que le encantaría detenerse a ver a su abuela. Después pensó en Cecil y se preguntó si J.R. estaría enterado de las novedades. Ese pensamiento la mantuvo ocupada y entretenida

hasta que dejaron Florence atrás y se encaminaron hacia el noreste.

Nunca había estado en la casa de sus padres situada en las afueras de Hartsville. No tenía idea de lo que ellos hacían en la actualidad para ganarse la vida, ni cómo pasaban el tiempo

cuando estaban juntos o separados. Nunca se lo preguntó a su abuela, e Iris jamás sacó el tema.

-Ya estamos cerca. J.R. se movió en su asiento. Tory percibió que también cambiaba su estado de ánimo-. Lo último que supe de Han fue que trabajaba en una fábrica. Ellos, eh... arrendaban un trozo de tierra y criaban pollos.

-Comprendo.

J.R. se aclaró la garganta como si fuese a volver a hablar, pero permaneció en silencio hasta que salió de la carretera y enfiló por un camino asfaltado lleno de pozos.

-No he venido a visitarlos, así que no conozco la casa en que viven. Pero Sarabeth me dio la dirección cuando le dije que vendría personalmente a enterarme de la situación.

-Está bien, tío Jimmy, no te preocupes por mí. Los dos sabemos lo que debemos esperar.

Las casas diseminadas que alcanzaban a ver eran pequeñas y esqueléticas, huesos amarillentos clavados en parcelas de pasto crecido o de tierra pelada. Una camioneta oxidada con el parabrisas

rajado como una cáscara de huevo, colocada sobre bloques de cemento. Un feo perro negro que saltaba y tironeaba de su cadena, ladrando con malignidad mientras que a menos de un metro de distancia una niña harapienta permanecía sentada sobre una vieja lavadora abandonada. La pequeña se chupó el pulgar y observó con mirada vacía el paso del descapotable.

Sí, pensó Tory. Sabemos lo que debemos esperar.

El camino zigzagueaba, trepaba un poco y luego se bifurcaba. J.R. apagó la música y avanzó lentamente por el camino de tierra y grava.

-Así es como invierten el dinero de los impuestos en este condado -ironizó. Suspiró y entró por el sendero de la casa.

No es una casa, se dijo Tory, es una choza. No se podía llamar casa a eso, y menos denominarla hogar. El techo estaba flojo y, lo mismo que la sonrisa de un anciano, tenía huecos donde las

tejas habían salido volando o se habían caído. Las paredes grises y viejas estaban rajadas y desiguales. Una de las ventanas estaba tapada con cartones. El jardín delantero estaba

cubierto de maleza. Una vieja pileta de hierro, tirada de lado, mostraba un feo agujero del tamaño de un puño.

A un lado y detrás de la casa había una construcción de chapas grises de mugre y con manchas de óxido. En el otro lado había un cerco de tejido de alambre dentro del que una docena de flacas gallinas picoteaban el suelo de tierra y se quejaban.

El aire estaba cargado de hedor a gallinas.

-¡Dios mío! -murmuró J.R.-. No creí que sería tan terrible. Uno nunca piensa que pueda ser tan espantoso. No tiene sentido que hayan llegado a esto.

-Ella sabe que estamos aquí -dijo Tory mientras abría la puerta del coche-.

-Nos ha estado esperando.

Mientras caminaban hacia la casa él apoyó una mano en el hombro de Tory. Ella se preguntó si le estaría ofreciendo apoyo o pidiéndoselo.

La mujer que apareció tenía pelo gris peinado hacia atrás que enmarcaba un rostro delgado.

-Daba la impresión de que también la piel había sido echada hacia atrás, por lo que los huesos sobre

salían. Las arrugas que le rodeaban la boca parecían trazadas con un cuchillo y los labios caían con expresión desdichada.

Lucía un vestido de algodón arrugado, demasiado grande para ella, y entre los pechos sin vida colgaba un pequeño crucifijo de plata. Los ojos, enrojecidos, miraron a Tory y enseguida se apartaron, como si una mirada pudiera quemar.

-No me dijiste que la traerías a ella. -¡Hola, mamá!

-No dijiste que la traerías -repitió Sarabeth, y abrió la puerta mosquitera-. ¿No crees que ya tengo bastantes preocupaciones?

J.R. apretó el hombro de Tory. -Hemos venido a ayudarte, Sari.

En el interior, el aire olía a basura y sudor rancio. A desesperanza.

-No sé qué puedes hacer, aparte de encontrar a esa puta mentirosa y llevarla a Hartsville para obligarla a decir la verdad.

-Sacó un pañuelo sucio del bolsillo del vestido y se sonó la nariz-. Estoy desespérala, J.R. Creo que a mi Han le ha sucedido algo espantoso. Nunca ha pasado tanto tiempo sin volver a casa.

-¿Por qué no nos sentamos? -propuso J.R. pasando su mano del hombro de Tory al de su hermana mientras estudiaba la habitación.

Se le revolvió el estómago. Vio un sofá hundido cubierto por una sucia funda amarilla y un sillón reclinable remendado con cinta plástica. Las mesas estaban cubiertas de platos de cartón, tazas de plástico y lo que J.R. supuso serían los restos de la cena.

-En un rincón, sobre tres patas y con un trozo de madera para suplir la cuarta, había una cocina a leña cubierta de hollín. De la pared colgaba el cuadro de un Jesús doliente, que exponía su Sagrado Corazón dentro de un marco barato.

Mientras su hermana seguía con la cara hundida en el pañuelo, J.R. la condujo al sofá y dirigió una mirada suplicante a Tory. -Queréis que prepare un poco de café?

-Creo que me queda un poco de café instantáneo. -Sarabeth bajó el pañuelo y, con tal de no mirar a su hija, clavó la vista en la pared-. No he ido a la tienda, no quiero alejarme de casa por si Han...

Sin pronunciar palabra, Tory se volvió. En el fregadero se apilaban los platos. Los restos de comida que contenían las ollas eran viejos y estaban cubiertos de costras. Los zapatos se le pegaban al suelo de linóleo roto.

Durante la infancia de Tory, Sarabeth limpiaba como un tornado, perseguía el polvo y el hollín como si fueran pecados contra el alma. Mientras llenaba de agua un cazo, Tory se preguntó cuán

do habría abandonado su madre ese hábito compulsivo, cuándo habrían podido más la pobreza y el desinterés que la ilusión de estar formando un hogar o de que Dios entraría en su casa siempre que el suelo estuviera bien barrido.

Entonces dejó de hacerse preguntas, dejó de pensar, bloqueó todo lo que no fuera la tarea mecánica de calentar el agua y golpear con una cuchara el endurecido café molido. La

leche estaba agria y no encontró azúcar. Llevó de regreso a la sala dos jarros con un líquido de aspecto deprimente. Su estómago ni siquiera habría permitido que ella simulara beberlo. -Esa mala puta -decía Sarabeth-. Trató de atrapar a mi Han. Jugó con sus debilidades, lo tentó. Pero él se resistió. Me lo contó todo. No sé quien la habrá golpeado, probablemente algún

perverso a quien se vendió, pero ella acusó a Han para vengarse de él por haberla rechazado. Eso fue lo que sucedió.

-Está bien, Sari. J.R Se sentó a su lado en el sofá y le palmeó una mano-. Ahora no nos preocuparemos por esa parte del asunto, ¿de acuerdo?

¿Se te ocurre adónde puede haber ido Han?

-¡No! -gritó ella, apartándose de su hermano con tanta violencia que casi volcó el café que Tory acababa de poner sobre la mesa-. ¿Crees que si lo supiera no habría ido a reunirme con él? La mujer debe seguir a su marido. Es lo mismo que le dije a la policía. Les dije exactamente lo que te estoy diciendo a ti, pero no espero que me crea esa pandilla de corruptos, aunque supuse que las personas de mi propia sangre me creerían.

-Te creo. ¡Por supuesto que te creo! -Tomó un jarro de café y se lo entregó con suavidad-. Sólo pensé que tal vez se te hubiera ocurrido algo, que tal vez recordaras un par de lugares al que Han hubiera ido en otra oportunidad,

-No se trata de que se haya ido. -¡Lientras bebía, a Sarabeth le temblaban los labios-. A veces necesito alejarse para pensar, eso es todo. Los hombres sufren mucho~has presiones porque

deben mantener su casa. Y a veces Han necesita estar solo para pensar las cosas a fondo, para rezar por ellas. Pero ahora hace demasiado tiempo que se ha ido. Tal vez lo hayan herido. -Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas-. Esa mujer que mintió acerca de él y que le creó tantos problemas debe preocuparlo terriblemente! Y ahora la policía habla como si Han fuese un fugitivo. Pero no comprenden nada.

-¿Asistía al programa de rehabilitación de alcohólicos? -Creo que sí. Pero Han no necesitaba ningún programa. No es un borracho. De vez en cuando bebe un poquito, pero sólo para relajarse. Jesús bebía vino, ¿no?

Jesús, pensó Tory, no tenía la costumbre de bajarse una botella de whisky por día ni de maltratar mujeres. Pero su madre nunca vería la diferencia.

-En el trabajo no hacen más que acosarlo. Porque saben que es más inteligente que ellos. Y criar pollos cuesta más de lo que se piensa. Ese cretino de la tienda de granos subió los precios

para poder mantener bien perfumada a su amante. Han me lo explicó.

-Querida, debes enfrentar la realidad" de que, al haberse ido así, Han quebrantó su libertad condicional. Actuó contra la ley. -Bueno, la ley está equivocada.

¿Qué haré, J.R.? Estoy desesperada. Y todo el mundo quiere dinero y yo no tengo más ingresos que lo que saco con la venta de huevos. Estuve en el banco, pero esos mentirosos se quedaron con lo que teníamos depositado y dicen que Han retiró los fondos. ¡Esos bastardos aseguran que Han vació la cuenta!

-Yo me encargaré de las deudas. -Ya lo había hecho antes-. No te preocupes por eso. Creo que deberías venir a casa conmigo. Te puedes quedar con Boots y conmigo hasta que todo se haya aclarado.

-No puedo irme. Han puede volver en cualquier momento. -Le podrías dejar una nota.

-Eso lo enfurecería. -Comenzó a mover los ojos con nerviosismo, aves cautelosas que buscaban un lugar seguro donde posarse, lejos de la furia del marido-. El hombre tiene derecho a esperar que su mujer esté en casa cuando él llega. Que lo esté esperando bajo el techo que él pone sobre su cabeza.

-Tu techo está lleno de goteras, mamá -intervino Tory en voz baja, con lo que se ganó una mirada de odio de su madre. -Para ti nunca nada fue bastante bueno, ¿verdad? Por más que tu padre trabajara y que yo sudara, a ti nunca te bastaba. Siempre querías más.

-Nunca pedí más que lo que me daban.

-Fuiste bastante lista para no pedirlo en voz alta. Pero yo lo veía. Lo veía en tus ojos. Eras furtiva. Furtiva y astuta -dijo Sarabeth, torciendo la boca-.

Y la prueba es que te fuiste a la primera oportunidad. Y sin mirar atrás. Nunca honraste a tu padre ni a tu madre. Tenías la obligación de devolvernos todo lo que nos sacrificamos por ti, pero eres demasiado egoísta. Si no la hubieras arruinado, todavía tendríamos una vida decente en Progress.

-¡Sarabeth! J.R. le dio una serie de rápidas palmaditas en la mano-.

Eso no es justo y no es cierto.

-Ella nos llenó de vergüenza. Nos llenó de vergüenza desde el momento de su nacimiento. Antes de su llegada éramos felices. -Volvió a soltar grandes sollozos que le estremecían los hombros.

Sin saber qué hacer, J.R. le rodeó los hombros con un brazo. Con la mente en blanco, Tory se inclinó y empezó a retirar los restos de comida que cubrían la mesa.

Sarabeth se puso de pie con la rapidez de un rayo. -¿Qué haces?

-Ya que estás decidida a quedarte aquí, limpiaré un poco la casa.

-No necesito tu ayuda. -Golpeó los platos y los hizo caer al suelo-. No necesito que vengas vestida con ropa elegante y dándote aires de importancia, nada más que para hacerme sentir mal. Hace años me diste la espalda y, en lo que a mí se refiere, puedes seguir adelante con tu vida.

-Tú fuiste quien me dio la espalda la primera vez que él me golpeó hasta hacerme sangrar y te quedaste mirándolo en silencio.

-Dios dispuso que el hombre fuese amo de su propia casa. Nunca se te dio una paliza que no merecieras.

Una paliza, pensó Tory, ¡qué nombre tan amistoso para denominar el horror!

-¿Es lo que piensas para poder dormir de noche?

-¡No me repliques! Y no le faltes el respeto a tu padre. Debes decirme dónde está, ¡Maldita sea! Tú lo sabes porque puedes ver. Dime dónde está para que yo pueda ir a cuidarlo.

-Me niego a buscarlo. Si llegara a tropezar con él ensangrentado y caído en una zanja, lo dejaría allí.

Sarabeth le pegó una violenta bofetada.

-¡Sarabeth! ¡Por amor de Dios, Sari! J.R. le aferró el brazo y la inmovilizó mientras ella sollozaba y se revolvía.

-Estaba por decir que espero que esté muerto-dijo Tory en voz baja-. Pero no es así. Espero que vuelva a ti, mamá. Te aseguro que espero que vuelva y que te dé la vida que parece querer.

Abrió su cartera y sacó el billete de cien dólares que había puesto allí esa mañana.

-Si vuelve, dile que este es el último dinero que recibirá de mí. Dile que he vuelto a vivir en Progress y que allí me estoy forjando una vida propia. Y si quiere ir y volver a castigarme, entonces le aconsejo que esta vez lo haga hasta matarme.

Porque si no acaba conmigo, yo acabaré con él. -Cerró el bolso-. Te esperaré en el coche -le dijo a J.R. y salió.

Las piernas no empezaron a temblarle hasta que se sentó en el coche. El temblor comenzó por las rodillas y subió por los brazos. Ella, con los ojos cerrados, esperó que el temblor pasara. Alcanzaba a oír el llanto que surgía como lava de la casa, y el monótono piar de las gallinas que buscaban comida.

Desde algún lugar cercano le llegaba el ladrido furibundo de un perro. Y sin embargo, pensó, por encima de todo esto los pájaros cantan con trinos decididos y alegres. Se concentró en ese sonido y se obligó a no pensar en otra cosa.

Inesperadamente, se encontró de pie en la cocina de su casa, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Cade, quien le besaba el pelo. No oyó a su tío hasta que él se sentó al volante y cerró la puerta.

J.R. no hizo comentario alguno hasta que se alejó de la casa y tampoco habló cuando un kilómetro después detuvo el coche y permaneció sentado, con las manos apoyadas sobre el volante y la mirada fija en el vacío.

-No debí permitir que vinieras -dijo por fin-. Creí... no sé lo que estaba pensando, pero de alguna manera me pareció que querría verte, que ahora que Han se ha ido, vosotras podríais reconciliarse.

-Más allá de que me culpe por todo, yo ya no formo parte de su vida. Él es su vida. Es lo que ella quiere.

-¿Por qué? ¡Por amor de Dios, Tory! ¿Por qué puede querer vivir así, vivir con un hombre que nunca le ha dado la menor alegría?

-Lo ama.

-¡Eso no es amor! -Escupió las palabras, lleno de enojo y disgusto-. Es una enfermedad. Ya oíste como lo disculpaba, cómo culpaba a todos menos a él. Acusó a la mujer a quien Han atacó, a la policía, y hasta al maldito banco.

-Es lo que ella quiere creer, lo que necesita creer. -Al comprender que J.R. estaba más angustiado de lo que ella creía, le puso una mano en el brazo-. Hiciste todo lo que pudiste.

-¡Todo lo que pude! Le di dinero y la dejé allí, en esa pocilga. Pero si quieres que te diga la verdad, Tory, en este momento doy gracias a Dios de que no haya querido venir a casa conmigo,

para no verme obligado a introducir en mi hogar esa enfermedad. Me avergüenza... -Se le quebró la voz y dejó caer la cabeza sobre el volante.

Tory se quitó el cinturón de seguridad, apoyó la cabeza contra el brazo de su tío y le acarició la espalda.

-No tienes por qué avergonzarte, tío Jimmy. No debes avergonzarte de querer proteger tu casa y a la tía Boots, de querer mantener todo esto lejos de tu hogar. Yo podría haber hecho lo que ella me pidió que hiciera. Podría haberle dado eso. Pero no lo hice y no lo hazé.

Y no me avergonzaré de mi actitud.

Él asintió y, luchando por recobrar la compostura, se echó atrás en el asiento.

-Qué familia endiablada tenemos, ¿verdad, pequeña? -Con suavidad, tocó con la punta de los dedos la marca rojiza que ella tenía en la cara. Después puso primera y pisó el acelerador-.

-Si no te importa, Tory, en este momento no tengo ánimo para pasar a ver a tu abuela.

-Tampoco yo. Vayamos a casa.

Cuando J.R. la dejó en su casa, Tory no entró, sino que subió a su coche y se dirigió a la tienda. Debía recuperar muchas horas perdidas y agradecía que el trabajo le impidiera pensar en lo sucedido esa mañana.

Lo primero que hizo fue llamar al florista para pedirle que le entregaran el ficus y los arreglos florales ordenados la semana anterior. Su segunda llamada fue a la pastelería para confirmar que las pastas y los canapés estarían listos para que los pasara a recoger a la mañana siguiente.

Hasta última hora de la tarde no consideró que todos los arreglos estaban hechos y resultaban atractivos. Para poner un toque más alegre a la decoración, decidió hilvanar una hilera de luces a las ramas del ficus.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta y recordó que no la había cerrado con llave.

-Te he visto pasar -dijo Dwight. Entró, inspeccionó la tienda y lanzó un silbido-. Quería comprobar si todo estaba bien y si no necesitabas ayuda de último momento. Pero por lo visto tienes todo bajo control.

-Creo que sí. -Se enderezó, con la punta de la hilera de luces todavía en la mano-. Tu gente hizo un trabajo maravilloso, Dwight. No podría estar más satisfecha con el resultado.

-Espero que menciones a Frazier si alguien te felicita por la carpintería.

-Puedes contar con ello.

-¡Ah! ¡Pero qué bonito es esto! -Se acercó a una tabla de picar carne hecha con varios tipos de madera y tan lijada que era suave como el vidrio-. Es un trabajo maravilloso. Yo hago algunas cosas de carpintería como entretenimiento, pero nada como esto. Es casi demasiado bonita para usarla.

-Estilo y funcionalidad. Esa es la clave de mi negocio. -Lissy está feliz con esa especie de candelabro que te compró y cada vez que tiene oportunidad muestra el espejo. Dijo que no se ofendería si yo les echaba una mirada a las alhajas y encontrara algo que pudiera alegrar su estado de ánimo.

-¿No se siente bien?

-Sí, está bien. -Dwight le quitó importancia mientras recorría la tienda-. Cuando está embarazada, de vez en cuando se deprime, eso es todo. -Metió los pulgares en los bolsillos y miró a Tory-. Ya que estoy aquí, supongo que debo disculparme. Tory siguió enhebrando la tira de luces. -Por?

-Por provocar que Lissy creyera que tú y Cade estáis saliendo.

-A mí no me molesta la compañía de Cade.

-Bueno, no sé si me estás quitando el anzuelo o si me estás enlazando como ese cordón de luces. La cosa es... bueno, que Lissy se pone muy cabeza dura en algunas cosas. No hace más que tratar de encontrarle pareja a Cade, y si no es él, a Wade. Tiene una especie de loca necesidad de que mis amigos se casen.

Cade quería sacarse de encima su último intento de casamentera y me pidió que le dijera que estaba... -Se ruborizó al ver que Tory lo observaba en silencio-. Que estaba involucrado con alguien. Yo le dije que eras tú, porque suponía que como acabas de regresar a Progress lo creería y dejaría a Cade en paz por un tiempo.

-Ajá. -Tory conectó las luces y retrocedió para admirar el resultado.

-Fue un grave error -siguió diciendo Dwight, cavando más hondo el pozo en que se encontraba-. Dios es testigo de que no soy sordo y que sé que Lissy tiene tendencia a hablar. Cuando Cade me increpó por lo que había hecho, ya había oído decir a seis personas que vosotros estabais prácticamente comprometidos y que planeabais formar una familia.

-Tal vez te habría resultado más fácil decir la verdad: que Cade no tiene interés en casarse.

-Yo no lo diría así. -Volvió a esbozar una sonrisa rápida, encantadora y masculina-.

Si le dijera eso, me preguntaría por qué.

Entonces tendría que decirle que algunos hombres no están hechos para el matrimonio. Ella se indignaría y me diría: «Pero a ti te gusta, ¿verdad? ¿O estás deseando ser libre como tus dos mejores amigos?» Yo contestaría que no, pero ya habría metido la pata. -Se rascó la cabeza, con la esperanza de inspirar Lástima-. Te aseguro, Tory, que estar casado es como caminar por la

cuerda floja, y el hombre que te diga que no sacrificaría a un amigo con tal de no caer, es un maldito mentiroso. Además, por lo que he oído, a ti y Cade os han visto juntos varias veces.

-¿Estás declarándolo o haciendo una pregunta? Dwight meneó la cabeza.

-Tratar con una mujer es como caminar por la cuerda floja. Mejor dejar las cosas en paz mientras uno pueda llegar a terreno seguro.

-Buena idea.

-Bueno, hoy Lissy ha organizado una fiesta de gallinas... una reunión de mujeres -Se corrigió al ver que Tory alzaba las cejas-. Pienso pasar por lo de Wade para ver si quiere comer

algo conmigo y hacerme compañía hasta que me resulte seguro volver a casa.

-Mañana pasaré por aquí. Tal vez puedas ayudarme a elegir unos aros o algo así.

-Lo haré con mucho gusto.

Dwight se encaminó a la puerta pero se detuvo antes de salir. -La tienda es muy bonita, Tory. Elegante. Será beneficiosa para el pueblo.

Así lo espero, pensó ella, mientras lo seguía para cerrar con llave. Aún más, esperaba que el pueblo fuera beneficioso para ella.

Dwight se dirigió a la esquina para cruzar por el semáforo. Como alcalde, era importante que diera buen ejemplo. Había renunciado a beber más de dos cervezas por noche en un bar y a conducir más allá del límite de velocidad. Son pequeños sacrificios, pensó, pero de vez en cuando tengo necesidad de ser un poco transgresor.

Suponía que ese era el resultado de haber madurado tarde y saludó con rapidez a Betsy Gluck que en ese momento pasaba por allí.

-No empezó a ser él mismo casi hasta finales de la adolescencia y entonces quedó tan deslumbrado al ver que las chicas se interesaban por él, que cayó directamente sobre el asiento trasero de su primer coche con Lissy... bueno, no directamente, hubo otras antes

que ella. Pero la cuestión era que de repente se había encontrado de novio con la chica más bonita y popular del instituto.

Y antes de saber lo que sucedía, estaba alquilando un esmoquin para casarse.

No lo lamentaba. Ni por un minuto. Lissy era justo lo que quería. Seguía siendo tan bonita como en el instituto. Quizá de vez en cuando anduviera de morros y de mal humor, ¿pero qué mujer no lo hacía? Tenían una buena casa, un hijo hermoso y otro bebé en camino. Una vida malditamente buena. Y además era alcalde del pueblo cuyos habitantes en un tiempo se burlaban de él.

Un hombre debía apreciar la ironía de todo eso.

Era bastante natural que de vez en cuando tuviera un escozor. Pero la realidad era que no quería estar casado con nadie que no fuera su Lissy, que no quería vivir en ningún lado más que en Progress, y que quería que su vida siguiera siendo tal como era. Abrió la puerta de la clínica veterinaria de Wade justo a tiempo para que lo atropellara un frenético perro pastor decidido a escapar.

-¡Perdón! ¡Oh, Mongo, estate quieto! -La rubia que luchaba por sostener la correa era bonita y le resultó poco familiar. Dirigió una mirada de disculpa a Dwight con sus ojos verdes y suaves, mientras sus labios de muñeca le sonreían-. Acaba de recibir su vacuna y se siente fatal.

-No lo culpo. -Dwight arriesgó sus dedos y acarició el pelaje gris y blanco del perro-. No recuerdo haberlos visto a usted o a Mongo por el pueblo.

-Sólo hace unas semanas que estamos aquí. Acabo de llegar de Dillon. Enseño inglés en el instituto... bueno en realidad estaré enseñando durante los cursos de verano y en el otoño empezaré a trabajar a tiempo completo. Sit, Mongo! -Le tendió la mano-.

-Soy Sherry Bellows y puede echarme la culpa por tener los tejanos cubiertos de pelo de perro.

-Dwight Frazier, encantado de conocerla. Soy el alcalde, así que si tiene alguna queja, debe recurrir a mí.

-Hasta ahora todo ha sido perfecto. Pero lo recordaré. -Miró hacia el interior de la clínica-. Todo el mundo me ha ayudado y se ha mostrado amistoso. Será mejor que meta a Mongo en el coche antes de que rompa la correa y lo obligue a usted a ponerme una multa.

-¿Quiere que la ayude?

-No; puedo sostenerlo. -Rió y ella y el perro salieron volando por la puerta-. Mucho gusto en conocerlo, alcalde Frazier. ¡Adiós, Max!

-Lo mismo digo -murmuró Dwight antes de alzar los ojos en dirección a Maxime, que estaba en la sala de recepción-. No

había profesoras de inglés así cuando yo estudiaba en el instituto. En ese caso habría demorado varios años más en obtener el bachillerato.

-¡Ah, los hombres! -dijo Maxime sonriendo mientras sacaba su bolso del cajón de abajo del escritorio-. ¡Sois tan previsibles! Mongo ha sido nuestro último paciente, alcalde. El doctor Wade se está lavando las manos en el consultorio. ¿Le importaría decirle que salgo corriendo para llegar a mi última clase del día?

-Adelante. Y que pases una buena noche.

Entró en el consultorio y encontró a Wade arreglando el armario de los medicamentos.

-¿Tienes algo que valga la pena allí?

-Tengo algunos esteroides que te harían crecer pelo en el pecho. Eres lampiño, ¿no?

-Venga ya -respondió Dwight-. ¿Y qué me dices de la rubia?

-¿Hmm?

-¡Dios Santo, Wade! Me refiero a la rubia con ese perro grande que acaba de salir. La profesora de inglés.

-¡Ah! Mongo.

-Bueno, veo que ya es demasiado tarde. -Dwight meneó la cabeza y se sentó en la camilla-. Cuando dejas de ver rubias bonitas que llenan los tejanos como los llena esa, para recordar a un perro grande y desmañado, estás tan perdido que ni siquiera Lissy podrá salvarte.

-No pienso volver a salir con una desconocida amiga de tu mujer. Y te advierto que noté la presencia de la rubia.

-Yo diría que ella también te notó a ti. ¿La impactaste? -¡Dios, Dwight! Es una paciente.
 -El paciente es el perro. Estás perdiendo una oportunidad dorada, hijo mío.
 -Deja de pensar en mi vida sexual.
 -No la tienes. -Dwight sonrió-. Bueno, si yo fuera soltero y no tan feo como tú, habría convencido a la rubia de que se acostara en esta camilla, en lugar de ese perrazo peludo.
 -Tal vez lo haya hecho. -En tus sueños.
 -¡Ah! Pero son mis sueños, ¿verdad? ¿Y por qué no estás en tu casa, lavándote las manos antes de comer, como un buen chico?
 -Lissy ha invitado a una serie de mujeres para cotillear sobre maquillajes y cosmética. Yo me mantengo al margen.
 -Mi madre debe de estar allí.
 -Dios sabe que mi mujer no necesita más maquillaje ni cremas, pero cuando está embarazada se aburre como una loca. ¿Qué te parece si tomamos una cerveza y comemos algo? Como en los viejos tiempos.
 -Tengo cosas que hacer aquí. -A lo mejor viene Faith, pensó.
 -¡Vamos, Wade! Un par de horas.
 Estuvo por volver a negarse. ¿Qué diablos le pasaba que se encerraba en su apartamento esperando la llamada de Faith? Era igual que un adolescente.
 -¿Tú pagas?
 -¡Mierda! -Ya más alegre, Dwight bajó de la camilla-. Llamemos a Cade para que se reúna con nosotros. Entonces haremos que él pague. -¡Hecho!

15

No creyó que estaría nerviosa. Estaba preparada, había comprobado y vuelto a comprobar cada detalle, hasta el grosor y el peso del hilo para atar las cajas. Tenía experiencia y conocía cada objeto de su mercadería casi tan bien como los artesanos que lo crearon. Había vivido todos los estados y peldaños de la creación de su negocio con calma, mirada fría y mano firme. No había errores, ni vacíos ni defectos. La tienda en sí estaba perfecta, cálida, acogedora, alegre. Ella misma tenía un aspecto profesional y muy eficiente. Era lógico, puesto que entre las tres y las cuatro de esa madrugada se desesperó pensando en lo que debía ponerse antes de decidirse por unos pantalones azul marino y una camisa blanca de hilo.

En ese momento le preocupaba la posibilidad de que se pareciera demasiado a un uniforme. En ese momento todo la preocupaba. Menos de una hora antes de la inauguración, todas las

dudas, los nervios y temores que había ignorado durante meses, cayeron sobre ella. Se sentó frente al escritorio de la trastienda con la cabeza entre las rodillas.

Ese estado la avergonzaba. A pesar de la flojera, se regañaba. Ella era más fuerte que eso. Debía serlo. No era posible que hubiera llegado tan lejos, que hubiera trabajado tanto para desmoronarse a un paso de la meta.

La gente asistiría. No le preocupaba la posibilidad de que no hubiera gente. Llegarían y se quedarían boquiabiertos y luego le dirigirían esas rápidas miradas de curiosidad, que ya estaba acostumbrada a recibir en el pueblo. «La chica Bodeen. ¿La recuerdas?

Esa joven horrible.»

No podía permitir que le importara. ¡Pero vaya si le importaba! Había sido una locura volver a ese lugar donde todo el mundo la conocía, donde ningún secreto estaba jamás bien guardado. ¿Por qué no se quedó en Charleston donde estaba más segura, donde su vida era tranquila y su privacidad completa? Sentada allí, con la piel pegajosa y el estómago revuelto, deseó volver a estar en su casa bonita y familiar, en su cuidado jardín, en su empleo exigente pero impersonal en la tienda de otra persona. Allí sentada, deseó el anonimato con el que se había protegido durante cuatro años.

Jamás debió volver. Jamás debió arriesgar su vida, sus ahorros, su paz de espíritu.

~En qué había estado pensando?

En Hope, admitió, y levantó la cabeza con lentitud. Pensaba en Hope. Soy una tonta, una imprudente, se dijo.

Hope ha muerto, y yo no puedo hacer nada por remediarlo.

Y ahora ella estaba arriesgando todo lo logrado a costa de tanto trabajo.

-Y para preservarlo, se vería obligada a enfrentar las miradas y los susurros.

-Cuando oyó que llamaban a la puerta, su primer impulso fue meterse debajo del escritorio, enroscarse sobre sí misma y taparse los oídos con las manos.

-El hecho de que estuvo a punto de hacerlo, la impulsó a ponerse de pie.

Faltaban treinta minutos para la hora prevista de la inauguración, treinta preciosos minutos que debía utilizar para recomponerse. La persona que estuviera allí fuera tendría que volver más tarde.

Cuadró los hombros, se mesó el pelo y salió para decirle a quien llamaba que volviera a las diez.

Pero corrió hacia la puerta al ver a su abuela del otro lado. -¡Oh, abuela! ¡Oh!

-La abrazó y se aferró a ella como una mujer a punto de caer a un precipicio-. ¡Me alegro tanto de verte! No creí que vinieras.

-Me hace feliz que estés aquí.

-¿Creías que no vendría? ¿A tu inauguración? ¡Pero si no veía la hora de llegar!

-Con suavidad empujó a Tory hacia el interior de la tienda-. Lo volví loco a Cecil pidiéndole que acelerara un poco más.

-El que está allí fuera es él y detrás de esa montaña de hombre se encuentra Boots.

Tory no pudo menos que reír cuando vio que Cecil asomaba la cabeza por entre las hojas de una planta decorativa.

-Esto es una maravilla y vosotros también. Todos vosotros. La vamos a poner...

-Se volvió para calcular el espacio que

ocuparía y el efecto que ejercería la planta-. Aquí, en el extremo del

exhibidor, junto a la pared. Es justamente lo que me hacía falta. -No me parece que te hiciera falta nada -comentó Iris-. Tory, este lugar está tan hermoso como una novia de primavera. ¡Y cuántas cosas bonitas!

-Pasó un brazo por los hombros de Tory y estudió la tienda mientras Cecil gruñía y luchaba por colocar el arbusto ornamental en su lugar-. Siempre has tenido buen gusto.

-Me muero de impaciencia por comprar algo. -Boots, radiante en su vestido amarillo de verano, juntó las manos como una niña-. Quiero que la mía sea tu primera venta de hoy y le advertí a J.R. que su tarjeta de crédito echaría humo antes de que terminara de usarla.

-Tengo un extintor -rió Tory, volviéndose para abrazarla.

-Y cantidad de objetos frágiles. -Por precaución, Cecil se metió las manos en los bolsillos-. Me hacen sentir torpe.

-Si rompes algo, lo compras -dijo Iris con un guiño-. Bueno, querida, ¿en qué podemos ayudarte?

-Me ayuda que estéis aquí. -Tory lanzó un largo suspiro-. En realidad no queda nada por hacer. Todo está preparado. -¿Nerviosa?

-Aterrorizada. Sólo tengo que preparar el té y los canapés para mantener las manos ocupadas durante los próximos minutos. Luego... -Se volvió al oír sonar la campanilla de la puerta.

-Traigo algo para usted, señorita Bodeen-.

-El chico de la floristería le entregó una caja blanca y brillante.

-Gracias.

-Más tarde vendrá mi madre. Dice que quiere ver cómo quedaron sus arreglos florales, pero sospecho que quiere ver todo lo que usted tiene en venta.

-Me dará mucho gusto verla.

-Se ve que tiene mucha mercadería. -El chico se asomó a mirar mientras Tory sacaba un dólar del cajón de la caja-.

-Supongo que en cualquier momento comenzará a llegar gente.

Todo el mundo habla de su tienda.

-Espero que así sea.

El chico se metió en el bolsillo la propina. -Gracias. La veré más tarde.

Tory colocó la caja sobre el mostrador y la abrió. Estaba llena de coloridas margaritas y espléndidos girasoles.

-¡Qué bonito! -exclamó Iris, mirando por encima del hombro de Tory-.

-Y son exactamente lo que más coincide con el estilo de cosas que vendes. Las rosas, por ejemplo, habrían desentonado con tus cerámicas y tus artículos de madera.

-Alguien ha tenido el buen criterio de enviarte flores apropiadas y amistosas, -Sí.

-Ya había abierto el sobre de la tarjeta-.

-Por lo visto siempre hay alguien que sabe qué es lo indicado.

-¡Son preciosas! -Las manos de Boots aletearon sobre las flores-.

-Tory, querida, me volveré loca si no me dices quién te las manda.

Boots le arrebató la tarjeta que Tory le tendía.

-«Buena suerte en tu primer día. Cade» -leyó-. ¡Ohhh! Ladeando la cabeza, Iris frunció los labios.

-¿Por casualidad será Kincade Lavelle?

-Pues sí.

-Hmmm.

-No me vengas con «hmmm», abuela. Sólo lo ha hecho porque es amable.

-Cuando un hombre le manda flores a una mujer, y las flores indicadas, significa que está pensando en ella. ¿No es verdad, Cecil?

-Por supuesto. Por amabilidad sólo se manda una planta. Las flores son un sinónimo de romance.

-¡Bueno! ¿Ahora comprendéis por qué amo a este hombre? -dijo Iris tironeando la camisa de Cecil para que se inclinara y poder besarlo. Boots resplandeció.

-Las margaritas y los girasoles son sólo flores amistosas -corrigió Tory, pero debió contenerse para no suspirar al mirarlas.

-Las flores son flores -sentenció Boots-. Si un hombre las envía, significa que está pensando en la mujer.

-Le fascinaba la idea de que Cade Lavelle pudiera estar pensando en su sobrina-

Y ahora arréglalas en un florero mientras yo preparo los canapés. No hay nada que me guste más que ayudar en una fiesta.

-¿No te importa?

En la trastienda tengo un florero de cerámica en el que quedarán perfectas. Y agregarán un toque encantador al mostrador.

-Adelante, entonces -dijo Iris-. Sólo debes indicarnos qué hay que hacer. Pondremos en marcha este tinglado.

Los primeros asistentes llegaron a las diez y cuarto, encabezados por Lissy. Tory se arrepintió de todos sus pensamientos poco agradables hacia la ex Miss de la escuela cuando Lissy procedió a escoltar a sus amigas por la tienda lanzando exclamaciones de admiración.

A las once, quince personas se debatían acerca de lo que querían comprar y Tory había realizado ya cuatro ventas.

A la hora del almuerzo se encontraba demasiado ocupada para estar nerviosa. Había miradas y susurros. Sus ojos y sus oídos los percibían pero ella se aisló y embaló las compras.

-Tú eras amiga de la pequeña de los Lavelle, ¿verdad?

Tory continuó envolviendo en papel marrón un par de candelabros de hierro.

-Sí.

-Fue una vergüenza lo que le sucedió.

-La mujer, con sus agudos ojos de águila clavados en Tory, se inclinó hacia ella-.

-Era poco más que un bebé.

Fuiste tú quien la encontró, ¿no?

-La encontró su padre.

¿Prefiere llevarse los candelabros en una caja o en una bolsa?

-En una caja. Son para la hija de mi hermana. Se casa el mes que viene. Creo que eras compañera de colegio de ella. Kelly Ann Frisk.

-No recuerdo a muchas de mis compañeras de colegio -mintió Tory con una afectada sonrisa mientras embalaba los candelabros en una caja-.

- Hace mucho tiempo de eso. ¿Quiere que le envuelva la caja para regalo?

-Yo me encargaré de eso, querida-dijo Iris-.

-A ti te espera otra cliente.

¿Así que Kelly Ann se casa? -comentó-.

-Creo que la recuerdo. Debe de ser la hija mayor de Marsha, ¿no es verdad? ¡Dios! ¡Cómo pasan los años!

-Kelly Ann tuvo pesadillas más de un mes después de la muerte de la chica Lavelle -comentó la mujer con satisfacción mientras Tory se alejaba.

Entonces Tory se sintió tentada de refugiarse en la trastienda hasta que el corazón dejara de palparle. Pero en cambio se acercó a una mujer que se debatía entre dos fuentes.

-¿Puedo ayudarla?

-No es fácil decidirse entre tantas cosas bonitas. Esa de allí es Bess Hardy, la tía de Kelly Anne. Es una mujer muy desagradable. Supongo que no me recuerdas. -La mujer le tendió la mano.

-No, lo siento, no la recuerdo.

-Bueno, en esa época yo era mucho más joven y tú no estabas en mi clase. Era maestra de segundo curso del colegio público. Y sigo siéndolo. Soy Marietta Singleton.

-¡Ah! ¡Señorita Singleton! ¡Por supuesto que la recuerdo! Me alegro de volver a verla.

-He estado deseando que llegara el día de la inauguración de tu tienda.

-A lo largo de los años, muchas veces me he preguntado qué sería de ti.

-Tal vez no sepas que en un tiempo fui amiga de tu madre. Años antes de que tú nacieras, por supuesto.

-El mundo es un pañuelo.

-Sí, lo es.

-A veces demasiado para que una se sienta bien. -Miró hacia la puerta en el momento en que entraba Faith. Las miradas de ambas se encontraron y parecieron surgir chispas antes de que

Marietta se volviera a estudiar las fuentes-. Pero es lo que nos ha tocado vivir. Creo que me llevaré esta. La blanca con motivos azules. Es encantadora. ¿Por qué no me la guardas detrás del mostrador mientras yo sigo recorriendo un poco la tienda?

-Con mucho gusto.

-Victoria. -Marietta bajó la voz y pasó una mano por la de Tory-.

-Fue muy valiente que volvieras a Progress. Siempre fuiste valiente.

-Y se alejó dejando a Tory intrigada y confusa por la oleada de dolor que despedía esa mujer.

Se encaminó a la trastienda y le indignó comprobar que Faith la seguía.

-¿Qué quería esa mujer?

-¿Perdón? Este lugar es sólo para empleados de la casa. -- ¿Qué quería Marietta?

Con frialdad, Tory buscó unos objetos en un estante. -Comprar una fuente.

Muchas de las personas que han venido quieren comprar mercadería. Por eso este lugar se llama tienda.

-¿Qué te dijo?

-- Qué te importa?

Faith siseó y sacó un paquete de cigarrillos del bolso. -Prohibido fumar.

-¡Joder! -Volvió a guardar el paquete y comenzó a pasearse por la trastienda-.

Esa mujer no tiene por qué andar por el pueblo.

-Esa mujer me pareció muy agradable.

-Y no tengo tiempo para tus enfados. y tus chismes.

-No obstante, Faith acababa de despertar su curiosidad-. Y ahora, a menos que generas ayudarme a reemplazar mercadería, o a llenar la jarra de te frío, te pediré que salgas. .

-Esa mujer no te parecería tan agradable si hubiera estado acostándose con tu padre - masculló Faith, y se encaminó a la puerta. Tory recordaba muy bien el mal humor de Faith y, antici-

pando sus movimientos, apoyó una mano sobre la puerta antes de que pudiera abrirla de un tirón-.

-No hagas una escena. Note atrevas a traer tus problemas familiares aquí.

-Si lo que quieres es comenzar una pelea de gatas, vete a otra parte.

-Descuida. -Pero vibraba-. No tengo la menor intención de darle pábulo para sus chismes a toda esta gente. Y olvida lo que acabo de decir. No debí decirlo. Nos hemos tomado mucho trabajo para mantener en silencio la relación de mi padre con esa mujer. Así que si oigo algún comentario, sabré que lo iniciaste tú. -No me amenaces. Ya hace mucho que terminaron los días en que podías tratarme con prepotencia, así que te aconsejo que guardes las zarpas porque ahora yo también sé luchar.

-Tory notó que a Faith le temblaban los labios. Una pequeña muestra de emoción y Tory volvió a ver a Hope-.

¿Por qué no te quedas aquí un minuto? ¡Vamos! Siéntate hasta que recuperes la calma. Si sales así no tendrás necesidad de hacer una escena para lograr que la gente hable.

Además, en este momento se divierten en grande hablando de mí.

-Abrió la puerta, pero antes de salir se volvió a mirarla-. Prohibido fumar -repitió antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Faith se dejó caer en una silla, miró la puerta echando chispas por los ojos y volvió a sacar los cigarrillos.

- Pero cuando la puerta se volvió a abrir, los volvió a meter en el bolso con expresión culpable.

Pero la que entraba no era Tory sino Boots. El hecho de que se estuviera divirtiendo en grande en la tienda no significaba que fuese ciega a las sutilezas.

- Notó la expresión de furia de Faith, lo mismo que su tristeza y su vergüenza.

-Allí fuera hay demasiada excitación -dijo con tono alegre-, Necesito alejarme un minuto de la multitud.

-Y pensó que era la oportunidad perfecta para arrinconar a la mujer que tenía hecho un nudo a Wade.

-¿Por qué no se sienta, señora Boots? -ofreció Faith, poniéndose de pie-.

-Yo estaba por salir.

-¡No, querida! Hazme compañía un minuto, ¿quieres? Hoy estás muy bonita.

Pero claro, siempre lo estás.

-Gracias. Lo mismo digo de usted.

-Ahora que estaba de pie, Faith deseó tener algo que hacer con las manos-. Hoy usted debe de estar muy orgullosa de Tory.

-Siempre he estado orgullosa de Tory.

¿Y cómo está tu madre?

-Bien.

Jamás he sabido que no estuviera bien.

Por favor, dale saludos de mi parte. -Sonriente, Boots se acercó a una bandeja y eligió un canapé dulce-.

Hoy no has visto a Wade, ¿verdad? Supongo que pasará por aquí.

-No, hoy no lo he visto. -Todavía.

-¡Ese muchacho trabaja tanto! -Lanzó un suspiro-. Me gustaría que sentara cabeza, que encontrara una mujer que lo ayudara a formar un hogar.

-Ya.

-Bueno, no tienes por qué sentirte sorprendida, querida.

-Boots mordisqueó el canapé pero sus ojos eran lo suficientemente agudos como para inmovilizar a una mariposa tan inteligente como Faith-. Wade es un hombre adulto y tú eres una mujer hermosa.

¿Cómo no se van a sentir atraídos?

Bueno, pensó Faith, ya estamos.

-Pero supongo que preferiría que yo fuese otra.

-No, no creo haber dicho eso. -Elegió otro canapé y se lo ofreció a Faith-. Aquí estamos a solas, Faith, y las dos somos mujeres.

-Lo cual significa que sabemos exactamente cómo conseguir que un hombre haga lo que queremos.

Tú tienes una vena un poquito salvaje.

Eso no me molesta. Tal vez habría elegido otra clase de mujer para mi Wade, pero le gustas tú.

-Y como yo lo quiero, pretendo que tenga lo que él quiere. Y por lo visto, eres tú.

-Las cosas no son así entre nosotros, señora Mooney.

El tratamiento tan formal divirtió a Boots.

- Si no se equivocaba, significaba que Faith se sentía intimidada.

-¿No? Tú siempre vuelves a él, ¿no es así? ¿Alguna vez te has preguntado por qué? No - agregó, levantando un dedo de uña nacarada-. Tal vez deberías pensarlo.

-Quiero que sepas que te tengo afecto, que siempre te lo he tenido. ¿Te sorprende?

La dejaba estupefacta. -Sí, supongo que sí.

.No debería sorprenderte.

-Eres una jovencita inteligente y tu vida no ha sido tan fácil como algunos quieren creer.

-Me gustas mucho, Faith. Pero si esta vez hieres a mi Wade, no tendré más remedio que retorcerte ese hermoso cuello que tienes.

-Entiendo.

-Faith mordió el canapé y entrecerró los ojos-. Eso lo aclara todo.

De repente la cara de Boots se volvió a suavizar y sus ojos fueron tan tranquilos y soñadores como siempre.

-Lanzó una alegre carcajada y, para confusión de Faith, la envolvió en un abrazo y le besó una mejilla.

-Me gustas mucho. -Borró con el pulgar las huellas de rouge que acababa de dejar en la mejilla de Faith-. Y ahora, siéntate y come canapés hasta que te sientas un poco mejor. Y como yo me siento muy bien, creo que saldré y compraré alguna otra cosa. No hay nada más divertido que hacer compras, ¿verdad? -agregó mientras se dirigía a la puerta.

-¡Dios! -Estupefacta, Faith se dejó caer en una silla. Y comió el canapé.

Tory se mantuvo ocupada, pero diez minutos después vio salir a Faith de la trastienda.

-Así como a primera hora de la tarde vio entrar a Cade, seguido por su tía Rosie.

Era imposible no reconocer a Rosie Sikes LaRue Decater Smith.

A los sesenta y cuatro años destacaba tanto como durante su baile de presentación en sociedad, una noche en que escandalizó a todos los presentes cuando, descalza, ejecutó un baile convulsivo en la cancha de tenis del club de campo.

A los diecisiete años se casó con Henry LaRue, de los LaRue de Savannah, y lo perdió en Corea antes del primer aniversario de matrimonio.

Lo lloró durante seis meses y luego decidió jugar a la viuda alegre, vivió una aventura apasionada con un artista sospechoso de ser comunista, con quien se casó a los veinte. Tanto ella como él creían en el amor libre y mantenían lo que muchos consideraban orgías en su propiedad de Jekyll Island.

Después de diecinueve tumultuosos años, enterró allí a su segundo marido cuando él cayó de una ventana del tercer piso después de pasar la velada con una botella de cognac Napoleón y con una modelo de veintitrés años.

Algunos afirmaron que era una muerte sospechosa, pero no se pudo probar nada.

A la madura edad de cincuenta y ocho años, más por pena que por amor, se casó con un antiguo admirador.

Él murió dos años después, el día del segundo aniversario de la boda, después de ser herido y parcialmente devorado por un león durante la segunda luna de miel que pasaban en África.

El hecho de haber enterrado a tres maridos y a un desconocido número de amantes no apagó el estilo de Rosie.

-Usaba una peluca, por lo menos Tory supuso que se trataba de una peluca, rubio platino, lucía un vestido largo a rayas blancas y rojas que le daban el aspecto de un toldo, y alhajas como para derrumbar a una mujer menos fuerte.

Entre las cuentas, Tory alcanzó a ver brillo de diamantes. -¡Juguetes! -exclamó Rosie con su voz oxidada, parecida a la de un pato, y se refregó las manos-.

-Apártate, muchacho. Tengo ganas de hacer compras.

Se encaminó directamente al exhibidor de pisapapeles de vidrio y comenzó a amontonarlos sobre uno de sus brazos.

Tory se le acercó, entre divertida y alarmada.

-¿Puedo ayudarla con esos pisapapeles, señorita Rosie?

-Necesito seis. Los seis más bonitos.

-Sí, por supuesto. Eh... ¿para regalos?

-¡Al diablo con los regalos! ¡Para mí! -Entrechocó con descuido los vidrios y a Tory se le detuvo el corazón.

-¿No quiere que se los ponga sobre el mostrador?

-Sí, son pesados. -Los ojos de Rosie, casi cubiertos por pestañas postizas que se parecían de una manera desconcertante a arañas, por fin se clavaron en Tory-.

-Tú eres la chica que solía jugar con la pequeña Hope.

-Sí, señora.

-Entiendo que tienes un don. Una vez, en Transilvania, me hice leer las palmas.

-Me predijeron que tendría cuatro maridos, ¡pero maldito si quiero otro! -Rosie le tendió una mano cubierta de anillos y pulseras-. ¿Qué ves?

-Lo siento. -Tory estaba maravillosamente divertida-- No leo las manos.

-Entonces hojas de té, o algo por el estilo. Uno de mis amantes, un tipo joven de Boston, declaraba que en otra vida había sido lord Byron. Uno no espera oír ese tipo de cosas de un yanqui, ¿no

es así? ¡Cade! Ven a sostener estas cosas de vidrio. ¿Qué sentido tiene que haya un hombre cerca si una no puede utilizarlo como una mula de carga?

-le comentó a Tory con un guiño

--Le apetece un poco de té helado, señorita Rosie? ¿O unos canapés? . -Ante todo prefiero ejercitarme para abrir mi apetito...

-¿Qué demonios es esto?

-Alzó un pie de madera lustrada con un orificio en el centro.

-Es para colocar la botella de vino.

-¡Vaya por Dios! No comprendo cómo alguien puede querer dar descanso a una botella de buen vino. Envuélveme dos de esos.

- ¡Lucy Talbot! -le gritó a una cliente que se encontraba en el otro extremo de la tienda-. ¿Qué estás comprando? -Y salió disparada, igual que un toldo blanco y rojo al viento.

-Es imposible cambiar a tía Rosie -dijo Cade con una sonrisa-. ¿Cómo va tu día?

-Muy bien. Gracias por las flores.

-Son preciosas.

-Me alegra que te hayan gustado.

Tenía la esperanza de que me permitieras invitarte a salir a cenar, para celebrar tu inauguración.

-Yo... -Ya se había disculpado para no salir esa noche con su tío, cambiando la invitación por una comida familiar al día siguiente.

-Se recordó que estaría cansada y tensa.

-No en condiciones de mostrarse sociable-.

Me encantaría.

-Pasaré a buscarte por tu casa alrededor de las siete y media. ¿Te parece bien?

-Sí, perfecto. Cade, ¿tu tía en serio quiere comprar todas estas cosas? No comprendo qué puede hacer alguien con seis pisapapeles de vidrio.

-Los disfrutará, luego olvidará donde los compró e inventará la historia de que los encontró en una polvorienta tiendita de Beirut. O declarará que se los robó a su amante, el conde bretón, cuando decidió abandonarlo. Por fin se los regalará al kiosquero o al siguiente testigo de Jehová que llame a su puerta.

-Ya -sonrió.

-Te aconsejo que la vigiles. Tiene tendencia a meterse cosas en los bolsillos.

- Por distracción -aclaró cuando Tory lo miró sorprendida-. Debes seguirle la pista a lo que se guarda y agregarlo a la cuenta que le presentes antes de que se vaya.

-Pero... -En el momento en que la miraba, vio que Rosie deslizaba un posacubiertos en el amplio bolsillo de su vestido-.

- ¡Por amor de Dios! -exclamó Tory apresurándose a acercarse a ella, mientras Cade la miraba sonriente.

-Rosie no ha cambiado nada -comentó Iris.

-No señora, ni un poquito. Y bendita sea por ello. Pegaste un buen estirón. ¿Cómo esta tu familia ?

-Muy bien, gracias.

-Lamenté enterarme de lo de tu padre. Era un buen hombre y un hombre interesante.

No se dan las dos cosas en un mismo hombre interesante. No siempre se dan las dos cosas en un misma persona.

-Supongo que no. Él siempre hablaba muy bien de usted.

-Cuando perdí a mi marido, él me proporcionó la oportunidad de ganarme la vida, de poner comida sobre la mesa de mis hijos. Y nunca lo olvidaré. Tú te pareces a él en los ojos.

Ahora que eres adulto, ¿eres un hombre justo, Kincade?

-Trato de serlo.- En ese momento Rosie lanzó una carcajada y movió los carrillones chinos para que sonaran. A l mirar hacia allí, Cade notó la expresión exasperada de Tory. – Tory tiene las manos llenas.

-No te preocupes, es perfectamente capaz de manejar situaciones difíciles.

-A veces demasiado capaz.

-Y cuando uno quiere ayudarla, se niega.

-Es posible- concedió Iris. – Pero no creo que lo único que quieras hacer con Tory es ayudarla.

Creo que además de eso tienes algo más en la cabeza y, como espero que mi suposición sea correcta, me gustaría darte algo que todo el mundo necesita de vez en cuando pero que nadie la gusta aceptar.

Cade equilibró los pisapapeles que todavía tenía en los brazos.

- ¿Un consejo?

- Ella le sonrió, feliz.

- Eres un chico inteligente. Siempre lo pensé. Sí, se trata de un consejo. No arrastre los pies. Si hay algo que toda mujer merece por lo menos una vez en la vida, es que la levanten en vilo. Y ahora, pásame algunos pisapapeles antes de se golpeen y se rajen.

- Tory todavía no confía en mí.- Cade le pasó dos de los pisapapeles y llevp los otros cuatro al mostrados.

- -Necesita un poco de tiempo.

- ¿Te dijo eso?

- Más o menos.

- Iris levantó los ojos al cielo.

- ¡Ah, los hombres! Te advierto que dice eso, lo hace por uno de tres motivos. Porque no está realmente interesada, porque es tímida o porque la han herido antes. Si no estuviera interesada, Tory te lo habría dicho directamente. Mi nieta no tiene una pizca de timidez en el cuerpo. De manera que sólo nos queda el tercer motivo.

- ¿Vez a aquel hambre?

- Desconcertado, Cade miró a Cecil que ese momento colocaba masa frescas en un plato.

- Si señora.

- Si llegas a herir a mi bebé, haré que ese oso grandote y viejo te persiga con una llave inglesa. Pero como no creo que vayas a hacer eso, te sugeriría que le demostraras a Tory que hay algunos hombres en quienes vale la pena confiar.

- En eso estoy.

- Pero como mi nieta trata de convencerse de quienes de que ustedes dos no son más que buenos amigos, te aconsejaría que trabajaras con más rapidez.

- ¡Mastica eso! Pensó Iris y enseguida se alejó para tratar de impulsar a otra cliente a realizar una compra.

- Se metió cinco aros de servilleta en el bolsillo.

- A las seis y diez, después de haber cerrado la puerta y con Cecil dormitando en el depósito, Tory se dejó caer en el banquito de la caja registradora y levantó las manos al cielo.

- ¡Cinco!

-De alguna manera yo hubiera imaginado que se llevaría cuatro o seis, ¿pero qué clase de persona se lleva cinco aros de servilletas?.

-No supondrás que pensaba llevarse un juego completo de servilleteros.

-Agregales dos posacubiertos, tres de vino y un par de cubiertos para servir ensalada.

Se los metió en el bolsillo mientras yo estaba allí, conversando con ella.

¡Se metió la mano en el bolsillo, sonrió y luego sacó el collar de cuentas rosadas de plástico y me lo regaló!.

Sin salir de su asombro, Tory se llevó los dedos al collar que le rodeaba el cuello.

-Le gustas. Rosi siempre le regala cosas a las personas que le caen bien.

¡Por el amor de Dios, abuela!, ¡Gastó más de Mill!. -repitió, llevándose una mano al estomago – Creo que después de todo me voy a descomponer.

-No, nada de eso. Te sentirás feliz en cuanto te distiendas. Voy a sacudir a Cecil y nos iremos para cuando puedas recuperar el aliento. Te esperamos mañana a la una en lo de J.R. Hace demasiado tiempo que esta familia no se reúne.

-Allí estaré, abuela. No sé cómo agradecer que te hayas quedado todo el día. Debes de estar muerta de cansancio. -Empiezan a dolerme los pies y estoy dispuesta a levantarlos y permitir que Boots me ofrezca un vaso de vino. -Se inclinó para besar la mejilla de Tory-.

Y tú debes divertirte, ¿me oyes? Sí, divertirme después que haya tomado notas, puesto en orden la tienda y cerrado, pensó Tory. Casi no estaba en condiciones de pensar, y mucho menos de divertirse.

Había logrado pasar ese día.

-Más que pasarlo, pensó mientras volvía a su casa. Acababa de demostrar que estaba de regreso para quedarse, de regreso para dejar una huella. Esa vez no se trataba sólo de sobrevivir, sino de triunfar. Algunos quizá vieran en ella a aquella chica con ropa de segunda mano y mirada vacía, pero no tenía importancia. Porque serían más los que la mirarían y verían lo que había logrado hacer de sí misma. Lo que quería ser. Y conseguiría que fuese eso lo que importara.

No iba a fracasar, y tampoco huiría.

Esa vez, por fin, ganaría. Comenzó a comprender la maravilla que sería eso al doblar por el sendero y ver su casa como había sido y cómo era ahora. Porque se vio a sí misma como era antes. Y como era en ese momento.

Incapaz de contenerlas durante más tiempo, apoyó la cabeza sobre el volante y se rindió a la llegada de las lágrimas.

Estaba sentada en el suelo, tratando de no llorar. Sólo los bebés lloraban. Y ella no era un bebé. Pero las lágrimas surgían a pesar suyo.

Al caer de la bicicleta se había raspado las rodillas, el codo y la palma de una mano.

Las lastimaduras le dolían y sangraban. Quería buscar a Lilah para que la abrazara, la mimara y la tranquilizara. Lilah le daría unos dulces y lograría que se sintiera mejor.

De todos modos no le importaba aprender a andar en una estúpida bicicleta. Odiaba la estúpida bicicleta.

Estaba tirada a su lado, como un soldado herido, con una rueda aún girando como si se burlara, mientras ella apoyaba la cabeza sobre los brazos y lloraba.

Sólo tenía seis años.

-¡Hope! ¿Qué diablos estás haciendo? -Cade se le acercaba corriendo por el parque y sus zapatillas levantaban la grava del camino. Su padre acababa de depositarlo en la entrada de Beaux Réves, dejándolo en libertad durante el resto de esa mañana de sábado. En ese momento lo único que le importaba en el mundo era llegar con la mayor rapidez posible hasta su bicicleta para reunirse con Wade y Dwight en el pantano.

Y allí estaba su vieja y querida bicicleta, tirada en el suelo, con su hermanita tendida a su lado.

Cade no supo qué era lo primero que quería hacer, si gritarle a su hermana o mimar su bicicleta herida.

-¡Por favor, mira lo que has hecho! Le estropeaste la pintura. ¡Maldita sea! -siseó-. No tenías por qué usar mi bicicleta. Tienes la tuya.

-La mía es para bebés. -Levantó la cara y las lágrimas le corrieron por el polvo que le cubría las mejillas-. Mamá no permite que papá le saque las rueditas de los costados.

-¡Y lo bien que hace! -Enojado, levantó su bicicleta y dirigió a Hope una mirada de superioridad-. Entra en la casa y que Lilah te lave. Y no vuelvas a tocar mis cosas con tus dedos pringosos.

-Sólo quería aprender. -Se pasó una mano por la nariz y, a través de las lágrimas, lo miró con expresión desafiante-. Si alguien me enseñara, podría andar en bicicleta tan bien como tú.

-¡Sí, por supuesto! -Cade lanzó un bufido-.

No eres más que una niñita.

Entonces ella se puso de pie de un salto, ardiendo de indignación.

-Creceré -dijo entre dientes-. Creceré y entonces iré en bicicleta más rápido que tú y que cualquier otro. Y entonces lo lamentarás.

-Mira cómo tiemblo. -En los ojos azules de Cade volvía a asomar una expresión divertida. Si un tipo no tenía más remedio que cargar con un par de hermanitas, lo menos que podía hacer era burlarse de ellas-. Siempre seré más grande. Siempre seré mayor. Siempre seré más rápido.

A Hope le tembló el labio inferior, señal de que habría más lágrimas. Cade le dirigió una sonrisa despectiva, se encogió de hombros, comenzó a pedalear por el parque y hasta soltó el manillar para demostrar su superioridad.

Cuando miró hacia atrás con una amplia sonrisa, para constatar que Hope había sido testigo de su proeza, su hermana tenía la cabeza gacha y el pelo enredado le caía hacia adelante, como una cortina. Un fino hilo de sangre corría por una de sus piernas.

Cade se detuvo, levantó los ojos al cielo y meneó la cabeza, Sus amigos lo esperaban. Tenían un millón de cosas que hacer. ya había perdido la mitad del sábado. No tenía tiempo para seguirlo perdiendo con chicas. Sobre todo si eran sus hermanas. Pero lanzó un pesado suspiro y regresó, ya tan enojado consigo mismo como con ella.

-¡Monta! ¡Maldita sea!

Ella entrecerró los ojos y lo espió. -¿En serio?

-Sí, ¡vamos! No puedo perder todo el día.

Llena de júbilo y con el corazón palpitante, Hope montó en la bicicleta. Lanzó una risita al tomar con las manos los extremos de goma del manillar.

-Presta atención. Este es un asunto serio. -Miró hacia la casa y deseó que a su madre no se le ocurriera asomarse a la ventana. Porque si lo hacía los dos llevarían una reprimenda.

-No; debes equilibrar tu cuerpo. -Le resultaba incómodo pronunciar la palabra «cuerpo», aunque no sabía por qué-. Y mira siempre al frente.

Ella lo miró con confianza y una sonrisa tan alegre como el sol que se filtraba entre los árboles.

-Muy bien.

Cade recordó la manera en que su padre le había enseñado a andar en bicicleta y, cuando su hermana comenzó a pedalear, mantuvo una mano sobre el asiento y trotó a su lado.

La bicicleta hacía esos de una manera cómica. Consiguieron recorrer tres metros antes de que ella cayera.

No lloró ni vaciló en volver a montar. Cade no pudo menos que admirarla un poco. Siguieron pedaleando y trotando juntos por el parque, más allá de los grandes robles, los narcisos y los jóvenes tulipanes, mientras la mañana se convertía en tarde.

Ella tenía la piel cubierta de transpiración y el corazón le palpitaba. Más de una vez se mordió el labio inferior para contener un grito cuando la bicicleta se bamboleaba. Oía la respiración de Cade, tenía conciencia de que la mano de su hermano la estabilizaba. Y se sentía desbordante de amor hacia él. Estaba decidida a triunfar, ya no sólo por sí misma, sino también por Cade.

-Lo sé hacer. Lo sé hacer -susurraba para sí misma cada vez que la bicicleta se escoraba. Tenía los ojos entrecerrados del niño que tiene sólo una meta, un mundo, un sendero. Le temblaban las piernas y tenía los músculos de los brazos tensos.

La bicicleta se bamboleaba debajo de ella, pero no caía. Y de repente Cade trotaba a su lado, con una ancha sonrisa en el rostro.

-¡Lo estás logrando! ¡Adelante! ¡Muy bien!

-¡Estoy andando en bicicleta! -La bicicleta se convirtió en un caballo majestuoso. Con el mentón en alto, Hope avanzaba como el viento.

Tory despertó en el suelo junto al coche, temblorosa, el pulso acelerado, con un eco de júbilos perdidos en el corazón.

16

Instantes antes de la llegada de Cade recordó su compromiso de cenar con él. Apenas tuvo tiempo de lavarse la cara y reparar los daños causados por el llanto, y nada de tiempo para pensar una excusa aceptable y negarse a salir.

No podía dejar de pensar en el asunto. El llanto la había dejado vacía de mente y cuerpo. Esa vuelta al pasado de Hope le producía inquietud y dolor.

Y emoción. Admitió que esa era la parte más extraña del asunto. La emoción que sintió su amiga de la infancia la primera vez que anduvo en bicicleta por el parque con Cade trotando a su

lado. La manera en que los ojos de Cade, tan azules y brillantes, reían con los de Hope. El amor que Hope sentía por él, el amor inocente de una hermana, todavía relucía en su interior y se mezclaba, peligrosamente, lo sabía, con sus propias emociones, que eran muy adultas y no tenían nada de fraternales.

Esa combinación la volvía vulnerable, tanto hacia sí misma como hacia él. Sería mejor permanecer sola hasta que se le pasara. Le diría que estaba extenuada, demasiado cansada para comer. Por lo menos eso sería verdad. Cade era un hombre razonable. Casi demasiado razonable, se dijo. Comprendería y no se enfadaría.

Cuando Tory abrió la puerta, lo encontró con una fuente en la mano. Los vecinos traen comida cuando alguien ha muerto, pensó. Bueno, como ella era una especie de muerta que seguía de pie, le pareció bastante apropiado.

-Lilah te manda esto. -Entró y le entregó la fuente-. Dice que nadie que haya trabajado tanto como tú debe tener, además, la obligación de cocinar. Te recomienda que lo metas en el conge_ lador y que simplemente te quedes sentada y levantes los pies. Que me parece - agregó estudiándole el rostro- que es lo que deberías hacer esta noche.

Sí, pensó Tory, Cade es casi demasiado razonable.

-No me había dado cuenta de lo tensa que me puso el día de hoy. Y ahora que todo ha pasado, me siento como floja.

-Has estado llorando.

-Una emoción retrasada. Alivio. -Llevó la fuente a la cocina para guardarla, luego se preguntó que debía hacer después-. Siento lo de esta noche. Salir a divertirnos fue una buena idea. Tal vez dentro de un par de días podríamos... -Al volverse estuvo a punto de

chocar con él y retrocedió hasta la encimes. Percibió una fuerte reacción sexual. De ella o de él, no estaba segura.

-Hoy tuviste que enfrentarte a muchas cosas. -No le daba lugar. Cade pensaba que ya le había dado bastante. Sencillamente apoyó las manos sobre la encimes, a ambos lados de ella. Por sizs ojos notó que Tory tenía conciencia de ello. Y notó su inmenso cansancio-. Mucha gente y los recuerdos que traen consigo. -Sí. -Comenzó a moverse y comprendió que estaba atrapada. Es mi sangre la que está ardiendo, pensó, algo avergonzada. Le corría vibrante, veloz y ávida por las venas-. Los recuerdos surgían en tropel.

-¿Todos dolorosos?

-No. -¡Oh, por Dios, no me toques! Pero mientras lo pensaba las manos de Cade ya estaban sobre sus hombros y le recorrían los brazos. Tory comenzó a palpar-. Fue maravilloso ver a Lilah... y a Will Hanson. Ahora está idéntico a su padre. Cuando yo era pequeña, el señor Hanson, el viejo señor Hanson, solía fiarme caramelos si me faltaban algunos centavos. Cosa que me sucedía a menudo. Cade... -Era casi una súplica. Pero ella no podría haber dicho qué suplicaba. Estaba temblando. El cosquilleo en la palma de las manos le resultaba maravillosamente excitante.

-Me gustó verte hoy. Estabas muy pulcra y profesional. En el exterior, tranquila y fría. Cuando te veo así, siempre me pregunto qué estará sucediendo en tu interior.

-Estaba nerviosa.

-No se notaba. Por lo menos no como ahora. Con las defensas bajas. Quiero que las tengas bajas. Y me aprovecharé de ello.

-Cade, me siento vacía...

-Entonces, ¿por qué tiemblas? -Le quitó la cinta que le sujetaba el pelo y notó que ella contenía el aliento. Su mirada no se apartaba de la de ella y observó que el iris se le oscurecía cuando

le pasó los dedos por el pelo y le desató la prolija trenza-. ¿Por qué no me detienes?

-Yo... -¿Se le estarían aflojando las rodillas? Había olvidado que podía ser una sensación tan maravillosa. Rendirse no siempre era debilidad-. Lo estoy pensando.

Entonces él sonrió, un gesto divertido que emanaba poder. -Entonces sigue pensando y yo seguiré aprovechándome de ello. -Le desabrochó el primer botón de la camisa, luego el segundo.

El le enseñó a Hope a andar en bicicleta, pensó ella. Entonces sólo tenía diez años y era suficientemente hombre como para querer a su hermana. Hoy a mí me envió flores.

Las flores indicadas porque sabía que me gustarían. Y ahora la estaba tocando como hacía mucho que nadie la tocaba...

-He perdido la práctica.

Cade le desabrochó el tercer botón. -¿De pensar?

-No. -Lanzó una risita temblorosa-. Casi siempre pienso mucho y bien.

-Entonces piensa en esto. -Le dio un pequeño tirón a la camisa para sacarla del pantalón-. Quiero tocarte. Quiero sentir tu piel bajo mis manos. Así. -Se las pasó hacia arriba y hacia abajo

por los costados del cuerpo. A Tory se le anudó el estómago cuando él le desabrochó los tejanos-. No, no cierras los ojos. Se inclinó y le mordió el mentón. Fue un mordisco pequeño que repercutió en el centro del cuerpo de Tory.

-Ya que te falta práctica, yo te guiaré. Y quiero que me mires cuando te acaricio.

«Mira directamente al frente», le había dicho a Hope. Y consiguió que mantuviera el equilibrio.

-Quiero mirarte -dijo.

Él le bajó la cremallera con lentitud y, al hacerlo, sus nudillos la tocaron. Su propio gemido resonó en los oídos de Tory. ¡Hacía tanto tiempo que un hombre no la deseaba! Tanto tiempo desde

que un hombre la había hecho desear. Quería ponerse tensa, rígida ante la invasión de su intimidad, de su ser. Su cuerpo ya empezaba a recordar.

-Levanta los pies -pidió él cuando los pantalones se le enredaron en los tobillos.

Ella parpadeó y abrió la boca para hablar, pero él sencillamente la besó. Su boca era suave y cálida, de alguna manera tranquilizados y temeraria.

Entonces la rodeó con los brazos y los deslizó por su espalda, mientras la hacía girar, en una especie de vals de seducción, hacia la puerta.

Los nervios acompañaron al calor que ella sentía en la piel. -¡Cade!

-Quiero llevarte a la luz. -Ya era suya. Ninguna duda lo detendría-. Para poder verte cuando estés debajo de mí. Cuando yo esté dentro de ti.

-Al llegar a la puerta del dormitorio, la alzó-. He imaginado poderte hacer toda clase de cosas en esta cama. Permítemelo.

El sol entraba, dorado, en la tarde de primavera. Se derramaba sobre la cama, sobre el rostro de Tory, cuando él la acostó. El colchón se hundió bajo el peso de Cade y él enlazó sus dedos con los de ella. Restricción y unidad. Y mirándola, siempre mirándola, hizo suya la boca de Tory.

Con lentitud al principio, y con dulzura hasta que los labios de ella se suavizaron, se abrieron. Cade sintió que los latidos de su corazón comenzaban a ser más lentos, más aplomados.

-Y a medida que ella se iba abriendo, él se decidió a atacar.

La repentina exigencia se le clavó a Tory como una puñalada, disparando sus sentidos, rasgando sus nervios. Arqueó el cuerpo mientras el calor le formaba un nudo en el estómago y el gemido le estrangulaba la garganta. Con la boca, Cade la excitó hasta el espasmo.

No quería que ella se diese prisa. Quería sorprender todos los sentidos de Tory y que su mente se vaciara de todo lo que no fuera placer. Debía pensar en él, sólo en él. Se encargaría de ello. Cuando Tory por fin estuviera empapada, la tomaría.

El cuerpo de Tory era delgado, los músculos sorprendentemente firmes, casi duros en contraste con su delicada piel. Cade se complació en tomarle el gusto, mientras parte de su ser calculaba cómo explotar esos nervios y destruir todas las barreras.

La arrastró hasta erguirla, con manos duras que casi la lastimaban y le arrancó otro jadeo cuando la cabeza de Tory cayó hacia atrás. Después utilizó un dedo para deslizar por cada hombro

las cintas del sujetador. Le pasó los dedos con suavidad por los pechos y con el pulgar le rodeó los pezones a través de la tela. -¿Ya lo estás recordando?

¡Tory tenía la cabeza tan pesada, la piel tan caliente! – Qué>

-Me alegro.

Le quitó el sujetador y lo hizo a un lado. Pero cuando ella le tendió los brazos, él se los apretó contra la cama y los inmovilizó. -Esta vez quiero que recibas. Que recibas hasta que ya no puedas recibir más. Entonces te dejarás ir y darás. Darás todo. -Le besó la boca casi con salvajismo y ella sintió que la excitación la recorría hasta las entrañas y le provocaba una especie de pánico.

Quería resistirse, empujarlo hacia atrás, antes de que la hiciera cruzar un límite que había jurado no volver a cruzar. Pero la boca de Cade ya estaba de nuevo sobre la suya, sus dientes la raspaban, su lengua descubría lugares que le producían calor y placer. Arqueó la espalda y comenzó a mover las caderas.

Pequeños gritos y gemidos que ella no podía contener. Los brazos le temblaban por la tensión mientras el cuerpo vibraba. En su interior había algo frenético que luchaba por liberarse.

Un orgasmo duro y veloz la hizo quedar con los ojos muy abiertos, estupefacta y avergonzada. Entonces Cade la apretó contra su cuerpo, cerca, muy cerca.

-Déjate ir.

La hizo rodar sobre la cama para quitarse la camisa. Los ojos de Tory ya estaban borrosos, su respiración era tan jadeante como la de él. Esa vez, cuando ella le tendió los brazos, él se deslizó entre ellos.

La boca de Cade era apremiante, sus manos impacientes mientras la moldeaba, apretaba y acariciaba. Ella le tironeó los pantalones, desesperada ahora que los nervios habían sido con

sumidos por la necesidad. Cade se los quitó y la hizo volar de excitación al levantarle las caderas y utilizar la boca para acariciarla.

Tory aferró los postes de la cama, tal como él una vez imaginó que haría. Movía la cabeza de un lado al otro a medida que la mondaban las sensaciones, oscuras delicias.

El sabor de Cade, su olor, le llenaban los sentidos y los inflamaban hasta que allí no había más que él. Sollozó un instante antes de lanzar un largo grito de liberación.

En el momento en que se le aflojaban las manos, él las rodeó con las suyas. El corazón de Cade le golpeaba el pecho, un furor de sangre.

-Las últimas luces del día y la brisa mortecina de la tarde acariciaban el rostro de Tory. Su pelo, convertido en una masa salvaje, cubría la almohada. Tenía las mejillas arreboladas.

Él siempre recordaría ese momento. Y se prometió que también lo recordaría ella.

-Abre los ojos, Tory. Mírame. -Cuando los párpados de ella se abrieron, Cade se aferró a su última posibilidad de control, bajó la cabeza y le dio un beso largo, profundo-. Pronuncia mi nombre.

La presión volvía a crecer dentro de ella, ese calor terrible y glorioso.

-Cade...

-De nuevo. -Y la penetró.

Tory comenzó a moverse con él, acompañando cada embestida, lenta y regular. Lo absorbía, se alimentaba de cada sensación hasta convertirla en una fiesta gloriosa.

Cade, ardiente y duro en su interior; su peso, sólido, fuerte. Las sábanas suaves contra su espalda y los últimos rayos de luz que adquirirían un tono gris con el crepúsculo.

Cuando el ritmo creció, ella estaba lista, ansiosa y en éxtasis por la manera en que aquella mirada de ojos sorprendentemente azules permanecía clavada en la suya.

-Quédate conmigo. -Ya estaba perdido dentro de ella. Se ahogaba en ella. Cuando hundió la cara en su pelo, el corazón le latía brutalmente contra el de ella.

Con las manos todavía unidas, se dejaron ir.

Jamás se había entregado tan completamente. A nadie. Ni siquiera al hombre al que había amado. Tory supuso que era algo preocupante, pero de momento no lograba reunir la energía necesaria para preocuparse.

Permaneció tendida debajo de Cade mientras el anochecer suavizaba el aire de la habitación. Por primera vez durante mucho tiempo se sentía enteramente relajada de cuerpo y mente.

Tenía una mano enredada en el pelo de él. Le pareció bien dejarla allí.

Cuando Cade volvió la cabeza y sus labios rozaron el costado de su pecho, Tory sonrió ante el perezoso placer que le provocaba.

-Supongo que, después de todo, ha sido una celebración -murmuró.

-De ahora en adelante te aseguro que encontraremos muchos motivos para celebrar. He querido tenerte en esta cama desde el momento en que te ayudé a entrarla.

-Lo sé. -Tenía los ojos casi cerrados, pero sintió que él volvía a mover la cabeza, sintió que la miraba-. No fuiste demasiado sutil al respecto.

-Mucho más sutil de lo que quería. -Recordó que había imaginado que adornaría esa primera vez con música, que harían el amor a la luz de las velas.

-Nos fue muy bien sin todo eso -dijo ella, adormilada. -¿Sin qué?

-Sin música y... -De repente abrió los ojos, horrorizada y se encontró con los de Cade que la miraba ceñudo-. ¡Oh, lo siento, lo siento! -Trató de incorporarse, pero el peso de él la obligó a permanecer en su lugar.

-Qué es lo que sientes?

-No quise hacerlo. -Apretó las manos contra el colchón, aferró las sábanas y ya comenzaba a temblar-. No volverá a suceder. Lo siento mucho. No quise hacerlo.

-¿No quisiste leerme los pensamientos? -Cambió de postura para apoyarse sobre los codos y tomarle el _rostro entre las manos-. ¡Basta!

-No lo volveré a hacer. Lo siento muchísimo.

-¡No, Tory! Basta de contenerte y de anticipar mis reacciones. Y, ¡maldita sea!, basta de preguntarte si te voy a reprender y cuándo.

Se sentó y la incorporó para que lo mirara de frente. Las mejillas de Tory habían perdido ese brillo rosado de felicidad y estaban pálidas, la expresión de sus ojos era tensa, casi de terror. Era algo que a Cade le resultó odioso.

-¿Alguna vez se te ocurrió que puede haber oportunidades en que a un hombre no le importe que una mujer le lea los pensamientos?

-Es una falta inexcusable contra la intimidad ajena.

-Sí, claro. -Para su espanto, Cade rodó sobre sí mismo y la arrastró consigo de manera tal que ella quedó tendida sobre su pecho-. Me parece que hace unos minutos, cada uno de nosotros quebró con mucha eficacia la intimidad del otro. Cuando quieras extraerme un pensamiento de la mente, yo te haré saber si me molesta.

-Note comprendo.

-Deberías tener una pista bastante buena, considerando que aquí estoy, tendido y desnudo en tu cama-dijo con afectada indiferencia-. Y si eso no te convence, echa otra mirada dentro de mi cabeza a ver qué encuentras.

Ella no supo si horrorizarse o sentirse insultada. -No es así.

-¿No? Entonces dime cómo es. -Cuando ella meneó la cabeza, Cade comenzó a acariciarle la nuca.

-Yo no leo los pensamientos. Nunca me sucede por accidente, o por lo menos casi nunca es así.

Es sólo que estábamos muy conectados en un sentido físico.

-Eso no te lo discutiré.

-Y yo estaba adormilada. A veces sucede cuando me estoy quedando dormida. Tú tenías una imagen en la mente. Era un pensamiento muy claro y definido y sencillamente me lo transmitiste. Luz de velas. Música. Ambos de pie junto a la cama. Y yo lo vi en mi mente.

-Ya... Y ¿tú qué tenías puesto? -Cuando ella levantó la cabeza, él se encogió de hombros-. No importa, es algo que yo mismo puedo descifrar. Tú recibes imágenes, como fotografías de los pensamientos.

-A veces. -Cade parecía relajado y cómodo. ¿Dónde estaba su enojo?-. ¡Dios! Me desconciertas.

-Me alegro, te mantendrá atenta. ¿Es así como siempre te sucede?

-No. No. Porque si uno es decente no anda metiéndose en los pensamientos privados de los demás. Yo los mantengo fuera, los bloqueo. Es bastante sencillo, ya que de todos modos sólo me sucede con esfuerzo o si hay mucha emoción en mí o en el otro. O si estoy muy cansada.

-Está bien. Entonces la próxima vez que hagamos el amor y te estés quedando dormida, yo mantendré fuera de la cabeza mis fantasías sobre Meg Ryan.

-Meg... -Tory se volvió a sentar y cruzó los brazos sobre el pecho-. Meg Ryan.

-Sana, sexy, inteligente. -Cade abrió los ojos-. Me parece que es mi tipo. -Ladeó la cabeza y la estudió-. Estoy tratando de imaginarte rubia. Podría dar resultado.

-¡No pienso participar de tus retorcidas fantasías sobre una estrella de Hollywood! -Comenzó a levantarse pero de repente volvió a encontrarse tendida de espaldas y debajo de Cade.

-¡Oh, vamos, cariño! ¡Sólo por esta vez! -¡No!

-¡Dios! Te has reído. ¡Meg tiene una risita tan sexy! -Le mordisqueó el hombro-. Ahora estoy excitado.

-Bájate de mí, idiota.

-No puedo. -Besó el rostro de Tory, besos tontos y dulces como los de un cachorro-. ¡Soy una víctima de mis propias fantasías! ¡Te suplico que vuelvas a reír así!

-¡No! -Pero lo hizo-. ¡No lo hagas! ¡Nunca vuelvas a pensar en... Dios! -Sus luchas risueñas se detuvieron cuando él la penetró. Tory arqueó las caderas y aferró las de Cade-. ¡Y no te atrevas a llamarme Meg!

Él bajó la cabeza, riendo mientras la poseía.

Comieron la cazuela de Lilah y la acompañaron con vino. Y volvieron a la cama con la ansiedad y la energía de los nuevos amantes. Hicieron el amor cuando salía la luna, que tiñó de plateado sus cuerpos unidos. Luego se durmieron con las ventanas abiertas para dejar entrar la brisa y las fragancias del pantano.

-Él volverá.

Hope estaba sentada de piernas cruzadas en el porche de la Casa del Pantano. El porche que no estaba allí cuando ella vivía. Arrojó un puñado de canicas plateadas, luego empezó a hacer botar en una mano la canica roja mientras con la otra mano recogía velozmente las demás.

-Nos está observando.

-¿Quién? ¿A quién observa? -Tory volvía a tener ocho años, una expresión cautelosa en su cara delgada, las piernas lastimadas.

-Le gusta dañar a las chicas. -Recogió la última canica y volvió a arrojarlas todas-. Lo hace sentir mayor, importante. -Y con el mismo ritmo empezó a recogerlas.

-También lastimó a otras chicas. No sólo a ti.

-No sólo a mí -convino Hope-. Tú lo sabes. -Soplaba una leve brisa con fragancia de rosas y madreselva-. Tú lo sabes. Igual que esa vez, cuando viste la fotografía de ese chico. Lo supiste.

-Ya no puedo seguir haciéndolo. -Dentro de su pecho de niña, el corazón de Tory palpitó-. No quiero hacerlo más. -Pero viniste -dijo Hope con sencillez-. Debes tener cuidado y no avanzar demasiado rápido ni demasiado lento -continuó mientras levantaba cuatro canicas-. Porque si no pierdes tu turno.

-Dime quién es, Hope. Dime dónde encontrarlo.

-No puedo. -Se preparó para otro partido y golpeó la canica roja con un dedo-. ¡Guai! -Miró a Tory con ojos claros-. Ahora te toca a ti. Ten cuidado.

Tory abrió los ojos de repente. El corazón le golpeaba las costillas y tenía las manos cerradas en puños, tan apretadas que casi se sorprendió cuando al abrir los dedos doloridos la canica roja no cayó rodando.

Ya había oscurecido. La luna se había puesto, dejando al mundo negro y espeso. La pequeña brisa se había ido con ella, así que el aire estaba quieto. Silencioso.

Oyó el grito de una lechuza y el canto chillón de las ranas. Oyó la respiración acompasada de Cade, tendido a su lado en la oscuridad, y se dio cuenta de que ella se había movido hasta el borde del colchón. Lo más lejos posible de él. Ningún contacto durante el sueño, pensó. En ese momento la mente era demasiado vulnerable para que se permitiera el lujo de arrimarse demasiado a él.

Se levantó y se dirigió a la cocina de puntillas. Una vez junto al fregadero, hizo correr el agua hasta que salió fría y llenó un vaso.

El sueño le había provocado una sed desesperada y le recordó por qué no debía acostarse con Kincade Lavelle.

La hermana de Cade estaba muerta y si ella no era responsable, por lo menos estaba comprometida. Se había sentido comprometida antes, y siguió adelante. El camino que siguió le produjo grandes alegrías y un dolor desgarrador. En ese tiempo se acostaba con otro hombre a quien se entregó por un amor inocente. Cuando lo perdió, perdió todo, se prometió que nunca volvería a hacer esas elecciones, a cometer esos errores.

Y sin embargo allí estaba, abriéndose por segunda vez a todo ese dolor.

Cade era el tipo de hombre de quien las mujeres se enamoraban. El tipo de hombre de quien ella podía enamorarse. Una vez se daba ese paso, coloreaba todos los pensamientos, todo lo que

uno hacía y sentía. Con los tonos atrevidos del júbilo. Con los grises sofocantes de la desesperanza.

No, no podía volver a dar ese paso. Otra vez no. Tendría que ser bastante sensata para aceptar la atracción física, disfrutar de ella y mantener separadas y controladas sus emociones.

-¿Qué otra cosa había hecho durante casi toda su vida?

El amor era algo temerario y peligroso. Siempre acechaba algo en las sombras, avaro y rencoroso.

Se llevó el vaso a los labios y vio. Más allá de la ventana, más allá de la oscuridad. En las sombras, pensó. Esperando. Y el vaso se le deslizó de los dedos y se hizo añicos en el fregadero.

-¿Tory? -Cade despertó con un sobresalto, bajó de la cama y tropezó en la oscuridad. Maldiciendo se encaminó a la cocina. Ella estaba de pie bajo la luz descarnada, las manos en el cuello y miraba, fijamente la ventana.

-Hay alguien en la oscuridad.

-Tory. -Vio brillar los vidrios rotos que habían saltado de la piletta al suelo. Le cogió las manos-. ¿Te has hecho daño? -Hay alguien en la oscuridad -repitió ella con un tono infantil-. Espiando. Desde la oscuridad. Ha estado aquí antes. Y volverá. -Miró los ojos de Cade, a través de los ojos de Cade, y lo único que vio fueron imágenes, siluetas. Lo que sentía era frío-. Tendrá que matarme. Yo no soy la elegida, pero tendrá que matarme porque estoy aquí. En realidad la culpa es mía. Si yo hubiera estado con ella esa noche, él sólo nos habría espiado. Como lo había hecho antes. Sólo nos habría espiado mientras imaginaba que nos lo hacía. Sólo lo habría imaginado hasta conseguir una erección y entonces se habría masturbado. -Se le aflojaron las rodillas, pero protestó cuando Cade la alzó-. Estoy bien. Sólo necesito sentarme un rato.

-Lo que necesitas es acostarte -corrigió él. La llevó de vuelta a la cama y luego buscó sus pantalones-. Quédate aquí. -¿Adónde vas? -El repentino pánico de que la dejaran sola devolvió la fuerza a sus rodillas. Se levantó.

-Dijiste que había alguien fuera. Iré a ver.

-No. -En ese momento temía por él-. No es tu turno.

-¿Qué?

Tory levantó las manos y se dejó caer en el colchón.

-Lo siento. Estoy muy confundida. Se ha ido, Cade. Ahora ya no está allí fuera. Nos espiaba más temprano, creo que más temprano. Cuando estábamos... -Sintió náuseas-. Nos espió mientras hacíamos el amor.

Cade asintió, sombrío.

-De todos modos echaré un vistazo.

-No lo encontrarás -murmuró ella mientras él salía.

Cade quería encontrarlo. Quería encontrar a alguien y usar los puños, volcar su furia. Encendió las luces de fuera y estudió la zona. Caminó hasta la camioneta, sacó una linterna de la caja de

herramientas y también el cuchillo que guardaba allí. Luego rodeó la casa iluminando el suelo. Al llegar a la ventana del dormitorio, donde la hierba no estaba cortada, se agachó delante de una zona aplastada, donde podría haber estado de pie un hombre.

-¡Hijo de puta! -siseó entre dientes y apretó el mango del cuchillo. Se enderezó y giró para encaminarse al pantano.

Se detuvo al llegar al borde, impotente. Podía internarse en el pantano, dar vueltas por ahí y desahogar parte de su furia. Y haciéndolo, dejar sola a Tory...

Así que regresó a la casa y dejó el cuchillo y la linterna en la mesa de la cocina.

Ella todavía seguía sentada en el mismo sitio, los puños apretados sobre las rodillas. Levantó la cabeza al oírlo entrar, pero no dijo nada. No era necesario.

-Lo que hicimos aquí era algo nuestro -dijo Cade-. Él no lo modifica. -Se sentó junto a ella y le cogió la mano-. Sólo puede modificarlo si se lo permitimos.

-Lo ha convertido en algo sucio.

-Para él, no para nosotros. No para nosotros, Tory -murmuró, volviéndole el rostro para que lo mirara.

Ella suspiró una vez y le acarició el dorso de la mano. -¡Estás tan enojado!

¿Cómo logras contenerte?

-Le pegué un par de puntapiés a la camioneta. -Apoyó los labios sobre el pelo de Tory-.

¿Me dirás qué has visto?

-Vi su furia. Más negra de lo que jamás podría ser la tuya, pero... no sé cómo explicarlo, no era una furia sustancial, ni real. Y también vi una especie de orgullo. No sé. Tal vez sea más bien una satisfacción. No logro verlo... verlo a él.

-Yo no soy la que él quiere, pero no puede permitir que me quede, no se fía de mí cuando estoy tan cerca de Hope. No sé si esos son mis pensamientos o los suyos - continuó. Cerró los ojos con fuerza y meneó la cabeza-. No logro verlo con claridad. Es como si faltara algo En él o en mí, no sé. Pero no logro verlo.

-El que mató a Hope no fue un desconocido, alguien que pasaba por aquí, como creímos todos estos años, ¿verdad? -No. -Volvió a abrir los ojos y dejó de contemplar su propio dolor para pensar en el de él-. Fue alguien que la conocía, que la espiaba.

-Que nos espiaba a las dos. Creo que entonces lo sabía, pero tenía tanto miedo que lo encerré dentro de mí. Si a la mañana siguiente hubiera tenido el coraje de acompañaron a ti y a tu padre en lugar de decirlos dónde estaba, tal vez hubiera visto.

-No estoy segura, pero tal vez hubiera podido identificarlo. Entonces todo habría terminado.

-No lo sabemos. Pero podemos terminarlo ahora. Llamaremos a la policía.

-Cade, la policía... Es muy improbable que hasta el policía más abierto a todas las posibilidades esté dispuesto a escuchar a alguien como yo. Y menos en la policía de Progress.

-Quizá nos cueste un poco convencer al jefe Russ, pero él te escuchará. -Cade se encargaría de que así fuera-. Vístete. -¿No pensarás llamarlo ahora? ¿A las cuatro de la mañana? -Exacto. -Cade levantó el auricular-. Para eso se le paga.

El jefe de policía Carl D. Russ no era un hombre de gran estatura. A los dieciséis años alcanzó el metro sesenta y cinco y allí se quedó. No era buen mozo. Tenía una cara ancha y picada de

viruela y las orejas se erguían a cada lado de la cabeza como enormes asas de una taza.

Su pelo era grisáceo. Era delgado y como mucho pesaría sesenta kilos.

Sus antepasados habían sido esclavos. Los de las generaciones siguientes fueron peones y ganaban un sueldo miserable trabajando tierras ajenas. Su madre quiso más para él y lo incentivó e impulsó hasta que, más por librarse de ella que por otra cosa, él decidió tratar de ser más.

La madre de Carl D. disfrutaba del hecho de que su hijo fuera jefe de policía, casi tanto como él.

No era un hombre brillante. Las informaciones giraban en su interior, tomaban senderos zigzagueantes y por fin se instalaban en su pensamiento. Tenía tendencia a ser pesado. Y minucioso. Pero, sobre todo, Carl D. era afable.

No protestó ni se quejó cuando lo despertaron a las cuatro de la madrugada. Simplemente se levantó y se vistió en la oscuridad para no despertar a su mujer. Le dejó una nota en la cocina y, al salir, se metió en el bolsillo la última lista de recados redactada por ella.

Lo que pensó acerca de que Kincade Lavelle estuviera en la casa de Victoria Bodeen a las cuatro de la mañana no lo divulgó. Cade salió a la puerta a recibirlo.

-Gracias por venir, jefe.

-No tiene importancia. -Carl D. masticó feliz el chicle que nunca le faltaba desde que su mujer lo había obligado a dejar de fumar-. Hubo un merodeador, ¿no?

-Echemos una mirada por ese costado de la casa, a ver qué piensa usted.

-¿Cómo está su familia? -Muy bien, gracias.

-Me enteré de que su tía Rosie vino de visita. No se olvide de saludarla de mi parte.

-Lo haré. -Cade iluminó con la linterna la hierba aplastada debajo de la ventana del dormitorio y esperó mientras Carl D. pensaba.

-Bueno, es muy posible que haya habido alguien de pie aquí, espiando. Pudo haber sido un animal. -Iluminó los alrededores con su linterna, mientras mascaba contemplativo-. Este es un lugar tranquilo y lejos del camino. No veo por qué alguien andaría por aquí. Supongo que pudo llegar por el camino o por el pantano. ¿Usted ha echado una mirada?

-Sí, pero no vi nada. Pero Tory sí.

-Hablaré antes con ella y luego daré una batida por los alrededores. Quienquiera que haya sido, ya debe de estar lejos de aquí. -Iluminó con la linterna la zona más sombría, donde los robles marcaban la entrada del pantano-. Sí, este es un lugar muy tranquilo. Aunque me pagaran no viviría tan lejos del pueblo. Apuesto a que toda la noche se oyen sapos y búhos.

-Uno se acostumbra-dijo Cade mientras se encaminaban a la puerta trasera-. Ni siquiera los oyes.

-Ya. Uno se acostumbra tanto que ya no oye los sonidos habituales. Y cualquier cosa que no sea habitual produce una especie de sobresalto. ¿No cree?

-Supongo que sí. A mí me sucedería. Pero yo no oí nada. -Yo tengo un sueño ligero. El menor ruido me despierta. En cambio Ida-Mae no se mueve aunque le explote una bomba al lado. -Entró en la cocina, parpadeó a causa de la luz brillante y luego se sacó la gorra con gesto amable-. Buenos días, señorita Bodeen.

Jefe Russ. Lamento haberle molestado.

-No se preocupe. ¿Por casualidad lo que huelo es café? -Sí, acabo de prepararlo. Le serviré una taza.

-Se lo agradecería. Me he enterado de que la inauguración de su tienda fue todo un éxito. Le aseguro que mi mujer se divirtió mucho. Compró uno de esos carrillones chinos, ¿sabe? Esas campanitas que suenan con el viento. No dejó de hablarme de ellas desde que llegué a casa. Y no se conformó hasta que las colgué. Tienen un sonido agradable.

-Sí, es cierto. ¿Cómo le gusta el café?

-Con bastante azúcar y nada más. -Le guiñó un ojo-. Si no le importa, nos sentaremos y usted me contará todo sobre ese merodeador.

Tory miró a Cade antes de servir el café y sentarse.

-Había alguien en la ventana, la ventana del dormitorio, mientras Cade y yo estábamos...

Carl D. sacó un bloc y un lápiz mordisqueado. -Comprendo que esto sea un poco incómodo para usted, señorita Bodeen. Trate de relajarse. ¿Consiguió ver a la persona que estaba en la ventana?

-No. Me desperté y vine a la cocina a tomar un vaso de agua. Mientras estaba delante del fregadero yo... Él estaba espiando la casa. Me espiaba a mí, a nosotros. No quiere que yo esté aquí. Le inquieta que haya vuelto.

-¿A quién?

-Al hombre que mató a Hope Lavelle.

Carl D. dejó el lápiz sobre la mesa, puso el chicle contra la mejilla y bebió un sorbo de café.

-¿Cómo lo sabe, señorita Bodeen?

Me lo pregunta en un tono tranquilo, pensó Tory. Pero sus ojos son fríos como los de cualquier policía. Conocía íntimamente los ojos de los policías.

-De la misma manera que supe dónde encontrar a Hope la mañana siguiente a su muerte. Usted estaba allí. -Sabía que hablaba en un tono beligerante y que su postura era defensiva. No lo podía evitar-. Entonces todavía no era jefe de policía.

-Sólo hace seis años que soy jefe de policía. El jefe Tate se jubiló y se marchó a Naples, Florida. Se compró una lancha a motor. Pesca mucho. Al jefe Tate siempre le gustó pescar.

-Russ hizo una pausa-. El verano del asesinato de la pequeña Hope Lavelle, yo era subjefe de policía. Fue algo terrible. Lo peor que ha sucedido jamás por estos parajes. El jefe Tate supuso que debía de ser un merodeador. Nunca se encontró ninguna evidencia de lo contrario.

-Ustedes nunca encontraron nada -corrigió Tory-. El asesino de Hope la conocía. Lo mismo que nos conoce a Cade, a mí y a usted. Conoce Progress. Conoce el pantano. Esta noche estuvo ante la ventana de mi casa.

-¿Pero usted no lo vio?

-No en la forma a la que usted se refiere.

Carl D. se echó atrás y apretó los labios. Reflexionó.

-La abuela de mi mujer por parte de madre mantiene con_ versaciones con parientes muertos. Bueno, no estoy juzgando eso, porque no soy yo quien mantiene esas conversaciones. Pero en mi trabajo, señorita Bodeen, lo único que cuenta son los hechos.

-Es un hecho que yo supe lo que le había sucedido a Hope y dónde la encontrarían. El hombre que la mató lo sabe. El jefe Tate no me creyó. Supuso que yo había estado allí con Hope y

que me asusté y huí. O que la encontré muerta y que volví a casa y me oculté hasta la mañana siguiente.

La expresión de Carl D. era bondadosa. Había criado a dos hijas.

-En ese tiempo usted era poco más que un bebé.

-Pero ahora soy una mujer adulta, y le estoy diciendo que esta noche, el hombre que mató a Hope estuvo aquí. Aparte, él mató a otras mujeres. Por lo menos a una más. Una jovencita a la que recogió haciendo autostop en la carretera a Myrtle Beach. Ya tiene otra víctima en vista. No soy yo. No es a mí a quien quiere. -Usted puede decirme todo eso, pero no puede decirme quién es.

-No, no puedo. Le puedo decir lo que sé. Es un psicópata que cree tener derecho a hacer lo que hace. Porque lo necesita. Necesita la excitación y la sensación de poder que le proporciona. Un misógino que cree que las mujeres estamos aquí para ser utilizadas por los hombres. Un asesino en serie que no tiene intenciones de detenerse ni de permitir que lo detengan. Ha podido hacerlo durante dieciocho años -dijo en voz baja-. ¿Por qué se va a detener?

-No manejé demasiado bien el asunto.

Cade cerró la puerta trasera y se volvió a sentar a la mesa. Él y Carl D. acababan de recorrer la propiedad y los lindes del pantano. No encontraron nada, ni huellas frescas ni trozos de tela desgarrada por algún árbol.

-Le dijiste lo que sabías. -No me cree.

-Te crea o no, cumplirá con su deber.

-Lo mismo que cumplieron con su deber hace dieciocho años.

Cade no respondió. El recuerdo de aquella mañana siempre le dolía como una pmialada.

-¿A quién estás culpando, Tory? ¿A la policía o a ti misma? -A ambos. Nadie me creyó y yo no supe explicarme. Tenía miedo de explicarme. Sabía que me castigarían y cuanto más dijera, peor sería el castigo. En definitiva, hice lo que pude por salvarme.

-¿No fue lo que hicimos todos? -Se levantó y fue a servirse otra taza de café-. Yo supe que esa noche ella no estaba en casa. Supe que planeaba salir a escondidas. Ni entonces ni al día siguiente ni nunca dije que había visto su bicicleta oculta en el jardín. Aquella noche lo hice porque consideré que no debía chivarme. Uno no divulga secretos a menos que pueda ganar algo a cambio. Entonces ¿qué importancia tenía que ella quisiera andar un par de horas en bicicleta? -Se volvió y vio que Tory estaba observándolo-. Al día siguiente, cuando la encontramos, tampoco dije nada. Fue un acto de autopreservación. Si hablaba, me culparían tanto como me culpaba yo. Y después me pareció que no tenía sentido decirlo. Todos habíamos perdido algo que no lograríamos recuperar. Pero yo puedo volver a aquella noche y revivirla en mi cabeza. Sólo que esta vez le digo a mi padre que Hope ha escondido su bicicleta y él pone la bicicleta bajo llave y a ella le pega un rapapolvo terrible. A la mañana siguiente Hope despierta en su cama sana y salva.

-Lo siento.

-¡Oh, Tory, yo también! Hace dieciocho años que lo siento. Y durante esos años he visto a la hermana que me queda haciendo todo lo posible por arruinar su vida. Vi cómo mi padre se alejaba de su familia, como si no soportara estar con nosotros. Y vi que mi madre se

cubría con una capa tras otra de amargura y decoro. Y todo porque me interesaron más mis propios asuntos que encargarme de que Hope se quedara en su cama, donde debía estar. - Habría habido otra noche.

-Pero no habría existido esa. No lo puedo arreglar, Tory, y tú tampoco.

-Yo puedo encontrarlo. Tarde o temprano lo encontraré, -O él me encontrará a mí, pensó. Ya me ha encontrado. -Pero esta vez no estoy dispuesto a permanecer al margen mientras otro de mis seres queridos corre riesgos. -Hizo a un lado la taza de café-. Debes irte a vivir con tu tío y tu tía. -No puedo. Debo quedarme aquí. No lo puedo explicar, sólo sé que debo quedarme. Si estoy equivocada, no corro ningún riesgo. Si tengo razón, no tendrá importancia dónde esté.

Él no estaba dispuesto a discutir. Encontraría la manera de arreglar las cosas como mejor le pareciera.

-Entonces seré yo quien haga mi equipaje. -¿Perdón?

-Voy a pasar mucho tiempo aquí. Me convendrá tener a mano lo que necesite. No me mires con esa cara de sorpresa. Una noche en la cama no nos convierte en amantes, pero eso es lo que seremos.

-Estás dando mucho por sentado, Cade.

-No lo creo. -Le tomó el rostro entre las manos y la besó hasta que sintió que los labios de Tory se suavizaban bajo los suyos-. No creo que esté dando nada por sentado. Y menos que nadie a ti. Digamos simplemente que tienes sensaciones con respecto a las cosas, Tory. Cosas que sabes sin poder explicarlas. Yo también. He tenido una de esas sensaciones con respecto a ti, y permaneceré cerca hasta que pueda explicarla.

-La atracción y el sexo no son un rompecabezas tan difícil, Cade.

-Lo son cuando uno no ha encontrado y colocado todas las piezas en su lugar. Me dejaste entrar, Tory. No conseguirás echarme con tanta facilidad.

-Es una treta muy inteligente. Me refiero a eso de que seas indignante y reconfortante al mismo tiempo. -Se alejó de él-. Y no estoy demasiado segura de haberte dejado entrar. Tú entras y sales allá donde te viene en gana.

Era bastante cierto y él no lo negaría. -¿Vas a tratar de echarme a patadas? -No creo.

-Muy bien, eso nos ahorra una discusión. Bueno, ya que estamos levantados y vestidos, ¿por qué no nos dedicamos un rato a los negocios?

-¿A los negocios?

-En la camioneta tengo algunas muestras. Iré a traerlas para que negociemos.

Tory miró el reloj. Todavía no eran las siete. -De acuerdo. Pero esta vez el café lo preparas tú.

Faith esperó hasta las diez y media, cuando estuvo segura de que tanto su madre como Lilah habían salido rumbo a la iglesia. Hacía tiempo que su madre había abandonado toda esperanza de que Faith asistiera a los servicios dominicales pero, en lo que a Dios se refería, Lilah era muy cabeza dura y muchas veces se consideraba un sargento cuya misión era sacar a las tropas de la cama y llevarlas a la iglesia con amenazas de condena eterna.

Cuando estaba en su casa, los domingos por la mañana, Faith se ocultaba. De vez en cuando hacía méritos, se ponía un vestido recatado y se presentaba en la cocina para que Lilah pudiera conducirla hacia la redención.

Pero ese domingo no estaba de humor para ser obediente, ni para instalarse en un banco duro y escuchar un sermón. Tenía ganas de seguir de mal humor, desayunar un helado de chocolate y pensar en lo cretinos que eran los hombres.

Cuando recordaba todo el trabajo que se había tomado por Wade Mooney, le daban ganas de escupir. Se untó cremas perfumadas, se puso la ropa interior más atractiva que el dinero podía comprar... y habría estado muy dispuesta a permitir que él le arrancara todos esos trozos de satén y encaje. Además había elegido un par de zapatos con tacones de diez centímetros y se enfundó en un vestido negro que proclamaba: «Quiero pecar.»

Después incursionó en el sótano en busca de dos botellas que eran más caras que una educación universitaria completa y se arriesgó a que Cade la matara cuando descubriera que faltaban.

Y cuando llegó a casa de Wade, él ni siquiera tuvo la decencia de estar allí. ¡Desvergonzado! Peor aún: lo esperó. Arregló el dormitorio como si fuera una criada, encendió velas y puso música. Y luego estuvo a punto de quedarse dormida durante la espera.

Esperó una hora más, casi hasta la una de la mañana, pero ya con otro propósito. ¡Ah! Cómo le habría gustado que él entrara por esa puerta para poder patearle su poco considerado trasero.

Por culpa de Wade se emborrachó un poco con el vino, y decididamente Wade tenía la culpa de que por efectos del alcohol hubiera calculado mal la entrada a Beaux Réves y rasguñado la pintura del coche. Así que Wade tenía toda la culpa de que esa mañana de domingo estuviera sentada en la cocina, con una resaca miserable y atiborrándose de helado.

No quería volver a verlo jamás. Incluso pensó que renunciaría para siempre a los hombres. No valían el tiempo y el trabajo que las mujeres se tomaban por ellos. Los eliminaría de su vida y encontraría otras zonas de interés.

Cade entró en la cocina en el momento en que Faith hundía la cuchara en el helado, y como conocía el estado de ánimo que provocaba ese comportamiento en su hermana, trató de marcharse con rapidez. Pero no tuvo suerte.

-¡Vamos, siéntate! No voy a morderte. -Faith encendió un cigarrillo y procedió a fumar con una mano, mientras comía helado con la otra-. Todos han ido a la iglesia para salvar sus almas inmor

tales. Creo que la tía Rosie fue con Lilah. Le gusta más ir a la iglesia de Lilah que a la de mamá. Alcancé a vislumbrarlas cuando se iban. Tía Rosie se había puesto un sombrero de ala ancha y zapatillas de tenis verdes, así que no es posible que haya ido con mamá.

-Lamento haberme perdido el espectáculo. -Cade buscó una cuchara, se sentó y se sirvió un poco de helado-. Bueno, ¿qué te pasa?

-¿Por qué me va a pasar algo? Estoy tan contenta como una gallina con un nido lleno de huevos de oro. -Exhaló una bocanada de humo, entrecerró los ojos y miró a su hermano.

Tenía el pelo un poco húmedo, lo que significaba que acababa de ducharse, ya que Cade nunca se molestaba en secarse el pelo con una toalla.

En los ojos, azules como los de ella, había una expresión de contento perezoso, sus labios se curvaban en una sonrisa.

Faith sabía qué clase de actividad ponía esa expresión en la cara de un hombre.

-Desde ayer que no te cambias de ropa. No has estado en casa, ¿verdad? Supongo que anoche alguien ha tenido suerte. Cade lamó la cuchara y la estudió.

-Y yo supongo que alguien no tuvo suerte. Y te advierto que no pienso quedarme aquí sentado hablando de mi vida sexual mientras tú te desayunas con helado.

-Tú y Tory Bodeen. ¿No es perfecto?

-A mí me gusta. -Cade se sirvió otra cucharada de helado-. Note metas en mi camino, Faith.

-¿Por qué me voy a meter? ¿A mí qué me importa? Sólo que no sé qué le ves. Es bastante bonita, pero muy fría. Tarde o temprano te congelará. No es como el resto de las mujeres.

-Si te tomaras el tiempo necesario para conocerla, descubrirías que no es así. A Tory le hace falta una amiga, Faith. -Bueno, no me mires a mí. Yo soy espantosa como amiga. Se lo puedes preguntar a cualquiera. Y Tory ni siquiera me gusta mucho. Si quieres follártela unas cuantas veces, es asunto tuyo. ¡Eh! -Levantó la vista, sorprendida e insultada cuando él le tomó la muñeca y golpeó las manos de ambos sobre la mesa. -No es así. -La voz de Cade sonó suave como la seda pero había un fulgor de advertencia en sus ojos-.

El sexo no es un pasatiempo efímero para todo el mundo.

-Me estás lastimando.

-No; te estás lastimando tú misma. -La soltó y se puso de pie para arrojar la cuchara al fregadero.

Pensativa, Faith se masajeó la muñeca.

-Lo que yo hago es protegerme para que no me hieran. Si tú quieres tender tu corazón para que alguien lo pisotee, vaya y pase. Pero hay algo que sé: no debes enamorarte de Tory. Eso nunca daría resultado.

-No sé si quiero o no enamorarme de ella. No sé si dará resultado o no. -Se volvió-. Lo que no parece saber, Faith, es que eres muy parecida a ella. Las dos estáis como protegiéndoos detrás de un muro contra vuestros propios sentimientos, para que nada pueda Bolerlos. Ella lo hace encerrándose en sí misma, y tú lo haces siendo extravertida, pero en el fondo es lo mismo.

-¡Yo no me parezco a ella! -gritó Fáith mientras Cade salía de la cocina-. Yo no me parezco más que a mí misma!

Furiosa, arrojó la cuchara al otro extremo de la cocina y, dejando que el helado se derritiera sobre la mesa, salió como una tromba a vestirse.

Tenía que desahogarse con alguien y, como en el laberinto de sus pensamientos, todo volvía a Wade, él fue el elegido. También se vistió para ese ataque.

Tenía su orgullo y quería estar fascinante en el momento en que lo hiriera directamente en el corazón, en el momento en que lo hiciera pedazos y después lo tirara a la basura y se alejara canturreando una alegre tonada.

Se puso un vestido azul marino para que le destacara los ojos y para que el maldito Wade no pudiera olvidarlos más.

Al llegar, iba a abrir la puerta del apartamento de Wade, pero se detuvo y llamó con formalidad.

Oyó gruñidos dentro y alzó los ojos al techo. Sin duda había subido a uno de sus pacientes. ¿Cómo era posible que ella hubiera llegado hasta ese punto, con un hombre que pensaba más en un perro enfermo que en una mujer dispuesta a entregársele? Gracias a Dios, acababa de recobrar la sensatez.

Entonces él abrió la puerta, con ojos adormilados, con unos tejanos que no se había molestado en abotonar. Y ella recordó cómo había llegado hasta allí con ese hombre.

A Faith comenzó a hacérsele agua la boca, pero se contuvo y, tomando la mano de Wade, depositó en ella la llave del apartamento.

-¿Qué demonios...?

-Esto para empezar. Tengo un par de cosas que decirte y después me iré. -Lo apartó y entró. Se había puesto tacones altos y un vestido muy corto para lucir las piernas.

Nada más que para torturarlo.

-¿Qué hora es?

Faith apretó los dientes. Wade estaba destruyendo su escena. -Es casi mediodía.

-¡Dios Santo! ¡No puede ser! Dentro de una hora tengo que estar en casa de mi madre. -Se dejó caer en un sillón y se sujetó la cabeza con las manos-. Es probable que dentro de una hora esté muerto.

-Si de mí depende, lo estarás. -Se inclinó, lo olió y retrocedió-. Hueles como una botella de whisky barato.

-Era una botella de whisky caro y yo no soy una botella. La botella está dentro de mí. -Se sentía fatal-. Por el momento. -Bueno. -Colocó las manos en jarras-. Estuviste fuera, emborrachándote y buscando aventuras durante la mitad de la noche. Espero que te hayas divertido.

-No estoy seguro. Creo que al principio me divertí. -Porque -continuó ella, furiosa por la interrupción-, en lo que a mí concierne, es así como de ahora en adelante podrás pasar todos los sábados por la noche. -La inundaron los celos que, a su paso, barrieron con el orgullo-. ¿Quién demonios era ella?

-¿Quién? Quién era quién?

-La punta con la que crees que puedes traicionarme y seguir con vida. -Tomó el objeto más cercano, una lámpara pequeña, tiró del cordón y la arrojó. A raíz del estruendo llegaron aullidos

desde el dormitorio y Wade se puso de pie con dificultad. ¡~-Hijo de puta! ¿Ella todavía está aquí? . --Quien? ¿Qué demonios te pasa? Acabas de romper mi lámpara.

-Y también te romperé el cuello. -Giró sobre los talones y corrió al dormitorio, decidida a arrancarle los ojos a la mujer que ocupaba su lugar. .

Sobre la cama había un pequeño cachorrito negro que se puso a ladrar como loco y se escondía entre las almohadas. -¿Dónde está ella?

-¿Quién? -preguntó Wade, levantando las manos. Estaba despeinado y tenía marcadas ojeras-. ¿Dónde está quién? ¿De qué diablos hablas, Faith?

-De la perra con quien duermes.

-Aparte de ti, la única perra con quien he dormido recientemente es esa. -Hizo un gesto en dirección a la cama-. Y sólo hace un par de horas que está aquí. En realidad, ella no significa nada para mí.

-¿Crees que puedes bromear con respecto a esto? ¿Dónde estuviste anoche?

-Por ahí. ¡Maldita sea! -Se encaminó al baño e hizo a un lado tubos y frascos buscando una aspirina.

-Sí, ya lo sé. Llegué a las nueve y me quedé casi hasta la una de la mañana esperándote. -

¡Maldición! No pensaba decirle que se había quedado tanto tiempo-. Y no apareciste.

A punto de lloriquear, él se llevó dos aspirinas a la boca y las tragó con agua del grifo.

-No recuerdo que hayamos planeado vernos anoche. A ti no te gusta hacer planes. Te atan y te quitan la excitación. -Se apoyó sobre el lavabo y la miró-. Bueno, esto es excitante.

-Era sábado por la noche. Debiste saber que vendría. -No, Faith, no tengo por qué saberlo. Tú no quieres que yo sepa nada.

Ella movió la cabeza. Se estaban alejando del tema. -Quiero saber dónde estabas y con quién.

-Esas son muchas exigencias para alguien que no quiere ataduras. Sexo y diversión. ¿No son esas las reglas?

-Yo no hago trampas -contestó ella con cierta dignidad-.

Cuando estoy con un hombre no salgo con otro. Y espero recibir la misma consideración.

-No estaba con otra mujer. Estuve con Dwight.

-Eso es mentira. Dwight Frazier es un hombre casado y no estuvo fuera de su casa durante la mitad de la noche de juerga contigo.

-No sé dónde estuvo después de las diez. Supongo que en su casa, acostado con Lissy. Fueron al cine y los acompañé. -Hablaban con una voz sin inflexiones y tenía una expresión fría en los

ojos-. Ellos volvieron a su casa. Yo compré una botella y salí a dar una vuelta en coche. Me emborraché y volví a casa. Y si hubiera querido hacer cualquier otra cosa con cualquier otra persona, habría estado en libertad de hacerlo. Como lo estás tú. Es así como lo quisiste, ¿no?

-Nunca dije eso.

-Pero nunca dijiste algo distinto. -Ahora lo estoy diciendo.

-No es posible que todo sea como tú quieres, Faith. Si quieres cambiar la situación, si quieres que seamos tú y yo, entonces empecemos a agregar algunas reglas más.

-No he hablado de reglas. -Estaba tergiversando las cosas. Típico de un hombre-. Hablo de una cuestión de cortesía.

-Y supongo que eso significa que yo me quede esperando hasta que tengas ganas de verme. Pues no. Los dos vamos y venimos a nuestro antojo, a menos que prefiramos estar juntos. O convertimos esto en una relación.

Nada de seguir entrando aquí a hurtadillas o de refugiarnos en un motel. Somos una pareja o no lo somos.

-¿Me estás dando un ultimátum? -El impacto recibido le quebró la voz al final de la frase-. ¿Me estás dando un ultimátum después de haberme tenido esperando durante la mitad de la noche?

-¿Qué frustrarte, ¿verdad? -Se alejó del lavabo y se le acercó-. Te hace sentir usada y te causa dolor. Te aseguro que sé lo que es.

Sorprendida, Faith se mesó el pelo. -Nunca me dijiste nada de eso.

-Porque habrías salido volando. Ese es tu estilo, Faith. Anoche, en algún momento, mientras estaba sentado junto al río con una botella como compañía, se me ocurrió que no me gusta eso

de ti y que tampoco me gusta permitir que seas así conmigo. Así

pues, hacemos que este asunto resulte, como dos personas que se generen, o nos separamos. .

-Tú sabes que te gmero, Wade. Por gmén me tomas?

Más bien se trata de pensar por quién te tomas tú, pensó ~Xlade.

-Hubo un tiempo en que te hubiera aceptado sin condiciones. Pero ese tiempo se acabó. Ahora quiero más, Faith. Si no puedes o no quieres dármelo, viviré con eso. Pero ya no seguiré conformándome con enigmas.

-No lo entiendo. -Estremecida, se sentó en el borde de la cama. La cachorra se arrastró hacia ella, olisqueando-. No sé como puedes dar vuelta a las cosas y tratarme así.

-No se trata de ti, sino de nosotros. Quiero que haya un nosotros, Faith.

Estoy enamorado de ti.

-¿Qué? ¿Estás loco? -Se volvió a poner de pie, con pánico-. ¡No digas eso! . .

-Lo he dicho antes, pero nunca gmsiste escucharlo. Yo no te importaba bastante. Esta vez te tendrá que importar, o no lo volveré a decir. Estoy enamorado de ti. -La cogió por los hombros-. Es así, más allá de lo que tú hagas al respecto.

-¿Qué se supone que debo hacer? -Tenía una sensación floja y aletearte en el estómago que reconoció como de puro pánico-. ¡Qué enredo es este!

-Cada vez que te digo que te quiero, tu respuesta es salir corriendo y casarte con otro. - Wade alzó una ceja al ver que ella se quedaba boquiabierta.

-Eso no es... yo no... -¡Oh Dios! Wade tenía razón. -Esta vez podríamos probar algo nuevo. Podríamos tratar de enfrentar el asunto como seres normales y ver adónde llegamos. Podríamos pasar un poco de tiempo juntos y no sólo saltar a la cama cada vez que nos vemos. Entre nosotros hay mucho más que sexo.

-¿Cómo lo sabes?

Wade sonrió, le acarició el pelo.

-Está bien, digamos que quiero descubrir si entre nosotros hay algo, aparte del sexo.

-¿Y si no lo hay? -¿Y si lo hay? -¿Y si no lo hay? Él suspiró. -Entonces supongo que terminaremos pasando gran parte del tiempo en la cama. Si es que para entonces nos queda algo -agregó y se acercó para alejar la almohada que el cachorro pretendía deshacer.

¡Wade era tan sólido, inteligente, bueno y apuesto! Y estaba enamorado de ella. Pero nunca nadie la había querido demasiado tiempo. Debes aligerar esta situación, se ordenó, por lo menos hasta que tu corazón vuelva a latir con normalidad.

-No sé qué pensar acerca de eso de tener una relación con un hombre que duerme con una perrita.

-La señorita Dottie me la dejó esta mañana camino de la iglesia. Yo tenía demasiada resaca para hacer otra cosa que acostarla conmigo en la cama.

-¿Qué problema tiene?

-¿Quién? ¡Ah! ¿La cachorra? Ninguno. -Se inclinó para acariciar las oreas de la perrita-.

Ojos brillantes y una salud de hierro. Le di todas sus vacunas.

-¿Y entonces qué haces con ella? -La estoy guardando para ti.

-¿Para mí? -Faith retrocedió un paso-. Yo no quiero un perro.

-Por supuesto que lo quieres. -Levantó la cachorra y la puso en los brazos de Faith-. Mira, le gustas.

-A los cachorros les gusta todo el mundo -protestó Faith mientras torcía la cabeza para evitar los alegres lengüetazos de la perrita.

-Exactamente. -Con los hoyuelos marcados en las mejillas, Wade rodeó la cintura de Faith, dejando entre ambos a la cachorra como si fuera el relleno de un sándwich-. Y a todos les gustan los cachorros. Esta perrita dependerá de ti, te divertirá, te hará compañía y te querrá pase lo que pase.

-Hará pis en la alfombra y me morderá los zapatos.

-Sí. Tendrá necesidad de disciplina, entrenamiento y paciencia. Le harás falta tú.

Se conocían prácticamente de toda la vida. Y el que hubieran pasado entre las sábanas la mayor parte del tiempo que estaban juntos, no quería decir que ella no supiera cómo funcionaba la mente de Wade.

-¿Lo que me estás dando es un perro o una lección de vida? -Las dos cosas. -Se inclinó para besar la mejilla de Faith-. Inténtalo. Si no da resultado, puedes devolvérmela.

La cachorra intentaba desesperadamente acomodarse entre el hombro y el cuello de Faith. ¿Qué estaba pasando? Era como si de repente todo el mundo le estuviera machacando al mismo tiempo Primero Boots, después Cade y ahora Wade.

-Me estás mareando. Hoy no puedo mantenerme a la altura de tus razonamientos y ese es el único motivo por el que acepto esto.

-¿Qué aceptas qué? ¿Lo nuestro o la cachorra? -Un poco de cada cosa.

-Es un principio alentador para mí. En la cocina hay comida para cachorros. ¿Por qué no vas a darle de comer mientras yo me ducho? Llegaré tarde al almuerzo en casa de mis padres. ¿Por qué no me acompañas?

-Gracias, pero todavía no estoy preparada para comidas familiares. -Recordaba demasiado bien el brillo frío de los ojos de la madre de Wade-. Ve a ducharte. Hueles peor que una camada de cachorros. -Frunció el entrecejo mientras llevaba la cachorra a la cocina. No estaba segura de estar preparada para todo eso. Para nada de eso.

18

El lunes por la mañana, Tory acababa de abrir las puertas de la tienda cuando sonó la campanilla anunciando la llegada de un cliente.

-Buenos días, soy Sherry Bellows. He atado mi perro al banco que tienes en la acera. Espero que no te importe.

Tory miró y vio una montaña peluda sentada en la acera. -Está muy bien. Qué grande es. Y muy bonito.

-Es un verdadero muñeco. Acabamos de llegar de nuestro paseo matinal por el parque y me apeteció entrar. Estuve aquí un rato el sábado. Había una multitud.

-Sí, me mantuvieron ocupada. ¿Quieres que te muestre algo en especial o prefieres mirar tú misma?

-Me preguntaba si necesitas una ayudante. -Sherry echó atrás su coleta y alzó los brazos-. No estoy exactamente vestida para buscar trabajo -dijo con una sonrisa, tironeándose el polo húmedo sobre los shorts-. Pero seguí un impulso y entré. Enseño en el instituto. Mejor dicho, enseñaré durante las clases de verano que empiezan a mediados de junio y luego seguiré trabajando a tiempo completo a partir del otoño.

-Entonces no creo que necesites más trabajo.

-Tengo todo el día libre durante las próximas dos semanas y luego los sábados y medio día durante todo septiembre. Me gustaría trabajar en un lugar como el tuyo y no me vendría mal un dinero extra. Seguí un curso de comercio en la universidad, así que conozco el tema.

Te puedo dar referencias y no me preocupa trabajar por un sueldo mínimo.

-Pues, Sherry, no he pensado en la posibilidad de tomar un ayudante, por lo menos hasta dentro de unas semanas, cuando vea cómo va la tienda.

-No debe de ser fácil llevar sola una tienda.

-Si había algo que Sherry aprendió mientras estudiaba fue a ser persistente-, No tener un solo momento de descanso y tampoco tiempo para arreglar los papeles, hacer un inventario ni enviar órdenes de compra. Ya que la tienda está abierta seis días por semana, tampoco tendrás mucho tiempo para hacer recados. Para los trámites bancarios, para hacer compras. Supongo que envías órdenes de compra, ¿verdad?

-Bueno, sí...

-No te quedará más remedio que cerrar la tienda cada vez que tengas que ir a correos, o tendrás que esperar para mandar pedidos a la mañana siguiente antes de abrir. Eso agregará más horas a tu jornada de trabajo. Cualquiera que sea capaz de organizar un negocio como este, sabe que su tiempo vale dinero.

Tory estudió a Sherry. Era joven, bonita, y estaba sudada por haber corrido.

Y era muy directa. Además lo que decía era sensato. Ella estaba en la tienda desde las ocho, redactando órdenes de compra, ordenando papeles y corriendo al banco y a correos.

No podía negar que le divertía hacer todo eso, pero a medida que pasara el tiempo las exigencias serían cada vez mayores.

A1 mismo tiempo no estaba segura de querer compartir su tienda con nadie, aunque fuera durante parte del tiempo. Le producía un profundo placer tenerla toda para ella. Aunque admitía que era una indulgencia poco práctica.

-Me has pillado desprevenida. ¿Por qué no me anotas tu dirección, tu teléfono y tus referencias? -Tory se dirigió al mostrador para darle un anotador-. Necesito pensarlo.

-¡Excelente! -Sherry cogió el bolígrafo que Tory le ofrecía-. Y vengo con un socio, coges a uno y tienes dos. -Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la acera, donde dos mujeres acababan de detenerse a admirar a Mongo-. Es tan bonito que la gente no puede menos que pararse a acariciarlo. Y cuando están allí no tienen más remedio que mirar tu escaparate. Apuesto a que esas entrarán.

-Muy inteligente -dijo Tory, levantando una ceja-. Tal vez debería comprar un perro.

Sherry rió y comenzó a escribir.

-Pero nunca encontrarás a ninguno como mi Mongo.

-ya -dijo Tory-. Y has acertado -agregó en voz baja cuando las dos mujeres entraron en la tienda.

-¿Ese perro es suyo?

-Es mío -contestó Sherry con una sonrisa-. Espero que no las haya molestado.

-No; es el animal más dulce que he visto. Parece una gran bola de lana.

-Es suave como un cordero -les aseguró Sherry-. No pudimos menos que detenernos y admirar todas las cosas bonitas que hay aquí. ¿No les parece un lugar maravilloso?

-Sí, muy bonito. No recuerdo haberlo visto antes. -Acabamos de abrir el sábado -dijo Tory.

-Hace tiempo que no vengo a esta parte del pueblo. -La mujer miró alrededor. La amiga ya recorría la tienda-. Me gustan mucho los candelabros que hay en el escaparate. Acabamos de mudarnos y estoy redecorando la casa.

-Se los traeré para que los vea mejor. -Tory miró a Sherry. Sherry observó a Tory mientras esta atendía a las mujeres. Mantiene un nivel bajo, notó. Bueno, ella también podía tener un nivel bajo y dejar que la mercadería se vendiera por sí misma. Pero no creía que viniera mal un poco de marketing agresivo. A ella le resultaba muy difícil estarse callada y consideró que eso podía significar un buen equilibrio con la silenciosa elegancia de Tory.

Conseguiré el trabajo, decidió Sherry. Era muy hábil para convencer a la gente y en realidad le vendría bien ganar un poco más de dinero. Para hacer méritos, hizo comentarios entusiastas sobre los objetos elegidos por las mujeres y conversó amistosamente con ellas mientras Tory envolvía las compras. Las mujeres se fueron felices y cargadas de paquetes.

-Fue una buena venta. Pero creo que podrías haber convencido a Sally de que comprara esas placas de jardín.

-Si las quiere, volverá. -Divertida, Tory archivó los recibos de la tarjeta de crédito-. Confío en que, mientras almuerzan, su amiga la convencerá de que las compre. Tienes un trato excelente con la gente. ¿Sabes algo de artesanías?

-Aprendo con rapidez. Y como admiro tu buen gusto en lo que vendes, me será fácil aprender. Puedo empezar enseguida. Tory estuvo a punto de aceptar. Sherry le caía bien. Pero en ese momento se abrió la puerta y el recién llegado la llenó de sorpresa y terror.

-¡Hola, Tory! -Hannibal le dedicó una amplia sonrisa-, Hace mucho que no nos vemos.

¿Ese perro que hay fuera es suyo, señorita?

-Sí, es Mongo. Espero que no le haya molestado.

-No, por supuesto que no. Parece un animal muy amigoso, Es un perro muy grande para una mujer como usted. Hace un rato la vi corriendo con él por el parque. Y no habría podido decir quién dirigía a quién.

Sherry experimentó una punzada de inquietud, pero logró reír.

-Mongo permite que me crea que soy la que manda.

-Un buen perro es un amigo fiel. Más fiel que la mayoría de la gente. ¿Tory, no me vas a presentar a tu amiga? Soy Hannibal Bodeen -dijo antes de que Tory pudiera hablar y le tendió a Sherry la manaza que con tanta frecuencia había utilizado para castigar a su hija-. Soy el padre de Victoria.

-Mucho gusto. -Sherry le estrechó la mano-. Debe de estar orgulloso de su hija y de todo lo que ha hecho aquí.

-Le aseguro que no pasa un día sin que lo piense. -Volvió a clavar la mirada en Tory-. Y sin que piense en ella.

Tory luchaba por recuperarse. Ya que estaba allí, tendría que plantarle cara. Y hacerlo a solas.

-Gracias por haber venido, Sherry. Pensaré en tu ofrecimiento y te llamaré.

-Te lo agradezco. Estoy tratando de convencer a su hija de que me contrate. Tal vez usted pueda ayudarme. Me alegro de haberlo conocido, señor Bodeen. Espero noticias tuyas, Tory.

Salió y se acucilló junto a su perro. A pesar de que la puerta estaba cerrada, Tory alcanzó a oír su risa y los alegre ladridos de Mongo.

-Bueno. -Con las manos en jarras, Hannibal se volvió para estudiar la tienda-. Estoy impresionado. Seguro que te va muy bien.

No había cambiado nada. ¿Parecía más viejo? No. No había perdido peso, ni pelo, ni ese brillo oscuro de los ojos. Era como si el tiempo no lo tocara. Y cuando él se volvió, Tory sintió que se

encogía, sintió que se escapaban los años y todos sus esfuerzos por volver a ser una persona.

-¿Qué quieres?

-Te va realmente bien. -Se acercó al mostrador, acortando la distancia que los separaba. Y entonces Tory notó que estaba equivocada, por lo menos en parte: su rostro estaba algo envejecido, tenía profundas arrugas alrededor de la boca, la papada floja y más arrugas le cruzaban la frente-. Volviste para hacer ostentación en tu antiguo pueblo. El orgullo siempre termina en caída, Victoria.

-¿Cómo supiste que estaba aquí? ¿Te lo dijo mamá?

-Un padre es padre toda la vida. No he dejado de seguirte los pasos. ¿Volviste a Progress para alardear o para avergonzarme?

-Vine por mí misma. Mi regreso no tiene nada, ~ contigo. -Mentiras, mentiras, mentiras.

-Fue aquí donde hiciste que todo el pueblo ha señalara. Fue aquí donde por primera vez nos desafiaste a mí y a tu Señor. La vergüenza de lo que hiciste y de lo que eras me obligó a marcharme de Progress.

-Lo que te alejó de aquí fue el dinero que Maos puso en tus bolsillos.

Un músculo se movió en la mejilla de Hannibal. tencia.

-Así que la gente ya ha empezado a hablar. No me importa.

«El mentiroso presta oídos a las lenguas malignas.»

-Hablarán más si te quedas por aquí. Y los que te buscan te encontrarán. He ido a ver a mamá. Está preocupada por ti.

-No tiene por qué preocuparse. Soy el amo de mi propia casa.

El hombre va y viene como le place.

-Más bien dirás que el hombre corre. Tú corriste después de que te arrestaron y acusaron de haber atacado a esa mujer. Te fuiste y dejaste sola a mamá. Y esta vez, cuando te apresen, ya no habrá libertad condicional. Te pondrán entre rejas.

-Cuida tus palabras. -Estiró una mano. Ella estaba preparada para recibir un golpe, pero él le aferró la camisa y la obligó a inclinarse sobre el mostrador--.

-Muéstrame un poco de respeto. Me debes la vida. Fue mi semilla la que inició tu paso por este mundo.

-Para mi infinito pesar. -Pensó en la tijera que guardaba bajo el mostrador mientras él la arrastraba sobre el mostrador. Y mientras miraba esa ira tan terrible y familiar del rostro de su padre, se preguntó si sería capaz de utilizarla-.

- Si me haces daño te juro que iré directamente a la policía. Pégame y te denunciaré, y les contaré todas las veces que me golpeaste. Cuando haya terminado...

Jadeó y luchó por no gritar cuando, con la mano libre él le tiró del pelo y sus dedos ásperos le rasparon el cuello. Los ojos de Tory se llenaron de lágrimas de dolor y se le entrecortó la voz,

-Cuando haya terminado contigo, estarás entre rejas. Y ahora suéltame y vete de aquí. Olvidaré que alguna vez te he visto. -¿Supongo que no te atreverás a amenazarme?

-No se trata de una amenaza sino de una realidad. -La furia y el odio de su padre estaban a punto de ahogarla. Sentía que se le cerraba la garganta, que el pecho se le atascaba. No podría aguantar mucho más-. ¡Suéltame! -Mantuvo la mirada fija en su padre mientras con las manos tanteaba debajo del mostrador en busca de las tijeras-.

Suéltame antes de que entre alguien y te vea.

En la cara de Hannibal se reflejaron distintas emociones. Temor mezclado con violencia. Cuando Tory lograba tocar con las manos las tijeras, él la tironeó hacia un lado y casi la estrelló contra la caja registradora.

-Necesito dinero. Me darás todo lo que tengas. Me lo debes por todas las veces que has respirado en la vida.

-No hay mucho. No te llevará muy lejos. -Abrió el cajón de la caja registradora y sacó el dinero con ambas manos. Cualquier cosa con tal de que se fuera, cualquier cosa con tal de sacarlo de allí.

-Esa puta mentirosa de Hartsville arderá en las llamas del infierno. -No le soltó el pelo mientras metía el dinero en el bolsillo-. Y tú también.

-Tú ya estarás allí. -Nunca supo por qué lo hizo. No podía prever los acontecimientos, lo cual era una pequeña bendición, pero clavó la mirada en los ojos de su padre y habló como si tuviera una visión-:

No vivirás un año más y morirás en medio del dolor, el miedo y el fuego. Morirás pidiendo piedad a gritos. La piedad que nunca me tuviste a mí.

Él palideció, le dio un empujón y la estrelló contra la pared, haciendo caer la mercadería de los estantes. La señaló con un dedo.

-« ¡No permitiréis que una bruja viva! » Recuérdalo. Si le llegas a decir a alguien que me viste hoy, volveré y haré lo que debí hacer cuando naciste con la marca del demonio en la cara.

Tú ya estás condenada.

Se dirigió a la puerta y se marchó. Tory se dejó caer al suelo. aya condenada? Clavó la mirada en las tijeras, ubicadas en el borde del estante bajo el mostrador. Estuvo a punto de tomarlas, a punto de...

Si ella hubiera podido coger esas tijeras con firmeza, uno de los dos ya estaría en el infierno. No sabía si le hubiera importado cuál de ellos.

Por lo menos todo habría terminado.

Flexionó las rodillas, apretó la cara contra ellas y se enroscó sobre sí misma como tantas veces había hecho de niña.

Y así la encontró Faith cuando entró con un cachorro en brazos.

-¡Dios mío, Tory! -Con una sola mirada vio la caja registradora abierta y vacía, la mercadería diseminada por el suelo y la mujer que temblaba en el suelo-. ¡Por favor! ¿Estás herida? Depositó la perrita en el suelo y pasó detrás del mostrador. -Deja que te mire. - Estoy bien. No es nada.

-Es insólito que en este pueblo te roben en pleno día. Estás temblando.

-¿Tenían un cuchillo, un arma?

-No. No; todo está bien.

-No veo sangre. Bueno, tienes la nuca enrojecida. Llamaré a la policía.

¿Necesitas un médico?

-¡No! Nada de policía y nada de médicos.

-Nada de policía? Acabo de ver que salía de aquí un hombretón, entro y veo tu caj a registradora abierta y vacía y a ti tirada detrás del mostrador, ¿y dices que no llame a la policía? ¿Qué hace una persona en las grandes ciudades cuando la asaltan? ¿Lo festeja?

-No fue un robo. -Extenuada dejó caer hacia atrás la cabeza y la apoyó contra la pared-.

Yo le di el dinero. Menos de cien dólares. El dinero es lo de menos.

-Entonces ¿por que no me das el resto? Porque si es así como piensas manejar tu negocio, no aguantarás mucho tiempo. -Aguantaré. Nada me hará huir de nuevo. Nada. Nadie. Nunca más.

Faith no tenía mucha experiencia con ataques de histeria, aparte de la suya propia, Pero creyó reconocerla en el tono agudo de la voz de Tory, en la repentina expresión salvaje de sus ojos.

-¡Así me gusta! ¿Por qué no nos levantamos del suelo y vamos a la trastienda?

-Te dije que estoy bien.

-Entonces eres una imbécil o una mentirosa. De cualquier manera, vamos a la trastienda.

Tory trató de empujarla para ponerse de pie por sus propios medios, pero las piernas no le respondieron. Faith la ayudó. -Iremos las dos a la trastienda. Dejaré aquí a la cachorra. -¿A quién?

-Ala cachorra. Note preocupe por ella. Ya está casi educada. ¿Tienes algo para beber allí? ¿Algo que te reconforte? -No.

-Me lo imaginaba. No es posible que Tory la quisquillosa tenga una botella de whisky en un cajón del escritorio. Bueno, ahora siéntate, recupera el aliento y dime por qué no debo llamar a la policía.

-Porque empeorarías las cosas. -Por qué?

-Porque el hombre a quien viste salir era a mi padre. Yo le di el dinero para que se fuera.

-¿Y él te hizo esa marca en el cuello?

-Cuando por toda respuesta Tory la miró, Faith respiró hondo.-Imagino que no ha sido la primera vez. Sí, Hope no me lo dijo porque supongo que la hiciste jurar que mantendría el secreto, pero yo tenía ojos.

Muchas veces te vi llena de moretones y lastimaduras. Siempre explicabas que te habías caído o que habías chocado contra algo, pero lo extraño era que nunca noté que fueses torpe. Y recuerdo que el día que fuiste a casa a decirnos lo de Hope, estabas llena de moretones y lastimaduras.

Faith se encaminó hacia la pequeña nevera, encontró una botella de agua mineral y la abrió.

-¿Fue por eso que no te encontraste aquella noche con ella?

¿Porque él te había pegado?

-Le tendió un vaso de agua y midió el silencio de Tory.-Supongo que he estado culpando a la persona equivocada por lo sucedido aquella noche.

Tory bebió el agua, que le calmó el ardor de la garganta.

-A quien debes culpar es a quien la mató.

-Ignoramos quién fue. Es más consolador poder echarle la culpa a una cara, a un nombre.

-Podrías llamar a la policía y denunciarlo. El jefe Russ lo detendrá.

-Lo único que quiero es que se vaya. Supongo que no lo comprenderás.

-La gente casi nunca comprende. Pero mi padre muy pocas veces me levantó una mano. Creo que de vez en cuando me daban

una palmada en el trasero, aunque menos de lo que en realidad merecía. Pero te aseguro que mi padre sabía gritar y aterrorizar a una jovencita. -¡Oh, Dios, cómo lo echaba de menos! En ese momento la envolvió una enorme nostalgia por su padre.-

No porque creyera que me pegaría -dijo, en voz baja-, sino porque cada vez que le fallaba,, me lo hacía saber. Tenía miedo de fallarle. Ya sé que no es lo mismo que te sucedía a ti. Pero si el mío hubiera sido un padre distinto, un hombre distinto y yo me hubiera pasado la vida temiéndole, ¿qué habría hecho?

-Hubieras llamado a la policía para que lo metieran en la cárcel.

-Cierto. Pero eso no quiere decir que no comprenda por qué no lo haces tú. Cuando papá empezó a salir con esa otra mujer, nunca se lo dije a mi madre. Pensé que tal vez todo pasaría. Estaba equivocada, pero creerlo me daba cierta paz.

Ya más tranquila, Tory depositó la botella de agua en el escritorio.

-¿Por qué me estás consolando?

-No lo sé. Nunca me gustaste mucho, pero eso era porque le gustabas a Hope y a mí me encantaba llevarle la contraria a todo el mundo. Ahora te estás acostando con mi hermano, y se me ocurre que Cade significa más para mí de lo que yo creía.

Es bastante sensato que quiera conocerte para saber lo que siento acerca de la relación entre mi hermano y tú.

-Así que te muestras amable porque me acuesto con Cade. La sequedad de la frase de Tory despertó el sentido del humor de Faith.

-En cierto modo. Y te diré algo que te dará rabia: te tengo lástima.

-Tienes razón. -Tory se puso de pie, agradecida porque ya no temblaba-. Me da rabia.

-Lo supuse. Note gusta inspirar lástima. Pero la realidad es que nadie debería tenerle miedo a su propio padre. Y ningún hombre tiene derecho a dejarle moretones y lastimaduras a una niña. Y ahora será mejor que vaya a ver en qué clase de problemas se ha metido mi cachorra.

-¿Cachorra? -Tory abrió muy grandes los ojos-. ¿Qué cachorra?

-La mía. Todavía no le he puesto nombre. -Faith salió y lanzó una carcajada-.

¿Note parece una monada?

La monada había encontrado el papel de seda y libraba una batalla contra él. Los heridos eran muchos y estaban diseminados como copos de nieve por el suelo. También se había apoderado de un rollo de cinta que estaba casi toda enredada alrededor de su cuerpo regordete.

-¡Oh, por amor de Dios!

-No lo tomes así. Los destrozos no pueden valer más de cinco dólares. Te los pagaré.

¡Este es mi bebé!

La cachorra ladró de alegría, se enredó más con la cinta y se despanzurró con adoración a los pies de Faith.

Juro que nunca creí que una cosita como esta podía llegar a hacerme reír tanto. Mírate, pequeña, toda envuelta como si fueras un regalo de Navidad.

-Alzó a la perrita y lanzó una serie de sonidos arrulladores.

-Estás actuando como una tonta.

-Lo sé. ¿Pero no te parece que es una monada? Y además me adora. Mamá tiene que limpiar todo este lío antes de que la señora mala se enfade.

Ya de rodillas en el suelo, Tory levantó la mirada.

-Si vuelves a dejar en el suelo a esa destrozona, ¡juro que le morderé una pata!

-Le he estado enseñando a sentarse. Es muy inteligente. Mira. -A pesar de la amenaza de Tory, Faith puso la cachorra en el suelo pero manteniendo una mano sobre su lomo-.

Ahora siéntate. Sé una buena chica. Siéntate.

La cachorra saltó hacia adelante, lamió la cara de Tory y luego comenzó a perseguirse su propia cola.

-¡Vaya!

-¿Note parece una monada?

-Realmente adorable. Pero no tiene por qué estar aquí dentro. -Tory se puso de pie, con el papel de seda y la cinta arruinados en los brazos-. Llévala a pasear o lo que sea.

-¡Vamos a comprar un bonito juego de boles para su agua y su comida.

-Pero no mis boles. No pienso venderte boles de cerámica hechos a mano por artesanos para que los uses en dar de comer a un perro.

-¿Y qué te importa para qué los uso con tal de que pague lo que valen? -Más decidida que nunca, Faith alzó la cachorra y eligió dos boles azules con dibujos color esmeralda-

. Nos gustan estos. ¿No es así, querida? ¿No es así, mi amor?

-¡Es lo más ridículo que he oído en mi vida!

-Una venta es una venta, ¿no? -Faith se acercó al mostrador y depositó los boles-. Suma el precio y agrega el costo del papel y la cinta.

-Olvidate del papel y la cinta. -Ya detrás del mostrador, Tory los tiró a la papelera y luego comenzó a sumar el precio de los boles-. Son cincuenta y tres dólares y veintiséis centavos.

¡Para comederos de perro!

-Me parece bien. Pagaré en efectivo. Ayúdame, tenla en brazos un momento.

Faith le pasó la cachorra para buscar el billetero dentro de su bolso. Fascinada a pesar suyo, Tory acarició la perrita.

-Vas a comer como una reina, ¿eh? Una verdadera abeja reina. Lo que en inglés llamarían Queen Bee.

-Queen Bee. ¡Un nombre perfecto! -Faith depositó el dinero sobre el mostrador y recuperó la perrita-. Esa eres tú, Queen Bee. Te compraré un bonito collar lleno de piedras que resplandezcan.

Tory meneó la cabeza.

-Estoy viendo en ti una faceta que desconocía, Faith.

-Yo también. Y te diré que me gusta bastante. Vamos, Bee, tenemos que ir a varios lugares y ver a varias personas. -Cogió la bolsa de las compras-. Creo que no me alcanzan las manos para abrir la puerta.

-Yo lo haré. -Tory abrió la puerta y, tras una vacilación, tocó el brazo de Faith-. Gracias, Faith.

-De nada. Te haría bien retocarte un poco el maquillaje -agregó antes de alejarse.

No tenía intención de involucrarse. Desde el punto de vista de Faith, los asuntos personales de los demás eran fascinantes fuentes de especulación y comentarios, pero siempre desde una prudente distancia.

Pero no podía dejar de recordar a Tory enroscada sobre sí misma detrás del mostrador, con cintas, papeles de envolver e hilos plateados diseminados a su alrededor. Y veía constantemente esa desagradable marca rojiza que Tory tenía en el cuello.

Había marcas en el cuerpo de Hope. Ella no las vio, no le permitieron verlas. Pero lo supo.

No soportaba que un hombre maltratase a una mujer, eso era t^odo. Cuando se trataba de un hombre de la familia, uno no corría a llamar a la policía. Pero había otras soluciones.

Se inclinó para besar la cabeza de Bee y se encaminó al banco para contarle a J.R. lo que acababa de sucederle a su sobrina.

J.R. canceló su siguiente compromiso, le avisó al subgerente del banco que debía salir por asuntos personales y se encaminó a la tienda de Tory con paso tan ágil que al llegar tenía la camisa húmeda de transpiración.

Ella estaba atendiendo a un par de clientes, una joven pareja interesada en una fuente azul y blanca. Tory les estaba dando tiempo para decidirse y se encontraba en el otro extremo de la tienda, reemplazando el par de candelabros vendidos esa mañana.

-¡Tío Jimmy! ¿Hace mucho calor fuera? Estás colorado. ¿Quieres algo fresco?

-No... sí -respondió él-. Cualquier cosa que tengas a mano, querida.

-Enseguida vuelvo. -Entró en la trastienda y luego se apoyó contra la puerta y lanzó un juramento. Acababa de verlo en los ojos de su tío. Faith debió ir directamente al banco con el cuento. Eso me pasa por confiar en ella, pensó Tory, abriendo la nevera. Eso me pasa por haber creído que Faith me comprendía. Entonces respiró hondo y le llevó a su tío una lata de agua tónica.

-Gracias, querida. J.R. bebió un largo sorbo-. Eh... ¿no quieres que te invite a almorzar?

-Todavía ni siquiera es mediodía y he traído un poco de comida de casa. Además no quiero cerrar la tienda. Pero gracias de todos modos. ¿Abuela y Cecil se fueron bien esta mañana?

-Se fueron a primera hora. Boots trató de convencerlos de que se quedaran unos días, pero ya sabes cómo es tu abuela. Le gusta estar en su casa. Siempre se pone un poco nerviosa cuando no lo está.

La joven pareja comenzó a salir, y la mujer miró hacia atrás con expresión pensativa.

-Volveremos.

-Los espero. Que pasen un buen día.

-Muy bien, Ahora déjame ver. -La puerta apenas se había cerrado cuando J.R. depositó el agua tónica y tomó a Tory por los hombros. Estudió la marca rojiza que tenía en el cuello-- ¡Oh, querida! ¡Ese canalla! ¿Por qué no me llamaste?

-Porque no hubieras podido hacer nada. Porque ya todo había terminado. Y porque no tenía sentido preocuparte, que es lo que hi~ digasae o ~Faith h~zo exactamente lo que debía y le estoy agradecido. Tú no quisiste llamar a la policía y creo que... bueno... será más fácil para tu madre que no lo hagamos. Pero yo soy tu tío.

L-Ya lo sé. -Permitió que él la abrazara-. Ahora él se ha ido. Lo único que quería era dinero. Tiene miedo. Y dentro de poco lo apresarán. Lo único que quiero es que sea lejos de aquí. lejos de mí. .

-Te comprendo. Pero quiero que me prometas algo. Si por casualidad vuelves a verlo por aquí, aunque no trate de acercarse a ti, prométeme que me llamarás enseguida. .

-Está bien. Pero no te preocupes. Consiguió lo que quería. Ya debe de estar a kilómetros de distancia. -Necesitaba creerlo.

19

Lo creyó durante el resto del día. Durante toda esa larga tarde se cubrió con la delgada armadura de esa convicción. Como si supiera que era una tontería, abrió uno de los paquetes de velas que tenía en el escaparate, envueltas y atadas con una cinta, encendió una y la puso sobre el mostrador.

Abrigaba la esperanza de que la luz y el perfume de la vela ayudaría a disipar parte de los resabios desagradables dejados por la visita de su padre.

A las seis cerró la tienda y se descubrió escudriñando la calle como había hecho durante semanas cuando huyó de su casa y se instaló en Nueva York.

-Le enfurecía que él pudiera devolverle esa cautelosa ansiedad, esos sobresaltos a su corazón.

¿No había estado en casa de su madre y declaró que era capaz de enfrentarse a su padre y que lo haría si se atrevía a volver a inmiscuirse en su vida? ¿Dónde estaba ahora ese coraje? Lo único que podía hacer era prometerse que lo recuperaría.

Pero aseguró las puertas del coche en cuanto estuvo dentro y durante el trayecto a su casa le temblaba el pulso y miraba constantemente hacia atrás por el retrovisor.

Adelantó automóviles y hasta logró saludar a Piney con un bocinazo cuando vio su camioneta en la carretera. En el campo el trabajo ha terminado por hoy, pensó. Los peones volvían a sus casas. Y seguramente el jefe también.

Así que fue con un irritante sobresalto de desilusión que, al doblar al camino de su casa, lo encontró vacío. No había tomado

conciencia de que esperaba que Cade estuviera allí.

- Por cierto que no había recibido con entusiasmo su información de que prácticamente tenía intenciones de instalarse en su casa, pero cuanto más lo pensaba, más fácil le resultaba aceptarlo. Y una vez aceptado, disfrutarlo.

Hacía mucho tiempo que no sentía necesidad de compañía. La compañía de alguien con quien compartir el día, con quien conversar sobre temas sin importancia, con quien reír de pequeñas cosas, ante quien quejarse.

Que hubiera alguien allí, donde la noche parecía demasiado llena de sonidos, movimientos y recuerdos.

¿Y qué daba ella a cambio? Resistencia, discusiones, irritabilidad y una aceptación a regañadientes.

-He actuado como una verdadera cretina -murmuró al bajar del coche. Eso por lo menos cambiaría. Haría lo que solían hacer las mujeres para conseguir que les perdonaran pequeñas faltas. Le prepararía a Cade una rica comida y lo seduciría.

La idea la animó. ¡Cómo le sorprendería a Cade su cambio! Esperaba recordar cómo hacerlo, porque ya era hora de que volviera a ejercer un poco de control.

-Y de esa manera quitaría de los hombros de Cade parte del peso de la responsabilidad de lo que estaba sucediendo entre ellos dos. Así había tratado de darle el gusto a Jack, y luego...

No. Mientras abría la puerta de su casa, rechazó ese pensamiento. Cade no era Jack y ella no era la misma mujer que fue en Nueva York. El pasado y el presente no tenían por qué parecerse.

Pero al entrar comprendió que ese no era más que otro engaño. Supo que él había estado allí, en ese lugar que ella trataba de convertir en su hogar. Su padre.

No había mucho allí para que él destruyera y Tory no consideró que su padre se hubiera esforzado demasiado. Sin duda no había ido a destrozar los pocos muebles que había, pese a que ha

bía señales de ambas cosas. El sillón estaba vuelto y con el fondo cortado. La lámpara que Tory había comprado sólo unos días antes estaba hecha añicos; la mesa que ella iba a restaurar, tirada en un rincón y con una pata rota.

Tory reconoció el tamaño y la forma de las abolladuras de la pared de madera. Eran como la firma o la marca de fábrica de su padre, las marcas que quedaban cuando por alguna razón decidía

dejarlas en objetos en lugar de elegir como destinataria a su hija.

Tory dejó abierta la puerta de entrada, por si él todavía se encontraba en la casa.

Pero el dormitorio estaba desierto. Su padre había arrancado la ropa de cama y tajeado el colchón. Tory supuso que dañar la cama de hierro le habría dado demasiado trabajo, porque la dejó intacta.

Los cajones donde guardaba su ropa estaban abiertos, su contenido desparramado por el suelo. No, en realidad él no quiso destrozar mis cosas, pensó Tory, porque en ese caso también habría tajeado la ropa. Era algo que había hecho en el pasado, para darle una lección acerca de cómo debía vestirse apropiadamente una jovencita.

Andaba en busca de más dinero, o de cosas fáciles de vender. Si hubiera estado borracho, todo habría sido peor. Tal como era... Se agachó para levantar una blusa arrugada y enseguida lanzó una exclamación de desesperanza al ver la pequeña caja tallada donde guardaba las alhajas. .

Se apresuró a abrirla y se sintió desfallecer cuando la encontró vacía. En realidad, casi todo lo que contenía eran chucherías. Chucherías buenas pero fáciles de reemplazar. Pero entre ellas estaban los aros de oro y granate que su abuela le regaló cuando cumplió veintiún años. Un par de aros que había pertenecido a su bisabuela. Su única herencia. Invalorable. Irremplazable. Perdida.

-¡Tory!

La voz alarmada de Cade, sus pasos rápidos, la hicieron ponerse de pie.

-Estoy aquí. En el dormitorio.

Él entró como una tromba y la abrazó antes de que ella pudiera decir otra palabra. Cade despedía oleadas de temor y de alivio que ella recibió.

-Estoy bien -repitió-. Acabo de llegar. Él ya se había ido. -Vi tu coche, la sala... Pensé...

-La abrazó con más fuerza y apretó la cara contra su pelo.

Cade sabía lo que era que el terror le clavara a uno las zarpas. Nunca creyó que lo volvería a sentir.

-Gracias a Dios estás bien. Pensaba llegar antes que tú, pero me entretuvieron. Llamaremos a la policía y luego te mudarás a Beaux Réves. Debí haberte llevado allí esta mañana.

-Todo eso no tiene sentido, Cade. Fue mi padre. -Se apartó de él y depositó la caja sobre la cómoda-. Esta mañana fue a la tienda. Discutimos. Esta es su manera de demostrar que todavía puede castigarme.

-¿Te lastimó?

-No. -La negativa fue rápida y automática, pero Cade ya miraba la marca roja que tenía en el cuello.

No dijo nada. No era necesario que lo hiciera. Sus ojos se oscurecieron cuando lo inundó la furia que ella sabía reconocer. Entonces se volvió y cogió el teléfono.

-Espera, Cade. ¡Por favor! No quiero llamar a la policía.

-Él levantó la cabeza de repente y volcó en ella su enojo. -No siempre conseguirás lo que quieres.

Sherry Bellows celebró su posible empleo descorchando una botella de vino, poniendo la música tan fuerte como consideró que sus vecinos aguantarían y bailoteando por el apartamento. Todo era perfecto.

Progress le encantaba. Era exactamente la clase de pueblo pequeño al que quería pertenecer. No se había equivocado cuando, siguiendo su intuición, presentó una solicitud para enseñar en el instituto de Progress.

Le gustaban las otras maestras. A pesar de que todavía no las conocía bien a todas, las conocería en el otoño cuando comenzara a trabajar allí a tiempo completo.

Ella sería una profesora maravillosa, alguien a quien sus alumnos podrían recurrir con sus problemas y preguntas. Sus clases serían divertidas y les inculcaría el placer por la lectura, sembrando

la semilla de un amor perdurable por la literatura. Por cierto que los haría trabajar, y mucho, pero tenía muchas ideas frescas y maravillosas acerca de la manera de conseguir que el trabajo fuera interesante y entretenido. En el futuro, sus alumnos la recordarían con cariño. La señorita Bellows, dirían. Ella sí que marcó una diferencia en mi vida.

Era lo que ella siempre había querido.

Y esa ambición la impulsó a estudiar infatigablemente, a trabajar con denuedo para subsidiar sus gastos estudiantiles. Pero cada centavo había valido la pena.

Y ahora acababa de encontrar una manera de solucionar sus problemas de dinero.

Trabajar en Confort Sureño sería una maravilla. La ayudaría a pagar los préstamos que debía, le daría un respiro económico.

Y aún más importante, le proporcionaría un acceso más hacia la comunidad. Conocería gente, haría amigos y antes de mucho tiempo sería una cara familiar en Progress:

ya estaba ampliando su círculo de amistades.

-Sus vecinos del edificio, Maxime en la clínica veterinaria. Y pensaba fortalecer esas relaciones organizando una fiesta algún día de junio. Invitaría al matrimonio Mooney. En el banco el señor Mooney la había ayudado a abrir su nueva cuenta corriente. Y después estaba Lissy, la de la inmobiliaria. Sherry no podía por menos que admitir que Lissy era un poco cotilla, pero siempre convenía que la cotilla del pueblo estuviera del lado de una. Así una se enteraba de cosas muy interesantes. Además, Lissy era la mujer del alcalde.

Otro hombre buen mozo, pensó Sherry, un hombre con una gran sonrisa y un trasero magnífico. Y muy amigo de flirtear, también. Afortunadamente ella se había enterado de que era casado.

Se preguntó si sería presuntuoso invitar a los Lavelle. Después de todo eran los míos de Progress. Sin embargo, Kincade se mostraba muy agradable y amistoso con ella cada vez que se veían en el pueblo.

¡Y él era maravillosamente buen mozo! Podía invitarlos de una manera casual.

¿Qué mal habría en ello? Quería que a su fiesta asistiera mucha gente. Mantendría abiertas las puertas del patio para que los invitados salieran al aire libre.

Le encantaba su pequeña casita con jardín y compraría otro sillón para sentarse fuera. El que tenía quedaba muy bien y ella no pensaba ser una solterona. Un día conocería al hombre indicado y se enamorarían durante noches cálidas y se casarían en primavera. Para comenzar una vida juntos.

No estaba hecha para ser soltera. Quería formar una familia. Aunque, por supuesto, no por eso dejaría de enseñar. Porque era maestra de alma, pero no había motivo para que no pudiera ser también esposa y madre.

Lo quería tener todo, y cuanto antes mejor.

Tarareando la música, salió al patio donde dormitaba Mongo. El perro se despertó lo suficiente para mover la cola y rodó sobre sí mismo por si ella quería rascarle la panza.

Sherry le dio el gusto. Se puso en cuclillas y lo rascó a fondo mientras bebía el vino y miraba alrededor.

El patio se abría a una zona de pastizales, con los árboles del parque de un lado y una silenciosa avenida residencial del otro.

Elegió esa casita en primer lugar porque podía tener animales, y adonde ella iba también iba Mongo. Además, era un lugar muy conveniente para correr por el parque durante la mañana.

La casa era pequeña, pero Sherry no necesitaba mucho espacio, siempre que Mongo tuviera donde hacer ejercicio. Y en un pueblo como Progress, los alquileres no costaban un ojo de la cara como en otros lugares.

-Este es un lugar ideal para nosotros, Mongo. Este es nuestro hogar.

Se irguió y volvió a entrar en la cocina mientras canturreaba la música del disco compacto. Continuaría su celebración preparándose una gran ensalada para la comida.

La vida es una maravilla, pensó mientras cortaba verduras. Cuando terminó, ya anochecía. He vuelto a preparar demasiado, pensó. Ese era uno de los problemas de vivir sola. Pero a Mongo también le gustaban las zanahorias y el apio, de modo que los agregaría a su comida. Comerían en el patio y ella se daría el lujo de beber otro vaso de vino, de emborracharse un poquito. Después daremos una larga caminata, decidió mientras llenaba de comida el plato de Mongo.

Tal vez hasta comprarían helado. Por el rabillo del ojo percibió un movimiento y su corazón comenzó a palpitár.

-Consiguió lanzar un pequeño grito. Luego una mano le cerró la boca con fuerza. El cuchillo con el que acababa de preparar la ensalada le pinchó la garganta.

-Quédate callada. Muy callada si no quieres que te rebane. ¿Comprendido?

Sherry giraba los ojos como enloquecida. El temor aleteaba en su estómago y tenía la piel caliente y húmeda. Pero lo peor era la confusión que sentía. No alcanzaba a ver la cara del hombre, pero creyó reconocer la voz. No tenía sentido. Ningún sentido.

El individuo le apartó con lentitud la mano de la boca para aferrarle el mentón.

-¡No me haga daño! ¡Por favor no lo haga!

--Y por qué voy a hacerte daño? -El pelo de Sherry tenía un olor dulce. Era el pelo de una prostituta rubia-. Vamos al dormitorio, donde estaremos más cómodos.

-¡No! -jadeó ella cuando el filo del cuchillo le apretó la garganta. El grito que pugnaba por salir se convirtió en lágrimas silenciosas mientras él la obligaba a salir de la cocina.

Ahora las puertas del patio estaban cerradas, las persianas corridas.

-ryjongo. ¿Qué ha hecho con Mongo?

-Supongo que no me creerás capaz de lastimar a un perro amistoso como ese, ¿verdad?

-El poder que tenía en ese momento lo recorrió, se expandió, le provocó una erección e hizo que se sintiera invencible-. Tu perro duerme con toda tranquilidad. Note preocupe por él, querida. Note preocupe por nada. Esto será bueno.

Será justo lo que tú quieres.

La arrojó de cara sobre la cama y apoyó una rodilla sobre su cintura. Había llevado precauciones consigo. Un hombre debía estar preparado, aunque se tratara de una ramera. Sobre todo cuando se trataba de una ramera.

Después de un rato, ellas siempre gritaban por cualquier cosa. Y no quería usar el cuchillo. Sobre todo siendo tan hábil con las manos. Sacó un pañuelo del bolsillo y la amordazó. Cuando ella comenzó a moverse, a revolverse, él estaba en el cielo.

No era una mujercita débil. Mantenía en buen estado físico ese cuerpo con el que le gustaba tentar a los hombres. Lo único que lograba al revolverse era excitarlo más. La primera vez que le

pegó, la excitación se disparó. Volvió a golpearla para que comprendiera quién mandaba allí.

Le ató las manos a la espalda. No podía arriesgarse a que lo rasguñara con esas uñas afiladas pintadas de rosa.

En silencio, se acercó a la ventana para cerrar las cortinas. Ella gemía contra la mordaza, mareada por los golpes. Cuando él utilizó el cuchillo para cortar la ropa, le rasguñó la piel. Ella trató de rodar sobre sí misma, pero cuando él le apoyó la punta del cuchillo debajo de un ojo, se quedó muy quieta. -Esto es lo que quieres.

-Se bajó la cremallera del pantalón, la tumbó de espaldas y la montó-.

Es lo que pediste. Lo que todas pedís.

Cuando terminó, él lloró. Le corrían por la cara lágrimas de autocompasión. Ella no era la elegida, ¿pero que otra cosa podía hacer? Se había cruzado en su camino, no tuvo

elección. No había sido perfecto. Acababa de hacer todo lo que quería y sin embargo no fue perfecto.

Sherry tenía los ojos vidriosos y vacíos cuando le quitó la mordaza y le besó las mejillas.

-Cortó la cuerda que le ataba las muñecas.

Apagó el aparato de música y se marchó sin mirar atrás.

-No puedo ir a Beaux Réves.

Tory estaba sentada en el porche, al aire suave de la noche. Todavía no se sentía capaz de volver a entrar en la casa, no estaba preparada para enfrentarse al lío dejado por su padre y empeora_ do por la policía.

Cade contempló el cigarrillo que había encendido para tran_ quilizarse y por un instante deseó acompañarlo con un vaso de whisky.

-Me tendrás que decir por qué. En vista de la situación, no tiene sentido que te quedes aquí. Y tú eres una mujer sensata. -Sí, casi siempre soy sensata -convino ella-. Ser sensata evita complicaciones y ahorra energías. Ahora comprendo que tuviste razón al decir que debíamos llamar a la policía. En ese momento no fui sensata. Las mías eran puras emociones descarnadas. Mi padre me aterroriza y me avergüenza.

Y yo creí que conteniéndolos como siempre, limitaría ese miedo y esa humillación. Es odioso ser una víctima, Cade. Una se siente expuesta y furiosa y, de alguna manera, también culpable.

-No discutiré eso, aunque eres bastante inteligente para saber que la culpa no tiene parte en lo que deberías estar sintiendo. -Soy suficientemente inteligente para saberlo, pero no para imaginar una manera de no sentirla. Me resultará más.fácil una vez ponga la casa en orden y me libre de todo este desorden. Pero aún entonces seguiré recordando la forma en que el jefe Russ estuvo aquí sentado, escribiendo en su libreta y observándome, y también seguiré recordando la manera en que mi padre me intimidó hoy, de la misma manera en que lo hizo durante toda mi vida. -No hay motivo para que tu amor propio se sienta herido por esto, Tory.

-«El orgullo desaparece antes de una caída.» Mr padre me lo recordó esta mañana. Le encanta utilizar la Biblia para machacar sus puntos de vista.

-Lo encontrarán. Ahora lo busca la policía de dos condados. -El mundo es más grande que dos condados. Diablos, hasta Carolina del Sur es más grande que dos condados. Pantanos, montañas y bosques. Muchísimos lugares donde ocultarse. -Se mecía sin cesar porque tenía necesidad de moverse-. Si encuentra la manera de ponerse en contacto con mi madre, ella lo ayudará. Por amor y porque lo considera su deber.

-Si ese es el caso, es aún más importante que vengas conmigo a Beaux Réves.

-No puedo.

- Por qué?

-Por varios motmos. En primer lugar, porque tu madre se opondría. .

-Mi madre no tiene nada que decir sobre este asunto. -¡No te engañes, Cade!

-Se levantó y caminó hasta el otro extremo del porche. ¿Estaría él allí fuera? ¿Espiendo?

¿Esperando?- No puedes estar hablando en serio o por lo menos no deberías. Beaux Réves es el hogar de tu madre y ella tiene derecho a decidir quién entra en él.

-¿Y por qué se va a oponer? Yo le explicaré la situación.

-¿ Qué le vas a explicar? -Se volvió a mirarlo-. ¿Que piensas instalar en su casa a tu amante porque el padre de tu amante es un loco?

Cade dio una calada y se tomó su tiempo para contestar. -No elegiría exactamente esas palabras, pero más o menos. -Y estoy segura de que ella me daría la bienvenida con flores y una caja de bombones. ¡Vamos! No seas tan hombre con respecto a este asunto -dijo ella, y levantó la mano antes de que él pudiera volver a hablar-. A pesar de todo lo que diga ese maldito título de propiedad, Cade, la casa le pertenece a la mujer que vive en ella y me niego a convertirme en una intrusa en el hogar de tu madre.

-A veces... casi siempre, mi madre es una mujer difícil -admitió Cade-. Pero no es desalmada.

-No, y su corazón no aceptará a la mujer a quien considera responsable de la muerte de su hija más querida. Y no me lo discutas. -A Tory le temblaba tanto la voz que estuvo a punto de quebrársele-. Me provoca dolor.

-Está bien. -Arrojó la colilla con brusquedad, pero sus manos eran suaves cuando tomó a Tory por los hombros-. Si no quieres o no puedes venir conmigo, te llevaré a la casa de tu tío.

-Y así llegamos a la segunda parte del problema. -Alzó las manos para tomar las de él-. Irracional, cabeza dura, ilógica. Admito todo eso para que no te sientas obligado a señalármelo. Debo quedarme aquí, Cade.

-Esta no es una colina estratégica ni un campo de batalla. -Para mí se parece mucho a eso. Nunca lo había pensado exactamente así -agregó con una risa silenciosa-.

Pero sí, es la colina estratégica de mi campo de batalla personal.

Me he retirado muy a menudo. Una vez me llamaste cobarde para conseguir que reaccionara, pero la verdad es que durante casi toda mi vida he sido una cobarde.

He tenido pequeños arranques de coraje Y eso empeora mi situación cuando me veo caer de nuevo. Esta vez no puedo hacerlo.

-¿Por qué consideras que quedándote aquí te conviertes en una mujer valiente en lugar de en una mujer estúpida? -Valiente no. Y sí, tal vez estúpida. Pero entera. No sabes hasta qué punto quiero volver a ser entera. Creo que arriesgaría cualquier cosa con tal de no sentir ese vacío interior. No puedo permitir que me haga huir.

Miró el pantano, que crecía más espeso y verde con la proximidad del verano. Allí dentro zumbaban los mosquitos. Por él se deslizaban los caimanes, muerte silenciosa.

Era un lugar donde las víboras también podían deslizarse y la ciénaga podía tragarse a uno.

Y es un lugar, pensó Tory, que resplandece, hermoso a la luz de las luciérnagas, un lugar donde las flores silvestres se multiplican en la sombra y en la luz tenue.

-Donde el águila puede alzarse como reina.

No existía belleza sin riesgo. No existía vida sin riesgo. -De niña vivía con miedo en esta casa. Era un modo de vida -dijo-, y supongo que una se acostumbra a eso, lo mismo que a ciertos olores. Cuando volví, lo convertí en algo propio, sacudiendo todos los malos recuerdos, como se sacude el polvo de una alfombra. Ventilé ese olor, Cade. Ahora mi padre ha intentado traer el miedo de vuelta.

No puedo permitirselo. No se lo permitiré -agregó, clavando su mirada en la de Cade-. Eso es lo que hice esta mañana. No se lo digas a nadie, debes mantenerlo en secreto. Un secretito sucio más. Y si tú no me hubieras obligado a actuar de una manera diferente, eso es lo que hubiera vuelto a hacer también aquí. Así que me quedaré. Limpiaré este lugar para que él ya no tenga cabida. Y espero que lo sepa.

-Ojalá no te admirara por lo que quieres hacer. -Pasó una mano por la delgada trenza del pelo de Tory-. Ojalá me resultara más fácil conseguir que hicieras las cosas a mi manera.

-Tú maniobras, pero no empujas. -Tal vez fuese el alivio, tal vez fuese algo más lo que la llevó a pasarle la mano por la mejilla.

-Bueno, habla bien del futuro de nuestra relación que hayas descubierto eso y puedas vivir con ello. -La acercó a sí y apoyó los labios sobre su cabeza-. Tú me importas. No, no te pongas

tiesa Porque en ese caso tendré que maniobrar. Me importas, Tory, me importas mucho más de lo que pensé que me importarías.

Como ella permaneció en silencio, él permitió que la frustración hablara. A veces era la manera más honesta de proceder. -¡Maldición! Devuélveme algo.

Volvió a abrazarla y luego la besó.

Tory le tomó el gusto a la exigencia del beso, al apasionamiento, a los pequeños rastros de furia que él ocultaba tan bien. Y fue esa explosión de emoción pura lo que abrió otra cerradura en su interior.

¡Dios! No quería que la amaran ni que la necesitaran, no quería que esas sensaciones se agitaran y volvieran a la vida en su interior. Pero Cade estaba allí, y con sólo estar, ella volvía a sentir.

-Ya te he dado más de lo que creía tener. No sé cuánto más hay.

-Se aferró a él-. Suceden tantas cosas en mi interior que no consigo mantenerme a la par. Y todo gira alrededor de ti. ¿No te basta?

-Sí. -La volvió a besar, esta vez con suavidad-. Sí, por ahora me basta. Siempre que tú vayas haciendo lugar para más. -Le pasó los pulgares por la mejillas-. Has tenido un día de mil demonios.

-Hasta ahora no puedo decir que haya sido uno de los mejores.

-Entonces lo terminaremos bien. Y comencemos ya. -¿A hacer qué?

Cade abrió la puerta mosquitera.

-Querías limpiar todo rastro de tu padre. Empecemos.

Trabajaron juntos durante dos horas. Él puso música. A ella no se le habría ocurrido, habría permanecido con la mente fija en los detalles, siguiendo una ruta prefijada. Pero la música que flotaba por la casa penetró en su cabeza y la distrajo impidiendo que cavilara.

Tenía ganas de quemar la ropa que había tocado su padre, y se imaginó que la llevaba fuera, la apilaba y le acercaba una cerilla. Pero como no podía darse ese lujo, la lavó, la dobló y la guardó.

Cade le hablaba de su trabajo, y su voz la tranquilizaba, igual que la música. Se encargaron de arreglar el desbarajuste que era la cocina, comieron sándwiches y ella le contó que estaba considerando la posibilidad de tomar una dependienta.

-Es una buena idea. -Cade se sirvió una cerveza, y aunque no hizo ningún comentario, le alegró que ella la tuviera en la nevera para él-. Disfrutarás más de tu negocio si no te impide vivir. Sherry Bellows. ¿No es la nueva profesora del instituto? Hace unas semanas los conocí a ella y a su perro en el supermercado. Parece una mujer llena de energía.

-Esa fue mi impresión.

-En un envoltorio sumamente atractivo. -Al ver que Tory alzaba las cejas, Cade sonrió y bebió un sorbo de cerveza-. Estaba pensando en ti, cariño. Una dependienta atractiva es una ventaja para la tienda. ¿Crees que trabajará en shorts?

-No -contestó Tory-. No lo creo.

-Si permitieras que ese fuera su uniforme, no dudes que atraería a muchos clientes masculinos. Tiene unas piernas espléndidas.

-Piernas. Hmmm. Bueno, ella y sus piernas dependen de las referencias que me den. Pero supongo que serán buenas. -Tory barrió la poca basura que quedaba y la arrojó al cubo-. Bueno, creo que aquí ya no podemos hacer más.

--Te sientes mejor?

-Sí. -Cruzó la cocina para guardar la escoba y la pala-. Mucho mejor. Y te agradezco tu ayuda.

-Estoy siempre dispuesto a recibir gratitud. -Ella sacó la jarra de la nevera y se sirvió un vaso de té helado.

-El armario del dormitorio no es muy grande, pero hice un poco de lugar. Y hay un cajón vacío en la cómoda. -Él no dijo nada y siguió bebiendo cerveza. Esperó-. Querías traer algunas de tus cosas, ¿no?

-Así es. -Entonces? -¿Entonces qué?

-No estamos viviendo juntos. -Depositó el vaso sobre la mesa-. Nunca he vivido con nadie y esta tampoco es una convivencia.

-Ya.

-Pero ya que vas a pasar mucho tiempo aquí, más vale que tengas lugar para guardar algunas cosas.

-Muy práctico -bromeó él. -¡Oh, vete al diablo!

-Se supone que cuando dices eso no debes sonreír. -Hizo a un lado la cerveza y deslizó los brazos a su alrededor.

-Qué crees que estás haciendo?

-Bailando. Nunca te he llevado a bailar. Y eso es algo que las personas que no viven juntas deberían hacer de vez en cuando. Sonaba una canción antigua en la que un muchacho le pedía a una chica que estuviera a su lado al anochecer.

-¿Te estás esforzando por ser encantador?

-No necesito intentarlo. Es una de mis características. -Consiguió hacerla reír.

-Estoy impresionada.

-Las horas que dediqué a tomar clases de baile tenían que rendir sus frutos.

-¡Pobre niño rico! -Apoyó la cabeza en el hombro de Cade y se permitió disfrutar del baile, de la sensación de tener el cuerpo de él contra el suyo, de percibir su olor.

-Gracias. -De nada. -Esta noche, cuando volvía a casa, estuve pensando en ti. -Eso sí me gusta.

-Y pensé que hasta ahora tú has hecho todas las jugadas. Te lo he permitido porque en realidad no sabía si quería hacer mis jugadas propias o contrarrestar alguna de las tuyas. Era más fácil permitir que me...

-¿Manejaran?

-Supongo que sí. Y me pregunté ¿cómo reaccionarías si yo llegara a casa y te preparara una sabrosa comida?

-Lo habría apreciado.

-Sí, bueno, otra vez será. Esa parte de mi pensamiento no pudo concretarse, pero hubo una segunda parte.

-¿Que era...?

Ella levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. -¿Cómo reaccionarías si después de eso, una vez estuviéramos relajados y en silencio... exactamente qué haría él si yo tratara de seducirlo?

-Bueno... -fue todo lo que él consiguió decir mientras ella se apretaba contra él y le acariciaba las caderas con las manos en un gesto íntimo. La excitación que le produjo a Cade no fue tan silenciosa-. Creo que, como caballero, lo menos que puedo hacer es dejar que lo averigües.

Esa vez fue ella quien desabrochó botones, primero los de la camisa de Cade, luego los de su blusa. Apoyó los labios sobre el corazón de Cade, sobre la piel cálida y los latidos vibrantes. -Desde la primera vez que me besaste he conservado tu sabor en la boca. - Apartó la camisa mientras jugueteaba con los labios-. Yo puedo recuperar los gustos y ya lo he hecho muchas veces con el tuyo.

Le pasó las manos por el pecho, por el estómago (un estremecimiento) y las subió hasta sus hombros. Esos hombros tan anchos, tan fuertes.

-Me gusta tocarte. Tienes músculos largos y duros. Me excitan. Y me encanta que me recorras con tus manos ásperas por el trabajo. Se abrió la blusa y la dejó caer al suelo, junto a la camisa de Cade. Sin dejar de mirarlo, se desabrochó el sostén y lo dejó caer.

-Ahora acaríciame.

Él le tomó los pechos en las manos y le acarició los pezones con el borde de los pulgares.

-Sí, así. -Echó atrás la cabeza cuando el calor se expandió por su vientre-. Exactamente así. Cuando me acaricias, todo mi interior se derrite. ¿No lo notas? -Sus ojos, grandes y oscuros, se encontraron con los de Cade.

-Dime.

Ella se humedeció los labios y llevó una mano al botón de los tejanos de Cade.

Él la apretó con las manos, en una caricia fuerte. -Quiero sentir lo que sientes tú. Quiero tener en mi interior lo que tú tienes dentro de ti. Nunca lo he intentado con nadie.

Nunca quise hacerlo. ¿Me lo permitirás?

Él inclinó la cabeza y frotó los labios contra los de Tory. -Toma todo lo que quieras.

Era un riesgo. Ella estaría completamente expuesta, mucho más indefensa que él. Pero lo quería, lo quería todo, y ese lazo exquisito de la confianza.

Volvió a apoyar los labios en el cuerpo de Cade y abrió mente, corazón, cuerpo.

Fue un rayo, un relámpago, el poder de esas necesidades compartidas, de esas imágenes compartidas. El deseo de Cade se enredó en el interior de Tory con el suyo propio.

Él la penetró con una embestida que la quemó, brillante, henchido de energía.

-La cabeza de Tory cayó hacia atrás como si la hubieran golpeado y tuvo un orgasmo largo y vibrante.

-¡Dios! ¡Dios! ¡Espera!

_No. -Él jamás había experimentado nada parecido. Los lazos retorcidos de la unidad se anudaban cada vez con más fuerza en una excitación audaz y hermosa.

_¡Vlás! -Él le hincó los dientes en el hombro-. De nuevo. ¡Ahora!

Ella no lo podía contener, eran latigazos que la recorrían como una tormenta llena de furia y de brillo: Fue ella quien lo arrastró al suelo, ella quien jadeó, suplicó y exigió más.

Tory le hincó las uñas, lo mordisqueó mientras rodaban por el suelo. El pulso de Cade era un ritmo salvaje que se estrellaba contra el suyo. El sabor de Cade y su propio sabor se unían y la saturaban.

Cuando él la penetró, nuevamente, Tory sintió el bombear de la sangre de Cade, el laberinto desesperado de sus pensamientos. Perdida, gritó una vez, dos veces. Ambos estaban perdidos.

Ella oyó su nombre, la voz de Cade que la llamaba mentalmente segundos antes de que estallara en sus labios. Cuando él terminó, lo arrastró consigo, y fue tan glorioso que la hizo llorar.

20

Wade tenía las manos ocupadas (lo que quedaba de ellas después de que el ingobernable gato Fluffy se las destrozara cuando él lo vacunaba). Maxime estaba preparando sus exámenes finales y él le había dado asueto ese día, lo cual significaba que sólo tenía dos manos para lidiar con cuatro garras y unos dientes muy afilados.

Una hora antes había llegado a la conclusión de que cometió un horrible error al darle fiesta a Maxime. Comenzó el día con una emergencia que requería una visita a domicilio y que lo retrasó mucho en su trabajo. A eso debía agregar la guerrilla que se desató en la sala de espera iniciada por el encontronazo de un setter irlandés con la cabra bebé de los Olson, quien logró comerse la mayor parte de una Barbie, hasta que el brazo de la muñeca se le incrustó en la garganta. Si a eso se le agregaba el terrible mal humor de Fluffy, la mañana había sido una tortura para Wade.

Maldecía, sudaba y sangraba cuando Faith entró corriendo por la puerta trasera.

-Wade, querido, ¿le podrías echar una mirada a Bee? Creo que no se siente bien.

-Coge número.

-Sólo te llevará un minuto. -No tengo un minuto.

-¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué les ha sucedido a tus manos? -Faith lo observó mientras Wade apenas lograba evitar otro rasguño, me tiendo al gato con firmeza bajo un brazo-. ¿Ese viejo gato te rasguñó así, querido?

-¡Bésame el culo! -fue todo lo que él pudo responder, furioso.

-¿Quiere decir que también te rasguñó allí? -repuso Faith mientras él se encaminaba a la sala de espera-. Está bien, bebé. -Acarició a la perrita. -Dentro de un minuto papáito se encargará de curarte.

Wade regresó al consultorio, se acercó a la pila y sacó un anestésico.

-Ha estado lloriqueando y quejándose toda la mañana. Y tiene la nariz un poco caliente. No quiere jugar. Sólo se queda quieta. ¿Lo ves?

Faith depositó a Bee en el suelo y la cachorra se dejó caer junto a los pies de Wade, lo miró con expresión lastimera y luego procedió a vomitar sobre sus zapatos.

-¡Por amor de Dios! Debe de ser algo que comió. Lilah me advirtió que no debía darle tantos dulces. -Faith se mordió el labio pero no pudo evitar la risa.

Wade simplemente se quedó mirándola, con el antiséptico en una mano y el vómito de la cachorra en los zapatos.

-Lo sentimos muchísimo. ¡No comas eso, Bee! Es feo. -Alzó la perrita.

-Apuesto a que ahora te sientes mucho mejor, ¿no es verdad, mi amor? Mira, ¿ves eso, Wade? Ha vuelto a mover la cola. Yo sabía que si te la traía todo se arreglaría.

-¿Te parece? ¿Crees que todo se ha arreglado?

-Bueno, Bee ha mejorado y supongo que no es la primera vez que un cachorro te vomita sobre los zapatos.

-Tengo la sala de espera llena de pacientes, mis manos están hechas jirones y ahora mis zapatos apestarán el resto del día. -Entonces sube y cámbiatelos. -Faith retrocedió cuando Wade convirtió una de sus manos en una zarpa amenazadora. Le encantaba el fulgor que brillaba en sus ojos cuando se le despertaba el mal genio-. ¡Vale, Fade!

Él cerró la zarpa convirtiéndola en un puño y se golpeó con suavidad la frente.

-Iré a cambiarme los zapatos, y cuando vuelva quiero que hayas limpiado todo esto.

-¿Que lo limpie? ¿Yo?

-Sí. Mete a la perra en una jaula, busca un trapoY un cubo Y

limpia el suelo. Yo no tengo tiempo. -Se inclinó y se sacó los zapatos-. Y date prisa. Ya voy atrasado.

-Esta mañana papaíto está un poco malhumorado -le murluró ella a Bee mientras Wade salía. Miró el suelo e hizo una mueca-- Bueno, por lo menos lo vomitaste casi todo sobre sus zapatos. Lo que queda no es mucho. .

Cuando él volvió, Faith limpiaba el suelo, con inexperiencia pero obediente. Sobre el linóleo flotaban islas de espuma jabonosa movidas por oleadas de agua. Wade no tuvo ánimo para quejarse.

-Ya casi he terminado. Bee está atrás, jugando con su hueso. Ya está de nuevo activa y con los ojos brillantes. -Faith metió el trapo dentro del cubo y derramó más agua-.Supongo que esto debe secarse un poco.

En lugar de aullar, él se pasó las manos por la cara y rió. -¡Eres única, Faith!

-Por supuesto.

Retrocedió al ver que él levantaba el cubo, enjuagaba el trapo y luego comenzaba a secar el agua jabonosa.

-Bueno, supongo que esa también es una manera eficaz de secar el suelo.

-Necesito que me hagas un favor. Ve a la sala de espera y) dile a la señora Jenkins que traiga a Mitch. Es el beagle que está aullando desde hace media hora. Y si durante los próximos vein

te minutos eres capaz de mantener cierto orden allí fuera, te invitaré a comer en un restaurante elegante.

-¿Con champán? -Por supuesto. -Veré lo que puedo hacer.

Wade apenas consiguió tener veinte minutos de tranquilidad cuando oyó gritos.

-¡Wade! ¡Wade! ¡Ven enseguida!

Cuando salió, vio que Piney Cobb se tambaleaba bajo el peso de Mongo.

-Cruzó la calle corriendo, justo delante del coche. ¡Dios todopoderoso! Está sangrando mucho.

-Llévalo al consultorio.

Se movió con rapidez. La respiración del perro era trabajosa, tenía las pupilas fijas y dilatadas. En el pelaje tenía sangre seca y algunas gotas chorreaban por el suelo.

-Aquí. Sobre la camilla.

-Di un frenazo -murmuró Piney, retrocediendo-. Me desvié con brusquedad pero no pude evitar atropellarlo. Yo iba a la ferretería a buscar algunos repuestos y él salió corriendo del parque y cruzó la calle.

-¿Sabe si lo arrolló?

-No lo creo. -Con manos temblorosas sacó del bolsillo un desteñido pañuelo rojo y se enjugó la cara-. Creo que sólo lo golpeé, pero todo sucedió con mucha rapidez.

-Está bien. -Wade tomó unas toallas y, ya que Faith estaba a su lado, simplemente le tomó las manos y las colocó sobre ellas-. Aprieta con fuerza. Quiero detener la hemorragia. Está en estado de shock.

Abrió el gabinete de los medicamentos, sacó un frasco y preparó una inyección.

-Aguanta un poco, muchacho. Aguanta -murmuró al ver que el perro comenzaba a moverse y gemir-. Aprieta esas toallas con firmeza -le ordenó a Faith-. Le estoy dando un sedante. Debo averiguar si tiene lesiones internas.

A Faith le temblaron las manos cuando él le hizo apretar las toallas sobre las heridas. Tuvo la impresión de que alcanzaba a ver el hueso en la herida abierta de la pata del perro. Y se le revolvió el estómago.

Deseó apartar las manos de toda esa sangre y salir corriendo del consultorio. ¿Por qué no podía hacer Piney lo que Wade le encomendaba a ella? ¿Por qué no había alguien más allí? Empezó a decirlo, con las palabras atropellándose. Olía la sangre, el antiséptico y el hedor acre del sudor que el pánico le provocaba a Piney. Pero miró a Wade: sereno, compuesto, seguro, fuerte. Tenía expresión de concentración y la boca firme. Faith lo siguió mirando, mientras respiraba entre los dientes. Observarlo trabajar, comprobar su veloz eficacia la tranquilizó y el perro se quedó quieto bajo sus manos.

-No hay costillas rotas. No creo que lo haya arrollado. Tal vez tenga un riñón afectado.

Más tarde nos encargaremos de eso. Las heridas de la cabeza son superficiales.

No le sangran los oídos. Lo peor es lo de la pata. -Y eso, pensó Wade, ya es bastante grave. Salvar al perro no sería tarea fácil-. Debo llevarlo al quirófano.

-Miró hacia atrás y comprobó que Piney se había desplomado en una silla y tenía la cabeza sobre las rodillas-- Necesito que me ayudes, Faith.

Yo lo alzaré y lo llevaré, pero debes quedarte conmigo. Sigue apretando esas toallas sobre la herida. Ya ha perdido demasiada sangre. ¿Lista?

.Oh, Wade, yo... -Vamos.

Ella obedeció porque él no le dio alternativa. Fueron juntos mientras ella apretaba las toallas. En cuanto la vio, Bee lanzó un ladrido de felicidad y se fue a colocar a sus pies.

-Sit-dijo Wade con un tono tan autoritario que Bee se sentó en el acto. En cuanto depositó a Mongo sobre la mesa de operaciones, tomó un delantal grueso y se lo pasó a Faith-.

Ponte esto. Tengo que hacerle unas placas.

-Placas? . -Radiografías. Haz que se quede lo más quieto posible. Faith obedeció. Mongo tenía los ojos entrecerrados, pero ella tuvo la impresión de que la observaba, de que le suplicaba ayuda. -Todo saldrá bien, pequeño. Wade te curará. Ya lo verás. Al oír su voz, Bee comenzó a gruñir y corrió a refugiarse junto a sus pies.

Mientras esperaba que la radiografía estuviera revelada, Wade dio una serie de órdenes.

-Vuelve a apretar las toallas. No dejes de hablarle. Que oiga tu voz.

-Bueno, está bien. Hmm. -Tragó lo que parecía bilis y volvió a apretar las toallas-. Cuando Wade termine contigo, quedarás como nuevo. Debes... debes mirar a ambos lados antes de cruzar una calle. Recuérdalo la próxima vez. ¡Oh, Wade! ¿Morirá?

-No si lo puedo evitar. -Colocó las radiografías contra un panel iluminado y asintió con aire sombrío-. No si lo puedo evitar -repitió mientras preparaba el instrumental.

Los agudos instrumentos de plata resplandecían bajo la luz dura. La cabeza de Faith comenzó a girar al mismo ritmo que su

estómago. -¿Vas a operarlo? ¿Ahora? ¿Así sin más? -Tengo que tratar de salvarle la pata.

-¿De salvarla? ¿Quieres decir que...? -Haz lo que te pida y no pienses.

Cuando Wade retiró las toallas y las compresas, el estómago de Faith dio una sacudida, pero él no le dio tiempo a descomponerse.

-Sostén esto y aprieta este botón cuando te lo diga. Necesito succión. Lo puedes hacer con una sola mano. Cuando me haga falta un instrumento te lo pediré. Entrégamelo por el mango. Ahora voy a anestesiarse a Mongo.

Bajó la luz y limpió la zona. Lo único que Faith oía era el sonido del tubo aspirador cada vez que Wade pedía succión y el clic y entrecrocarse de los instrumentos. Miraba para otro lado, no

quería ver lo que sucedía, pero él le impartía órdenes que exigían que ella mirara.

Poco después todo fue como en una película.

Wade tenía la cabeza inclinada, los ojos fríos y tranquilos, a pesar de que Faith notó que tenía la frente perlada de sudor. Tuvo la impresión de que las manos de Wade eran mágicas, que se movían con exquisita delicadeza entre tanta sangre, carne y huesos. Y ella ni siquiera parpadeó cuando él colocó el hueso en su lugar. Nada de eso era real.

Lo observó suturar el interior de la herida con puntos increíblemente pequeños. El líquido amarillo con que acababa de esterilizarlas le manchaba las manos y se mezclaba con la sangre hasta adquirir un tono herrumbroso.

-Necesito que compruebes con la mano su ritmo cardíaco. -Es bastante lento -contestó ella, mientras apretaba con una mano el pecho de Mongo-. Pero me parece regular.

Algo como pum, pum, pum.

-Muy bien. Ahora mírale los ojos. -Tiene las pupilas muy dilatadas.

-¿Hay sangre en el blanco de los ojos? -No, creo que no.

-Muy bien, tengo que ponerle una placa metálica en la pata. El hueso está astillado. Luego suturaré la herida. Después entablillaremos la pata.

-¿Se curará?

-Es un perro sano. -Wade utilizó el antebrazo para secarse la frente-. Y es joven. Hay buenas posibilidades de que conserve la pata. -Le preocupaban las astillas del hueso. < Las habría sacado todas? Había daño muscular, algunos tendones muy afectados, pero confiaba en haber reparado lo peor. Todo eso pasó por su mente mientras se ocupaba en asegurar el hueso a un trozo de acero-. Estaré más seguro dentro de un día o dos. Ahora necesito gasas y tela adhesiva. Están en ese armario.

Una vez suturó la herida, Wade vendó la pata y luego comprobó personalmente los signos vitales del perro. Le curó el raspón que tenía en carne viva detrás de la oreja izquierda.

-Ha aguantado -murmuró y, por primera vez en más de una hora, miró directamente a Faith-. Y tú también.

-Sí, bueno, al principio me sentí un poco mareada, pero luego.

-Levantó, las manos para hacer un gesto. Las tenía cubiertas de sangre, lo mismo que la blusa-. ¡Oh Dios! -fue todo lo que consiguió decir antes de desmayarse.

Wade alcanzó a sujetarla antes de que cayera y la tendió en el suelo. Ya recobraba el conocimiento cuando le levantó la cabeza y le acercó un vaso de agua.

-Qué sucedió?

-Te desmayaste, con mucha gracia y en el momento más conveniente. -La besó en la mejilla-.

-Te llevaré arriba. Allí te podrás limpiar y recostar para descansar un rato.

-Estoy bien. -Pero cuando él la ayudó a ponerse de pie le cedieron las piernas-.

Bueno, tal vez no esté tan bien. Quizá me convenga tenderme un poco.

Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Wade y permitió que él la llevara arriba.

-No creo que esté hecha para ser enfermera. -Lo hiciste muy bien.

-No; lo hiciste tú. Yo nunca comprendí del todo qué hacías. Siempre supuse que administrabas vacunas y limpiabas caca de perros.

-Hago mucho de eso.

La condujo al baño, donde la apoyó contra el lavabo, que llenó de agua tibia.

-Mete las manos en el agua. Te sentirás mejor.

-En lo que haces hay mucho más que eso, Wade. Y también en lo que eres.

-Las miradas de ambos se encontraron en el espejo-. Yo no he prestado atención, no me he molestado en mirarte bastante. Hoy has salvado una vida. Eres un héroe.

-Hice lo que sé hacer.

-Yo sé lo que vi, y lo que vi fue heroico. -Se volvió y lo besó-, y ahora, si no te importa, me desnudaré y me meteré bajo la ducha.

-¿Ya te sientes segura sobre tus pies? -Sí, estoy bien. Tú ve a ver a tu paciente.

-Te quiero, Faith.

-Sí, creo que me quieres -contestó ella en voz baja-. Y es más agradable de lo que esperaba. Y ahora vete, porque tengo la cabeza muy liviana y soy capaz de decir algo que lamentaré

después.

-Volveré en cuanto pueda.

Examinó a Mongo y luego se lavó antes de pasar al consultorio. Piney seguía en la silla y Bee dormía sobre sus rodillas. Wade los había olvidado a ambos.

-¿Se salvará? -preguntó Piney. -Me parece que sí.

-¡Oh, Dios, Wade! Este asunto me ha puesto enfermo. Yo iba conduciendo y mis pensamientos divagaban y de repente el perro saltó al camino. Pudo haber sido un chico.

-No fue por culpa tuya.

-He atropellado un venado un par de veces. No sé por qué, pero no me molestó tanto.

En realidad, en esas ocasiones simplemente me enfadé. Un venado puede hacerle mucho daño a una camioneta. Pero esto... Algún chico volverá del colegio a su casa y buscará a ese perro.

-Conozco a la dueña. La llamaré. El hecho de que lo hayas traído enseguida fue crucial.

Eso es lo que deberías recordar. -Ya.

-Lanzó un profundo suspiro-. Esta pequeña es una belleza -declaró, acariciando a Bee-. Vino con ganas de hacer una travesura, me masticó los cordones de los zapatos durante un rato y luego se quedó dormida.

-Te agradezco que la hayas cuidado. -Wade se inclinó y levantó a Bee. La cachorra bostezó y comenzó a lamerle las lastimaduras que el gato le había hecho en las manos-. ¿Estarás bien?

-Sí. Si quieres que te diga la verdad, iré a beber una copa. Es probable que Cade ya me ande buscando con la ayuda del ejército, pero por ahora eso tendrá que esperar. -Se puso de pie-.

-¿Me informarás de cómo evoluciona ese perro, por favor?

-Por supuesto. -Palmeó el hombro de Piney mientras ambos salían.

La sala de espera estaba desierta. Wade supuso que todos se habían cansado de esperar. Y él agradecía el silencio reinante.

Depositó a Bee en el suelo con uno de los juguetes para perros que Maxime guardaba en el cajón del escritorio y luego buscó el número de Sherry Bellows.

Atendió el contestador automático, de manera que dejó un mensaje.

Sin duda Sherry ha salido a buscar a Mongo, supuso. Probablemente se encontraría con alguien que había presenciado el accidente.

Volvió a examinar a Mongo.

Minutos después de la llamada de Wade, Tory escuchó la misma alegre voz grabada que anunciaba que la dueña de casa no podía atender.

-Sherry, soy Tory Bodeen, de Confort Sureño. En cuanto puedas llámame o ven a la tienda. Si todavía te interesa, ya tienes un empleo.

Es una buena decisión, pensó Tory mientras colgaba. No sólo porque las referencias de Sherry eran excelentes, sino porque tal vez le resultaría divertido estar acompañada en la tienda por una cara alegre y un par de manos dispuestas.

Ese día no abundaban los clientes, pero no se descorazonó. Un negocio tardaba su tiempo en establecerse, en convertirse en parte de la rutina de la gente.

Y esa mañana había recibido a muchos curiosos.

Utilizó el tiempo libre para redactar un programa de actividades para su nueva empleada. Buscó los formularios que tendría que llenar para el pago de impuestos y agregó un resumen de la política de la tienda que había pasado a máquina.

Jugueteó con la redacción de un anuncio que publicaría en el diario del domingo, en el que incluiría la ropa blanca de algodón orgánico que había decidido vender.

Cuando sonaron las campanillas de la puerta, levantó la vista con rapidez, con el mismo sobresalto que ese sonido le había producido todo el día.

Pero al ver a Abigail Lawrence, dejó el bolígrafo y sonrió. -¡Qué sorpresa tan agradable!

-Te advertí que en algún momento pasaría por aquí.

¡Esto es una belleza, Tory! Vendes cosas preciosas.

-Son obras de artistas muy talentosos.

-Y sabes bien cómo exhibir sus trabajos. -Abigail le tendió una mano cuando Tory rodeó el mostrador-. Me divertiré en grande gastando dinero aquí.

-Adelante. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un refresco o una taza de té?

-No, no gracias. -Abigail cruzó la tienda para admirar el retrato enmarcado de una joven de pie en un jardín-. Quiero verlo todo Pero te advierto que quiero este retrato. Es el rega

lo perfecto para que mi marido me lo dé el día de nuestro aniversario.

Divertida, Tory lo descolgó.

-¿Y crees que él querrá que lo envuelva? -¡Por supuesto!

-¿Cuánto tiempo llevas casada?

Abigail ladeó la cabeza mientras Tory llevaba el retrato al mostrador. Durante todos los años que había sido la abogada de Tory no recordaba que ella jamás le hubiera hecho una pregunta personal.

-Veintiséis años.

-¿Así que te casaste a los diez?

Abigail sonrió y examinó una caja de madera lustrada.

-Te hace bien atender la tienda. -Ella misma llevó la caja al mostrador-.

-Creo que también te beneficia estar en este pueblo. Porque aquí te sientes en tu casa.

-Sí. Este es mi hogar. ¿En serio viniste desde Charleston para hacer compras, Abigail?

-Para eso y para verte. Y para conversar contigo. Tory asintió.

-Si has averiguado algo más acerca de esa chica asesinada, es necesario que te andes con rodeos para decírmelo.

-No me enteré de nada nuevo acerca de ella. Pero en cambio le pedí a mi amigo que comprobara crímenes parecidos, ocurridos durante las últimas dos semanas de agosto.

-Hubo otras. -Veo que lo sabías. -No. Lo intuía. ¿Cuántas más?

-Tres que coincidían. Una chica de doce años que desapareció durante un viaje de su familia a Hilton Head en agosto de 1975. Una de diecinueve que seguía un curso de verano en la Uni

versidad de Charleston en agosto de 1982, y una mujer de veintiséis años que acampaba con amigos en los Bosques Nacionales de Verano, en agosto de 1989.

-¿Tantas? -susurró Tory.

-Todos fueron homicidios de móvil sexual. Habían sido violadas y estranguladas. No había semen. Siempre hubo cierta violencia física, sobre todo en la cara. Y esas señales de violencia crecieron con cada víctima.

-Porque las caras no eran las que correspondían. Sus rostros no eran el de ella.

-El de Hope.

-No comprendo.

Tory deseó no comprenderlo. Deseó que algo tan enfermizo no le resultara horriblemente claro.

-Eran todas rubias, ¿verdad? ¿Bonitas, delgadas? -Sí.

-Sigue matándola. Una vez no le bastó.

Abigail meneó la cabeza, preocupada por la expresión vaga y oscura que acababan de adquirir los ojos de Tory.

-Tal vez hayan sido asesinadas por el mismo hombre, pero...

-Fueron asesinadas por el mismo hombre.

-El tiempo que separa un asesinato del otro se aparta del perfil típico del asesino en serie. ¡Muchos años entre un crimen y el siguiente! Yo no soy abogada criminalista y tampoco psicóloga, pero durante las últimas semanas he estudiado algo sobre el tema. Las edades de las víctimas tampoco coinciden con el perfil típico del asesino en serie.

-Esto no es típico, Abigail. -Abrió y cerró la caja de madera-. No es típico.

-Tiene que haber una base. Tu amiga y la pequeña de doce años indican a un pedófilo. Me parece que un hombre que elige niñas como víctimas, de repente no se dedica a asesinar jovencitas.

-Las edades tienen mucho que ver. Cuando fueron asesinadas, cada una de esas chicas tenía la edad que hubiera tenido entonces Hope. Esa es la pauta.

-Sí, coincido contigo, aunque ni tú ni yo somos expertas en ese tema.

-Es posible que haya más víctimas.

-Es algo que también están investigando, aunque mi contacto dice que no han encontrado otras víctimas. El FBI se ha interesado en el caso. -Abigail se puso más seria, casi solemne-. Tory, mi contacto quiso saber por qué me interesaba en el asunto, cómo me había enterado del asesinato de Alice. No se lo dije.

-Te lo agradezco. -Tú podrías ayudar.

-No lo sé. Aun en caso de que me lo permitieran, no sé si sería capaz. Me congelaría por dentro. Nunca me ha sido fácil. Siempre ha sido una intuición inesperada. Y ya no quiero volver a enfrentarme a algo así, no quiero volver a pasar por eso. Yo no puedo ayudar. Este es un asunto para la policía.

-Si eso es lo que sientes, ¿por qué me pediste que hiciera esas averiguaciones?

-Tenía que saberlo. -Tory...

-Por favor, no. ¡Por favor! No quiero volver a eso. No sé si esta vez volvería a salir entera. - Para mantener las manos ocupadas comenzó a cambiar de lugar los objetos de un estante-, La policía y el FBI.

- Ellos son los expertos. Este es trabajo para ellos, no para mí. Yo no quiero tener en la cabeza los rostros de esas chicas, no quiero tener en la cabeza lo que les sucedió. Con l-lope me basta.

¡Cobarde!, le susurró una voz al oído el resto del día. Tory lo aceptaba. Y estaba decidida a aprender a vivir con ello.

El asesino de Hope seguía matando selectivamente. Con eficacia. Pero encontrarlo y detenerlo era responsabilidad de la policía, del FBI o de alguna fuerza especial. No era cosa suya.

Y si sus temores más profundos y personales fuesen reales y el asesino tuviera el rostro de su padre, ¿podría vivir con ello? Pronto encontrarían a Hannibal Bodeen. Entonces ella decidiría.

A1 cerrar la tienda pensó que le haría bien dar una vuelta por el pueblo, cruzar el parque. Podía pasar por lo de Sherry y hablar con ella en lugar de comunicarse a través del contestador automático.

Cuida tu negocio, se recordó Tory. Cuídate a ti misma.

Casi no había tráfico. La mayor parte de la gente ya habría vuelto del trabajo y se estaría sentando a comer. Sin duda ya habrían llamado a los chicos para que entraran en la casa
~~

Se lavaran, y la noche, larga y brillante, se extendería ante ellos con televisión, conversaciones en el porche, tareas de colegio y lavado de platos.

Normal. Cosas de todos los días. Maravillosas por su sencilla monotonía. Y era lo que Tory quería para sí misma con silenciosa desesperación.

Atajó cruzando el parque. Los rosales florecían y las begonias se extendían en blanco y carmesí. Los árboles arrojaban largas y bienvenidas sombras y algunas personas permanecían sentadas o tendidas debajo de ellos.

Tory notó que los jóvenes todavía seguían con rigidez los horarios de las comidas. Saldrían más tarde en busca de una pizza o una hamburguesa y luego se reunirían en alguna parte con otros jóvenes para escuchar música, conversar o cantar.

Durante un tiempo muy breve, ella había hecho lo mismo Pero tenía la sensación de que, desde entonces, habían transcurrido décadas. Le pareció que era una mujer enteramente distinta

de la que se abría paso a codazos en un club atestado, para bailar, para reír. Para ser joven.

Ya había perdido todo eso una vez. No perdería la nueva vida que su vida en sus pensamientos, se alejó de la hilera de árboles y empezó a caminar la franja de césped que conducía a la casa de Sherry

Bee cruzó el parque como una saeta, aullando como enloquecida. Tory se acucilló para recibir a la cachorra.

-Ha estado casi todo el día encerrada. -Faith se les acercó, feliz al ver que su perrita abandonaba a Tory para saltarle a ella-. Tiene mucha energía.

-Ya lo veo. -Mientras se enderezaba, Tory levantó la mirada y puso ceño-. Hoy se te ve distinta -comentó, estudiando el polo demasiado grande que Faith se había puesto sobre los pantalones de hilo.

-Pero no me queda mal, ¿verdad? Hace un rato me ensucié la blusa. Le pedí este polo prestado a Wade.

-Comprendo.

-Sí, supongo que comprendes. ¿Y te molesta? -¿Por qué me iba a molestar? Wade es adulto.

-Podría decir algo vulgar con respecto a eso, pero lo dejaré pasar. -Faith se colocó el pelo lacio detrás de las orejas y esbozó una amplia sonrisa-. ¿Estás cansada de la soledad del pantano? ¿Te has decidido a buscar un apartamento?

-No, mi casa me gusta. Pasaba por aquí para ver a una posible empleada. Sherry Bellows.

-Bueno, es una coincidencia.

-Yo también vengo a verla. Wade todavía está en la clínica y en todo el día no ha podido comunicarse con ella. Esta mañana un coche atropelló al perro de Sherry.

-¡Oh, no! -Instantáneamente Tory olvidó toda su reserva-. ¡Se le destrozará el corazón!

-Está bastante bien. Wade le salvó la vida. -Lo dijo con tanto orgullo que Tory se quedó mirándola-. No sabemos hasta qué punto cicatrizará bien la pata de Mongo, pero apuesto a que quedará perfecto.

-Me alegro. Es un perro maravilloso y ella parece quererlo muchísimo. Pero me cuesta creer que haya salido todo el día y que lo haya dejado suelto.

-Nunca se sabe lo que hará la gente. Esa es su casa -dijo Faith, señalando-. Pasé por la puerta principal y llamé pero ella no contestó así que pensé intentarlo por la puerta trasera. La vecina dice que usa más esta puerta que la del frente.

-Las persianas están bajadas.

-Pero tal vez la puerta esté abierta. Podríamos entrar y de~ jade una nota.

-Cruzó el patio y estaba a punto de coger el picaporte de la puerta corredera de vidrio.

-¡No lo hagas! -Tory la retuvo por un hombro.

-¿Qué demonios te sucede? ¡Por amor de Dios! No estoy entrando por la fuerza a una casa ajena. No pienso hacer más que asomarme y mirar.

-¡No entres! -Tory hincó los dedos en el hombro de Faith. Ella ya había visto. Fue como una bofetada en plena cara, algo que saltó hacia ella y que le llenó la boca de regusto a sangre y miedo-. Es demasiado tarde. Él ya estuvo aquí.

-¿De qué estás hablando? -Con impaciencia, Faith trató de zafarse-.

¿Quieres soltarme, por favor?

-Está muerta -dijo Tory con voz sin inflexiones-. Debemos llamar a la policía.

No podía entrar. No lograba irse.

El agente que atendió la llamada se mostró escéptico y malhumorado, pero no pudo evitar el pedido de aquellas dos mujeres histéricas. Se puso la gorra y acudió.

-Una vez en la casa, llamó a la puerta trasera. Pero dos minutos después de entrar, volvió a salir, y ya no tenía una expresión irritada.

Cuando llegó el jefe Russ, la escena del crimen ya estaba rodeada por una cinta amarilla.

Tory se sentó en el suelo y esperó.

-He llamado a Wade. -Ya que no había otra cosa que hacer, Faith se sentó a su lado-.

Tiene que esperar que llegue Maxime para no dejar solo a Mongo, pero vendrá.

-No puede hacer nada.

-Ninguno de nosotros puede hacer nada. -Faith miraba fijamente la cinta amarilla colocada por la policía, la puerta, las sombras de los hombres que se movían detrás de las persianas-

. ¿Cómo supiste que estaba muerta?

-¿Sherry? ¿O Hope?

Faith apretó a la cachorrita contra su pecho y frotó la cara contra su pelaje cálido, como para consolarse.

-Nunca he visto nada como esto... A mí no me dejaron acercarme al lugar donde estaba Hope. Era demasiado pequeña. Pero tú la viste.

-Sí.

-Lo viste todo.

-No todo. -Apretó las palmas una contra la otra y las manos entre las piernas como si tuviera frío-. Lo supe cuando llegamos a la puerta. Una oscuridad especial rodea a la muerte. Sobre todo

a las muertes violentas. Y él dejó algo de sí mismo detrás. Tal vez sólo su locura. Es lo mismo que antes. Fue el mismo hombre. -Cerró los ojos-.

Creí que trataría de matarme a mí... nunca pensé... nunca imaginé esto.

-Y esa era la culpa con la que tendría que vivir en adelante.

-¿Estás diciendo que el que le hizo esto a Sherry fue el mismo que mató a Hope?

¿Después de tantos años?

Tory empezó a hablar, pero se detuvo y meneó la cabeza. -No puedo estar segura. Hace mucho tiempo que no estoy segura de nada. -Miró al oír que pronunciaban el nombre de Faith. Wade se acercaba corriendo.

Le sorprendió que Faith se pusiera de pie de un salto. No era común que ella se molestara en moverse con rapidez. Y luego observó el encuentro de ambos. Un abrazo largo y fuerte. Está enamorado de ella, comprendió Tory. Para él, Faith es el centro de todo. ¡Qué extraño!

-¿Estás bien? -Wade rodeó con las manos el rostro de Faith.

-No sé cómo estoy. -Hasta entonces estaba bien. Todo parecía suceder a la distancia, suficientemente lejos para no tocarla. Pero en ese momento le temblaban las manos y se le revolvía el estómago-. Creo que necesito sentarme.

-Aquí. -Cuando ella se dejó caer sobre la hierba, Wade, sin soltar su mano, miró a Tory. Demasiado tranquila, decidió. Demasiado controlada. Eso significaba que cuando se quebrara, se haría añicos-. ¿Por qué no volvéis conmigo? Tenéis que alejaros de aquí.

-Yo no puedo. Pero tú deberías llevarte a Faith.

-¿Para que tú puedas ver como termina todo esto y yo no? No me parece justo -contestó Faith.

-No se trata de una competencia.

-Entre tú y yo siempre ha habido una competencia. Allí está Dwight.

Había comenzado a reunirse gente, que formaba pequeños grupos y murmuraba con curiosidad.

- En Progress las noticias viajan con la velocidad del sonido, pensó Tory. Notó que Dwight pasaba entre los grupos de curiosos y se encaminaba a la puerta de Sherry.

...por qué no hablas con él, Wade? -dijo Faith señalando a Dwight-. Quizá pueda decirnos algo. . -Veré. -Al levantarse tocó la rodilla de Tory-. Cade nene para aquí.

-Por qué?

-Porque yo lo llamé. Esperad aquí.

-¡No había ninguna necesidad de llamarlo! -exclamó Tory frunciendo el entrecejo, mientras Wade se dirigía hacia la multitud de curiosos.

-¿Por qué no te callas? -Enojada, Faith buscó un hueso de juguete en el bolso para mantener ocupada a Bee-. No somos mueres de hierro. Tener necesidad de apoyarnos en un hombre no nos disminuye.

-Yo no tengo intenciones de apoyarme en Cade.

-¡Por amor de Dios! Si te resulta bastante bueno para acostarte con él, tiene que resultarte bueno que te apoye en un momento como este. Desde luego no haces más que buscar motivos para mostrarte desagradable.

-¿Por qué no salimos juntos los cuatro más tarde? Podríamos ir a bailar.

La sonrisa de Faith era filosa como un escalpelo. -¡Realmente eres insoportable, Tory! Empieza a gustarme eso en ti. Bueno, mierda, allí está Billy Clampett y me ha visto. Era lo único que me faltaba. Una noche, hace mil años, estaba tan furiosa y borracha que me acosté con él. Por suerte, muy pronto recuperaré el sentido común, pero Billy nunca ha dejado de tratar de continuar el asunto.

Tory vio cómo Billy se les acercaba, los puyares metidos en los bolsillos del tejano.

-No creo que en todo el condado haya bastantes bebidas alcohólicas para incitarme a acostarme con un tipo así.

-Por fin estamos de acuerdo en algo.

-¡Hola! -dijo Billy-. Me enteré de que ha habido jaleo. Una chica se hizo matar, ¿no?

-Un gran descuido. -Faith no se alejó, no pensaba darle esa satisfacción aunque ya olía la cerveza en el aliento de Billy.

-Me dijeron que era Sherry Bellows. Esa que se pasa la vida corriendo por el pueblo con ese perro peludo. Usa shorts muy cortos y blusas bien escotadas. Como para publicitar lo que ofrece. --Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en la manga arremangada. Creía que con eso se parecía a James Dean-. Hace un par de semanas le vendí unas plantas. Se mostró muy amistosa, ya comprendéis lo que quiero decir.

-Dime Billy, ¿prácticas para ser tan desagradable o es simplemente un don?

Tardó un minuto, pero mientras encendía el cigarrillo, su sonrisa se agrió como la leche pasada.

-¿Me puedes explicar por qué eres tan arrogante de repente?

-Eso no tiene nada de repentino. Siempre he sido arrogante. tNo es verdad, Tory?

-Es tu marca de fábrica.

-Exactamente. -Encantada, Faith palmeó el muslo de Tory y ella también sacó un cigarrillo-.

- Nosotros los Lavelle -dijo, mientras lo encendía y echaba el humo a la cara de Billy- estamos destinados a ser superiores.

Es algo que llevamos estampado en nuestro ADN.

-No eras tan arrogante aquella noche, detrás de lo de Gr-gan, cuando tenía tus tetas en mis manos.

-¡Vaya! -Faith sonrió y le arrojó más humo a la cara-. ¿Aquel eras tú?

-Desde que te crecieron las tetas has sido una puta. Será mejor que te cuides. -Dirigió una mirada a la puerta de la casa de Sherry-. Las putas terminan consiguiendo lo que piden.

-¡Ahora te recuerdo! -intervino Tory en voz baja-. Tenías la costumbre de atar paja reseca a la cola de los gatos y la prendías. Y luego volvías a tu casa y te masturbabas.

¿Es así como pasas tu tiempo libre?

Billy dio un respingo. Ya no sonreía y en sus ojos el miedo reemplazó al desprecio.

-No te necesitamos por aquí. No necesitamos personas como tú.

Tal vez habría quedado en eso, pero Bee decidió que su pantalón era más interesante que su hueso. Billy le pegó con el dorso de la mano.

Con una exclamación, Faith se puso de pie para alzar a la perrita que gemía.

-¡Gordo, borracho y bruto! Con razón tu mujer anda buscando otro hombre.

Él se abalanzó sobre Faith. Tory tuvo la impresión de que le pasaba a otra persona, pero su puño saltó y fue a estrellarse contra el ojo de Billy.

-La fuerza del impacto y la sorpresa que

le provocó lo arrojaron al suelo. Oyó gritos débiles, y chilh

dos y el sonido de pies que corrían, pero cuando Billy se puso de pie, ella también lo hizo.

- Toda su furia se convirtió en una bola que ardía en su interior.

- Ya alcanzaba a tomarle el gusto a la sangre.

-¡Perra hija de puta!

Ella se plantó con firmeza sobre sus pies. Y cuando él se disponía a golpearla, de repente cayó al suelo. . -¿Por qué no lo intentas conmigo? -dijo Cade, mientras lo obligaba a ponerse de pie de un tirón-. ¡No os metáis en esto! -dijo de mal modo cuando la gente intentó intervenir-. ¡Vamos, Billy! Veamos cómo te las arreglas conmigo en lugar de con una mujer de la mitad de tu tamaño.

-Hace años que te mereces esto. -Billy volvió a sonreír con desprecio.

- Desesperado por limpiar su imagen delante de la gente del pueblo, se dispuso a enfrentarse a uno de los arrogantes Lavelle-. Cuando termine contigo me divertiré un rato con la puta de tu hermana y con tu amante.

Se abalanzó con ímpetu. Cade lo eludió y le soltó dos terribles puñetazos que lo dejaron patidifuso.

-Si alguna vez te atreves a tocar a mi hermana o a mi mujer -le dijo-, si les hablas o las miras siquiera, te anudaré las pelotas alrededor de la garganta y te ahogaré con ellas.

Luego se dirigió hacia Tory, sin mirar atrás.

-Este no es un lugar para ti.

Ella no podía pronunciar palabra. Jamás había visto que la furia apareciera y desapareciera con tanta rapidez. Casi conelegancia, pensó.

Cade acababa de apalear a un hombre y sin sudar siquiera, y ahora le hablaba a ella con suavidad. Y sus ojos estaban gélidos.

-Vámonos. -Debo quedarme. -No es necesario. -Sí lo es.

Carl D. se acercó, dirigió una mirada al pobre Billy y se frotó el mentón en actitud pensativa.

-¿Problemas?

-Billy Clampett ha hecho comentarios insultantes. -Las lágrimas inundaron los ojos de Faith y les dieron el color de campanillas bañadas por el rocío-. Él... bueno, ni siquiera puedo empezar a contarle, pero fue muy ofensivo conmigo y con Tory Y entonces él...

-Sollozó con delicadeza-. Y entonces le pegó a

mi pequeña Bee y cuando Tory trató de impedirlo él... Si no fuera por Cade, no sé qué hubiera sucedido.

Se volvió hacia Tory, sollozando en silencio.

-Ojalá le hubieras pegado más -murmuró-. Ese gordo imbécil caraculo.

Carl D. se tocó una mejilla con la lengua. Después de lo que acababa de ver dentro, esa pequeña comedia era un alivio y una diversión.

-Ocurrió así? -le preguntó a Cade. -Más o menos.

-Lo detendré hasta que se tranquilice. -Miró alrededor, estudiando los rostros de la multitud mientras mascaba su chicle-, No creo que nadie quiera acusarlo, ¿verdad?

-No, lo dejaremos pasar.

-Me alegra. Tendré que hablar con Tory y Faith. Y la conversación será más privada si la mantenemos en la comisaría. Jefe -Wade se les reunió, pasando con tanta indiferencia sobre el cuerpo del semünconsciente Billy que Faith tuvo que contener una carcajada-, mi apartamento queda más cerca y creo que os resultará más cómodo.

-Sí, podríamos conversar allí. Haré que uno de mis agentes las lleve y yo iré enseguida.

-Yo las llevaré -dijo Wade.

-Tú y Cade conocéis a casi toda esta gente. Os agradecería que me ayudarais a convencerlos de que volvieran a sus casas.

Uno de mis hombres se encargará de acompañar a las señoras. Necesito tomarles declaración -agregó antes de que Cade pudiera intervenir-.

Es un asunto de la policía.

-Podemos ir por nuestra cuenta.

-Bueno, señorita Faith, sólo le pediré a uno de mis hombres que las acompañe. Es el procedimiento que corresponde. -¡Dios mío! ¿Cómo puede haber sucedido algo así en el centro del pueblo?

-dijo Dwight acercándose mientras se masajeaba la nuca para aliviar su tensión.

Habían logrado que la mayoría de los curiosos se alejara del edificio.

-¿Te has enterado de algo? -preguntó Wade.

-Supongo que sé lo mismo que todos. Carl D. no me permitió entrar, pese a que soy el alcalde del pueblo. Parece que ayer alguien entró por la fuerza en la casa de Sherry Bellows. Tal vez para robar.

-Se pellizcó el puente de la nariz y meneó la cabeza. Pero no creo que ese haya sido el motivo. No me pareció ue fuera muy rica.

-Cómo pudieron entrar sin que el perro lo impidiera? _preguntó Wade.

-¿El perro? -Dwight pareció desconcertado un momento~~ ¡Ah, sí! No sé. Tal vez haya sido alguien a quien ella conocía. Eso parece más sensato. Quizá fue alguien a quien ella conocía, discutieron y pasaron a las manos. La encontraron en el dormitorio -agregó con un suspiro-. Y por los comentarios que oí, parece que la violaron.

-¿Cómo la mataron? -preguntó Cade.

-No sé. Carl D. no suelta prenda. ¡Dios mío, Wade! Recuerdas que la otra noche hablábamos de ella? Me topé con Sherry cuando salía de tu clínica.

-Sí, lo recuerdo. -Le pareció verla conversando a borbotones, flirteando con él mientras examinaba a Mongo.

-Hubo algunos comentarios allí dentro sobre Tory Bodeen. Comentarios inquietos -agregó-. Supuse que querríais saberlo. -Volvió a suspirar-. Esto no debió suceder justo en el centro

de este maldito pueblo. La gente debería estar a salvo en su propia casa. Lissy enfermará de preocupación.

-Mañana habrá una avalancha en la ferretería y la armería -predijo Cade-.

Todo el mundo comprará cerrojos, candados y municiones.

-¡Santo cielo! Creo que será mejor que convoque una asamblea del pueblo para tranquilizar a la gente. Espero que Carl D. tenga alguna pista concreta mañana por la mañana. Debo volver a casa por Lissy. Ya debe de estar frenética. Esto no debió suceder aquí-repitó y se alejó.

-Sólo estuve con ella una vez. Ayer.

Tory estaba sentada en el sofá de Wade, con las manos enlazadas sobre el regazo. Sabía que cuando una hablaba con la policía, era importante ser clara y estar tranquila.

-Ellos percibían emociones y utilizaban debilidades para entrometerse y sonsacar más que lo que el interrogado quería decir. Y luego lograban que una hiciera el ridículo. Y por fin te traicionaban.

-Así que sólo estuvo con ella una vez. -Carl D. asintió y tomó nota. Le había pedido a Faith que esperara abajo. Quería que sus entrevistas y los hechos que dedujera de ellas figuraran en páginas distintas-. ¿Y por qué se le ocurrió hoy pasar por su casa?

-Me pidió trabajo en mi tienda.

-¿Ah, sí? -Alzó una ceja-. Creí que tenía empleo en el instituto.

-Sí, eso me dijo. -Contesta las preguntas con exactitud, se recordó. No agregues nada, no expliques nada con demasiados detalles-. Sin embargo, hasta el otoño no sería un trabajo a tiempo completo y buscaba otro empleo durante algunas horas diarias para aumentar sus ingresos. Y también para mantenerse ocupada, creo. Parecía tener mucha energía.

-Ya. ¿Así que usted la empleó?

-No, no enseguida. Medio referencias. -Recordó que Sherry las había escrito en su bloc, junto con su dirección. El bloc que ella dejó sobre el mostrador cuando su padre entró en la tienda. ¡Oh, Dios!

-Bueno, me parece sensato. No sabía que necesitaba una dependienta.

-En realidad, hasta que ella llegó no se me había ocurrido. Pero Sherry era muy convincente. Me tomé un tiempo para analizar mi presupuesto y decidí que podía permitirme una dependienta durante unas horas por día. Esta mañana comprobé las referencias que me dio y luego la llamé. Le dejé un mensaje en el contestador.

-Entiendo. -Ya había escuchado el mensaje de Tory y también los de Wade. También el mensaje de la vecina de arriba y el de Lissy Frazier. Sherry Bellows era una muchacha popular-. Y después decidió ir a verla personalmente.

-Cuando cerré la tienda, tuve ganas de caminar. Decidí cruzar el parque y pasar por la casa de Sherry. Así, si estaba en su casa, podríamos hablar sobre el trabajo.

-¿Y fue hacia allí con Faith Lavelle?

-No; fui sola. Me encontré con Faith en la parte trasera del edificio. Me dijo que el perro de Sherry estaba herido, que lo había atropellado un coche y que Wade lo estaba tratando. Y había ido a avisarle.

-¿Así que llegaron al mismo tiempo?

-Sí, más o menos a las seis y media, porque cerré la tienda a las seis y cuarto.

_¿y cuando la señorita Bellows no atendió el timbre, siguieron buscándola?

_No. Ninguna de las dos entró en la casa.

_Pero usted vio algo que la preocupó. -Apartó la mirada del bloc. Tory permanecía sentada y perfectamente inmóvil-. Que la preocupó tanto que decidió llamar a la policía.

.No contestó mis llamadas. Tampoco contestó las de Wade. Las persianas y la puerta estaban cerradas. Así que llamé a la policía. Ni Faith ni yo entramos. Ninguna de las dos vio nada.

Él mordisqueó su lápiz. -¿Trataron de abrir la puerta? -No.

-No estaba cerrada con llave. -Dejó que el silencio pendiera y llenó el tiempo sacando su paquete de goma de mascar y ofreciéndoselo a Tory. Cuando ella rehusó con la cabeza, sacó una tira, le quitó el papel y envolvió el resto.

El corazón de Tory comenzó a palpar.

-Así que... -Carl D. dobló la goma de mascar con el mismo cuidado con que acababa de envolver el papel que la cubría y se la metió en la boca-. Ustedes dos estaban allí. Bueno, conociendo a Faith Lavelle yo diría que ella habría estado allí... por curiosidad. Para enterarse de la decoración de la casa y demás.

-No lo hizo. -¿Llamaron a la puerta? -No, nosotras... -Se interrumpió.

-¿Sencillamente se detuvieron frente a la puerta y de~idieron llamar a la policía? -Lanzó un suspiro-. Tendré que insistir un poco en este punto. Bueno, soy un hombre sencillo, de costumbres sencillas. Y hace más de veinte años que soy policía. Los policías tenemos instintos, y corazonadas. No siempre se pueden explicar pero existen. Tal vez hoy usted haya tenido una especie de corazonada parecida frente a la puerta de Sherry Bellows.

-Es posible.

-Mucha gente suele tenerlas. Se podría decir que usted tuvo una hace dieciocho años, cuando nos condujo al lugar donde estaba Hope Lavelle. Y más en Nueva York. Muchas personas se alegraron de que las tuviera. -Su voz sonaba bondadosa y sus palabras suaves, pero sus ojos, notó Tory, estaban alertas.

-Lo que sucedió en Nueva York no tiene nada que ver con esto.

-Gracias a que usted tuvo corazonadas, seis chicos volvieron a sus casas.

-Y hubo uno que no volvió. -Pero sí seis -repitió Carl D.

-No puedo decirle más que lo que ya he dicho.

-Tal vez nó pueda. Pero se me ocurre que más bien no quiere. Yo estaba allí hace dieciocho años, cuando nos condujo hasta la pequeña Hope. Soy un hombre sencillo de costumbres senci

llas, pero yo estaba allí. Y estuve allí hoy, mirando a esa muchacha y lo que le hicieron. Me hizo retroceder en el tiempo. Estuve en ambos lugares, vi ambos crímenes. Y usted también.

-Yo no entré. -Pero vio.

-¡No! -Se puso de pie-. No vi, sólo sentí. No vi y no miré. No había nada que yo pudiera hacer. Estaba muerta y yo no podía hacer nada por ella. Ni por Hope. Por ninguna de ellas. No quiero volver a tener eso dentro de mí. Le he dicho todo lo que sé, exactamente como sucedió. ¿No le basta?

-Está bien, señorita Tory. ¿Por qué no se sienta y trata de relajarse mientras yo bajo a hablar con Faith?

-Me gustaría irme a casa.

-Le pido que se siente y recupere un poco el aliento. Muy pronto nos encargaremos de que vuelva a su casa.

Mientras bajaba, Carl D. masticó sus pensamientos con respecto a Tory y la reacción que ella tuvo frente a sus preguntas. Decidió que esa chica era un nudo de preocupaciones.

-Tal vez le inspirara lástima. Pero eso no le impediría utilizarla si eso convenía a sus propósitos. Acababa de cometerse un asesinato en su pueblo. No era el primero, pero sí el más desagradable en muchos años. Y él era un hombre que tenía corazonadas.

Sus entrañas le indicaban que Tory Bodeen era la clave de todo el asunto. Encontró a Cade paseándose en la planta baja.

-Ya puede subir a verla. Creo que le hace falta apoyarse en un hombro.

¿Su hermana anda por aquí?

-Está atrás, con Wade. Él está revisando el perro.

-Es una pena que ese perro no pueda hablar. El que lo atropelló fue Piney, ¿verdad?

-Eso me han dicho.

-Sí, es una pena que ese perro no pueda hablar. -Palmeó el bolsillo donde llevaba el cuaderno y se encaminó a la parte trasera.

Cade encontró a Tory sentada en el sofá.

_Debí haberme alejado, simplemente. O mejor, y más inteligente, haber permitido que Faith entrara, que era lo que ella

que ado aclá polic á y no habríalh b dointer~ogato~iosabríamos llam,

El se sentó a su lado.

-¿y por qué no lo hiciste?

-No guerra que ella viera lo que había allí dentro. Y yo tampoco quería verlo. Y ahora el jefe Russ espera que yo entre en trance y que le dé el nombre del asesino.

Él le tomó una mano.

-Tienes todo el derecho del mundo a estar enojada. Con él y con la situación.

¿Pero por qué contigo misma?

-No lo estoy. ¿Por qué iba a estar enojada conmigo misma? -Miró las manos entrelazadas de ambos-. Te has lastimado los nudillos.

-Y duele como el mismo diablo.

-¿En serio? En el momento en que le pegaste, no me pareció que te doliera. No me pareció que sintieras nada, aparte de una ira serena. Como si en realidad hubieras tenido que matar una mosca que te molestaba para volver a tu libro.

Él sonrió y se llevó una mano de Tory a los labios. -Como soy un Lavelle, debo mantener mi dignidad. -¡Tonterías! Dije que esa era la impresión que dabas, pero no era la verdad de lo que sentías. La realidad eran furia y disgusto y que disfrutaste dejándolo casi inconsciente. Lo sé -agregó suspirando-, porque eso era lo que yo sentía. Es un hombre muy desagradable y ahora buscará otra manera de dañarte. Pero te atacará por la espalda, porque te tiene miedo.

Y te advierto que lo digo por sentido común y una razonable comprensión de la naturaleza humana, no por obra y gracia de mis fabulosos poderes psíquicos.

-Clampett no me preocupa. -Le acarició la mejilla-. No permitas que te preocupe a ti.

-Ojalá pudiera. -Se puso de pie-. Ojalá pudiera preocuparme por él, para que eso me ocupara la mente. Por qué debo sentirme culpable?

'No lo sé, Tory. Por qué?

-Apenas conocí a Sherry Bellows. Pasé menos de una hora con ella. Lamento lo que le ha sucedido, pero eso no significa que deba involucrarme.

-No.

-No modificaría lo que le sucedió. Nada de lo que yo haga puede cambiar lo sucedido. Aun en el caso de que el jefe Russ simule que está abierto a cualquier cosa que yo pudiera hacer, en el

fondo será igual a los otros. ¿Por qué voy a involucrarme en el asunto, sólo para que se burlen de mí y no me tengan en cuenta? -Se volvió a mirarlo-. ¿No tienes nada que decir?

-Estoy esperando que te desahogues.

-Te crees muy inteligente, ¿verdad? Crees conocerme muy bien pero no me conoces! Yo no volví a Progress para enderezar entuertos ni para vengar a una amiga muerta. Volví para vivir mi vida y dirigir mi negocio.

-Está bien.

-No me digas que está bien con ese tono tan paciente, cuando la expresión de tus ojos me está diciendo que soy una mentirosa.

Como Tory comenzaba a jadear, Cade propuso: -Me quedaré contigo.

Ella lo miró un momento más y luego se lanzó a sus brazos. -¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!

-Ahora bajaremos y le diremos al jefe que me quedaré contigo.

Ella asintió, aferrada a él. Y aceptó la realidad de que después de que ella hubiera terminado en la casa de Sherry, era probable que Cade nunca quisiera volver a abrazarla.

-¿Necesita algo antes de que entremos?

Tory todavía luchaba por calmar sus nervios, pero miró a Carl D. sin pestañear.

-¿Como qué? ¿Una bola de cristal, por ejemplo? ¿O un mazo de cartas de tarot?

Él había entrado en la casa por la puerta del frente, como ella le pidió, y quitó la llave que cerraba por dentro la puerta que daba al patio, cortó el sello y salió al lugar donde ella lo esperaba con Cade.

Era menos probable que los vieran si entraban por atrás. Algo que el asesino también sabía.

Carl D. se echó atrás la gorra para rascarse la frente. -Creo que usted está un poco enfadada conmigo.

-Es que me obliga a hacer cosas que no me gusta hacer. Esto no me resultará agradable y es probable que usted no gane nada con ello.

-Señorita Tory, en la funeraria tengo a una jovencita, que tendría aproximadamente su edad, tendida sobre una mesa. El forense tendrá que cumplir con ella su trabajo. La familia de la muchacha llegará mañana por la mañana. Yo no diría que esto es agradable para nadie.

Tory lo reconoció asintiendo.

-Usted es más duro que lo que yo recordaba.

-Usted también es una mujer más dura. Supongo que ambos tenemos motivos.

Ella misma abrió la puerta y entró.

Se había preparado y se concentró ante todo en la luz. E luz de la habitación cuando él la encendió. Pasó largo rato antes de hablar. Un largo rato, mientras lo que quedaba en la habitación se deslizaba en su interior.

-Le gustaba la música. Le gustaba el bullicio. No le resultaba natural estar sola. Le gustaba que viniera gente a visitarla. Voces, movimiento. Todo eso le resultaba fascinante.

Le encantaba conversar.

En el teléfono había polvo de huellas dactilares. Tory ni siquiera notó que ese polvo le manchaba los dedos cuando los pasó por allí. ¿Quién era Sherry Bellows?

Era lo primero que debía saber.

-Las conversaciones eran como alimento para ella. Sin conversaciones, habría languidecido. Le gustaba averiguar cosas de la gente, escuchar a las personas cuando hablaban de sí misma; Era muy feliz aquí.

Se detuvo, pasó los dedos sobre marcos de fotografías, sobre el brazo de un sillón.

-La mayoría de la gente no tiene ganas de escuchar a los demás, pero ella sí. Sus preguntas no eran una manera de iniciar una conversación para luego hablar sobre sí misma.

Tenía muchos planes. Para ella enseñar era toda una aventura.

Pasó junto a Cade y Carl D. Aunque tenía conciencia de que estaban allí, le resultaban cada vez menos importantes, sus presencias cada vez menos reales.

-Le encantaba leer-dijo en voz baja mientras se encaminaba hacia un estante lleno de libros.

En su mente flotaban imágenes de una joven bonita que colocaba libros en el estante, que los sacaba y que se enroscaba con ellos en un sillón del patio con un perro grande y peludo roncando a sus pies. Le resultaba fácil armonizarse con esas imágenes, abrirse a ellas, convertirse en parte de ellas. Paladeó sal, patatas fritas sobre la lengua, y sintió un contento extraordinario.

-Pero esa no es más que otra manera de estar con gente. Una se desliza dentro del libro. Se convierte en un personaje, el personaje predilecto. Uno experimenta. El perro se sube al sofá o a la

cama con ella. Deja pelos por todas partes. Ella jura que podría tejer una chaqueta con todo el pelo que a él se le cae, ¡pero es tan dulce! Así que ella pasa la aspiradora casi todos los días. Y sube el volumen de la música para poder oírla a pesar del ruido de la aspiradora. La música pulsaba dentro de su cabeza. Fuerte, alegremente fuerte. Tory marcó el ritmo con un pie.

El señor Rice, el vecino de al lado, se quejaba de la música. pero ella le prepara unos canapés y se los lleva. ¡En este pueblo todo el mundo es tan bueno! Es justamente el lugar donde ella quiere vivir.

Se alejó del estante con libros. Tenía los ojos empañados, inexpresivos, pero sonreía.

El corazón de Cade dejó de latir un instante cuando la mirada de Tory pasó sobre él, a través de él.

Jerry, el pequeño de al lado, se vuelve loco por Mongo. Jerry es una delicia, y tan molesto como una chinche. Algún día ella querría tener un hijo igual a él, todo ojos y sonrisas y dedos pegajosos.

Tory se volvió en un círculo, los labios sonrientes, los ojos ciegos.

-A veces, por la tarde, después del colegio, salen juntos a correr, o él le arroja pelotas de tenis a Mongo. Es divertido sentarse en el patio y mirarlos. Jerry ya debe entrar, la madre lo llama para que haga sus tareas antes de comer. Mongo también está cansado, así que se dormirá fuera, en el patio. Ella quiere que suene la música, lo más fuerte posible, pero sin que moleste al señor Rice. Porque ella se siente muy feliz. Llena de esperanzas. Un vaso de vino blanco. No es un buen vino, pero ella no puede comprar un vino más caro. Sin embargo es bastante rico y ella puede beberlo a sorbos, escuchar la música y forjar planes. Se acercó a la puerta del patio y miró hacia fuera. En lugar de la oscuridad, vio un anochecer. El perro, tendido sobre el cemento como un agradable felpudo, ronca con suavidad.

-Ella tiene mucho en qué pensar, ¡tantos planes! Tanto que hacer. Se siente bien con respecto a todo y está impaciente por empezar. Quiere ofrecer una fiesta, tener la casa llena de gente, flirtear con ese veterinario tan espléndido y con el buen mozo de Cade Lavelle. ¡Vaya si había chicos apostados en Progress! Pero ya es hora de preparar la comida. Hay que darle de comer al perro. Beberá otro vaso de vino mientras lo prepara todo.

Pasó a la cocina tarareando la música que tenía en la cabeza Sheryl Crow.

-Una ensalada sabrosa y grande con más zanahoria de la necesaria, porque a Mongo le gustan. -Se inclinó a oír los dedos sobre la manija del armario y luego jadeó y se apartó. Instintivamente, Cade se le acercó, pero Carl D. lo detuvo, -¡No! -dijo en un susurro, como si estuviera en una iglesia-. Déjela.

-Él estaba allí. Justo allí. -Tory respiraba jadeante. Se llevó ambas manos al cuello.

Ella no lo oyó entrar. No alcanza a ver lo. Hay un cuchillo. Él tiene un cuchillo. ¡Oh Dios, oh Dios! Le pone una mano sobre la boca y aprieta.

Ella tiene el cuchillo apoyado contra el cuello. Ella tiene miedo. ¡Tanto miedo! Quiere gritar pero no gritará. No hará nada con tal que él no la lastime,

»La voz de él resuena junto al oído de ella, suave. Qué habrá hecho con Morzgo? ¿Lo habrá lastimado? Todo eso gira en la cabeza de ella. Esto no es real. ¡No puede ser real!

-¡Pero el cuchillo

es tan filoso! Él empuja y ella tiene miedo de tropezar y entonces el cuchillo...

Salió de la cocina arrastrando los pies, y cuando se tambaleó apoyó una mano contra la pared.

-Las persianas están bajadas. Nadie puede ver. Nadie puede ayudar. Quiere que ella esté en el dormitorio y ella sabe lo que hará. Si sólo pudiera alejarse, alejarse del cuchillo...

Al llegar a la puerta del dormitorio, Tory se quedó como petrificada. La asaltaron oleadas de náuseas.

-¡No puedo! ¡No puedo! -Se volvió hacia la pared, luchando por encontrarse a sí misma en medio de tanto temor y violencia-. ¡No quiero ver esto! Él la mató aquí.

-¿Por qué tengo que verlo?

-¡Ya basta! -Cade apartó la mano con que Carl D. intentaba contenerlo-. ¡Ya basta, maldita sea!

Pero cuando trató de tocar a Tory, ella se alejó.

-Está en mi cabeza. Nunca podrá sacármelo de la cabeza. ¡No me habléis! ¡No me toquéis! Se llevó las manos a la cara y permitió que todo volviera a clavarse en su interior.

-¡Ay! ¡Ay! Él la empuja y la hace caer sobre la cama, de cara sobre la frazada. Y está encima de ella. Ya tiene una erección y ella la siente, porque está apretándola.

Ella tiene un miedo salvaje. Un miedo inmenso, que la ahoga. Es algo caliente. El miedo quema.

Tory lanzó un gemido y cayó de rodillas junto a la cama. -Él pega. Con fuerza. En la nuca. El dolor es tan fuerte que la atonta. Él vuelve a pegar y la cara de ella explota.

Siente el gusto de la sangre. La propia sangre. La sangre tiene el mismo sabor

fue el terror. El mismo. Él le tironea los brazos y se los coloca a l,~ espalda. Es sólo otra capa de dolor.

Los tentáculos de ese dolor se deslizaron y se agruparon dentro de Tory enredados con un terror tan inmenso que tuvo la sensación de que toda esa masa le haría estallar el cerebro. Apretó la cara contra el costado del colchón, hincó en él los dedos.

-Está oscuro. El cuarto está oscuro y suena la música y el dolor es tan grande que ella ni siquiera puede pensar. Ella llora. Trata de suplicarle, pero él la ha amordazado. Vuelve a pegar y ella comienza a deslizarse hacia alguna parte. Semünconsciente, ella casi ni se da cuenta cuando él corta la ropa. El cuchillo rasguña, pero es peor, mucho peor que él use las manos sobre ella.

Tory se dobló sobre sí misma, se sujetó el vientre con las manos y comenzó a mecerse.

-Duele. Duele. Ella ni siquiera puede gritar cuando él la viola. Sólo puede esperar que pase, pero él sigue penetrándola y ella tiene que irse. Tiene que estar en alguna otra parte.

Tiene que irse.

Extenuada, Tory apoyó la cabeza contra el lado de la cama y cerró los ojos. Es como si me estuvieran ahogando, pensó. Como si me enterraran viva, así que la sangre resuena en mis oídos y el sudor que me cubre el cuerpo es frío. Malignamente frío.

Debió luchar para encontrar el camino de regreso al aire. Para volver a sí misma.

-Cuando terminó con ella, la estranguló con sus manos. Ella ya no podía luchar más. Gritó, o gritó él. No sé cuál. Pero él cortó la cuerda que le ataba las muñecas. La llevó consigo. No~quería dejar nada suyo detrás. Pero lo hizo. Como un río helado sobre vidrio. No puedo quedarme aquí. ¡Por favor, sáquenme de aquí! ¡Por favor, aléjenme de aquí!

-Está bien. -Cade se inclinó para tomarla entre sus brazos. Tory tenía la piel fría, cubierta de sudor-. Está bien, cariño. -Me siento mal. Aquí dentro no puedo respirar. -Apoyó la cabeza en el hombro de Cade y se desmayó.

Cade la llevó a su casa en coche. Durante el trayecto ella no habló ni se movió. Permaneció sentada como un fantasma, pálida y silenciosa mientras que el viento que entraba por las ventanillas abiertas le daba en el rostro.

La furia de Cade se desató contra Carl D. cuando este dijo que los seguiría. Pero Tory le pidió que se lo permitiera. Fue lo último que dijo. De manera que Cade no tenía en quién desaho, gar esa furia que crecía en su interior. Su silencio era como una herida, oscura y llena de violencia.

Estacionó frente a la Casa del Pantano y ella bajó de la camio, neta antes de que él tuviera tiempo de rodear el vehículo para ayudarla.

-No es necesario que hables con él. -La voz de Cade era cortante, su mirada gélida.

-Sí, tengo que hablar con él. No es posible haber visto eso y después no hacer nada.

-Posó la mirada extenuada sobre el coche de policía-. Él lo sabía y lo utilizó. Tú no tienes por qué quedarte.

-¡No seas tonta! -replicó Cade y se volvió a esperar a Carl D. mientras ella se encaminaba a la puerta-. Tenga cuidado con lo que dice. -Cade encaró al jefe de policía en cuanto este bajó del coche-. Tenga mucho, mucho cuidado con ella, o...

-Supongo que está usted angustiado.

-¿Angustiado? -Cade cogió a Carl D. por la camisa. Sintió que sería capaz de acabar con ese hombre de un sólo golpe--. Usted la hizo pasar por eso. Y yo también -dij o, dejando caer la mano, disgustado-. ¿Y para qué?

-No lo sé, todavía no. Pero yo también tengo que usar todo lo que tenga a mano. Y en este momento, lo que tengo a mano es Tory. Estoy tanteando el camino, Cade.

-Había pesar en su voz y en sus ojos algo más fuerte que su deber-. No quiero dañar a esa chica. Si eso lo hace sentir mejor, le aseguro que seré cuidadoso. Y probablemente, durante todo el resto de mi vida recordaré cómo estaba ella allí adentro.

-Yo también-dijo Cade. Se encaminaron a la casa.

Tory estaba preparando té, una mezcla de hierbas que esperaba le calmaría el estómago e impediría que le siguieran temblando las manos. No dijo nada cuando los dos hombres entraron, pero sacó una botella de whisky y la colocó sobre la encimes. Luego se sentó.

-Me vendría bien un trago de eso. Se supone que no debo beber estando de servicio, pero han sido circunstancias extenuantes.

Cade sacó dos vasos y sirvió dos whiskys dobles.

-Él entró por la puerta trasera -empezó Tory-. Usted ya lo sabe. Supongo que ya sabrá muchas cosas de las que voy a decir.

.Se lo agradezco. -Carl D. se sentó a la mesa-. Dígamelo simplemente como prefiera hacerlo y tómese su tiempo. . _Estaba sola en la casa. Bebió un par de vasos de vino. Se sentía bien, excitada, llena de esperanzas. Había puesto música. Cuando él entró, ella estaba en la cocina preparándose una ensalada y preparando la comida del perro. El la sujetó por detrás y utilizó el cuchillo que ella acababa de dejar al sacar la comida del perro.

Tory hablaba con una voz sin- inflexiones y con el rostro inexpresivo. Levantó la taza, bebió un sorbo de té y volvió a depositarla en el plato.

-No lo vio. Él permaneció a su espalda y mantuvo el cuchillo contra su cuello. Había cerrado las persianas que daban al patio. Creo que también les echó llave a las puertas, pero eso no tiene importancia. Ella no podía huir, el cuchillo la inmovilizaba.

-Tory se llevó una mano al cuello y trazó con los dedos el recorrido de la tráquea, como si la tuviera lastimada-. No sé qué le dijo él. Todo lo que ella sentía era mucho más fuerte que lo que sentía él. Él no la deseaba particularmente.

Sólo dejó furia, confusión y una especie de horrible orgullo. Sherry era una sustituta, un desahogo a mano para... una necesidad que él ni siquiera comprende. La llevó al dormitorio, la tendió boca abajo sobre la cama. Le pegó varias veces, en la cabeza, en la cara.

-Le ató las manos a la espalda fuertemente. Cerró las cortinas para que estuviera oscuro.

No quería que ella le viera la cara, pero principalmente porque él no quería ver el rostro de Sherry. Cuando la vio él ve otra cara. Utiliza el cuchillo para cortar la ropa. Lo hace con cuidado, pero a pesar de todo le rasguña la espalda y también la lastima cerca del hombro.

Carl D, asintió y bebió un largo sorbo de whisky.

-Así es. Tenía dos cortes superficiales y había marcas de ligaduras en sus muñecas, pero no encontramos ninguna soga. -La soga se la llevó consigo. Hasta ahora, nunca había hecho eso dentro de una casa. Siempre había sido al aire libre, y hay algo morboso en la nueva situación. Le produce placer pegarle. Le gusta dañar a las mujeres. Pero más que placer, le proporciona una especie de alivio, alivio a su avidez reprimida.

-Esa necesidad de demostrar que es un hombre. Es hombre cuando logra que una mujer se doblegue ante su voluntad. Mientras la viola se siente más fuerte que en cualquier otro momento. Él reafirma así su virilidad, y sólo puede hacerlo de esta manera.

Tratar de verlo, de arrastrarse a su interior, le provocaba dolor de cabeza. Se frotó la sien. Trató de ir más a fondo.

-Para él es una cuestión enteramente sexual y cree que ella ha sido hecha para ser tomada, para ser dominada. Está convencido de ello y sin embargo es cuidadoso.

Usa preservativo. ~ Cómo saber con quién se ha acostado esa mujer?

-Es una puta, lo mismo que todas las demás. Un hombre debe cuidarse.

-Usted dijo que no quería dejar nada de sí mismo.

-Sí, no dejará su semilla en el interior de esa mujer. Ella no lo merece. Yo... esto no es lo que él me transmite. Casi no siento nada de él. -Se masajeó la sien que le latía-.

Hay caminos sin salida. Vueltas en su interior. No sé cómo explicarlo.

-Así está bien -dijo Carl D.-.Siga.

-No se trata de un acto de procreación o placer, sino de castigo para ella y de egocentrismo para él. Durante el acto, para él ella deja de existir. No es nada, de manera que le resulta fácil matarla. Cuando todo termina, está orgulloso pero también enfadado. Nunca es exactamente lo que él espera que sea, nunca lo purga completamente. La culpa es de ella, por supuesto. La vez siguiente será mejor. Corta la soga, apaga la música y la deja en la oscuridad.

-- Quién es él?

-No le veo la cara. Alcanzo a ver algunos de sus pensamientos, algunas de sus emociones más desesperadas, pero no a él. -¿Él la conocía?

-La había visto, creo que le había hablado. La conocía bastante como para saber que tenía un~ perro. -Tory cerró los ojos y trató de concentrarse más-. Drogó al perro. Creo que drogó al perro. Todo era muy arriesgado y eso aumentaba su excitación.

Alguien pudo haberlo visto. Las otras veces no había nadie que pudiera verlo.

-¿Qué otras veces?

-La primera fue Hope. -Se le quebró la voz. Volvió a levantar la taza de té para tranquilizarse-. Después me enteré de que hubo otras cuatro. Una amiga mía se encargó de averiguar

lo. Cinco casos a lo largo de los últimos dieciocho años, todas asesinadas a fines de agosto, todas jóvenes y rubias. Cada una de ellas tenía la edad que, de haber vivido, hubiera tenido Hope en ese momento. Creo que Sherry era menor, pero no era la que él quería.

-¿Un asesino en serie? ¿A lo largo de dieciocho años?

_Lo puede verificar con el FBL -Entonces miró a Cade por primera vez desde que se habían sentado-. Sigue matando a Hope una y otra vez. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Se puso de pie y, mientras la llevaba a la piletta, su taza no dejó de entrecrocarse con el platillo.

.Me temo que podría ser mi padre.

-¿Qué dices? -Cade la miró a los ojos-. ¿Por qué crees eso?

-Él... cuando me lastimaba, se excitaba. -La vergüenza la embargó--- Nunca me tocó en un sentido sexual, pero le excitaba lastimarme. Pensándolo retrospectivamente, no estoy segura de que no conociera mis planes de encontrarme con Hope esa noche. Cuando aquella noche llegó a casa a cenar, estaba de buen humor, algo muy poco frecuente. Fue como si estuviera esperando que yo cometiera un error para poder saltarme encima. Cuando lo cometí, cuando le dije a mi madre que encontraría la cera en el estante superior del armario, me tuvo a su merced. ¡Qué error más tonto cometí! No siempre me pegaba tanto, pero esa noche...

Cuando terminó conmigo, sabía que yo no saldría a ninguna parte.

Volvió a la mesa.

-Sherry estaba ayer en la tienda cuando él llegó. Le hizo preguntas acerca del perro y ella acababa de llenar una solicitud de trabajo. Yo tenía el papel sobre el mostrador. Allí figuraban su nombre, dirección y teléfono. Él estaba muy seguro de mí, seguro de que no le diría a nadie que lo había visto. No sabía que yo recurriría a la policía. Pero no podía estar seguro de ella.

-¿Cree que Hannibal Bodeen mató a Sherry Bellows porque ella lo vio?

-Hubiera sido su excusa, su justificativo por lo que quería hacer. Yo sólo sé que es capaz de hacerlo... No puedo seguir. Lo lamento. No me siento bien.

Se dirigió al cuarto de baño.

Ya no podía seguir luchando contra el malestar. Vomitó y luego se tendió en el suelo, y esperó que se le pasara la debilidad. El silencio parecía resonar en sus oídos, junto con los latidos de su propio corazón.

Cuando pudo, se puso de pie y abrió el agua caliente de la ducha. Estaba helada hasta los huesos. Tenía la sensación de que nada lograría calentarla, pero el agua la ayudó a imaginar que todo aquello se lavaba y desaparecía, si no de su mente por lo menos de su piel.

Ya más compuesta, se envolvió en una toalla, tomó dos aspirinas y salió dispuesta a acostarse y perderse en el sueño.

Cade estaba de pie junto a la ventana, mirando el paisaje bañado por la luna. No había encendido las luces, de manera que el resplandor plateado destacaba su silueta. Más allá de la puerta

mosquitera, Tory alcanzó a oír los ruidos de la noche, la música del pantano.

-Creí que te habrías ido. -Se acercó al armario a buscar su bata.

Él no se volvió. --Te sientes mejor? -Sí, estoy bien.

-No lo creo. Sólo quiero saber si estás un poco mejor. -Sí. -Se cerró la bata con un ademán decidido-. Estoy mejor. Gracias. No tienes obligación de quedarte, Cade. Yo sé lo que debo hacer por mí misma.

-Me alegro. -Se volvió pero su rostro seguía en las sombras. Ella no alcanzaba a leer su expresión, se negaba a tratar de ver algo más-. Dime qué puedo hacer por ti.

-Nada. Te agradezco que hayas estado conmigo y que me hayas traído a casa. Es más de lo que tenías que hacer, más de lo que se puede esperar de nadie.

-¿Y ahora debo dar marcha atrás? ¿Esperas q~te me vaya, que te deje en paz, que me aleje hasta una distancia cómoda? ¿Cómoda para quién? ¿Para ti o para mí?

-Para los dos, supongo.

-¿Tan poca cosa me crees? ¿Tan poca cosa nos crees a los dos?

-Estoy terriblemente cansada. -Le tembló la voz-. Y seguro que tú también lo estás. No debió de ser agradable para ti. Cade se adelantó y ella vio lo que sabía que vería. Enojo, oscuras oleadas de enojo. Así que cerró los ojos.

-¡Por amor de Dios, Tory! -Le pasó la mano por la mejilla y por la masa enredada y húmeda del pelo-. ¿Todo el mundo te ha fallado siempre?

Ella no habló, no podía. Una lágrima se le deslizó por la mejilla y quedó, brillante, sobre el pulgar de Cade. Ella lo siguió dócilmente cuando él la condujo a la cama y la sentó sobre sus rodillas.

-Descansa -murmuró-. i'lo no iré a ninguna parte.

Ella apretó el rostro contra su hombro. Allí encontraba consuelo y fuerza y, sobre todo, la solidez que nadie le había ofrecido jamás. Él no hacía preguntas, así que ella tampoco las haría. En cambio, se acurrucó contra él y acercó la boca hacia la suya. -Por favor, tócame. Necesito sentir.

Con muchísima suavidad, él le pasó la mano por el cuerpo. podía ofrecerle el bienestar de su cuerpo, tomar su bienestar del de ella. Temblando, Tory acercó más la boca a la de Cade, y comenzó a sentir que la invadía la calidez.

Con lentitud, él soltó el cinturón de la bata y se la quitó. Le apoyó una mano sobre el corazón. Latía frenéticamente y Tory todavía respiraba entre sollozos que intentaba contener.

-Piensa en mí -murmuró Cade, tendiéndola en la cama-. Mírame.

Le besó el cuello, los hombros, y ella levantó los brazos para desabotonarle la camisa.

-Necesito sentir-repitó Tory-. Necesito sentirte. -Apoyó las manos contra el pecho de Cade-. Tú eres cálido. Eres real. Conviérteme en un ser real, Cade.

Cuando Cade volvió a apoyar la boca sobre la de ella, Tory se hundió profundamente en la ternura de ese beso, en esa bondad que borraba el horror que acababa de ver. Primero llegó la tranquilidad, la comprensión de que ese contacto, ese encuentro de cuerpos, no tenía ninguna relación con el dolor ni con el miedo.

La boca de Cade sobre sus pechos, esa boca que se alimentaba, que la excitaba, aceleró el latir de su sangre. Las manos de Cade, fuertes, pacientes, lavaron su mente de todo lo que no fuera esa necesidad de unión.

Suspiró su nombre mientras él empezaba a poseerla.

Estaba húmeda y abierta, se alzaba hacia él, se deslizaba contra él. Cade volvió a encontrar la boca de Tory y luego permitió que ella marcara el ritmo. Ella se colocó a horcajadas sobre él, con el pelo mojado resplandeciendo sobre los hombros. Tenía el rostro enrojecido de vida, húmedo de lágrimas. Lo tomó y lo introdujo dentro de su cuerpo, jadeante, y al comenzar a moverse, enlazó los dedos con los de Cade.

En ese momento en el mundo de Cade no había más que ella, lo rodeaba el calor de Tory, el alzarse y bajar de sus caderas. El humo oscuro de sus ojos permanecía fijo en los suyos cuando su respiración empezó a rasgarse.

Él se dio cuenta de que alcanzaba el clímax, observó la fuerza que la recorría.

-¡Dios! -Tory se llevó al pecho las manos de ambos-, Más... Tócame, tócame, tócame...

Cade le cogió los pechos entre las manos, se irguió y los tomó con la boca para que ella se arqueara hacia atrás. Cuando Tory le aferró el pelo, la penetró más hondo. La llenó, la hizo suya,

Permanecieron unidos hasta que él cambió de posición para tenderse junto a ella.

-Ahora deberías dormir -murmuró Cade. -Tengo miedo de dormir.

-Yo estaré aquí, a tu lado. ~ -Creí que te irías.

-Lo sé.

-Estabas tan enojado que creí... -No; necesitaba un minuto más. El coraje no llegaba sin esfuerzo-. ¿Me traerías un vaso de agua?

Cade se levantó y se puso los tejanos antes de ir a la cocina. Tory lo oyó abrir el armario en busca de un vaso, volver a cerrarlo. Y cuando él regresó estaba sentada en un lado de la cama, con la bata puesta.

-Gracias.

-¿Siempre sientes malestar después de esas experiencias? -No. -Apretó el vaso con fuerza-

Nunca había liPcho nada como... Todavía no puedo hablar de eso. Pero necesito hablar. Necesito cantarte algo más. Se refiere al tiempo en que estuve en Nueva York.

-Ya sé lo que sucedió. No fue por culpa tuya.

-Sólo conoces parte de la historia. Lo que oíste en los noticieros. Quiero explicártelo.

Al ver que volvía a ponerse tensa, Cade le pasó los dedos por el pelo.

-En esa época tu peinado era distinto. Tenías el pelo más claro y más corto.

Ella consiguió sonreír.

-Un intento de encontrar una nueva personalidad. -Me gustas más así.

-Cambié mucho más que el corte y el color del pelo cuando estuve en Nueva York. Cuando huí a Nueva York sólo tenía dieciocho años. Estaba aterrorizada, pero exultarte. No P°drían hacerme volver, y aun en caso de que él me siguiera, no podría obligarme a nada. Era libre. Tenía un poco de diner° ahorrado. Siempre supe ahorrar dinero, y abuela me dio dos mil

dólares. Supongo que eso me salvó la vida. Pude comprar un pegP dó erecordar, volved a sentirT~Il júbilo de . E ar d pie en aquella pequeñísima vivienda, de rodearse el cuerpo con los brazos mientras miraba por la ventana el lado de ladrillos del edificio vecino. Alcanzaba a oír el ruido de la calle mientras Nueva York se preparaba para el trájín del día. Recordaba la felicidad completa de ser libre.

-Conseguí trabajo en una tienda de regalos, vendí muchos pisapapeles que imitaban el Empire State y una enormidad de camisetas. Después de un par de meses, encontré un trabajo mejor en una elegante casa de regalos. Tenía que hacer un trayecto mayor para llegar, pero el sueldo era mejor y era muy agradable estar rodeada de cosas bonitas. Yo era una buena vendedora.

-No lo dudo.

-¡El primer año fui tan feliz! Me ascendieron a subencargada e hice algunos amigos. Me invitaban a salir. Era todo tan agradable y normal. Durante largas etapas olvidaba que n.o siempre había vivido allí, luego alguien hacía un comentario sobre mi acento y eso me traía de vuelta a Progress. Pero estaba bien. Había logrado escapar. Estaba exactamente donde quería estar, era la persona que quería ser. -Entonces miró a Cade-. No pensaba en Hope. No me permitía pensar en ella.

-Tenías derecho a vivir tu propia vida, Tory.

-Era lo que me decía. Dios es testigo de qué"éra lo que más quería en el mundo. Mi propia vida. Durante ese tiempo había vuelto a ver a mis padres, en parte por obligación. Y también en parte porque cuando uno está lejos nada parece tan malo como en realidad es. Supongo que creí que, dado que me sentía tan... normal, podía mantener también con ellos una relación normal. -Hizo una pausa, y cerró los ojos-. Pero sobre todo volví a verlos porque quería demostrarles lo que, a pesar de ellos, había logrado hacer de mí misma. Miradme. Tengo buena ropa, un buen trabajo, una vida feliz. -Lanzó una débil carcajada-. Pero fracasé en los tres niveles.

-No; fracasaron ellos.

-No tiene importancia. Supongo que después de la visita, cuando volví a Nueva York, estaba un poco desequilibrada. Y un día, no mucho después, al salir del trabajo fui al mercado. ComPe°e la bolsa a casa y empecé a aguardar t do~~eMiró el agua clara en un

vaso claro-. Estaba de pie en mi pequeña cocina, con la nevera abierta y un cartón de leche en la mano. Un cartón de leche -repitió con apenas un susurro-. En el lado del cartón vi la fotografía de una pequeña. Karen Anne Wilcox, de cuatro años. Desaparecida. Pero yo no estaba viendo la fotografía, la veía a ella. A la pequeña Karen, sólo que no tenía el pelo rubio, como en la fotografía. Era castaño y muy corto, casi como el de un varón. Estaba sentada sola en un cuarto, jugando con muñecas. Era febrero, pero yo alcanzaba a ver el cielo por la ventana de la habitación donde ella estaba. Un bonito cielo azul, y oí el sonido de agua. El mar. Bueno, Karen Anne está en Florida, pensé. Está en la playa. Y cuando volví en mí, el cartón de leche estaba en el suelo y la leche se derramaba. Volvió a beber un poco de agua.

-¡Estaba tan enojada! ¿Qué tenía yo que ver con todo eso? No conocía a la niña, ni a sus padres. No quería conocerlos. ¿Cómo se atrevían a meterse en mi vida?

-¿Por qué debía involucrarme? Y entonces pensé en Hope.

Se puso de pie y se acercó a la ventana.

-No podía dejar de pensar en ella, en la niña. Fui a la policía. Creyeron que yo era una loca más, elevaron los ojos al techo mientras me hablaban muy despacio, como si además de loca fuera tonta. Me sentí avergonzada y furiosa, pero no podía sacarme a Karen de la cabeza. Mientras dos detectives me entrevistaban, perdí la paciencia.

-Le dije algo a uno de ellos, algo como que si no tuviera un criterio tan estrecho, escucharía en lugar de preocuparse por lo que le iba a cobrar el mecánico por repararle el coche.

»Eso les llamó la atención. Resulta que el mayor de ellos, el detective Michaels, tenía el coche en el taller. Todavía no me creían, pero yo les preocupaba. La entrevista se convirtió en un

interrogatorio. Me taladraron a preguntas y yo tenía los nervios deshechos. El más joven, que supongo jugaba a ser el policía bueno, salió a buscarme una coca-cola. Volvió con una bolsa de plástico. Una de esas bolsas que usan para recoger pruebas. Dentro había mitones. Mitones de un rojo rabioso. Los habían encontrado en el suelo de Macy's, donde secuestraron a la pequeña Karen mientras su madre hacía compras. Por Navidad. Faltaba desde diciembre.

-Y el policía arrojó los mitones sobre la mesa, como un desafío.

Tory recordaba los ojos de Jack, la dureza de su mirada.

.Yo estaba enojada y avergonzada. Pero cogí la bolsa y vi a la niña con mucha claridad, vestida con su suéter colorado. Estaba rodeada por una multitud de gente que trataba de comprar

lo que decidiera comprar. Pero se alejó a su hija y esta se alejó unos metros. Entonces se le acercó una mujer y la alzó. La aferró contra su cuerpo y se encaminó directamente a la puerta. Nadie le prestó atención.

-Todo el mundo estaba ocupado. Le dijo a Karen que se quedara quieta y en silencio porque la iba a llevar a ver a Papá Noel y se alejó muy rápido por la avenida donde la esperaba un coche.

-Un Chevrolet blanco con el guardabarros derecho abollado y matrícula de Nueva York. Suspiró y meneó la cabeza.

-Hasta pude darles el número de la matrícula. ¡Dios, estaba todo tan claro!

Yo alcanzaba a sentir el viento que azotaba la calle. Les conté todo, describí el aspecto que tenía la mujer una vez se sacó la peluca negra.

-Tenía pelo castaño claro y ojos celestes y era muy delgada. En la tienda llevaba un abrigo muy grande con relleno.

Tory miró a Cade, que estaba sentado en la cama mirándola, escuchando.

-Hacía semanas que lo planeaba. Quería tener una niña, una niña bonita, y eligió a Karen cuando un día la vio con su madre que la llevaba al jardín de infancia. Así que la secuestró y eso fue todo. Y ella y el marido se encaminaron a Florida. Le cortaron el pelo a Karen, se lo tiñeron y no le permitían salir.

-Decían que era varón y que se llamaba Robbie. -Parpadeó y se volvió-. La encontraron. Demoraron un poco porque no supe decirles exactamente dónde estaba. Pero trabajaron en

combinación con la policía de Florida y en un par de semanas la encontraron en una caravana en Fort Lauderdale. Los secuestradores no le hicieron daño.

- Le compraron juguetes y la alimentaron. Estaban convencidos de que ella olvidaría. La gente cree que los chicos olvidan, pero no es así.

Suspiró. Fuera, una lechuza comenzó a emitir notas largas que resonaban en el pantano.

-Así que para mí, Karen fue la primera. Sus padres me fuer^{on} a visitar para darme las gracias. Lloraron. Yo pensé: tal vez este sea un don. Tal vez mi destino sea ayudar así a la gente. Y comencé a abrirme a eso a explotarlo y hasta a celebrarlo.

-Leí todo lo que pude sobre el tema. Me sometí a tests. Y empecé a salir con Jack, con el detective Jack Krentz, el más joven de los dos policías que investigaron el secuestro.

Me enamoré de él.

Cogió el vaso y lo vació.

-Después de Karen hubo otros. Estaba locamente enamora_ da de un hombre que supuse que me quería y me consideraba una especie de socia. De vez en cuando traía algo a casa y me pedía

que lo sostuviera. Me gustaba poder ayudarlo en su trabajo. Lo hacíamos en privado. Yo no quería que se me diera crédito por lo que hacía, y tampoco me interesaba ser famosa. Pero se llegó a conocer el trabajo que hacía para encontrar a niños perdidos, así que comencé a recibir agradecimientos. Y junto con eso, empecé a recibir cartas, llamadas, y esa clase de súplicas que obsesionan noche y día. Pero a pesar de todo quería ayudar.

Dejó el vaso y se acercó a la ventana.

-No me di cuenta de la manera en que Jack empezaba a estudiarme. Con su mirada tan fría. Yo creí que sólo era su manera de ser. Era el primer hombre con quien había estado y estuvimos juntos, fuimos amantes, durante más de un año antes de que todo empezara a derrumbarse.

»Él salía con otra. La llevaba en la cabeza y ;ro olía su perfume en los sentidos cada vez que se me acercaba. Me sentí traicionada y furiosa y lo enfrenté. Bueno, él se mostró más traicionada, más furioso y mucho más capaz que yo para enfrentar ese tipo de situación. Yo había espiado sus pensamientos. ¿Cómo iba a mantener una relación con una mujer incapaz de respetar su intimidad; una mujer que invadía su mente?

-Consiguió hacerte sentir culpable. Él te engañaba y eras tú la culpable. -Cada meneó la cabeza-. Supongo que no te afectó?

-Todavía no había cumplido veintidós años. Jack era mi primer amante, y estaba enamorada de él. No obstante, había espiado sus pensamientos. Así que asumí la culpa, pero eso no bas

tó. Jack empezó a acusarme de tratar de llevarme todo el mérito por el duro trabajo que él hacía en sus casos policiales. Lo que había sentido por mí al principio se convirtió en algo distinto, algo que nos hacía mal a los dos. Y cuando las cosas se desmoronaban se presentó el caso de Jonah Mansfield.

Tory se llevó las manos al pecho y cerró los ojos un instante. -Todavía me destroza el corazón. Jonah tenía ocho años y había sido secuestrado por la ex ama de llaves de sus padres. Había un pedido de rescate de dos millones de dólares. Jack fue asignado al caso, pero él no me lo trajo. Me lo trajeron los Mansfield.

Me pidieron ayuda y yo les dije todo lo que pude. El chico estaba cautivo en una especie de sótano. No sabía si se trataba de una casa o un edificio de apartamentos, pero sí que se encontraba del otro lado del río.

Jack se puso furioso porque yo había actuado a espaldas suyas. No me quiso escuchar. Los secuestradores no habían dañado al chico y estaban dispuestos a devolverlo si se pagaba el rescate.

¿Estaba yo dispuesta a arriesgar la vida de un chico con tal de demostrar lo maravillosa que era? Eso fue lo que me preguntó, y había logrado erosionar tanto mi confianza que no lo supe con seguridad.

-Dejó escapar un suspiro tembloroso-. Todavía no sé con seguridad cuál era la respuesta a esa pregunta. Pero podía ver al chico y veía a la mujer. Estaba dispuesta a liberarlo. Para

ella no era más que una cuestión de dinero y de venganza contra los Mansfield por haberla despedido. Les dije que trataba bien a su hijo.

Jonah estaba asustado, pero se repondría de eso. Les aconsejé que pagaran el rescate, que hicieran lo que la mujer exigía y que recuperarían sano y salvo a su hijo. En realidad, era lo mismo que la policía quería. Pero lo que no vi, lo que no vi porque estaba tan destrozada por Jack, fue que los cómplices de la mujer no tenían la cabeza tan fría como ella. -Se le quebró la voz. ¡Ah, sí! pensó. Todavía me rompe el corazón-.

- Le dije a Jack que había dos hombres, pero la investigación indicaba que sólo había uno. La mujer y un cómplice. Y~o los confundía, me interponía en el camino de la ley. Y cuanto se pagó el rescate, los secuestradores hicieron lo que desde el primer momento pensaban hacer y que yo no vi: mataron a Jonah y a la mujer.
- Respiró hondo-. No me enteré hasta que lo oí en los noticieros, hasta que los reporteros comenzaron a llamarme. Yo me había retirado para ensimismarme en mi propia miseria porque Jack ya no me quería.

»No sé cómo supusieron que escaparían. Tenían una furgoneta y, por lo visto, pensaban marcharse tranquilamente. Pero en realidad no habían planeado nada. Fue la mujer quien lo planeó

todo, quien calculó los pasos que iban dando. Pero no quisieran compartir el botín con ella. Supusieron que sencillamente se marcharían rumbo al oeste, pero la policía le siguió el rastro al dinero y los esperaba.

Acribillaron a dos oficiales y uno de los secuestradores resultó con heridas mortales. Yo no había visto nada de eso. Así pues, el resultado de lo que les aconsejé a los padres fue la muerte del chico

-No, la muerte del chico fue el resultado del secuestro. Las circunstancias, la codicia, el miedo.

-Yo no podría haberlo salvado. He aprendido a vivir con eso. Lo mismo que he aprendido a vivir sin haber podido salvar a Hope. Pero me destrozó. Pasé semanas internada en un hospital,

años haciendo terapia, pero nunca me repuse del todo. Parte de la culpa fue mía, Cade, porque estaba tan turbada, tan enloquecida por lo de Jack que no pude enfocar bien el problema, no le presté bastante atención. Mi vida se desmoronaba y yo estaba desesperada por conseguir que él no me dejase.

- No culpé a Jack, ni siquiera cuando me denunció, cuando manchó mi nombre ante la prensa. Durante mucho tiempo no le culpé de nada. Y parte de mí todavía no lo culpa.

-A él le preocupaba más su propia persona que tú. Se preocupaba más por sí mismo que por ese niño.

-No lo sé. Fue una época muy difícil. Nuestra relación lo hacía infeliz y me tenía desconfianza.

-Así que te dejó tirada y pendiendo de una sogas que él ayudó a tensar. ¿Es eso lo que esperas de mí, Tory?

-Era lo que esperaba de ti -contestó ella-. Llegado a este punto, no sé qué esperar de ti. Sólo quiero que me comprendas. -Él no estaba enamorado de ti. Yo sí lo estoy.

Ella lanzó un sonido, parte jadeo, parte sollozo, pero per...~aneció inmóvil.

-Bien. -Cade se puso de pie-. ¿Qué piensas hacer al respecto?

-Yo... -Se le cerró la garganta. Al mirarlo comprendió que no era miedo. No era miedo lo que sentía sino esperanza. Y volando sobre esa esperanza, se echó en brazos de Cade.

A pesar de lo horrible que era un asesinato, no dejaba de ser interesante. A una noche de distancia, más parecía una película que algo de la vida real. Faith no estaba dispuesta a permanecer encerrada en Beaux Réves cuando podía andar por el pueblo y estar en el centro de los acontecimientos.

Lilah adivinó sus pensamientos, por supuesto, y la llenó de recados. Si Faith tenía intenciones de enterarse de los cotilleos, al mismo tiempo podía ser útil, le dijo al entregarle

la lista. Y cuando volviera, no debía olvidarse de informarle hasta el último detalle. Por el pueblo circulaban chismes más que suficientes.

En la farmacia apostaban que el asesino era un novio de Sherry, un hombre que llegó al pueblo con intenciones de convencerla de que volviera con él y que enloqueció al ser rechazado. Después de todo sólo hacía unas semanas que Sherry estaba en Progress.

-Una chica joven y bonita como ella debía de haber desado un novio o dos en su pueblo natal. En la oficina de correos no dudaban de que el asesino era el amante secreto de Sherry Y que el sexo entre ambos había llegado al descontrol.

-Nadie nombraba un candidato probable para el papel de amante secreto> pero en las ventanillas de compra de estampillas y de envío de cartas certificadas todos coincidían en que ese amante debía existir

~. Una mujer con el cuerpo de Sherry debía tener un amante.

Y lo más probable era que fuese un hombre casado, porque, en caso contrario, por qué nadie estaba enterado de su existencia? Esto los llevaba a suponer que Sherry amenazó con contárselo todo a la esposa y que la discusión acabó en violencia.

Los que avalaban esa teoría colocaban en la lista de sospecho, sos a todos los hombres casados de entre veinte y sesenta años y se inclinaban hacia algún profesor o administrativo del instituto de Progress.

Pero Faith recordaba lo que le dijo Tory mientras ambas estaban sentadas en la hierba frente a la casa de Sherry. Y recordaba a Hope.

No perdería nada con pasar por Confort Sureño para enterar, se de lo que Tory sabía sobre la situación.

Primero se detuvo en el supermercado y contempló las bananas. A pocos pasos de distancia, Maxime cargaba una bolsa de manzanas.

-Faith se acercó un poco y cogió un puñado de bananas al azar.

-¡Hola, Maxime! ¿Estás bien?

Maxime meneó la cabeza y parpadeó para contener las lágrimas.

-Sencillamente no puedo funcionar. Estoy tan triste que Wade me dio el día libre, pero no pude quedarme en casa. -¡Maxime, querida!

Faith maldijo su mala estrella cuando vio que Boots Mooney se les acercaba con su carrito.

No tenía ganas de volver a enredarse en una conversación con la madre de Wade.

Los tres carritos chocaron. Boots emitió sonidos arrulladores y le alcanzó un pañuelo a Maxime.

-No puedo sacármelo de la cabeza. -Maxime se enjugó los ojos-.

Le dije a mamá que haría las compras y ahora no puedo ni siquiera pensar.

Boots asintió.

-Supongo que estamos todos angustiados por la pobre Sherry Bellows.

-Es que no sé cómo pudo suceder. No lo comprendo. Se supone que aquí no debía suceder algo así.

-Lo sé. Pero no debes asustarte. -Comprensiva, Faith frotó el hombro de Maxime-.

- La mayoría de la gente cree que fue un novio que se volvió loco.

-Sherry no tenía novio. -Maxime buscó algo en el bolsillo y sacó un pañuelo de papel-. No salía con nadie, pero le intere' Baba Wade.

-¿Wade? -Faith se quedó petrificada. Por sobre la gabeta inclinada de Maxime, su mirada se encontró con la de Boots.

-Le gustaba ir a la clínica a flirtear con él. Y empezó a tratar de sonsacarme información sobre él. Sin malas intenciones, por supuesto -agregó-, sino de una manera amistosa. Preguntaba si estaba casado, si salía con alguien, esa clase de cosas.

Faith dejó caer su mano consoladora. -Comprendo.

-¡Es que Wade es tan buen mozo!

-Hace un tiempo hasta yo me entusiasmé con él, así que no podía culparla. -En ese momento Maxime recordó con quien estaba hablando, se ruborizó y miró a Boots-. Le pido disculpas, señora Boots. Wade nunca...

-¡Por supuesto que no! -exclamó Boots palmeando la espalda de Maxime-.

-Yo diría que una jovencita no es normal si en algún momento no se enamora un poco de mi Wade. -Volvió a mirar a Faith y entrecerró los ojos-. Es una hombre maravilloso.

-Sí, señora, lo es. No se puede culpar a Sherry de haberle echado el ojo.

¡Bueno!, pensó Faith. En realidad era imposible negarlo. -Sherry y yo llegamos a ser amigas -siguió Maxime, reconfortada por la mirada de dos pares de ojos comprensivos-. A veces me ayudaba a estudiar, y pensábamos salir a divertirnos cuando terminara el semestre. Planeábamos ir a Charleston.

Ella siempre decía que en este momento estaba privada de compañía masculina, pero tenía esperanzas de volver a salir con alguien. -Maxime se volvió a enjugar los ojos-.

Quería casarse y formar una familia. Hablábamos de eso.

-Lo siento -contestó Boots-. Ignoraba que fuerais tan amigas.

-¡Es que Sherry era tan agradable! Y era inteligente y teníamos muchas cosas en común. Lo mismo que yo, trabajó mientras estudiaba en la universidad. Conversábamos sobre ropa, sobre muchachos, sobre cualquier cosa. A las dos nos encantaban los perros. No sé lo que le sucederá ahora a su pobre Mongo. A mí me gustaría tenerlo, pero no puedo.

-No te preocupes, Maxime.

-En ese momento el radar de Faith funcionaba suficientemente bien para percibir que los demás clientes del mercado trataban de oír algo de lo que decían-.

Wade le encontrará una buena casa a Mongo. Y el jefe Russ descubrirá al asesino.

-¡Es que me siento tan mal! Ayer mismo, Sherry estaba feliz y contenta. Almorzamos juntas en el parque. Iba a trabajar en la nueva tienda de Tory Bodeen.

Por lo menos eso era lo que esperaba.

Y estaba forjando muchos planes. Tan llena de vida un minuto, y al siguiente...

Estoy muy triste.

-Te comprendo -dijo Faith-. Deberías volver a tu casa, ¿Quieres que te lleve?

-No, gracias, no. Creo que volveré caminando. A cada rato espero verla acercarse por la calle con Mongo. Lo espero todo el tiempo -murmuró Maxime y, enjugándose las lágrimas, se encaminó hacia la salida.

-Lo sé -dijo Faith en voz baja, y se volvió. No sabía explicar cuánto peor era volver a ver a los muertos cada vez que una se miraba en el espejo.

-Ten. -Boots le entregó un segundo pañuelo.

-Veo que viene preparada. -Enojada consigo misma, Faith lo aceptó para impedir que las lágrimas le estropearan el maquillaje.

-Estoy angustiada por esa chica, y eso que apenas la conocí. -Boots comenzó a elegir manzanas para que Faith tuviera tiempo de recuperarse-. Yo también salí hoy porque en casa no podía pensar más que en ella.

¡Pobre Maxime! Es muy duro para ella. Fue muy bondadoso que te ofrecieras a llevarla a su caga. -Me habría evitado tener que hacer compras en el mercado. Boots apoyó la mano sobre el brazo de Faith para que ella la mirara.

-Fuiste muy bondadosa-repitió-. Me alegra ver bondad en la mujer de quien está enamorado mi hijo. Y también ver tu pequeño relámpago de celos.

-En definitiva, me alegra haber decidido que J.R. y yo romperíamos hoy nuestro régimen y que prepararía tarta de manzanas.

-Dales recuerdos a tu madre y a Lilah. Boots se alejó con sus manzanas y Faith se quedó mirándola con el entrecejo fruncido.

-Qué astuta es usted, a pesar de todos sus aleteos. ¿Verdad, señora Boots?

-murmuró-. ¡Muy astuta!

Irritada, empujó su carrito por las góndolas, llenándolo con las cosas encargadas por Lilah y deseando no haber puesto sus pies en aquel maldito supermercado.

Tuvo celos. ¡Maldita sea! ¿Wade también habría flirteado con Sherry? Frunció el entrecejo ante los paquetes de mantequilla. ¡Por supuesto que debía de haber flirteado con ella!

Era hombre.

Muy posiblemente debió de considerar la alternativa de hacer más que flirtear con ella.

-¡Qué caradura! ¿Cuántas veces habría imaginado a Sherry desnuda y entonces...?

¡Santo Dios! ¿Qué estaba haciendo? ¿Poniéndose frenética de celos con respecto a Wade y una muerta? ¿Hasta qué punto podía llegar a ser mezquina y superficial?

¿Hasta qué punto podía ser horrible?

-¿Faith?

-¿Qué? -respondió de mal modo mientras giraba con un paquete de fideos en una mano y una expresión asesina.

Dwight alzó una mano, como pidiendo paz. -¡Vale! Lo siento.

-No; lo siento yo. Estaba pensando en otra cosa. -Haciendo un esfuerzo esbozó una sonrisa y se inclinó hacia el pequeño-. ¡Qué chico tan buen mozo!

-¿Así que hoy tú y tu papá os encargáis de hacer las compras?

Luke le tendió una caja de galletas.

-Galletas ricas -anunció con la cara manchada de chocolate.

-Ya veo.

-Mi mujer me matará si no lo limpio antes de llegar a casa -dijo el padre. .

-Las caras se lavan. -Pero Faith se río, volvió estratégicamente para alejarse de los dedos embadurnados de chocolate-. ¿Hoy Lissy te ha encargado las compras?

-No se siente bien. Lo que sucedió ayer le ha puesto los nervios de punta.

-Dice que tiene miedo de poner un pie fuera de la casa y anoche me hizo comprobar seis veces las cerraduras.

Muy propio de Lissy Frazier convertirse en centro de todo, pensó Faith. Pero asintió con aire comprensivo.

-Creo que nos ha puesto un poco nerviosos a todos.

-En este momento Lissy es un manojo de nervios. Estoy muy preocupado por ella, Faith, considerando que todavía falta más de un mes para que llegue el bebé.

-Su madre está con ella, acompañándola un rato. Entonces este chico y yo...

-hizo una pausa para despeinar a su hijo- decidimos salir un rato.

Para darle un poco de paz y de tranquilidad.

--Qué buen padre eres.

-Has oído algo más con respecto al asesinate >

-Carl D. está investigando pero no comenta mucho. Supongo que es demasiado pronto.

Creo que no falta mucho para que tengan los resultados de la autopsia. Carl D. es un buen hombre no quiero decir lo contrario, pero esta clase de cosas... -Dejó la frase inconclusa y meneó la cabeza-. No es lo que él está acostumbrado a manejar.

Ninguno de nosotros está acostumbrado a algo así.

-No es la primera vez que sucede. Él la miró.

-Lo siento, Faith. No estaba pensando. Esto te debe traer malos recuerdos.

-Los recuerdos siempre están allí. Sólo espero que esta vez lo apresen. Que lo apresen y lo cuelguen por los dedos de los pies y que le corten las...

-¡Oh! -Con una sonrisa triste en los labios, Dwight le apretó un brazo y miró a su hijo.

-Perdón -dijo Faith mientras Luke decoraba su pelo con la mejor parte de una galletita de chocolate-. Lissy te hará picadillo si le devuelves a su hijo en ese estado.

-Debería darme las gracias por haber hecho la compra. -Eso no tiene importancia, comparado con el estado en que está Luke. Si quieres que te lo perdone, piensa en alguna alhaja. -Ya. -Dwight se rascó la cabeza-.

-En realidad, estaba pensando en regalarle algo para que deje de pensar en cosas que la preocupan. Iba a pasar por la farmacia para comprarle un perfume.

-En la farmacia no encontrarás nada especial. No tienen más que perfumes para viejos.

Te aconsejo que pases por la tienda de Tory, donde encontrarás lo que buscas.

-Algo que vuelva a poner una sonrisa en la cara de Lissy.

Dwight miró a Luke, quien en ese momento estaba perdido de chocolate.

-¿Crees que puedo llevar a este animal a esa tienda llena de porcelanas?

-Te diré lo que haremos, Dwight.

Tú me das el dinero y yo iré a elegir algo que te convertirá en un héroe.

-Cuando hayas terminado de hacer las compras y de quitarle algunas capas de chocolate a tu hijo, pasa por la tienda de Tory y te entregaré lo que haya elegido.

-¿En serio? ~ ¿No te importaría?

-Pensaba pasar por allí de todos modos. Y además, ¿Para qué están los amigos?

-Le tendió una mano, con la palma hacia arriba.

Encantado, él sacó el billetero y fue contando billetes a medida que los ponía en la mano de Faith. Cuando terminó, ella se quejó, Suelta un poco más, Dwight. No puedes convertirte en un héroe por menos de doscientos.

-¿Doscientos? ¡Por Dios, Faith! Me dejarás seco. -Tendrás que pasar por un cajero.

-Le arrancó los billetes de la billetera mientras él retrocedía.

-¿Y todos los comestibles que tienes en tu carrito?

-preguntó Dwight mientras ella se alejaba.

-¡Ah! -Hizo un gesto gritándole importancia-. Vendré a buscarlos más tarde.

Dwight resopló y guardó en el bolsillo el billetero casi vacío.

-Creo que acaban de embaucarnos -le dijo a su hijo.

Era perfecto, decidió Faith. Entraría en la tienda y sonsacaría a Tory mientras hacía una buena obra. Después, la clínica de Wade sólo quedaba a unos pasos de distancia.

Tendría tiempo para decidir si debía castigarlo por hacerle pensar que deseaba a Sherry Bellows.

No podía haber salido mejor.

Esa vez sacó a Bee del coche con arrullos ~.

-Y ahora te vas a portar como una buena chica, ¿verdad? Así la vieja malvada que es Tory no se quejará.

Si te quedas sentada como la dulzura que eres, te daré un rico hueso para que te entretengas.

-¡No vuelvas a entrar en la tienda con ese perro! -Tory rodeó el mostrador, decidida a bloquear el camino de Faith e impedirle la entrada.

-¡No seas tan relamida! Bee se quedará sentada aquí, como una muñeca. ¿No es cierto, Bee? -Levantó una pata de la cachorra y la sacudió en la parodia de un saludo, mientras ambas miraban fijo a Tory con expresión inocente.

-¡Maldita sea, Faith!

-Es buena. Ya lo verás. -Ante todo sacó el hueso, como para asegurarse, luego depositó a Bee en el suelo-. Además, ¿qué clase de bienvenida es esta, cuando tengo una misión y dinero para cumplirla? -preguntó, esgrimiendo el manojo de billetes.

-Si ese perro me moja el suelo...

-Tiene demasiada dignidad para hacer una cosa así.

Estoy por hacerle un pequeño favor a Dwight. Lissy no se siente bien y quiere alegrarla con un regalo.

Tory resopló pero calculó el número de billetes que Faith agitaba en la mano.

-¿Algo para decorar la casa o el cuerpo de Lissy? -El cuerpo.

-Echemos una mirada.

-Dwight tuvo suerte al encontrarse conmigo. Los hombres nunca tienen idea de lo que deben regalar y Lissy sólo tiene buen gusto para la comida. -Faith se detuvo ante la vitrina y alzó una ceja-. ¿Qué es eso? ¿Una fantasía?

-Tengo demasiada dignidad como para vender fantasías. -Si me lo preguntas, creo que tienes demasiada dignidad para tu propio bien. Veamos ese collar, el del topacio rosa.

-Veo que conoces las piedras.

-Por supuesto. La mujer debe saber si el hombre trata de hacer pasar una piedra cualquiera por esmeralda. Es bonito. -Levantó el collar para que le diera la luz-.

-Pero creo que tiene demasiado metal para Lissy. Es más de mi estilo.

-Recorrió la vitrina con la mirada-. ¿Te sientes bien?

-Sí.

-Bueno, no te esfuerces en mantener una conversación. Podría mancillar tu dignidad.

Tory abrió la boca, pero la volvió a cerrar y resopló. -Estoy bien. Supongo que un poco temblorosa por dentro, pero bien. ¿Y tú?

Faith levantó la vista y sonrió apenas.

-Yo estoy bastante bien. He escuchado chismes a lo largo de mi recorrido por el pueblo. Y no te molestes en simular que no te interesan.

Lo que dice la gente te interesa tanto como a mí.

-Ya he oído lo que dicen. Hoy ha habido mucho jaleo en la tienda. A la gente le encanta entrar, echarme una mirada y después hablar sobre el asunto.

En tu caso es diferente, Faith. Tú eres una de ellos. Yo no.

No sé por qué supuse que podría llegar a serlo.

-No comprendo por qué te interesa tanto ser una de nosotras, pero si es así, tendrás que aguantarte. Aquí la gente se acostumbra a verla a una. Si viviera aquí durante bastante tiempo, hasta se acostumbrarían a un enano cojo y tuerto.

-¡Qué reconfortante!

Veamos esta pulsera. Cade parece haberse acostumbrado a ti bastante pronto.

Topacios rosa y azules, engarzados en plata. El cierre con original, de pinza de langosta.

-Muy bonita. Muy Lissy. ¿Y esos aros? Los querrá porque hacen juego con la pulsera.

No tiene bastante imaginación como para ponerse otra cosa.

.Me sorprende que te tomes tanto trabajo para elegirle un regalo, cuando tengo la impresión de que Lissy no te gusta. -Bueno, no me resulta antipática.

-Faith apretó los labios y estudió los aros-. Es demasiado tonta para que malgaste energías teniéndole antipatía. Siempre lo ha sido. Hace feliz a Dwight y él me gusta.

Pon esto en una caja y envuélvelo para regalo. Dwight me deberá un favor. Para mí compraré el collar. Me levantará el ánimo.

-Te estás convirtiendo en mi mejor cliente. -Tory llevó las alhajas al mostrador-.

- Era difícil imaginarlo.

-Vendes cosas que me gustan. -Bee se había quedado dormida con el hueso en la boca-.

Además, tengo la impresión de que haces feliz a Cade, y él me gusta aún más que Dwight.

-Se apoyó sobre el mostrador mientras Tory preparaba el regalo de Lissy-. Bueno, en realidad, tú te acuestas con mi hermano y yo me acuesto con tu primo.

-Eso prácticamente nos convierte en amantes. Faith parpadeó y estalló en carcajadas.

-¡Dios! ¡Ese es un pensamiento muy aterrador!

-Y aquí estaba yo, preguntándome si valdría la pena que nos hiciéramos amigas.

-Otro pensamiento aterrador.

-Sin embargo ayer, mientras estábamos ahí sentadas, se me ocurrió que probablemente estábamos sintiendo y pensando lo mismo. Recordando lo mismo.

-Ese es un lazo muy fuerte.

Tory ató la cinta con precisión.

-Fuiste muy considerada al quedarte conmigo. Muchas veces me digo que es mejor estar sola. Pero es difícil. A veces es muy difícil.

-Yo odio estar sola. Es lo que más odio en el mundo. Demasiado a menudo, me irrita mi propia compañía. -Rió-. Bueno, ¿qué te parece?

-Estamos manteniendo una conversación casi íntima, Te daré este dinero fresco de Dwight para pagar el regalo de Lissy, pero dejaré el mío en cuenta.

Antes de que Faith pudiera abrir el bolso, Tory le sujetó la mano. Era extraño, pero desde que llegó a Progress le resultaba más fácil tocar y que la tocaran.

-Nunca he tenido una amiga como Hope. No sé si alguna vez los adultos tenemos amigos que estén a la altura de los de la infancia. Pero desde luego me gustaría tener una amiga.

Faith la miró, aturdida.

-Yo no creo poder ser una amiga demasiado buena.

-Yo estoy segura de no tenerla desde Hope, de manera que eso nos pone en igualdad de condiciones. Creo que estoy enamorada de tu hermano.

-Lanzó un suspiro largo y tembloroso y movió las manos para mantenerlas ocupadas-.

-Si resultara que lo estoy, sería agradable para todos que tú y yo fuéramos amigas.

-Yo sé que quiero a mi hermano, aunque te aseguro que es un tipo insoportable. La vida tiene algunas situaciones muy retorcidas.

-Faith depositó el dinero de Dwight sobre el mostrador y sacó su tarjeta de crédito-.
Tú cierras a las seis, ¿verdad? -Sí.

-Por qué no nos encontramos para tomar una copa? -De acuerdo. ¿Dónde?
A Faith le relampaguearon los ojos.

-Creo que el Hope Memorial sería el lugar indicado. -¿Perdón?

-En el pantano. Tú sabes dónde. -¡Por amor de Dios, Faith!

-Todavía no he estado nunca allí. ¿Y tú? Bueno, diría que es hora de que vayamos y tengo la impresión de que es un buen lugar para ver si tú y yo nos hacemos amigas.

~ Eres lo bastante valiente para encontrarte allí conmigo?

-Sí, si lo eres tú, yo también lo soy.

Faith llevó a su casa las compras de comestibles y recibió con indiferencia las quejas de Lilah por haber llegado tarde, como para vengarse de que le hubiera encargado tantas cosas.

-Y no empieces a quejarte de que los tomates están demasiado maduros y las bananas demasiado verdes, porqué si lo haces no volveré a ser tu chica de los recados.

-Tú comes, ¿verdad? No haces otra maldita cosa en esta casa.

Así que de vez en cuando es lógico que hagas la compra -Ese « de vez en cuando » es más frecuente en esta casa que

en ninguna otra parte. -Faith sacó el té de la nevera, dos vasos y se sentó a contarle a Lilah los chismes que corrían por el pueblo. -Bueno. -Lilah se sentó y se acomodó-. ¿Qué se dice? -Muchas cosas, la mayoría tan increíbles como lo sería un republicano liberal.

-Muchos dicen que el asesino debe de haber sido un ex novio o un amante. Un amante nuevo, un hombre casado. Pero me topé con Maxime en el supermercado y resulta que ella y Sherry eran amigas y Maxime asegura que en este momento Sherry no tenía novio.

-Lo cual no significa que algún idiota de hombre no haya creído que debería serlo. -Lilah tomó su lápiz labial y lo hizo subir y bajar dentro del tubo-. A1 parecer ella lo dejó entrar, porque el perro no armó alboroto y nadie forzó la cerradura como se creyó al principio.

-Dejar entrar a un hombre en tu casa no significa que esperes que te viole.

-No he dicho eso. -Lilah se pintó los labios y los apretó-. Lo único que digo es que una mujer debe ser cuidadosa. Si una le abre la puerta a un hombre, tiene que estar preparada para sacarlo de un puntapié.

-Eres muy romántica, Lilah.

-Lo soy, señorita Faith, pero equilibrio el romanticismo con una buena dosis de sentido común. Algo que a tate falta en lo que a hombres se refiere. Tal vez a esa pobre chica también le faltara.

-Yo he sido suficientemente sensata para sacar a muchos hombres a puntapiés.

-Pero antes tuviste que casarte con dos, ¿verdad? Faith sacó un cigarrillo y sonrió con dulzura.

-Podría haberme casado con más de dos. Por lo menos no soy una solterona.

Lilah encajó con dignidad la sonrisa socarrona de Faith.

-Si el matrimonio fuera lo que debe ser, duraría más. Esa chica no tenía un ex marido, ¿verdad?

-No, creo que no.

-¿Faith? -Margaret estaba de pie en la puerta, el rostro rígido-, Debo hablar contigo.

-En la sala de estar.

-Está bien. -Faith levantó los ojos al techo y apagó el cigarrillo-. Debí haber encontrado más cosas que hacer en el pueblo.

-Debes tratar a tu madre con respeto.

-Te aseguro que sería una verdadera sorpresa que ella de~ mostrara tenerme el mismo respeto a mí.

Se tomó su tiempo en llegar a la sala de estar. Se detuvo a revisar el estado de sus uñas, y a alisarse el pelo ante el espejo del vestíbulo.

-Cuando por fin llegó, su madre estaba sentada, rígida como una escultura.

-No apruebo que intercambies chismes y habladurías con el servicio doméstico.

-No estaba haciéndolo. Estaba intercambiando chismes con Lilah.

-¡No me hables en ese tono! Lilah puede ser una integrante valiosa de esta casa, pero no es apropiado que tú te sientes en la cocina a cotillear con ella.

-¿Te parece que es apropiado que tú nos espíes? -Faith se dejó caer en un sillón-.

-Tengo veintiséis años, mamá. Hace mucho tiempo que no tienes por qué darme lecciones de comportamiento.

-Nunca me sirvió de nada hacerlo. Me han comentado que ayer estuviste con Victoria Bodeen, y que fuisteis las que llamasteis a la policía.

-Es cierto.

-Ya es bastante angustioso que estés involucrada en una .~ situación tan desagradable, pero es intolerable que te relaciones con esa mujer.

-Con «esa mujer» te refieres a Tory, no a la que fue violada y asesinada, ¿verdad?

-Faith se puso tensa, pero aparentó indiferencia.

-¡No lo toleraré! , No toleraré, que te relaciones con Victoria Bodeen.

-¿0...? -Faith esperó un segundo-. No sé si comprenderás que a esta altura de nuestras vidas, mamá, voy y vengo según me da la gana y con quien me da la gana.

-Siempre lo hice, pero ahora ya no tienes nada que decir al respecto.

-Yo hubiera creído que, por respeto hacia tu hermana, habrías evitado cualquier relación, por leve que fuera, con la persona a quien considero responsable de su muerte.

-Tal vez sea justamente por respeto hacia mi hermana que he iniciado esa relación con Tory Bodeen. Tú nunca la soportaste.

Supongo que en ese sentido seguí tu ejemplo. Hubieras querido prohibirle a Hope que fuese amiga de ella, pero nunca pudiste prohibirle nada a Hope. Y si lo hacías, ella te convencía de lo contrario, ~en ese sentido Hope era muchísimo más inteligente

que Y~ !No hables así de mi hija!

.Sí, tu hija. -A partir de ese momento, el tono cortante se reflejó en los ojos de Faith-.

Algo que yo nunca logré ser. Hay algo que tal vez nunca hayas considerado.

Tory no es responsable de lo que le sucedió a Hope, pero tal vez sea la clave de todo.

Tal vez te resulte consolador recordar a Hope como una niña brillante, como una vida interrumpida antes de que realmente pudiera vivir. A mí me consolaría más enterarme por fin por qué le sucedió. Y quién se lo hizo.

-No encontrarás consuelo ni respuestas en esa mujer. Sólo encontrarás mentiras.

-Toda su vida es una gran mentira. -Bueno. -Con una sonrisa radiante, Faith se puso de pie-. Eso significa que tenemos mucho en común, ¿verdad?

-Y se aleó, pavoneándose. .

Margaret se puso de pie y se dirigió a la biblioteca con sus paredes cubiertas de libros y su techo ornamentado.

Ante todo hizo una llamada y, recurriendo a la amistad que los unía, le pidió a Gerald Purcell que fuera a verla lo antes posible.

Luego se encaminó a la caja fuerte y sacó dos carpetas. Dedicaría la espera a estudiar los papeles y a prepararse.

Poco después, ordenó que se sirviera el té en la terraza del sur, con las pastas que le gustaban a Gerald. Disfrutaba de ese ritual durante las tardes que pasaba en su casa, las tazas de

porcelana, los cubiertos de plata, las tajadas de limón cortadas con precisión, la mezcla de panes de azúcar blancos y marrones en la azucarera.

Mientras yo sea la señora de esta casa, pensó, preservaré este ritual.

-Preservaría Beaux Réves y todo lo que significaba.

Hacía calor para tomar el té fuera, pero la sombrilla blanca ofrecía sombra y el jardín proporcionaba lo que Margaret consideraba un fondo apropiado.

-Los rosales que flanqueaban el muro de ladrillo en sus tiestos gigantes, estaban llenos de flores, y sus hibiscos agregaban un toque exótico con sus trompetas carmesí.

Se sentó ante la mesa de vidrio, con las manos enlazadas, y contempló esa propiedad que era suya. Había trabajado para conseguirla y consolidarla y, como siempre, la protegería.

Levantó la mirada cuando Gerald salió por las puertas de la terraza. Se asará con ese traje y corbata, pensó mientras levantaba una mano para saludarlo.

-Te agradezco que hayas venido con tanta rapidez. Quieres una taza de té?

-Me encantaría. Pareces preocupada, Margaret.

-Estoy preocupada. -Pero su pulso era firme cuando alzó la tetera Wedgwood y sirvió el té-. Se refiere a mis hijos y al propio Beaux Réves.

-Tú eras el abogado de Jasper, así que cono

ces tan bien como cualquiera de nosotros las disposiciones que se refieren a la plantación, las propiedades y los intereses de esta familia. Mejor, tal vez.

-Por supuesto. -Se sentó junto a Margaret, satisfecho de que ella recordara que prefería tomar el té con limón en lugar de leche.

-El control de la plantación pasó a Kincade. Setenta por ciento. Eso también rige para la fábrica y el molino. Yo heredé el veinte por ciento y Faith el diez.

-Correcto. Las ganancias y los beneficios se distribuyen Pr. forma anual.

-Lo sé. Las propiedades, tales como nuestro interés en los . edificios de apartamentos y las casas que tenemos en alquiler, incluyendo la Casa del Pantano, quedaron a nombre de los tres, por partes iguales. ¿Es correcto?

-Sí.

-Y, desde tu punto de vista, ¿qué impacto tendría sobre los cambios que Cade ha hecho en la plantación, sobre su nuevo sistema operativo, si yo le retirara mi apoyo, si utilizara mi veinte

por ciento y mi influencia sobre el directorio para obligarlo a volver a los sistemas tradicionales?

-Le provocaría considerables dificultades a Cade, Margaret.

Pero él pesa más que tú y las ganancias obtenidas inclinarían la balanza a su favor. De todas maneras, el directorio no tiene ninguna injerencia en la plantación, sólo en el molino y las fábricas. Margaret asintió.

-Y el molino y las fábricas -ayudan a mantener en marcha la plantación.

¿Y si yo lograra convencer a Faith de que agregara sus intereses a los míos?

-Eso te daría más fuerza. -Bebió un sorbo de té, pensativo-. ¿Puedo preguntar, como amigo y abogado, si estás insatisfecha con cómo lleva Cade Beaux Réves?

-No estoy satisfecha con mi hijo y creo que tiene necesidad de volver a. poner su mente y sus energías en su herencia, en lugar de dedicarlas a cosas intrascendentes.

-Untó de mantequilla una galleta--

Sencillamente, quiero que Victoria Bodeen abandone la Casa del Pantano y salga de Progress. Por el momento, Faith se muestra difícil, pero ya cederá. Esa criatura siempre se ha dejado llevar por los impulsos del momento.

Creo que podré convencerla de que me venda sus intereses en las propiedades. Eso me daría el control de dos tercios. Supongo que la chica Bodeen debe de tener un año de alquiler, tanto con respecto a la casa como a la tienda de la calle Market.

Quiero anular esos contratos.

-Margaret. -Gerald le palmeó una mano-.

Sería más inteligente que dejaras las cosas como están.

-No toleraré la relación de Victoria Bodeen con mi hijo. Haré todo lo que sea necesario para que esa relación termine.

-Quiero que redactes un nuevo testamento para mí, en el que desherede tanto a Cade como a Faith.

Gerald pensó en el escándalo, en los enredos legales, en el trabajo que eso implicaría.

-¡Por favor, Margaret! Te ruego que no seas imprudente.

-No implementaré el testamento a menos que no me quede alternativa, pero lo usaré para demostrarle a Faith la seriedad de mis intenciones. -Margaret apretó los labios, convirtiéndolos en una línea delgada-. No me cabe duda de que, cuando advierta que corre el riesgo de perder una gran suma de dinero, cooperará conmigo.

Quiero volver a poner mi casa en orden, Gerald. Me harías un gran favor si estudiaras esos contratos de alquiler y encontraras la manera de anularlos.

-Corres el riesgo de poner a tu hijo en tu contra.

-Será preferible eso a verlo arrastrar por el lodo el apellido familiar.

Nunca se me ocurrió escribir un diario o anotar mis pensamientos secretos.

-Dado que en este momento pienso tanto en mi infancia, me parece apropiado que lo haga ahora. Y aquí, en el lugar donde Hope perdió su vida. Su infancia.

Mi padre, nuestro padre, construyó este lugar para ella, con su bonita estatua y sus flores de dulce aroma. Este lugar le pertenece más a Hope que la tumba donde la enterraron durante aquella húmeda y calurosa mañana de verano.

Nunca compartí con ella este lugar.

Decidí no hacerlo, sin duda por rencor, pero en su momento mi actitud me proporcionaba satisfacción.

-¿Qué me importaban a mí sus juegos tontos y su amiga extraña y desaliñada?

Los deseaba con tanta desesperación que me negué a aceptarlos cuando me fueron ofrecidos. Yo era una persona difícil. A veces me sigue gustando ser así.

De todas maneras soy terca por naturaleza, de modo que no tengo más remedio que vivir con ello.

La vida podría haber sido distinta para mí, para todos nosotros, si aquella noche no hubiera existido. Si cuando desperté por la mañana, Hope hubiera estado en el cuarto contiguo.

Yo todavía habría estado de mal humor por mi disgusto de la noche anterior. Fue una discusión de poca importancia sobre algunos guisantes, que odiaba entonces y sigo odiando ahora.

~habría estado de mal humor porque encontraba cierto placer en esa actividad, sobre todo cuando alguien se esforzaba por tratar de sacármelo. Me encantaba que me prestaran atención.

Aun entonces sabía que entre los tres hermanos yo ocupaba el tercer lugar. Cade era el heredero. Después de todo, él poseía un pene y yo no. Supongo que esto no era culpa suya, pero durante un corto tiempo de mi infancia le envidié ese miembro. Por cien to, hasta que aprendí que era más que posible que una mujer poseyera tantos de esos interesantes apéndices como quisiera, y en una muy agradable variedad de maneras.

Descubrí el sexo temprano y lo he disfrutado sin arrepentimiento.

En todo caso, a los ocho años, las connotaciones sexuales de hombres y mujeres todavía me resultaban brumosas.

Sólo sabía que a Cade lo preparaban para futuro dueño de Beaux Réves

porque era varón, y esto no me gustaba. Él tenía privilegios que a mí se me negaban, de nuevo por su sexo. Y para ser justa, también se me negaban por los cuatro años de edad que había entre nosotros.

Mi padre miraba a Cade con enorme orgullo.

Por cierto que le exigía mucho, pero la expresión de sus ojos, el tono de su voz y hasta la postura de su cuerpo denotaban su orgullo.

El orgullo que un padre siente por su hijo. Yo nunca podría ser su hijo.

Tampoco podía ser, como lo era Hope, su ángel. Papá la adoraba. A mí me quería, porque era un hombre justo.

Pero resultaba dolorosamente evidente que Hope era la niña de sus ojos, así como Cade era, bueno, su esperanza. Supongo que yo era una especie de bonificación, la melliza que siguió al pequeño ángel. Para mi madre, creo que Cade también era una fuente de orgullo. Había dado a luz un hijo, como se esperaba de ella.

El apellido Lavelle seguiría existiendo porque ella había concebido y dado a luz a un varón. Y ella no tuvo problema en dejar en manos de papá todo lo que se refería a la educación de Cade. De todos modos, ¿qué sabía ella de varones?

Me pregunto si Cade habrá percibido esa distancia. Supongo que sí, pero de alguna manera y a pesar de todo se ha convertido en un hombre íntegro ~ admirable.

¿O a causa de todo?

Como es natural, mamá le enseñó buenos modales, se preocupó porque fuera pulcro, pero el grueso de su educación y su tiempo eran responsabilidad de mi padre. No recuerdo haber

oído jamás a mamá cuestionando a papá con respecto a Cade.

Hope era el premio de mamá por un trabajo bien realizado. La hija a quien podía lustrar y moldear, la criatura a quien aseguraría desde la infancia hasta un matrimonio conveniente.

Mamá

quería a Hope por su dulzura y por su silencioso conformismo.

Nunca vio a la rebelde que Hope llevaba en su interior. De haber vivido, creo que Hope habría hecho exactamente lo que quería y, de alguna manera, habría convencido a mamá de que la idea

suya era. Logró que le permitiera ser amiga de Tory. Podía lograr todo lo que quisiera.

¡Dios, cómo la añoro! Añoro esa mitad de mi ser que era inteligente, alegre, divertida y ansiosa. La añoro enormemente.

En cambio, yo era un castigo para mi madre. La he oído decirlo a menudo, de modo que debe de ser cierto. Yo no poseía la dulzura de Hope ni su silencioso conformismo. Cuestionaba y luchaba con amargura por cosas que ni siquiera me importaban. ¡Tomado ~ en cuenta! ¡Maldita sea! ¡Debéis tomarme en cuenta! ¡Qué triste, qué penoso!

Hope se hizo amiga de Tory un año antes de ese verano. Se sintieron mutuamente atraídas como les ocurre a ciertas almas.

Hasta yo podía ver la complicidad que había entre ellas, ese clic de conexión. Y fueron inseparables casi desde el principio. Más mellizas que lo que mi hermana y yo fuimos jamás.

Por ese único motivo, le tomé una intensa antipatía a Victoria Bodeen. La miraba con desdén, así como desdeñaba sus pies polvorientos, su pésima gramática, sus grandes ojos y sus padres, que eran gentuza. Pero la raíz de mi antipatía era su intimidación con Hope.

Me burlaba de ella cada vez que podía y el resto del tiempo la ignoraba. Simulaba ignorarla.

En realidad, las observaba a ella y a Hope con la concentración de un halcón. Buscaba una fisura en el lazo que las unía para poder ahondarla y hacer trizas el cariño que se tenían.

El día de la muerte de Hope jugaron juntas en nuestra casa, porque Hope tenía prohibido ir a la de Tory. Lo hacía, por supuesto, en secreto, pero la mayor parte del tiempo que pasaban juntas lo hacían en Beaux Réves o en el pantano.

Mamá ignoraba que iban al pantano. Jamás lo habría aprobado. Pero todos íbamos por allí a jugar. Papá lo sabía y sólo nos pedía que no fuéramos al pantano después del anochecer.

Esa tarde antes de comer Hope jugaba a las canicas en la galería.

Yo la castigaba no jugando con ella. Cuando por lo visto eso no le estropeó el placer del juego, me encerré de mal humor en mi

cuarto, del que no salí hasta que me llamaron a comer. No tenía

hambre y todavía seguía de mal humor por la indiferencia con que Hope había aceptado mi enojo con ella.

Y yo misma me castigué al negarme a comer los guisantes, aunque sigo manteniendo que tenía derecho a negarme a comerlos.

Lo cierto es que terminé discutiendo con mi madre y me mandaron a mi habitación.

Me resultaba odioso que me echaran de la mesa. No porque me importara demasiado la comida, sino porque era una forma de destierro. Supongo que un terapeuta diría que esa táctica

traba que yo no formaba parte de la familia como mi hermano y mi hermana.

Yo era la forastera, que por una parte gozaba de su independencia y por la otra deseaba con desesperación formar parte del grupo.

Me encaminé a mi habitación como si fuera el lugar donde quería estar, decidida a intentar que lo creyeran y que no sospecharan que estaba tan mortificada como enojada. Para ellos, un montoncito de guisantes era más importante que yo.

Me tendí en la cama y miré el techo, llena de resentimiento.

-Un día, pensé, un día sería libre para hacer lo que quisiera y cuando quisiera. Nadie me detendría, y menos los integrantes de mi familia que prescindían de mí con tanta facilidad. Sería rica, famosa y hermosa.

-No tenía una idea clara con respecto a la manera en que lo lograría, pero esa era mi meta. Consideraba que el dinero, la gloria y la belleza eran una especie de premio que yo ganaría, mientras que el resto de ellos permanecía atado a las tradiciones y restricciones de Beaux Réves.

Consideré la posibilidad de huir de casa, tal vez para aterrizar en casa de tía Rosie. Sabía que eso heriría a mi madre durante toda su vida, puesto que su hermana Rosie la avergonzaba. Más o menos como yo.

Pero no quería irme. Quería que ellos me quisieran y esa necesidad frustrada era mi prisión.

Más tarde oí música en la sala de estar de mi madre. Ella debía encontrarse allí, escribiendo cartas, contestando invitaciones, planeando el menú del día siguiente, las tareas a realizar y todas

las demás cosas que hacía como dueña de casa. Mi padre debía de estar en el despacho de la torre, ocupándose del negocio de la plantación y bebiendo un vaso de whisky.

Lilah me llevó un poco de comida de contrabando, sin gui" santes. No me abrazó ni me mimó, pero con ese solo acto fue como si me acariciara. Bendita sea. Ella siempre estaba allí, firme como una roca y cálida como una tostada.

Comí porque ella me había llevado la comida y porque era una rebelión que ambas compartiáramos en secreto. Después me quedé tendida en la cama mientras el cuarto se oscurecía. Imaginé a mamá cepillando el pelo de Hope, como hacía todas las noches después del baño. En justicia debo aclarar que hubiera cepillado el mío también, pero yo no me quedaba quieta. Después sin duda Hope habría subido a darle las buenas noches a papá. Y mientras hacía todo lo que se esperaba de ella, Hope planeaba su propia rebelión secreta.

La oí caminar por el vestíbulo y detenerse frente a mi cuarto. Ojalá, aunque uno no gana nada con desearlo, ojalá me hubiera levantado y abierto la puerta para pedirle que entrara y me hiciera compañía. Hope me habría tenido lástima y tal vez me habría dicho lo que pensaba hacer.

-En mi estado de ánimo, tal vez hubiera ido con ella, nada más que para enojar a mamá. Y Hope no habría estado sola.

Pero permanecí con tozudez en la cama y la oí alejarse.

No supe que salía de la casa. Podría haber mirado por la ventana y entonces la habría visto, pero no lo hice. Seguí frunciendo el entrecejo en la oscuridad hasta que me quedé dormida.

Y mientras yo dormía, ella murió.

No sentí, como por lo general se dice, que se rompía un lazo entre nosotras.

-No experimenté ninguna premonición ni soñé con un desastre. No sentí su dolor ni su miedo. Seguí durmiendo, sumida en un sueño profundo, mientras la persona que había compartido conmigo el útero y la vida moría sola.

Fue Tory la que sintió que algo se quebraba, la que sintió dolor y miedo. No la creí entonces, decidí no creerla. Hope era hermana mía, no de ella.

¿Y cómo se atrevía Tory a declarar que había tenido tanta intimidad en algo que me pertenecía? Preferí creer, como lo creyeron muchos otros, que Tory había estado esa noche en el pantano y que huyó, dejando a Hope sola.

Lo creí a pesar de haberla visto a la mañana siguiente.

-Muy temprano, Tory se acercó a casa, renqueando por el parque. Caminaba como una anciana, como si cada paso le exigiera un esfuerzo, Cade le abrió la puerta, pero yo espiaba desde la parte de arriba de la escalera.

- Estaba pálida como la muerte y con los ojos enormes.

DIJO: «Hope está en el pantano. No pudo escapar y él le hizo daño ~ Debéis ayudarla.»

Creo que él la invitó a entrar, con amabilidad, pero ella no

quiso cruzar el dintel. Así que Cade la dejó allí, y mientras yo corría a mi cuarto, él se asomó al de Hope. A partir de entonces todo sucedió con mucha rapidez.

- Cade bajó corriendo la escalera, llamando a papá. Mamá bajó enseguida. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y nadie me prestaba atención. Mamá tomó a Tory por los hombros, la sacudió y le gritó. Y durante todo ese tiempo Tory permaneció de pie, inmóvil, supuse que como una muñeca de trapo acostumbrada a recibir puntapiés.

Papá la apartó de mamá, a quien ordenó que llamara a la policía.

Y luego interrogó a Tory con voz algo temblorosa.

-Ella le contó lo que planeaban hacer la noche anterior y agregó que no había ido porque se cayó y se lastimó. Pero en cambio Hope fue, y alguien la siguió.

-Lo dijo todo en una voz apagada y tranquila, una voz adulta. Y durante todo ese tiempo nunca apartó la mirada del rostro de papá, y le dijo que ella podía llevarlo al lugar donde estaba Hope.

Más tarde me enteré de qué fue exactamente lo que hizo. Cruzó el pantano y llevó a papá y Cade, y luego a la policía, al lugar donde estaba Hope.

Para todos nosotros, la vida cambió para siempre.

Faith bajó el cuaderno y se reclinó en el banco. En ese momento oyó el piar de los pájaros y percibió el perfume de la tierra negra y las flores. Por el enredado dosel de ramas y musgo se colaban rayos de sol que formaban agradables dibujos sobre el suelo y que le daban un dejo dorado a la luz verdosa.

La estatua de mármol permanecía silenciosa, siempre sonriente, siempre joven.

Eso de cubrir lo odioso con la belleza era típico de papá, pensó Faith.

-Un pretexto quizá, pero también una declaración: HoPe ha vivido. Y fue mía.

¿Habría traído aquí a su amante?, se preguntó. Esa mujer hacia quien él se volvió cuando se alejó de su familia, ¿se habría sentado allí a su lado, mientras él recordaba y se lamentaba?

¿Por qué fue así con ella y no conmigo? ¿Por qué fui yo?

Faith dejó el cuaderno y sacó un cigarrillo.

Las lágrimas llegaron repentinamente. Ella no sabía que estuvieran allí, pugnando por ser derramadas. Derramadas por Hope'

Nunca por desperdicio de amor, el desperdicio de vidas y de sueños. Por

Tory se detuvo y junto al parterre de flores.

-Ese sendero silencioso y lleno de flores ya le causaba una fuerte impresión. En su mente se deslizó la imagen de cómo era antes, verde, salvaje y oscuro, y se superpuso con lo que en ese momento veían sus ojos.

-Las imágenes se enredaban, se negaban a unirse, de manera que parpadeó para borrar el recuerdo.

Allí estaba Hope, atrapada en piedra para siempre. Y allí estaba Faith, llorando.

Tory se obligó a avanzar, temblando, mientras las imágenes de lo sucedido allí dieciocho años antes luchaban por apoderarse del presente.

-Se sentó y esperó.

-Nunca vengo a este lugar. -Faith metió una mano en el bolso, sacó un pañuelo de papel y se sonó-. Supongo que será por esto. No sé si este es un lugar horrible o hermoso. Nunca logro decidirlo.

-Hace falta coraje para convertir algo horrible en apacible. -¿Coraje? -Faith volvió a guardar el pañuelo y encendió un cigarrillo-. ¿Crees que fue valiente hacer esto?

-Sí. Mucho más valiente de lo que podría ser yo. Tu padre era un buen hombre. Siempre fue muy bueno conmigo. Aun después de que...

-Apretó los labios-. Aun después, siempre fue bueno conmigo. No debió de resultarle fácil.

-Nos abandonó emocionalmente, como dirían los psicólogos. Nos abandonó por su hija muerta.

-No sé qué decirte. Ninguna de nosotras ha tenido que enfrentar la muerte de un hijo. No podemos saber lo que haríamos para enfrentarlo, o para sobrevivir a esa pérdida.

-Yo perdí una hermana.

-Yo también -contestó Tory en voz baja.

-Me disgusta que digas eso. Y me sienta aún peor saber que es cierto.

-¿Esperas que te culpe por ello?

-No sé lo que espero de ti. -Tomó la pequeña nevera que había colocado junto al banco-. Aquí tengo una jarra grande de margaritas. Un buen trago en una mañana calurosa. Sirvió el líquido verde en dos vasos de plástico y le ofreció uno a Tory--. No sé si recuerdas que dije que tomaríamos una pa.

Es cierto.

-Entonces -brindo por Hope. -Faith entrechocó su vaso con el de Tory-.

-Parece apropiado.

-Esto es más fuerte que la limonada que por lo general bebíamos aquí.

A Hope le gustaba la limonada.

-Lilah se la preparaba. Con mucha pulpa y azúcar. -Aquella noche, en su mochila de aventuras, tenía una botella de coca-cola ya caliente y...

-Tory dejó la frase inconclusa y se volvió a estremecer.

-¿Todavía lo sigues viendo con tanta claridad?

-Sí, y te agradecería que no me hicieras preguntas. Desde que volví a Progress nunca vine a este lugar. No he tenido el coraje de venir.

Aunque no me guste ser cobarde, yo también debo sobrevivir.

-La gente pone demasiado énfasis, demasiadas exigencias en el coraje y, de todos modos, lo juzgan según sus propios parámetros. Yo no te llamaría cobarde, pero mantengo bajos mis parámetros personales.

Tory rió y bebió otro trago de margarita. -¿Por qué?

-Bueno, porque así puedo enfrentar mis propios parámetros sin demasiado esfuerzo. Por ejemplo, mira mis matrimonios, aunque Dios sabe que desearía no haberme casado. -Hizo un gesto grandilocuente con el vaso-.

-Algunos dirían que he fracasado, pero yo digo que triunfé al salir de ellos ilesa.

-¿Estabas enamorada? -¿Cuál de las dos veces? -Ambas.

-Ninguna de las dos. La primera vez fue un caso de lujuria muy fuerte. ¡Dios todopoderoso! Ese muchacho hacía el amor como un conejo.

-Como durante un tiempo el sexo fue un placer prioritario para mí, él sin duda cumplía con esa parte del pacto. Era peligrosamente buen mozo, lleno de encanto y muy conversador. Y un completo idiota.

-Alzó el vaso en un brindis distraído, pero casi afectuoso-. Pero cumplió a la perfección el papel de ser exactamente lo que mi madre despreciaba.

¿Cómo no iba a casarme con él?

-Pudiste acostarte sin necesidad de casarte.

-Lo hice, pero el matrimonio fue una verdadera bofetada para mi madre.

¡A ver si te tragas esto, mamá! -Faith echó atrás la cabeza y rió-.

¡Dios mío, qué idiota! Pero mi segundo matrimonio fue más bien una cuestión de impulso. Bueno Y también había el tema del sexo.

Seguía siendo un asunto perfectamente inapropiado, además él era demasiado viejo para mí y, cuando empezó la aventura, estaba casado.

Supongo que ese fue un pequeño golpe para mi padre. Si tú disfrutaste del adulterio, bueno, yo también. Pero un asunto ilícito es una cosa y casarse con un tenorio es otra. Creo que durante el primer tiempo, él me fue fiel, pero ¡Dios! no sabes lo aburrida que me sentía.

Y después supongo que él se aburrió tanto como yo y decidió vivir las letras de sus canciones siéndome infiel y emborrachándose como una cuba. Había logrado tener cierto éxito en el mundo de la música.

La primera vez que decidió golpearme, yo lo golpeé más a él. Después me largué y conseguí una buena suma con el divorcio, pero te aseguro que me había ganado cada centavo.

Hope y yo nos sentábamos aquí, pensó Tory, y conversábamos sobre lo que hacíamos y lo que queríamos. Cosas sencillas, infantiles. Pero no menos vitales, no menos íntimas que las que Faith acababa de revelar.

-Por qué Wade?

-No sé. -Faith lanzó un suspiro y bebió un trago-. Es lo que me intriga y me preocupa. No es porque quiera ganar algo, ni por rencor. Wade es buen mozo y entre nosotros el sexo es magnífico. ¿Pero el veterinario del pueblo?

Eso nunca estuvo en mis planes. Y ahora él tiene que complicarlo todo enamorándose de mí. Le arruinaré la vida.

-Terminó de beber su margarita y se sirvió otro-. Estoy segura de ello.

-Eso sería problema de Wade. Sorprendida, Faith la miró fijamente.

-¡Bueno! Es lo último que esperaba que dijeras.

-Wade es un hombre adulto que sabe lo que quiere y conoce su corazón.

Creo que siempre ha hecho y conseguido lo que quería. Tal vez te conozca mejor de lo que crees. Pero te advierto que yo no entiendo a los hombres.

-Eso es fácil. -Llenó el vaso de Tory-. La mitad del tiempo piensan con la entrepierna y la otra mitad piensan en sus juguetes.

-No es una manera muy bondadosa de expresarte, considerando que tienes un hermano y un amante.

-No hay nada poco bondadoso en lo que digo. Me fascinan los hombres.

- Algunos dirían que he amado a demasiados. -Tenía un brillo humorístico en los ojos y ni siquiera intentó disculparse. Tory se dio cuenta de que disfrutaba de la conversación, de que envidiaba a Faith.

-Siempre he preferido la compañía de los hombres -agregó Faith-.

-Las mujeres son más astutas que ellos y tienden a considerar que las demás mujeres son sus rivales. Los hombres ven a

los demás hombres como competidores. Sin embargo, tú no eres astuta. Comprendo que tenerte antipatía y resentimiento me ha costado un gran esfuerzo.

-¿Y esa es la base de este armisticio?

-¿Se te ocurre alguna mejor? -Faith alzó un hombro y tomó el cuaderno-.

-He tenido necesidad de escribir algunas cosas. ¿Por qué no lo lees?

-Está bien.

Faith se puso de pie y se alejó con su vaso y su cigarrillo. Suponía que ese día había pensado con más seriedad que en muchísimo tiempo. Con seriedad y honestidad. Haciéndolo no solucionó nada, pero se sentía más fuerte.

¿No sería extraño que el regreso de Tory a Progress la hubiera colocado a ella en el camino indicado para encontrar satisfacción en su propia vida? Se detuvo junto a la estatua de su hermana y miró su rostro. ¿No sería, se preguntó, la gran ironía que en este momento me encontrara a mi misma, justamente cuando me doy cuenta de qué he estado buscando durante tanto tiempo?

Miró a Tory. Tan fría, pensó. Tan tranquila exteriormente y con esas violentas sacudidas interiores. Era admirable que Tory pudiera mantener ese escudo sin volverse frágil por dentro. Inquieta, pensó Faith con una sonrisa, pero no frágil.

Frágil era lo que había llegado a ser su propia madre.

-Y en frágil estuvo ella a punto de convertirse. Era extraño y de alguna manera coherente, que fuera Tory quien le diese el sacudión necesario para impedir que se convirtiera en lo que durante toda la vida luchó por no ser. Una imagen de su propia madre. Apagó el cigarrillo y lo enterró con el pie bajo las agujas de pino.

-Tal vez deba dedicarme a escribir

-dijo con indiferencia mientras regresaba-. Pareces cautivada.

Tory estaba sumida en las palabras de Faith y en las imágenes que esas palabras hacían pasar por su mente. Se sentía divertida y triste a la vez.

Y después llegó la presión, el peso sobre el pecho que le hacía palpar el corazón.

El lugar y los recuerdos que Pegaban puñetazos contra sus defensas. No los respondería.

No les haría caso. Permanecería en el aquí y ahora. Pero el frío la cubría y la El cuadern o se le escapó dellosod edord y d yó ahsuelo, donde una leve brisa jugueteó con las páginas. Se hundía. La estaban hundiendo.

-Alguien nos espía.

-¿Hmmm? Querida, sólo has bebido dos vasos, ¿no? Eres una borracha barata.

-Alguien nos está espiondo. -Tomó la mano de Faith y la aferró-. ¡Corre! ¡Debes correr!

-¡Oh, mierda! -Sin comprender, Faith se inclinó y palmeó la espalda de Tory-. ¡Vuelve! Recupera la compostura.

-El nos está espiondo desde los árboles. Te está esperando a ti. ¡Debes marcharte!

-Aquí no hay nadie más que nosotras.

-Pero la recorrió un escalofrío-. Soy Faith, no Hope.

-Faith. -Tory luchó por discernir las imágenes, por mantener separados el ayer y el hoy-. Está entre los árboles. Alcanzo a sentirlo. Nos espía. ¡Corre!

La alarma le inundó los ojos, volviéndolos grandes y brillantes. En ese momento alcanzaba a oírlo, apenas un leve murmullo entre los arbustos, más allá del claro. El pánico pugnaba por apoderarse de ella, sus dedos helados le raspaban la piel.

-¡Somos dos, maldita sea! -siseó Faith mientras recogía su bolso-.

-Y no tenemos ocho años ni estamos indefensas. ¡No pienso echar a correr!

-Sacó del bolso su bonita pistola 22 de empuñadura de madreperla y tiró de Tory para ponerla de pie. -¡Oh, Dios!

-Tienes que salir de ese trance -ordenó Faith-. Lo vamos a perseguir.

-¿Te has vuelto loca?

-El ladrón cree que todos son de su condición. ¡Sal de tu escondite, hijo de puta mal nacido! Faith oyó que se quebraba una rama, el chasquido de las hojas y se abalanzó hacia adelante.

-¡Está huyendo! ¡Pedazo de bastardo! -¡No! ¡Faith!

Pero ella ya corría entre los árboles. Tory corrió tras ella. El sendero era cada vez más angosto y prácticamente moría entre la maleza.

-Las aves alzaban el vuelo espantadas, graznando. El musgo se enredaba en el pelo de Tory, que luchaba por alcanzar a Faith.

-Creo que fue hacia el río. Tal vez no logremos alcanzarlo pero le daremos un susto de mil demonios. -Apuntó hacia el cielo y apretó el gatillo.

Los disparos retumbaron y parecieron vibrar a través de Tory. AL oír chapoteo en el agua, Faith sonrió como una posesa, -Tal vez termine siendo carnada de un cocodrilo. ¡Vamos! Tory alcanzaba a oler el río, su cálida madurez.

- El suelo era cada vez más resbaloso y Faith comenzó a deslizarse como una patinadora.

-¡Ten cuidado, por amor de Dios! Terminarás hiriéndote tú misma.

-Yo sé manejar esta maldita pistola. -Pero jadeaba, tanto por la emoción como por la carrera-. Conoces el pantano mejor que yo. Dirígeme.

-Colócale el seguro al arma. No tengo ganas de que me me pegues un tiro por la espalda. -Tory contuvo el aliento y apartó de su cara el pelo-. Podemos atajar por aquí para llegar al río. Ahorraremos tiempo. Cuidado con las víboras.

-¡Dios! Ya sabía que debía tener un motivo para odiar este lugar.

-El primer torrente de adrenalina había desaparecido dejando su innata repulsión por cualquier cosa que reptara. Pero Tory avanzaba y, por una cuestión de orgullo, Faith no tuvo más remedio que seguirla-. No comprendo qué tiene este lugar para que os resultara atractivo a ti y a Hope.

-Es una belleza. Y salvaje. -Levantó una mano al oír pasos pesados-.

Alguien viene desde el río.

-Así que ha decidido volver -Faith plantó los pies y levantó el arma-.

-Estoy preparada para recibirlo. ¡Muéstrate, hijo de puta! Tengo, un arma y la usaré.

Oyeron un ruido, como si algo acabara de caer. -¡Por favor, no dispare!

-¡Sal y muéstrate! ¡Ahora mismo!

-¡Dios Santo, señorita Faith! ¿Es usted? Soy Piney, señorita Faith. Piney Cobb.

Piney salió de entre los árboles, de espaldas a la curva del río rodeado por cipreses. Le temblaban las manos, que mantenía en alto.

-¿Qué demonios hacía espiándonos?

-Yo no hice eso. ¡Juro por Dios que no! Hasta que oí los disparos no sabía que ustedes andaban por aquí. Los tiros me aterrorizaron.

-No sabía si ocultarme o correr. Estaba cazando sapos, eso es todo. Hace una hora que estoy cazando sapos. Al jefe no le importa que los sapos estén ahí?

Dejó caer la bolsa al oír su voz. Con el susto usted me ha quitado diez años de vida, señorita Faith.

Tory no vio nada en el rostro de Piney que no fuera terror, no recibió más que pánico de él. Oía a sudor y whisky.

-Veamos esa bolsa.

-Sí. Está bien. Está allí, atrás. -Se pasó la lengua por los labios y señaló con un dedo.

-Muévase con mucho cuidado, Piney. En este momento estoy muy nerviosa y pueden temblarme los dedos.

Siguió apuntándolo mientras Tory se adelantaba.

-¿Ve? ¿Ve esto? Estuve cazando sapos con esta vieja bolsa de arpillera.

Tory se inclinó y miró dentro de la bolsa. Media docena de sapos desgraciados le devolvieron la mirada.

-Me parece una caza bastante pobre para una hora de trabajo.

-Perdí muchos cuando dejé caer la bolsa. La dejé caer dos veces -agregó mientras se iba poniendo colorado-.

Casi me desmayé del susto al oír tiros. Creí oír que alguien corría por allí y apenas tuve tiempo de preguntarme de qué se trataba cuando empezaron los disparos. Supuse que tal vez alguien estuviera tirando al blanco, como les gustaba hacer al señor Cade y sus amigos, y si no tenía cuidado corría el riesgo de que me hiriera una bala perdida. Más o menos cada dos semanas vengo a cazar sapos. Pregúntenle al señor Cade si no me creen.

-¿Qué opinas? -le preguntó Faith a Tory. -No sé. Tiene algunos sapos en la bolsa.

Piney no es joven, pensó, pero conoce el pantano y tiene los músculos fuertes del que trabaja en el campo. Pero no se podía probar nada en su contra.

-Lamento haberlo asustado, pero alguien andaba merodeando cerca del claro.

-No era yo. -Su mirada iba y venía del rostro de Tory al arma-.

-Como les dije, oí correr a alguien. Este pantano tiene muchas entradas y salidas:

Ella asintió y retrocedió un paso. Piney se aclaró la garganta y se inclinó para recoger la bolsa.

-Entonces supongo que seguiré cazando.

-Sí, siga -dijo Faith-. Si yo fuera usted, me aseguraría de que Cade supiera cuándo piensa venir a cazar sapos. -Descuide. Puede apostar su vida a que no lo olvidaré, y ahora seguiré cazando. -Retrocedió, sin dejar de mirar a Faith hasta que logró perderse entre los árboles.

Durante casi treinta y cinco años, J.R. y Carl D. habían pescado juntos los domingos por la tarde. No se convirtió en una tradición y aun en la actualidad ambos se enojarían y avergonzarían si alguien la denominara así. Era simplemente una manera de relajarse y pasar el tiempo.

Después de la muerte del padre de J.R. y cuando su madre empezó a trabajar, esta contrató a la madre de Carl D. para que cuidara a Sarabeth los sábados y después del colegio los días de la semana. Y como por acuerdo tácito, también se ocupó del cuidado de J.R.

Fanny Russ cocinaba como los dioses y tenía una férrea fuerza de voluntad. Ambas cosas eran un asunto de orgullo. J.R. aprendió con rapidez a llamarla «señora». Y durante la década de los cincuenta, cuando el Ku Klux Klan todavía encendía el odio a lo largo del Sur en forma de cruces y no se permitía que ninguna persona de color se sentara en el restaurante de la calle Market, el jovencito blanco y el jovencito negro se hicieron amigos.

Sin que ninguno de ellos lo programara específicamente, domingo tras domingo, con la rara excepción de las vacaciones o p^or enfermedad, ambos se instalaban lado a lado en la orilla del río con la caña, igual que cuando eran niños. Ambos tenían menos pelo, pero el ritmo de las tardes era esencialmente el mismo.

Durante un tiempo, mientras J.R. festejaba a Boots y durante b s primeros tiempos del matrimonio de ambos, ella les preparaa almuerzo; elegantes que colocaba en una cesta de mimbre. J.R.

demoró bastante en desalentar esa costumbre por no herir a su mujer. Las cestas de picnic llenas de sándwiches de ensalada de pollo y verduras pulcramente cortadas, convertían el asunto en algo demasiado femenino. Lo único que a los hombres les hacía falta era donde refrescar la cerveza y un puñado de carnada.

Y, cuando tenían suerte, un par de rebanadas de la tarta dulce de patatas preparada por Ma Russ.

Todo eso permaneció constante durante años. No había muchos cambios en el río. El viejo melocotonero había muerto tres inviernos antes, pero a sus pies nacieron media docena de voluntarios que crecieron hasta que el consejo del pueblo decidió preservar los dos mejores y cortar el resto. Ahora la fruta, todavía verde, pendía de las ramas a la espera de que los chicos las devoraran para darles fuertes dolores de barriga.

El agua fluía, lenta y silenciosa como siempre, y el gran sauce llorón se inclinaba para hundir en ella sus ramas verdes.

Y de vez en cuando, si uno tenía la necesaria paciencia, los peces se decidían a picar.

Y si no lo hacían, el hombre no estaba en una situación peor que en el momento de tirar la línea.

Los años habían convertido a los hombres en sólidos ciudadanos, en pilares de la comunidad. Hombres de familia, con hipotecas y responsabilidades.

Las pocas horas semanales que dedicaban a ahogar lombrices, eran una manera de declarar que cada uno de ellos seguía siendo tan dueño como siempre de su libertad.

A veces discutían de política, y como J.R. era un decidido republicano y Carl D. un igualmente ferviente demócrata, esos debates tendían a ser explosivos y efusivos. Ambos disfrutaban

enormemente. Otros domingos, según la época del año, discutían sobre deportes. Un partido de fútbol de equipos del instituto podía mantenerlos divertidos y apasionados durante dos horas.

Pero a menudo, a medida que las vidas de ambos se entrecruzaban, los tema de discusión eran la familia, los amigos, el pueblo, mientras el agua lamía la orilla y el sol se filtraba entre los árboles.

Lo que cada uno de ellos sabía era que podía confiar en el otro y que lo que se dijera entre ellos junto al río, junto al río quedaba. Sin embargo, había momentos en que las lealtades eran poco defi

nidas. Sabiéndolo, Carl D. eligió sus palabras y tocó el tema con cuidado.

-Se aproxima el cumpleaños de Ida-Mae. -Carl D. se reflrió a su mujer mientras destapaba su segunda cerveza y estudiaba la serena superficie del río-.

- La freidora eléctrica que le regalé el año pasado sigue siendo un tema de discusión entre nosotros.

-Te lo advertí. J.R. tomó un puñado de patatas fritas de la bolsa abierta.

-Sí, sí.

-Cuando uno le regala a una mujer algo que se enchufa, se está buscando problemas.

-Ella quería una freidora nueva. Se quejaba de lo vieja que estaba la otra.

-No importa. La mujer no quiere recibir un elemento de cocina atado con una cinta vistosa. Lo que quiere es algo inútil. -Me estoy devanando los sesos para saber qué puede ser bastante inútil para mi mujer. Se me ocurrió que podría pasar por la tienda de tu sobrina para que ella me elija algo.

-Ahí acertarás. Tory sabe elegir regalos.

-Su tienda es muy bonita. Ha trabajado mucho.

-Tory siempre ha sido muy trabajadora. Es una muchacha seria y de buena cabeza. Cuesta creer que sea hija de sus padres. Era la oportunidad que esperaba Carl D., pero pese a todo siguió cauteloso.

-Sacó una tira de goma de mascar y siguió su pequeño ritual de desenvolverla y volver a doblar el papel.

-Tuvo una infancia muy dura. Recuerdo que casi nunca abría la boca. No hacía más que observar con esos ojos tan grandes. Tu cuñado tenía una mano muy pesada.

-Lo sé. -J.R. apretó los labios-. Ojalá en ese tiempo hubiera sabido lo que sucedía. No sé si habría habido mucha diferencia, pero ojalá lo hubiera sabido.

-Bueno, lo sabes ahora. Lo estamos buscando, J.R., por ese asunto de Hartsville.

-Me gustaría que lo encontraran y le dieran parte de su merecido. Mi hermana... bueno, su vida se irá al garete de cualquier manera. Pero si él estuviera entre rejas, Tory dormiría más tranquila.

-Me alivia oírtelo decir, J.R. Por aquí suceden cosas peores que esa. Cosas peores que podrían salpicarte.

'¿De qué estás hablando? -De Sherry Bellows.

-¡Dios! ¡Ese sí fue un asunto feo! Muy feo -repitió J.R. meneando la cabeza-. Cosas que suceden en una ciudad, no aquí, en un pueblo como el nuestro.

Una joven bonita como ella... -Cuadró los hombros, se puso tenso y se volvió a mirar fijo a Carl D.-. ¡Dios todopoderoso! ¿Supongo que no creerás que Hannibal tuvo algo que ver con eso?

-No debería estar hablando de esto contigo, pero me ha preocupado toda la noche. Oficialmente debería mantener la boca cerrada. Pero no puedo. En este momento, J.R., tu cuñado no sólo es quien encabeza la lista de sospechosos, sino el único sospechoso.

J.R. se puso de pie. Se paseó por la orilla del río, miró la estrecha curva del agua. Reinaba el silencio sólo quebrado por el parloteo lejano de unos pájaros.

Tuvo que aguzar el oído para oír el murmullo del tráfico del pueblo.

Tuvo que oírlo para poder establecer una conexión entre ese lugar solitario con su pasto alto y húmedo y su agua perezosa y las vidas y negocios de Progress.

-Me cuesta creerlo, Carl D. Hannibal es un bravucón y un imbécil. No puedo decir nada bueno de él, pero matar a esa chica... ¡Por amor de Dios! Matarla... No, no puedo creerlo.

-Tiene una larga historia en maltratar mujeres.

-Lo sé. No estoy disculpándolo. Pero hay diferencias entre tener una mano pesada y ser un asesino.

-Después de un tiempo, esas diferencias se diluyen, sobre todo si existe un motivo.

-¿Qué motivo pudo tener? J.R. se acercó a su amigo y se inclinó para que los ojos de ambos estuvieran a la misma altura-. Ni siquiera conocía a esa chica.

-Se encontró con ella en la tienda de tu sobrina el día en que la asesinaron. Se encontró con ella, habló con ella y, al parecer, ella y Tory fueron las únicas que sabían que él andaba por aquí.

Y hay más -agregó al ver que J.R. meneaba la cabeza-. Note va a gustar.

No puedo decirte cuánto lamento que tu familia esté enredada en un asunto como este.

Pero tengo que cumplir con mi deber.

-Yo nunca te lo impediría. Pero creo que estás equivocado, eso es todo.

-Se volvió a sentar-. Debo creerlo.

-No puedo decirte que no haya pensado en tu cuñado desde un principio, pero fue Tory quien me dirigió hacia él. --Tory?

-La llevé de vuelta conmigo a la escena.

-¿La escena? J.R. lo miró sin comprender y de repente su mirada se llenó de espanto-.

¡La escena del crimen! ¡Dios,

Carl D.! ¡Dios mío! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué hacerla pasar una cosa así? .

J. R. Hay una chica de más o menos la misma edad de mi hija Ella que pasó por algo mucho peor. Tengo un deber hacia ella, J.R, y usare todo lo que esté a mi alcance para cumplirlo. -Tory no tiene nada que ver con esto.

-Te equivocas. Está en el fondo del asunto. ¡Y ahora escúchame antes de empezar a patearme! La llevé de vuelta a la escena del crimen Y lamento que le haya resultado duro, pero lo volvería a hacer.

Ella sabía cosas increíbles. Vio cómo se desarrolló el crimen, como si hubiera estado allí mientras sucedía. He oído hablar de cosas como esa, me he preguntado si serían ciertas, pero hasta ahora nunca las había visto.

Es algo que jamás olvidaré.

-Debes dejarla en paz. No tenías por qué utilizarla así. -Tú no viste a esa chica, J.R. Y le ruego a Dios que nunca veas nada parecido.

Pero si lo hubieras visto, no me estarías diciendo que no tengo que utilizar cualquier cosa con tal de descubrir al asesino. Es la segunda vez que veo algo así. Si le hubiera prestado atención a Tory la primera vez, quizá no hubiera vuelto a suceder.

-¿De qué diablos estás hablando? En Progress nunca se ha violado y asesinado a una mujer.

-No. La primera vez fue una niña. -Notó que J.R. abría los ojos muy grandes y que palidecía-. La primera vez no fue en el pueblo.

Pero Tory estaba allí, lo mismo que ahora. Y cuando ella me dice que la misma persona que mató a Sherry Bellows fue la que mató a la pequeña Hope Lavelle, voy a creerla.

A J.R. se le secó la boca.

-A Hope Lavelle la mató un merodeador.

-Eso se dijo. Era lo que todo el mundo quería creer. Fue lo que creyó el jefe Tate y no voy a decir que estuviera equivocado. Pero yo ya no puedo creer lo mismo.

No trataré de colgarle este crimen a alguien que pasaba por el pueblo. Y además ha habido otros. El FBI está enterado de ellos y algunos de sus agentes vendrán a Progress.

Lo perseguirán, J.R., y hablarán con Tory, con tu madre y con tu hermana. Y contigo.

-Hannibal Bodeen. J.R. ocultó la cara entre las manos-. Esto matará a Sarabeth.

La matará. -Dejó caer las manos-. Volverá a su casa. Allí irá. ¡Dios santo, Carl D.! Irá a ver a Sari y...

-He hablado con el sheriff de ese pueblo. Ha puesto un hombre a vigilar el lugar, a mantener un ojo sobre tu hermana.

-Debo ir yo mismo. Lograr que venga a Progress. -Supongo que si se tratara de mi hermana, yo haría lo mismo. Te acompañaré, para ayudarte a suavizar a la policía de ese lugar.

-Puedo manejar este asunto solo.

-Supongo que sí. -Carl D. asintió y comenzó a reunir sus cosas. Acababa de percibir el enojo, el resentimiento. Esperaba ambas cosas. Y también suponía que lo que había hecho y lo que

tendría que hacer dañaría esa amistad de toda una vida. No podía hacer más que esperar y luego ver cómo recuperar lo perdido-, Sí, supongo que puedes, J.R. -volvió a decir-. Pero igual te acompañaré. Necesito hablar con tu hermana y quiero hacerlo antes de que lleguen los federales y me arrebaten todo este maldito asunto.

-Irás como policía o como mi amigo?

-Soy las dos cosas. He sido tu amigo mucho más tiempo, pero soy ambas cosas. -Apoyó la caña sobre el hombro y miró a J.R. a los ojos-. Y pienso seguir siendo ambas cosas. Si no te molesta, iremos en mi coche. Llegaremos antes.

Le costó, pero J.R. sofocó palabras que sabía penderían de una manera desagradable entre ambos.

Consiguió esbozar una débil sonrisa carente de todo humor.

-Llegaremos aún más rápido si haces sonar la sirena y conduces como un hombre en lugar de hacerlo como una viejita. El alivio quitó algo del peso del corazón de Carl D.

-Tal vez pueda hacerlo durante parte del camino.

Cade luchaba por controlar su mal humor, por cuidar sus palabras. Lo ahogaba la furia cada vez que pensaba en el riesgo tonto que habían corrido su hermana y Tory la noche anterior. Las amenazas y las recriminaciones habrían aliviado parte de su tensión, pero no lo habrían llevado a ninguna parte. No era un hombre que se permitiera avanzar en direcciones ilógicas. Sabía exactamente adónde quería llegar y sólo debía elegir el mejor camino para llegar hasta allí.

La rapidez no era prioritaria, de manera que se tomó su tiempo.

Hacía mucho que no se permitía un perezoso domingo por la mañana. Y, en su opinión, la mejor manera de iniciarlo era mam tener a Tory en la cama lo más serena posible. No sería difícil dijo'

gl-arlr.~ si is mimaba lo suficiente. Y además, eso aliviarla parte de su tensión. .

preparó el desayuno. Cade llevó la conversación hacia asuntos ligeros. Libros, películas, arte. Tenían la suerte de compartir los mismos gustos. No era algo que Cade considerara esencial, sino una especie de premio agradable.

Supuso que Tory no creía que él hubiera notado la cantidad de veces que su mirada se clavaba en una ventana.

No había nada que Cade no notara. Las manos nerviosas que ella trataba de mantener ocupadas, la manera en que se quedaba inmóvil, como tratando de percibir algún cambio en el exterior. Su sobresalto cuando él dejaba que se golpeará la puerta mosquitera al salir de la casa para hacerle compañía mientras ella cuidaba sus plantas de flores.

¿Cuántas veces en la vida me habré topado con mi madre trabajando en el jardín? se preguntó. Y en esas ocasiones tampoco logró saber en qué pensaba ella, mientras podaba plantas y limpiaba parterres. Qué meticulosas, pensó, qué precisas son las dos cuando realizan esa tarea. Se arrodillaban, con sombrero y guantes puestos, y arrancaban hierbas y cortaban flores marchitas.

-¡Y qué furiosas se pondrían ambas si él se atreviese a compararlas!

Durante toda la mañana, la voz y el rostro de Tory estuvieron impertérritos.

-Y eso enfurecía a Cade. Tory se negaba a compartir con él sus nervios. Seguía manteniendo parte de su ser separado de él; se encerraba en sí misma.

Mi madre, pensó de nuevo mientras bajaba del porche y estudiaba la cabeza inclinada de Tory, se mantuvo apartada y encerrada en sí misma. Él no podía hacer nada, nunca pudo hacer nada por alcanzar a su madre.

¡Pero por Dios que alcanzaría a Tory! -Ven. Vamos a dar una vuelta en coche. -¿Una vuelta?

Cade la puso de pie de un tirón.

-Tengo que ver algunas cosas. Acompáñame.

La primera reacción de Tory fue de silencioso alivio. Quedaría sola. Podría acostarse, cerrar los ojos y tratar de ordenar ese remolino de pensamientos que giraban en su cabeza. Gozaría de unas horas de soledad para reparar su muro protector y alejar los temblores.

-Yo también tengo cosas que hacer. Ve tú. -Es domingo.

-Sé qué día de la semana es. Y mañana será lunes. Espero ah gunos nuevos envíos, incluyendo uno de Algodones Lavelle. Tengo papeleo...

-Que puede esperar hasta el lunes. -Mientras hablaba le quitó los guantes de jardinería-. Quiero mostrarte algo. -No estoy en condiciones de ir a ninguna parte, Cade, No tengo bolso.

-No lo necesitarás -aseguró él, guiándola hasta el coche. -Esa es una declaración que sólo un hombre podría hacer. -Lanzó un gruñido cuando él la hizo suhir al cache-. Por lo menos permite que me cepille el pelo.

Cade le quitó el sombrero y lo arrojó al asiento trasero. -Tienes el pelo espléndido. -Se sentó al ~olante antes de que ella pudiera inventar otra excusa-.

Si el viento te despeina, me parecerá aún más atractivo.

Se puso las gafas de sol e hizo retroceder el coche.

-Y sí, ya sé que esa es otra declaración que sólo un hombre es capaz de hacer. -Aceleró-. Cuando te enojas estás más bonita que nunca.

-Entonces en este momento debo de estar fabulosa.

-Por supuesto. Pero la verdad es que me gustas en todos tus estados de ánimo. Eso es bueno, ¿verdad? ¿Cuánto hace que nos conocemos, Tory?

Ella se sostuvo el pelo con una mano. -Unos veinte años.

-No. Sólo dos meses y medio. Antes habíamos oído hablar uno del otro, caminábamos uno alrededor del otro. Quizá de vez en cuando pensábamos o nos preguntábamos algo acerca del otro. Pero sólo hace dos meses que nos conocemos. ¿Quieres saber lo que he aprendido de ti en este tiempo?

Ella no sabía cuál era el estado de ánimo de Cade. Su tono era ligero, su rostro estaba relajado, pero había algo...

-No estoy segura de querer saberlo.

-Esa es una de las cosas que he aprendido. Victoria Bodeen es una mujer cautelosa. No confía con facilidad, ni siquiera en sí misma.

-Si uno se precipita tiene menos posibilidades de aterrizar de una sola pieza. . -Ahí hay otra cosa. Lógica. Una mujer cautelosa y lógica.

Bueno a algunas personas puede parecerles una combinación bastante común y poco interesante. Pero ellos no toman en cuenta el Paquete íntegro. No le agregan la decisión, la inteligencia, el ingenio y la bondad. Y, sobre todo, ignoran la calidez, que es mucho más preciosa porque pocas veces se comparte. Y todo esto está envuelto, a veces demasiado apretado, en un paquete muy atractivo.

Enfiló un angosto camino de tierra y redujo la velocidad. -Ese es todo un análisis.

-Eres una mujer compleja y fascinante, complicada y difícil. Que exige sencillamente porque se niega a exigir. Dura para el ego del hombre, porque nunca pides nada.

Tory no contestó, pero acababa de enlazar las manos, una muestra evidente de tensión. Y en ese momento, en la voz de Cade percibió un atisbo de enojo.

-A partir de aquí caminaremos.

Detuvo el coche y bajó. A cada lado de ellos se extendían los campos con surcos de algodón, plantas que marchaban en fila, como soldados. Tory alcanzó a oler tierra y calor, todos olores maduros, dulces y fuertes. Deben de haber cultivado hace poco estos campos, pensó.

Intrigada, sin saber qué debía hacer allí, ni por qué habían ido, siguió a Cade a lo largo de los surcos, con las plantas jóvenes rozándole las piernas y recordándole su infancia.

-No ha llovido mucho -comentó Cade-. No nos hará falta tanta irrigación como a las otras plantaciones. La tierra mantiene más la humedad cuando no está atiborrada de productos químicos. Si uno la trata como una cosa natural, prospera como algo natural. Si uno insiste en cambiarla, la obliga a vivir de acuerdo a nuestras expectativas tiene más y más necesidades sólo para mantenerse. Dentro de un par de meses se abrirán las vainas.

Se agachó, se sacó las gafas y las enganchó en la camisa antes de coger una vaina cerrada.

-Mi padre habría usado un regulador para retrasar el crecimiento y un defoliante para matar las hojas. Eso era lo que él sabía, Así se hacía. A la gente no le gusta que uno haga cosas distintas. Hay que demostrarles que uno tiene razón. Hay que quedé hacerlo. -Se enderezó y la miró a los ojos-.

¿Cuánto debo mostrarte a ti, Tory?

-No sé a qué te refieres.

'Supongo que casi todo el mundo te ha tratado de una cierta.

manera. Eso era lo que sabías. Así se hacía. Pero yo creo haber actuado de otra manera.

-Estás enojado conmigo.

-Sí, claro. Ya llegaremos a eso. Pero ahora te estoy preguntando qué quieres de mí. Exactamente qué quieres.

-No quiero nada, Cade.

-¡Maldita sea! Esa no es la respuesta correcta.

-Cuando él se alejó, ella se apresuró a seguirlo.

-¿Por qué es la respuesta equivocada? ¿Por qué debo querer cosas de ti, o querer que tú seas algo, que hagas algo, cuando he sido más feliz contigo que nunca en mi vida. Contigo tal como eres.

Él se volvió hacia ella. El sol azotaba sin piedad los campos.

Cade sintió que el calor le inundaba.

-Me estás diciendo que te hice feliz. Pero yo te diré lo que está mal.

Yo quiero cosas de ti, y nuestra relación no prosperará si todo es unilateral.

De esa manera ninguno de los dos será feliz por mucho tiempo.

El dolor golpeó a Tory.

-Quieres terminar conmigo. Yo no... -Se le quebró la voz. Se le llenaron los ojos de lágrimas-. No puedes... -Retrocedió, buscando palabras-. Lo siento.

-Deberías arrepentirte de haber pensado eso.

-No hizo ningún comentario sobre las lágrimas de Tory, pero entrecerró los ojos-.

Te dije que estaba enamorado de ti. ¿Crees que porque eres difícil puedo borrar ese sentimiento? Te traje hasta aquí para demostrarte que termino lo que empiezo, que lo que me pertenece recibe todo lo que tengo.

Tú me perteneces. -La tomó por los brazos y la levantó hasta que ella se puso en puntillas--

Me estoy cansando de esperar que te convenzas de eso.

Cuido lo que es mío, Tory, pero pretendo algo a cambio. Te dije que te quiero. Devuélveme algo.

-¿No comprendes que lo que siento por ti me da miedo? -Tal vez lo comprenda si me dices lo que sientes por mí. -Demasiado. -Cerró los ojos-.

Tanto que no puedo irraginar la vida sin ti. No quiero necesitarte.

-Pero los demás te necesitan.

Yo te necesito. --Le dio una pequeña sacudida que la obligó a abrir los ojos-. Te quiero, Victoria, y eso me ha valido momentos muy malos.

-Apretó los labios contra la frente de ella-. Y aunque pudiera, no modifica ría mis sentimientos.

Quiero tratar este asunto con tranquilidad. -Apoyó la mejilla contra el pecho de Cade y sonrió un poco cuando el tomó las gafas y las arrojó al suelo-. Sólo quiero ser normal en este asunto.

_Por qué crees que es normal estar tranquila cuando se trata de amor? Yo no estoy tranquilo. -Le pasó una mano por el pelo- ~ ¿Me quieres, Tory?

Ella lo aferró con fuerza, como buscando un ancla. -Sí, pero...

-Sólo sí. -Le hizo levantar la cabeza-. Dejémoslo en sí murmuró, besándola-. Repítelo para que los dos nos acostumbremos a oírlo. ¿Me quieres?

-Sí. -Lanzó un suspiro tembloroso y le enlazó los brazos alrededor de su cuello.

-Ya está mejor. ¿Me quieres, Tory? Esa vez ella rió.

-Sí.

-Casi perfecto. -Frotó los labios sobre los de ella, sintió que se suavizaban-.

¿Te casarías conmigo, Tory?

-Sí. -Abrió los ojos y retrocedió-. ¿Qué has dicho?

-Aceptaré la primera respuesta. -La alzó y la besó hasta dejarla mareada y sin aliento.

-No. Bájame. Déjame pensar.

-Lo siento. Creo que esta vez no has sido cautelosa.

Ahora tendrás que vivir con eso.

-Te consta que fue una treta.

-Una maniobra -corrigió él mientras la llevaba al coche-. Una maldita buena maniobra, aunque sea yo mismo quien lo diga.

-Cade, el matrimonio no es una broma y es algo en lo que yo todavía no he empezado a pensar.

-Entonces tendrás que pensar con rapidez.

-Si prefieres un gran casamiento, tendremos que esperar hasta el otoño, después de la cosecha. -La sentó en el coche-. Pero si quieres una boda íntima que es lo que yo preferiría, el fin de semana que viene me vendría muy bien.

-¡Basta! ¡Basta, por favor! Todavía no he aceptado casarme contigo,

-Por supuesto que has aceptado. -Se sentó a su lado-.

-Puedes retroceder, fanfarronear, dar vueltas, pero el hecho es que te quiero. Y tú me quieres. Nos encaminamos al matrimonio. Esa es la clase de personas que somos, Tory. Quiero una vida contigo.

Quiero formar una familia contigo.

-Familia. -De sólo pensarlo se le congeló la sangre comprendes que eso es porque... ¡Oh, Dios, Cade!

El le tomó el rostro entre las manos.

-Nuestra familia, Tory. La que tú y, yo hagamos juntos será nuestra.

-Tú sabes que nada es tan sencillo.

-Este asunto no tiene nada de sencillo. Que esté bien no quiere decir que sea sencillo.

-No es el momento, Cade. Están sucediendo demasiadas cosas.

Justamente por eso es el momento perfecto.

-Ya hablaremos acerca de esto -dijo ella mientras recorrían el camino de tierra-. Cuando la cabeza no me gire.

-De acuerdo, hablaremos todo lo que quieras. -Cuando el camino se abrió, tomó el sendero de la izquierda. Tory se irguió en el asiento, con el corazón palpitándole.

-¿Adónde vas?

-A Beaux Réves. Tengo que recoger algo. -Yo no puedo ir allí.

-Por supuesto que puedes. -Apoyó una mano en la de ella-.

-Es una casa, Tory. Sólo una casa. Y es mía.

A ella le ardía el pecho y tenía las palmas húmedas.

-No estoy preparada. Y a tu madre no le gustará. Es el hogar de tu madre, Cade.

-Es mi hogar -la corrigió él con frialdad-. Y será nuestro hogar. Es algo que mi madre tendrá que asumir.

Y pensó que Tory también tendría que asumirlo.

Era, consideró Tory, una casa maravillosa. No grandiosa y elegante como las antiguas casas de Charleston, con su fluidez y su gracia femenina, pero sí vibrante, única y poderosa. De niña, pensaba en esa casa como en un castillo.

Un lugar de ensueño, belleza y enorme fuerza.

En las pocas ocasiones en que se atrevió a entrar en ella, habló en susurros, como si entrase en una catedral. Pero entró pocas veces, demasiado tímida y atemorizada para animarse a enfrentarse a la expresión de desaprobación de Margaret Lavelle. Y todavía demasiado joven para protegerse contra los dardos que eran los pensamientos de Margaret.

Pero gracias a Hope vio, tocó y olió cada una de las habitaciones de Beaux Réves. Conocía el paisaje que se veía desde cada ventana, la sensación que producían los suelos de madera y de baldosas. También olía el aroma que flotaba en el despacho de la torre, esa mezcla de cuero, whisky y tabaco que significaba hombre. Papá.

No podía ver ahora la casa a través de los ojos de Hope, ser atraída hacia ella, a su interior, de esa manera. Debía verla a través de sus propios ojos.

A través del presente.

Le seguía resultando tan fabulosa como la primera vez que la ~ Fabulosa y orgullosa contra el cielo, con torres que se alzaban desafiantes. Beaux Réves. Sí, era exactamente eso. Hermosos sueños, con flores diseminadas a sus pies como ofrendas y grandes árboles que custodiaban sus flancos.

Por unos instantes Tory olvidó que la última vez que ha, bía visto esa casa llegó hasta allí renqueando por el parque con horror en los ojos y muerte en el corazón.

-No ha cambiado -murmuró. -¿Hmm?

-La casa sigue idéntica, permanece, más allá de lo que suceda a su alrededor o en su interior. Eso es algo maravilloso.

Para él significaba mucho percibir el placer en la voz de Tory cuando se refería a su casa.

-Mis antepasados tenían ego y humor. Son rasgos importantes que plasmaron en los edificios. -Detuvo el coche y apagó el motor-. Entremos.

-Te estás buscando problemas.

Cade bajó y rodeó el coche para abrirle la puerta.

-Le estoy pidiendo a la mujer que amo que entre en mi casa. -Le tomó la mano y la ayudó a bajar. Tory recordó que por suave que Cade fuese, era igualmente cabeza dura-. Si hay problemas, los enfrentaremos.

-Para ti es más fácil. Igual que la casa, te apoyas sobre los cimientos. Yo siempre he tenido que hacer equilibrio sobre terreno pantanoso, de manera que debo cuidar mis pasos. -Lo miró-. ¿Para ti es muy importante que yo dé este paso?

-Sí, lo es.

-Vale, pero recuérdalo si termino hundiéndome.

Subieron los escalones que conducían a la galería. Tory recordó haber estado sentada allí con Hope, jugando o estudiando un mapa de piratas. Largos vasos de limonada, húmedos por fuera. Galletas bañadas en azúcar. El aroma de rosas y de lavanda. Esas imágenes entraban y salían de su mente. Dos jovencitas, con los brazos y las piernas bronceados por el sol, las cabezas inclinadas muy cerca una de la otra. Susurrando secretos, a pesar de que no había nadie que pudiera oírlas.

-Aventura-dijo Tory en voz baja-. Ese era nuestro santo y seña.

-¡Ibamos a vivir tantas aventuras!

-Ahora las viviremos. -Levantó una mano de Tory para besarla-. A Hope le gustaría, ¿no crees?

-Sí, supongo que sí. A pesar de que a ella no le interesaban mucho los varones. -Tory consiguió sonreír, mientras Cade abría la puerta-. Son demasiado tediosos y tontos. -El corazón

le palpitaba y el gran vestíbulo con sus hermosos mosaicos verdes se extendía frente a ella como un foso-. Cade.

Confía en mí -dijo él, haciéndola entrar.

El aire era fresco. Allí dentro siempre estaba fresco y fragante. Tory recordaba la magia de esa frescura y cuánto contrastaba con el calor sofocante de su casa. También recordaba que la sory re cordó babe ~e~tado allí de pie, ju nolarCade~ Casii en el lugar exacto en que se encontraban ahora.

-Eras alto para tu edad. -Luchó para que no le temblara la voz-- A mí me parecías muy alto, y muy buen mozo. El príncipe del castillo.

-Y todavía lo eres. Casi nada ha cambiado.

-Para los Lavelle, la tradición es una religión. Se nos enseña desde que nacemos. Es tanto un alivio como una trampa. Ven a la sala de estar. Te traeré algo fresco para beber.

A ella no se le permitía entrar en la sala de estar, y estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo. Si entraba por la puerta trasera, podía sentarse en la cocina. Lilah le servía té helado o una coca-cola, una galleta o algún bocado especial.

Y si ayudaba a barrer, le daba veinticinco centavos que ella guardaba en el frasco que tenía debajo de la cama.

Pero no se le permitía entrar en las habitaciones de la familia. Haciendo un esfuerzo, Tory apartó las antiguas imágenes que querían entrometerse y se concentró en el presente. Los

lirios tempranos estaban en flor, y había un florero lleno de ellos sobre una mesa maravillosa ubicada debajo de la curva de la escalera.

El perfume de esas flores era absolutamente femenino. A ambos lados del florero había altas velas blancas en candelabros azules. Nadie las encendía, de manera que se alzaban inmaculadas. Igual que una fotografía, pensó ella. Cada objeto, cada lugar seguía igual, como si hubiera permanecido así durante décadas. Y ahora, ella se introducía allí.

Cuando se acercaba a la puerta de la sala de estar, Margaret apareció en lo alto de la escalera.

-¡Kincade! -exclamó con voz aguda y penetrante. La mano quería temblarle mientras aferraba el pasamanos, pero ella no se lo permitiría. Con la cabeza en alto, bajó varios escalones-. Me gustaría hablar contigo.

-Por supuesto. -Cade conocía ese tono, esa postura, y no se molestó en enmascarar su respuesta con una sonrisa amable-.

Estaba por hacer pasar a Tory a la sala de estar. ¿Por qué no te reúnes con nosotros?

-Prefiero hablar contigo en privado. Sube, por favor. mentó a volverse, segura de que él la seguiría.

-Me temo que eso tendrá que esperar -contestó él con tono afable-.

Tengo una invitada.

Margaret se detuvo en seco y volvió la cabeza en el momento en que Cade hacía pasar a Tory a la sala de estar.

-¡No hagas esto, Cade! -A Tory ya la herían la tensión y las punzadas de animosidad-. No tiene sentido.

-A mí me parece esencial. ¿Qué te apetece beber? Estoy seguro de que Lilah tiene té helado en la cocina o, si lo prefieres, en el bar hay agua mineral.

-No necesito beber nada. Y no me utilices como un arma. No es justo.

-Cariño. -Cade se inclinó para besarle la frente-, no lo estoy haciendo.

-¿Cómo te atreves? -Margaret estaba de pie en el umbral, pálida y tensa, los ojos ardientes de furia-.

¿Cómo te atreves a desafiarme de esa manera y con esta mujer? He aclarado perfectamente mis deseos. No quiero que ella entre en esta casa.

-Tal vez yo no haya aclarado bien los míos.

-Cade se volvió y apoyó una mano en el hombro de Tory-. Tory está conmigo y es bienvenida en esta casa.

Y espero que todos mis invitados sean tratados con cortesía.

-Ya que insistes en mantener nuestra conversación en su presencia, no veo que haya ninguna necesidad de simular cortesía o buenos modales.

El escenario, pensó Tory, está perfectamente preparado.

-Sólo cambian los personajes.

-Eres libre de acostarte con quien quieras. No puedo impedir que pases tu tiempo con esa mujer ni que generes cotilleos que nos afectan a todos. Pero no permitiré que tu amante esté bajo mi techo.

-Ten cuidado, mamá. -La voz de Cade era suave, peligrosamente suave-.

-Estás hablando de la mujer con quien voy a casarme.

Margaret retrocedió como si su hijo acabara de pegarle. Su rostro adquirió un tono carmesí.

-¿Te has vuelto loco?

¿Cuáles serán mis frases?, se preguntó Tory. Sin duda debo decir algo en esta extraña puesta en escena.

-No estoy pidiendo tu aprobación. Lamento que te angustie, pero tendrás que adaptarte a la situación.

-Cade. -dijo Tory-. Estoy segura de que tu madre preferiría hablar contigo en privado.

-¡No pongas palabras en mi boca! -replicó Margaret de mal modo-.

-Veo que he esperado demasiado tiempo. Si insistes en seguir con esta mujer, corres el riesgo de perder Beaux Réves.

-Litilizaré mi influencia para convencer a los integrantes del directorio de Algodones Lavelle de que te pidan la renuncia como presidente de la empresa.

--Puedes intentarlo -contestó él con tranquilidad-. Pero no tendrás éxito.

Yo lucharé paso a paso contigo y te llevo ventaja. Y aun en el caso de que pudieras minar mi posición en la planta, cosa que dudo, nunca podrás tocar la plantación.

-¿Esta es la gratitud que me demuestras? Debe de ser obra de esa mujer.

-Los tacones de Margaret repiquetearon sobre el parquet mientras se adelantaba con rapidez. Cade sencillamente dio un paso interponiéndose entre su madre y Tory.

-No; es obra mía. Enfréntate conmigo.

-¡Vaya! ¡Tenemos fiesta! -Faith entró, con Bee corriendo tras ella. Tenía los ojos brillantes de excitación y una sonrisa maliciosa en los labios-.

- ¡Hola, Tory! ¡Qué bonita estás! ¿Os apetece un poco de vino?

-Me parece una idea excelente, Faith. Sírvele un poco de vino a Tory. Enfréntate conmigo - le volvió a decir a Margaret.

-Estás deshonorando a tu familia y el recuerdo de tu hermana.

-No; pero lo estás haciendo tú. Es una vergüenza que culpes a una niña de la muerte de otra.

- Es una vergüenza que trates a una mujer inocente con tanto desprecio y maldad, debidos a tu propio dolor y a tu sentido de culpabilidad.
- Lamento que nunca hayas podido mirar más allá de esa culpa y ese dolor, para ver a los hijos que te quedaban, la vida que podrías haber construido fuera de esa burbuja en la que te enfrascaste.

-¿Cómo te atreves a hablarme así?

-He intentado todas las demás maneras. Si continúas viviendo como has vivido durante estos últimos dieciocho años, será tuya la elección. Faith y yo tenemos vidas propias. Y viviré la mía ~ con Tory.

-Bueno, ¡felicitaciones! -Faith levantó el vaso de vino que se acababa de servir y lo bebió-. Supongo que en lugar de vino deberíamos beber champán, Tory.

Permite que sea la primera en darte la bienvenida a nuestra feliz familia.

-¡Cállate! -siseó Margaret y no obtuvo de su hija más que un leve encogimiento de hombros-. ¿Crees que no sé por qué haces esto?

-le espetó a Cade-. Por rencor hacia mí. Para castigarme por males imaginarios. Soy tu madre y, como tal, desde el día en que naciste he hecho todo lo posible por ti. -Lo sé.

-Qué deprimente, ¿verdad? -murmuró Faith. Cade la miró y meneó la cabeza.

-Note guardo rencor y no tengo por qué castigarte.

No estoy haciéndote esto a ti, mamá. Lo estoy haciendo por mí.

En mi vida ha sucedido un milagro. Tory ha vuelto a ella. -Volvió a coger la mano de Tory, que estaba fría, y la hizo ponerse de pie a su lado-.

-Y descubrí que soy capaz de más de lo que suponía.

Soy capaz de amar y de querer hacer lo mejor por ella. En este caso, estoy recibiendo la mejor parte. Ella no lo cree, ni siquiera lo creerá después de hoy.

Pero yo lo sé. Y estoy decidido a conseguirlo.

-Mañana mismo el juez Purcell terminará de redactar mi nuevo testamento.

Os desheredaré a los dos, y no os dejaré ni un centavo. -Miró a Faith con furia-.

Ni un centavo, ¿entiendes? A menos que me apoyes ahora.

Tú no tienes nada que ganar con esta mujer -le dijo a Faith-. Me encargaré de que recibas tu parte y la de Cade, comenzando por la Casa del Pantano y la tienda de la calle Market.

Faith contempló su vino.

-Hmmm. ¿Y a cuánto ascendería esa suma?

-Cerca de cien mil -le dijo Cade-. No sé lo que puede valer mi parte, pero supongo que se acerca a las siete cifras. -¡Uff! -Faith apretó los labios-. De manera que todo eso será mío si arrojo a Cade a las fieras, por así decirlo, y hago lo que tú quieres que haga. -Esperó un instante-.

Pero me pregunto, ¿alguna vez he hecho lo que tú querías, mamá?

-Sería prudente que lo pensaras. . -Segunda pregunta: ¿cuándo he sido prudente?
¿Quieres vino, Cade, o preferirías una cerveza?

-No repetiré este ofrecimiento -aseguró Margaret con frialdad-. Si os negáis, abandonaré esta casa y vosotros y yo no tendremos más que hablar.

-Lo lamentaré -dijo Cade-. Espero que con el tiempo cambies de idea.

~~Estás dispuesto a elegirla a ella antes que a tu propia familia?

¿Antes que a los de tu propia sangre?

-Sin vacilar. Lamento que tú nunca hayas sentido eso por nadie. Si así fuera, no cuestionarías mi actitud.

__Esa mujer te arrumará. -Margaret miró a Tory-. Te crees muy lista.

Crees que has ganado. Pero estás equivocada. A la larga él te verá tal como eres y entonces estarás perdida.

-Cade me ve tal como soy. Ese es mi milagro, señora Lavelle.

Por favor, le pido que no lo obligue a elegir entre nosotras. No nos obligue a todos a vivir con eso.

-Tuve otra hija que te eligió a ti, y pagó un precio muy alto.

Ahora te llevarás a otro de mis hijos. Haré los arreglos necesarios para partir de inmediato - le dijo a Cade-. Ten la decencia de mantenerla fuera de mi vista hasta entonces.

-¡Vaya por Dios! -Mientras su madre salía, Faith se sirvió un segundo vaso de vino-. ¡Esto sí que ha sido agradable! -¡Faith!

-No me mires así -le dijo a Cade-. Supongo que para ninguno de vosotros ha sido divertido, pero para mí sí. Muy divertido.

Dios es testigo de que lo tiene merecido. Ten. -Puso el vaso de vino en manos de Tory-. Por tu cara, creo que esto te vendrá bien.

-Ve a hablar con ella, Cade. No puedes dejar esto así.

-Si lo hace, le perderé este nuevo respeto y admiración. -Paith se puso de puntillas y besó la mejilla de su hermano-.

Parece que, después de todo, no logró arruinarnos a los dos. Cade le cogió una mano.

-Gracias.

-Ha sido un placer, querido. -Sostuvo el vaso en alto mientras se dejaba caer en un sillón y sonrió cuando Bee saltó a su regazo-, Por mi parte, pienso celebrarlo.

-¿Qué vas a celebrar? ¿El anuncio de que Cade piensa casarse conmigo o la infelicidad de tu madre?

Faith inclinó la cabeza y estudió a Tory.

-Yo puedo hacer las dos cosas, pero por lo visto tú no.

Tienes demasiada sensibilidad. Y bondad. Eso es algo que mi madre odiaría.

Una cosa más para celebrar -decidió, y bebió otro sorbo de vino.

nade Lo que acabas de decir no es agradable, Faith -murmuró

Déjame cacarear un rato. No todo el mundo es tan generoso como vosotros.

¡Dios mío! Realmente estáis hechos el uno para el otro. ¿Quién lo hubiera dicho? Me alegro por vosotros, ¡Qué increíble! Me siento feliz por vosotros.

Creo que me he puesto demasiado sentimental.

-Trata de controlar esta bochornosa demostración de sentimientos. -Impaciente, Cade se volvió hacia Tory y le acarició los brazos-. Tengo que sacar algunas cosas de mi despacho, Después nos iremos. ¿Estás bien?

-Habla con tu madre, Cade.

-No te preocupes. -La besó con ligereza-. No tardaré. -Bebe tu vino -sugirió Faith cuando se quedaron solas Le devolverá un poco de color a tus mejillas.

-No quiero vino. -Tory apartó el vaso y se encaminó a la ventana.

Quería volver a estar fuera, donde podría respirar. -Si insistes en conservar esa expresión de infelicidad, lo único que lograrás será estropearle esto a Cade.

Él lo ha hecho ~pporque te ama.

-¿Y tú?

-Una pregunta interesante. Hace un año...

¡Mierda! Probablemente hace un mes, habría aceptado su proposición.

Es una importante suma de dinero y a mí me gusta todo lo que el dinero puede comprar.

-No, nunca la habrías aceptado, y te diré por qué. -Tory la miró-.

En primer lugar porque te encanta la posibilidad de tirarle a tu madre su propuesta a la cara. Y en segundo lugar, y más importante, no la habrías aceptado por Cade. Porque quieres a Cade.

-Sí, lo quiero, y el cariño no es algo que nos resulte fácil a ninguno de los dos.

Mi madre se encargó de eso.

-¿Le echarás la culpa de todo?

-No; sólo las que merece. Yo arruiné buena parte de mi vida por mí misma.

Pero Cade no. Él jamás se hizo daño ni dañó a nadie.

Lo quiero muchísimo.

Tory la miró, sorprendida. Los ojos de Faith todavía brillaban, pero estaban llenos de lágrimas.

-Cade no le habló así a mamá para herirla, sino porque era la verdad.

En cambio yo lo habría hecho para herirla. Puedes tenerle lástima si quieres, pero no esperes que se la tenga yo.

Contigo Cade tiene una oportunidad, y quiero que la viva.

-¿Por qué no se lo dijiste?

-Te lo digo a ti. Veo lo que él siente por ti y ojalá yo pudiera sentirlo por alguien. No para llegar a ser una persona mejor. Yo nie gusto tal como soy, pero si a alguien le importa tanto...

-Estudió el vaso de vino, la luz de la ventana que brillaba en él-.

Si alguien nos importa tanto, lo lógico es que nos saque algo. ,Apartó la vista del vaso y miró a Tory-. ¿No es así?

-Sí. Pero empiezo a creer que es algo que una ya no necesita n1ás. No lo necesitas si alguien corresponde a tu amor. -Interesante. Vale la pena pensarlo. -Levantó la mirada al oír entrar a Cade-. Supongo que ahora querréis estar a solas.

-Sí.

-Entonces Bee y yo nos iremos -Acarició a la perrita y luego la depositó en el suelo-. En realidad, creo que saldremos y nos quedaremos fuera hasta que se aclare el aire. -Al pasar, tocó la mejilla de Cade-. Y os sugiero que hagáis lo mismo.

-Todavía no. -Esperó a que saliese su hermana y luego le tendió una mano a Tory-. Quiero hacer esto aquí. Será como cerrar un círculo.

-Cade, esto ha sido difícil para ti, para todos vosotros. Yo...

-No, no fue difícil. Y ya está hecho. Tú y yo recién empezamos.

-Sacó una caja del bolsillo y la abrió. El diamante reflejó la luz del sol-.

Este anillo fue de mi abuela, y lo heredé.

El pánico ahogó a Tory.

-No. -Tironeó su mano, pero él la sostuvo con firmeza. -Lo heredé -repitió Cade- con la esperanza de que llegaría el día en que se lo daría a la mujer con quien me quisiera casar. No se lo di a Deborah.

Nunca se me ocurrió dárselo. Supongo que sabía que lo estaba guardando para alguien. Que estaba esperando a alguien. Mírame, Tory.

-Es todo tan rápido. Deberías tomarte más tiempo.

-Veinte años o dos meses. Para nosotros, el tiempo nunca ha sido importante.

Si no puedes creer y confiar en lo que te digo, si eso no basta, te pido que mires lo que siento. -Apoyó la mano de Tory sobre su corazón-.

Mírame por dentro, Tory.

Ella no se pudo resistir. Y la calidez del ruego de Cade la inundó. Calidez y fuerza. Y esperanza. El corazón de él latía bajo la palma de su mano, su mirada no se apartaba de ella. Confianza, Pensó Tory. Cade le confiaba todo lo que era.

El paso siguiente debía darlo ella.

-ojalá pudieras mirarme por dentro a mí, porque no sé explicarte lo que siento.

Me atemoriza, porque es demasiado. Nunca quise volver a enamorarme.

Pero ignoraba que podía ser distinto. No sabía que serías tú.

¡Eres tan fuerte, Cade! -ya sonriente, levantó una mano para jugar con el pelo de él_. Me contagias tu fuerza.

-Cásate conmigo.

-¡Oh, Dios! -Respiró hondo-. Sí. -Bajó la mirada cuando él le deslizó el anillo en el dedo-. ¡Es una belleza! Me marea mirarlo.

-Te queda un poco grande. -Pasó el pulgar alrededor de la banda de oro-.

Tienes manos delicadas. Lo haremos achicar, -Todavía no. Quiero acostumbrarme a usarlo.

-Cerró la mano y suspiró-. Ella lo amaba. -Volvió a mirarlo-.

Hablo de tu abuela. Lo amaba. Se llamaba Laura y era feliz.

-Y también lo seremos nosotros -prometió él. Tory le creyó.

Carl D. hizo sonar la sirena y mantuvo el cuentakilómetros a ciento veinte durante todo el trayecto por la I-95. No era necesario, por supuesto, pero le producía una pequeña satisfacción. Y Dios era testigo de que entretenía a J.R.

Apagó la sirena cuando se aproximaban a la salida.

-Tal vez deberíamos seguir haciendo esto los domingos, en lugar de pescar.

-Sí, remueve la sangre -convino J.R.-. Es fácil olvidarse de que uno es viejo e inútil cuando se vuela por el camino.

-¿A quién llamas viejo e inútil? Si crees que así te resultará más sencillo, te diré lo que haremos, J.R. Te dejaré en la casa de tu hermana e iré a hablar de la situación con el sheriff. Eso te dará tiempo de conversar con ella y de convencerla de que empiece a empacar algunas cosas.

-Te lo agradezco. -El estado de ánimo de J.R. decayó, pero hizo lo posible por disimularlo-. Ella no querrá ceder, así que me costará convencerla. Creo que le diré que estamos seguros de

que Han sigue en Progress, así que estará más cerca suyo si viene a casa conmigo.

-Tal vez sea la verdad. Y por ese motivo, pondré más hom~ bres en tu calle. Quiero que empieces a usar ese sistema de alarma que hace dos años Boots hizo que colocaras.

-Lo hemos estado usando desde que encontraste a la chica Bellows. Boots asegura que no descansa un minuto a menos que lo tengamos conectado. -Pensó en su pueblo, en las calles por las que Podía caminar con los ojos cerrados, en las personas quienes conocía por su nombre.

Y en todos los que lo conocían a él.

.No es así como se supone que debería ser.

_No, pero a veces es lo que sucede. Tú y yo nos criamos de cierta manera, J.R. Hemos sido testigos de los cambios operados en Progress y la mayoría son buenos. Nos inclinamos ante esos cambios, tal vez perdimos algo cuando construyeron casas en los terrenos donde en un tiempo jugamos a la pelota. Pero los aceptamos. Sin embargo a algunos cambios hay que tomarlos de una manera diferente.

J.R. sonrió.

-¿Qué diablos significa eso? -Maldito si lo sé. ¿Debo doblar aquí?

-Sí. El camino está lleno de baches. Cuidado con el coche. Me avergüenza el lugar donde ha llegado a vivir mi hermana, Carl D.

-Note preocupes. Hace demasiado tiempo que somos amigos para que te preocupen esas tonterías. -El coche avanzaba a los tumbos. Carl D. redujo la velocidad y miró al frente entrecerrando los ojos-. ¿Qué demonios es esto?

¡Maldita sea! Hay problemas. ¡Maldita sea! -repitió y aceleró a fondo.

Había dos coches de policía estacionados frente a la casa. Cintas policiales amarillas rodeaban el jardín. Cuando Carl D. frenó, se les acercó el policía uniformado que montaba guardia en el porche.

-Soy el jefe Russ de Progress. -Le enseñó su placa-. ¿Qué ha sucedido?

-Un incidente, jefe Russ. -El oficial estaba pálido-. Debo pedirle que se quede aquí. El sheriff está dentro. Será necesario que él lo identifique.

-Esta es la casa de mi hermana -dijo J.R.-. ¿Dónde está ella?

-Tendrá que preguntárselo al sheriff. Por favor, no pasen de la cinta amarilla -ordenó, y entró en la casa.

--Algo le ha sucedido a Sarabeth. Debo...

-Espera. -Carl D. lo retuvo por un brazo-. No puedes hacer nada. Debemos esperar. ya había visto la mancha oscura sobre la tierra, fuera del gallinero, y una segunda mancha cerca del pasto crecido.

El sheriff Bridger era un hombre fornido con la cara marcada por los años y la intemperie. Tenía ojos celestes rodeados por arrugas que parecían quemadas por el sol. Al salir estudió la zona se tomó un momento para secarse el sudor que le penaba la frente y luego se acercó a los recién llegados.

Jefe Russ.

-Así es, sheriff. Este es el señor Mooney. Busca a su hermana, Sarabeth Bodeen. Qué ha sucedido?

Bridger clavó en J.R. la mirada de sus ojos celestes. -¿Usted es hermano de Sarabeth Bodeen?

-Sí. ¿Dónde está mi hermana?

-Lamento tener que decírselo, señor Mooney, pero su hermana ha muerto.

-¿Muerto? ¿De qué está hablando? ¡No puede ser! Hablé con ella hace menos de dos días. Carl D., tú me dijiste que había vigilancia policial aquí.

-Así es. Teníamos un guardia. Y esta mañana también perdí a uno de mis hombres. Un buen hombre, padre de familia. Lamento su pérdida, señor Mooney.

-Siéntate, J.R. Quiero que te quedes sentado hasta que te sostengan las piernas. -Carl D. abrió la puerta del coche y obligó a su amigo a sentarse dentro.

J.R. tenía la cara enrojecida y había comenzado a temblar con violencia.

-¿Alguien puede traerle un poco de agua, sheriff? Bridger le hizo una seña a uno de sus hombres. -Purty, un vaso de agua para el señor Mooney.

-Tú te quedas sentado. -Carl D. se agachó junto a su amigo y al hacerlo le crujieron las rodillas-. Sólo debes quedarte sentado y recuperar el aliento.

- Deja que yo me ocupe de todo.

-Acababa de hablar con ella -repitió J.R-. Hablé con ella el viernes por la tarde.

-Lo sé. Pero tú te quedas sentado hasta que yo vuelva. -Se alejó del coche y volvió a hablar cuando estuvo seguro de que J.R. no alcanzaría a oír lo que decía-. ¿Puede explicarme qué ha sucedido?

-Flint tenía que montar guardia de dos de la madrugada a diez de la mañana. No supimos que había problemas hasta que vinieron a relevarlo y lo encontraron allí. -Bridger señaló el gallinero.

-Le dispararon por la espalda. Era joven y fuerte. Se arrastró varios metros con la bala dentro. Tenía su arma en la mano.

-Pero alguien le apoyó una pistola en la sien y apretó el gatillo.

-Tenía treinta y tres años, jefe Russ, y un hijo de diez años y una hija de ocho.

Me siento responsable de que ahora no tengan padre. Yo lo mandé a montar guardia aquí. Sabíamos que Bodeen es peligroso, pero ignorábamos que estuviera armado. Nunca usó un arma de fuego en anteriores crímenes.

sus a

Carl D. se pasó el dorso de la mano por la boca. -¿Y la señora Bodeen?

Sarabeth. Sari Mooney, quien se había sentado en el porche de la casa de su madre, comido en su mesa.

-Creo que ella sabía que él se acercaba. Había hecho una maleta. En el dormitorio encontramos una lata de café vacía y tengo la impresión de que allí guardaba el dinero de la casa, que ha desaparecido.

La puerta estaba abierta y no fue forzada. Ella lo dejó entrar, o él entró por su cuenta. Le disparó dos veces, en el pecho y en la nuca.

A pesar de la pena que sentía, Carl D. estudió la ubicación de la casa y el terreno.

-Supongo que habrá investigado algo ya.

-Sí. Hablamos con los vecinos. Alrededor de las cinco o cinco y media de la mañana oyeron algo parecido a disparos.

Pero por aquí la gente no se mete en la vida de los demás y nadie prestó demasiada atención.

El calor era despiadado. Carl D. sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara mientras sentía que el sudor le empapaba la camisa. -¿Y cómo diablos llegó hasta aquí?

-No sé. Tal vez hizo autostop. O robó un coche.

-¿Para apoderarse del dinero que contenía una lata de café? No me parece lógico. ¿Ella había hecho una maleta?

-Así es. Con su ropa y parte de la de él. Sabía que él vendría.

Estamos comprobando las llamadas. Suponemos que la llamó y ella le explicó donde estaba nuestro hombre.

Ella nunca quiso cooperar con la policía.

Y él la culpaba por la muerte de su hombre, a pesar de que ella estaba tan muerta como Eva.

-<Le parece que, como pariente más cercano, el señor Mooney estará en condiciones de identificarla?

-Sí. -Carl D. se volvió a frotar la boca-. ¿Ya han informado del hecho a la madre de la difunta?

-No. Me iba a encargar de eso al volver a la oficina.

-Le agradecería que me permitiera hacerlo a mí, sheriff Bridger, Ella me conoce.

-Se lo agradeceré. No es algo que me guste hacer.

-Muy bien. Entonces llevaré a J.R. a casa de su madre. Así todo será más fácil para ellos.

-De acuerdo. Ahora Bodeen es el asesino de un policía, jefe Russ.

Si cree que eso consolará de alguna manera a su amigo, asegúrele que ese bastardo no logrará huir.

-Manténgame al tanto de todo, sheriff, y yo haré lo mismo con usted.

Mañana o pasado llegarán los federales a mi oficina. Le harán una visita.

-Bien. Pero este es mi terreno y fue a mi hombre a quien mataron.

-Bridger escupió en el suelo-.Será mejor que Bodeen ruegue que los federales lo encuentren antes que yo.

A kilómetros de distancia, Hannibal Bodeen comía una costilla de cerdo.

La había sacado, junto con pan y queso y una botella de whisky, de la casa que acababa de asaltar. Le resultó bastante sencillo porque la familia había ido a la iglesia. Los observó salir de la casa con su ropa dominguera y subir al coche de la familia. ¡Hipócritas! Iban a la iglesia a lucir sus bienes terrenales.

Entraban a la casa del Señor para fanfarronear.

Dios los castigaría, como castigaba a todos los orgullosos y pomposos.

Y Dios cuida de mí, pensó mientras terminaba de pelar el hueso de cerdo.

Había encontrado alimentos más que suficientes en esa casa. Resto de la cena en la nevera, suficiente para restaurar su cuerpo. Y whisky para sostenerlo en sus horas de necesidad. Porque ese

internarse en tierra salvaje era su juicio, su prueba. Dejó el hueso y bebió un largo sorbo de whisky.

Durante un tiempo se desesperó. ¿Por qué lo castigaban a él, un hombre justo? Entonces comprendió todo con claridad. Debía ser probado, debía demostrar su valía. Dios lo había apoyado

una y otra vez en las tentaciones. En algunas ocasiones fue débil y sucumbió. Pero ahora el Señor le ofrecía una oportunidad. Durapte dieciocho años, Satán vivió en su casa, bajo su techo. Él hizo todo lo posible para ahuyentarlo, pero fracasó.

No volvería a fracasar.

Volvió a llevarse la botella a la boca para que el whisky le diera fuerzas.

Muy pronto completaría la tarea que se le había encomendado.

Descansaría, oraría. Entonces se le mostraría el camino.

Cerró los ojos y se tendió a dormir. El Señor proveerá, pensó, y apoyó la mano sobre el arma que tenía.

Tory observó el coche del jefe Russ, que se alejaba por el sendero de su casa y torcía hacia Progress. Seguía sentada en la vieja mecedora del porche donde se había desmoronado cuando J.R. le contó lo sucedido a su madre.

Lo que preocupaba a Cade era su inmovilidad. Su inmovilidad y su silencio.

-Ven, entra y acuéstate un rato, Tory.

-No quiero acostarme. Estoy bien. Ojalá no me sintiera tan bien. Me gustaría sentir más que lo que siento. En mi interior hay un vacío donde debería haber dolor.

¿Qué soy yo que no puedo sentir dolor por la muerte de mi propia madre?

-Note castigues.

-Es que sentí más dolor y más pena por Sherry Bellows, a quien sólo vi un par de veces.

Me impactó y me horrorizó más la muerte de una desconocida que la de alguien de mi propia sangre. Miré a mi tío a los ojos y vi dolor, tristeza.

Pero yo no lo siento así. No tengo lágrimas para mi madre.

-Tal vez ya hayas vertido demasiadas lágrimas.

-En mi interior no soy como los demás.

-No, no es así. -Se le acercó y se arrodilló frente a ella-. Tu madre ya había dejado de formar parte de tu vida.

Es más fácil sentir dolor por una desconocida que por alguien que debía haber sido parte de ti y no lo fue.

-Mi madre ha muerto. Creen que mi padre la mató.

Y la pregunta que me hago, la pregunta más importante que en este momento tengo en la cabeza es por qué quieres cargar con alguien que desciende de dos personas como papá y mamá.

-Ya conoces la respuesta. Y si el amor no basta, le agregaremos una dosis de sentido común.

Tú no eres tus padres, así como yo no soy los míos.

La vida que comenzaremos y construiremos entre los dos es nuestra.

-Yo debería alejarme de ti. Sería lo más sensato y supongo que también el mejor acto de amor. Pero no lo haré.

Te necesito, Deseo mucho lo que tal vez lleguemos a tener juntos.

Así que no me alejaré de ti.

-Cariño, te aseguro que si lo intentaras, no permitiría que te alejaras ni siquiera dos pasos.

Tory lanzó una risita.

-Quizá lo sepa, Cade. -¡Era tan fácil tocarlo, pasarle los dedos por el pelo!-

¿Crees que tú y yo estaríamos juntos si Hope viviera?

¿Si no hubiera sucedido nada de lo que sucediera

si hubiéramos crecido aquí como dos personas normales? -Sí, lo creo.

-A veces tu confianza es un consuelo. -Caminó hasta un extremo del porche para mirar los árboles que sumían el pantano en las sombras-.

Es la segunda vez que alguien muere desde que he vuelto a casa.

La segunda vez que creí que él vendría por mí. Pero todavía lo hará.

-No conseguirá acercarse a ti.

Sí, pensó ella, la confianza de Cade puede ser un consuelo. -Tendrá que venir. Tendrá que intentarlo. -Se apoyó para no tambalearse y se volvió-.

Podrías conseguirme un arma? -Tory...

-No digas que me protegerás ni que la policía lo detendrá.

Él volverá a buscarme, Cade. Lo sé, estoy completamente segura de ello.

Debo tener posibilidades de defenderme en caso de necesidad. Y me defenderé.

No vacilaré en quitarle la vida con tal de salvar la mía.

Tal vez en un tiempo lo habría hecho, pero ahora hay demasiado en juego.

Porque ahora te tengo a ti.

Cade sintió pánico en la boca del estómago, pero asintió.

Sin pronunciar palabra, se acercó al coche y abrió la guantera.

Desde el asesinato de Sherry Bellacas, siempre llevaba consigo un arma.

Se la llevó a Tory.

-Este es un revólver. Un treinta y ocho. -Es más pequeño de lo que imaginaba.

-Era de mi padre. -Cade observó el Smith & Wesson que tenía en la mano-.

Es un arma compacta. ¿Sabes usarla?

Tory apretó los labios. En manos de Cade, el revolver tenía un aspecto siniestro y eficiente.

-Supongo que habrá que apretar el gatillo.

-Bueno, hay que saber un poco más que eso. ~

¿Estás segura acerca de esto, Tory?

-Sí. -Soltó un suspiro-. Sí, estoy segura.

-Entonces vamos. Saldremos al jardín y te daré una clase de tiro.

Faith cantaba con una voz sorprendentemente alegre y dulce mientras subía la escalera rumbo al apartamento de Wade, cargada de comestibles.

Bee la seguía, olfateando el aire cargado de recuerdos de incontables perros, gatos y conejos. Encantada consigo misma, Faith cambió las bolsas de mano, hizo girar la llave y abrió la puerta empujándola con la cadera.

En la sala, sobre una alfombra, estaba echado Mongo. Al ver entrar a Faith, movió la cola con entusiasmo y alzó la cabeza. -¡Hola! Pareces mucho mejor, viejo lanudo. Bee, Mongo es un paciente de tu papá. No le mastiques las orejas.

Mira que podría devorarte de un solo bocado. -Pero Bee ya lo estaba oliendo y mordisqueando.

-Bueno, supongo que será mejor que os hagáis amigos. ¿Dónde está el doctor?

Lo encontró en la cocina, mirando fijo una taza de café. -Aquí estás.

-Depositó las bolsas sobre la encimesa, y luego, desde atrás, le envolvió el cuello con los brazos y le besó la cabeza-. Tengo una sorpresa para ti, doc Wade.

Hoy disfrutarás de una comida casera. Y, si juegas bien tus cartas, también de un interludio romántico después del postre.

En la sala hubo una explosión de lamentos, parecida a disparos de ametralladora y Faith corrió a ver qué ocurría.

-¿Note parece una maravilla? Debes venir a ver esto, Wade.

Están jugando juntos. Bueno, en realidad ese pedazo de perro está aplastando a Bee con una pata, pero se divierten como locos.

Volvió a la cocina riendo, pero se detuvo al ver la cara de Wade.

¿Qué pasa, querido? ¿Le sucedió algo al caballo que fuiste a fuera de noche?

-No. La yegua está bien. Es que mi tía, la hermana de mi padre, ha muerto.

La asesinaron esta mañana temprano.

-¡Dios mío! ¡Oh, Wade, qué cosa más espantosa! Qué está pasando aquí?

-Se sentó frente a él, deseando saber qué hacer ¿La hermana de tu padre?

¿La madre de Tory? '

-Sí. Ni siquiera recuerdo cuánto tiempo hacía que no la veía.

Hasta me cuesta recordar su rostro.

-Bueno. Note preocupes. Está bien.

-No está bien. Mi familia se está desmoronando. ¡Por amor de Dios, Faith!

Creen que la mató mi tío.

El horror que se reflejaba en los ojos de Wade hizo que ella contuviera el propio.

-Es un mal bicho, Wade. Un hombre malo y peligroso, y no tiene nada que ver contigo. Lo siento por Tory.

Te juro que lo siento por ella, y por tu tía, y por tu familia, pero... bueno, lo diré aunque te enfurezcas conmigo.

Ella lo eligió, Wade, y se quedó a su lado. Tal vez esa sea una clase de amor.

Pero es una mala clase de amor. -No podemos saber lo que sucede en la vida de los demás. -¡Diablos! ¿Cómo no lo vamos a saber?

Siempre decimos que lo ignoramos, pero lo sabemos. Yo sé lo que sucedió en la vida de mis padres. Sé que si alguno de ellos hubiera tenido un poco de sentido común, habría logrado que el matrimonio de ambos fuera un éxito o le hubieran puesto fin. En cambio mi madre se aferró al apellido Lavelle como si se tratara de una especie de premio y mi padre empezó a andar con otra mujer.

¿Y de quién fue la culpa? Durante mucho tiempo me permití creer que la culpa la tenía la otra mujer, pero no era así. La culpa fue de mi padre por no honrar sus votos matrimoniales y de mamá por haberlo tolerado. Tal vez sea fácil decir que todo esto es culpa de Hannibal Bodeen. Pero no es así. Y mucho menos culpables sois tú, o Tory, o tu padre.

Apartó su silla de la mesa.

-Ojalá se me ocurrieran cosas agradables para decirte. O cosas suaves o reconfortantes. Pero yo no sirvo para eso. Supongo que quieres ir a la casa de tu padre.

-No. -La siguió mirando, tal como la miraba desde que ella empezó a hablar-. Papá está mejor con mi madre. Ella sabrá lo que debe hacer por él. ¿Quién diablos hubiera creído que tú sabrías qué hacer por mí? -Le tendió una mano.

Cuando ella la tomó, la acercó y hundió el rostro en su vientre-. Quédate' ¿quieres?

¿Por supuesto que me quedaré! -Le acarició el pelo.

Se sentía extraña y un poco temblorosa-. Estaremos un rato en silencio. -Wade siguió aferrándose a ella, tan sorprendido como Faith de que ella pudiera ser un ancla para él. .

.He estado aquí sentado desde que llamó mi padre. No sé cuánto tiempo. Media hora. Una hora. Congelado por dentro. No sé qué hacer por mi familia.

-Ya lo sabrás cuando llegue el momento de hacerlo. Siempre lo sabes.

¿Quieres que prepare café?

-No, gracias. Tengo que llamar a mi abuela y a Tory. Debo pensar qué decirles. -Con los ojos cerrados y el rostro apretado contra el cuerpo de Faith, oyó los ladridos en el cuarto contigo. -He decidido quedarme con Mongo.

-Lo sé, querido.

-La pata está sanando bien. Tardará un poco más en cicatrizar, pero se curará. Quedará un poco cojo, quizá. Pensaba encontrarle una buena casa, pero... no puedo. -Levantó la mirada, intrigado-

. ¿Qué quieres decir con eso de que lo sabes? Yo nunca me he quedado con ningún perro.

-Todavía no habías encontrado el indicado, eso es todo.

La miró con los ojos entrecerrados, pero sus hoyuelos se marcaron, cosa que le sucedía cuando algo lo divertía.

-Te estás poniendo demasiado sabia para resultarme cómoda.

-Es mi nueva personalidad. Me gusta bastante.

-¿Y esa nueva personalidad es la que cocina?

-En raras ocasiones. Allí tengo un par de bistec y los acompañamientos necesarios. -Se acercó a la encimera, metió la mano en las bolsas del mercado y sacó dos velas blancas-.

Lucy, la del mercado, me preguntó qué clase de velada planeaba pasar con carnes rojas, velas blancas y una tarta de queso de postre.

Wade esbozó una leve sonrisa y se puso de pie. -¿Y qué le contestaste a Lucy, la del mercado?

-Le dije que prepararía una comida romántica para dos, para mí y el doctor Wade Mooney.

Una serie de oídos interesados escuchó esa información.

-Depositó las velas sobre la mesada -.

-Espero que no te importe que haya sido indiscreta y que de ahora seamos objeto de considerable conversaciones.

-No. -La rodeó con sus brazos y apoyó una mejilla sobre su pelo.
. No me importa.

-Lissy, querida, eso no me parece bien.

-Mira, Dwight, estamos por hacerle una visita de pésame a amigos y vecinos. -Tratando de ponerse cómoda, Lissy cambió de postura en el asiento y se sujetó el abultado vientre-, con un brazo., Tory

acaba de perder a su madre y agradecerá una muestra de comprensión.

-Mañana, tal vez -dijo Dwight, mirando con pena el carvino-. O pasado mañana.

-Pero no te parece que ella no tendrá ganas de preparar una comida decente?

Así que le Llevo una riquísima cazuela de pollo, La ayudará a mantenerse fuerte. ¡Dios, qué duro debe de ser esto para ella!

A pesar de su piadoso suspiro, había cierta fascinación en Lissy.

La propia madre de Tory, asesinada de un tiro por su propio padre. Parecía salido de un diario sensacionalista o de una película de Hollywood. Y como había conseguido sacar a Dwight de la casa apenas una hora después de haber recibido la noticia, era probable que fuese ella la primera en echarle una mirada a Tory.

No porque no le tuviera compasión. ¡por supuesto que la compadecía! ~No le llevaba esa cazuela de pollo que su madre le había preparado? Todo el mundo sabía que cuando había una muerte uno debía llevar comida.

-No ha de tener ganas de recibir visitas -insistió Dwight.

-Nosotros no somos visitas. ¡Si yo fui al calegio con Tory! Tanto tú como yo la conocemos desde la infancia. No soportaría la idea de dejarla sola en un momento tan amarga. -O que alguien más llegara allí antes-.

Aparte de eso, Dwight Frazier, tú eres el alcalde del pueblo.

Tienes el deber de visitar a los deudos. ¡Por amor de Dios! Ten cuidado con esos baches, querida. Tengo que volver a orinar.

-No quiero que te excites ni que te angusties. -Le palmeó una mano-. No es cuestión de que tus dolores de parto empiecen antes de tiempo, Lissy.

-Note preocupes. -Pero le agradaba que se preocupara~- Todavía me faltan por lo menos tres semanas. ¡Pero, por amor de Dios! ¿Cómo me veo?

-Ansiosa, se miró al espejo-. Considerando la prisa con que salimos, debo de estar hecha un esperpento. Una vaca gorda y espantosa.

-Estás hermosa. Sigues siendo la chica más bonita de Progress.

Y eres toda mía.

.¡Oh, Dwight! -Se ruborizó y se alisó el pelo-. Eres tan dulce. Pero me siento gorda y fea.

¡Y Tory es tan delgada! -Piel y huesos. Mi mujer tiene curvas.

-Le pasó una mano por el pecho y Lissy lanzó un chillido.

-¡No hagas eso! -Con una risita, apartó la mano-. ¡Deberías avergonzarte! Bueno, mira, ya casi hemos llegado y tú me pones en este estado. -Le metió una mano entre las piernas-. Y tú también te excitas.

¿Recuerdas que cuando éramos jóvenes y tontos estacionábamos el coche por aquí?

-Y yo te convencía de que pasaras al asiento trasero del coche de mi padre.

-No te costaba mucho convencerme. Estaba loca por ti.

La primera vez que hicimos el amor fue por aquí. ¡Estaba tan oscuro, era tan excitante, Dwight! -Pasó un dedo por la pierna de su marido-.

Cuando haya llegado el bebé y yo haya recuperado mi figura, te propongo que mamá se quede en casa y cuide a los chicos.

Y tú y yo vendremos aquí en coche y veremos si puedes convencerme de que pase al asiento trasero.

Él respiró hondo.

-Si sigues hablando así, Lissy, no podré bajar de este coche sin avergonzarme.

-No vayas tan rápido. De todos modos, quiero retocarme un poco los labios.

-Sacó un lápiz labial del bolso-. Mamá dijo que esta noche se quedaría con Luke. Cuando salgamos de lo de Tory, deberíamos pasar a ver a Boots y a J.R. Supongo que el funeral será en Florence.

Tendremos que ir, por supuesto, en representación del pueblo y todo eso. No tengo ningún vestido de maternidad negro. Supongo que tendré que conformarme con el azul marino, aunque tenga un bonito cuello blanco.

¿Crees que la gente comprenderá si me pongo un vestido azul marino?

Y tendremos que mandar flores.

Siguió parlotando hasta que salieron de la carretera y tomaron el sendero de la casa de Tory. Dwight ya no estaba excitado, pero empezaba a dolerle un poco la cabeza.

Quince minutos, se prometió. Le daría quince minutos a Lissy para que se esforzara en consolar a Tory y luego la llevaría a su casa y la obligaría a tumbarse. Así él podría beber una cerveza ~ ponerse cómodo y ver lo que transmitieran por ESPN.

Con excepción de sus familiares más cercanos, en Progress nadie se iba a condoler por Sarabeth Bodeen. No comprendía por qué una muerte tan lejana para él y para su pueblo, tenía que ocupar más que un mínimo de tiempo, fuera personal u oficial. ¡-larla las necesarias visitas de pésame y luego olvidaría el asunto.

No comprendo por qué alguien puede querer vivir aquí fuera sin un alma por compañía-dijo Lissy mientras Dwight la ayudaba a bajar del coche-. Pero Tory siempre fue rara. Rara como pato con dos cabezas, como diría mi madre. Pero... -Dirigió una mirada significativa al coche de Cade-.

Supongo que después de todo no le falta compañía. Juro, Dwight, que no comprendo qué pueden tener esos dos en común. No es posible que tengan algo en común y, por su apariencia, Tory no parece una mujer capaz de mantener muy entusiasmado a un hombre, si sabes a qué me refiero...

Es bastante bonita, si a uno le gusta ese tipo de mujer, pero no se puede comparar con Deborah Purcell.

No comprendo qué ve Cade en ella. Un hombre de su posición podría haber elegido cualquier mujer. Dios es testigo de que yo he tratado de presentarle muchas.

Dwight contestó «Hmmm» y «Ajá» y «Sí, querida» mientras sacaba la olla del coche. No necesitaba escuchar a su mujer cuando ella empezaba a divagar. Después de siete años de matrimonio conocía de memoria su ritmo, lo cual le permitía puntualizar sus declaraciones en el momento apropiado sin que tuviera idea de lo que estaba diciendo.

El sistema les convenía a los dos.

-Supongo que muy pronto Cade se cansará de ella y se separarán, como se separan las personas que no están unidas por un lazo muy fuerte, como el que nos une a nosotros.

Ella le dedicó un aleteo de pestañas y le palmeó el brazo y Dwight interpretó correctamente la señal. Le dirigió una mirada cálida y llena de amor.

-Una vez él vuelva a estar libre, lo invitaremos a comer con...

bueno, tal vez con Cristal Bean. Tal vez hasta pueda encontrarle un buen hombre a Tory, alguien que sea más parecido a ella. Me costará bastante, porque no creo que haya muchos dispuestos a enredarse con una mujer tan rara. Juro que a veces me mira y me estremezco, si sabes a qué me refiero. ¡Tory!

-exclamó en cuanto Tory abrió la puerta y de inmediato le abrió los brazos-.

¡Oh, querida, lamento tanto lo de tu madre! Dwight y yo vinimos en cuanto nos enteramos. ¡Pobrecita! ¿Y por qué no estás descansando? Estoy segura de que, en un momento como este, Cade debe haberte pedido que te recuestes.

Su abrazo fue sofocante. -Estoy bien.

-¡Por supuesto que no estás bien! No es necesario que simules con nosotros. Somos viejos amigos. -Le acarició la espalda-. y ahora quiero que te sientes mientras te preparo una rica taza de té.

Te he traído una cazuela de pollo. Quiero que comas algo caliente para que conserves tus fuerzas en un momento tan doloroso. Cade

-soltó a Tory para fijar su atención en Cade, quien en ese momento salía de la cocina-, me alegra que estés aquí, cuidando a Tory. En un momento como este, ella necesita a todos sus amigos. y ahora ven conmigo, querida.

-Pasó un brazo por la cintura de Tory como para servirle de apoyo-. Dwight, trae esa olla a la cocina para que pueda calentarle un poco de comida a Tory.

-Es muy bondadoso de tu parte, Lissy... -empezó Tory. -No se trata de bondad, somos amigas. Sé que en este momento debes de estar medio loca, pero estamos aquí para lo que necesites. Digan lo que digan y hagan lo que hagan, puedes contar con nosotros, ¿no es cierto, querido?

-¡Por supuesto! -Dwight dirigió una mirada apenada a Cade cuando Lissy arrastró a Tory hacia la cocina-. No pude impedir que viniera-confesó-.

Sus intenciones son buenas.

-Estoy seguro.

-Es una cosa terrible. Terrible. ¿Cómo lo ha tomado Tory?

-Hace frente a la situación. -Cade miró hacia la cocina donde resonaba sin descanso la voz de Lissy-.

Estoy preocupado por ella, pero lo ha encajado bien.

-Dicen que la mató Hannibal Bodeen.

Y la noticia corre con rapidez. Supuse que querías saber lo que dice la gente.

Creo que en lugar de mejorar, el asunto empeorará.

-Es difícil que pueda empeorar.

¿El jefe Russ te ha dado algún dato sobre la caza de Bodeen?

-No habla mucho. Supongo que es lo correcto. Por aquí no ha sucedido nada parecido desde que perdiste a tu hermana, Cade -vaciló y luego movió la cacerola que todavía tenía en las manos-. Tampoco debe de ser fácil para ti, porque esto debe de recordarte lo que sucedió entonces.

-No, no es fácil. Pero te diré lo que sospecha la policía, que si fuera cierto pondría fin a este asunto de una vez por todas. Parece que tal vez haya sido Bodeen quien mató a Hope.

-Mató a... -Respiró hondo, soltó el aire y él también miró hacia la cocina-.

¡Dios todopoderoso, Cade! No sé qué decir.

<Tu qué piensas? -Yo tampoco sé qué creer. Todavía. -Dwight, trae esa cazuela de pollo, ¿quieres?

-Ya voy -respondió él-. En cuanto pueda n~e llevaré a Lissy. Supongo que no tenéis ganas de recibir visitas.

-Te lo agradezco. Y también te agradecería que no mencionaras la conexión entre el padre de Tory y la muerte de Hope, Por ahora no se lo menciones a nadie, ni siquiera a Lissy. En este momento la situación ya es bastante difícil para Tory.

-Puedes contar conmigo. Y te lo digo en serio, Cade. Hazme saber lo que quieres que se haga y cuándo y yo me encargaré de todo.

-Consiguió sonreír-. Tú y yo hace mucho que somos amigos, Cade. Desde niños.

-Contaré contigo. Cuento contigo. Yo...

Un grito en la cocina hizo que Dwight corriera hacia allí, alarmado. Al entrar vio a Lissy, con los ojos muy grandes y la boca abierta, aferrando la mano de Tory.

-¡Comprometidos! ¡No puedo creerlo! Dwight, mira lo que tiene Tory en el dedo y ninguno de los dos nos dijo una palabra.

-Le acercó la mano de Tory, con la cara encendida por el júbilo de ser, estaba segura, la primera en saberlo-. ¿No te parece genial

Dwight estudió el anillo y luego miró a Tory a los ojos. Notó su fatiga, su vergüenza, su leve irritación.

-No cabe duda de que es genial. Espero que seáis muy felices.

-¡Por supuesto que lo serán! -Lissy soltó la mano de Tory para rodear la mesa y abrazar a Cade-. ¡Mira que eres astuto! Nunca nos dijiste nada.

¡Y haberte apoderado de Tory con tanta rapidez! Ella todavía no debe de haberse recuperado. Debemos beber una copa, brindar por la feliz pareja. ¡Oh!

-Se detuvo y tuvo la educación de ruborizarse, aunque todavía le bailaban los ojos-. ¿En qué estoy pensando? No soy más que una frívola. ¡Oh, querida!

¡Debes de estar destrozada! -Se apresuró a acercarse a Tory-.

¡Comprometerte y perder a tu madre casi al mismo tiempo! Pero no olvides que la vida continúa. La vida continúa.

Tory ni siquiera se molestó en suspirar, pero logró apoyar la mano sobre su regazo antes de que Lissy volviera a apoderarse de ella.

-Gracias, Lissy. Lo siento y espero que lo comprendas, pero debo llamar a mi abuela. Tenemos muchos arreglos que hacer. -¡Por supuesto que lo comprendemos!

Pero os pido que me aviséis si hay algo que yo pueda hacer. Cualquier cosa.

Dwight Y yo estaremos más que felices de poder ayudar. ¿No es así, Dwight?

-Así es. -Rodeó a Lissy con firmeza con sus brazos~- Ahora nos iremos, pero podéis llamarnos si necesitáis algo. No, no os levantéis.

-Guió a Lissy hacia la puerta-. Podemos salir solos, Pero nos llamaréis, ¿verdad?

-Gracias.

-.¡Imagínate! ¡Imagínate! -Lissy ni siquiera pudo esperar hasta llegar a la puerta de entrada-. Ponerse un anillo con un diamante tan grande como para deslumbrarla a una, y nada menos que el día en que el padre mató a la madre.

Te juro, Dwight, que no sé qué pensar. Debe de estar planeando una boda y un funeral al mismo tiempo. Te dije que es rara, ¿no es así?

-Sí, me lo dijiste, querida. -La ayudó a subir al coche y cerró la puerta-.

- No cabe duda de que me lo dijiste -murmuró.

En la casa, Cade se sentó a la mesa. Por un instante se miraron en silencio.

-Lo siento -dijo él por fin. -¿Por qué?

-Porque Dwight es mi amigo y tengo que soportarla a ella.

-Es una mujer muy tonta. No particularmente astuta ni particularmente mala. Goza con las vidas ajenas, sean buenas o malas.

En este momento, no sabe a qué darle más importancia.

Aquí está Victoria Bodeen, en medio de una tragedia y un escándalo.

Y aquí está, también, comprometida con uno de los hombres más prominentes del condado.

-Tory hizo una pausa y miró su anillo.

Me impresiona verlo en mi dedo, pensó. No es una mala sensación. Sólo una sensación extraña-. Tantas noticias -continuó Tory-, Deben de estar dando vueltas en la cabeza de Lissy como canicas.

Entrechocándose, porque allí no debe de haber mucho más para impedirlo.

Cade estuvo a punto de sonreír.

-¿Es una especulación o echaste una mirada?

-No tuve necesidad de mirar. Y de todos modos no lo haría cuando todo lo que Lissy piensa se le refleja en la cara.

Dwight no hubiera podido sacarla de aquí tan pronto si ella no hubiera estado deseando tener a mano un teléfono para dar la noticia.

-Y eso te molesta.

-Claro. -Se dirigió hacia la ventana. Era extraño que de alguna manera la consolara mirar las sombras del pantano-. Cuando volví a Progress sabía que estaría bajo el microscopio. Lo comprendía. Y podía enfrentarlo. Mi madre... también podré enfrentarme a eso. No tengo más remedio.

-No tienes que enfrentarlo sola.

-Ya lo sé. Supongo que volví para enfrentarme a mí misma. Para resolver o por lo menos aceptar lo que le había sucedido a Hope y la parte que tuve en ello. Esperaba los comentarios, las

miradas, las especulaciones y la curiosidad. Pensaba utilizar las para fortalecer mi negocio. Las he utilizado y seguiré utilizándolas. Eso es ser fría.

-No; es sentido común.

Duro tal vez, pero no frío. -Volví por mí misma-agregó ella en voz baja-.

Para demostrarme que podía. Pensaba pagar por ello. Para aplacar la inquietud que tenía dentro, pero pagando por ello. Nunca te esperé a ti. -Se volvió a mirarlo-. Nunca te esperé a ti, Cade.

Y no sé qué hacer con todos los sentimientos que albergo por ti. Él se puso de pie, se le acercó y le apartó el pelo de la cara. -Ya lo sabrás.

-Para ti es fácil decirlo. -Supongo que te estaba esperando.

-Cade, mi padre... Piensa en lo que es. Parte de eso soy yo.

Has de tenerlo en cuenta.

-¿Te parece? -La miró mientras la volvía para dirigirla hacia el dormitorio-. Posiblemente tengas razón. Supongo que debería darte la misma posibilidad de sopesar el hecho de que mi

bisabuelo Horace se embarcó en una larga y lasciva aventura con el hermano de su mujer.

Cuando ella lo descubrió, en su angustia y sorpresa amenazó con desenmascararlo. Poco satisfechos con esa actitud, Horace y su amante la descuartizaron y mantuvieron contentos a los cocodrilos durante varios días.

-¡Lo estás inventando!

-Te aseguro que no. -La tendió en la cama-. Bueno, el asunto de los cocodrilos es una leyenda familiar. Muchos dicen que ella simplemente huyó a Savannah y vivió hasta los noventa y

seis años en una mortificada soledad. De una manera o de otra, no es una nota de orgullo en la historia familiar de los Lavelle. Ella se volvió hacia él, encontró la curva de su hombro y descansó allí la cabeza.

-Supongo que es una gran cosa que yo no tenga hermanos. -¡Y dale con el asunto! Duerme un rato, Tory. Aquí sólo estamos tú y yo. Por el momento es todo lo que importa. Mientras ella dormía, él permaneció despierto, escuchando los sonidos de la noche.

28

-Te estoy pidiendo que me des el gusto.

Tory miró las torres y las líneas de Beaux Réves.

-Me estás volviendo a colocar entre tú y tu madre, Cade. Eso no es justo para ninguno.

-No. Pero necesito hablar con ella y no quiero que vayas sola en coche al pueblo. No quiero que estés sola hasta que todo esto termine, Tory.

-Bueno, yo tampoco quiero estar sola, así que puedes quedarte tranquilo. Si quieres esperaré en el coche mientras tú haces lo que tienes que hacer en la casa.

-¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

-¡Ah! ¿Cuándo entró esa palabra en tu vocabulario? Él le dirigió una sonrisa.

-Entraremos por la puerta trasera. Tú esperarás en la cocina. Mi madre no pasa por allí.

Ella estuvo por volver a negarse, pero cedió. Sabía que Cade no tendría en cuenta sus excusas y estaba demasiado cansada para discutir. Demasiados sueños durante la noche, demasiadas imágenes que se deslizaban por su cabeza durante el día.

Hasta que todo esto termine, acababa de decir Cade. Como si fuera a terminar. Como si fuera posible que terminara.

Bajó del coche, caminó con él por el sendero que rodeaba la casa, cruzaron el jardín con sus rosales en flor, pasaron junto a la camelia donde una vez una chica había escondido su bonita bicicleta rosada y rodearon las azaleas cuyas flores ya estaban marchitas y las fragantes agujas de lavanda que perfumarían el aire hasta la llegada del invierno.

Allí el mundo era exuberante, lleno de colores, formas y fragancias. Un lugar elegante con senderos de ladrillos, hermosos bancos ubicados entre parterres y tiestos desbordantes de flores artísticamente colocadas. El resultado parecía un precioso cuadro.

Otra vez el mundo de Margaret, comprendió Tory. Igual que la estudiada perfección de las habitaciones interiores. Nada que pudiera estropearlo o cambiarlo. ¡Qué terrible sería que alguna invasora se introdujera allí y rompiera el equilibrio!

-Tú no la comprendes. -¿Perdón?

-A tu madre. No la comprendes en absoluto. Intrigado, Cade enlazó sus dedos con los de Tory.

-¿Te di la impresión de que creía comprenderla?

-Este es su mundo, Cade. Su vida. La casa, los jardines, el paisaje que ve desde las ventanas.

Aun antes de la muerte de Hope, todo esto era el centro para ella. Lo que cuidaba y preservaba. Y siguió haciéndolo después de perder a su hija. Ella podría conservar esto -dijo, volviéndose hacia él-. Tocarla, verlo, asegurarse de que no cambia. ¡No se lo quites!

-No se lo quitaré. -Tomó el rostro de Tory entre sus manos y la obligó a mirarlo-. Pero tampoco toleraré que utilice esta casa o la plantación para amenazarme y obligarme a ser sumiso. No puedo darle más de lo que ya le he ofrecido, ni siquiera por ti.

-Tiene que haber una forma de acuerdo. Un acuerdo como el que tú me proponías.

-Es lo que uno creería.-

-Ya. -Le besó la frente-. Pero a veces, para algunas personas, sólo existen el sí y el no. -La detuvo y la miró con expresión preocupada-.

No me pidas que lo haga, Victoria. No me pidas que negocie nuestra felicidad a cambio de su aprobación. Para empezar, yo nunca he contado con la aprobación de mi madre.

A Tory le resultó extraño comprenderlo de repente. Cade había crecido en un castillo, pero siempre estuvo tan ávido de palabras cariñosas como ella.

-Te duele. Lo siento. No sabía que te dolía tanto.

-Son viejas heridas. -Le pasó las manos por los brazos, volvió a enlazar sus dedos con los de ella-. Ya no sangran tanto como antes.

Pero de vez en cuando la sangre volverá a filtrarse y goteará, pensó ella mientras comenzaba a caminar de nuevo. Nadie había pegado jamás a Cade con un cinturón, ni con el puño. Pero había otras maneras de golpear a un chico.

Aun allí, en medio de toda esa belleza, tan lejos de las habitaciones estériles y sofocantes de su infancia. Es un lugar hermoso, sí, pensó Tory

Mientras caminaban entre flores, pero solitario. Esa era sólo otra palabra para un mismo significado: esterilidad.

Debería haber alguien sentado en el banco o cortando flores para un jarrón. Una niña tendida boca abajo en el sendero, estudiando una lagartija o un sapo.

El cuadro necesitaba vida, y sonidos y movimiento. -Quiero tener hijos.

Cade se detuvo en seco. -¿Perdón?

¿ De dónde había salido eso y por qué saltó de su mente como si siempre hubiese estado allí?

-Quiero tener hijos -repitió-. Estoy cansada de patios vacíos, de jardines silenciosos y de habitaciones inmaculadas. Si vamos a vivir aquí, quiero ruido y migas sobre los suelos y platos en la pila. No lograría sobrevivir en esas habitaciones perfectas, inmaculadas, y es algo que no puedes pedirme.

Esta casa no me interesa, nula quiero a menos que haya vida en su interior.

Las palabras surgieron a borbotones de su boca y el pánico que había en ellas hizo sonreír a Cade. Recordó al chico que quería construir un fuerte.

Con trozos de madera y papel cubierto de brea.

-Me parece una coincidencia muy interesante. Yo estaba pensando en dos hijos, con opción a tres.

-Está bien. -Respiró hondo-. Muy bien. Debí saber que ya lo tendrías planeado.

-Soy granjero. Nosotros planeamos. Después esperamos que el destino coopere. -Se inclinó para arrancar una ramita de romero-.

Para que lo recuerdes -dijo al entregárselo-. Mientras me esperas, recuerda que debemos planear una vida entera, tan desordenada y bulliciosa como nos dé la gana.

Tory entró con él y allí estaba Lilah, trabajando en la cocina. En el aire flotaba olor a café y pastas y el perfume que Lilah se Ponía todas las mañanas.

°Llegáis tarde para el desayuno -dijo-. Pero por suerte para vosotros estoy de buen humor. -Hacía varios minutos que los observaba con alegría en el corazón.

Se los veía bien juntos, Hacía tiempo que esperaba ver a su muchacho con alguien que pudiera hacerlo feliz-. Bueno, sentaos. El café está recién hecho, Y preparé algunas pastas que nadie se ha molestado en comer. -¿Mi madre está arriba?

-Sí, y el juez está en la sala de estar. -Lilah ya estaba bajando tazas-. Hoy tu madre no ha tenido mucho que decirme.

Ha hablado bastante por teléfono y tiene la puerta cerrada. Y tu hermana anoche ni siquiera se molestó en volver a casa.

A Cade se le encogió el estómago. -¿Dices que Faith no está en casa?

-No te preocupes. Está con doc Wade. Ayer salió anunciando que estaría allí. Por lo visto hoy en día nadie más que yo duerme en su propia cama. Hace demasiado calor para esas actividades. ¡Sentaos y comed!

-Tengo que hablar con mi madre. Aliméntala a ella -ordenó señalando a Tory.

-No soy un cachorro -murmuró ella mientras Cade se alejaba-.

No se tome ningún trabajo por mí, Lilah.

-Siéntate y quítate esa expresión de mártir de la cara. Cade tiene la obligación de aclarar las cosas con su madre, y tú no debes preocuparte por eso. -Sacó la sartén para calentarla-. Y comerás todo lo que te ponga delante.

-Empiezo a pensar que Cade se parece a usted.

-¿Y por qué no se va a parecer a mí? Prácticamente lo crié. Y no estoy hablando en contra de la señorita Margaret. Algunas mujeres no están hechas para ser madres, eso es todo. Lo cual no significa que sean menos, sólo las hace ser lo que son.

Sacó un bol de la nevera y lo destapó. -Lamento lo de tu madre. -Gracias.

Lilah permaneció un instante con el bol apoyado en el brazo, mirando a Tory con sus ojos oscuros y cálidos.

-Algunas mujeres -repitió- no han sido hechas para ser madres. Es por eso que, como dice la canción, Dios bendice a la criatura que es igual a sí misma. Tú eres igual a ti misma, querida. Siempre fue así.

Por primera vez desde que se enteró de la muerte de su madre, Tory lloró.

Cade se detuvo en la sala de estar. La buena educación jamás le habría permitido subir sin saludar antes a un mejor amigo de la familia.

Juez. Gerald se volvió y sus facciones severas se relajaron al ver a Cade.

Tenía la esperanza de hablar contigo esta mañana. ¿Tienes un minuto?

-Espero que esté usted bien.

-De vez en cuando tengo un poco de artritis. La vejez. -Antes de sentarse, con un gesto Gerald le quitó importancia a sus palabras-. Nunca piensas que te sucederá, hasta que una mañana te despiertas y te preguntas quién diablos será ese anciano que refleja el espejo. Bueno. -Apoyó las palmas sobre las rodillas-. Te conozco desde que naciste...

-Así que no hay necesidad de elegir las palabras -Cade se encargó de terminar la frase-. Estoy enterado de que mi madre le ha hablado sobre algunas medidas legales y sobre modificaciones en su testamento.

-Es una mujer orgullosa y está preocupada por ti.

-¿En serio? -Cade alzó las cejas-. No es necesario que lo esté. Yo estoy muy bien. Más que bien. Si lo que le preocupa es Beaux Réves -continuó-, también es un error. Este es un año excelente. Creo que hasta mejor que el anterior.

Gerald se aclaró la garganta.

-Cade, conocí a tu padre durante casi toda su vida y fui su amigo. Espero que recibas con ese espíritu lo que he de decirte. Te aconsejo que postergues tus planes personales, que te tomes un poco más de tiempo para considerarlos.

Tengo plena conciencia de las necesidades y deseos del hombre, pero cuando esas necesidades se anteponen al deber, al sentido práctico y, sobre todo, a la familia, el resultado nunca es bueno.

-Le he pedido a Tory que se case conmigo. No me hace falta la bendición de mi madre y, para el caso, tampoco la suya. Aunque lamento que no se me concedan esas bendiciones.

-Cade, eres joven y tienes toda la vida por delante. Como amigo de tus padres, sólo te estoy pidiendo que te tomes un tiempo para considerar tu decisión, un lujo que bien puedes darte a tu edad. Estudia todo el panorama. Sobre todo ahora que la tragedia ha entrado en la vida de Tory Bodeen. Una tragedia -agregó- que habla a gritos de sus antecedentes familiares. Tú eras apenas

un niño en la época en que ella vivió aquí, y se te protegió de los hechos más duros de la vida.

-¿Qué hechos? Gerald suspiró.

-Hannibal Rodeen es un individuo peligroso y sin duda está mal de la cabeza. Esas son cosas que se transmiten en la sangre. Te advierto y no te equivoques, que le tengo una enorme com_

pasión a esa chica, pero no hay manera de modificar la realidad. -ho que me está diciendo equivale a «de tal palo tal astilla» o a «la rama que se tuerce, torcida crece:», verdad?

En el rostro de Gerald se dibujó una expresión irritada. -Cualquiera de las dos frases es indicada. Victoria Rodeen vivió demasiado tiempo en esa casa y bajo la mano de su padre para no haber sido torcida por ella.

-Bajo la mano de su padre -repitió Cade.

-En un sentido figurado y me temo que también literal?, Hace muchos años fue a verme Iris Mooney, la abuela materna de Victoria. Quería entablar juicio contra los Bodeen para obtener la custodia de su nieta.

Me dijo que Bodeen la golpeaba.

-¿y ella quería contratarlo a usted?

-Lo hizo. Pero no tenía pruebas de los abusos de Bodeen, no podía sustanciar la causa. No dudo, ni dudé entonces, de que Iris Mooney me decía la verdad, pero...

-Usted lo sabía-dijo Cade en voz muy baja-. Usted sabía que él le pegaba, que la llenaba de moretones y lastimaduras,

¿no hizo nada?

-La ley...

-¡A la mierda con la ley! -Se puso de pie y continuó con una enorme frialdad-.

-La abuela de Tory recurrió a usted en busca de ayuda, para evitarle una vida de pesadilla a su nieta. Y usted no hizo nada.

-No correspondía que yo interfiriera en asuntos de familia. Ella no tenía ninguna prueba.

El caso era débil. -Aturdido, Gerald también se puso de pie. No estaba acostumbrado a que lo cuestionaran ni a que lo miraran con esa expresión de disgusto-. No había informes

policiales, ni del servicio social. Sólo la palabra de una abuela. Si hubiera aceptado el caso, no habría logrado nada

-Nunca lo sabremos,

¿Verdad? Porque no aceptó el caso No trató de ayudar.

-No me correspondía hacerlo -repitió Gerald.

-¡Por supuesto que le correspondía! A todo el mundo le corresponde ayudar. Pero Tory logró superar todo eso sin su ayuda, suya

la ayuda de nadie. Y ahora, si me disculpa, debo atender asuntos personales.

Salió con rapidez. Una vez arriba, Cade llamó a la puerta de su madre.

En ese momento se le ocurrió que a menudo había puertas cerradas en esa casa, barreras que, para, ser removidas, erigían un ruego amable. Allí, la buena educación siempre era más importante que el cariño.

Eso cambiaría. Podía prometerlo. Las puertas de Beaux Réves estarían abiertas. Sus hijos no tendrían que esperar una invitación para entrar, como si fueran desconocidos.

-Adelante. -Margaret continuó haciendo el equipaje. Había visto llegar a Cade con esa mujer y esperaba que llamara a su puerta. Supuso que su hijo le pediría que no se fuera, que trataría de llegar a una componenda. Cade es un negociador, igual que su padre, pensó mientras ponía papel de seda entre sus blusas prolijamente dobladas.

Le proporcionaría un gran placer escuchar los ruegos y los ofrecimientos de su hijo. Y negarse a aceptarlos.

-Lamento molestarte. -El prólogo surgió con naturalidad de la boca de Cade. Lo había dicho innumerables veces cuando su madre le permitía entrar en su cuarto-. Y lamento que tú y yo estemos enemistados.

Ella no se tomó la molestia de mirarlo.

-He hecho arreglos para que esta tarde pasen a buscar mi equipaje. Como es natural, espero que se me envíe el resto de mis pertenencias. He hecho una lista parcial de todo lo que es mío. Tardaré un poco más en completarla. En los años que hace que vivo en esta casa he adquirido una serie de posesiones, ¿sabes?

-Por supuesto. ¿tesas decidido dónde vivirás?

La tranquilidad con que Cade le hizo la pregunta le hizo temblar las manos y la obligó a mirarlo, sorprendida.

-No he hecho ningún arreglo definitivo. Esas cosas exigen una cuidadosa consideración.

-Sí. Pensé que, ya que tienes lazos en esta comunidad, tal vez te sintieras más cómoda en una casa propia y cercana. Somos dueños de la propiedad de la esquina de Magnolia y Main. Es una atractiva casa de ladrillo de dos pisos, con un jardín agradable. En este momento está alquilada, pero el contrato vence dentro de dos meses. Si te interesa, avisaré a los inquilinos de que no renovaremos el contrato.

Ella lo miró asombrada.

-¡Con cuánta facilidad me echas!

-Note estoy echando. La elección ha sido tuya. Eres bienvenida si quieres quedarte aquí. Es tu hogar y puede seguir siéndolo. Pero también será el hogar de Tory.

-Con el tiempo te darás cuenta de lo que es esa mujer, pero para entonces ya te habrá arruinado. La madre era una basura y el padre es un asesino. Y ella no es más que una oportunista, una calculadora que nunca ha sabido cuál es su lugar.

-Su lugar está aquí, conmigo. Si no puedes aceptarlo, si no la aceptas a ella, tendrás que instalarte en otra parte.

A veces, la respuesta era sí o no. Cade pensó que esa vez era así tanto para él como para su madre.

-La casa de Magnolia es tuya si la quieres. Pero si prefieres vivir en otra parte, Beaux Réves aceptará el lugar que elijas. -¿Para no sentirte tan culpable?

-No, mamá. No me inspira ninguna culpa ser feliz ni amar a una mujer a quien también admiro y respeto.

-¿Respeto? -escupió Margaret-. ~

Tú te atreves a hablar de respeto?

-Sí. No he conocido a nadie a quien respete más. Así que la culpa no tiene nada que ver en todo esto. Pero me encargaré de que tengas un hogar cómodo.

-No necesito nada de ti. Tengo dinero propio.

-Lo sé. Tómame el tiempo que necesites para decidir. Sea cual fuere esa decisión, espero que te haga feliz. O que por lo menos vivas contenta. Ojalá...

-Cerró los ojos un instante,

cansado de mantener la fachada de los buenos modales-. Ojalá entre nosotros hubiera más que esto. Ojalá supiera por qué no puede haberlo.

Nos hemos desilusionado el uno del otro, mamá. Y lo lamento.

Margaret tuvo que apretar los labios para impedir que le temblaran.

-Cuando salga de esta casa, habrás muerto para mí.

Los ojos de Cade se llenaron de dolor, pero al punto se aclararon.

-Sí, lo sé.

Retrocedió y cerró en silencio la puerta.

Sola, Margaret se hundió en la cama y escuchó el silencio.

Cade reunió los papeles que consideraba le serían necesarios durante un día o dos y escuchó los mensajes grabados en el contestador. Debía hablar con Piney, contestar llamadas de la fábrica y pasar por un par de propiedades que tenía en alquiler. Al día siguiente había una reunión de directorio, pero eso era algo que se podía programar para otro día.

Pero la reunión quincenal con su contable era inamovible. Tendría que encontrar un lugar seguro donde dejar a Tory durante unas horas.

Miró su reloj de pulsera y cogió el teléfono. Faith atendió con voz adormilada.

-¿Dónde está Wade?

-¿Hmmm? Abajo con un cocker spaniel o algo así. ¿Qué hora es?

-Más de las nueve.

-No me molestes. Estoy durmiendo.

-Voy al pueblo, Tory está conmigo. Está protestando y dice que quiere ir a la tienda. Hoy no piensa abrir, pero supongo que quiere encontrar algo que la mantenga ocupada. Me gustaría que fueras a la tienda a hacerle compañía.

-Tal vez no me hayas oído. Estoy durmiendo. -Levántate. Estaré allí dentro de media hora. - Esta mañana estás muy prepotente.

-No quiero que ninguna de vosotras dos esté sola hasta que hayan atrapado a Bodeen. Tú te quedarás con ella, ¿me oyes? Yo volveré en cuanto pueda.

-¿Y qué diablos se supone que debo hacer con Tory?

-Ya se te ocurrirá algo. Levántate -repitió, y colgó. Satisfecho, bajó con su maletín.

Lo primero que notó fue que Tory prácticamente había comido todo lo que tenía en el plato. Lo segundo fue que había estado llorando.

-¿Qué pasa? ¿Qué le has dicho?

-¡Vamos! ¡No seas exagerado! -Lilah lo ahuyentó como si se tratara de una mosca-. Pudo llorar un rato y se siente mejor. <No es así, pequeña?

-Sí, gracias. Ya no puedo comer más, Lilah. En serio que no puedo.

Lilah apretó los labios, estudió el plato y luego asintió. -Has comido bastante.

-Miró a Cade-. ¿La señorita Margaret o el juez querrán desayunar?

-No lo creo. Mi madre ha hecho los arreglos necesarios para irse esta tarde.

-¿Así que sigue firme en su decisión?

-Por lo visto. No quiero que te quedes sola aquí, Lilah. Tal vez te gustaría visitar a tu hermana durante un par de días. -Sí, tal vez lo haga.

-Levantó el plato de Tory y lo llevó a la pila-.

Si no te importa, Cade, esperaré y veré lo que hago. -Te llamaré más tarde.

-Es mejor que tu madre se vaya. A la larga será más feliz si se libera de esta casa.

-Espero que tengas razón. Pero llama a tu hermana -dijo mientras le tendía una mano a Tory.

Tory se puso de pie y, tras un momento de vacilación, se acercó a besar a Lilah.

-Gracias.

-Eres una buena chica. No dejes de conservar lo que te pertenece.

-Lo haré.

Una vez estuvieron fuera, en el coche y alejándose de la casa por el camino bordeado de árboles, Tory dijo:

-No quiero una gran boda. Cade arqueó las cejas. --Y?

Enfiló la carretera. Por la ventanilla Tory miró el linde del pantano.

-Y quiero que nos casemos lo antes posible. -¿Por qué?

¡Muy propio de Cade preguntar!, pensó ella, volviéndose hacia él.

-Porque quiero iniciar nuestra vida. Quiero empezar lo antes posible.

-Mañana conseguiré la licencia. ¿Te parece bien?

-Sí. -Apoyó una mano en la de él-. Me parece muy bien. A1 sonreírle, no vio nada, no sintió nada del pantano. Ni de lo que en él acechaba.

Cuando vio llegar el coche de Cade, Faith se encaminó a Confort Sureño.

Esbozó una amplia sonrisa y enlazó su brazo con el de su hermano.

-¡Aquí estás! Creí que lo habías olvidado.

-¿Olvidado?

¿No recuerdas, querido, que me dijiste que hoy me prestarías tu coche? -Dejó caer las llaves de su automóvil en la mano de Cade y le hizo un aleteo de pestañas-. ¡Eres tan bueno! ¿No te parece, Tory, que es el mejor de los hermanos? Sabe que tengo debilidad por este descapotable y no hace más que ofrecerse a prestármelo.

Le quito a Cade las llaves de su coche y luego le estampó un sonoro beso.

-Tory, estoy muerta de aburrimiento porque hoy Wade está muy ocupado. Así que te haré compañía un rato, ¿te parece bien? Tengo ganas de comprarle a Wade uno de esos candelabros que tienes aquí.

Soltó el brazo de Cade y tomó el de Tory.

-El apartamento de Wade necesita algunos arreglos. Bueno, tú ya lo has visto, así que lo sabes. Como por lo visto pasaré allí bastante tiempo, no estoy dispuesta a soportar esa decoración tan espartana y varonil. Mi coche está detrás del edificio de Wade -le gritó a Cade mientras impulsaba a Tory hacia la puerta de la tienda-. Tiene poca gasolina -agregó. Con una última mirada a la cara furibunda de Cade, Tory abrió la puerta de la tienda.

-¿Lo del coche fue un soborno?

-No, Cade no se molestó en ofrecerme un soborno. Esta mañana me despertó, así que tendrá que pagar el precio. Quiere que nos cuidemos la una a la otra.

-¿Dónde está tu perra?

-¡Oh! Bee se está divirtiendo en grande en lo de Wade. -Faith se volvió hacia el escaparate y saludó alegremente con la mano a Cade-. Está furioso. Le indigna que yo maneje su Juguete.

-Así que, como es natural, lo manejas con la mayor frecuencia posible.

-¡Por supuesto! ¿Tienes algo fresco para beber? Hace tanto calor que ni se puede respirar.

-Sí, atrás. Sírvelo lo que quieras. -¿Piensas abrir la tienda hoy?

-No, no me apetece ver gente. Así que no te ofendas si te ignoro.

-Lo mismo digo.

Faith se dirigió a la trastienda y volvió con dos botellas de

coca-cola. Tory había puesto música muy suave y estaba limpiando objetos de vidrio.

-Podrías encargarme algo que hacer antes de que me muera de aburrimiento.

Tory le tendió la franela.

-Supongo que sabrás hacer esto. Yo tengo mucho trabajo de papeleo. Te pido por favor que no dejes entrar a nadie. Si alguien llama a la puerta, dile que hoy la tienda está cerrada.

-Muy bien.

Se encogió de hombros cuando Tory entró en la trastienda y enseguida se entretuvo volviendo a arreglar a su gusto los objetos en venta e imaginando lo que sería ser dueña de una tienda.

A pesar de que era divertido estar rodeada de cosas bonitas y especular acerca de quién compraría qué, era demasiado trabajo, decidió, demasiados problemas.

Detrás del mostrador encontró la llave de la vitrina de las alhajas y se probó varios pares de aros; admiró una pulsera de plata y también se la probó.

Cuando alguien llamó a la puerta, se sobresaltó, sintiéndose culpable y cerró la vitrina. No reconoció a los recién llegados.

El hombre y la mujer permanecían fuera, estudiándola, lo mismo que ella a ellos. Es una lástima que la tienda no esté abierta, pensó Faith. Por lo menos sería entretenido atender a algunos clientes. Faith sonrió y señaló el cartel de «Cerrado». El hombre le mostró una placa.

-¡Oh! -El FBI, pensó Faith. Una diversión aún mejor. Abrió la puerta.

-¿La señorita Bodeen?

-No, ella está en la trastienda. -Faith se tomó un momento para analizarlos. La mujer era alta y de aspecto duro, con pelo castaño muy corto y fríos ojos oscuros.

Lucía lo que Faith consideró un traje gris muy poco tentador y un par de zapatos muy feos.

El hombre era más pasable, pelo castaño y mentón cuadrado con un atractivo hoyuelo.

Faith le sonrió y obtuvo una respuesta poco satisfactoria-. Nunca había tenido oportunidad de conocer a un agente del FBI. Supongo que estoy un poco aturdida.

-¿Quiere decirle a la señorita Bodeen que salga? -pidió la mujer.

-Por supuesto. Esperen aquí. -Se dirigió con rapidez a la trastienda y cerró la puerta a sus espaldas-. El FBI está aquí.

Tory levantó la cabeza. -¿Aquí?

-Pues sí. Un hombre y una mujer y no se parecen en nada a los que uno ve por televisión.

Él no está tan mal, pero ella se ha puesto un traje con el que yo ni siquiera permitiría que me enterraran. Y además es una yanqui. No sé lo que será él. No ha abierto la boca. Si me lo preguntas, la que manda es ella.

-¡Por amor de Dios! ¿Qué puede importarme eso? -Tory se puso de pie, pero le temblaban las piernas.

Antes de que lograra tranquilizarse, oyó un sonoro golpe en la puerta y esta se abrió.

-¿La señorita Bodeen? -Sí, yo... Sí.

-Soy la agente especial Tatia Lynn Williams -La mujer volvió a exhibir su placa-.

Y este es el agente especial Marks. Tenemos que hablar con usted.

-¿Han encontrado a mi padre?

-Todavía no. ¿Se ha puesto en contacto con usted?

-No. No lo he visto ni he tenido noticias tuyas. Sabe que no estoy dispuesta a ayudarlo.

-Nos gustaría hacerle algunas preguntas. -Williams dirigió a Faith una mirada significativa.

Faith rodeó con un brazo los hombros de Tory.

-Esta es la novia de mi hermano.

Le prometí que me quedaría con ella. No romperé la promesa que le hice a mi hermano.

Marks sacó su bloc y volvió algunas páginas.

-¿Y usted es...?

-Faith Lavelle. Tory está viviendo momentos muy angustiosos. Me quedará con ella.

-¿Conoce a Hannibal Bodeen?

-Lo conozco. Y creo que hace dieciocho años asesinó a mi hermana.

-No tenemos ninguna prueba de eso -dijo Williams con sequedad.

-Señorita Bodeen, ¿cuándo vio a su madre por última vez? -En abril. Mi tío y yo fuimos a verla. Hace varios años que prácticamente no tengo contacto con mis padres. No la había visto a ella desde que yo tenía veinte, y tampoco a mi padre. Hasta que él vino aquí, a mi tienda.

--Y en ese momento usted ya sabía que era un fugitivo?

-Sí.

Oro

-Y a pesar de eso le dio dinero.

-Se llevó mi dinero -corrigió Tory-. Pero igual se lo habría dado, con tal de mantenerlo lejos de mí.

-¿Su padre ejercía violencia física contra usted?

-Durante toda la vida. -Tory se dio por vencida y se sentó. -¿Y contra su madre?

-No, en realidad no. No tenía necesidad de castigarla. Entiendo que en años más recientes la golpeaba, pero eso fue cuando yo ya no estaba con ellos. Aunque no lo sé con seguridad. Son sólo especulaciones.

-Se me ha dicho que usted no necesita especular. -Williams levantó la mirada y la fijó en el rostro de Toro-. Usted clara tener poderes psíquicos.

-Yo no declaro nada.

-Hace unos años estuvo involucrada en varios casos de secuestro infantil.

-¿Y qué relación puede tener eso con el asesinato de mi madre? -Usted era amiga de Hope Lavelle. -Marks se hizo cargo de las preguntas con suavidad y se sentó mientras su compañera permanecía de pie.

-Sí. Éramos muy amigas.

-Y usted condujo a la familia y a las autoridades hasta el lugar donde se encontraba el cuerpo.

-Sí. Estoy segura de que ustedes tienen los informes. No tengo nada más que agregar.

-Usted declara haber visto su asesinato. -Cuando Tory no respondió, Marks se inclinó hacia adelante-. Hace poco pidió ayuda a Abigail Lawrence, una abogada de Charleston. Estaba interesada en una serie de crímenes sexuales. ¿Por qué?

-Porque todas esas personas fueron asesinadas por la misma persona, la misma persona que asesinó a Hope. Porque para él cada una de ellas era Hope a una edad distinta.

-Es algo que usted... presiente -comentó Williams, atrayendo la mirada de Tory.

-Lo sé. Y no pretendo que me crea.

-Si lo sabe -continuó Williams-, ¿por qué no se presenta a declararlo?

-¿Para qué? ¿Para divertir a personas como usted? Para que vuelvan a sacar a relucir lo que le sucedió a Jonah Mansfield y me arrojen a la cara la participación que tuve en el caso? Usted sabe todo lo que hay que saber de mí, agente Williams.

Marks sacó una bolsita del bolsillo y la arrojó sobre el escritorio. Dentro había un sencillo aro de oro.

-¿Qué nos puede decir de esto?

Tory mantuvo las manos sobre el regazo. -Es un aro.

-Una de las cosas que sabemos de usted es que se muestra muy fría cuando la situación es grave. -Williams se adelantó-. Estaba bastante interesada en los asesinatos como para pedir información sobre ellos. ¿No le interesan lo bastante como para ver lo que puede, digamos, deducir de eso?

--Les he dicho todo lo que puedo sobre mi padre. Haré todo lo posible por ayudarles a encontrarlo.

Marks levantó la bolsa. -Empiece por esto.

-¿Era de mi madre? -Sin pensar en lo que hacía, Tory rompió el sello y cogió el aro. Se abrió, deseando más de lo que sospechaba, esa última conexión. Se estremeció una vez, luego depositó el aro sobre el escritorio-. El otro aro lo tiene usted en el bolsillo -le dijo a Williams-. Se los sacó mientras viajaba en coche hacia el pueblo y metió este en la bolsa. -La miró con tranquilidad-. No tengo ninguna obligación de exhibirme delante de ustedes.

-Lo siento. -Williams se adelantó para apoderarse del aro-. Yo sé mucho acerca de usted, señorita Bodeen. Me interesé por el trabajo que hizo en Nueva York. He estudiado el caso Mansfield. -Se metió el aro en el bolsillo-. Debieron haberla escuchado.

-Dirigió una mirada silenciosa a su compañero-. Es lo que yo pienso hacer.

-No puedo decirles nada más. -Se puso de pie-. ¿Faith, ¿os acompañas a la puerta, por favor?

-Por supuesto.

Williams sacó una tarjeta, la dejó sobre el escritorio y luego salió detrás de Faith. Instantes después, Faith volvió a entrar, sacó de la nevera otra coca-cola y se instaló en el sillón que acaba

De ocupar Marks.

-¿Sólo con tocar el aro pudiste decirles todo eso?

¿Sólo con tocarlo supiste que era suyo?

--Tengo mucho trabajo.

--¡Venga ya, no seas pelma! -Faith bebió un largo trago de ~ la botella-

-Juro que jamás he conocido a nadie que se tome todas las malditas cosas con tanta seriedad.

Lo que deberíamos hacer sería comprar un billete de lotería o ir al hipódromo.~ Puedes predecir qué caballo ganará? No veo por qué no.

-¡Por amor de Dios!

-Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no te diviertes un poco con tus poderes?

No tiene por qué ser siempre tan sombrío y deprimente. No, ya sé.

-Mejor que el hipódromo. Iremos a Las Vegas y jugaremos al blackjack. ¡Dios santo, Tory!.

Podemos hacer saltar la banca de todos los casinos.

-No se trata de algo de lo que uno pueda sacar provecho. -¿Por qué no? ¡Ah! Por supuesto.

Lo olvidé. Eres tú. Prefieres que el asunto te deprima, ¿verdad? ¡Pobre de mí!

-Faith se enjugó los ojos con un pañuelo imaginario-. Tengo dones psíquicos, por lo tanto, debo sufrir.

Tory sonrió.

-No estoy deprimida.

-Lo estarías si se te diera la posibilidad. Yo soy experta en depresiones. -Apoyó una cadera sobre el escritorio-. Ven conmigo a casa de Wade. Allí podrías... bueno, arrimarte a él o lo que sea y averiguar lo que pasa por su cabeza con respecto a mí.

-Ni hablar. -¡Venga! Sé buena. -No.

-Eres una zorra.

-Tienes razón. Y ahora vete. Y vuelve a poner esa pulsera donde la encontraste.

-Muy bien. De todos modos no es mi estilo. -Se inclinó sobre el escritorio-.

- ¿En qué estoy pensando en este momento? Tory la miró y tuvo que contenerse para no sonreír.

-Es ingenioso, pero anatómicamente imposible. Gracias, Faith.

-¿Por qué?

-Por hacerme enojar deliberadamente para que no me deprima.

-De nada. Después de todo es muy fácil.

-¿Wade, querido? -Faith se apoyó el auricular sobre el hombro y miró por encima del mostrador hacia la trastienda, donde tenía la sensación de que Tory estaba enterrada desde hacía diez días-. ¿Estás ocupado?

-¿Yo? Por supuesto que no. Acabo de castrar una dashound. Otro día en el paraíso.

-¿Y exactamente qué les...? No, no importa. Creo que no quiero saberlo.

¿Cómo está mi bebé?

-Estoy bien. ¿Y tú?

-Me refiero a Bee. ¿Cómo está? Wade lanzó un suspiro.

-Se está divirtiendo. Estoy seguro de que te contará todo lo sucedido en su primer día de trabajo.
-Yo también estoy viviendo mi primer día de trabajo. Algo por el estilo.
-Con una sorprendente sensación de satisfacción, Faith estudió los exhibidores de vidrio que acababa de limpiar y que brillaban-. ¿A qué hora crees que terminarás en la clínica?
-Alrededor de las cinco y media. ¿Qué planeabas?
-Tengo el descapotable de Cade y estaba pensando si te gustaría que diésemos un largo paseo.
-¡El día está tan caliente y Pegajoso! No me he puesto absolutamente más que ese vestido rojo. -Con una sonrisa astuta, envolvió un mechón de pelo alrededor de un dedo-. Recuerdas mi vestido rojo, ¿verdad, querido? Hubo una larga pausa.
-¿Estás tratando de matarme?

Faith lanzó una carcajada de satisfacción.

-Ya que últimamente hemos pasado gran parte del tiempo conversando y demás, trato de asegurarme de que cierta parte de nuestra relación sigue vigente.

-Te apoyo en eso.

-¿Entonces por qué no damos un paseo en coche? Podríamos encontrar un motel barato y jugar a los viajeros de comercio.

-¿Y tú qué vendes?

Esa vez la carcajada de Faith fue larga y estridente. -¡Oh, querido! Confía en mí.

El precio será justo. -Entonces soy comprador. Tendremos que volver esta noche tarde o mañana temprano. Tengo una serie de citas.

-Me parece bien. -Estaba comenzando a acostumbrarse a que los planes de ambos estuvieran sujetos a los compromisos profesionales de Waffle-. ¿Waffle?

Sí?

-¿Recuerdas que dijiste que estabas enamorado de mí? -Me parece recordar algo por el estilo.

-Bueno, creo que yo también estoy enamorada de ti. ¿Y sabes una cosa? No me molesta. Hubo otra larga pausa.

-Creo que podré salir de aquí a las cinco y cuarta. -Pasaré a buscarte.

-Colgó la comunicación y comenzó a bailar alrededor del mostrador-. ¡Ven, Tory, sal de ahí!

- Esto es como estar encerrada en la cárcel -declaró mientras abría la puerta de un tirón.

Tory apenas levantó la vista del inventario que estaba haciendo.

-Nunca has tenido un empleo, ¿verdad?

-¿Y para qué quiero un empleo? Tengo una herencia.

-Para sentirte realizada, satisfecha, por el placer de llevar a cabo una tarea.

-Está bien. Trabajaré contigo. Podría ser divertido. Pero más tarde hablaremos de eso. Ahora debes venir conmigo. Tengo que correr a casa a buscar algunas cosas.

-Nada impide que vayas.

-Adonde vaya yo, vas tú. Se lo prometí a Cade. Y hemos estado aquí, haciendo lo que tú querías, durante... -Miró su reloj y levantó los ojos al techo-.

Casi cuatro horas.

-Todavía no he terminado.

-Bueno, pero yo sí. Y si nos quedamos aquí durante el resto del día, tal vez vuelvan los del FBI.

-Está bien. -Tory dejó el bolígrafo sobre el escritorio-. pero le prometí a mi abuela que a las cinco estaría en casa de mi tío. -Me parece perfecto. Te dejaré allí antes de pasar a buscar a Made.

-Saca un par de coca-colas, querida. Tengo la boca seca. .

Y se salió a retocarse los labios frente a uno de los espejos decorativos de Tory.

-¿Desde cuándo te gusta mirarte en el espejo? -preguntó Tory mientras salía con las botellas.

Faith guardó el lápiz labial en el bolso.

-Estás de mal humor porque te has pasado el día encerrada en este agujero.
-Cuando estemos en la carretera con el descapotable de Cade me lo agradecerás.
- Si el viento te despeina un poco, tal vez tu pelo llegue a tener un poco de estilo.
-Mi pelo no tiene nada de malo.
-No, nada de malo. Siempre que quieras tener el aspecto de una vieja bibliotecaria.
-Ese es un tópico ridículo y un insulto a la profesión de bibliotecaria.
Faith permaneció otro instante frente al espejo antes de levantar la cabeza.
-¿Has visto últimamente a la señorita Matilda en la biblioteca pública de Progress?
Tory tuvo que sofocar una sonrisa.
-¡Oh! ¡Cállate la boca! -repuso mientras entregaba una botella de coca-cola a Faith.
-Eso es lo que me gusta de ti. Siempre tienes una respuesta rápida. -Se arregló un poco el pelo y comenzó a salir. -Bueno, vamos.
-Has cambiado las cosas de Lugar -acusó Tory al notar las pequeñas modificaciones hechas por Faith en los estantes y exhibidores.
Respuestas rápidas, pensó Faith. Y ojos como los de un maldito halcón.
-- ¿ Y?
Tory tuvo ganas de protestar. Y casi lo hizo, por principio. -lelo está mal.
-Perdóname, pero estoy tan sobrecogida por tu elogio que me siento un poco mareada.
-En ese caso, yo conduciré.
-¡Antes muerta! -Riendo, Faith se dirigió a la puerta del coche.
Mientras la seguía y cerraba la tienda, Tory se dio cuenta de que se estaba divirtiendo.
Cuando uno estaba con Faith era imposible ponerse a cavilar.
-Y le resultaba atractiva la idea de viajar a gran velocidad en un descapotable. Pensaría en eso, solamente en eso, y más tarde se preocuparía por el resto.
-Ponte el cinturón de seguridad -ordenó mientras se deslizaba en el asiento del acompañante.
-Bueno, está bien. El aire está tan espeso que casi podría masticarlo.
Faith se ajustó el cinturón de seguridad, sacó sus gafas de sol y puso en marcha el motor.
-Mientras aceleraba, le dirigió una mirada traviesa a Tory.
-Y ahora un poco de música para ponernos a tono. -Pulsó el botón de los CD hasta que Pete Seager comenzó a aullar acerca del rock-and-roll-. ¡Ah, un clásico! Perfecto.
Y ahora veremos de qué estás hecha, Victoria.
Deliberadamente, Tory sacó sus gafas de sol y se las puso. -De un material duro.
-Bien. -Faith esperó que no hubiera tráfico y se alejó del bordillo haciendo chirriar los neumáticos. Hizo un giro en U y pasó el semáforo del parque segundos antes de que se pusiera en rojo.
-Te multarán antes de que salgamos del pueblo.
-No; creo que el FBI mantiene muy ocupada a nuestra policía local.
¿Note encanta este coche?
-¿Por qué no te compras uno?
-Porque me perdería la diversión de importunar a Cade para que me preste el suyo.
Salió de los límites del pueblo y aceleró.
El viento azotaba la cara de Tory, la despeinaba y le hacía bullir la sangre. Una aventura, pensó, mientras volaban por la carretera. Una verdadera tontería.
-Hacía mucho tiempo que no se permitía una sencilla tontería.
Velocidad. A Hope le encantaba viajar rápido, iba en bicicleta como si se tratara de un purasangre o un cohete.
-Desafiaba la muerte levantando los brazos en el aire y entregándose a la alegría del momento.

Y ahora Tory hacía lo mismo. Echó atrás la cabeza y permitió que la velocidad y la música la envolvieran.
El olor era a verano, y el verano era infancia. Alquitrán caliente que se derretía bajo el sol ardiente, aguas quietas que maduraban al calor.

Ella podía correr por el campo cuando las vainas de algodón acababan de reventar e imaginar que era una exploradora en un planeta desconocido.

-Jugar a que era una carretilla, avanzar por el camino y sentir el alquitrán reblandecido bajo los pies.

-Entrar en el pantano que era cualquier mundo que ella quisiera que fuese.

- Correr por allí, correr con el suelo esponjoso bajo los pies, con el musgo que caía y los mosquitos que zumbaban sedientos de sangre.

Correr. Alejarse corriendo, con el corazón palpitándole y un grito encerrado en la garganta. Correr...

-Allí está Cade.

-¿Qué? -Tory movió la cabeza, los ojos grandes y casi ciegos.

-Allí. -Con aire despreocupado, Faith señaló el campo, donde dos hombres permanecían de pie en un mar de algodón verde. Hizo sonar la bocina con alegría, saludó y rió-. ¡Oh! Ahora nos maldice y se queja a Piney de su hermana, una mujer loca e irresponsable.

-Note preocupes -agregó con aire presumido-. Supondrá que trato de corromperte.

-Yo estoy bien. -Tory hizo un esfuerzo por respirar, inhalar y exhalar bocanadas de aire-. Estoy bien.

Faith le dirigió una mirada más larga, como estudiándola.

- ¡Por supuesto que estás bien! Pero te has puesto muy pálida. ¿Por qué no...? ¡Oh, mierda!

La liebre cruzó el camino a la carrera. Instintivamente, Faith clavó los frenos y el coche derrapó, los neumáticos chirriaron pero, bajo las manos firmes de la conductora, recuperó el equilibrio.

-No soporto atropellar a un ser vivo. Aunque sólo Dios sabe por qué saldrán corriendo así.

-Es como si esperaran que pasara un coche y entonces... -Al volver a mirar a Tory dejó la frase inconclusa. Lanzó una exclamación antes de aclararse la garganta y reducir la velocidad-.

¡Ay, ay! Tory bajó la vista. Casi todo el contenido de la botella de coca-cola acababa de derramarse sobre su blusa. Con dos dedos apartó la blusa de su piel y miró a Faith.

-Bueno, no podía atropellar esa pobre liebre, ¿no crees? -Sólo te pido que me lleves a casa para que me cambie, ¿de acuerdo?

Faith palmeó el volante con las manos y dobló por el sendero de entrada a la casa de Tory. Frenó con brusquedad, llenando el aire de polvo y de grava.

Riendo, pero con cautela, Faith bajó.

~Mientras te lavas, yo pondré la blusa en agua.

-Sería una pena que se arruinara, a pesar de que me parece bastante ordinaria. -Es clásica.

-Si te consuela, sigue creyéndolo.

-Encantada con la diversión, Faith subió los escalones del porche-. Note des prisa, tómate tu tiempo y arréglate -dijo mientras Tory abría la puerta-. Te hace más falta que a mí.

-Supongo que no se demora demasiado en estar lista para saltar a la primera cama desocupada que uno encuentre. Sonriente, Faith la siguió al dormitorio y enseguida, sintiéndose en su casa, abrió la puerta del armario para estudiar su contenido.

-¡Bueno! Aquí hay cosas que no están nada mal.

-No toques mi ropa.

-Este color me sienta. -Sacó una blusa de seda azul y se volvió hacia el espejo-. Resalta mis ojos.

Tory le arrebató la blusa y le lanzó la camisa húmeda. -Ve a hacer algo útil,

Faith puso los ojos en blanco, pero se encaminó a enjuagar la camisa en el baño.

-Si no la piensas usar durante los próximos días, podrías prestármela.

- Estaba pensando que mañana Wade y yo podríamos pasar la noche en su casa.

- Si las cosas están como supongo, de todos modos no la tendré puesta mucho tiempo.

-Entonces lo que uses no tendrá importancia.

-Una declaración así no hace más que demostrar que me necesitas. -Faith enjuagaba la camisa con entusiasmo-. Lo que una mujer se pone está directamente relacionado con la reacción que quiere provocar en el hombre.

Tory abrió el armario en busca de una camisa blanca, frunció el entrecejo y luego miró la blusa azul. Bueno, ¿por qué no?

Se puso la blusa, la abotonó y se acercó al espejo para cepillarse el pelo.

-Debo alisarlo y atármelo, se dijo. Iba a consolar a su abuela, a hacer lo posible por mantener unido lo que quedaba de

su familia. No era momento para frivolidades ni para egoísmos

pero Dios sabía que era exactamente lo que necesitaba y Faith acababa de enseñárselo.

Levantó los brazos y comenzó a trenzarse el pelo. El movimiento repetido y el zumbido del ventilador de techo la adormecieron hasta que entrecerró los ojos y se miró soñadora en el espejo.

Vio la liebre que salía corriendo al camino.

-Una raya marrón presa del pánico. Corriendo. Huyendo del olor a hombre. Alguien se acercaba. Alguien espiaba.

Los brazos quedaron petrificados sobre su cabeza y el pánico embargó su corazón. El aire se puso espeso, pesado, con un leve olor a whisky. Lo olía, como la presa al cazador.

De un solo salto estuvo junto a la mesilla de noche empuñando el arma que Cade le había dado. Tenía un gemido en la garganta, pero lo contuvo.

-Lo único que surgía de su boca era el jadeo del miedo. Salió corriendo del cuarto justo en el momento en que Faith salía del baño.

-La he dejado en agua. Puedes enjuagarla cuando...

-Primero vio el arma, luego la cara de Tory-. ¡Oh, Dios! -fue todo lo que Logró decir antes de que Tory le aferrara un brazo.

-Escúchame, no hagas preguntas. No tenemos mucho tiempo. Sal por la puerta del frente. ¡Apresúrate! Ve a buscar ayuda en el coche. Busca ayuda. Intentaré detenerlo.

-Ven conmigo.

-No. -Tory se encaminó a la cocina-. Él se acerca. ¡Vete! Corrió hacia la parte trasera de la casa para darle tiempo de escalar a Faith. Y para enfrentarse a su padre.

El pateó la puerta trasera y entró. Tenía la ropa inmundada, la cara y los brazos llenos de rasguños, en carne viva, y cubiertos de picaduras de insectos.

-Se tambaleaba un poco, pero miró con firmeza el rostro de su hija. Tenía una botella vacía en una mano y un arma en la otra.

-Te he estado esperando.

Tory aferró el revólver con más fuerza. -Lo sé.

-¿Dónde está esa perra Lavelle? Lejos. A salvo.

-Aquí no hay nadie más que yo.

-¡Pequeña puta mentirosa! No das dos pasos sin la compañía de la hermana de ese ricacho. Quiero hablar con ella. -Sonrió. Quiero hablar con las dos.

-Hope ha muerto. Ahora sólo quedo yo.

-Es cierto, es cierto. -Levantó la botella y al comprobar que estaba vacía la arrojó contra la pared, donde cayó hecha añicos-. Consiguió que la mataran. Ella lo pidió. Vosotras dos pedisteis todo lo que os sucedió. Por mentirosas y furcias. Por haberos tocado la una a la otra de manera pecaminosa. -Entre Hope y yo no hubo más que amistad. -Tory aguzó el oído, con la esperanza de oír la camioneta de Cade, pero no oyó nada.

-¿Crees que yo no lo sabía? -Hizo un gesto violento con el arma, pero ella no se amilanó-.

-¿Crees que no os vi nadando desnudas, flotando en el agua, salpicándoos?

A Tory le enfermó que él pudiera retorcer recuerdos infantiles para convertirlos en algo perverso.

-Nosotras teníamos ocho años. Pero tú no. El pecado estaba en ti. Siempre fue así.

-No, no te acerques. -Levantó el arma y le recorrió un temblor desde el hombro hasta la punta de los dedos-. No volverás a ponerme una mano encima. Ni tú ni ningún otro.

-¿Esta vez mamá no te dio bastante dinero? ¿No se alejó con suficiente rapidez?

-Fue por eso que lo hiciste?
-Nunca le levanté una mano a tu madre a menos que ella lo necesitara.
- Dios hizo al hombre cabeza de su hogar. Baja eso y consígueme un trago.
-La policía viene hacia aquí. Te están buscando. Por Hope, por mamá y por todas las demás. -Al ver que él se le acercaba, el arma le tembló en la mano.
- En la cabeza oía el siseo del cinturón de cuero de su padre-. Acércate a mí y no los esperaremos. Lo terminaré todo ahora.
-Crees que me asustas. Pero siempre fuiste un cobarde.
-De pronto Faith se ubicó detrás de Tory. El arma pequeña brillaba en su mano.
-Si ella no le dispara, juro que lo haré yo.
-Dijiste que ella había muerto. Dijiste que ella había muerto.
-Era un hombre grande, de largos brazos. Saltó hacia adelante, presa del pánico y la furia y empujó a Tory contra la pared.
- Se escapó un tiro y el olor a sangre le empapó a ella los sentidos.
Retrocedió dando tumbos contra Faith, mientras su padre aullaba y salía hecho una tromba por la puerta rota.
-Te dije que te fueras. -Tory cayó de rodillas, con los dientes castañeteando.
-Bueno, como verás, no te hice caso. -Como todo se le ponía brumoso, Faith se apoyó contra la pared y meneó la cabeza-.
Utilicé el teléfono móvil de Cade para llamar a la policía.
-Pero volviste.
-Sí. -Lanzando pequeños jadeos, Faith se inclinó-. Tú tampoco me habrías abandonado.
-Había sangre. Olí sangre. -Tory se puso de pie y obligó a Faith a enderezarse-. ¿Te ha herido?
-No. Fuiste tú. Tú le disparaste. Vuelve en ti, Tory.
¡Tory se quedó mirando su propia mano. Todavía sostenía el arma, y le temblaba como si tuviera vida propia. Con un pequeño adeo, la dejó caer al suelo.
-¿Yo le disparé?
-El armase disparó cuando él te empujó. Por lo menos es lo que creo. ¡Dios! ¡Sucedió con tanta rapidez! Estoy segura de que había sangre en la camisa de tu padre, y yo no disparé. Creo que me voy a descomponer. Odio descomponerme. Sirenas.
-Al oírlas, Faith apoyó la cabeza contra la pared-. ¡Gracias a Dios! -Después oyó el rugido de un motor y se alejó de la pared-. ¡Oh, no! ¡Dios mío! ¡El coche de Cade! Dejé las llaves puestas.
Antes de que Tory pudiera detenerla, corría hacia la puerta de entrada. Salieron juntas a tiempo de ver que el coche de Cade se alejaba por el camino.
-¡Cade me matará!
Tory lanzó un sonido parecido a un sollozo, pero resultó una carcajada. Una carcajada al borde de la histeria, pero risa al fin. -Acabamos de ahuyentar a un loco y te preocupa lo que dirá tu hermano mayor. Sólo tú eres capaz de una cosa así.
-Bueno, Cade puede llegar a ser bastante severo. -Tanto para reconfortarse como para apoyarse, Faith pasó un brazo por los hombros de Tory, que bajó la cabeza y cerró los ojos. El aullido de las sirenas le azotaba los oídos.
-Vio manos sobre el volante del auto. Las manos de su padre, llenas de rasguños. Sintió la velocidad, el girar de las ruedas cuando el coche perdió la estabilidad.
Vuelve, pisa el acelerador a fondo. La radio aúlla rock. Luces que giran.
-Cuando levanta la vista, las ve por el espejo retrovisor. Pánico ultraje, odio. Se están acercando.
El brazo le escuece por la herida de bala, y sangra.
Pero lograrás huir. Dios está de tu lado. Él te dejó el coche. Rápido. Más rápido. ,

Una prueba. No es más que otra prueba. Conseguirás huir. De, bes huir. Pero volverás a buscarla. ¡Ah, sí! Volverás y la harás pagar Las manos llenas de sangre. No puedes dominar el volante,
El mundo se precipita hacia ti, las formas caen y se deshacen.

Gritos. ¿Eres tú el que grita?

-¡Tory! ¡Por amor de Dios, Tory! ¡Basta! ¡Despierta! Volvió en sí en el arcén, el cuerpo convulsionado, los gritos desgarrándola la cabeza.

-¡Vuelve en ti!

-Estoy bien. -Dolorida, Tory giró sobre sí misma protegiéndose los ojos con un brazo-. Sólo necesito un minuto. -¿Dices que estás bien? Al verlos pasar, saliste corriendo al camino. Tuve miedo de que te atrepellaran. Después pusiste los ojos en blanco y te desmoronaste.

-Faith dejó caer la cabeza entre las manos-. Es demasiado para mí. Es más de lo que puedo soportar.

-Está bien. Todo ha terminado. Ha muerto.

-Creo que lo supuse. Mira. -Señaló el camino. Se elevaban llamaradas y humo y, a la distancia, el sol hacía brillar el cromado de los coches de policía-. Oí el choque y luego una especie de explosión.

-Una muerte terrible -murmuró Tory-. Yo se la deseé. -

-Él mismo se la buscó. ¡Necesito a Wade! ¡Oh, Dios, cómo necesito a Wade!

-Le pediremos a alguien que lo llame. -Ya más tranquila, Tory se puso de pie y le tendió una mano a Faith.

-Vamos.

-Está bien. Me siento un poco mareada.

-Yo también. Tendremos que sostenernos la una a la otra. Se rodearon mutuamente la cintura y echaron a andar por el camino. El calor subía del asfalto, reflejándose trémulo en el aire.

- A través de las oleadas de calor, Tory vio el fuego, el girar de las luces, el beige opaco de los coches del gobierno junto a los que estaban los agentes del FBI.

-¡Has visto donde se estrelló? -murmuró Tory-. Justo frente al lugar donde Hope...

-justo en la curva del camino frente a Hope.

Oyó un coche detrás de ellas y se volvió. Cade frenó, bajó y corrió a abrazarlas.

-¡Estáis bien! ¡Oh, gracias a Dios! Oí las sirenas y después vi el fuego. ¡Oh, Dios! Creí...

-No nos lastimó. -Allí estaba el olor de Cade. Sudor y hombre. Suyo. Tory dejó que la llenara-.

- Está muerto. Lo sentí morir.

-Shh. No sigas. Os llevaré a casa. -Quiero a Wade.

Cade besó la cabeza de su hermana.

-Lo llamaremos, cariño. Venid conmigo. Ahora debéis apoyaros en mí. . -Se llevó tu coche, Cade. -Faith permanecía con los ojos cerrados y la cara apoyada contra el pecho de su hermano-.

-Lo siento.

Cade sólo meneó la cabeza y la abrazó con más fuerza. -No pienses en eso. Todo está bien.

Conteniéndose, las ayudó a subir al coche. Cuando arrancó, la agente Williams se paró en medio del camino y les hizo señas. -Señorita Bodeen, ¿Podría identificar a su padre?

- -Señaló el lugar del desastre-. ¿Era Hannibal Bodeen el que conducía ese vehículo?

-Sí. Está muerto.

-Debo hacerle algunas preguntas.

-Aquí y ahora, no. -Cade puso marcha atrás-. Cuando haya terminado aquí, vaya a Beaux Réves. Ahora yo las llevaré a casa.

-Está bien. -Williams miró a Tory-. ¿Está herida? -Ya no.

Durante un rato se le embotó la cabeza. Tuvo difusa conciencia de que Cade la hacía entrar en la casa y la llevaba arriba. Ella lo dejó hacer cuando él la acostó en la cama.

Al rato sintió algo fresco sobre la cara. Abrió los ojos y vio los de Cade.

-Estoy bien. Sólo un poco cansada.

-Te he traído uno de los camiones de Faith. Te sentirás mejor cuando te lo pongas.

-No. -Se sentó en la cama y lo rodeó con sus brazos-. Ya me siento mejor.

Él le acarició el pelo con suavidad. La abrazó y hundió la cara en su pelo.

-Necesito un minuto -dijo él.

-Yo también. Probablemente muchos minutos. Resiste.
-Resistiré. Os vi pasar. Faith iba conduciendo como enloquecida.
- Pensaba darle un buen rapapolvo por eso.
-Lo hizo a propósito. Le encanta enfurecerte.
-Y lo logró. ¡Vaya si lo logró! Caminé de regreso por el campo jurando que se la haría pagar. Piney me seguía, sonriendo como un idiota. Entonces oí el disparo. Fue como si la bala me hubiera atravesado el corazón.
-Eché a correr, pero todavía estaba lejos del camino y del coche cuando vi pasar a la policía. Presenció la explosión. Creí que te había perdido.
-Comenzó a mecérsele. Creí que te había perdido, Tory.
-Mentalmente, yo estaba en el coche con él. Creo que quería estar allí para conocer el momento exacto en que todo habría terminado.
-Ya nunca podrá volver a tocarte.
-No. Ya nunca podrá volver a tocar a ninguno de nosotros.
-Apoyó la cabeza en el hombro de Cade-. ¿Dónde está Faith? -Abajo. Wade está aquí. Faith no puede estarse quieta. -Se echó atrás y le recorrió el rostro con la mirada-. Andará dando vueltas hasta que se desmorone, y entonces Wade estará a su lado.
-Ella se quedó conmigo. Tal como le pediste. -Suspiró-. Debo ir a ver a mi abuela.
-Ella viene para acá. La he llamado. Ahora esta es tu casa, Tory. Más tarde iremos a buscar tus cosas a la Casa del Pantano. -De acuerdo.
Anochece cuando recorrió los jardines con su abuela.
-Me encantaría que te quedaras aquí con nosotros, abuela. Tú y Cecil.
J.R. me necesita. Ha perdido una hermana, una hermana a quien no pudo salvar de sí misma.
- Yo perdí una hija. -Se le quebró la voz-. La perdí hace mucho tiempo. Pero, por más que uno no quiera admitirlo, siempre nos queda la esperanza de que todo volverá a estar bien.
- Ahora eso ha desaparecido. -No sé qué hacer para ayudarte.
-Lo estás haciendo. Estás viva y eres feliz. -Tomó la mano de Tory. Era como si no pudiera dejar de tocarla.
-A nuestra manera, tendremos que hacer las paces con todo lo sucedido. -Iris respiró hondo para tranquilizarse-. La enterraré aquí, en Progress. Creo que así debe ser. Aquí paso algunos años felices y, bueno, es lo que J.R. quiere. No quiero que haya servicios religiosos. En eso me opongo a los deseos de mi hijo. La enterraremos pasado mañana por la mañana. Si J.R. quiere, su ministro podrá decir algunas palabras junto a la tumba.
No te culparé, Tory, si prefieres no estar presente.
-¡Iré!
-Me alegro. -Iris se dejó caer sobre un banco. Las luciérnagas habían salido y golpeaban la oscuridad con su luz-. Los funerales son para los vivos, para ayudar a cerrar un ciclo. Hará que te sientas mejor. -Tiró de Tory para que se sentara a su lado-. Empiezo a sentirme vieja, pequeña.
-No digas eso.
-Ya se me pasará. No toleraría que fuera de otra manera. Pero esta noche me siento vieja y cansada. Dicen que los padres no tienen que sobrevivir a sus hijos, pero la naturaleza y el destino deciden lo que ha de ser. Y nosotros vivimos con ello, Tory. Todos vivimos con esto. Quiero tener la seguridad de que tomarás con ambas manos lo que tengas por delante y que lo aferrarás con fuerza.
-Lo haré. La hermana de Hope sabe hacerlo. Y yo estoy aprendiendo.
-Siempre me gustó esa chica. ¿Piensa casarse con mi Wade?
-Creo que Wade piensa casarse con ella, pero que permitirá que ella crea que fue idea suya.
-¡Muchacho inteligente! Y confiable. La mantendrá en el camino correcto, pero sin cortarle las alas. Veré felices a mis dos nietos. A esa esperanza me aferro con fuerza, Tory.

Wade luchaba con el nudo de la corbata. Odiaba esas malditas cosas. Cada vez que se ponía una corbata recordaba que para Pascua su madre lucía un sombrero que parecía un florero invertido y que lo obligaba a ponerse una corbata azul brillante a juego con su odiado traje azul brillante. Entonces tenía seis años y creía que eso lo había traumatizado para el resto de su existencia.

Uno se ponía corbata para los casamientos y para los funerales.

No había manera de evitarlas, a pesar de tener la suerte de haber elegido una profesión que no requería usar un maldito nudo corredizo alrededor del cuello todos los días de la semana.

Faltaba una hora para el entierro de su tía.

Era algo que tampoco había manera de evitar.

Llovía, una maldita tormenta llena de truenos.

Suponía que los funerales exigían un clima asqueroso, así como corbatas, crêpe negro y un perfume demasiado dulzón.

Habría dado un año de su vida por volver a la cama. Cubrirse la cabeza con la sábana y permitir que todo ese lío discurriese sin él.

-Maxime ha dicho que ella se encargará de cuidar a los perros -anunció Faith.

Entró, exhibiendo el vestido negro más digno que había encontrado en su guardarropa-. ¿Qué has hecho con esa corbata, Wade?

-La anudé. Es lo que uno hace con las corbatas.

-Más bien diría que la enredaste. Déjame ver si puedo arreglarla.

-La tironé y retorció.

-Note preocupes. No tiene importancia.

-No la tendrá si quieres que la gente crea que tienes una papada negra debajo del mentón.

Mi tía abuela Harriet tenía papada, y te aseguro que no era atractiva. Quédate quieto un momento.

Ya casi está...

-Déjala así, Faith. -Se volvió para tomar la chaqueta de su traje-.

Quiero que te quedes aquí. No tiene sentido que salgas con este tiempo, ni que durante las próximas dos horas los

dos estemos mojados y nos sintamos miserables. Ya has sufrido bastante.

Faith dejó caer el bolso que acababa de coger. -¿No quieres que esté contigo?

-Deberías ir a tu casa.

Ella lo miró y luego recorrió el cuarto con la mirada. Su perfume estaba sobre la cómoda, su bata colgaba del gancho detrás de la puerta.

-¡Qué raro! Creía que allí era exactamente donde estaba. ¿Me equivocaba?

Wade tomó el billetero y las monedas sueltas que había sobre la cómoda y se las metió en el bolsillo trasero del pantalón. -El entierro de mi tía es el último lugar donde deberías estar.

-Con eso no respondes a mi pregunta, pero te haré otra. ¿Por qué el entierro de tu tía es el último lugar donde debo estar? -¡Por amor de Dios, Faith! Razona. Mi tía era la esposa del hombre que asesinó a tu hermana y que hace un par de días pudo haberte matado también a ti. Si lo has olvidado, yo no.

-No lo he olvidado. -Se volvió hacia el espejo y tomó el cepillo para mantener las manos ocupadas. Se lo pasó por el pelo con calma fingida.

-¿Sabes? Mucha gente, probablemente la mayoría, cree que no tengo ni un ápice de sentido común. Que soy frívola y tonta y demasiado superficial para que pueda aferrarme a algo durante más tiempo del que tardo en limarme las uñas. Eso no me importa.

Dejó el cepillo, tomó el frasco de perfume y se puso un poco en el cuello.

-Eso no me importa -repitió-. No me importa que lo piense la gente.

Pero lo extraño es que haya esperado que tú me consideraras mejor.

-Yo te considero una gran mujer.

-¿En serio, Wade? -Las miradas de ambos se encontraron en el espejo-. ¿En serio lo crees?

Y al mismo tiempo supones que puedes adoptar una actitud de irritación y liberarte de mí en el día de hoy. Tal vez yo debería ir a la peluquería mientras tú asistes al funeral de tu tía. Y la próxima vez que tengas que enfrentarme a algo difícil o incómodo, saldré de compras.

Y la vez siguiente:.. -continuó en un tono cada vez más duro, más fuerte-

La vez siguiente ya estaré en otra cosa, por lo tanto no me importará.

-Esto es distinto, Faith.

-Creí que lo era. -Dejó el frasco de perfume y se volvió-. Esperaba que lo fuera. Pero si no quieres que esté hoy contigo, si crees que no quiero estar contigo o que no tengo agallas para en

frentar esta situación, entonces esto no es distinto a lo que ya he vivido. Y no tengo interés en repetirme.

En los ojos de Wade brilló una emoción intensa.

-Todo esto me resulta odioso. Me resulta odioso ver destrozado a mi padre.

Me resulta odioso volver a ver desgarrada a tu familia y saber que la mía tiene parte de la culpa. Me resulta odioso saber que estuviste en la misma habitación que Bodeen, imaginar lo que pudo haber sucedido.

-Eso está bien, porque yo también odio todas esas cosas. Y te diré algo que tal vez no sepas.

Ese día, en cuanto todo terminó, te necesité a ti. Eras la única persona que necesitaba a mi lado. Sabía que me cuidarías y me abrazarías, y que entonces todo estaría bien.

Si tú no necesitas lo mismo de mí, yo tampoco me permitiré necesitarte. Soy suficientemente egoísta para contenerme. Iré contigo hoy, estaré a tu lado y trataré de servirte de consuelo. O volveré a Beaux Réves y comenzaré a tratar de olvidarte.

-Y estoy seguro de que podrías hacerlo -dijo él en voz baja-. Por qué será que eso me inspira admiración? ¿Frívola? ¿Superficial? ¿Tonta? -Meneó la cabeza y se acercó a ella-.

Eres la mujer más extraña que he conocido. Quédate conmigo. -Bajó la frente hasta que las de ambos estuvieron al mismo nivel-, Quédate.

-Es lo que pienso hacer. -Lo rodeó con los brazos y le pasó las manos por la espalda-.

Quiero estar allí contigo. Es algo nuevo para mí. La culpa la tienes tú. Me perseguiste hasta conseguir que me enamorara de ti. Por primera vez no he sido yo la que apuntó y disparó. Y me parece que me gusta.

Lo abrazó, sintió que Wade se apoyaba en ella. Se dio cuenta de que eso también le gustaba.

Hasta entonces nadie se había apoyado en ella.

-Y ahora vamos -dijo con tono enérgico y le besó una mejilla-. Llegaremos tarde y los funerales no son ocasiones indicadas para hacer una entrada triunfal.

Él no pudo menos que reír.

-De acuerdo. ¿Tienes un paraguas? -Por supuesto que no.

-Por supuesto que no. Iré a buscar uno.

Cuando Wade se encaminó al armario, Faith ladeó la cabeza y lo estudió con una leve sonrisa.

-Wade, cuando nos comprometamos, ¿me comprarás un zafiro en lugar de un diamante?

Él cerró la mano con fuerza sobre el mango del paraguas y se quedó inmóvil.

-¿Nos vamos a comprometer?

-Un zafiro bonito, pero no demasiado grande ni astentoso. De corte cuadrado.

El primer imbécil con quien estuve casada ni siquiera me regaló un anillo y el segundo me compró un brillante chillón y de mala calidad.

Tomó el sombrero de paja negro que había arrojado sobre la cama y se acercó al espejo para ponérselo en un ángulo apropiadamente digno.

-Por el estilo que tenía bien podía haber sido un trozo de vidrio.

Después del divorcio lo vendí y me pasé dos semanas en un balneario de moda. Así que lo que me gustaría sería un zafiro de corte cuadrado.

Wade retrocedió.

-¿Te me estás declarando, Faith?

-¡Por supuesto que no! Y no creas que por el hecho de que te esté dando algunas pistas de lo que me gustaría, te salvas de la declaración. Quiero que cumplas con todo lo tradicional, que

hasta me lo pidas de rodillas. Pero -agregó- con un zafiro en la mano.

-Tomo nota.

-Me alegro. -Le tendió una mano-. ¿Listo?

-Creí que lo estaba. -Le tomó la mano y enlazó con firmeza sus dedos con los de ella-.

Nadie jamás está completamente listo para ti.

Enterraron a su madre bajo una lluvia cuyas gotas repiqueteaban contra el suelo mientras los relámpagos iluminaban el cielo del

este. Violencia, pensó Tory. Mi madre vivió con la violencia, murió a causa de ella y aún ahora la violencia parece perseguirla. No escuchó lo que decía el ministro, aunque estaba segura de que sus palabras estaban dirigidas a consolarlos. Se sentía demasiado objetiva para necesitar consuelo, y no lograba lamentarlo. Nunca había conocido a la mujer cuyo cuerpo estaba dentro de ese cajón cubierto de flores. Nunca la comprendió, nunca dependió de ella. Si sentía dolor, era por la carencia con que vivió toda su existencia.

Observó la lluvia que azotaba el ataúd, la oyó martillear contra su paraguas.

Y esperó que todo terminara.

Había más gente de lo que esperaba, y todos permanecían de pie formando un círculo pequeño, oscuro y melancólico. Ella y su tío flanqueaban a la abuela, con Cecil detrás. Y Cade estaba de pie a su lado.

Boots, bendita sea, sollozaba en silencio entre su marido y su hijo.

Todos escuchaban las oraciones cabizbajos, pero Faith alzaba la suya y su mirada se encontró con la de Tory. Y en esa mirada ella encontró consuelo, el inesperado consuelo de alguien que comprendía.

Dwight debía estar allí en su calidad de alcalde, y como amigo de Wade.

-Se mantenía un poco apartado, con aspecto solemne y respetable. Tory supuso que se alegraría cuando pudiera volver a su casa y a Lissy. Estaba Lilah, firme como una roca, los ojos secos mientras en silencio repetía las oraciones del ministro. Y extrañamente, también estaba Rosie, la tía de Cade, vestida de negro, con sombrero y velo. La noche anterior, todos se sorprendieron al verla llegar con un baúl. Anunció que Margaret de momento se alojaba en su casa, lo cual significaba que de inmediato Rosie hizo su equipaje para alojarse de momento en otra parte.

Le ofreció a Tory el traje de novia de su madre, que los años habían amarilleado y que tenía un fuerte olor a naftalina. Luego se lo puso ella misma y lo usó durante el resto de la velada. Cuando bajaron el ataúd a la tumba recién cavada y el ministro cerró su libro de oraciones, J.R. se adelantó.

-Vivió una vida innecesariamente dura. -Se aclaró la garganta-. Y una muerte más dura que la que merecía. Ahora descansa en paz. Cuando era niña, las flores que más le gustaban eran

las margaritas. -Besó la margarita que tenía en la mano y luego la dejó caer sobre el féretro. Y se dirigió hacia su mujer.

J.R. habría hecho más por ella si Sarabeth se lo hubiera permitido -dijo Iris-. Me quedará un tiempo en casa de Jimmy. Para que él y Cecil se conozcan. Después volveremos a casa, -Apoyó una mano en el hombro de Tory y la besó en la mejilla-. Me siento feliz por ti, Tory. Y orgullosa. Kincade, debes cuidar mucho a mi pequeña.

-Sí, señora. Espero que cuando vuelvan a Progress, usted y Cecil se quedarán en nuestra casa.

Cecil se inclinó para besar la mejilla de Tory. -Note preocupes -le susurró.

-No me preocuparé. -Se volvió, a sabiendas de que se suponía que debía recibir condolencias.

-Rosie estaba allí, muy cerca, los ojos brillantes detrás del velo.

-Fue un servicio perfecto. Corto y digno. Refleja bien lo que sois vosotros.

-Gracias, señorita Rosie.

-No podemos elegir nuestra sangre, pero podemos decidir qué hacer con ella, qué hacer con respecto a ella. -Levantó la cara para mirar a su sobrino-. Has elegido bien.

Margaret cederá o no, pero eso no es algo que deba preocupares. Voy a conversar con Iris, quiero saber quién es ese hombre tan atractivo que la acompaña.

Se alejó bajo la lluvia, con su vestido Chanel de dos mil dólares. «~. Luchando entre sus ganas de llorar y de reír, Tory apoyó una mano en el brazo de Cade.

-Ve a cubrirla con tu paraguas. Yo estoy bien. -Enseguida vuelvo.

-Lo siento mucho, Tory. -Dwight le tendió la mano, tomó una de las de Tory y la besó en la mejilla mientras la protegía con su propio paraguas-. Lissy quería venir, pero la hice quedarse en casa.

-Me alegra. No le habría hecho bien estar bajo la lluvia. Te agradezco que hayas venido, Dwight.

-Hace mucho que nos conocemos. Y Wade es uno de mis dos mejores amigos.

¿Puedo hacer algo por ti, Tory?

-No, pero te lo agradezco. Antes de irme caminaré hasta la tumba de Hope.

Tú deberías volver a tu casa, por Lissy.

-Lo haré. Quédate con esto. -Le tendió el paraguas. -No, gracias. No me hace falta.

-Tómalo -insistió él-. Y no te quedes demasiado tiempo bajo la lluvia.

Se alejó de ella en dirección a Wade.

Agradecida por la protección del paraguas, Tory se alejó de la tumba de su madre para cruzar el pasto y las piedras en dirección a la de Hope. La lluvia azotaba las rosas y corría por el rostro del ángel como si las gotas fueran lágrimas. Dentro del globo, el caballo alado volaba.

-Ahora todo ha terminado. Pero todavía cuesta creerlo -dijo Tory con un suspiro-.

- Siento una enorme pesadez interior. Bueno, han sucedido demasiadas cosas para que podamos aceptarlas todas juntas. Ojalá pudiera... Hay demasiadas cosas que me gustaría desear.

-Nunca traigo flores aquí -dijo Faith a sus espaldas-. No sé por qué.

-Ella tiene las rosas.

-No se trata de eso. No son mis rosas.

Tory la miró por encima del hombro y cambió de postura para que quedaran de pie una junto a la otra.

-Aquí no consigo sentir su presencia. Tal vez tú tampoco. -Cuando me llegue la hora, no quiero que me entierren. Quiero que desparramen mis cenizas en alguna parte. En el mar.

Y es allí donde planeo que Wade me pida que me case con él, junto al mar. Tal vez Hope hubiera sentido lo mismo, sólo que para ella habría sido el río, o algún lugar del pantano cerca del río.

Ese era su lugar.

-Sí, lo era. Lo es. -Le pareció natural extender una mano y tomar la de Faith-. En Beaux Réves hay flores. Ese también era el lugar de Hope. Cuando pase la tormenta podría cortar algunas flores del jardín y llevarlas al pantano. Y colocarlas allí para Hope. Tal vez lo indicado sería eso, poner flores en el agua en lugar de dejar que mueran sobre el suelo. ¿No quieres que lo hagamos juntas?

-Me resultaba odioso compartirla contigo. -Faith cerró los ojos-. Ahora no me importa. Esta tarde aclarará. Se lo diré a Wade. -Comenzó a alejarse pero se detuvo-. Tory, si llegas primero...

-Te esperaré.

Tory la observó alejarse, miró la pendiente suave, la lluvia y la creciente niebla. Allí estaban su abuela, con Cecil detrás, Rosie con su velo y Lilah protegiéndola con un paraguas.

J.R. y Boots seguían junto a la tumba de la hermana a quien él quiso más de lo que creía.

Y estaba Cade, con sus amigos, esperando.

Mientras Tory se le acercaba, la lluvia comenzó a remitir y el primer rayo de sol se reflejó trémulo a través de la niebla.

-¿Comprendes por qué quiero hacer esto? -Comprendo que quieres hacerlo.

Tory sonrió mientras sacudía las gotas de lluvia de las ramas de lavanda que acababa de cortar.

-Y estás un poco enfurruñado porque no te pido que me acompañes.

-Un poco. Pero mi enojo se compensa con la alegría que me da ver que tú y Faith empezáis a ser amigas. Pero en este momento lo que más temo es saber que hasta que vuelvas estaré a merced de la tía Rosie. Me ha traído un regalo y ya lo he visto. Es una galera que espera que use el día de nuestro casamiento.

-Hará juego con el vestido apolillado que me ha dado a mí. Te diré lo que haremos.

Tú te pondrás la galera, yo me pondré el vestido y le pediremos a Lilah que nos saque una fotografía. Le pondremos un bonito marco para dársela a la señorita Rosie y luego, antes del casamiento, guardaremos la galera y el vestido en algún lugar oscuro y seguro.

-Es una idea brillante. Me voy a casar con una mujer muy sabia. Pero tendremos que fotografiarnos esta misma noche. Mañana nos casamos.

-¿Mañana? Pero...

-Aquí -dijo Cade mientras la tomaba en sus brazos-. En la intimidad. En el jardín. Ya me he encargado de casi todos los detalles y esta tarde terminaré con los que faltan.

-Pero mi abuela...

-He hablado con Iris. Ella y Cecil se quedarán otra noche en Progress.

Estarán aquí, con nosotros.

-No he tenido tiempo de comprar un vestido, ni para... -Tu abuela mencionó ese detalle y dijo que esperaba que aceptaras llevar el que usó ella para casarse con tu abuelo. Esta tarde irá a Florence a buscarlo. Dijo que significaría mucho para ella. -Has pensado en todo, ¿verdad?

-Sí. ¿Te molesta?

-Creo que es algo que nos provocará muchos problemas durante los próximos cincuenta o sesenta años, pero en este momento no.

-Me alegro. Lilah está preparando un pastel. J.R. traerá una caja de champán.

La sola idea lo alegró considerablemente. -Gracias.

-Ya que te sientes agradecida, agregaré que la tía Rosie piensa cantar.

-¡No me digas! -Se echó atrás-. Vaya por Dios. Pero ya que todo el mundo ha aprobado la fecha y los detalles, ¿quién soy yo para oponerme? ¿También has hecho todos los arreglos de la

oluna de miel? -Al ver que él se sobresaltaba Tory levantó los ojos al cielo-. ¡En serio, Cade!

-Supongo que no te opondrás a hacer un viaje a París, ¿verdad? -Le dio un beso rápido antes de que ella pudiera protestar-. Se me ocurrió que tal vez quisieras cerrar la tienda durante unos días, pero a Boots le encantaría hacerse cargo de ella durante nuestro viaje y Faith también tiene algunas ideas al respecto.

-¡Oh, Dios!

-Pero eso depende de ti.

-Muchas gracias. -Se mesó el pelo-. Me da vueltas la cabeza. En cuanto vuelva hablaremos de todo esto.

-Por supuesto. Ya sabes que soy muy flexible.

-¡Si a eso le llamas ser flexible! -murmuró Tory-. Sólo simulas serlo.

-Le alcanzó la tijera de podar y acomodó en su brazo la canasta de flores.

-Pero, por favor, espera hasta que vuelva antes de empezar a ponerles nombres a nuestros hijos.

¡Qué hombre más exasperante!, pensó mientras subía al coche y colocaba la canasta de flores en el asiento del pasajero. ¡Planeando la boda a sus espaldas! Orquestando exactamente el tipo de boda que ella quería. ¡Qué irritante y qué maravilloso era que alguien la conociera tan bien!

Entonces, ¿por qué estaba tan tensa? Al salir al camino, trató de relajar los hombros.

No lograba aliviar la tensión. Es comprensible, se recordó. Acababa de vivir una experiencia horrible. Le resultaba difícil imaginar que en menos de veinticuatro horas se casaría cuando todavía tenía tantos nudos en su interior.

Pero quería comenzar. Quería cerrar una puerta y abrir la siguiente.

Miró las flores que tenía a su lado. Tal vez eso fuera justamente lo que estaba por hacer.

Estacionó al costado del camino, en el lugar donde una vez Hope paró su bicicleta.

Bajó del coche y cruzó el puentecito cubierto de flores, luego tomó el sendero que aquella noche había seguido su amiga.

Hope Lavelle, la chica espía.

La lluvia se había convertido en vapor, y el vapor se alzaba del pantano en dedos retorcidos que se separaban para volver a unirse alrededor de sus tobillos. El aire estaba espeso de humedad, de

verde, de podredumbre. Misterios que esperaban ser resueltos. Al acercarse al claro, deseó haber llevado un poco de leña. Allí todas las ramas estarían demasiado húmedas para encender un fuego y, por otra parte, tal vez fuese una tontería querer prender fuego cuando hacía tanto calor.

Pero deseó haber podido armar una fogata como habría hecho Hope.

Justamente en el momento en que lo pensaba, percibió olor a humo.

Vio una fogata pequeña y cuidadosamente preparada para que no tuviera llamas altas, un pequeño círculo de llamas y a su lado una serie de palitos largos y afilados esperando los malvaviscos. Aturdida, Tory entró en el claro, con la canasta tan inclinada que las flores iban cayendo a sus pies.

-¿Hope? -Se llevó una mano al pecho, casi como para convencerse de que su corazón seguía latiendo. Pero la criatura de mármol que había sido su amiga se alzaba en medio de su charco de flores y no le respondió.

Con mano temblorosa, Tory levantó un palito y comprobó que había sido afilado recientemente.

No era un sueño. No era un recuerdo. Sino aquí y ahora. Real.

No era Hope. Nunca más sería Hope.

En su interior creció la tensión, un ardiente estallido de miedo y comprensión.

Oyó un susurro en la maleza, húmedo y furtivo.

Se volvió hacia allí. Santo y seña. Lo pensó, lo oyó retumbar en su cabeza.

Pero ella no era Hope. No tenía ocho años. ¡Oh, Dios! Después de todo, aún no había terminado.

Cuando se presentó el jefe Russ, Cade estaba en el jardín, decidiendo dónde colocar las mesas para el festejo.

-Me alegra haberte encontrado. Acabo de recibir noticias que creí debías saber.

-Pase a la casa, donde hace menos calor.

-No, debo volver, pero quería decírtelo personalmente. Le enviamos el informe de balística de Sarabeth Bodeen. El arma que ,a mató no era la que Bodeen tenía consigo. Ni siquiera era del -sismo calibre.

Cade sintió un espasmo de miedo. -No sé si comprendo...

-Resulta que el arma que Bodeen tenía cuando atacó a Tory a tu hermana, la había robado la mañana del asesinato de la madre de Tory de una casa ubicada a unos veinte kilómetros de aquí, a su casa fue asaltada entre las nueve_ y las diez de la mañana de ese -- mismo día.

-¿Cómo es posible?

-Sólo sería posible si Bodeen hubiera tenido alas para volar sde el condado de Darlington hasta aquí, o si fue otro el que ló de balas el cuerpo de la señora Bodeen.

Carl D. se frotó el mentón. Sus ojos ardían de cansancio.

-He estado en contacto con los federales y estoy uniendo las piezas del rompecabezas.

-Las grabaciones telefónicas demuestran fue la señora Bodeen recibió una llamada alrededor de las dos de esa madrugada que se hizo desde el teléfono público ubicado en el norte del pueblo. Supusimos que era Bodeen que la llamaba desde aquí para decirle que iría a buscarla.

-Hasta ahí todo bien. Pero no coincide cuando uno le agrega el resto de la información.

-Tuvo que ser Bodeen el que la llamó. Si no fue así, ¿por qué habría hecho una maleta?

-No lo sé. Pero en ese caso habría tenido que llamar desde aquí alrededor de las dos de la mañana, viajar hasta allí y matar a su mujer entre las cinco y las cinco y media, para luego volver y recorrer otros veinte kilómetros hacia el sur para entrar por la fuerza en una casa en la que robó un arma, una botella y sobras de comida. Ahora bien, ¿qué sentido tiene que un hombre haga ~~~todos esos zigzags?

-Estaba loco.

-No lo discuto, pero aun así es imposible que haya batido los récords de velocidad en una misma mañana. Sobre todo considerando que por lo visto no tenía vehículo. No digo que era imposible hacerlo. Digo que no es normal.

-¿Y qué clase de normalidad tiene todo esto?

¿Qué otro ~~~pudo haber asesinado a la madre de Tory?

-No lo sé. Debo trabajar con hechos concretos. Tenía el arma equivocada, nada nos hace sospechar que tuviera un vehículo. Pero es posible que todavía encontremos un vehículo y el arma que utilizó para ultimar a su mujer. Podría ser. -Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el cuello-. Pero se me ocurre que si Bodeen no cometió los asesinatos del condado de Darlington, tal vez no haya asesinado a nadie. Eso significa que el asesino todavía está en libertad.

-Tenía esperanzas de poder hablar con Tory.

-Tory no está aquí. Está... -Un horror ardiente le quemó el estómago-. Ha ido al pantano, donde murió Hope.

Tory se abrió, trató de sentirlo, de calibrarlo.

-Pero sólo veía oscuridad. Una oscuridad fría, vaga, vacía. Los crujidos se movían en un círculo, era una burla. Ella se iba volviendo al compás de esos crujidos y, aunque se le había secado la boca, giraba para enfrentarlos.

-¿A cuál de las dos querías esa noche? ¿O no te importaba? -Nunca fuiste tú.

-Por qué te iba a querer a ti? Ella era hermosa.

-Era una niña.

-Es verdad. -Dwight salió al claro-. Pero también lo era yo.

-A Tory se le detuvo el corazón.

-Eras amigo de Cade.

-Claro. Cade y Wade eran como mellizos. Ricos, apuestos y privilegiados. Y yo era el gordito a quien toleraban. Bueno, los engañé a todos, ¿verdad?

En esa época tenía doce años, pensó Tory al mirar su sonrisa fácil. Sólo doce años.

-¿Por qué?

-Llámalo un rito de iniciación. Ellos siempre estaban primero. Uno o el otro, pero siempre eran primeros en todo. Yo iba a ser el primero en tener una chica.

La diversión, no podía ser otra cosa, bailaba en sus ajos.

-Aunque nunca pude jactarme de lo que hice. Fue casi como ser Batman.

-¡Oh, Dios, Dwight!

-Es difícil que tú lo comprendas, porque eres mujer. Bueno, llámalo un asunto de hombres.

-Yo sufría de una picazón muy incómoda.

-¿Por qué no iba a utilizar a la hermana de mi buen amigo Cade para calmármela?

Hablaba con tanta indiferencia que los pájaros continuaban cantando, notas líquidas que corrían como lágrimas.

-No sabía que iba a matarla. Eso sólo... sucedió. Había robado una botella de whisky de mi padre. Para beber como un hombre, ¿sabes? Tenía la mente un poco borrosa.

-Sólo tenías doce años. ¿Cómo es posible que hicieras una cosa así?

Él rodeó el claro, sin acercársele en realidad, sólo acechándola, un paciente juego de gato y ratón.

-Solía observar a vosotras dos, os bañabais desnudas y os tumbabais en el pasto, boca abajo, para contar secretos. Tu padre también os observaba -agregó con una sonrisa-.

Se podría decir que él me inspiró. Él te deseaba.
Tu padre se moría de ganas de follarte, pero no tenía las pelotas necesarias.
Yo era mejor que él, mejor que todos ellos. Lo demostré aquella noche.
Aquella noche me hice hombre.
Alcalde del pueblo, padre orgulloso, marido devoto, amigo leal.
¿Qué clase de locura podía llegar a ocultarse tan bien? -Violaste y asesinaste a una niña.
¿Eso te convirtió en hombre?
-Durante toda mi vida sólo oí que me decían: « Sé hombre, Dwight. »
-En sus ojos murió la expresión divertida y se volvieron fríos y vacíos-. « ¡Por amor de Dios, debes ser hombre! » No es posible ser hombre si uno es virgen, ¿no?
Y ninguna chica me miraba dos veces. Pero lo solucioné. Aquella noche cambió mi vida.
Mírame ahora. -Abrió los brazos y se le acercó, observándola-. Adquirí confianza y un excelente estado físico y terminé casándome con la chica más bonita de Progress.
Logré que me respetaran. Una mujer hermosa, un hijo.
Tengo una posición envidiable. Y todo empezó aquella noche.
-¿Y las otras chicas?
-¿Por qué no? Tú no puedes imaginar lo que es... o tal vez puedas. Sí, tal vez puedas.
-Sabes lo que se siente, ¿verdad? El miedo. Mientras sucede soy la persona más importante del mundo para ellas. Soy el mundo para ellas. ¡Note imaginas lo excitante que es!
Tory pensó en echar a correr. Pero al ver el brillo de los ojos de Dwight, supo que era lo que él justamente esperaba que hiciera.
Con deliberación comenzó a respirar con más lentitud, se abrió. Allí estaba de nuevo ese vacío, como un foso, pero en las orillas había una avidez horrible.
Reconocerla, anticiparla era la única arma que ella poseía.
-Ni siquiera las conocías, Dwight.
Eran desconocidas. -Sólo imagino que ellas son Hope y que vivo de nuevo aquella primera noche. Ellas no son más que putas y perdedoras hasta que yo las convierto en Hope.
-No fue lo mismo con Sherry.
-No quería esperar. -Se encogió de hombros-. En este momento Lissy no vale mucho en sentido sexual. No la puedo culpar. Y esa maestría excitante lo deseaba.
-Aunque la muy perra quería hacérselo con Wade. Bueno, se lo di yo. Pero no fue perfecto, no por completo. Faith es perfecta. -Notó que Tory se sobresaltaba-.
-Sí, te has hecho bastante amiga de Faith, ¿verdad? Yo pienso tener una relación todavía más íntima con ella. Pensaba esperar hasta agosto para poseerla.
-Así me hubiera atendido a mi pequeño ritual, ¿sabes? Pero tendré que apresurar las cosas.
A propósito, te advierto que Faith llegará tarde. Convencí a Lissy de que fuera a verla y ya conoces a mi mujer. La mantendrá ocupada el tiempo necesario.
-Esta vez te descubrirán, Dwight. No podrás cargarle la culpa a otro.
-Tu padre cooperó conmigo, ¿sabes? ¿Te comenté que fui yo quien mató a tu madre?
-La llamé, le dije que era un amigo y que su amante esposo iría a buscarla.
- Me pareció un detalle agradable, un detalle que mantendría a la policía detrás de tu padre
- y que me permitiría sentarme a observar los hechos con mi actitud de alcalde preocupado.
-Mi madre no era nadie para ti.
-Ninguna de ellas lo era. Con excepción de Hope. Y no te preocupes por mí. Nadie sospechará.
Soy un ciudadano importante y en este momento he salido a comprar un osito de peluche para mi próximo hijo. Un osito grande y amarillo. A Lissy le encantará.
-En realidad nunca pude sentirte -murmuró ella-. Porque no hay nada que sentir en ti. Interiormente eres casi inexistente.

-Eso me intrigaba. Me hiciste pasar algunos malos ratos. Hoy te tomé la mano, una especie de test, sólo para ver qué pasaba. No recibiste nada de mí. Pero antes de que terminemos me sentirás. ¿Por qué no tratas de huir, como lo hizo ella?

Tú sabes cómo corrió y gritó. Te daré una oportunidad.

-No. Yo misma me daré una oportunidad. -Se le tiró encima con el palito, apuntando a uno de los ojos de Dwight. Cuando él gritó, ella corrió, como lo había hecho Hope.

El musgo se le enredaba en el pelo y el suelo le absorbía los pies.

Los zapatos se le deslizaban entre los helechos empapados mientras ella luchaba con furia contra las ramas.

Vio lo que había visto Hope y las dos imágenes que se unían para formar una sola. Una noche calurosa de verano que se mezclaba con una tarde llena de vapor.

Y sintió lo que había sentido Hope, mientras su propio miedo y su furia saltaban justo delante del terror infantil. Oyó, como había oído Hope, los pasos que resonaban a sus espaldas, el ruido de la maleza pisoteada.

La rabia la detuvo, la obligó a volverse antes de saber con claridad qué se proponía.

Esa furia la recorrió, negra como la brea, cuando atacó a Dwight con uñas y dientes.

Sorprendido por el repentino ataque, casi cegado por la sangre, Dwight cayó debajo de ella y aulló cuando Tory le hincó los dientes en un hombro.

-Le lanzó un puñetazo, sintió que la golpeaba, pero ella se le aferró como un erizo y le arañó la cara con las uñas.

Ninguna de las otras pudo luchar contra él, pero ella lo haría. ¡Dios! ¡Lo haría!

¡Soy Tory! Las palabras eran un grito de guerra que resonaba en sus oídos.

- Era Tory y lucharía.

A pesar de que las manos de Dwight se cerraban alrededor de su cuello, no cejó.

-Y cuando se le enturbió la vista, cuando comenzó a jadear, siguió utilizando los puños.

Alguien gritaba su nombre, gritos potentes y desesperados que resonaban dentro del rugido de sangre que tenía en la cabeza.

Clavó las uñas en las manos que le rodeaban el cuello y respiró al sentir que se aflojaban.

-Ahora te siento. Terror y dolor. Ahora lo sabes. ¡Ahora lo sabes, loco asesino!

Alguien la alzaba y ella luchaba como enloquecida, con la mirada clavada en la cara de Dwight.

-Le manaba sangre de un ojo y tenía las mejillas tan arañadas que estaban en carne viva.

-¡Ahora sabes lo que es! ¡Ahora lo sabes! -¡Tory! ¡Basta! ¡Basta! Mírame.

Pálido y con la cara cubierta de transpiración, Cade la mantuvo abrazada hasta que los ojos de Tory se aclararon.

-Él la mató. Siempre fue él pero nunca lo pude ver.

Te ha odiado durante toda su vida. Nos ha odiado a todos.

-Estás herida.

-No. Es sangre de Dwight.

-¡Cade! ¡Por amor de Dios! Tory se ha vuelto loca. -Tosiendo, Dwight rodó sobre sí mismo hasta quedar apoyado sobre manos y rodillas. Tenía la sensación de estar sangrando por mil heridas.

Su ojo derecho era un carbón ardiente.

Pero la cabeza le funcionaba con rapidez y frialdad-. Creyó que yo era su padre.

-¡Mentiroso! -La furia volvió a surgir y la hizo revolverse contra Cade-.

Él mató a Hope. Me estaba esperando aquí, -¿Que yo maté a Hope? -Dwight se arrodilló, con la sangre manando de su boca rasgada-. Eso fue hace casi veinte años.

Está enferma. Es evidente que está enferma. ¡Dios, mi ojo! Ayúdame.

Intentó ponerse de pie y se sorprendió al comprobar que sus piernas no le respondían.

-¡Por amor de Dios, Cade, llama una ambulancia! Voy a perder mi maldito ojo.

-Tú sabías que venían a este lugar

-Cade mantenía inmóvil a Tory mientras estudiaba el rostro desfigurado de su antiguo amigo-. Sabías que se escapaban por la noche para venir aquí.

Yo mismo te lo dije. Y nos reíamos de ellas.

-¿Qué tiene eso que ver? -Dwight movió su ojo sano al oír ruido de ramas que se movían. Jadeante por el esfuerzo, Carl D. se abrió paso entre la maleza-. ¡Gracias a Dios, jefe!

-Llame una ambulancia. Tory ha tenido una crisis de nervios. Mire lo que me hizo. -¡Santo Dios! -murmuró Carl D. mientras se apresuraba a acercarse a Dwight.

-Quería que yo huyera. Pero ya he dejado de huir. -Tory dejó de luchar y apoyó una mano en la de Cade mientras Carl D. se agachaba para cubrir con un pañuelo el ojo herido de Dwight-.

- Él mató a Hope y a las demás. El mató a mi madre.

-¡Os digo que está loca! -gritó Dwight. No veía. ¡Maldición, no veía! Comenzaron a castañetearle los dientes-. Tory está loca porque no puede enfrentar lo que hizo su padre.

-Ante todo te llevaremos al hospital, Dwight, y después trataremos de desentrañar todo esto.

-Carl D. miró a Tory-. ¿Está herida?

-No, no estoy herida. A usted le cuesta creerme, ¿verdad? No puede creer que un asesino como él haya estado viviendo a su lado todos estos años. Pero así es. Encontró la manera de hacerlo. -Miró a Cade a los ojos-. Lo siento.

-Yo tampoco quisiera creerte. Pero te creo.

-Lo sé. -Y apoyándose en la fe de Cade, se puso de pie-. El arma con que mató a mi madre está en la buhardilla de su casa. Sobre la viga que da al lado sur.

-Con suavidad se pasó los dedos por el cuello, donde las manos de Dwight habían dejado su marca-. Cometiste un error al haberme dejado entrar así, Dwight, al haberte acercado tanto a mí.

Debiste ser más cuidadoso con tus pensamientos.

-Está mintiendo. Ella misma debe haber puesto allí el arma. Está loca.

-Trastabilló cuando Carl D. lo tironeó para ponerlo de pie-.

-Cade, hemos sido amigos durante toda la vida. Tienes que creerme.

-Hay algo que tú debes creer -contestó Cade-. Si yo hubiera llegado antes, en este momento estarías muerto. Créelo. Y recuérdalo.

-Ahora tendrás que acompañarme, Dwight -dijo Carl D., esposándolo.

-¿Qué hace? ¿Qué coño está haciendo? Cree a una loca en lugar de creerme a mí?

-Si el arma no está donde ella dice, si no coincide con la que usaron para asesinar a un joven oficial de policía y a una mujer indefensa, me disculparé sinceramente ante ti. Ven conmigo.

Señorita Tory, le aconsejo que usted también vaya al hospital.

-No. -Con el dorso de la mano se enjugó la sangre de la boca-.

Todavía no he hecho lo que vine a hacer.

-Entonces hágalo -le dijo Carl D.-. Yo me haré cargo de esto.

-Más tarde pasaré a verla, señorita Tory.

-¡Es una loca! -gritó Dwight, y siguió gritando mientras Carl D. se lo llevaba.

-Se siente insultado. -Con una risa entrecortada, Tory se llevó las manos a los ojos-.

Esa es la principal emoción que lo recorre en este momento. Es un insulto que lo traten como a un criminal. Y esa emoción es más fuerte en él que el odio y el hambre.

-Apártate de él -exigió Cade-. No lo mires.

-Tienes razón, Cade. Tienes razón.

-He estado a punto de perderte por segunda vez. No creas que permitiré que vuelva a suceder.

-Me creíste -murmuró Tory-. Sentí lo dolorido que estabas, pero me creíste.

-No te puedo explicar lo que eso significa para mí. -Lo abrazó con fuerza-.

-Tú querías a Dwight. Lo siento muchísimo.

-Ni siquiera lo conocía. -Y sin embargo, Cade estaba acongojado-. Si pudiera retroceder en el tiempo...

-No puedes. He tardado mucho en aprender que es imposible.

-Tienes la cara lastimada. -Se la cubrió con besos.

-La de él está peor. -Apoyó la cabeza sobre el hombro de Cade y comenzaron a caminar-.

- Yo huía y pensaba seguir huyendo y entonces, de repente, sentí esta vida en mi interior.
- Esta furia de vida. Él no iba a ganar, no me iba a perseguir como un zorro persigue a un conejo.
- Por una vez en la vida sabría lo que es el miedo. Lo sabría.

Cade supo que jamás podría olvidar del todo esas imágenes. La de Tory, con la cara lastimada y ensangrentada arañando como una gata a Dwight. Y Dwight rodeando con las manos el cuello de Tory.

-Lo seguirá negando -afirmó Cade-. Contratará a un abogado. Pero no importa. En definitiva lo que él haga no tiene importancia.

-No. Creo que puedes confiar en que la agente Williams llevará todo esto a buen término.

- ¡Pobre Lissy! -Suspiró-. ¿Qué hará? Al llegar al claro, Tory se detuvo a recoger las flores caídas.
- El fuego se había convertido en brasas y la luz se filtraba entre los árboles.

-Volveré a hacer esto otro día con Faith. Este momento es para ti y para mí.

Juntos, se encaminaron hacia la orilla del río.

-La quisimos y siempre la recordaremos. -Tory arrojó las flores al agua-.

-Pero ahora todo ha terminado. Por fin. He esperado mucho tiempo para poder despedirme. Todavía tenía los ojos llenos de lágrimas, pero eran lágrimas serenas. Tory empezaba a cicatrizar. Esas lágrimas brillaban en sus mejillas cuando se volvió hacia Cade.

-Me gustaría casarme mañana contigo en el jardín y llevar el traje de novia de mi abuela.

Él le tomó una mano y la besó. -¿En serio?

-Sí, me gustaría. Me gustará muchísimo. Y me gustaría ir contigo a París, sentarnos en una terraza al sol y beber vino y hacer el amor en el hotel cuando amanezca.

-Después me gustaría volver aquí y construir una vida contigo.

-Ya la estamos construyendo.

Cade la acercó a sí. Pequeños rayos de sol se colaban entre los árboles y gotas de lluvia caían del musgo.

Flores, capullos alegres, flotaban en silencio sobre el río.